

Andrés Paredes

# Ciudad Diamantina

El Tatuador



PREMIO  
DARÍO GUEVARA  
MAYORGA  
2014  
NOVELA JUVENIL

**ANDRÉS PAREDES**

**CIUDAD DIAMANTINA**

**TOMO PRIMERO**

**EL TATUADOR**

*A Minwe*

*Porque siempre creeremos en la magia.*

## PRELUDIO

-¿Se han ido, maestro?

-¡Silencio! –dijo en un susurro el hechicero, mientras que con su mano silenciaba la boca de la muchacha.

El viento silbó entre los frondosos cedros; por varios minutos el silencio había sido desesperante, pero Ígoris intuía que el peligro no había cesado. La noche era oscura y la niebla tamizaba la escasa luz de luna que conseguía filtrarse entre las hojas más altas, ya habían transcurrido varios minutos desde el último disparo. La doncella forcejeó para librar sus labios, su maestro la sujetaba tan fuerte que no le dejaba respirar, después de retorcerse se escurrió como un pez y dijo en tono bajo:

-Creo que los perdimos, seguramente siguieron el rastro falso que creaste.

-Yo no estaría tan seguro –susurró el maestro–. Siento que aún nos observan.

-La oscuridad del bosque nos protege, debemos advertir a los demás, la Portadora está en peligro.

-Tienes razón –dijo pensativo el hombre, sin embargo, sabía que no era prudente abandonar su escondite: algo no estaba bien, había demasiado silencio, y hasta los búhos habían dejado de ulular.

-¿Quiénes son estos hombres? –preguntó la muchacha–. ¿Qué es esa magia tan extraña? Nunca había visto algo así.

-No es magia, Magda, son armas.

-¿Armas? Pero, maestro, las armas no escupen fuego.

-Estas sí –contestó preocupado Ígoris mientras espiaba tras el tronco del árbol en el que se habían ocultado.

Ígoris observó cuidadosamente, la niebla era espesa y apenas podía ver las siluetas alargadas de los árboles. El hechicero sabía que tenían que escapar, debían abandonar el bosque y volver lo más pronto posible a la ciudad de Ian, Renvel Lecont los podría ayudar.

-Estamos acorralados –musitó Magda de repente–. Ellos nos esperan.

El maestro sabía que su aprendiz lo deduciría pronto; la muchacha tenía razón, los tenían sitiados, sin importar si huían o se escondían, aquellos hombres les darían caza como a un par de conejos de campo.

-¡Debemos hacer algo pronto! –la muchacha había perdido la calma, algo en su interior le advertía el inminente peligro.

-¡Silencio! –volvió a susurrar el maestro, pero esta vez no tuvo que taponarle la boca.

Magda calló de inmediato, incluso detuvo su respiración, si hubiera podido controlar su corazón lo habría pausado sin pensarlo. Los hechiceros dilataron el silencio, como si de eso dependiera su vida, de repente, un crujido sonó a sus espaldas, eran las hojas secas trituradas bajo el pesado paso de una bota, la amenaza se encontraba más cerca de lo que imaginaron. El viento volvió a soplar, esta vez su silbido fue grave, casi imperceptible, como si temiera ser escuchado; el tímido vendaval disipó la niebla y reveló las oscuras siluetas que se acercaban como panteras.

-¡Corre! –gritó Ígoris, mientras encendía sus manos con destellos de luz esmeralda–.  
¡No te detengas!

Magda obedeció de inmediato, corrió tan rápido como sus piernas le permitieron, la muchacha se escabulló por el primer sendero que divisó, huyó por varios segundos hasta que se percató de que su maestro no corría a sus espaldas; la doncella paró de golpe y volteó en busca del hechicero.

Ígoris disparó un proyectil de energía, el hechizo luminoso atravesó la niebla para acertar en la silueta más cercana, luego buscó cobertura tras el tronco del árbol, sabía que el contraataque no tardaría en llegar. Varias ráfagas resonaron en medio del bosque, el hechicero no supo con certeza de dónde venían, era difícil distinguir cuáles estallidos eran disparos reales y cuáles eran ecos devueltos por las entrañas del oscuro bosque. El hechicero sintió cómo las balas impactaron la corteza del árbol, no tenía miedo a la muerte, de otra forma hubiera escapado junto a su aprendiz, lo que le aterraba era que le hicieran daño a ella, por eso decidió enfrentar a los hombres armados. Magda necesitaba tiempo para escapar y él había jurado defenderla hasta el final.

El maestro volvió a disparar, esta vez su hechizo se perdió entre la espesura de la niebla, no le importaba haber fallado, solo quería llamar la atención de sus enemigos, distraerlos lo suficiente para que perdieran la pista de su protegida. Repitió la maniobra varias veces, siempre escudándose en el grueso tronco del enorme cedro. De pronto, un fogonazo estalló desde el lado izquierdo del bosque, el árbol no le ofrecía cobertura hacia ese ángulo; la bala impactó en el muslo del hechicero, quien no pudo sostener su

peso y cayó aparatosamente sobre las raíces del árbol que lo protegía. Ígoris intentó levantarse, pero el músculo de su pierna estaba destrozado, extrañamente no sentía dolor, solo sentía una terrible angustia por saber si Magda conseguiría escapar.

El maestro se arrastró hasta unos matorrales, desde allí podía observar el sendero por el cual su aprendiz había huido, pocos instantes después escuchó con claridad cómo unos pasos se acercaban desde el lado opuesto del cedro, dos oscuras siluetas surgieron de la niebla, la luz de la luna apenas dibujaba los reflejos que arrojaban sus extrañas armas metálicas. Uno de los hombres lo miró inexpresivo, como quien mira a un hombre condenado a muerte, en ningún momento los agresores dejaron de apuntar a Ígoris. El maestro estaba preparado, lo había estado desde el día que decidió ser el guardián de Magda. El soldado estaba a punto de apretar el gatillo, cuando un destello cerúleo emergió de la espesura del bosque para impactar en la cabeza del verdugo, su cuerpo inerte se desplomó lentamente.

-¡No! ¡no! –Susurró el maestro- ¡Muchacha necia!

El soldado sobreviviente volteó de inmediato y apuntó hacia el escondite de Magda, después de su ataque era muy fácil determinar cual era su ubicación; antes de que pudiera abrir fuego, Ígoris lo atacó por la espalda, el asesino no tuvo tiempo para reaccionar y cayó muerto entre los matorrales. Pero el hechicero sabía que había llegado el fin, no había escapatoria.

-¡Corre! ¡Te he dicho que corre! –gritó el maestro con las pocas fuerzas que le quedaban.

A lo lejos, Ígoris pudo ver la silueta de Magda alejarse por el sendero, corrió varios segundos antes de que una docena de ráfagas resonaran por todo el bosque, los destellos de las explosiones iluminaron intermitentemente la oscuridad, como lo hacen las luciérnagas durante una noche de verano. El maestro vio cómo el cuerpo de su protegida caía con violencia para desaparecer entre la maleza.

-¡Magda! –volvió a gritar desesperado.

Un disparo resonó a sus espaldas, luego todo fue silencio y oscuridad.



# 1 – LA DAMA DE HOJALATA

El delgado cigarrillo fue golpeado suavemente para librarlo de los residuos de ceniza, un elegante cenicero de plata recibió inerte la pequeña descarga. Tras la ventana enmarcada por negras cortinas de terciopelo, el paisaje se movía lentamente para perderse poco a poco en el lejano horizonte. Dos mujeres sentadas frente a frente disfrutaban del grato espectáculo.

- ¿Está segura de que lo encontraremos? –preguntó preocupada la muchacha.

- ¡Ja! Tanto tiempo junto a mí y todavía dudas de mis poderes. Menuda aprendiz que me he conseguido –respondió la otra mujer, mientras lentamente exhalaba el humo del cigarrillo por la nariz.

- No es que dude de usted, maestra, simplemente no comprendo cómo lo encontraremos sin haber mandado un telegrama o algún mensaje con la noticia de nuestra visita.

- Entiendo tu preocupación, algún día te enseñaré el arte de hablar a través de los sueños.

- ¿Podrías enseñarme ahora?... Tal vez una simple charla baste.

- Aún no estás lista, ten paciencia.

- Está bien, esperaré. En todo caso, ¿por qué tenemos que ir a buscar a este muchacho? ¿Qué tiene de especial? ¿Es un hechicero?

- No, es un chico normal, es inventor.

- ¿Inventor? Y, ¿de qué nos sirve un inventor?

- ¡Eres una fábrica de preguntas, muchachita! ¡Me vas a volver loca! El Oráculo sugirió que lo recogiéramos, al parecer nos puede ser de mucha utilidad durante nuestra búsqueda.

- ¡Está bien! ¡Está bien! Guardaré silencio.

\*\*\*

La luz de la tarde se filtraba tras los corroídos paneles de acero, hilos brillantes delataban la presencia de polvo flotando en el ambiente, pequeños universos voladores, diminutas partículas desplazándose errantes en el espacio, a la deriva. La luz apenas conseguía iluminar el caótico desorden de la habitación: mesas atestadas de chatarra, tuercas, rodajas, tornillos, bandas, engranajes, millares de piezas que alguna vez fueron parte del perfecto funcionamiento de algún fino mecanismo. Las



paredes repletas de repisas, las repisas repletas de cuadernos, los cuadernos repletos de apuntes... Las esquinas de los amarillentos planos se exponían al voraz apetito de las polillas, tan hambrientas que dieron buen bocado del papel a pesar de su amargo sabor a tinta. No solo las polillas habían encontrado un jugoso festín, el óxido saciaba su glotonería, pues esta habitación contenía un exquisito banquete para el fantasma de la corrosión: vigas de acero, varillas metálicas, armatostes, placas, ruedas, motores viejos, rieles, todo residuo aparentemente inservible, toda máquina averiada se encontraba aquí, atestando cada posible espacio vacío. No existía nada en este improvisado taller que no pudiera llamarse chatarra.

En el silencio, en medio de montañas interminables de acero y basura industrial, se encontraba ensimismado un excéntrico personaje. Al parecer, el desorden poscataclismo que se desarrollaba a su alrededor no conseguía molestarlo ni siquiera un poco, su único interés era un extraño amasijo de acero y cables que se levantaba sobre la mesa central de la habitación. La extraña figura simulaba burdamente una silueta humanoide, entre los elementos que la componían se podían distinguir pistones, pedazos de riel de autoferro, amortiguadores rotos, engranajes oxidados, un radiador y cables de acero templado que imitaban la anatomía de los tendones.

Cansado de la parcial luminosidad de la habitación, el joven escultor decidió prender una antigua lámpara de aceite, poco a poco la habitación fue tomando un tinte amarillento mientras el fuego consumía parsimoniosamente la mecha empapada. El paulatino cambio de iluminación permitió observar las facciones del joven que trabajaba con tanto esmero: la grasa y el hollín apenas permitían distinguir el claro color de su tez, sus pómulos eran amplios y le daban carácter al rostro que se adelgazaba hacia abajo para formar su esbelta quijada, una profunda comisura remarcaba su mentón. Las espesas y oscuras cejas del muchacho se fruncían para resaltar la concentración de sus ojos cafés, su mirada era profunda y reveladora; a pesar de la penumbra sus amplias pupilas brillaban, no solo porque reflejaban la luz del candil sino porque expresaban la enorme emoción que habitaba en él. Su cabello castaño parecía nunca haber conocido un peine, los cortos mechones se alborotaban en todas las direcciones, sin embargo, todo este caos parecía responder a un orden inexplicable que le daba una apariencia agradable.

Concentrado, el joven revisaba las notas en su plano mientras alcanzaba un

largo tornillo para luego fijarlo en su obra maestra. Poco a poco el extraño monumento iba tomando forma y, aunque era tosco y no representaba detalle alguno, era evidente que se trataba de una doncella. El trabajo era admirable, el escultor reguló nuevamente la intensidad de la lámpara, para observar su obra desde la penumbra. Allí, suspendida en la sombra, se podía ver a aquella dama de hojalata, la tenue luz de la tímida llama apenas bordeaba los volúmenes, que por un instante parecían danzar entre el juego de la luz en sus opacas superficies. El muchacho sonrió aprobando su esfuerzo, tenía las manos quemadas por las sueldas, la piel irritada por el óxido y los ojos cansados por la penumbra. Complacido, tomó el soplete para grabar en la placa el toque final, con mucho cuidado encendió la llama, y la reguló hasta ponerla lo más delgada posible, luego con delicadeza grabó letra a letra: “La dama”, y luego, con letra suelta, Ennol d’Marti. El muchacho permaneció un par de minutos observando su obra, plenamente satisfecho.

-¡Es hermosa! –dijo una voz temblorosa desde el umbral de la única puerta del taller.

-¡Tértemel! –exclamó Ennol asombrado–. Vaya que me has dado un susto. ¿Qué te parece? Acabo de terminarla, yo sé que es diferente al resto de mis inventos, pero...

-Me gusta mucho, Ennol –el anciano tosió varias veces.

-Pensé que ya habías sanado tu tos. ¿Sigues enfermo? No deberías estar aquí, hay humo por todas partes ¿Tomaste los remedios que te dio la Sra. Bremier?

-¡Esas recetas son inútiles y tú lo sabes! Ya estoy viejo, no hay remedio que pueda sanarme, lo único que me podría salvar es un hechizo de rejuvenecimiento –una sonrisa irónica se dibujó en el rostro del anciano.

-No empieces con tus locuras, nada puede sanarte porque eres un necio, sabes bien que no debes abandonar tu cama –Ennol aparentaba estar molesto, todo esto era una rutina con el viejo Tértemel– así que permíteme acompañarte a tu recámara.

El muchacho llevó al anciano a su alcoba. A pesar de los inconvenientes que causaba, Ennol nunca perdió la paciencia, pues Tértemel era la única persona con la que contaba; había sido como un padre para el muchacho y, aunque los escasos habitantes de la ciudad de Eb lo consideraban un lunático, el joven nunca dio oídos a los rumores. Ennol ayudó a su amigo a recostarse sobre su cama y, de la manera más tranquila, limpió el desastre ocasionado por el viejo, quien en su intento por levantarse había trastornado la taza que contenía su remedio. Mientras el joven limpiaba, Tértemel trataba de conciliar el sueño. Ennol se sentó junto a él y lo observó con nostalgia, sabía que el viejo estaba realmente enfermo y que cada día agudizaba sus dolencias. Habían

pasado once años desde que el anciano se hizo cargo del muchacho, Ennol tenía apenas ocho y para ese entonces Tértemel administraba su propia chatarrería, el viejo recolectaba residuos industriales, los reciclaba y vendía el acero a las fábricas de autoferros de Eb, era un negocio extremadamente rentable. Uno de sus mejores clientes era el padre de Ennol, Tedeo d'Marti, pues era un prestigioso inventor, considerado un genio entre los genios del diseño ferroviario.

La familia d'Marti era famosa en toda Sorta por la variedad de autoferros que había diseñado, el oficio se enseñaba de generación en generación. Tedeo, siendo joven aún, se destacó entre sus familiares y fue considerado el científico más importante de la época por haber desarrollado ingeniosas modificaciones en la máquina de vapor. Sus autoferros eran sin duda los más rápidos y seguros del planeta, varios de ellos sobrevivieron a la llegada de la magia y hasta el tiempo actual circulan por los rieles de Sorta, algunos adaptados con modernos motores mágicos y otros con su sistema original de vapor. Ennol heredó el don de la invención, desde pequeño dominó el manejo de las herramientas de su padre, tenía la manía de desarmar todo lo que cayera en sus manos, le obsesionaba conocer cómo funcionaban las cosas; era común verlo atornillando complejos modelos a escala, pues Tedeo había descubierto las habilidades de su hijo y no tardó en encontrarles un buen uso.

El joven inventor aprendió a fabricar sus propios juguetes y tenía un gran talento para reparar cualquier máquina averiada, con apenas siete años era capaz de desmantelar complejos mecanismos en muy corto tiempo. Poco bastó para que Ennol empezara a diseñar todo tipo de artefactos: encendedores, cortadoras de césped, aspiradoras, sus inventos incorporaban la máquina de vapor con la misma eficiencia que caracterizaba a los inventos de su padre. El muchacho recordaba con melancolía aquellos tiempos y extrañaba mucho a sus padres.

-¿Otra vez pensando en ellos? –preguntó Tértemel, quien se recostaba de lado con la cabeza apoyada sobre su vieja almohada.

-Duérmete de una vez –dijo Ennol, preocupado por la salud del viejo.

-Me queda muy poco tiempo, no lo voy a desperdiciar durmiendo –el anciano tosió severamente–Te hice una pregunta, muchacho... deja de recriminarme y responde.

-Es que... me preguntaba qué hacían mis padres aquella tarde en las minas. Hasta donde supe eran inventores, no mineros.

-Conocí muy bien a tu padre, estoy seguro de que si decidió ir debió ser por algo

realmente importante. Siempre he dicho que esas minas albergan mucho más que carbón, estoy seguro de que la explosión fue ocasionada por un artefacto mágico.  
-¡No digas disparates! Después te preguntas por qué todos piensan que estás loco.

Casi toda la familia d'Marti falleció en la terrible catástrofe de Fergus, una violenta explosión que sepultó a cientos de obreros en las canteras de carbón. Ennol, como de costumbre, había pasado la tarde en la chatarrería, el muchacho pasaba horas enteras buscando las piezas para sus inventos, fue el mismo Tértemel quien tuvo que darle la fatal noticia. El joven inventor nunca supo con certeza la razón del accidente, ni por qué sus padres habían acudido a las minas, por mucho tiempo se rumoró que un grupo de mineros había desenterrado un hallazgo sobrenatural y que los científicos d'Marti habían sido llamados para investigar más a fondo el descubrimiento. El viejo Tértemel era uno de los que defendía esta versión, pero los habitantes de Eb eran extremadamente supersticiosos y se encargaron de acanallar al pobre anciano que se convirtió en el centro de todo tipo de burlas. No era la primera vez que el viejo decía disparates, en varias ocasiones aseguró que insectos gigantes habían robado los vagones obsoletos que estaban abandonados cerca de la estación de autoferro. Todo el pueblo argumentaba que Tértemel estaba demasiado viejo y senil como para que se pudiera confiar en sus arrebatadas ideas.

Desde aquel trágico día, el joven d'Marti se quedó bajo el cuidado del viejo, quien a pesar de sus esfuerzos no consiguió apartarlo de su soledad, el joven nunca regresó a su casa ni volvió a transitar las calles aledañas, quería a toda costa olvidar el dolor que lo atormentaba. Ennol se refugió en su obsesión por la mecánica, trabajaba día y noche ayudando a Tértemel a clasificar la chatarra, solo esto conseguía calmar al muchacho; era lógico, pues la invención era lo único que había podido conservar de sus padres. El viejo, en uno de sus intentos por alegrar al muchacho, construyó un amplio taller para que Ennol experimentara libremente con la chatarra que llegaba.

D'Marti pasaba días enteros desarmando mecanismos, todo lo analizaba y lo anotaba en su bitácora, el diseño, para él, ya no era un simple pasatiempo sino un estilo de vida. A los doce años había desarmado todos los mecanismos existentes en Eb, incluyendo el reloj y las luminarias de la estación. Todos los días se infiltraba a la biblioteca abandonada de la Universidad Técnica de Eb, en donde, fascinado, investigaba principios de mecánica, física, aerodinámica, hidráulica y toda otra ciencia

que pudiera aplicar en sus inventos. Ennol se convirtió en un magnífico inventor, su mente tenía extraordinaria capacidad para crear, le bastaba con cerrar sus ojos e imaginar el mecanismo para que en un par de días estuviera probando los prototipos.

A pesar de la fascinación que Ennol sentía por la mecánica, y aunque estaba consciente de su genialidad con el diseño industrial, el joven d'Marti siempre sintió un enorme vacío en su corazón, había días en que dejaba olvidado su taller y salía horas a merodear la ciudad; tenía una especial curiosidad por la estación de autoferros y solía sentarse en una banca junto al reloj a esperar la llegada de algún autoferro de carga que llevara chatarra a la ciudad. Ennol tenía una hora preferida en el día, todas las tardes a las seis se recostaba en el techo de algún viejo tren a observar las estrellas, mientras esperaba el canto de los grillos; aquellas simples melodías transportaban su mente a un universo donde solo existía tranquilidad, esta era la hora del día en la que Ennol lograba olvidar por algunos minutos aquel vacío que arrastraba.

Tértemel se durmió y Ennol al fin podría descansar, fabricar la escultura de hojalata lo había dejado exhausto, era tarde y los párpados le pesaban. Se levantó en silencio para sacar una cobija del cajón de un viejo ropero, el aposento de Tértemel era humilde pero contaba con todo lo necesario para vivir con comodidad. El muchacho volvió a sentarse en la silla junto al anciano y, después de cobijarse, se dispuso a dormir; en pocos minutos un magnífico sueño lo abordó.

El reloj de la estación marcaba las siete de la noche, Ennol permanecía sentado en una antigua banca de acero, vestido con su atuendo favorito; el joven llevaba solo el maletín con sus herramientas y una pequeña mochila de mano, en silencio esperaba con la mirada fija en el punto donde los rieles del autoferro parecían juntarse. De repente, el sonido de la enorme máquina se hizo presente, al principio imperceptible, lejano, pero poco a poco iba ganando fuerza hasta llegar a ser ensordecedor. El autoferro paró violentamente justo frente a Ennol, disparando vapor por los costados y emitiendo aquel especial sonido a chorro de aire. Después de unos instantes de desesperación, la puerta se abrió; tras la humareda de vapor, Ennol descubrió la sutil silueta de una doncella. Su figura aparentaba fragilidad, pero al encontrar su mirada el muchacho no pudo evitar perderse tras la poderosa magia de aquellos ojos verdes, la rubia cabellera de la misteriosa muchacha jugaba caprichosamente con el frío viento de la tarde, el delicado rostro se escondía tras los

delgados hilos melcocha que bailaban junto a la exótica vestimenta de la dama. Una segunda silueta sumergida en las sombras se acercó a la puerta del autoferro y se escuchó una áspera voz preguntar:

-¿Ennol, eres tú?

En ese preciso instante, un ataque de tos del viejo Tértemel arrancó al muchacho del sueño para incorporarlo violentamente a la realidad, al viejo le costaba respirar y Ennol tuvo que atenderlo.

Hace meses que Ennol soñaba esta extraña escena y siempre tenía la mala suerte de despertarse en el mismo momento, estaba consciente de que se trataba de un sueño pero esta constante manifestación le había causado una obsesión por conocer más sobre la misteriosa doncella. Días enteros pasó d'Marti encerrado en la biblioteca intentando inútilmente encontrar datos sobre la mujer, después de agotar sus fuentes de información no le quedó más remedio que refugiarse en su taller y continuar con sus inventos. Pero la mente de Ennol no es fácil de entender, una tarde, mientras rearmaba un motor, tuvo un arranque de locura y, sin darse cuenta, inició la obra más extraña que sus manos habían creado. Por primera vez en su vida su invento no tenía una función específica, como tender su cama, barrer el piso o capturar ratones, era simplemente un desfogue de lo que Ennol sentía en lo más profundo, tomó lápiz y pergamino y en menos de treinta minutos dibujó los planos de esta extraña escultura en forma de doncella.

Los días pasaron y Tértemel había empeorado severamente. Ennol temía lo peor, sabía que el anciano lo abandonaría pronto, había cumplido noventa y dos años la semana pasada y el tiempo sencillamente era implacable. El muchacho dejó de lado su taller para acompañar a su amigo durante sus últimos días, el chatarrero pasaba la mayor parte del tiempo dormido y las pocas horas que estaba despierto balbuceaba frases sin sentido sobre hechizos y criaturas fantásticas. Por otro lado, los extraños sueños del muchacho eran cada vez más frecuentes, todo esto afectó la temporal calma de Ennol, pues extrañas ideas pasaban por su mente, incluso llegó a pensar en abandonar Eb, pero él nunca había ido más allá de la estación de autoferros, le aterraba el hecho de dejar su ciudad, su hogar, su taller. Sin embargo, cada vez que Ennol soñaba con aquella muchacha, sentía que Eb era demasiado pequeña para su espíritu, le asfixiaba su rutina, sentía una loca necesidad por salir de aquella ciudad

que le aprisionaba. Una tarde a Ennol se le ocurrió que si reproducía cada elemento como en su sueño, tal vez las respuestas llegarían, así que siempre tenía lista su mochila con un par de mudadas, procuraba vestir su abrigo largo de casimir y cada tarde, mientras Tértemel dormía, el muchacho se sentaba en la vieja banca de la estación a esperar que aquel autoferro apareciera. En un par de ocasiones la realidad parecía coincidir con su sueño, pero Ennol terminaba por decepcionarse al descubrir que se trataba de un nuevo cargamento de chatarra.

Una fría noche d'Marti se despertó sobresaltado, Tértemel había abandonado su cama y se escuchaban sus pasos cerca de la cocina, Ennol se levantó de prisa para asistir al viejo, no era la primera vez que se levantaba en medio de la noche, la última ocasión lo encontró afuera de su casa contando los adoquines de la acera. Pero aquella noche sucedió algo distinto, el anciano deambulaba por el pasillo; al principio Ennol pensó que se trataba de un nuevo episodio de sonambulismo, pero al acercarse lo suficiente miró que el rostro de Tértemel mostraba una expresión de absoluta lucidez, el viejo miraba con nostalgia a través de la ventana. El muchacho pudo ver claramente el arrugado rostro del anciano, su alborotada cabellera, sus largas barbas y espesas cejas parecían de plata bajo la luz de las estrellas, la nariz aguileña del viejo apuntaba optimista hacia el cielo, mientras que sus distantes ojos grises observaban atentos.

-¿La puedes ver, Ennol? –preguntó el anciano mientras con su dedo retorcido señalaba una brillante estrella.

-Sí –respondió Ennol mientras se acercaba–. Es la estrella del Este.

-Todos necesitamos de una guía, muchacho –la voz de Tértemel se escuchaba con total claridad, la tos había desaparecido–. La vida nos indica hacia dónde ir, solo debemos prestar atención y seguir las señales.

-¿Quieres ir al Este? –preguntó el muchacho un tanto desconcertado.

-¿Yo? Qué cosas dices, muchacho, yo no iré a ningún lado, estoy demasiado viejo y creo que hoy será la última vez que pueda ver el brillo de esa estrella –el viejo suspiró, como si hubiera aceptado la muerte y se despidiera de aquel magnífico panorama–. Pero tú, Ennol, tú eres joven, tienes muchos lugares por conocer, pronto no estaré aquí y espero que no pienses quedarte en Eb a llorar sobre mi tumba.

-No sabría a dónde ir, Tértemel, no conozco nada más que Eb.

-La vida nos indica hacia dónde ir, solo debemos prestar atención y seguir las señales –repitió el anciano.

-No tengo idea de lo que hablas. Entiende que no necesito nada, estoy bien aquí –refunfuñó el muchacho, pues el viejo había tocado un punto sensible.

-Ese vacío que sientes no lo podrás llenar en Eb –el anciano continuaba mirando al cielo–. Mientras exista ausencia en tu espíritu, jamás podrás encontrar tu verdadero propósito. Podrás ser el mejor inventor de Sorta, pero será inútil si no descubres ‘qué’ es lo que quieres inventar, las respuestas vendrán cuando decidas recorrer tu verdadero camino.

-¿De qué camino hablas, Tértemel? Deja de decir...

-¿Locuras? –el viejo miró profundamente a Ennol y este se asombró de la sensatez de su mirada, los ojos del viejo parecían esculcar hasta el secreto más recóndito del muchacho–. No, Ennol, admito que he dicho arrebatos pero esta vez sé muy bien lo que digo.

-No he recibido ningún tipo de señal, me cuesta creer que la vida funcione de esa manera.

-¿Eso crees? –cuestionó el anciano–. Y, ¿qué me dices de aquel sueño que se ha repetido durante los últimos meses?

Ennol se quedó perplejo, no había manera de que el anciano supiera sobre sus sueños.

-Esa doncella que construiste en tu taller –continuó el chatarrero–... Debes seguirla, ella te guiará hacia tus propósitos.

-¿Cómo sabes todo esto?

-Eso ya no importa... Escúchame muy bien, Ennol, diré esto una sola vez porque mañana ya no estaré aquí. Más allá de las rieles de autoferro existen mundos inimaginables, seres iluminados, puertas hacia ciudades colosales. Tu padre me habló de ellas y al hacerlo me recordó que alguna vez habité allí. Debes buscarlas, debes proteger a la doncella... debes prote... gerla.

Tértemel se desplomó lentamente, el muchacho lo sujetó con firmeza y lo llevó de inmediato a su cama. Ennol se esmeraba en preparar los remedios que le había dejado Hilda Bremier, pero el viejo le sujetó dulcemente la mano.

-Esas recetas son inútiles y tú lo sabes.

-Pero, Tértemel, estás muy mal, necesitas tu medicina.

-Lo único que necesito es descansar y creo que sabes que no me refiero a descansar en esta vieja cama –el anciano volvió a mirar al joven–. Ha sido un gran honor



conocerme, muchachito, gracias por cuidar de mí, has sido un excelente acompañante. Ahora solo te pido que me dejes ir en paz, no sabes cuánto... odio esos remedios... son...

El viejo Tértemel cerró sus ojos por última vez. Ennol lo cobijó con extrema ternura, tuvo que esforzarse para contener su llanto, pues sabía que el anciano había partido, pero el muchacho no tuvo que secarse los ojos, actuó normalmente como lo había hecho durante los últimos meses, pensó que tal vez, si ignoraba la realidad de aquella noche, por la mañana Tértemel despertaría una vez más, tosiendo y argumentando disparates.

Al día siguiente Ennol se encargó de enterrar al viejo en un pequeño claro cerca de la estación, el anciano había escogido ese lugar porque le encantaba escuchar el paso de los autoferros. El joven d'Marti y la Sra. Bremier fueron los únicos que se despidieron de Tértemel en su funeral. Hilda aprovechó para cobrar las monedas correspondientes a la última entrega de remedios, una vez hecho el pago el muchacho volvió a quedarse completamente solo. Ennol no derramó una sola lágrima, después de la muerte de sus padres había prometido no volver a llorar, así que no perdió su tiempo en absurdas ceremonias y se fue al único lugar que lo podría animar: como siempre el muchacho corrió a escudarse tras el acero de su taller.

Ya en sus dominios, Ennol prendió la lámpara de aceite para luego colocarla junto a su obra maestra. El muchacho no podía entender cómo esta simple figura había llegado para desconfigurar su vida, limpió la gruesa capa de polvo que cubría a un viejo sofá gris, se sentó y permaneció reflexionando sobre las palabras que le dijo Tértemel. Ennol se refugió tras aquella silueta mecánica y le confió sus verdaderos sentimientos, no era aquel muchacho insensible que aparentaba ser, no era aquel hombre seguro que podría vivir solo y asumir fortalezas que aún no le correspondían, era un joven normal, asustado sin saber a dónde ir en un abismo de dolor. De pronto la pequeña llama de la lámpara empezó a flaquear, el aceite se había consumido, el silencioso taller se sumergió en la más espesa oscuridad, y al desaparecer la dama de hojalata Ennol se encontró con la más desesperante soledad... No pudo evitar desatar su llanto, estaba totalmente perdido, su único amigo ya no estaba y nada podría consolarlo, ni siquiera sus inventos. Sentía que no importaba cuán bueno fuera, su genialidad era inútil en un mundo donde estaba destinado a permanecer solo. A Ennol le aterraba la

idea de nunca encontrar la esperanza que lo libraría de esta prisión, quizá nunca encontraría una salida a esta inmunda ciudad. Desahuciado, agotado, el muchacho cayó vencido ante el sueño.

En la profunda negrura de su mente, donde por instantes reinó la nada, el subconsciente pinceló nuevamente el recurrido escenario. La estación de autoferro de Eb se veía más real en esta ocasión, la luminaria, el reloj, la vieja banca oxidada seguían allí justo como la última vez que Ennol soñó con ellas, pero... esta vez había algo distinto: el cielo se matizaba en colores acuarela que se mezclaban desde un cálido bermellón hasta un lila intenso que delineaba el horizonte. Ennol podía sentir el viento flameando su abrigo, percibía un sutil olor a adoquín húmedo y escuchaba claramente las primeras melodías de los grillos, incluso la percepción del tiempo hacía de este sueño prácticamente una dimensión paralela. El sonido del autoferro se hizo presente, se acercaba esparciendo cada instante como mantequilla, dilatando aquel momento eternamente, Ennol esperaba expectante la llegada de la máquina que se detuvo frente a él, nuevamente el vapor por los costados, la puerta que se abría... en lo más profundo de su ser Ennol sabía que esta vez sucedería algo distinto. La silueta se dibujó tras el humo, el viento meció sutilmente la rubia cabellera de la misteriosa dama, una segunda silueta menos definida emergió tras las sombras para decir.

- ¿Ennol, eres tú?

En ese preciso momento el joven d'Marti esperó el violento regreso a la realidad, en cualquier momento se encontraría agitado en su taller, mal recostado sobre el empolvado sillón gris, con su cotidiana soledad y el enorme vacío de saber que Tértemel había muerto. Para su gran sorpresa esto no ocurrió.

- Búscame al morir la tarde... te necesito –replicó la hermosa doncella.

La puerta se cerró bruscamente antes de que el autoferro se desvaneciera tras la espesa niebla.

Temprano en la mañana, los primeros rayos de sol se colaron vigorosos por la ventana, con todo el trajín de la noche anterior, Ennol había olvidado cerrar las persianas. Normalmente el muchacho hubiera aborrecido su naturaleza olvidadiza porque no había peor cosa para él que madrugar, sin embargo, aquel día Ennol decidió ponerse en acción desde temprano, estuvo de pie mucho antes que la misma mañana; la claridad lo sorprendió arreglando sus herramientas, utilizó mucho tiempo rescatando

las piezas desaparecidas del enorme desorden de su taller, se tomó la molestia de pulirlas, engrasarlas y afilarlas, incluso limpió y enceró su maletín de cuero. Ennol estaba seguro de que un gran viaje se avecinaba, se aferró a esa esperanza con todo su corazón, recordaba constantemente aquella dulce voz y creyó de corazón que aquel sueño sería su única salida.

Después de atender sus herramientas, el joven d'Marti se dedicó a rediseñar su tan preciado abrigo de casimir y puso en práctica un diseño que hace tiempo merodeaba por su cabeza. Siempre pensó que a su elegante atuendo le hacían falta bolsillos, así que tomó aguja e hilo y, como buen reciclador, le dio buen uso a su ropa vieja para agregarle trece prácticos bolsillos de todo tipo: grandes, pequeños, internos, externos, vistos y secretos, ya no se trataba de un abrigo elegante, ahora era un auténtico bolsillero.

Una vez que preparó todo para su viaje, Ennol se dedicó a contemplar a su dama de hojalata, tenía la extraña sensación de que no la volvería a ver en mucho tiempo, sabía en secreto que la ilusión que ella le inspiraba sería el motor que impulsaría su determinación, estaba dispuesto a tomar riesgos. Sin importar lo que sucediera aquella tarde, Ennol estaba decidido a enfrentar sus miedos y abandonar aquella vieja ciudad industrial. Estaba nervioso, la incertidumbre lo consumía lentamente, las horas eran largas como las sombras en la mañana, pero esta vez el miedo no le impediría subirse en aquel autoferro.

Antes de partir, Ennol abrió el último cajón de su escritorio y sacó una pequeña caja rectangular, diseños coloridos estaban impresos en ella, eran los lápices de colores que Tértemel le había regalado cuando perdió a sus padres, como un intento para alegrarlo un poco. Contra toda predicción, el joven d'Marti había conservado aquel regalo sellado y listo para ser abierto en alguna ocasión especial, guardó la caja en uno de sus múltiples bolsillos. Ennol pudo escuchar el distante sonido del reloj de la estación anunciando las cinco de la tarde: era hora de partir. Lentamente el muchacho fue despidiéndose de su taller, de su sillón, de sus persianas, de sus planos viejos y guardó su última despedida para su querida dama, no sentía tristeza porque estaba seguro de que encontraría un lugar mejor.

Había llovido, los adoquines de la gran plaza de la estación reflejaban la luz

como rugosos espejos. El reloj marcaba las cinco y media de la tarde, Ennol se sentó en la misma banca de siempre, sacó su bitácora de planos, tomó de su bolsillo la caja de colores y, con especial cuidado, rompió el empaque, abrió la caja y percibió el olor de la madera lacada. Ennol buscó por un momento la inspiración y luego empezó a esbozar su ciudad, quería retratar los sentimientos que le ocasionaba el día de su partida. Poco a poco la tarde llegaba a su fin, el reloj marcaba las seis de la tarde y Ennol utilizaba un lápiz naranja para colorear el cielo de su dibujo, los grillos interpretaban sus monótonas melodías amenizando la espera del muchacho. A pesar de la urgencia por escapar de Eb, Ennol sentía gran nostalgia por cada rincón de la ciudad que lo vio crecer. Media hora más tarde, el joven d'Marti había terminado su dibujo y constataba alejando el papel de sus ojos que su obra había superado sus expectativas.

La noche llegó violenta, la oscuridad se apoderó de todo, el viento soplaba lejano como queriendo escapar de la desesperante soledad, las calles desiertas, el tiempo pasivo. Con cómica ironía, la vieja luminaria de la estación empezó a parpadear, su tenue luz solo conseguía profundizar la oscuridad, que con su negrura parecía burlarse de tan patético intento. Sin embargo, la luz persistió; tres ávidas polillas se arremolinaron en el farol, hipnotizadas por el simulacro de luz, estrellaban sus cabezas contra el cristal, el arrítmico sonido de su estupidez le añadía percusión a las tímidas tonadas de los grillos. El muchacho contemplaba impaciente la trayectoria circular de aquel flaco segundero, el reloj marcó las siete, de pronto los insectos abandonaron su concierto. Allí se encontraba Ennol, sentado en la banca, con su maleta de mano, su bolsillero y su maletín tan bien pulido que reflejaba los viejos adoquines de la estación, todas sus ilusiones a la expectativa de una salida, la permanente incertidumbre y el miedo a que nuevamente sus sueños se consumieran tras la ausencia o la llegada de algún estúpido cargamento; todo lo que Ennol estaba sintiendo, ese torbellino de sentimientos, se evidenciaba en el nerviosismo de sus ojos negros fijos en el horizonte. Su corazón se arremolinaba, se retorció, la ansiedad estaba a punto de ocasionarle un ataque, él sabía que sucedería, ya podía sentir las vibraciones bajo sus pies, aquella vieja máquina se acercaba a gran velocidad para llevarlo a conocer emocionantes lugares, nuevos horizontes y oportunidades.

Ennol se olvidó de respirar, sabía que pronto escucharía al autoferro. Una nube de vapor apareció estruendosa tras los pinos más lejanos, el enorme mecanismo

fue mostrando su larga estructura metálica, rugiendo al viento, echando bocanadas de vapor que aceleraban su imponente paso; los ruidos sincronizados, los chirridos de los ruedas sobre los rieles, el tintineo de una campana que anunciaba su llegada a la estación, todo exactamente como Ennol lo había soñado por tanto tiempo.

Una nueva bocanada de humo emergió elevándose hasta el cielo y emitiendo un grueso silbido, a medida que el autoferro se acercaba Ennol pudo distinguir los detalles de la máquina, y no daba crédito a lo que estaba viendo: los apliques de plata en los costados, el acero negro y elegante, la chimenea recortada, los diseños orgánicos sobre las ruedas motrices y el enorme émbolo al descubierto, como un gigantesco brazo mecánico ávido de vértigo. Ennol no sabía la razón por la que no lo había reconocido antes.

- ¡El Zoklen! – susurró Ennol mientras se levantaba de un salto.

Ennol se quedó paralizado, solo podía observar la magnificencia del gran autoferro, sin duda el mejor diseño que su padre había construido, el más rápido, potente y seguro cuyo modelo a escala Tedeo nunca le permitió desarmar, una de las últimas genialidades de la dinastía d’Marti; muchos decían que aquel autoferro había sido traído de otro mundo.

El imponente mecanismo frenó bruscamente frente a Ennol, se podía sentir la tensión de los rieles aguantando el peso del autoferro, finalmente tras los últimos quejidos del acero la máquina se detuvo. Hubo silencio, súbitamente varios chorros de vapor estallaron por los costados, en una secuencia que continuaba vagón tras vagón. Como en los sueños de Ennol, una cortina de humo se formó frente al Zoklen, solo se podía distinguir la silueta de la máquina a contraluz, el acero negro apenas reflejaba el resplandor azulado del inicio de la noche. La puerta se abrió, se escuchó el roce de las placas de acero al rodar sobre los rulemanes y finalmente el golpe seco entre los topes. Nuevamente aquella sutil silueta se delineaba tras el alborotado juego del vapor; Ennol esperaba en silencio, aguardando por aquella áspera voz, una fuerte brisa vino desde el norte, llevándose en un suspiro toda la niebla que se interponía entre el autoferro y el hijo de su creador.

Allí, al descubierto, permanecía bajo el umbral de la puerta de abordaje una

muchacha menuda, su largo pelo rubio flameaba con gracia descubriendo intermitentemente su blanco rostro, sus labios finos y rojos contrastaban con sus grandes ojos oliva. A Ennol le aterraba la posibilidad de despertar de repente para descubrirse asustado en su cama, pero, de igual forma, le aterraba aquella realidad, esa mujer tenía en sus ojos algo especial que lo envolvía en infinita paz, pero al mismo tiempo sentía cómo su mundo se perdía tras los sublimes límites de su libertad. El atuendo que vestía la misteriosa dama era tan delicado como la figura de su portadora: blanco como la nieve con pequeños motivos bordados con hilos violeta, la seda sugería las esbeltas formas femeninas, se ceñía hasta la cintura como una segunda piel para luego convertirse en pétalos libres al viento, los finos encajes danzaban caprichosamente y dejaban ver los pies descalzos de la doncella.

Emergiendo de la penumbra, una nueva silueta se posó tras la muchacha, era la primera vez que Ennol pudo distinguir a quien por tanto tiempo preguntó por él, el muchacho detectó en su rostro una extraña contradicción entre dureza y dulzura. Su tez evidenciaba ya el paso del tiempo, algunas arrugas enmarcaban los costados de sus ojos cafés; su ceño era fuerte, determinado, Ennol sintió cómo aquel magistral personaje lo analizó de pies a cabeza, incluso hubiera jurado que examinó hasta lo más recóndito de su alma. Por alguna razón Ennol imaginaba que esta extraña mujer emanaba energía por todo el derredor, hasta su peculiar vestido irradiaba un especial brillo carmesí.

- ¿Ennol, eres tú? –finalmente replicó la voz.

- Sí... –respondió Ennol sumergido en un mar de nervios.

- Has venido a buscarnos como lo hemos pedido. Estoy muy agradecida –dijo la mujer mientras ponía sus manos sobre los hombros de la muchacha–. Eres un joven muy valiente.

Ennol observó por unos segundos a la excéntrica mujer, y después de analizar sus últimas palabras preguntó:

- ¿Quién es usted?

- No, no, no, jovencito, es demasiado pronto para hacer preguntas. Por el momento tendrás que conformarte con mi nombre. Me llamo Zola.

- ¿Para qué me han llamado?

- Te lo explicaremos en el camino.

- ¿Y quién ha dicho que iré con ustedes? –preguntó Ennol desconfiado.

- Vendrás, de eso no hay duda –respondió Zola con una sonrisa en los labios.
- ¿Por qué está tan segura? –preguntó una vez más el inventor.
- Porque ya conoces esta ciudad, y sabes bien que lo que anhelas no está aquí.

La muchacha sonrió sutilmente, llamando nuevamente la atención de Ennol, quien volvió a conectarse por un segundo con su mirada.

- ¿Quién es ella? –preguntó d’Marti tratando de no darle importancia.
- ¡Eres una fábrica de preguntas, muchacho! La joven es mi aprendiz, ya conversaremos de eso, mejor deja de perder el tiempo con preguntas absurdas y sube tu equipaje.
- No subiré hasta no saber...

En ese preciso momento, una nueva nube de vapor salió disparada de la chimenea recortada del Zoklen, callando a los pocos grillos que se habían animado a reiniciar su canto; la campana reanudó también su tintineo para anunciar la pronta salida. Zola clavó su mirada en los ojos de Ennol, y con ella le transmitió un mensaje muy claro: “Te necesitamos”.

- Partiremos pronto –dijo Zola mientras miraba la campanilla de plata– es tu decisión.

La mujer dio media vuelta y se perdió en la penumbra del corredor del autoferro. La muchacha, por su lado, espero un poco más antes de ingresar al vagón.

Ennol se sentó y permaneció en silencio, con su mano acariciaba la vieja banca de la estación, con su mirada recorrió el escenario, la luminaria oxidada con sus incansables polillas cabezaduras, el antiguo reloj, recordó claramente la primera vez que lo desarmó y le extirpó todo el polvo que evitaba su normal funcionamiento, la estación destartada y sucia, la ciudad desierta y, finalmente, el increíble Zoklen estacionado frente a él. Un nuevo aviso por parte de la chimenea disparó una descarga de vapor. Ennol se puso de pie, colgó la maleta al hombro y cogió firmemente su maletín, con su cabeza hizo una leve reverencia hacia el reloj en gesto de despedida, lo mismo con la vieja luminaria. Después de una repentina explosión de humo desde los costados de la gigantesca máquina, las puertas del Zoklen empezaron a cerrarse una a una, Ennol empuñó con fuerza el mango de su maletín y con paso determinado se aventuró a la penumbra de aquel pasillo del autoferro, la silueta de su bolsillero desapareciendo tras las sombras fue lo último que Eb vio del joven d’Marti por un largo

tiempo.



## 2 – MAGIA

El interior del Zoklen se asemejaba al salón de algún lujoso hotel clásico, Ennol no estaba acostumbrado al orden, la sobriedad lo agobiaba, una elegante alfombra negra bordada con hilos plata recorría el largo vagón, a los lados se encontraban distribuidas en simetría pequeñas salas para el uso arbitrario de los pasajeros. En las paredes estaban empotradas finas mesas de madera de ébano, pequeños cuadraditos de hierro incrustados alrededor de los bordes de las mesas le daban un sutil toque de modernidad al diseño, en los tableros superiores similares incrustaciones dibujaban perfectamente la insignia del Zoklen: una gran Z un poco deformada por la velocidad simulando el frente de la máquina. A los lados de cada mesa había cuatro magníficas sillas, finamente talladas en madera negra, sus patas simulaban la tensión de los rieles, y en el centro del espaldar, justo en el borde superior, estaba incrustado un elegante aplique de hierro que representaba el enorme émbolo que impulsaba al Zoklen. Sobre cada mesa se abría una ventana rectangular, con la perfilaría en madera de ébano, cortinas de terciopelo negro bordadas con hilos plateados permanecían amarradas a los costados de cada abertura. Refinados biombos cuadrículados de mediana altura separaban una sala de otra y en el remate de cada uno de ellos se elevaba un fino brazo de acero para sostener una delicada lámpara de aceite.

Ennol estaba maravillado, nunca antes había estado dentro de un autoferro a pesar de que, irónicamente, él había ayudado a su padre a diseñar decenas de ellos. Caminó unos pasos hasta alcanzar las ramas de una menuda planta que crecía en un macetero de hierro negro, justo a la izquierda de la entrada, mientras palpaba sus frías hojas examinaba boquiabierto cada detalle del interior del vagón: los bordados, la madera tallada, el hierro modelado en formas extraordinarias, las lámparas que iluminaban con luces ocre, todo era magnífico. De repente, el gigantesco autoferro dio un pequeño salto hacia adelante, Ennol escuchó nuevamente aquel sonido característico del Zoklen como aire comprimido liberado de golpe. “Han retirado el freno”, pensó el muchacho, luego de unos segundos la gigantesca máquina se puso en marcha bruscamente, soplando torres de vapor. Ennol salió disparado hacia atrás, arrancando unas cuantas hojas de la inocente planta; torpemente intentó estabilizarse, dio unos cuantos pasos acelerados hasta tropezar con su propio maletín, el joven cayó de espaldas aparatosamente y el Zoklen aceleró cada vez más sin consideración.

Ennol comprendía perfectamente lo que era la inercia, pero nunca antes la había experimentado: caída, golpe, vuelta, golpe, trampolín, golpe... por los aires surcaban tres verdes hojas, un destornillador, una maleta de mano, unas cuantas tuercas y algunos lápices de color. De bruces sobre el suelo, Ennol verificó que los bordados de la alfombra eran de genuino hilo de plata.

-Boleto –dijo una firme voz.

Ennol no sabía lo que ocurría, aún estaba aturdido por la caída, giró su rostro dejando de ver los finos bordados y se encontró con un par de botas negras muy bien pulidas, elevó su mirada lentamente hasta descubrir a un alto hombre, vestido con un sobrio uniforme blanco, llevaba un sombrero cilíndrico que apenas tenía un ademán de visera y en él estaba dibujada la insignia del Zoklen.

-Boleto –repitió el hombre.

- ¿Boleto? –preguntó Ennol, mientras recogía sus lápices de color y los guardaba en la caja.

- Sí, boleto, ticket, pasaje, como quieras llamarlo, compraste uno, ¿verdad?

-No.

Ennol buscaba desesperadamente con su mirada algún indicio de Zola, pero el pasillo estaba vacío y al parecer no había nadie en las salas, a excepción de un par de ancianos sentados en una de las salas esquineras.

-Entonces tendré que pedirte que me acompañes, jovencito –dijo seriamente el inspector.

-Pero no he sabido nada sobre aquel boleto, yo solo subí... seguramente Zola debe tenerlo.

- ¿Zola? ¿Quién es esa?... Muchacho, si no me das el boleto es mi obligación llevarte con los oficiales de seguridad del Zoklen.

-Está bien, está bien, seguro que todo esto es un malentendido, te acompañaré sin problemas, solo déjame recoger las cosas que se me han caído.

-Está bien, pero apresúrate.

Ennol recogió el resto de pinturas, recuperó su destornillador y, cuando metió su mano en uno de los tantos bolsillos de su abrigo para guardar sus tuercas, se percató de que algo estaba allí, se apresuró a verificar qué era, no recordaba haber guardado nada de esas características en aquel bolsillo. Se trataba de un extraño

papel, con perforaciones a lo ancho, tenía una cinta plateada que descomponía los colores de la luz y atravesaba el papel por delante y por detrás, una gran Z estaba impresa en el frente y con letras plateadas continuaba el resto de la palabra “Zoklen”.

- ¿Qué es esto? –musitó Ennol para sí mismo.

El ya impaciente inspector al ver el misterioso papel se lo arrancó de las manos a Ennol, sacó una extraña perforadora de su bolsillo derecho y le fabricó un hueco en forma de émbolo.

- Pesada broma que me has jugado, muchacho –dijo molesto mientras le devolvía el papel–. Aquí tienes tu boleto. Toma asiento si no quieres volver a caer.

El hombre alto no perdió más tiempo y abandonó el vagón para continuar con sus tareas. Ennol se quedó parado en medio del pasillo con el boleto perforado en su mano sin saber qué hacer. Revisó el vagón desde el fondo hasta la esquina donde estaban los ancianos, quienes lo miraban con la sonrisa detenida, seguramente estarían evitando reírse a carcajadas después de aquel espectáculo de malabarismos. Ennol no encontró a Zola, tampoco a su aprendiz, seguramente estarían en otro vagón, el muchacho caminó hacia la puerta, los ancianos continuaban acosándolo con sus miradas llenas de humor.

- ¿Te encuentras bien, muchachito? –dijo uno de los ancianos.

- Sí, solo han sido un par de golpes leves.

- Menos mal eres joven, a mi edad me hubiera destrozado el cóccix.

El otro anciano no pudo contenerse y soltó una estrepitosa carcajada, parecía que se asfixiaría en su propia risa.

- Tal vez quisieras acompañarnos –dijo el anciano. Con su mano derecha le ofreció el asiento de al frente y con su brazo izquierdo codeaba a su compañero para que dejara las burlas.

- No, muchas gracias –respondió avergonzado Ennol–. Estoy buscando a alguien.

- Tal vez te podamos ayudar. ¿Cómo es ella? –preguntó el anciano.

- ¿Ella? En ningún momento he dicho que sea mujer.

- Yo soy más viejo que el diablo, es evidente que a quien buscas es una mujer.

- Bueno, qué más da. Es una mujer vieja, lleva anteojos, no la pude ver bien por el vapor, lo único que puedo decir es que parece una bruja.

El anciano que reía, después de escuchar el último comentario, olvidó toda compostura y se echó a reír como un adolescente, se cogía la barriga y reía con un gusto demoníaco, esto molestó mucho a Ennol y más aún al primer anciano, que ahora golpeaba con su bastón a su compañero. Ennol pensó que todo esto era una pérdida de tiempo y decidió abandonar el vagón.

- Con permiso –musitó Ennol mientras sujetaba la cerradura de la puerta de acero y se disponía a abrirla.

- Será mejor que te quedes en este vagón, jovencito –dijo una enérgica voz a su derecha.

Ennol regresó a ver para comprobar asombrado que en lugar del molesto anciano se encontraba Zola sosteniendo un delgado bastón y que su joven aprendiz continuaba deleitándose a carcajadas al borde de la alferecía; su rostro risueño demostraba la poca preocupación que le causaba el notable enfado de su maestra, Ennol pudo distinguir en aquella cristalina risa una energía especial que hacía de aquella muchacha un ser angelical, detrás de las risotadas se insinuaban eternas conversaciones de equilibrio y paz, las mismas sensaciones que Ennol sentía cada vez que en sus sueños se encontraba frente a frente con su mirada.

- ¡Atrevido! ¡Muchacho iluso! –reclamó Zola clavando su mirada ante la atónita expresión de Ennol–. Lo de bruja puedo aceptarlo, pero ¡vieja!... mocoso irrespetuoso.

Ennol se había paralizado al evidenciar la repentina aparición de las mujeres, bastó un simple parpadeo para que el par de ancianos se esfumaran en la nada, no había explicación o hipótesis alguna en la cabeza de Ennol que pudiera resolver lo que había acabado de ocurrir frente a sus narices.

- ¡Minwe, compórtate! Recuerda que debemos pasar desapercibidas –gritó Zola, tratando inútilmente de controlar el volumen de su voz–. Y tú, Ennol, ¡siéntate!

Ennol no dudó un segundo en obedecer, incluso sintió como un par de manos invisibles que lo sujetaban por los hombros y lo obligaban a sentarse. La muchacha parecía haber calmado un poco su risa, sus ojos se habían llenado de lágrimas de gozo, el ceño fruncido de Zola le ayudó a retomar la compostura; después de un enorme y final suspiro la hermosa joven se incorporó.

- Jamás vuelvas a decirme vieja –dijo Zola pausadamente, mientras recuperaba la

calma

- Lo siento –dijo Ennol apenado.

- Disculpa aceptada –Zola respiró profundo–. Ahora sí puedo presentarte apropiadamente a mi imprudente aprendiz.

Zola hizo un breve gesto con el delgado bastón mientras la doncella borraba con sus manos las arrugas que la risa había dibujado en su vestido. Zola la miró como esperando su intervención; enseguida la muchacha hizo una sutil reverencia, cerrando por un instante los ojos y llevándose la mano al pecho.

- Mi nombre es Minwe Fiala, aprendiz de Zola, un placer conocerte.

Ennol se quedó pasmado, las pestañas de aquella joven tenían el mismo largo que las brochas con las que él limpiaba sus herramientas, apenas pudo responder al saludo de la joven asintiendo levemente.

Ennol quiso ocultar su nerviosismo guardando su mochila en el maletero, luego dejó su maletín en el suelo junto a su silla, al hacerlo se encontró con dos zapatos violeta, Ennol dedujo que debían ser de Minwe, espió disimuladamente bajo la mesa y miró los pies descalzos de la muchacha.

- Le gusta andar descalza –comentó Zola en un susurro.

Minwe recogió sus pies rápidamente y los escondió tras su silla al darse cuenta de que estaba siendo observada. Ennol miró detenidamente a las mujeres, no asimilaba por completo lo que estaba ocurriendo, sin embargo, se sentía seguro, tanto Zola como Minwe transmitían una energía cálida que le hacía sentir como en casa. Sea como sea, confiara o no confiara, su cabeza necesitaba urgentemente una explicación.

- ¿Para qué me han llamado? –preguntó Ennol seriamente.

Zola regresó a ver a su aprendiz, quien ahora demostraba una seriedad infranqueable.

- Está bien –dijo Zola–. Solo espero que confíes en mis palabras.

- Confiaré en lo que crea pertinente –respondió Ennol.

- Me parece justo. Escucha con atención.

Ennol agudizó sus sentidos, ávido por la información que estaba a punto de escuchar.

-Estoy segura de que si te digo todo de golpe no estarás en capacidad de comprender, pero te aseguro que en poco tiempo aprenderás a creer. Minwe y yo emprendimos hace poco una travesía de gran importancia, por ahora nuestro principal objetivo es llegar a la ciudad de Ian a salvo. No soy solo la maestra de Minwe, también soy su guardiana, es mi misión protegerla a toda costa, incluso con mi propia vida.

-¿Qué la hace tan especial para que arriesgues tu vida por ella? –preguntó Ennol intrigado.

-Es un ser único, de ella depende que perdure la paz en Sorta, es la portadora del equilibrio, te bastará un día junto a ella y entenderás. Ten paciencia, las respuestas vendrán solas, lo importante es que estés consciente de que lo más valioso en esta misión es Minwe, sin ella todo estaría perdido. ¿Está claro?

Ennol asintió rápidamente.

-Seré directa. Necesito que me ayudes a escoltar a Minwe. El Oráculo está seguro de que tu apoyo es de vital importancia para el equilibrio. No sabemos aún las razones, seguramente tus habilidades como inventor podrían ser de gran utilidad.

-Gracias –dijo Ennol halagado–. Supongamos que decidiera ayudarlas, ¿qué recibiría yo a cambio?

-Sabía que preguntarías eso –Zola sonrió–. A cambio te adoptaré como mi aprendiz.

Minwe regresó a ver a Zola violentamente, la miró como si sus últimas palabras hubieran sido una puñalada por la espalda, una mezcla de ira, resentimiento y decepción se conjugaron en sus cristalinos ojos. Antes de que la muchacha pudiera intervenir, Zola la tomó de la mano dulcemente, Minwe se tranquilizó de inmediato.

-Me halagas, Zola –intervino nuevamente Ennol–. Pero la verdad he leído todo sobre ciencia y mecánica, sería muy poco lo que podrías enseñarme.

-¡No me refiero a la ciencia, muchachito! ¡¿Acaso tengo el aspecto de una científica?! ¿Qué no acabas de decir que parezco una vieja bruja? Ennol, ¡por favor, te estoy hablando de magia!

-¿Magia? –preguntó Ennol desconcertado.

Zola regresó a ver a Minwe nuevamente, quien ahora mecía ligeramente su cabeza como desaprobandando las últimas palabras de Ennol.

-Sí, ¡magia!... ¡alquimia, transmutación, hechizos!... ¿O es que nunca has escuchado hablar de magia?

- Tértemel solía contar historias sobre magia, pero todos opinaban que el viejo estaba completamente loco.

Zola abrió sus grandes ojos, se retiró los lentes y sacó de su bolsillo una cajetilla de cigarrillos.

- Esto será más difícil de lo que pensé –le dijo Zola a Minwe, mientras extraía de la cajetilla un largo cigarrillo con un par de líneas marrones.

- ¿Qué esperabas, maestra? –respondió Minwe–. Es solo un científico.

Ennol se limitó a escucharlas, parecía que a pesar del delicado tema de conversación, ni a Zola ni a Minwe les importaba que Ennol las escuchara hablar sobre él.

- Yo sé que es solo un científico, pero el muchacho ni siquiera sabe que la magia existe –musitó Zola mientras se llevaba el cigarrillo a la boca.

Ennol se apresuró a buscar en uno de sus bolsillos inferiores, sacó uno de sus más antiguos inventos: un encendedor mecánico, era la ocasión perfecta para demostrarles lo bueno que era inventando artilugios.

- La magia no existe –dijo mientras con un movimiento de su pulgar encendía una firme llama.

Zola sonrió al ver la determinación en la mirada del joven y con su mano rechazó amablemente la llama que le ofrecía.

- ¿Qué tan seguro estás de eso? –preguntó Zola mientras miraba profundamente los ojos de Ennol.

Con un elegante movimiento de su mano, una pequeña chispa explotó en su dedo índice, luego ante la atónita mirada de Ennol una fina llama terracota apareció; como si la mano de Zola fuera un exótico candil, acercó el cigarrillo al fuego y se tomó el tiempo suficiente para que Ennol observara que en su mano no existía ningún mecanismo. Una vez encendido el cigarrillo, Zola exhaló el humo con gesto soberbio.

- ¿Cómo hiciste eso? –preguntó Ennol anonadado.

- Es sencillo –intervino Minwe.

Con un chasquido violento de sus dedos, sin dar tiempo a sutilezas, la

muchacha imitó a su maestra. Una delgada llama plateada jugueteaba en la palma de Minwe. Ennol no podía creerlo, Zola vestía un traje abultado con mangas largas, podía haber escondido fácilmente un mecanismo como el de su encendedor, pero Minwe tenía sus brazos descubiertos. Ennol pudo ver claramente la llama en contacto directo con los dedos desnudos de la joven.

- No seas presumida, Minwe, al parecer Ennol captó la idea –musitó Zola.

En cuestión de un instante, la pequeña llama había desaparecido entre los dedos de la doncella. En ese preciso momento, el inspector del Zoklen volvió a entrar al vagón repentinamente, Ennol no se distrajo esta vez y vio cómo asombrosamente Zola y Minwe cambiaban su apariencia en una fracción de segundo para aparecer nuevamente como el simpático par de ancianos. Ennol estaba desconcertado, su mente se rehusaba a creer lo que sucedía, no encontraba explicación lógica, pensaba que todo seguramente sería un sueño. Todo lo que había visto, agregado a las palabras de Zola, magia, oráculo, transmutación, fueron como certeros golpes que resquebrajaban sus creencias acerca de la inexistencia de la magia.

- Caballeros –intervino cordialmente el inspector–. Me permito avisarles que haremos una parada extra en la estación de Trueb. Nos disculpamos por la molestia, no demorará mucho, solo recogeremos un par de pasajeros.

- Muchísimas gracias por su consideración, jovencito –dijo Zola tras la cansada voz del anciano.

El inspector abandonó nuevamente el vagón, al cerrarse la puerta Zola y Minwe ya habían recuperado su apariencia original. Ennol sentía que todo le daba vueltas, las hechiceras lo miraban como si nada extraordinario estuviera ocurriendo.

- Mejor vete acostumbrando, jovencito, y no te rompas la cabeza intentando encontrarle sentido a lo que por principio no lo tiene –dijo Zola enérgicamente.

- ¿Qué hay en lan? ¿Por qué te urge llegar?

- Allí nos espera Renvel, un viejo amigo, una de las pocas personas en las que podemos confiar. Él nos dará información importante.

- ¿Información sobre qué? –preguntó rápidamente Ennol.

- ¡No hagas tantas preguntas! –se apresuró Zola.

- ¡Si voy a ayudarlas, exijo al menos saber qué buscan!

- Información sobre el paradero de la primera ciudad andante, Ciudad Titán, la primera de las seis metrópolis construidas por los Erernis –Zola sabía que Ennol no entendería



ni media palabra—. El Oráculo predijo que la encontraríamos con tu ayuda.

- ¿Oráculo?

- ¡Es demasiada información para decirla así de golpe! Ennol, ¡ten paciencia! Tienes mi palabra de que te explicaré poco a poco.

- ¡¿Qué oráculo?! –insistió Ennol.

- ¡El Oráculo de Sadek! La ciudad de las hadas. Yo sé que no crees en las hadas, es evidente, pero te aseguro que las conocerás; por el momento concéntrate en mi propuesta. ¿Quieres acompañarnos?

- ¿Hadas? ¿Es en serio? Y yo que pensaba que Tértemel era el único que estaba loco... Hagamos un trato, ustedes me muestran un hada e inmediatamente acepto acompañarlas –mofó Ennol.

Zola perdía la calma, había algo que la inquietaba, no era la actitud de Ennol, aunque el muchacho había complicado bastante la situación; ella tenía el presentimiento de que algo se aproximaba. Minwe conocía bien a su maestra y detectó de inmediato su preocupación, la joven había permanecido en silencio, confiaba mucho en el poder de convencimiento de Zola, pero al verla perder el control de la situación decidió intervenir.

- ¡Es un trato! –dijo Minwe—. Te enseñaré un hada. Solo espero que cumplas con tu palabra.

Ennol sintió un escalofrío que le hizo tragarse sus palabras, la voz de Minwe se escuchó tan convincente que hasta su propia maestra decidió callarse. Minwe se acercó a Ennol, le tomó la mano dulcemente y lo miró fijamente.

- Solo esperaba que una persona tan joven como tú tuviera el corazón abierto hacia la magia. Así que antes de cumplir con mi parte del trato quiero preguntártelo una vez más, para tener la certeza de que decidiste acompañarme por tu voluntad y no por cumplir con una tonta apuesta. ¿Quieres acompañarnos?

Ennol sintió cómo todas sus defensas cayeron como un castillo de arena azotado por la más fina ola, la arrogancia, la incredulidad, el sarcasmo eran ahora burbujas de espuma flotando en el mar.

- Está bien, iré con ustedes.

- ¡Excelente! –dijo Minwe con una gran sonrisa—. Te lo agradezco.

Zola se quedó pasmada, no podía creer que su propia pupila le había dado una lección sobre diplomacia.

-Bueno, ahora cumpliré mi parte del trato –continuó Minwe.

Ennol supo en ese instante que Zola y Minwe no mentían, en realidad lo supo siempre, solo que su mente se resistía a la verdad y trataría de persuadirlo hasta hacerlo desistir por completo de aquellas ideas sobrenaturales; no era fácil para él, pues la simple posibilidad de la existencia de un hada significaba aceptar que por mucho tiempo había estado equivocado.

A Ennol le costaba confiar, sobre todo en lo que no conocía, estaba tan acostumbrado a encontrar una razón a las cosas que para él todo debía funcionar como los engranajes de sus inventos, una cosa mueve a otra, acción y reacción. Ya no era necesario que el joven observara con sus propios ojos un hada para creer que efectivamente Minwe estaba a punto de enseñarle una, en ese momento Ennol decidió arriesgarse a creer en lo imposible, de la misma forma en la que creyó en el sueño que lo trajo hasta aquí.

-Mo –dijo Minwe casi susurrando–. Ya escuchaste, Ennol te quiere conocer.

Ennol apoyaba sus brazos sobre la mesa, de pronto sintió el ligero peso de unos pasos que subían por sus dedos como si fueran una serie de escalones, el muchacho tuvo que contener el impulso para no levantarse de un salto y sacudir su mano con pavor. Lentamente una silueta se dibujó, al inicio era confusa, transparente como una figura de cristal, pero los colores aparecieron cada vez más intensos hasta finalmente revelar a una pequeña criatura. Mo permanecía de pie, su piel azul tenía un especial brillo que contrastaba con el habano oscuro del cuero tachonado de su chaleco; sus brazos estaban descubiertos y a pesar de ser muy esbeltos parecían ser fuertes; su vestimenta aparentaba ser ligera a excepción de su cinturón, de donde colgaban dos pequeñas espadas que le daban un especial aire de imponencia. Un par de brillantes alas se desplegaron de la espalda de Mo, aparecieron de la nada como un chispazo de luz y luego tomaron un aspecto translúcido como el hielo, aquellas alas estaban conformadas por millares de cristales de escarcha; el hada las batió con sutileza para emprender un corto vuelo hasta alcanzar la altura del rostro de Ennol.

-Es un honor conocerte, Ennol d’Marti –dijo el pequeño ser–. Mi nombre es Mo, primer marcial de Sadek y guardián de Minwe.

Mo hizo una reverencia y esperó la respuesta del joven d'Marti, la cual tardó en llegar debido a que Ennol estaba sumergido en la magnificencia del hada, observó con extrema atención los minúsculos detalles de su vestimenta, los diseños orgánicos de las vainas de las espadas, su extraño peinado, las finas facciones del rostro de Mo y el especial brillo de su tez. Ennol tenía un remolino de pensamientos en su cabeza, estaba asustado, la aterraba saber que existían tantas cosas que él no conocía, ¿cuántas probabilidades podría haber en el mundo? Al mismo tiempo sintió un extraño alivio, al dejar de resistirse a la verdad, las nuevas posibilidades eran extremadamente atractivas para una mente joven como la de Ennol.

-Al parecer ya no estás tan seguro sobre la inexistencia de la magia, ¿verdad, Ennol?  
-dijo Minwe, con una sonrisa en los labios-. No seas tímido, Mo es un buen amigo.

Las palabras de Minwe rescataron a Ennol de su ensimismamiento, reaccionó inmediatamente.

-El placer es mío, Mo, es la primera vez que veo un hada, disculpa mi distracción.  
-No hay problema -dijo el hada sin dudarlo.

Mo se volteó rápidamente y voló hasta posarse en el hombro de Zola, y, sin despegar su mirada de Ennol, le susurró:

-Este... la verdad... me lo imaginé como que más... no lo sé... más... poderoso. ¿Estás segura de que es él? Digo... ni siquiera tiene... tampoco sabe... es decir... es un novato -luego agregó dirigiéndose a Ennol-. Sin ofender.

-Descuida -respondió d'Marti.

-Es él -dijo Zola enérgicamente-. Solo le hace falta un poco de entrenamiento, y ahora que ha aceptado acompañarnos, Minwe y yo nos encargaremos de enseñarle todo lo que necesite. En poco tiempo te convertirás en un excelente guardián.

-¿Cuándo empezaremos? -preguntó Ennol con ansiedad, pues de repente todo esto de la magia le resultó muy interesante.

-Cuando lleguemos a Ian, allí conocerás a Renvel, el viejo te ayudará con tus lecciones iniciales. Mientras tanto es conveniente pasar desapercibidos -Zola hizo una señal con su mirada a Mo.

-Está bien -dijo el hada-. Aquí estaré.

El hada adoptó su apariencia cristalina y después de unos segundos su silueta

se había perdido por completo.

- ¿Cómo puede hacer eso? –susurró Ennol.

- La fuente de Mo es el agua, por lo tanto puede copiar sus características físicas –respondió Minwe, quien se disponía a empezar una cátedra sobre magia.

- Ya tendremos tiempo para eso en Ian, Minwe –interrumpió Zola–. Dejemos que Ennol asimile todo lo que ha visto hoy. Por el momento es prudente descansar.

El Zoklen empezó a disminuir lentamente la velocidad, Minwe se asomó a la ventana, y después de unos instantes murmuró:

- Llegamos a Trueb.

- ¿Nos quedaremos aquí? –preguntó Ennol, ansioso por la posibilidad de conocer una nueva ciudad.

- No lo creo –respondió Zola–. Es más, esta parada no estaba programada en el itinerario del Zoklen.

En ese preciso momento Zola comprendió la razón de su preocupación, era muy extraño que a esas horas de la noche se notificara un cambio en el programa del Zoklen, los maquinistas rara vez negocian paradas extras a no ser que se tratara de alguna emergencia. Había sido muy difícil para Zola conseguir que el autoferro se desviara para llegar a Eb.

El Zoklen se detuvo frente al primer andén, Ennol miraba asombrado tras la ventana, consideró que la estación de Trueb era muy vistosa. En el andén esperaban dos personas listas con su equipaje, un esbelto hombre de escaso cabello y fino bigote, con atuendos muy parecidos a los de Zola, y un extraño personaje que llevaba puesta una abultada capucha que no le permitía a Ennol distinguir sus facciones. Las puertas del Zoklen se abrieron y los nuevos pasajeros empezaron a subir. Para estas alturas, Zola y Minwe habían retomado su práctico disfraz.

Los extraños pasajeros escogieron la esquina opuesta del vagón, al parecer les incomodaba la compañía. Ennol escuchó un ligero maullido, y observó que el misterioso encapuchado cargaba un hermoso gato negro. El canoso hombre sacó de su maleta un libro, acomodó el equipaje bajo los asientos y finalmente se sentó; por otro lado, el encapuchado acomodó su silla en sentido contrario, se acostó y puso sus pies sobre la mesa, al parecer disfrutaría de una reconfortante siesta, Ennol apenas

podía ver la abultada capucha y las puntas de sus viejas botas.

Zola examinaba la situación con gran atención, a pesar de llevar la apariencia de un anciano, a la hechicera no le fallaba la vista. Una vez que los extraños personajes tomaron asiento Zola pareció reconocer al individuo.

- ¡Demonios! –musitó Zola entre dientes.

- ¿Quiénes son? –susurró Minwe tratando de pasar desapercibida.

- Del encapuchado no tengo la menor idea, pero ese flaco canoso es Reno d’Jinn.

- ¡¿D’Jinn?! –exclamó Minwe

- ¡Silencio! –susurró nuevamente Zola, conservando la calma–. Sí, de los d’Jinn que tú sospechas. Reno es nuestro aliado, lo que me inquieta es qué hace él aquí.

- ¿A qué te refieres, maestra?

- Reno es guardián de uno de los señuelos que envió Sadek para confundir a cualquier persona que quisiera hacerte daño, Minwe, el problema es que nunca debería un señuelo estar tan cerca de ti, es riesgoso, puede atraer problemas.

- Entonces el encapuchado con el gato debe ser el señuelo –intervino Ennol.

- Seguramente –Zola permaneció pensativa por unos segundos–. El plan sigue siendo el mismo, pasemos desapercibidas.

Las puertas del Zoklen empezaron a cerrarse, Ennol escuchó nuevamente el sonido que indicaba que el freno se había retirado, el autoferro empezó a desplazarse, y antes de que la puerta del vagón se cerrara, dos nuevos pasajeros ingresaron apresurados en el último instante. Zola no pudo evitar demostrar su sorpresa.

- Algo anda mal –susurró.

El par de extraños tenían una apariencia desconcertante, para empezar eran muy parecidos entre sí, los dos vestían largos abrigos de gabardina negra, guantes de cuero, sobre sus cabezas llevaban altos sombreros de copa, negros también, y la mitad de su rostro se ocultaba tras grandes gafas oscuras. Ennol sintió la misma ansiedad que su maestra, presentía que algo no estaba bien, analizó a los individuos y le pareció absurdo su abordaje, sobre todo el hecho de que no llevaran equipaje.

- Oculta tus zapatos –musitó Ennol a Minwe, quién cayó en cuenta de que sus zapatos podrían delatar su identidad.

Minwe deslizó sus pies y al topar los zapatos con sus delicados dedos

transformó inmediatamente las zapatillas en un par de mocasines negros. El inspector entró al vagón de repente, se acercó cordialmente a los nuevos pasajeros para pedirles sus boletos y darles la bienvenida al Zoklen, mientras tanto los misteriosos personajes examinaban cada rincón del vagón, miraron con detenimiento a Ennol y a los ancianos, pero aparentemente estaban más interesados en d'Jinn y el encapuchado. Después de perforar todos los boletos, el inspector abandonó el vagón apresuradamente.

De pronto, el ambiente se tornó tenso, incómodo. Zola permanecía alerta, su expresión de preocupación se evidenciaba claramente en el anciano rostro, sin embargo, Ennol se sentía muy seguro junto a las hechiceras, pues Mo aseguró permanecer cerca y al parecer el hada contaba con grandes poderes.

El par de hombres tomaron asiento cerca de la entrada, Zola analizaba la situación meticulosamente, mientras tanto d'Jinn, sin demostrar la más mínima preocupación, abrió su viejo libro y comenzó a leer. Ennol notó que Reno llevaba un hermoso anillo dorado con una extraña piedra roja incrustada, la piedra brillaba con la luz, al principio esporádicamente, pero poco a poco los destellos parecían responder a un patrón premeditado. Zola se exaltó nuevamente.

- ¡Es una señal! Minwe, Mo, ¡alerta!, preparen sus hechizos y esperen mi aviso.

Minwe asintió levemente, Zola empuñaba con fuerza su bastón, estaba ansiosa, no despegaba su mirada del par de extraños. De pronto uno de los hombres se puso de pie, Minwe tuvo el impulso de actuar, pero Zola, con un gesto muy sutil, le sugirió que esperara. El sospechoso abandonó parsimoniosamente el vagón, Ennol supuso que se dirigiría a la cabina del Zoklen. El otro hombre permaneció sentado en silencio, sus oscuras gafas eran muy desconcertantes, no se podía distinguir hacia dónde miraba aquel sujeto. El tiempo se escurría, cada segundo pendía de un hilo, Minwe tenía su mirada fija en el forajido, Zola no dejaba de mirar el anillo de Reno, quien continuaba leyendo su libro, el encapuchado aparentaba estar dormido.

Ennol sintió que algo caminaba entre sus pies, al bajar su mirada se encontró con un pequeño gato negro, el mismo que hace poco cargaba el misterioso encapuchado, sujeto a su collar había un papel enrollado; el silente gato saltó a las piernas de Zola y se acurrucó en su regazo, disimuladamente la hechicera recogió y leyó el mensaje.

- ¡El puente de Hilden! –susurró.

En ese preciso momento un sonido estridente estalló y el Zoklen precipitó violentamente su paso, varios pasajeros del vagón contiguo gritaron sobresaltados, los maceteros de la entrada cayeron por la fuerte sacudida. Inmediatamente el sospechoso se levantó y arrojó hacia el fondo del vagón una rara cápsula, la esfera rodó por el pasillo hasta llegar a los pies de Ennol. Zola levantó su mano y, con un movimiento apenas perceptible para la vista y sin siquiera tocar aquella esfera, la estrelló contra la ventana del Zoklen destrozando por completo el vidrio.

- ¡Ahora! –gritó Zola.

Minwe juntó sus manos en una especie de aplauso ceremonial y de sus palmas se desprendió una luz violeta que en menos de un segundo los cobijó a todos, mientras tanto la extraña cápsula estalló, la explosión destruyó la pared posterior, parte del techo y del piso del vagón, los pasajeros del Zoklen gritaban aterrados. Ennol cayó de espaldas por el impacto, sintió claramente cómo aquella luz violeta lo protegió de cualquier daño, el joven d’Marti permanecía en el suelo tras el biombo de la pequeña sala, ahora semidestruida.

- ¡No te muevas de ahí! –le ordenó Zola.

Mientras tanto, el agresor había enfocado sus esfuerzos en atacar al enigmático encapuchado, sacó de su abrigo una sofisticada pistola y disparó desmesuradamente, las balas impactaron de lleno contra el objetivo que después del ataque se desmoronó sobre la silla para revelar que se trataba de un abrigo vacío; desconcertado por el engaño, el agresor repitió el ataque pero esta vez para intentar aniquilar al anciano. Reno extendió rápidamente su brazo para tocar la puerta del vagón que yacía a sus espaldas, el metal emitió un ligero brillo azulado, una nueva oleada de disparos se desató muy cerca del hechicero; asombrosamente, la trayectoria de las balas fue alterada por un fuerte campo magnético, los proyectiles impactaron en la puerta, justo en el punto que había tocado el anciano. Reno dirigió la palma de su mano hacia una de las sillas del Zoklen y de la misma manera en que Zola levitó la esfera, arrojó con fuerza la silla contra el cuerpo del agresor, el impacto fue tan certero que el hombre cayó noqueado en la mitad del vagón, el anciano agitó nuevamente su palma, repeliendo varios metros el arma del malhechor, la pistola rodó y se deslizó por el pasillo quedando al borde del gran agujero que había ocasionado la explosión. Ennol

continuaba en el suelo, desde allí no podía ver nada de lo que sucedía, y, aunque tenía mucha curiosidad por espiar, no planeaba desobedecer las órdenes de Zola.

Una vez inhabilitado el primer contrincante, Zola avanzó enérgicamente hacia d’Jinn, quien se preparaba para incursionar hacia el siguiente vagón.

- ¡Minwe!, quédate junto a mí, ten listo otro hechizo de protección –exclamó Zola, quien parecía tener todo bajo control.

- Sí, señora –respondió Minwe.

- ¡Ennol!, tú sabes cómo funcionan los autoferros, quiero que nos desenganches del resto de vagones, hay demasiada gente que podría salir lastimada –Ennol asintió con nerviosismo.

- ¡Mo!, escolta a Ennol.

- Sí, señora –respondió una voz de la nada.

Inmediatamente, d’Jinn, Minwe y Zola se aventuraron a la cabina, Ennol no esperó para actuar, se levantó de prisa y caminó hasta el borde del enorme orificio que dejó la explosión. Le llamó mucho la atención la pistola que estaba a punto de caer y sin dudarlo la tomó, la examinó asombrado al comprobar la calidad de la confección de aquel extraño artefacto. Ennol no perdió más tiempo, guardó el arma en su bolsillero y continuó. Sin medir los riesgos de caminar sobre la estructura sin piso del vagón, caminó equilibrándose con las pocas barandillas sobrevivientes hasta llegar a la palanca de desenganche, la activó, el vagón se desprendió de inmediato, lo que ocasionó que el Zoklen acelerara aún más. Ennol inició su regreso hacia el vagón cuando se escuchó una nueva explosión en la lejanía.

- ¡Un momento! –exclamó el hada–. Esa explosión no fue en el Zoklen.

El pequeño Mo salió por el gran orificio del vagón para comprobar con sus propios ojos sus terribles sospechas.

- ¡Han destruido el puente de Hilden! –gritó Mo–. Debo avisarle a Zola.

El hada voló raudamente por el exterior del Zoklen hacia la cabina. Ennol observó cómo el autoferro abandonaba al resto de vagones que se perdían en el distante horizonte, ahora se disponía a volver al vagón para ocultarse hasta que alguien regresara. Cuando Ennol dio media vuelta para atravesar nuevamente las vigas desnudas del Zoklen se encontró con que el antes caído adversario se había



recuperado de su temporal sueño y ahora estaba a punto de arrojar otra de sus devastadoras esferas. Ennol se vio perdido, Mo no estaba con él para escoltarlo y no tenía a dónde escapar. El extraño hombre levantó su brazo para lanzar un certero ataque, Ennol estaba paralizado... en ese preciso instante una sombra apareció tras el biombo de la sala donde había estado d’Jinn sin ser visto ni escuchado, y con gran velocidad y precisión acertó un golpe en la sien del forajido, quien volvió a caer inconsciente. La esfera cayó, pero al parecer nunca fue activada, el pequeño gato negro apareció correteando y la empujó poco a poco hasta botarla por el borde destruido.

Tras el cuerpo inconsciente del misterioso hombre se encontraba una muchacha, aparentemente de la misma edad de Ennol, su largo cabello negro se enlazaba para formar dos hermosas trenzas, su ropa era ligera, pantalón y buzo negros y sueltos, una elegante armadura de cuero con cuello alto y hermosos bajorrelieves, sobre esta vestía un fino chaleco amarillo que se cerraba con seis sofisticados broches, tanto los botones plateados del chaleco como los tachonados de la armadura reflejaban destellos de luz. La doncella calzaba unas botas de cuero negro que le llegaban casi hasta la rodilla y por último un par de guantes y brazaletes negros, también de cuero. El rostro de la doncella era hermoso, tez morena, ojos grandes, labios delineados y voluminosos.

- ¡Lo tienes merecido por estropear mi abrigo! –exclamó la muchacha.

El gato negro regresó para subir de un salto al hombro de su ama, el felino mecía su cola y se lamía la pata. Ennol nunca antes había sentido tanto alivio y asumió inmediatamente que se trataba del misterioso encapuchado.

- Muchas gracias –dijo Ennol.

- No me lo agradezcas ahora. ¡Vamos! Al parecer te necesitan en la cabina.

Ennol se apresuró junto con la muchacha a la cabina, al llegar la escena era preocupante, el enemigo yacía en el suelo inconsciente, la cabina estaba destrozada, aparentemente por otra de aquellas esferas explosivas; Zola, Minwe, d’Jinn y Mo lidiaban inútilmente contra los mecanismos del Zoklen, al llegar el joven inventor Zola gritó:

- ¡Ennol! Por favor haz que este maldito mecanismo se detenga.

- ¿Dónde está el maquinista? –preguntó intrigado Ennol.

Zola simplemente regresó a ver a Reno, sin saber qué responder.

- Eso no es importante por el momento –dijo Reno–. Por favor concéntrate en lo que te preguntó Zola.

Ennol sabía exactamente cómo detener al Zoklen, se acercó y jaló el freno de mano, pero la explosión había destrozado los engranajes y no sirvió de nada.

- ¡Rayos! ¡Está averiado!

- ¡Rápido! ¡¿Qué más podemos hacer?! –exclamó Minwe.

- Enfriar la caldera –respondió inmediatamente Ennol.

Sin que nadie le dijera nada, Mo se acercó a la caldera y de sus manos salieron pequeños pedazos de escarcha que recubrieron el interior del fogón, apagando la brasa del carbón; sin embargo, el Zoklen seguía su paso.

- ¡Demonios! Aún queda vapor en la cámara de compresión –intervino nuevamente Ennol–. No hay nada que podamos hacer, este autoferro seguirá caminando al menos dos kilómetros más.

- Entonces tendremos que cambiar de estrategia –dijo Zola–. Evidentemente caeremos, tenemos apenas segundos. ¿Todos podemos invocar hechizos de levitación?

- Yo no –dijo Mo.

- Yo tampoco –dijo la muchacha de las trenzas–. Pero puedo invocar un hechizo que aminora el peso de las cosas.

- Perfecto. Entonces d’Jinn, Minwe y yo levitaremos esta máquina. Reno, por favor pídele a tu aprendiz que nos aligere el peso y Ennol...

Ennol se había adelantado a la petición de su maestra y ya había desenganchado el último vagón del Zoklen. Mientras tanto, Reno sacó de sus bolsillos dos extrañas piedras, sujetó una en cada mano, el anciano estaba listo para actuar.

- Excelente –exclamó la maestra.

Zola y Reno empujaron el cuerpo del inconsciente agresor y lo lanzaron fuera del vagón.

- Lo siento, aquí te quedas –susurró d’Jinn–. No necesitamos tu peso.

La locomotora y el último vagón del Zoklen se abalanzaban a toda velocidad

hacia el puente destruido, la caída era inevitable. En el interior del autoferro los hechiceros esperaban el momento oportuno para actuar. La gigantesca máquina atravesó violentamente los frágiles escombros que se habían acumulado en la entrada de lo que fue el puente de Hilden, el autoferro recorrió por unos instantes los frágiles rieles que pendían al borde del abismo antes de que se desmoronaran bajo las ruedas del colosal Zoklen. El mejor invento de Tedeo d'Marti aceleraba en caída libre hacia la quebrada y tras él... un enorme vagón.

### 3 – BAJO LA QUEBRADA DE HILDEN

- ¡Ahora! –gritó Zola.

La aprendiz de Reno yacía arrodillada con sus manos apoyadas sobre el piso del Zoklen, una tenue luz brillaba bajo los negros guantes de la joven; mientras tanto, y en total sincronismo, d’Jinn, Minwe y Zola contenían el gran peso de la máquina que caía vertiginosamente. Ennol solo podía observar, le parecía increíble lo que estaba viendo, hace pocas horas nunca se hubiera imaginado en una situación como esta. El Zoklen continuaba cayendo y el vagón los seguía de cerca. Ennol calculó que aun si consiguieran aminorar la caída del Zoklen, el vagón que caía tras ellos los aplastaría en el aterrizaje.

- ¡Desplácenlo hacia la derecha! –gritó Ennol al ver que el vagón los alcanzaba.

Minwe y Zola se esforzaban por mantener sus hechizos de levitación enfocados, un ligero resplandor brillaba alrededor de sus manos; Reno sostenía con firmeza las extrañas piedras, el anciano utilizaba el magnetismo para levitar el acero del enorme vehículo. Al parecer el plan estaba dando resultado, el vagón caía mucho más rápido y la locomotora aminoraba poco a poco su vertiginosa caída, los hechiceros agotaban sus fuerzas, excepto Mo, quien volaba de un lado a otro alterado sin saber cómo ayudar.

Finalmente, el vagón rebasó al autoferro, después de unos segundos se escuchó el estruendo de su colisión. El impacto del Zoklen se acercaba, los hechiceros no pudieron contener más el inmenso peso de la máquina, pocos metros cerca del suelo los hechizos cedieron y el Zoklen cayó estrepitosamente sobre los arbustos del precipicio. El impacto fue brusco y revolcó a todos los pasajeros de la locomotora menos a Mo, quien decidió volar por su propia cuenta, la enorme máquina continuó deslizándose hasta ser detenida por los arbustos. Allí, en la orilla del sinuoso río Hilden, yacía el gigantesco autoferro, oculto entre la espesa vegetación del fondo del barranco.

\*\*\*

La luna llena iluminaba con especial brillo la caprichosa silueta de la quebrada

que aprisionaba al río Hilden, la noche completamente despejada fue el espectáculo más conmovedor que Ennol había visto. Después del súbito ataque y tras sobrevivir a la abismal caída, la locomotora del Zoklen yacía sobre la espesa maleza de las cercanías del río. Los hechiceros tuvieron mucho trabajo limpiando los escombros del vagón e improvisando lo que sería su morada durante la noche.

- ¡¿Cómo se te ocurre exponerte a ti y a tu señuelo de esa manera, Reno?! –gritaba Zola con vehemencia –. Es de noche, no tienes transporte y no sabemos si más de esos malditos soldados estén esperando por nosotros, debes quedarte aquí esta noche, no seas obstinado.

- Tú conoces bien las reglas, no deberíamos estar juntos, un señuelo junto a la Portadora es demasiado riesgo –refutó Reno–. Partiremos ahora mismo, nosotros sabemos cuidarnos.

- Olvida las reglas por un momento y dale un buen uso a eso que tienes sobre los hombros, ¡piensa!, si sales ahora aquellos soldados te darán caza en menos de lo que imaginas, y luego vendrían por nosotros de todas maneras. Juntos nos defendemos mejor.

- ¡Tú solo estás a cargo de Minwe! ¡No puedes decidir por nosotros!

- ¡Un momento! ¡Silencio los dos! –intervino Mo–. Es cierto, Zola, no los puedes obligar a permanecer aquí, pero tampoco te corresponde a ti, Reno, decidir por Thea. ¿Acaso olvidan que tenemos reglas para este tipo de situaciones?

- Bien dicho, Mo –dijo Reno–. Nuestro código ordena que debemos acudir a la democracia y la decisión colectiva es inapelable.

- De acuerdo, Reno –respondió Zola después de encender un cigarrillo, la incertidumbre la llenaba de ansiedad–. Mi voto dice que debemos permanecer juntos.

- Mi voto opina lo contrario –refutó de inmediato el anciano–. Es un riesgo innecesario para la Portadora. ¿Cuál es tu voto, Mo?

El hada apoyaba el plan de Zola, sin embargo, como primer marcial, era su deber hacer cumplir las leyes de Sadek.

- Lo siento, Zola –dijo el hada con firmeza, y a pesar de saber que incomodaría a la maestra, no dudó al momento de manifestar su voto–. Creo que lo más conveniente es obedecer las normas, Reno y Thea deben buscar otro lugar donde pasar la noche.

- ¡Olviden las inútiles reglas! –gritó Zola indignada al escuchar el voto de Mo–. ¡No saben lo que hacen!

- ¿Qué hay de ti, Thea? –preguntó d’Jinn, sin darle importancia a los gritos de Zola. El

anciano hablaba con elocuencia, pues sabía que bastaba un voto para salir triunfante—  
¿Cuál es tu decisión, muchacha?

Thea estaba sentada en la hierba, su rostro demostraba cansancio, al parecer la discusión había comenzado mucho tiempo atrás. La aprendiz observaba detenidamente a su gato, el felino estaba muy al tanto de la situación, parecía como si Thea estuviera consultando la opinión del pequeño animal, la muchacha tardó unos segundos en tomar su decisión, mientras tanto Zola se retorció por la simple idea de que Reno saliera victorioso.

-Kyatto piensa que lo mejor es quedarnos aquí, y estoy de acuerdo con él, siento que es lo más prudente.

Reno no daba crédito a lo que escuchaba, estaba confiado en que su aprendiz respaldaría su plan; por otro lado, a Zola solo le faltaba saltar de alegría.

-Bien dicho, muchacha, por fin alguien con un poco de cordura —exclamó Zola, quien ahora se dirigía hacia Minwe—. Entonces, al parecer te corresponde decidir, Minwe, cuéntanos, ¿cuál es tu voto?

Minwe como siempre estaba junto a Zola, parecía distraída mirando las estrellas pero escuchaba con atención cada palabra.

-Es una hermosa noche —dijo sin despegar su mirada del estrellado cielo—, creo que sería buena idea que la compartiéramos todos juntos. No quiero que nadie corra riesgo innecesario por mí, menos debido a reglas absurdas.

-¡Jaaaa! —exclamó Zola emocionada como una niña—. Te quedarás con nosotros, viejo necio. Acaba de declararlo la mismísima Portadora.

-Falta el voto del muchacho —argumentó Reno.

-Ennol no es un guardián, todavía no se ha ganado ese derecho —contestó Mo—. La decisión es irrefutable, deberás quedarte.

Reno no tuvo más remedio que tragarse sus palabras y aceptar la situación, se sentía culpable por haber conducido a los soldados accidentalmente hacia Minwe y haberla puesto en peligro. A pesar de que le molestaba que Zola hubiera salido victoriosa de aquella infantil discusión, Reno se sintió muy aliviado al saber que pasaría la noche a buen resguardo.

-Está bien, Zola, tú ganas, nos quedaremos aquí, pero mañana a primera hora

partiremos.

- ¡Trato hecho! –exclamó Zola–. Montaremos guardia, tres turnos, Mo, Reno y Yo, por el momento lo primordial es que los muchachos descansen, mañana nos espera un largo día, sobre todo a Ennol... por cierto, ¿dónde está?

Ennol se había escabullido en silencio, harto de ver cómo Zola y Reno discutían, necesitaba encontrar un espacio de soledad para poder asimilar todo lo que había pasado en ese extraño día, sin ser visto se refugió en lo que quedó del vagón del Zoklen, la escalera de mantenimiento, aunque maltrecha, continuaba sujeta a la pared posterior. Ennol subió con cuidado, temiendo que en cualquier momento la escalera se desplomara. Una vez arriba, en el techo del vagón, el muchacho se recostó a mirar las estrellas; era curioso, Ennol había visto el mismo cielo toda su vida, sin embargo, se veía totalmente distinto esta ocasión, no porque la luna llena brillaba de manera especial ni porque el cielo estaba despejado, Ennol sentía que por alguna razón aquellas estrellas ya no parecían tan lejanas. A lo largo de su vida d’Marti se había acostumbrado a vivir entre las cuatro paredes de su taller, su más grande aventura era infiltrarse secretamente en la biblioteca y tomar prestados algunos libros, nunca antes había sentido la velocidad de un autoferro ni se había permitido imaginar más allá de lo que Eb le había enseñado. Recostado sobre el vagón, Ennol descubrió en su pecho un sentimiento totalmente nuevo para él, una sensación de incertidumbre que, aunque le atemorizaba, hacía que su corazón se estremeciera de emoción, nunca antes el joven d’Marti se había sentido tan libre, no por el hecho de haber abandonado Eb, sino por haberse dado la oportunidad de crear.

La cabeza del muchacho era un mar interminable de ideas, lo que más le inquietaba era qué pasaría en los siguientes días. Zola se había comprometido a enseñarle sobre magia y el muchacho temía no tener aptitudes para la alquimia o la transmutación, era algo nuevo para él, ¿qué pasaría si defraudaba a Zola? O, peor aún, a Minwe, después de haber accedido a protegerla.

Ennol se sentó de golpe, abatido por aquella oleada de preocupaciones, al hacerlo sintió algo pesado resbalar dentro de su bolsillero para caer seco y golpear la madera del techo. Ennol recordó aquel extraño objeto que recogió del vagón durante el incidente, se apresuró y metió su mano en el bolsillo, sintió de inmediato el frío del

metal. Con tanto ajeteo se había olvidado de que estaba allí, lentamente sacó el misterioso artefacto y lo observó con detenimiento. Era un mecanismo, su cuerpo era de metal pesado de color negro, Ennol estaba maravillado con la perfección con que estaba elaborado, las formas curvas muy bien cortadas y pulidas, sin errores. D'Marti admiraba cada detalle y al mismo tiempo descifraba la estructura de aquel objeto: constaba básicamente de tres partes que pudo diferenciar y reconocer con facilidad, la primera era un tubo alargado, que al parecer era el eje del mecanismo, el segundo era un cuerpo parecido al mango de un soplete, Ennol supuso que de aquí se sostenía el artefacto porque su mano se sentía cómoda y con sus dedos podía activar el último cuerpo que era una palanca que aparentemente activaba el mecanismo, pero... ¿qué uso tenía este extraño artefacto?

Antes de aventurarse a aplastar aquel gatillo, Ennol encontró un orificio en el cuerpo metálico, en él pudo ver la cabeza de un tornillo. Lleno de emoción, d'Marti no perdió más tiempo, sacó de su bolsillo derecho su destornillador y se dispuso a desarmar hasta la última pieza de aquel fabuloso objeto.

- ¿Dónde se metió este muchacho? –preguntó Zola con preocupación.

- Está descansando sobre el vagón –dijo Mo–, hace casi una hora que se aburrí de tu fantástica riña con Reno. No te preocupes, está bien, lo tengo bien vigilado.

- Menos mal, por un momento pensé que algo pudo haberle ocurrido.

- Seguramente está aturdido –intervino Minwe–. No debe ser fácil descubrir tantas cosas en tan poco tiempo, más aún para un científico.

- Jajaja, tienes razón –respondió Zola–. Seguramente está aterrado. ¿Por qué no vas y hablas con él? Es importante que te conozca mejor, seguramente te hará algunas preguntas, trata de contestarlas sin ocasionarle un colapso nervioso.

- Jajaja –rió Minwe–. Está bien, quiero agradecerle también por haber venido con nosotras, creo que es una buena oportunidad.

Minwe se alejó lentamente, se sacó los zapatos, le incomodaba caminar con taquillos en un terreno irregular; además le gustaba el roce del césped mojado bajo su piel, así podía sentir cómo la energía de la tierra fluía por sus pies hacia todo su cuerpo. Caminó sin prisa, con los zapatos en la mano, mirando la noche estrellada hasta llegar al vagón, trepó la escalera con cuidado. Minwe esperaba encontrarse con un Ennol abatido y asustado, grande fue su sorpresa al descubrir al joven inventor entretenido y maravillado desensamblando con su desarmador aquel raro artilugio.



- ¡Increíble! –exclamó Ennol al notar la presencia de Minwe–. Ven, acércate. ¡Mira esto!

Minwe se acercó con curiosidad, no por ver aquel objeto desarmado, sino por ver lo fascinante que esto le resultaba a Ennol, se sentó junto a él tratando de no pisar ninguna de las piezas que estaban desparramadas por todo el techo.

- ¿Qué tienes ahí? –preguntó Minwe–. ¿Qué haces?

- Uno de aquellos individuos que nos atacaron en el autoferro dejó caer esta cosa, no sé exactamente qué es, pero es realmente increíble, la manufactura es de primera y el mecanismo es perfecto.

Minwe se quedó perpleja, sin saber qué decir, mientras Ennol desarmaba el objeto con velocidad asombrosa.

- ¿Ves esto? –preguntó Ennol súbitamente, después le mostró a Minwe lo que parecía ser una caja pequeña.

Minwe asintió rápidamente.

- Me parece que esta caja abastece estas extrañas cápsulas al mecanismo eje –Ennol levantó entre sus dedos una pequeña cápsula brillante, luego la dejó junto a otras idénticas–. Mira, la cápsula sube por aquí, y luego llega hasta esta cámara, donde el mecanismo queda listo para funcionar.

Ennol se apresuró y sacó un alicate del bolsillo, suavemente presionó una de las cápsulas, un espeso polvo se derramó sobre su mano, el joven lo olió y lo separó pronto de su nariz tras toser un par de veces. Luego esparció una pequeña cantidad sobre la madera del techo, prendió su encendedor y acercó la llama hacia la pequeña montañita de polvo ocasionando una leve explosión que hizo brincar del susto a Minwe. Al verla Ennol sonrió.

- No te asustes –dijo pensativo–. Es solo pólvora, como lo imaginé. Estas cápsulas están llenas de ella, ahora entiendo claramente: una vez listo el mecanismo, al aplastar esta palanca se activa este pequeño martillo que golpea violentamente en la parte posterior de la cápsula, la pólvora explota y esto ocasiona que esta bolita de plomo salga disparada por este tubo, calculo que a una gran velocidad.

Minwe continuaba observando impávida.

- ¡Magnifico! Nunca antes había visto una máquina tan bien fabricada ¿Ves este

número? –volvió a preguntar Ennol señalando un extraño código bajo el mango—. Me parece que es un número serial, estoy seguro de que fabrican estas cosas en serie.

Ennol estaba emocionado por el descubrimiento, sin embargo, había algo que todavía no lograba entender.

- ¿Para qué diablos utilizan esto? –se preguntó Ennol, Minwe continuaba en silencio—. El diseño y la manufactura son excelentes, pero le encuentro algunos errores.

- ¿Cuáles? –se apresuró a preguntar Minwe.

- Es un objeto muy inseguro, por ejemplo –dijo concentrado—. Si lo activara, y por mala suerte alguien estuviera frente a mí, aquel proyectil saldría con tanta fuerza que podría lastimarlo gravemente, sería muy peligroso y me imagino que doloroso.

Minwe contemplaba la ilusión con la que Ennol hablaba, no entendía cómo un joven de su edad podía ser tan inocente. ¿Cómo no se le pudo ocurrir que el uso de aquel objeto era precisamente el de dañar a quien se pusiera en frente? Para Minwe todo era cada vez más confuso, se suponía que Ennol vendría a protegerla y estaba claro que el muchacho no tenía idea de lo que era la guerra o cómo sobrellevar una batalla, a eso se suma que no sabía nada sobre magia, ni alquimia ni nada... solo aquella extraña pasión por la ciencia y los mecanismos, ¿cómo podría un joven tan inofensivo como Ennol proteger a Minwe de sus enemigos?

Ennol continuaba indagando, ahora investigaba un cilindro que se encontraba en la parte superior del artefacto, tras analizar unos momentos, encontró un pequeño botón, lo aplastó... una intensa luz verde salió de un orificio, en la noche se podía ver una clara línea que surcaba el aire.

- ¡Wow! ¡Mira esto! –exclamó emocionado—. Es una línea de luz verde. ¡Genial!

Ennol jugueteaba con el extraño rayo luminoso, sacudía y apuntaba el pequeño punto que se formaba en cualquier superficie que se interpusiera en el haz de luz.

- Ahhh, ahora entiendo, este brillante punto te avisa a dónde se va a dirigir el proyectil, en caso de que alguien se cruzara, la luz te advertiría que está en peligro. ¡Qué ingenioso!

Minwe admiraba muchas cosas, sobre todo aquello que tuviera que ver con la

magia, pero aquella noche, sobre el vagón, la doncella no tuvo otro remedio que apartar sus preocupaciones y dejarse invadir por el ánimo de Ennol, era el alma pura de un niño, encerrada, quién sabe por cuánto tiempo, en el cuerpo de aquel joven inventor. Al oírlo describir la letal arma de fuego, Minwe empezó a comprender su misión dentro de la travesía, no sería el encargado de protegerla, al menos no físicamente, tampoco había venido a aprender el arte de la magia, aparentemente Zola le enseñaría, pero en el fondo era el muchacho quien impartiría una nueva lección que poco o tal vez mucho tenía que ver con la magia.

En ese momento Minwe se encontró en un gran dilema, a pesar de que le encantaba la energía inocente de Ennol, se sintió en la obligación de advertirle que todos corrían un gran peligro, que sus enemigos no dudarían un instante en aniquilarlos... ¿Sería prudente arrebatarle a Ennol aquella auténtica ilusión que tenía al desarmar el arma y considerarlo un mecanismo maravilloso para mostrarle la cruda verdad? Que aquel invento es de los peores que se han fabricado, que es algo horrible y cruel, que seguramente esas cápsulas usurparon la vida de mucha gente.

- Ennol, es un arma –dijo seriamente Minwe.

- ¿Un arma? –preguntó el muchacho desorientado–. He leído sobre muchos tipos de armas, espadas, hachas, ballestas, pero nunca he encontrado nada como esto. ¿Estás segura de lo que dices?

- Sí, son armas de fuego, Zola dice que son armas muy sofisticadas aunque ella tampoco sabe mucho sobre eso, nadie conoce quién las fabrica, pero creemos que no son originarias de Sorta. También es la primera vez que veo una y la verdad me asustan mucho.

- ¿Por qué? No encuentro razón para que debas estar asustada.

- Me da mucha tristeza tener que decirte esto, pero creo que es necesario que entiendas a quién nos estamos enfrentando, o mejor dicho quién me está persiguiendo.

Ennol permaneció callado, con los ojos bien abiertos, como si intuyera que algo grave se escondía tras las siguientes palabras de Minwe.

- Mira –continuó la muchacha–. Aquellos hombres en el autoferro no dudarían un momento en dispararme con esa arma, aun así la luz verde indicara que estoy en frente, es más, creo que la luz sirve para asegurar que el disparo no falle.

- ¿Eso crees? –preguntó Ennol mientras examinaba dudoso el arma–. ¿Por qué querría alguien hacer eso?

- No lo sé exactamente, por alguna razón no les conviene que yo viva... lo que pasa es que llevo dentro de mí algo muy importante.

- Por eso Zola y Reno te llaman la Portadora, ahora entiendo... pero, si es tan riesgoso para ti, ¿por qué no lo entregas?

- Jajaja –rió Minwe–. Si fuera tan sencillo te aseguro que ya lo habría hecho. Pero créeme, Ennol, la responsabilidad que se me ha encomendado es demasiado importante como para deshacerme de ella, preferiría un disparo en el centro de mi corazón, daría mi vida entera antes que fallar a la causa de Sadek.

Ennol pensaba en las palabras de Minwe, mientras tanto rearmaba el mecanismo, se sentía muy decepcionado al conocer su verdadero propósito.

- Ahora entiendo a qué se refería Zola cuando decía que debemos protegerte –Ennol sonrió tristemente después de ensamblar el rastrillo en el arma–. Sigo sin entender por qué alguien quisiera hacerte daño y aunque sé poco de armas o magia, te prometo que te cuidaré.

- Muchas gracias, me halagas.

El muchacho cuidó que la cámara del arma estuviera vacía, luego retiró todas las balas de la alimentadora para finalmente incorporarla al mecanismo. Nuevamente ensamblada la pistola y después de conocer para qué fue fabricada, Ennol la empuñó y apuntó hacia un viejo árbol en el otro lado del río, sintió el poder del arma en su mano.

- ¡BAM! –exclamó Ennol, simulando un disparo.

A Minwe pareció asustarle aquel gesto, pensó que tal vez cometió un error al hablar sobre el arma, prefería el Ennol entusiasmado con el mecanismo desconocido.

- Será mejor que tengas cuidado con aquel horrible instrumento –dijo Minwe.

- ¿Horrible? –preguntó Ennol– ¿Te parece horrible?

- ¿No lo crees tú? ¡Mata personas! –exclamó Minwe indignada.

- Sigo creyendo que es un invento fabuloso –Ennol sonrió levemente–, de los mejores que he visto para ser más preciso.

Minwe lo miró desconcertada, por un momento pensó que Ennol había perdido la cordura.

- Mi padre me enseñó que las cosas no tienen voluntad, por lo tanto no pueden ser buenas o malas. Horrible la persona que usa este artefacto para matar, horrible el

sufrimiento causado por estas armas, horribles las guerras que desatan, pero esta pistola en realidad no es culpable de nada, lo que en verdad importa es la intención que le damos a las cosas, la maldad solo puede habitar en quienes usan estas armas y te aseguro, Minwe, que mientras este mecanismo esté en mis manos será una herramienta y no un arma. Todo depende de lo que decida hacer con ella y hasta que no decida apretar el gatillo para lastimar a alguien, es totalmente inofensiva.

Minwe recuperó su habitual tranquilidad, la respuesta de Ennol la sorprendió por completo, tenía razón. A final de cuentas los humanos pueden hacer daño con o sin armas, en verdad lo que lastima son las malas intenciones. Un arma letal en manos de Ennol no era más peligrosa que el juguete de un niño, debió ser por esta razón que Minwe se sintió tan segura y cómoda junto a él.

-Nunca lo vi de esa manera –dijo Minwe con una gran sonrisa–. Será mejor que vayamos a descansar, tu entrenamiento empezará mañana.

-Tienes razón, estoy nervioso por eso. ¿Podrías hacer otra vez el truco de la llama?

-Claro.

Minwe chasqueó sus dedos sutilmente y esta vez Ennol pudo tomarse su tiempo examinando el truco, la llama flameaba con el viento de la noche. Todo este asunto de la magia lo intrigaba tanto que no podía esperar hasta el día siguiente para empezar.

-¡Wow!, me encanta cuando haces eso, se ve tan sencillo –Ennol observaba la llama con atención – ¿Por qué tu llama es plateada y la de Zola es roja?

-Bueno... tenemos fuentes diferentes.

- ¿Fuentes?

-Sí, es de donde captamos nuestra energía, todas las personas tienen una fuente, incluso las personas que no han aprendido a usar la magia. Zola, por ejemplo, obtiene su energía del planeta, de Sorta, ella es muy poderosa, generalmente mientras más grande es la fuente más poderoso es el hechicero, pero no te dejes confundir por esta regla, conozco magos que pueden hacer maravillas y sus fuentes son poco usuales.

- ¿Cuál es tu fuente? –preguntó Ennol sumido en la curiosidad.

-El cosmos.

- ¡Increíble! eso quiere decir que eres mucho más poderosa que Zola.

-En teoría sí, en la práctica no... Zola me vencería con un solo movimiento de su mano, ella me lleva mucha ventaja, ha estudiado y practicado muchísimo más que yo.

Zola es estupenda, ya la verás mañana, es una gran maestra.

- Mientras viajábamos dijiste que la fuente de Mo es el agua, ¿por eso puede hacerse invisible? ¡Lo que hizo para enfriar la caldera del Zoklen fue increíble!

- Sí, Mo también es un excelente hechicero, la magia en las hadas suele ser más intensa. Lo interesante de la magia es que, dependiendo de tu fuente, puedes aprender a imitar sus características; Mo, por ejemplo, puede simular la transparencia del agua, evidentemente tuvo que aprender a hacerlo.

- ¡Genial! Espero me vaya bien mañana.

- Seguro que sí, no te decepciones si no consigues resultados en tu primera lección, toma mucho tiempo y dedicación aprender, ten paciencia.

- Muchas gracias por tus consejos... bueno... creo que es prudente ir a descansar.

Los muchachos sonrieron en complicidad. Ennol se sintió muy contento con la conversación y Minwe disolvió todos los prejuicios que tenía sobre el joven inventor, en silencio se dirigieron hacia sus improvisadas habitaciones.

\*\*\*

- ¡Hey, muchacho, despierta! –Mo sacudía la solapa del bolsillero de Ennol.

El joven abrió lentamente los ojos, por un instante no supo dónde se encontraba, levantó su mano para intentar cubrirse el ceño fruncido de los intensos rayos de sol que se colaban por las ventanas del vagón.

- Levántate pronto, Ennol, tienes que estar bien despierto para tu primera lección con Zola.

En ese instante Ennol lo recordó todo, se levantó de un salto y se abalanzó hacia la ventana para ver qué estaba sucediendo afuera: Zola y Minwe platicaban a orillas del río, la maestra permanecía de pie y ejecutaba elegantes movimientos con sus manos mientras la doncella atendía sentada sobre una roca. El joven sintió tanta ansiedad por acudir a la charla que salió disparado hacia la puerta del vagón, no podía esperar un segundo más y maldijo su mala costumbre de dormir tanto en las mañanas. Antes de que Ennol pudiera llegar a la puerta, Mo se interpuso en su camino.

- ¡Tranquilo, muchacho!... no te apresures, guarda tu energía para cuando llegue tu turno, en este momento no puedes interrumpir su entrenamiento.

- Oh... pensé que... yo no sabía...

- No te preocupes, ten un poco de paciencia, la clase terminará pronto. Mientras tanto te pido que me ayudes con algo –dijo entusiasmado Mo–. Necesitamos encontrar una forma segura y rápida de llegar a Ian, no podemos esperar a que el puente sea refaccionado ni podemos exponernos a ir caminando.

- Podríamos utilizar el auxiliar del Zoklen, obvio si es que está en buen estado.

- ¿Qué auxiliar?

- En el Zoklen existe una pequeña vagoneta, precisamente para este tipo de circunstancias, el único problema es que solo puede llevar tres personas.

- ¡Perfecto! –exclamó Mo–. Con tres personas es suficiente, Reno y Thea partieron esta mañana, el viejo es hombre de palabra, por cierto, me pidieron que te hiciera llegar sus saludos.

- Bueno, en ese caso, la vagoneta auxiliar será de mucha ayuda –dijo Ennol–, el inconveniente será llevarla hasta la cima de la quebrada.

- No te preocupes, amigo, si pudieron levantar toda una locomotora no creo que tengan problema con algo mucho más ligero. ¿Qué te parece si vamos a dar un vistazo?

- Está bien.

Mo se elevó rápidamente hasta alcanzar la cabeza de Ennol, con timidez preguntó:

- ¿Te molesta si me siento? Estoy cansado de volar.

- No te preocupes –respondió Ennol.

Mo se sentó en el hombro de Ennol y se arrimó en el cuello solapado de su bolsillero. El muchacho se dirigió hasta la estropeada locomotora del Zoklen; el escenario era muy triste, especialmente para Ennol, pues aquella máquina era un símbolo de la genialidad de su padre, al verlo ahí, parcialmente destrozado, con las ruedas desenchajadas, la puerta desprendida, el chasis abollado, el corazón del joven inventor se llenó de una especial melancolía, nunca más una máquina tan magnífica como el Zoklen surcaría los largos rieles de autoferro. Mo y Ennol entraron con cuidado a la cabina, el autoferro estaba bastante inclinado, por lo que era difícil moverse dentro de él, grandes cantidades de carbón estaban esparcidas por el suelo, la puertilla de la caldera yacía abierta colgando apenas de una pequeña bisagra, el viento entraba con fuerza por las ventanas destruidas y levantaba nubes de ceniza de lo que alguna vez fue la ardiente brasa que animó al gigantesco autoferro. Ennol se paró sobre una

escotilla.

-Aquí –dijo el muchacho después de hacer sonar la madera con el taco de su zapato–. Esperemos que la vagoneta no haya corrido la misma suerte que su nodriza.

Ennol se agachó para alcanzar una argolla que estaba a un lado de la escotilla, la jaló con fuerza, una gran cadena estaba sujeta a la pieza y a medida que el muchacho jalaba la escotilla se deslizaba poco a poco sobre el entablado. Mo estaba maravillado, no estaba acostumbrado a la practicidad de los inventos y le pareció increíble la eficiencia del mecanismo. Una vez abierta la escotilla se podía ver claramente el exoesqueleto inferior del Zoklen, allí se encontraba la pequeña vagoneta, sujeta firmemente por tres grandes pernos de acero.

- ¡Increíble! –dijo Mo.

-Mmm... necesito encontrar la llave adecuada para soltar estos pernos, no tengo una tan grande en mi bolsillero, seguramente debe estar por aquí. Mo, ayúdame a buscarla –Ennol sacó una pequeña llave de uno de sus bolsillos–. Debe verse como ésta solo que mucho más grande.

- ¡Con gusto!

- Tú busca aquí en el cuarto de calderas, yo buscaré en la cabina de mando.

Mo emprendió nuevamente su vuelo y Ennol se dirigió a la cabina, todo estaba colapsado, pero al muchacho esto no le incomodaba en su búsqueda, al contrario, le recordaba el gran desorden de su taller. Revisó los cajones de un mueble, pero solo encontró boletos viejos, sobre los paneles de mando no había mayor cosa, al parecer el accidente había arrojado todos los objetos al suelo. D’Marti levantó la silla del operador para poder buscar con comodidad, al hacerlo encontró, entre escombros, una extraña imagen en blanco y negro enmarcada en un bastidor de ébano, mostraba el rostro de un hombre anciano, con bigote espeso y canoso, un excéntrico monóculo en su ojo derecho y en su mano una humeante pipa, en la parte inferior del marco estaba grabado lo que Ennol supuso sería su nombre: Mark Wensrick. Era la primera vez que Ennol miraba una fotografía, pero no le pareció nada fuera de lo común, miró a su alrededor para constatar que en una de las paredes estaban colgadas otras imágenes similares, el muchacho se acercó con curiosidad, uno a uno fue leyendo los nombres grabados en los marcos... Julia Sims, Elroy d’Brenn... algunos cuadros faltaban, aun así el muchacho continuó leyendo... Víctor Quitich, Brenda Rocher, Néstor Lin, Tedeo d’Marti...



Ennol sintió como un escalofrío le recorrió la espalda para terminar erizando su cabello, hace mucho tiempo que el muchacho no veía a su padre, el tiempo le había arrebatado la nitidez de sus recuerdos, y al tener al frente aquella clara fotografía, Ennol recordó la calidez de la mirada de su padre. Tedeo llevaba anteojos ovalados, sus cejas eran espesas y su cabellera un poco alborotada, el semblante joven y emprendedor, la mirada vivaz que siempre lo caracterizó, y aquella sonrisa confidente, enmarcada por una leve barba de tres días. La imagen lo mostraba en su mayor auge, a la altura de su pecho y con su brazo izquierdo sostenía el modelo a escala del Zoklen, mientras que con la mano derecha levantaba una herramienta similar a la que Ennol buscaba en ese momento.

- Papá –susurró Ennol, mientras con sus dedos limpiaba el polvo y las cenizas que se habían acumulado en el vidrio del portarretratos.

Sin dudarlo el joven desenganchó el retrato de su padre para tenerlo en sus manos, mirarlo de cerca, tuvo el absurdo impulso de abrazar aquel inerte objeto para de alguna manera llenar el enorme vacío que sentía. Mo entró volando torpemente, prácticamente arrastrando lo que parecía ser la llave que Ennol había descrito minutos atrás.

- ¡Creo que la encontré! –exclamó emocionado.

Ennol se apresuró a guardar la fotografía en el bolsillo más grande de su bolsillero y, ocultando sus emociones, respondió:

- ¡Exacto! Esa es la llave que necesitamos. Muchas gracias, Mo.

El hada percibió la tristeza en Ennol, pero no le dio demasiada importancia, pensó que se trataba de simple nerviosismo por su primera clase con Zola, además el hada estaba muy impaciente por ver aquella vagoneta. Ennol se retiró su bolsillero y lo colgó en la silla del operador, luego tomó la herramienta y se dirigió hacia la escotilla. Uno a uno aflojó los pernos y en pocos minutos la estructura del Zoklen se liberó del pequeño auxiliar, Ennol escuchó cómo la vagoneta cayó bruscamente los escasos centímetros que la separaban del suelo.

Cuando Ennol salió de la cabina, se encontró con las hechiceras que esperaban sentadas en la hierba, Minwe aparentaba gran cansancio, respiraba con

dificultad mientras Zola se acomodaba la túnica carmesí con total frescura. El muchacho se detuvo un tanto sorprendido ante la presencia de las mujeres.

- ¡No te quedes ahí mirándonos, muchacho! Tranquilo, no te vamos a hacer nada... continúa con lo que estás haciendo, que antes de que llegáramos lo estabas haciendo bien –dijo Zola con una sonrisa.

A Zola le daba mucha gracia la manera en la que Ennol solía mirarla, paralizado, siempre expectante, como esperando un reclamo o alguna orden, sabía que su imponente personalidad hasta cierto punto le asustaba, y al mismo tiempo percibía la gran admiración que Ennol sentía por ella.

El pequeño auxiliar yacía en la hierba bajo el Zoklen, Ennol sujetó fuertemente una cadena anclada a la vagoneta y jalando con cuidado la desplazó hasta quedar libre. El muchacho examinó con atención que el mecanismo se encontrara en buenas condiciones, por desgracia había daños evidentes.

- ¡Rayos, las ruedas están abolladas! –exclamó mientras verificaba los daños–. No tengo las herramientas adecuadas para esto, es imposible arreglar estas ruedas sin una prensa y dudo que encontremos una por aquí.

Zola y Mo se acercaron, Minwe se quedó recostada sobre la hierba descansando.

- Déjame ver –musitó Zola, mientras constataba la forma defectuosa de las ruedas–. Creo que este es el momento preciso para tu primera clase, Ennol.

Al oír a Zola, Minwe se levantó de un salto. Ennol, por su parte, aceptó la sugerencia con tranquilidad, se sentía preparado.

- ¿Acabas de decirme que lo único que necesitas para que esta máquina funcione es enderezar estas ruedas? –preguntó Zola.

- Sí –respondió Ennol–. Si las ruedas guía están torcidas, la vagoneta no tendrá la capacidad de seguir el trayecto de los rieles.

- Lo primero que quiero pedirte, Ennol, es que olvides por un momento todo lo que sabes sobre ciencia, olvida lo que dijiste sobre aquella prensa, la magia hace de lo imposible posible, por eso se llama magia. Hasta ahora tú creías imposible arreglar estas ruedas tan solo con tus manos, así que observa.

Zola topó con su mano una de las ruedas, un ligero resplandor invadió el acero de la rueda, por un instante Ennol pensó que el metal se había convertido en arcilla, poco a poco la rueda fue tomando su forma original, hasta quedar perfectamente alineada.

- ¡Wow! –exclamó Ennol–, hacer eso con la prensa me hubiera tomado horas, tal vez días.

- ¡Que te olvides de la inútil prensa, muchacho! Hay más de una forma para cumplir el mismo objetivo –dijo enérgicamente la hechicera.

- Está bien, está bien.

- Ahora, esto que acabas de ver es alquimia. Las buenas noticias para ti son que la alquimia es un vínculo entre la magia y la ciencia, no la ciencia cuadrículada que conoces tú, llena de cálculos y fórmulas absurdas, sino de la ciencia que envuelve los conceptos de nuestro mundo. El primer concepto que vas a aprender, Ennol, es que todo, absolutamente todo lo que está en este planeta, todo, sin importar lo diferente que pueda parecer, está hecho de exactamente lo mismo.

- ¿Todo? –preguntó incrédulo Ennol.

- ¡Todo! No me cuestiones muchacho, confía en lo que te estoy diciendo, ¡por algo soy tu maestra! Si te digo todo es ¡todo!: las piedras, las plantas, la tierra, el agua, el aire, tus huesos, la carne de mi mano y el acero de la rueda están compuestos de exactamente lo mismo, que tú, como buen científico, conoces como materia.

- Sí, eso sí lo sé.

- Bien, lo que no sabes es que la materia proviene de una fuente universal que constituye todo lo que existe, esta energía primaria está en constante cambio y movimiento, fluye dentro y fuera de nosotros y, al igual que el agua de un río, se dirige irremediabilmente hacia el océano, nuestra energía vital va de regreso a su origen, aunque no lo sepamos, aunque no lo comprendamos, estamos embarcados en un viaje que va más allá de lo que conocemos, más allá de la vida y de la muerte. Lo que quiero decirte, Ennol, es que cada partícula de tu cuerpo está compuesta de esta energía.

- Está bien, hasta ahora puedo con eso.

- Perfecto, ahora, no solo estamos compuestos de esta energía, también tenemos la capacidad de manipularla, lo que hice fue controlar mi energía para que se mezclara con la de la rueda y modificar su estructura molecular, eso se llama transmutación. Cambié por escasos segundos la dureza del acero por la maleabilidad de la arcilla, para luego ordenar las partículas de la materia en la forma original de la rueda y finalmente volverla a transmutar en acero.

- Increíble...

- Muy bien, ahora vamos con el segundo concepto: existen dos clases de energía, la energía universal, que consta de absolutamente todo lo que no tenga vida, pero que a su vez es parte de un organismo vivo mucho más grande: el universo. Estoy hablando de las piedras, los minerales, el agua, todo lo que conocemos como seres inertes, la energía que los compone es energía universal. La otra es la energía orgánica o energía viva, esta compone todo lo animado: los animales, las plantas, los seres humanos.

- Entiendo perfectamente –dijo Ennol sumergido en la charla.

- La alquimia solo nos permite interferir con la energía universal. Por nada del mundo intentes transmutar la energía orgánica, si lo intentas tendrás resultados catastróficos.

- Entendido.

- Finalmente, el último concepto sobre la alquimia es la equivalencia. Esto quiere decir: da para recibir. El universo siempre se encuentra en perfecto equilibrio, por lo tanto, si quieres obtener algo, sacrifica algo de igual valor. En el caso de la rueda no hay mayor problema porque solo manipulé su forma. Pero si hubiera querido manipular su tamaño, hubiera necesitado más acero. Este concepto es muy importante, ya que la alquimia tiene que ser exacta, no puede sobrar ni faltar.

- Zola –intervino Ennol–, entiendo lo que me dices, es más, le encuentro mucho sentido. Pero ¿cómo puedes manipular tu energía?, ¿cómo la activas?

- Excelente pregunta y es precisamente esa la parte más difícil de aprender. Eso no te lo puedo enseñar yo, debes descubrirlo por ti mismo, pues está dentro de cada uno. Para controlar tu energía primero debes acceder a ella y para eso necesitas encontrar tu fuente. Cada persona tiene algo especial, un don con el que ha nacido, un propósito. Tu fuente es como un pequeño portal interior que te permite exteriorizar tu propia energía y alterar la energía que te rodea. Debe ser algo congruente con tu ser, hasta cierto punto debería definirte. Con tu entrenamiento tu fuente se revelará, si no encuentras tu fuente simplemente no podrás hacer magia.

- Ah, entiendo.

- Puedo ayudarte con algo.

Zola tomó la mano de Ennol, aquel brillo que antes envolvía la rueda, ahora envolvía el antebrazo del aprendiz.

- ¿Sientes eso?

Ennol sentía claramente cómo la energía de Zola hormigueaba en su

antebrazo, era una sensación muy placentera, cálida.

- Eso es lo que se siente cuando canalizas la energía de tu fuente, si la encuentras lo sentirás y sabrás que vas por buen camino. Para encontrar tu fuente piensa en algo que realmente te gusta, algo con lo que te identifiques, lo más importante para ti. ¿Qué piensas que podría ser?

- Bueno... la verdad creo que sabes bien lo que realmente me apasiona, la mecánica, la invención... los autoferros, el acero... ¿Podría ser eso?

- Podría ser, hay muchos tipos de fuentes así que no te limites, podrías intentarlo. Concéntrate, busca en tu interior, conecta con tu fuente, conecta con la energía de la rueda y simplemente transmútila, no hacen falta cálculos.

Ennol cerró sus ojos, recordó lo que sintió la primera vez que desarmó un juguete y cómo le gustaba el olor del acero mojado, cuantas veces acompañó a su padre mientras soldaba las enormes estructuras de los autoferros, sentía muchísima emoción al recordar cuán importante había sido el acero en su vida. Ennol sintió un hormigueo, ligeramente parecido al que ocasionó Zola en su antebrazo. “Eso debe ser”, pensó.

Lentamente acercó su mano hacia la segunda rueda todavía maltrecha, la topó y sintió la frialdad del metal, con sus pensamientos ordenó a la energía que transmudara, que se convirtiera en arcilla, que nuevamente retomara su forma simétrica... Ennol abrió los ojos.

Zola, Minwe y Mo lo observaban de cerca. La rueda permanecía igual de torcida que antes.

- ¡Jejeje! –rió a carcajadas Minwe–. Ni siquiera cerca...

Mo tampoco pudo contenerse y, aunque evitó hacer sentir mal a Ennol, su risa solo tardó en llegar unos segundos.

- ¡Jaa...! Lo siento, Ennol –se disculpó Mo–. Tienes mucho trabajo por hacer.

- ¡Silencio ustedes dos! No están haciendo nada por ayudarlo –intervino Zola molesta.

- No hay problema, no esperaba conseguirlo al primer intento, creo que nadie lo ha hecho, ¿verdad?

- Yo sí –respondió Minwe.

- Yo también –añadió Mo.

Y aunque Zola no dijo nada era evidente que Zola también lo había conseguido al primer intento.

- No te preocupes, Ennol, no es tan sencillo, sigue intentando –dijo dulcemente Zola.
- Gracias.

La mañana se esfumó y Ennol no consiguió mover aquella rueda, ni siquiera un milímetro. Zola resultó ser muy paciente, pero al llegar la tarde se cansó de los constantes intentos fallidos de Ennol. Finalmente la hechicera transmutó las ruedas que necesitaban reparación, y cambió el ejercicio a algo mucho más simple que consistía en cambiar el color de una pequeña moneda, tampoco tuvo éxito Ennol en esta nueva prueba. A pesar de no haber conseguido progreso alguno, a Zola le gustó la perseverancia del muchacho; la maestra sugirió descansar en algunas ocasiones, pero Ennol rechazó la invitación y siguió intentando.

- Tarde o temprano lo conseguiré –dijo con firmeza el muchacho.
- Tarde dirás, porque temprano ya no es –bromeó Mo, un tanto impaciente. A Ennol pareció no importarle.
- Déjalo tranquilo, Mo, está haciendo su mejor esfuerzo, hay que darle crédito por eso. Mejor por qué no vas con Minwe y la ayudas con su lección de hoy.

Minwe se había cansado de esperar y ahora estaba en la orilla del río repasando la charla de la mañana.

- Excelente sugerencia –dijo Mo.

El hada voló rápidamente a acompañar a la Portadora. Zola siguió mirando de cerca el afán de Ennol por cambiar el color a la moneda. Era evidente que no lo conseguiría.

- Ennol, lamento frenar tu entusiasmo pero creo que eso será todo por hoy. Si no lo conseguiste hasta ahora no lo conseguirás en el resto del día, no es cuestión de cuantas veces intentes, primero tienes que encontrar tu fuente y creo que la que escogiste no es la correcta.

El aprendiz ejecutó su último intento y, tras descubrir por enésima vez que nada sucedía, desistió.

- Está bien, creo que esta vez no bastará mi entusiasmo, la verdad, Zola, si no se trata del acero, no creo tener claro cuál podría ser mi fuente.

- Debe ser algo simple y contundente, por ejemplo Thea, su fuente son los felinos.
- ¿Cuál es la fuente de Reno?
- El electromagnetismo, por eso lleva esas piedras magnetitas a todo lado, su fuente es bastante atípica, aunque simple, cualquier fuerza elemental de nuestro planeta puede constituir una excelente fuente.
- Tal vez si intento con algo más...
- Ya se está haciendo tarde, Ennol, tenemos que llevar esta vagoneta a la cima y partir para Ian, será mejor que partamos.
- Lo sé, voy a alistar mi equipaje.

Zola era una mujer aparentemente dura, pero la decepción que sentía Ennol la había conmovido, en el fondo sabía que aquella determinación que tenía el muchacho sería la clave de su éxito.

## 4 – LA MARMOTA

El frío y la niebla congelaban todo el rededor, el viento soplaba con fuerza y la lluvia agresiva empapaba los recónditos callejones empedrados, el cielo nublado apenas dejaba ver la tenue luz de la luna llena. Las calles estaban desiertas, el frío era insoportable, ni las ratas se aventuraban a la intemperie. Tras las ventanas empañadas se podía ver el brillo de los ardientes fogones, y, sobre los techos, las delgadas chimeneas exhalaban bocanadas de humo que se perdían en el nublado cielo.

Bajo la lluvia deambulaba sigiloso entre las sombras un insólito ser, la intensa tormenta no lo molestaba en absoluto, ni siquiera se tomaba la molestia de acelerar el paso, la delgada capucha de su largo abrigo era protección suficiente para el frío y la lluvia. Sin importarle que el agua estilara sus ropas o que el fango embarrara sus botas, el forajido caminaba parsimoniosamente a la intemperie con el único objetivo de llegar puntual al lugar donde secretamente lo habían citado; la mojada ciudad fue la única testigo de su paso por los recónditos callejones. Sin duda alguna al individuo no le atemorizaba la penumbra, no dudó un solo instante en aventurarse en los más temidos escenarios, a donde solo se atrevían los viejos fantasmas.

Como un ente temerario, aquel sujeto se adentró en las entrañas retorcidas de los dominios más siniestros, atravesó sinuosos pasillos, paredes falsas, antiguos recovecos; conocía el camino, no titubeó ante las encrucijadas, se deslizó con seguridad sin retrasar su paso un solo instante. Los enmarañados senderos lo condujeron a una pequeña cámara que continuaba ahondando en un submundo donde no regían ni ley ni conciencia. Finalmente, el extraño hombre llegó a un enorme muro enmohecido, en él una gran puerta doble de acero se levantaba imponente, no tenía cerraduras ni bisagras, solo un grueso borde remachado con grandes pernos metálicos. Una pequeña campanilla de plomo adornaba la puerta que resguardaba el secreto mejor cuidado de la ciudad de lan.

El misterioso personaje se detuvo frente al portón, se retiró la capucha revelando su cabeza completamente rasurada, en la cual estaban tatuados extraños diseños, símbolos incomprensibles que hacían de la piel del sujeto un mandala ambulante. La tormenta era cada vez más fuerte, de pronto el misterioso hombre pronunció entre dientes un raro conjuro y con sus brazos realizó perfectos movimientos



somáticos, invocó una vez más a las criaturas que lo repletaban de poder y tras varios minutos cientos de insectos abandonaron la oscuridad de sus nidos para asistir al inapelable llamado; todo tipo de alimañas se aglomeraron alrededor del hechicero: bichos rastreros, polillas, escarabajos voladores, ninguno temió ahogarse bajo la intensa lluvia, enfrentarían la muerte si fuera necesario, su voluntad había sido quebrantada por la magia de aquel brujo.

Un ligero zumbido se hizo presente y su intensidad aumentaba con cada segundo, el suelo aledaño al hechicero se cubrió por una alfombra viviente, una capa negra donde solo se distinguían patas, antenas y mandíbulas moviéndose frenéticamente. Un enjambre de insectos zumbaba alrededor del brujo como una nube tormentosa. Finalmente, con un golpe brusco el hombre señaló la puerta: un delgado rayo salió disparado de su dedo para impactar directo en la campanilla, en ese preciso instante varios insectos cayeron muertos sobre el húmedo piso, como si aquel hombre les hubiera arrebatado su último aliento. La pequeña pieza de plomo resonó por instantes tras emitir una intensa nota que retumbó con violencia entre las paredes del callejón, envolviendo al escenario en una burbuja sónica, casi invisible. Todo el exterior estaba paralizado, las gotas de lluvia caían lentamente, su movimiento era imperceptible; en el interior el tiempo transcurría normalmente, solo se escuchaba el zumbido de los insectos y la ligera reverberación que emitía la campana. El sujeto esperó pacientemente, después de escasos segundos la puerta se abrió.

Tras el umbral solo había penumbra, el ambiente se tornó tenso, se podía ver la lluvia impactar sobre la cápsula invisible. Aquel extraño resonar mantenía su estructura firme, relegando al tiempo, los segundos transcurrían como prisioneros que escapaban al olvido. Ligeros pasos se escucharon tras el umbral, se aproximaron poco a poco y se detuvieron prudentemente justo en la línea que dividía la penumbra de la oscuridad, donde la luz de la luna no se aventuraba a iluminar. Una áspera voz resonó tras las sombras.

-Has acudido una vez más a mi llamado, Moreb, mi leal sirviente.

El extraño individuo inclinó su cabeza, mirando fijamente el piso mojado asentía su condición de lacayo.

-Es un honor servirle, a usted y a las causas de quienes han sido mis maestros –dijo Moreb con voz escurridiza–. Dígame, mi señor, ¿en qué puedo ayudarlo esta vez?

- Solo necesito información, cuéntame lo ocurrido en las últimas horas.

- Eliminamos a otro tatuador, una aprendiz, no había desarrollado sus habilidades todavía, fue muy fácil encontrarla, los nuevos soldados la identificaron en poco tiempo, son muy efectivos, maestro.

- ¡Excelente! Cuéntame sobre ellos.

- Son astutos, actúan como si fueran máquinas, al parecer su entrenamiento ha sido muy riguroso, son precisos, excelentes trabajando en equipo, saben cuándo ocultarse y cuándo atacar, sus armas son poderosas y letales...

- ¿Sus armas? Tengo entendido que no utilizan magia. ¿Cómo funcionan?

- Son mecanismos, una extraña combinación entre ciencia, mecánica y milicia –respondió Moreb.

- ¡Pero la magia es mucho más poderosa! ¿Cómo pretendes ganar esta guerra con artilugios mecánicos? –preguntó indignada la voz tras el umbral.

- Si me lo permite, maestro –rebató Moreb con delicadeza–. Estas armas son diferentes, son rápidas y certeras, son pocos los hechizos que pueden detener su devastadora fuerza. Las he visto en acción, los resultados son asombrosos.

- ¿Qué tan asombrosos?

- Bastante, digamos que he visto a un solo soldado aniquilar a varios hechiceros en pocos segundos.

- ¡Magnífico! –exclamó la voz–. ¿Han cumplido la misión que se les asignó?

- Parte de ella, los dos soldados utilizados en esta prueba fueron muy efectivos en localizar a un guardián y su señuelo, estuvieron muy cerca de aniquilarlos pero aparecieron cuatro de sus aliados.

- ¿Más guardianes? –preguntó la voz.

- Aparentemente –respondió Moreb.

- ¿Han conseguido identificarlos?

- Uno de los guardianes es Reno d’Jinn, hace mucho tiempo que ayuda a Sadek, no es la primera vez que sabemos de él; su protegida es una muchacha, no sabemos nada de ella aún.

- Reno... ese viejo bastardo debería estar en nuestras líneas, no ayudando a esas estúpidas hadas, en fin, no representa amenaza alguna, conocemos muy bien sus habilidades. Continúa.

- El otro grupo era más numeroso, son cuatro y de ellos solo hemos podido identificar a Mo, es el primer marcial del ejército de Sadek, un hada muy poderosa, sin embargo, su poder no se compara con el de las dos mujeres, suponemos que son maestra y

aprendiza –dijo Moreb con evidente preocupación.

- ¿Qué las hace parecer tan especiales? –preguntó la voz.

- Según el testimonio del soldado sobreviviente al enfrentamiento, la anciana domina la magia, no es como otros hechiceros que derrotamos con facilidad, esta está siempre preparada, su velocidad es impresionante, fue ella quien evitó que nuestro plan se cumpliera. Ella y su aprendiz fueron las primeras en contener los ataques de los soldados, la anciana es muy talentosa con la magia y la muchacha parece haber aprendido casi todos sus trucos, en cuestión de tiempo superará a su maestra y por mucho, demasiado poder para ser un señuelo... si permite mi opinión maestro.

- Extraño –susurró intrigada la voz–. Hace años que no he sabido de una hechicera con tales características, Fenia, pero ella fue eliminada hace años; Greta se convirtió a nuestros ejércitos, tal vez... no puede ser... eso sería absurdo, aunque... Zola Kendal.

- No puede ser, maestro –intervino Moreb–. Aquella hechicera desapareció hace años por estar manipulando los portales dimensionales, seguramente está perdida en otro plano y con su memoria destrozada.

- Eso lo sé bien –respondió la voz–. Pero Zola tenía una especial afinidad con la magia, no me sorprendería que en sus intentos por comprender los portales haya encontrado la manera de viajar sin perder sus recuerdos, no sería la primera, varios ya lo hemos conseguido.

Moreb escuchaba detenidamente cada palabra que decía aquella misteriosa voz, por algunos instantes el sujeto tras la puerta permaneció en silencio, sumido en gran preocupación.

- Quiero saber todo sobre esta mujer y su equipo, vigilen de cerca a su aprendiz, es muy posible que no se trate de un señuelo sino de la verdadera Portadora. Por cierto... dijiste que eran cuatro. ¿Quién es el cuarto integrante?

- Es un muchacho, nada de qué preocuparse, no es hechicero, ni siquiera alquimista, es un novato.

- Está bien, esperemos que el tiempo nos envíe nuevas pistas, sin embargo, quiero que tengas cuidado con el muchacho, si está con ellas es por alguna razón importante. Si existen nuevos enfrentamientos quiero que los aniquilen, a todos menos a la muchacha, si se trata de la Portadora será la respuesta a nuestros problemas.

- Como usted ordene –respondió Moreb con satisfacción.

- Es muy probable que intenten contactarse con un tatuador. ¿Cuántos tatuadores quedan?

- Solo uno.

- ¿Han averiguado su ubicación o su identidad?

- No –dijo Moreb decepcionado–, este tipo es muy hábil, no deja indicios, es imposible seguirle el rastro, sin embargo, confiamos en que los nuevos soldados lo localicen pronto. He diseñado un escuadrón especial para desenmascarar al Tatuador, este equipo está encabezado por Seth, un comandante de alta categoría y un asesino infalible, con sus servicios de nuestro lado le entregaré la información sobre el paradero del último tatuador en poco tiempo.

- Si lo eliminamos podremos desatar nuestra guerra y sin tatuadores sería imposible que triunfaran las hadas. Tienes en tus manos una misión muy importante, no me decepciones.

- Sí, maestro, tenemos todo bajo control.

- Puedes retirarte –concluyó la voz tras el umbral.

- Gracias, maestro –dijo Moreb, mientras hacía una reverencia

- Y, Moreb – dijo finalmente la áspera voz–, aniquílalos pronto, si aquella hechicera resulta ser Zola como sospechamos, no podemos dejar que se prepare, no queremos contratiempos.

- Así será, maestro – respondió el sirviente con malevolencia.

Moreb alzó su mano, con los dedos como sosteniendo una esfera invisible, murmuró nuevamente un conjuro, la burbuja de sonido se desvaneció, un nuevo grupo de desafortunados insectos cayeron muertos junto con las gotas de lluvia, pequeñas partículas de luz viajaron súbitamente desde la campana a la mano del hechicero, la reverberación cesó y finalmente la puerta se cerró. Moreb volvió a cubrirse con la capucha y nuevamente se adentró en los laberínticos callejones acompañado por el enjambre de insectos.

\*\*\*

Mo tuvo razón al decir que subir aquella vagoneta hacia la cima no sería tarea difícil para Zola y Minwe, ellas dominaban los hechizos de levitación. No hubo necesidad de escalar, Mo encontró un zigzagueante sendero que recortaba la montaña y en menos de una hora los aventureros estaban a punto de alcanzar los rieles de autoferro. Mo se había acostumbrado a viajar sentado en el hombro de Ennol, le resultaba sumamente cómodo el cuello del peculiar bolsillero, le recordaba las

reconfortantes hamacas de su hogar en Sadek. El muchacho caminaba primero, guiaba los pasos de las hechiceras, quienes enfocaban sus esfuerzos en levitar el pequeño auxiliar. Ennol se detuvo al distinguir huellas en el sendero.

-Al parecer Reno y Thea pasaron por aquí –dijo Ennol mientras señalaba las huellas.

- ¿Por qué asumes que son ellos? Podría ser cualquiera, incluyendo aquellos soldados, es mejor que tengamos cuidado –cuestionó Mo.

-No creo que los soldados tengan por mascota a un gato –replicó Ennol mientras señalaba pequeñas huellas de felino.

-Supongo que ese viejo astuto no tuvo inconvenientes en encontrar este sendero –dijo Zola con serenidad–. Podrá ser necio, pero no estúpido.

La hechicera dirigió su mirada al cielo, grises nubes se aproximaban desde el Este, la tarde agonizaba y empezaban a titilar tímidamente las primeras estrellas de la noche.

-Vamos, tenemos prisa, la lluvia se avecina –dijo la hechicera levemente preocupada.

La caravana continuó el ascenso, pequeñas gotas de lluvia anunciaban lo que sería una fuerte tormenta. Al llegar, Ennol no tardó en instalar el auxiliar en los rieles, Zola había hecho un trabajo extraordinario al enderezar las ruedas de la vagoneta y el mecanismo de pedales se encontraba en perfectas condiciones. Cuando todos estuvieron a bordo, el joven inventor pedaleó lo más rápido posible en una carrera contra el tiempo, la lluvia y el frío de la noche; sin importar los contratiempos, la maestra, el hada y los aprendices debían arribar a Ian esa misma noche.

Se desató la lluvia, el pequeño auxiliar viajó horas bajo la luz de la luna, Ennol apenas podía divisar el trayecto de la vagoneta, los rieles de autoferro se perdían en la densa penumbra; Zola se rehusó a invocar una esfera de luz, pues temía que aquellos soldados pudieran encontrarlos fácilmente. Los aventureros habían recorrido a ritmo constante la mayor parte de la ruta hacia la mística ciudad de Ian, pero para estas alturas de la noche Ennol pedaleaba cada vez con menos fuerza, los rieles parecían prolongarse hasta el infinito, sus piernas respondían con torpeza y a pesar de que Zola invocó una esfera protectora contra la lluvia, el frío se calaba hasta los huesos del joven inventor. Mo era muy pequeño para ayudar y las hechiceras estaban encargadas de proteger al grupo en caso de posibles ataques, aun así Ennol no se quejó, una extraña fuerza en su interior lo motivaba a seguir pedaleando, la ilusión de conocer aquella

ciudad de la que Zola tanto había hablado, la capital de la magia, lo sostenía firme en su esfuerzo. Lo entusiasmaba el simple hecho de imaginar cómo serían sus senderos, sus plazas, sus hogares, la gente caminando alegre, desbordando magia... ¡Cuántos fabulosos artilugios! ¡Cuánto colorido en las calles! Ennol no dejaba de pensar en su destino, olvidaba por completo el dolor de sus piernas para concentrarse en la fría brisa que golpeaba su rostro y en el susurro de los árboles; era una sensación reconfortante.

- Amo la lluvia –exclamó Mo, quien nuevamente se sentó en el hombro de Ennol–. Me fortalece, lástima que Zola haya invocado este hechizo.

- Eres libre de abandonar la esfera, hada ociosa –respondió Zola–. No es mi problema que te canses tanto al volar.

De repente, Ennol, con un veloz movimiento, jaló la palanca del freno, Mo salió disparado hacia adelante, dando volteretas alcanzó a estabilizar su vuelo pocos segundos antes de impactarse contra el suelo; Minwe y Zola a duras penas alcanzaron a sujetarse de las barandas de sus asientos; el auxiliar frenó bruscamente, las ruedas sacaron chispas de los rieles con estridentes chirridos, la pequeña vagoneta se inclinó con violencia hacia el frente, dejando en el aire las ruedas traseras y estuvo a punto de volcarse. Ennol entrecerraba sus ojos, con su brazo jalaba con fuerza aquella palanca y parado sobre los pedales aplicaba todo su peso para contener la aceleración del auxiliar, el vehículo se detuvo tras un último sacudón.

- ¡Demonios, Ennol! ¿Por qué hiciste eso? –reclamó Zola con tono molesto–. Se supone que sabes manejar este vehículo, por poco nos matas...

- ¡Maestra! –interrumpió Minwe casi susurrando, mientras con su dedo señalaba los rieles del tren.

Ennol permaneció encerrado en su asombro con la mirada fija en los ojos brillantes que se acercaban desde la oscuridad, su respiración se agitaba con cada segundo bajo la lluvia. Zola tardó en darse cuenta de la situación, pero su rapidez con la magia podía saldar cualquier demora, un instante bastó para que la hechicera tuviera su mano encendida en llamas doradas y con un sutil salto se dispusiera a lanzar el letal proyectil.

- ¡Aguarda, Zola! –gritaron al unísono Ennol y Mo.

Pero cualquier advertencia fue tardía para la gran velocidad de la maestra, quien batiendo su brazo con fuerza disparó una esfera envuelta en llamas en dirección

al supuesto atacante. El proyectil viajó velozmente iluminando a su paso la profunda oscuridad y reveló segundos antes del inminente impacto la identidad del pequeño gato, quien miraba aterrorizado la fugaz bola de fuego. Ennol y Mo esperaban el fatídico estallido, Zola aborrecía su imprudente impulso. ¿Cómo le diría a Reno que incineró al gato de su aprendiz? El viejo engreído nunca dejaría de acanallarla por aquel arrebató. La flameante esfera descendía violentamente para impactar en el suelo y destruir con su estallido todo aquello que se encontrara a su alrededor, de repente un rayo violeta atravesó el humo y las llamas, y con velocidad casi imperceptible, envolvió al animal en una radiante esfera. La gran explosión fue mucho más poderosa de lo que Ennol imaginó, el ensordecedor estallido resonó con fuerza, atravesando las interminables hileras de árboles y regresando en repetitivos ecos, la pequeña burbuja violeta salió disparada y en ella el pequeño gato saltaba tratando de estabilizarse, se elevó por los aires, al principio errante, impulsada por las ondas del estallido, pero poco a poco fue respondiendo a una fuerza ajena, levemente flotó en dirección a los hechiceros hasta posarse sobre las manos de Minwe, quien disipó su magia para levantar con cuidado al gato negro.

- ¿Estás bien, Kyatto? –preguntó Minwe, mientras acariciaba el suave pelaje del felino, que no paraba de temblar.

- ¡Asombroso! –exclamó Ennol–. Eso fue sencillamente increíble.

Minwe permaneció en silencio, las caricias del pequeño gato significaban suficiente halago para ella. Zola, por su parte, no salía de su asombro, nunca nadie había podido ejecutar un hechizo con mayor rapidez que ella. A pesar de que Minwe actuó mucho después, tuvo tiempo suficiente para alardear de su agilidad, levitar al pequeño felino y traerlo sin rasguño a sus brazos. La hechicera sentía una gran contradicción en su corazón, por una parte, había tenido éxito como maestra, pero había perdido el privilegio de ser la hechicera más veloz de Sorta. Sin embargo, agradecía en lo más profundo la perfecta reacción de su aprendiz, si no hubiera sido así estaría condenada a las burlas de d’Jinn y no había nada que la molestara más.

Mo se encargó de apagar las llamas apaciguadas por la lluvia, menos mal los rieles del tren no sufrieron daño alguno. El hada, al igual que el resto del equipo, estaba asombrada con la sorprendente reacción de la muchacha.

- Eso estuvo cerca –dijo Zola pausadamente–. Buen hechizo, Minwe.

- ¿Buen hechizo? –musitó Mo–. ¡Estuvo excelente, Minwe! ¡Felicitaciones! Es así como

debe ser, rápido, certero y oportuno. Nunca pensé que alguien pudiera superar a Zola en velocidad. Y eso es un halago para ti también, maestra, es evidente que estás haciendo un buen trabajo.

Minwe revisó el collar del gato para constatar que llevaba una nota.

- Parece que Reno nos ha enviado un mensaje –dijo Minwe mientras desenrollaba el pequeño papel y se lo entregaba a Zola.

La hechicera se apresuró a leer: *“Peligro emboscada, ciudad rodeada, seguir al gato”*.

- ¡Maldición! Al parecer aquellos soldados nos están esperando –dijo Zola con descontento–. No podremos utilizar el acceso principal de la ciudad.

- Es probable que todos los accesos estén vigilados –opinó Mo.

- Creo que la nota es clara, debemos seguir a Kyatto, él debe conocer el camino más seguro. –dijo Ennol.

- ¿Ser guiada por un gato? –expresó indignada Zola–. No me parece prudente.

- Creo que deberías tener un poco de gratitud con el pequeño animal, considerando que se expuso a ser atropellado e incinerado para prevenirnos del peligro –contrapuso Mo.

- En eso tienes razón, además son Reno y Thea quienes están detrás de esto, pero de todas formas me fastidia tener que seguir a un felino.

- No tenemos otra opción –dijo Ennol–. Cualquier otra idea sería un riesgo innecesario.

- Está bien –asintió Zola–. En todo caso debemos acercarnos a la ciudad, al menos hasta tener rango visual. Una vez allí decidiremos si es prudente seguir o no al gato. En este momento la prioridad es llegar pronto.

- Me parece apropiado –dijo Ennol, mientras se preparaba para continuar pedaleando–. Todos a bordo por favor.

Los hechiceros no discutieron más y abordaron nuevamente la vagoneta auxiliar, Ennol reanudó la marcha, esta vez con mucha más cautela. Al cabo de veinte minutos la lluvia había cesado, aun así los aventureros estaban empapados. Ennol pudo divisar las primeras luces de la ciudad de Ian.

- ¡Alto! –dijo Zola–. A partir de aquí caminaremos, escondamos la vagoneta en aquellos matorrales.

Las hechiceras ocultaron exitosamente el mecanismo, mientras tanto Mo



analizaba la mejor ruta para el aproximamiento, y concluyó que el camino más conveniente era el borde del bosque, pues desde allí podrían acercarse considerablemente a una de las entradas laterales de la ciudad y tendrían un mejor panorama de la situación. Zola accedió sin inconvenientes al plan sugerido por Mo y con gran cautela bordearon el espeso bosque de nogal, refugiándose tras los gruesos troncos hasta llegar a un pequeño claro que estaba a pocos metros del límite de la ciudad. Una vez establecidos en aquel punto estratégico, Mo hizo uso de sus dones de invisibilidad y fue en busca de información precisa.

Ennol esperaba con impaciencia, hace casi media hora que el hada había abandonado el lugar; Minwe estaba tranquila jugueteando con el gato, mientras Zola fumaba otro cigarrillo, permanecía pensativa, preocupada por la demora de su amigo. Tras un par de horas de ansiedad, el pequeño Mo apareció con semblante preocupado ante las expectantes hechiceras.

- Perfecto. Renvel nos espera en La Marmota, tenemos que bordear la muralla de la ciudad hasta encontrar la entrada del noreste que es la más cercana a la posada –dijo Zola mientras con su bastón dibujaba un escueto mapa en la tierra–. ¿Cuál es la mejor opción, Mo?

- Ninguna –resolvió el hada con el ceño fruncido–, todas las entradas están cubiertas, estos soldados son muy astutos, tienen dominados todos los puntos estratégicos de la ciudad, son difíciles de identificar, es más, temo no haber podido reconocer a muchos de ellos. Lo que sí tengo claro es que entrar por cualquier acceso sería un suicidio.

- ¿Estás seguro? ¿Todas las entradas?

- En realidad, en la entrada secundaria sur y la entrada del mercado no encontré indicios de ellos, pero, como te digo, es más probable que sea una deficiencia mía. No sugeriría bajo ningún motivo utilizar los accesos conocidos de la ciudad.

Zola lo meditó algunos minutos, miraba el diagrama con extremada concentración y tras analizar todas las posibilidades dijo:

- Al parecer estoy en la obligación de hacer caso a nuestro único indicio, así que, si todos están de acuerdo, estamos en las manos, o mejor dicho en las patas de Kyatto.

- Me parece lo más prudente –expresó el primer marcial.

Minwe y Ennol asintieron inmediatamente.

- Muy bien. Minwe, por favor prepara como de costumbre tus hechizos de protección,

espero que contemos con la misma rapidez de tu último hechizo, tú irás atrás y Mo estará en tu hombro cuidando la retaguardia.

- ¡Sí, maestra! –respondieron Minwe y Mo.

- Ennol, te quiero a ti en el medio, mantén los ojos bien abiertos, has demostrado tener una excelente percepción.

- Gracias, maestra –dijo el muchacho.

- Yo iré al frente, justo detrás de los pasos del gato. Por favor no se separen. Ahora todo depende de ti, amiguito –dijo Zola dirigiéndose al animal.

Minwe soltó a Kyatto, el pequeño felino emprendió su paso enérgicamente, el equipo lo seguía de cerca. Al principio Zola pensó que todo esto era una locura, pero poco a poco, al ver cómo el animal escogía sus caminos, prefería siempre los lugares oscuros y en ningún momento los expuso a la luz de la luna, la hechicera comprendió que no se trataba de cualquier guía. Los hechiceros bordearon la ciudad por el bosque, hasta llegar a la muralla oeste, el felino los dirigió rápidamente por un estrecho callejón casi imperceptible, que tras pocos pasos los condujo a un pequeño patio trasero de alguna vieja posada, varias cajas de basura estaban almacenadas.

- Es clara la razón por la que este pequeño callejón no está resguardado por soldados, ¡No tiene salida! –comentó Mo.

El gato maullaba insistentemente y con sus patas raspaba una de las viejas cajas llenas de basura.

- Al parecer quiere que movamos esto –dijo Ennol, quien inmediatamente empezó a arrastrar el cajón.

Minwe se apresuró a ayudarlo, Mo y Zola permanecían impávidos, no consideraban que detrás de aquella caja hubiera alguna salida, pensaban que seguramente se encontrarían con algún jugoso filete de pescado entre tanta basura de la posada, al fin y al cabo era un gato quien los guiaba.

- ¡Allí! –exclamó Minwe–. Es un sumidero.

Zola se acercó de inmediato, al ver la rejilla de hierro lo entendió todo claramente.

- ¡Las cloacas! –exclamó–. Reno, eres un genio.

- ¡¿Cloacas?! –Mo parecía indignado.

- ¿Tienes una mejor idea? –respondió Ennol–. Además de todos tú eres el que menos

se va a ensuciar.

-No tienes idea, muchachito, de lo que significa para mí el agua sucia. ¿Acaso olvidaste que mi fuente es el agua? ¿En qué estaba pensando Reno al pretender que entráramos por aquí?

-¡Es una idea brillante, Mo! –intervino nuevamente Zola–. Recuerda que todas las posadas y bares deben tener un patio trasero como este y creo que Reno lo ha considerado todo, si bien es cierto Mo se enfermaría al entrar aquí, no creo que haya pretendido que ingresaras.

-¿A qué te refieres? –cuestionó Mo.

-A que, de todos nosotros, tú eres el único que puede hacerse invisible, puedes llegar tranquilamente a La Marmota por tu cuenta. Piénsalo bien, es más que seguro que no hay soldados por aquí, solo tenemos que encontrar el ducto que nos conduzca a la posada y es evidente que el gato sabe el camino, mientras tanto tú vuelas invisible por la superficie y nos encontramos allá. Es cuestión de minutos.

-Tienes razón, respaldo tu plan –dijo Mo convencido–. Apresúrense.

Sin dudar, la intrépida hada voló a través del callejón, desapareciendo nuevamente antes de girar en la esquina.

-Ya lo oyeron –dijo Zola–. Continuemos.

Ennol y Minwe retiraron la pesada rejilla de hierro y ni bien hubo oportunidad Kyatto bajó rápidamente por las escaleras tras el sumidero, Zola lo seguía de cerca, Ennol no pudo evitar la arcada que le ocasionó el golpe seco del aire fétido, sintió que se le nublaban la vista por el hedor e inmediatamente se tapó la nariz y la boca con la mano. A Minwe también le molestaba el ambiente, pero apenas demostraba un gesto de disgusto. Al estar todos dentro de las cloacas, Zola, con un hechizo de levitación, volvió a colocar la rejilla en su lugar, el túnel quedó completamente a oscuras, por lo que la anciana repitió el truco de la llama, solo que esta vez la convirtió en una flama flotante que hacía las veces de antorcha, las cloacas se veían tenebrosas coloreadas con la rojiza luz. Kyatto no dudaba al escoger el camino que seguir y tampoco Zola, que había aprendido a confiar en el felino.

-Me encantaría tener uno de esos –le susurró a Ennol después de que una rata pasara junto al gato sin que el felino se inmutara.

-Increíble, es un animal muy astuto.

Acababan de entrar a una gran cámara recolectora de aguas, el espacio era holgado, por lo que aquí el olor no era tan intenso, la llama flotante continuaba iluminando con éxito. El pequeño guía continuaba su trayecto, caminaba con elegancia por un estrecho bordillo que conducía a una nueva encrucijada y bordeaba un gran pozo que acumulaba las aguas negras. Ennol entendió lo difícil que sería para Mo estar en un lugar como este al comprobar el estado del agua que ondeaba cerca a sus pies. De pronto, Kyatto paró de golpe, tras olfatear un par de veces dio media vuelta con un brinco para emitir un arisco gruñido, Zola volteó de inmediato para comprobar la presencia de varias siluetas negras.

- ¡Pronto, sigan al gato! –gritó la hechicera.

Zola no había terminado su orden, cuando una secuencia de disparos se desató, varias balas impactaron en el muro enmohecido junto a la maestra, quien tras mover sus brazos vigorosamente tendió un extraño manto traslúcido frente a ella; Zola sintió claramente cómo una de las balas rasgaba su brazo, una vez completo el hechizo las balas desaparecían tras el velo emitiendo un extraño estallido azulado.

Kyatto, Minwe y Ennol corrieron tras la encrucijada, la muchacha generó su propia antorcha flotante para poder seguir al gato. Zola vio cómo dos soldados pasaban de largo, seguramente encontrarían la manera de darles encuentro más adelante. La hechicera se abalanzó de frente hacia los dos primeros soldados, no temía ser impactada, confiaba ciegamente en aquel hechizo, de su dedo se desprendió un delgado rayo de electricidad que impactó certero en la cabeza del soldado que le disparaba sin piedad, el cuerpo inerte del agresor cayó lentamente al pozo de agua negra; al ver que la hechicera se acercaba el segundo soldado recargó su arma con rapidez, aquel manto traslúcido continuaba protegiendo a Zola, quien con su dedo apuntaba al atacante. Al acercarse lo suficiente la hechicera constató que aquel soldado era apenas un joven, casi de la edad de Ennol, la miraba sin demostrar temor. Tras el soldado apareció un pequeño manto ondulante exactamente igual al que Zola tenía en frente.

- Muchacho –le dijo Zola–. No te aconsejo que dispires, huye, regresa a tu hogar.

El joven soldado la miró con rabia desmesurada, al parecer las palabras de Zola solo consiguieron enfurecerlo.

- ¡Yo no tengo hogar!

El soldado levantó su arma y disparó con furia, las balas desaparecieron tras el hechizo protector invocado por Zola e inmediatamente aparecieron por el nuevo manto tras el soldado. El muchacho fue abatido por sus propias municiones. Zola permaneció frente a él, sin saber cómo un hombre tan joven podía estar tan lleno de odio y rabia. La hechicera arrojó el arma al pozo y luego hizo lo mismo con el cuerpo del joven soldado, finalmente acudió tras sus aprendices.

Kyatto corría apresuradamente, no perdió por un instante la calma, Minwe y Ennol corrían a la par, seguían al gato sin trastabillar, de pronto el joven inventor se detuvo y regresó a ver, esperando a su maestra.

- Zola –susurró.

- No te preocupes por ella –dijo Minwe, tras detenerse también–. Ella sabe cuidarse. Aquellos soldados no tienen oportunidad.

- Tienes razón.

Ennol se disponía a continuar escapando, cuando vio cómo un soldado aparecía detrás de Minwe, para aprisionarla fuertemente por el cuello, con su arma apuntaba directamente a la sien de la doncella, un segundo soldado se acercaba a espaldas del inventor. Estaban atrapados.

- No mates a la muchacha –dijo fríamente el soldado que apuntaba a Ennol.

Ennol podía ver el pánico en la mirada de Minwe, estaban perdidos, no había nada que el muchacho pudiera hacer y la doncella estaba deshabilitada. El soldado se acercaba cada vez más, hasta estar pocos pasos frente a Ennol, lo apuntaba directamente a la frente.

- Voltéate –ordenó.

El muchacho no dudó en obedecer. La escena era crítica, Minwe y Ennol frente a frente a escasos pasos de distancia, totalmente neutralizados.

- ¿Qué esperas? Aniquílalo –dijo el soldado que sostenía a Minwe.

Ennol esperaba oír en cualquier momento el fatal disparo, pero justo cuando escuchó a su ejecutor rastrillar su arma, el muchacho vio cómo el soldado custodio de Minwe se desmoronó lentamente, una gran herida se abrió en su cuello y su sangre

brotaba a borbotones. Minwe permanecía paralizada de miedo, una pequeña silueta se consolidó sobre el hombro de la doncella.

- A ella no la tocas, ¡imbécil!

- ¡Mo! –susurró Minwe con alivio.

El hada estaba agotada y a punto de desmayarse, con su poca fuerza restante sostenía sus pequeñas espadas ensangrentadas. Ennol reaccionó sin pensarlo, embistió con toda su fuerza a su enemigo, quien disparó inmediatamente contra él. El muchacho tenía plena confianza en las habilidades de Minwe y tuvo toda la razón al confiar en ella. Antes de que los proyectiles pudieran impactar en el cuerpo de Ennol rebotaron en un radiante escudo violeta, al estar el agresor tan cerca de su objetivo no pudo evitar recibir de rebote algunos disparos en su pecho, el moribundo soldado cayó sobre sus rodillas para luego desplomarse hacia un lado.

Zola apareció al final del corredor asombrada al encontrarse con aquel crudo escenario, tras constatar que Minwe y Ennol se encontraban bien fijó su atención en el hada.

- ¡Mo! –exclamó mientras se acercaba aceleradamente–. Hay que sacarlo de aquí pronto. ¿Dónde está Kyatto?

Un fuerte maullido se escuchó desde el techo del corredor, el felino se encontraba sobre las tuberías de la cloaca, listo para un posible ataque, el gato bajó de un salto y sin perder más tiempo continuó su trayecto hacia La Marmota.

- ¡Un momento! –exclamó Zola–. Antes debo constatar que no haya más soldados.

- No... solo eran... cuatro... –dijo el hada con dificultad – Los vi... seguirlos... por eso... regresé.

- Está bien, querido amigo, entonces sigamos adelante.

Mo había perdido su habitual color azul, su piel era verduzca como el agua que Ennol había visto en el pozo. El joven inventor no comprendía exactamente qué sucedía, aun así, sabía que de quedarse en ese lugar el hada no sobreviviría, además, al juzgar por la expresión y la urgencia de Zola por llegar a La Marmota, Mo tenía pocos minutos.

Los hechiceros perseguían al gato desesperadamente, cada nuevo pasillo en

el que se aventuraban parecía eterno. Tras recorrer varios minutos las laberínticas cloacas, el gato llegó a una hedionda cámara que culminaba en una estrecha escalera de caracol, cada peldaño era una tosca pieza de piedra. El felino subió rápidamente, de igual manera lo hizo Zola, quien llevaba en sus brazos a Mo.

- ¡Rápido, por aquí! –resonó la voz de Reno, quien los esperaba junto a Thea y una enorme cubeta llena de agua pura.

Zola no lo pensó dos veces y sumergió a su amigo en el agua fresca.

- Pero ¿cómo supieron? –preguntó Zola desconcertada.

- No solo tus aprendices son brillantes, mi querida amiga –dijo Reno mientras hacía un ademán con su mano dándole el crédito a Thea–. Y muchas gracias por darte cuenta de que soy un genio.

Los aventureros atravesaron el pequeño patio trasero e inmediatamente ingresaron por la puerta posterior de La Marmota a un cuarto donde Reno instaló la cubeta bajo un chorro de agua tibia. Kyatto se abalanzó de un salto hacia su ama, quien lo abrazaba con gran dulzura, el pequeño felino se sentía orgulloso por la gran labor que había realizado, ronroneaba de satisfacción sobre el pecho de Thea. Una vez todos adentro, un corpulento pero viejo hombre cerró la puerta y le colocó un grueso candado.

- Espero que tanto riesgo valga la pena –exclamó el hombre con ronca voz.

- ¡Renvel! –exclamó con emoción la hechicera.

Zola se lanzó a abrazarlo, el misterioso personaje no tuvo oportunidad de evadir el efusivo saludo.

- Tranquila, tranquila, mi querida Zola Kendal, ya tendremos tiempo para formalidades, por el momento tenemos que atender a tu pequeño amigo azul.

Mo se encontraba sumergido en el agua cristalina que Renvel había preparado, Thea la había solicitado apenas vio a través de Kyatto lo sucedido con Mo. El hada aparentaba estar mucho mejor, el azul brillante retornaba paulatinamente a su pequeño rostro. La maestra, una vez pasado el peligro, optó por encender un cigarrillo para calmar sus nervios.

- Reno... ¿Tienes idea de quiénes son esos soldados? ¿Sabes a quién sirven? –preguntó Zola seriamente después de aspirar una buena bocanada de humo.

- No, no tenemos la más mínima idea, de lo que estamos seguros es de que saben o al menos sospechan de la identidad de Minwe –respondió el viejo con preocupación.
- Abajo, en las cloacas, uno de los soldados demandó que no lastimaran a Minwe, parecía que estaban bajo órdenes específicas –opinó Ennol.
- Es evidente, son soldados –musitó Renvel–. No son los únicos señuelos a los que han atacado.
- ¡No! –exclamó Zola – ¿Quién?
- Ígoris y Magda... No tuvieron oportunidad frente a ellos, los emboscaron como a ratas.
- ¡No puede ser!... Ígoris era un guardián de primera clase –la sorpresa hizo que la anciana expulsara el humo de golpe.
- Estos son soldados de primera clase también.

El anciano pasó junto a Zola e inmediatamente notó la herida que los soldados le habían causado en el brazo.

- Zola, ¡estás sangrando! –dijo Renvel angustiado.
- Oh... –exclamó Zola al mirar la herida en su brazo–. No es nada, apenas un rasguño.
- Déjame ver –insistió el anciano.

Zola se retiró la chaqueta, era una de sus favoritas así que se tomó el tiempo de remendar la tela rasgada, mientras tanto Renvel limpiaba la herida con un pañuelo húmedo.

- Tienes razón, es apenas un rasguño, lo solucionaré en un minuto.
- Estos malditos soldados, en verdad son muy rápidos, y esas armas tienen una fuerza devastadora, de no ser por el manto dimensional no habría podido contener tantos disparos.

El anciano puso su mano sobre el brazo de Zola, tapando la herida, una ligera luz plateada brilló entre sus dedos, después de escasos segundos la herida había cicatrizado completamente.

- Un momento –dijo Ennol al ver aquella asombrosa curación– ¿No se supone que la alquimia no puede transmutar energía viva?

Renvel sonrió al oír el impetuoso cuestionamiento del inventor.

- Muy bien, muchacho, qué atento eres –dijo Renvel–. Pero en realidad no trasmuté la energía, no convertí a Zola en algo de características diferentes, no aumenté ni



disminuí materia, simplemente reorganicé sus moléculas para devolverle su condición original.

-Entiendo, en todo caso muchas gracias por curar a mi maestra y por cuidar a Mo.

-No tienes por qué agradecerme, Zola es como una hija para mí –dijo el anciano mientras regresaba a ver a la hechicera con gesto indagador.

-Su nombre es Ennol d’Marti, el Oráculo sugirió que nos contactáramos con él. Es un inventor, viene de Eb y ha aceptado ser mi aprendiz –dijo Zola tranquilamente.

-Entonces, al parecer tenemos mucho en común, yo también me he aventurado por el campo de la ciencia y la invención.

A Ennol se le iluminó el semblante al encontrarse finalmente con alguien que hablara su mismo idioma.

-Renvel es un gran científico y no solo eso, también es un estupendo estratega. Si hay alguien apropiado para explicarte cómo encontrar tu fuente, es él –dijo Zola–. Cabe mencionar que fue Renvel quien dictó mi primera clase.

-Aunque a Zola nunca le interesó la ciencia, aprendió lo estrictamente necesario para manipular la magia –explicó Renvel.

-Este muchacho sí que sabe de ciencia, está fuera de mi alcance por el momento, lo único que hace es pensar en máquinas y ecuaciones, tal vez tú puedas abrir su mente a la alquimia. ¿Te animas?

-¡Por supuesto! –contestó Renvel entusiasmado–. Siempre y cuando el muchacho también esté de acuerdo.

-¡Claro que sí! ¿Cuándo empezamos? –respondió el joven.

-Calma, calma muchacho, ya tendremos nuestra oportunidad, por ahora es importante que cada cual descanse un poco, y por favor tomen un baño, lamento decirlo pero todos ustedes apestan a cañería, siéntanse libres de usar las duchas de la posada. Mientras tanto yo revisaré el camino hacia nuestro refugio; La Marmota ya no es un lugar seguro, en cambio, la guarida que les tengo preparada tiene todas las comodidades y ni siquiera esos soldados de primera clase podrán encontrarla.

-¡Por fin buenas noticias! –exclamó Minwe–. Estoy de acuerdo con descansar, estoy exhausta.

-Muy bien, entonces me retiro... mantengan los ojos bien abiertos, que el peligro no ha cesado.

Los hechiceros encontraron por fin un descanso, la preocupación merodeaba

los pensamientos de cada uno de ellos. Zola no asimilaba todavía cómo aquellos soldados habrían podido vencer a Ígoris. ¿Cómo habían conseguido herirla en el brazo? Necesitaban un plan y uno brillante.

## 5 – ÉBANO Y MARFIL

La Marmota no era precisamente un lugar acogedor, al contrario, a Ennol le resultaba un tanto tenebrosa, tenía más la apariencia de una taberna que de una posada, su infraestructura era bastante precaria, consistía en una sala de tamaño mediano, limitada por paredes de ladrillo enmohecido, cuatro columnas de madera rústica soportaban el peso del entablado, algunas sábanas deshilachadas colgaban a manera de carpa entre las paredes y las columnas, intentando inútilmente disimular el apolillamiento de la madera. Varias mesas polvorientas estaban distribuidas en el salón; el único detalle que agradó a Ennol fue una acogedora chimenea de ladrillo ubicada en la esquina opuesta, la hoguera conseguía amansar el bullicioso ambiente.

Reno conversaba con un hombre calvo y corpulento que atendía detrás de la barra, los clientes discutían con vehemencia, se insultaban grotescamente y golpeaban sus vasos contra las mesas demandando más licor. El posadero continuaba conversando con Reno y sin darle importancia levitaba las jarras de ron enviándolas hacia sus clientes, de igual manera, las jarras vacías retornaban hacia el fregadero para ser enjuagadas.

Ennol esperaba pacientemente su turno para bañarse, sentado en una vieja banca de madera el muchacho meditaba en silencio. Hasta ahora nada había sido como él esperaba, en el fondo se sentía decepcionado por el agresivo recibimiento de la famosa ciudad de Ian; esperaba que los hechos fueran más amigables, durante el ataque evidentemente sintió miedo, pero ahora que la situación estaba controlada, Ennol asimiló el verdadero peligro al que estuvo expuesto, si Mo no hubiera llegado para liberar a Minwe... hubiera ocurrido una tragedia. El joven inventor nunca esperó ser amenazado por aquellos soldados ni estar a punto de presenciar la muerte de su amigo Mo. Todo esto lo inquietaba mucho, cuando aceptó esta misión no estaba plenamente consciente de los peligros que conllevaba proteger a Minwe.

Reno notó la evidente preocupación del muchacho, después de excusarse con el posadero se acercó a Ennol y con mucha prudencia lo abordó.

- ¿Duro día?

Ennol salió de su ensimismamiento y alzó su mirada para encontrar la cálida

sonrisa del anciano, con un gesto fingido respondió, tratando de ocultar sus dudas. Reno hizo un ademán pidiendo permiso para sentarse junto al inventor, Ennol inmediatamente se reacomodó en la silla vieja para dejarle espacio al hechicero.

- ¿Cómo está Mo? –preguntó impaciente Ennol.

- Estará bien, Mo es un hada muy fuerte. Para mañana ya lo veremos revoloteando nuevamente.

- Me alegro mucho –dijo Ennol mientras miraba el piso.

- Es natural que te sientas así, muchacho, ser un guardián no es tarea fácil, no voy a mentirte, es una gran responsabilidad. Pero, tranquilo, es algo que solo se confía a quienes están preparados para ello.

- ¡No juegues conmigo! He visto todo lo que ustedes pueden hacer, levitan autoferros, disparan bolas de fuego, crean mantos interplanares, es evidente que aún no estoy preparado para algo así. Hasta Kyatto está mejor preparado que yo, al menos él conoce el camino.

- No te apresures a emitir ese tipo de afirmaciones –dijo Reno, tratando de calmar al muchacho–. Tu único problema es que estás apegado a tus pensamientos. Yo conozco bien a Zola, a pesar de ser una vieja arrogante debo confesarte que la admiro mucho, puedo constatar que ella no toma decisiones al azar, todo lo que hace tiene una razón muy bien fundamentada y si ha decidido buscarte debe ser porque algo muy grande se esconde en ti.

- Aun así, no pude hacer nada contra aquellos soldados, no pude defender a Minwe, fue ella quien tuvo que rescatarme a mí.

- Eso no fue lo que escuché –contestó Reno–. Thea relató que empujaste al soldado, y eso le dio tiempo a Minwe para poder efectuar su hechizo. Si me preguntas, considero que eso requiere de mucho valor, no subestimes tus esfuerzos, Ennol.

El muchacho permaneció en silencio, estaba a punto de seguir argumentando pero Reno le interrumpió.

- Para ti solo tengo un consejo: si de verdad quieres acceder a tu fuente, piensa en lo que realmente quieres lograr, piensa en tus anhelos más preciados, en la felicidad venidera, pero no pienses en tus errores si no es para aprender de ellos, no te enfoques en las circunstancias que te detienen, ni dejes que el miedo te gobierne, porque en ese caso te garantizo que fracasarás.

Reno golpeó el hombro de Ennol y se levantó dando por concluida la plática.

-Una última cosa, muchacho –dijo finalmente Reno–. Bajo ninguna circunstancia le digas a Zola que no te sientes capaz, porque en ese instante ella dejará de creer en ti y regresarás al lugar de donde viniste. En este punto la mejor estrategia es la perseverancia... Mmm... tampoco menciones que te dije que la admiro, ya tiene suficientes ínfulas.

Ennol continuaba cabizbajo, simulando no haber escuchado nada de lo que dijo Reno, sin embargo, cada palabra se caló muy profundo en su memoria, en el fondo Ennol sabía que aquella plática con el hechicero era precisamente lo que necesitaba. El anciano tenía razón, aún era muy pronto para formular afirmaciones, quedaban muchas cosas por aprender.

Después de una larga espera le llegó el turno a Ennol para ducharse, fue una experiencia muy reconfortante; Renvel mencionó que el agua era especial, él mismo se había encargado de preparar una fórmula con hierbas revitalizantes que fue disuelta en el agua de la bañera. Ennol sintió cómo poco a poco recuperó su entusiasmo, restauró sus ganas de aprender alquimia y esperaba con ansias aquella lección junto a Renvel, tal vez su afinidad con la ciencia le facilitaría la enseñanza. Ennol aprovechó el tiempo a solas para pensar en cuál sería su fuente, se sintió un poco decepcionado al descubrir que había pocas opciones, Eb no era precisamente la ciudad más versátil de Sorta, lo único que realmente lo apasionaba era la invención, pero no había manera lógica de que la mecánica pudiera ser su fuente primaria, debía ser algo consistente, algo simple como el agua, la tierra o las plantas. Tal vez Ennol no había tenido la oportunidad de experimentar su fuente, tal vez era algo que durante su estadía en Eb le fue totalmente ajeno. En el fondo el muchacho sabía que le faltaba mucho por descubrir, que parte de su misión como guardián era encontrar aquel elemento faltante. Ennol salió del baño restaurado, en el vestidor encontró una muda de ropa limpia junto a una nota que decía: *“Me tomé la libertad de lavar tu ropa, usa esta, mientras tu bolsillero se seca. Renvel”*.

D’Marti se sintió agradecido con Renvel por tanta amabilidad, nunca conoció un anfitrión tan bien educado. Se vistió enseguida, la ropa le quedó bien, solo tuvo que acomodar las bastas del pantalón que resultaron un poco largas. Al regresar a la sala principal de La Marmota, Ennol constató con cierta alegría que los clientes se habían retirado, el ambiente era tranquilo, todos estaban reunidos alrededor de una de las

mesas, se podía escuchar los susurros entre ellos, la preocupación era evidente, Zola notó la repentina aparición del inventor.

- ¡Ennol!, muchacho, ven, acércate, estamos discutiendo temas importantes.

Renvel se levantó de inmediato para agregar una silla junto a Minwe.

- Ven, Ennol, toma asiento –dijo Renvel amablemente.

- Muchas gracias –Ennol se apresuró a sentarse.

A Ennol le llamaron la atención dos cosas: la ausencia de Mo, lo cual era perfectamente entendible, y la presencia del posadero. Al verlo de cerca, Ennol pudo percibir una gran cicatriz en su rostro, lo que le daba un aspecto bastante hostil, su mirada era dura, inexpresiva, Reno parecía un muñeco de trapo junto al corpulento hombre, sus brazos parecían tallados en madera, cada músculo perfectamente definido, Ennol pensó que aquel sujeto podría matar un toro de un solo golpe.

- Antes de continuar –intervino Zola–. Debemos poner al tanto al muchacho de lo decidido. Desde hoy en adelante está erradicada la regla de que un señuelo no puede permanecer junto a Minwe, pues consideramos que nuestro enemigo sospecha la identidad de la verdadera Portadora. La mejor opción es permanecer juntos como un solo equipo para poder defendernos mejor.

- Me parece la mejor opción –opinó Ennol.

- Excelente, entonces continuemos, Renvel... ¿Lo que sugerías hace un momento es que La Marmota será el acceso a nuestro escondite? –preguntó Reno.

- Precisamente.

- ¿No te parece que es demasiado riesgoso? No estamos seguros de quiénes entran en la posada, hoy mismo cualquier cliente pudo habernos visto... ante la presión de los soldados cualquiera de ellos nos delatará –intervino Zola.

- Eso lo tengo perfectamente claro, Zola, les pido que me escuchen, tengo una solución muy simple. En realidad nuestro escondite está muy lejos de aquí, ni siquiera ustedes conocerán su ubicación. Eso es algo que solo yo sabré.

- ¿Cómo planeas llevarnos hasta allá si está tan lejos? –preguntó nuevamente Zola.

- ¿Quién te enseñó todo lo que sabes sobre portales? Fuiste mi aprendiz por más de diez años y ¿aun así cuestionas mi criterio? Zola, lo último que quiero es poner a Minwe o al resto del grupo en peligro –respondió Renvel un poco irritado.

- ¿Un portal? –preguntó Reno–. Pero ¡eso pondría en riesgo nuestros recuerdos! ¡Podríamos olvidarlo todo!

-No, Reno –respondió Zola–. Eso solo ocurre cuando un portal te lleva a un plano diferente, si ambos portales están en el mismo plano no hay ningún riesgo de perder tus recuerdos.

-El plan es perfecto, los soldados están vigilando las entradas de la ciudad, tiendas, puentes y otro tipo de posadas. No se imaginan que estaremos en esta posada llena de bandidos y borrachos –afirmó Renvel

-Gastón, ¿has visto algo extraño por aquí? –preguntó Zola al posadero.

-No –respondió fríamente–. Mis clientes comentan mucho sobre la llegada de aquellos soldados, pero hasta ahora no he visto ninguno por aquí.

-Aun si nos hubieran visto entrando o saliendo de La Marmota, en realidad no es nuestro lugar de estadía, solo nuestro lugar de paso. Además, eso nos permitiría atraerlos, incluso podríamos atrapar alguno, para aprender más sobre ellos –argumentó Renvel.

-Dudo mucho que se dejen atrapar –afirmó Zola–. Sin embargo, la idea de utilizar un portal me parece brillante, solo hay algo que me preocupa: ¿qué ocurrirá si los soldados encuentran el portal? Los he visto actuar y son astutos, estoy segura de que están bien comandados, su líder no tardará en descubrir la ubicación del portal.

-Es por eso que utilizaremos esto.

Renvel sacó de su túnica siete collares, todos ellos llevaban una piedra negra como colgante. Zola se apresuró a tomar uno.

-¿Ónice? ¿Cómo nos puede ayudar esta piedra?

-No es la piedra, es la información que hay en ella. En realidad es una llave. El portal estará calibrado para transportar solo a los portadores de estos collares.

-¡Brillante! –dijo Reno mientras alcanzaba su collar.

Ennol recibió el suyo, le costaba creer que en aquella piedra existiera información capaz de interactuar con un portal, aun así, aceptó la idea y el plan le pareció bastante seguro. Minwe no perdió el tiempo y se puso su collar, estaba muy contenta con él, al parecer lo apreciaba más por la belleza de la piedra que por su verdadera función. Todos, excepto Gastón, recibieron un collar.

-Acéptenlo, amigos –dijo Renvel–. Esto es lo más seguro que tenemos, es evidente que no nos podemos descuidar, saldremos a la ciudad solamente cuando sea estrictamente necesario. Por otra parte, Gastón se encargará de informarme cualquier inconveniente.

- Cuenten con ello –afirmó el posadero.

A Ennol le daba escalofríos saber que su seguridad dependía de aquel extraño hombre, pero al mismo tiempo entendía que por su aspecto agresivo Gastón no levantaría sospechas.

- Entonces... –continuó Renvel–. ¿Están todos de acuerdo?

- Estoy de acuerdo contigo, es lo mejor que tenemos –dijo Zola.

Al estar de acuerdo Zola, el resto de participantes asintieron.

- No hay más vueltas que darle –dijo Renvel–. Vamos, les presento el portal.

El grupo abandonó la sala central, Gastón se quedó limpiando la barra de su posada. Caminaron un largo tramo, atravesaron dos patios internos que accedían hacia las habitaciones, luego, al final del corredor, Renvel les pidió que se detuvieran.

- Está bien, el portal está ahí.

Renvel señaló un gran pórtico que separaba un hermoso jardín del corredor de la posada.

- ¿Qué te parece si lo intentas tú, Ennol?

Ennol se sorprendió al escuchar la propuesta de Renvel, se disponía a ponerse el collar pero Renvel lo detuvo.

- Espera, primero cruza sin el collar.

Ennol le entregó el collar a Renvel, luego caminó hacia el jardín, atravesó el pórtico sin problemas, el muchacho recorrió maravillado el pequeño patio, en las paredes crecían verdes hiedras que se aferraban en los recovecos del ladrillo, en el centro había una fuente de piedra igualmente gobernada por enredaderas; arriba, a sus espaldas había dos balcones que correspondían a las dos mejores habitaciones de la posada, la noche era hermosa, las estrellas brillaban igual que la noche anterior en la quebrada de Hilden. Ennol pensó que aquel pequeño jardín era lo más interesante de La Marmota. D'Marti regresó con el resto del grupo, Thea estaba de rodillas intentando colocarle un pequeño collar a Kyatto, este se revolcaba y amenazaba a su dueña con arañarle las manos, al parecer al pequeño gato no le gustaba la idea del collar.

- Ahora inténtalo con el ónice –dijo amablemente Renvel.



Ennol se colocó el collar y se dirigió nuevamente hacia el pórtico, al estar bajo el umbral el muchacho sintió una extraña presión que lo empujó hacia adelante, por unos segundos todo se volvió negro y al completar su paso Ennol se encontró solo en una gran sala de piedra, tres largas ventanas rematadas por arcos ojivales permitían el paso de la luz de luna. Finos sillones de terciopelo verde estaban acomodados frente a una chimenea apagada, una gran alfombra roja con extravagantes bordados adornaba parte del piso de piedra, al final de la sala se distinguía entre la penumbra la silueta de un extraño mueble negro, el brillo de la luz de luna sobre sus contornos le permitían a Ennol interpretar vagamente la forma de este novedoso objeto. El muchacho se adentró en la sala, poco a poco el espacio fue revelando sus detalles, en la esquina había un bar bien abastecido de botellas de vino y licor, en una pequeña mesa de madera se encontraban un par de anteojos y dos tinteros con sus respectivas plumas, al parecer, esta sala era una especie de estudio o laboratorio, había cierto desorden en una de las mesas, que, colmada de extraños planos, le recordó al joven su preciado taller.

El inventor se acercó lo suficiente para examinar aquellos apuntes, parecían ser cartas escritas en un idioma desconocido para Ennol, seguramente sería algún tipo de código para mantener ocultos los secretos de los guardianes. Al no poder entender nada de lo que allí estaba escrito, el joven perdió interés y se acercó al gran mueble negro, no sabía de lo que se trataba, tenía tres patas, uno de sus extremos era recto, rectangular y aparentaba tener algún sistema de compuerta, el otro extremo era bastante prolongado y su forma era curvilínea, el objeto era extremadamente estilizado, Ennol admiró su diseño elegante, le recordó mucho el interior del Zoklen; era muy grande para ser un sillón y demasiado incómodo para ser algún tipo de armario o baúl... Ennol encontró en el frente del mueble un pequeño portapapeles que sostenía una nota similar a las que había encontrado en la mesa, el muchacho estaba muy confundido.

Uno a uno, fueron apareciendo los hechiceros frente a la pared que Ennol tenía a sus espaldas, al muchacho le pareció curioso que dos grandes libreros, uno a cada lado de la pared, simularan un pórtico falso. Renvel fue el último en aparecer.

- ¿Quiénes son ustedes? –preguntó Ennol un poco asustado

Renvel palideció e inmediatamente regresó a ver a Zola en busca de alguna

explicación. Ennol continuaba mirando a los hechiceros con desconcierto hasta que ya no pudo contener su risa y soltó una carcajada, Zola y Reno no tardaron en acompañar a Ennol con sus risotadas, finalmente las aprendizas y hasta el mismo Renvel reían sin medida.

- Debiste ver tu cara –dijo Zola una vez que pudo recuperar la compostura.

- Debiste ver la tuya –contestó Renvel todavía sonriendo.

- Yo solo le seguí el hilo a Ennol, es imposible perder los recuerdos en un viaje en el mismo plano, deberías saberlo bien, has sido mi maestro por más de diez años.

- Lo siento mucho –dijo Ennol–, no pude contenerme.

- Descuida, muchacho –respondió Renvel–. En estas épocas nunca está de más un poco de humor. Vaya broma la que me has gastado, nos has regalado un buen momento de risa.

Los hechiceros examinaban detenidamente el cuarto al que habían llegado, se sintieron cómodos, el lugar era inusualmente acogedor.

- Perdón por mi descuido –dijo Renvel.

Con un hechizo muy sencillo encendió las velas de un gran candelabro que colgaba del tumbado, y con un chasquido encendió la chimenea. Las llamas arrebataron la penumbra de la sala.

- Bienvenidos –Renvel invitó al grupo a tomar asiento–. Están en su casa, este es mi estudio.

- Muchas gracias –respondió Reno mientras se sentaba en uno de los sillones verdes

- Me encantan las chimeneas –comentó Minwe, mientras acercaba sus manos a la hoguera–. Este lugar es hermoso, muchas gracias, Renvel.

Kyatto abandonó a Thea de un brinco y, sin dudarlo, se recostó cerca de las llamas, se ovilló y comenzó a ronronear.

- Me parece que estamos seguros aquí –opinó Zola–. Una vez comprobado el funcionamiento del portal puedo quedarme tranquila, es poco probable que alguien descubra una puerta que no puede ver, menos aún si no posee la llave.

- Luego les indicaré sus habitaciones, Mo ya conoce la suya, está descansando y su recuperación va muy bien.

- Muchas gracias, Renvel –dijo Ennol–. Estamos en deuda contigo.

- No digas eso, no me deben nada.

Renvel se acercó hacia Ennol, con su mano acarició la madera negra del extraño mueble.

- Veo que te llama la atención mi piano, ¿sabes tocar?

Ennol se quedó en silencio, con la mirada desconcertada sin saber qué responder.

- Este... no sabría decirte...

- No seas tímido, ánimo –insistió Renvel.

- Bueno, para ser sincero, no sé lo que es... nunca había visto un piano.

- Bueno no hay de qué avergonzarse, si no lo has visto seguramente lo has escuchado...

Ennol seguía perdido, tampoco había escuchado un piano, en realidad no estaba seguro, tal vez lo escuchó pero no supo que era un piano. El muchacho regresó a ver a su maestra en busca de apoyo.

- Viene de Eb, recuérdalo –dijo Zola–. Hace mucho tiempo que no existen pianos allí, es una ciudad silenciosa donde solo hay chatarra, los últimos músicos de Eb se marcharon mucho antes de que el muchacho naciera.

- Ennol, ¿me estás diciendo que nunca en tu vida has escuchado música, una melodía, una sonata, un acorde?

- No –respondió con nerviosismo el muchacho.

- ¿Y cómo has podido sobrevivir? –dijo Renvel increíblemente asombrado–. Esto es algo que debemos solucionar de inmediato. Ahora entiendo por qué se te dificulta tanto encontrar tu fuente, si no has escuchado música, eres sordo para la magia.

Renvel se retiró su túnica azul, se arremangó la camisa, abrió la tapa del piano descubriendo la hilera de teclas blancas y negras, ocho octavas de extensión. Ennol se quedó boquiabierto al ver el alineamiento de cada pieza y cómo el esmalte de las teclas reflejaba levemente la luz. Renvel se sentó en una elegante butaca, el resto de hechiceros se agruparon alrededor del piano, dispuestos a escuchar el concierto. Ennol no sabía qué estaba pasando, todo esto le parecía un extraño ritual.

- Ennol, quiero que entiendas la importancia de lo que estás a punto de escuchar –Renvel demostraba gran solemnidad–. La música es como un portal que es capaz de unir el mundo de los pensamientos con el mundo de la magia. Si me preguntas como científico qué es la música, no sabría darte una respuesta acertada, más allá de algún

vago concepto sobre el sonido y la acústica. Pero si me preguntas como hechicero, te diré que la música es la más pura manifestación del alma, es la voz del universo, es un estallido, pasión, un banquete para el corazón... la música es magia. Todo lo que sabes que existe en el universo es música, y todo baila alrededor de ella, es energía puesta en armonía. Quiero que sepas, Ennol, que la música es mi vida, es lo que me permite manifestar mi magia.

- ¿La música es tu fuente? –preguntó con curiosidad Ennol.

- Sí, la música es mi fuente, es mi todo.

Ennol estaba muy entusiasmado, al oír hablar a Renvel con tanta pasión, su interés sobre aquel objeto crecía inmensamente, no sabía qué sonido maravilloso podría emitir aquella gran caja negra.

- Está bien, no existe preludeo que yo pueda decir para explicarte, pero estoy seguro de que una vez que escuches esto nunca más serás el mismo. ¿Estás listo?

El muchacho asintió rápidamente. Renvel respiró profundo, puso sus manos sobre las teclas, esperó un momento... Una a una las notas empezaron a brotar, como gotas de lluvia que caen al agua para regresar al mar, las manos de Renvel desfilaban sobre el teclado, subían, bajaban, saltaban, Ennol vio cómo cada uno de sus dedos tenía voluntad propia y no le alcanzaba el entendimiento para saber lo que estaba ocurriendo allí sobre aquella caja negra, dentada de infinitas notas. El muchacho escuchaba perplejo, no había nada, nada que se pareciera a esto, las notas se convertían en acordes que surcaban el aire para acariciar sus oídos, luego todo mutaba en un extraño impulso que golpeteaba en lo más profundo de su ser, se quedaba ahí por algunos segundos antes de pasar a ser parte de su sangre.

Con la mano izquierda Renvel fusionaba los acordes, formados por notas graves, masculinas... y al mismo tiempo la derecha tocaba sutilmente dulces melodías con voz de niñas risueñas. Ennol sintió cómo poco a poco la música se apoderó de él, cómo las notas entraban por cada poro de su cuerpo y lo envolvían en un sentimiento simplemente inexplicable. Renvel continuaba con su arte, tocaba el piano con los ojos cerrados, teclas blancas, teclas negras, como si sus dedos fueran su único sentido, la melodía cambiaba, ya no eran gotas cayendo, ahora sonaba el viento sobre la noche y el resplandor de las estrellas le acompañaba, cada nota se complementaba o se contradecía, cada nueva melodía era una sorpresa, un descubrimiento para Ennol.

De pronto, Renvel era uno solo con el piano, Ennol vio claramente cómo el músico desprendía siluetas traslúcidas de sus propias manos, estas tocaban las notas que las manos reales no alcanzaban, se escuchaban dos pianos tocando al unísono, las notas se copiaban y escapaban caprichosas al aire para luego ser capturadas por Ennol. La música aceleraba, frenaba, el silencio se colaba entre las notas, nacía, moría para inmediatamente volver a nacer. De repente, Ennol se sintió en un gran tobogán, del que no podía escapar, la música lo transportó de un pensamiento a otro, recordó una lejana melodía que su madre solía tararearle antes de ir a dormir, recordó claramente su sonrisa cansada y protectora, sus ojos tiernos, su piel suave; luego recordó una mañana de primavera junto a su padre, cuando de pequeño lo acompañó al estanque a escuchar el canto de los pájaros; recordó también la primera vez que escuchó el silbido de un autoferro, el reloj de la estación anunciando la seis y las largas tardes escuchando a los grillos sobre los viejos vagones de Eb.

Renvel sabía lo que hacía, cada nota tenía una intención clara, la entera melodía había sido creada para llegar hasta lo más profundo del inventor; el anciano dominaba los conceptos de la música y sus manos eran vertiente de las combinaciones más asombrosas, algunas notas sonaban como frágiles cristales, otras marcaban el ritmo como un tamborilero. La composición había llegado a la cumbre, todos los sonidos convergían en perfecta armonía, los acordes se desparramaban por la sala brincando como potrillos salvajes; espirales invisibles, mariposas tubulares, hermosos seres acústicos eran liberados de la gran caja negra. El sentimiento fue tan grande que el pecho de Ennol no dio abasto a tanta emoción, su corazón estaba tan repleto que finalmente estalló, el muchacho sintió que aquella melodía lo exorcizó de todos los demonios que habitaban en él, lo exorcizó incluso de sí mismo, una a una comenzaron a rodar las lágrimas por sus mejillas, expulsando la soledad, el frío, el temor; un enorme hueco se había formado en su pecho, una urgente necesidad de llenar su alma descolorida. Ennol no podía dejar de llorar, la música fue un certero golpe de luz que lo dejó abatido, le costaba respirar, sus piernas flaquearon, su mente se quebró.

De rodillas frente al piano Ennol dejó de resistirse, el llanto se apoderó de él, lloró como un niño sumergido en la confusión más abismal, por un lado, se sentía el ser más dichoso al haber sido tocado por aquella bendición llamada música, nunca antes había experimentado algo tan extasiante, era feliz por el simple hecho de haber escuchado

aquella obra de arte; pero al mismo tiempo comprendió la inmensidad de la vida, se sintió como una partícula de polvo errante en el espacio, todo lo que conocía era inútil ante la magnificencia del universo, pensó que su vida, hasta cierto punto, había sido vana, vacía, al haberse privado por tanto tiempo de algo tan hermoso. Ennol se sentía efímero y esto le aterraba, el sentimiento le presionaba el pecho, el llanto le agobiaba, los segundos pasaban y el muchacho continuaba en catarsis, sin embargo, Renvel no se detenía.

Minwe pretendió acudir a ayudar a su amigo, le destrozaba el corazón verlo llorar de esa manera, pero Zola se lo impidió susurrándole:

- Déjalo, tiene que soltarlo todo.

Los hechiceros observaban asombrados la reacción de Ennol, nunca se imaginaron que la música pudiera causar tal impacto en una persona. Renvel continuaba sumergido en su arte, la melodía había disminuido su ritmo, ahora la sonata se deslizaba suavemente sugiriendo un sendero hacia el final, las notas eran delicadas y los silencios prolongados; Renvel se despedía, los movimientos de sus manos eran cada vez más pausados, agonizaban lentamente, liberaban sus últimos respiros y finalmente descansaron sobre las teclas de ébano y marfil.

Ennol supo que algo en él se liberó. Cuando la última nota dejó de sonar el muchacho sintió que su vida volvía, respiró profundamente, un extraño sentimiento de paz lo inundó, repletando aquel vacío en sus entrañas, su corazón recuperó el ritmo, las lágrimas cesaron poco a poco. Zola codeó suavemente a Minwe para indicarle que ahora estaría bien ir con Ennol, la muchacha no dudó y poniéndose de rodillas junto a él lo abrazó, d'Marti se estremeció al sentir sus brazos desnudos envolviendo su cuerpo, su percepción era diferente esta vez, pudo percibir el delicado olor a almendras del cabello de Minwe, sintió el ligero calorillo que causaba su aliento sobre su cuello, pudo escuchar los acelerados latidos de su corazón, era la primera vez que Minwe estaba tan cerca de él. Después de unos minutos la muchacha le ayudó a ponerse de pie; Ennol no tenía palabras, por primera vez en su vida sintió que su corazón y su mente estaban en total armonía. Antes de que alguien dijera algo Renvel intervino:

- Ennol, no quiero que hables con nadie, vete a dormir y reflexiona sobre el don que has recibido hoy. Le pedí a mi música que abriera tu corazón al mundo. A partir de hoy descubrirás muchas cosas que antes no podías percibir. Quiero que te prepares para

eso.

Ennol asintió, todavía continuaba aturdido.

-Sígueme, te mostraré tu habitación –dijo amablemente Renvel.

Aquella noche fue intensa, Ennol no consiguió conciliar el sueño, durante horas no pudo sacarse aquella melodía de la mente, cada nota quedó en su memoria macerando sus pensamientos, abandonó su cama, era evidente que no dormiría, se sentó frente a la ventana que daba al patio trasero de la casa de Renvel, desde allí observaba la ciudad de Ian, un infinito laberinto de tejados terracota cubría las abarrotadas casas de piedra. La luz llegaba poco a poco, el horizonte revelaba las negras siluetas de las montañas, el cielo encandecía lentamente anunciando la llegada del sol; finalmente el lejano astro asomó para tostar los más altos tejados, poco a poco la luz avanzaba, apoderándose de las superficies, gobernando los colores, proyectando largas sombras matinales. Ennol recibió la mañana y con ella al mundo, Renvel tuvo razón al asegurar que el joven d’Marti estaría abierto a nuevas percepciones, la luz del sol bañó la habitación, filtrándose hasta el más pequeño rincón, Ennol permaneció perdido en la inmensidad, su mente voló y rebasó los límites que le imponían sus ojos, por primera vez supo que tras las montañas, el sol y el cielo había mucho más; el joven sintió la caricia del sol sobre su piel, sintió el calor que le brindaba, la energía fluyendo en el aire que respiraba, escuchó las melodías que durante tanto tiempo ignoró, se sintió libre de conquistar nuevos horizontes

## 6 – VINO Y TOPACIO

Era una mañana normal en la ciudad, la gente iniciaba su rutina, las calles se llenaban de peatones, ciclistas y carrozas; el característico colorido de Ián tomaba intensidad a medida que trascurría el día. Poco a poco los sonidos ciudadanos fueron revelándose, el rebullicio de los niños que chapoteaban en la fuente, el resonar de cascos de caballo, los saludos cordiales, los irresistibles anuncios de los vendedores y una lejana melodía de acordeón. La ciudad de Ián tenía otra cara en el día. Era fácil reconocer a los hechiceros, sus atuendos coloridos contrastaban con el ocre parco del adoquín, su ánimo impetuoso, su caminar elegante y sus extraños bastones los hacían inconfundibles. Era común encontrarse con algún sombrero volador flotando por las calles en una búsqueda desesperada de su dueño, los niños del pueblo se divertían persiguiendo sombreros perdidos, cuando un infante devuelve un sombrero a un mago la recompensa puede ser maravillosa: grullas de papel animadas, burbujas indestructibles, ranas multicolores.

Ián es una ciudad desordenada, pero es ese caos lo que la hace tan pintoresca, su arquitectura es cálida a pesar de ser desalineada y apilada; los tejados son sinuosos, las ventanas dispares, casi toda la ciudad está hecha de madera rústica y piedra. Los caminos empedrados son retorcidos como el dorso de una serpiente, cada casa, cada muro es una expresión diferente de color y textura, los terrosos ladrillos se pierden tras las salvajes enredaderas que dominan las fachadas, sus pequeñas flores fucsia adornan tímidamente los verdes jardines, las hojas secas se arremolinan con el viento y susurran rastreras melodías incompletas, reclamando a los árboles sombrosos por qué las han dejado caer. Dentro de aquel barullo de calles vivas, la gente es incansable, las tiendas, los mercados abren desde temprano y solo cesan al llegar la noche; el tránsito es constante, mensajeros, comerciantes, hechiceros, exóticas carrozas con ruedas de madera y cobertizos de mimbre impulsados por viejos caballos malolientes; vendedores de incienso, artesanías y legumbres, toda la ciudad abarrotada de movimiento, de vida.

Una doncella recorría el mercado con paso apresurado, en su brazo llevaba una pequeña canasta de cáñamo con algunas frutas frescas, la muchacha vestía una fina capa y su capucha ocultaba en la sombra parte de su rostro; pocos pasos atrás, un joven escasos años mayor caminaba con la misma urgencia, era evidente que estaban



juntos; el muchacho se adelantó lo suficiente para poder ser visto por la doncella, cuando estuvieron a punto de llegar a la siguiente encrucijada el muchacho gritó.

- ¡Ahora!

Inmediatamente la doncella y el joven corrieron vigorosamente para tomar diferentes direcciones, ella escogió el camino hacia la plaza, mientras él se dirigió a los aserraderos, casi al mismo instante y varios metros atrás, tres extraños hombres vestidos con largos abrigos negros emprendieron la inminente persecución, a pesar de los empujones y la exagerada prisa de los jóvenes, la gente no mostró preocupación, menos aún alguna intención por socorrer a los muchachos.

La doncella se escabulló velozmente entre los peatones de la calle principal, sin embargo, no consiguió evadir a su perseguidor, quien demostró una agilidad asombrosa. La muchacha dejó caer su canastilla, corrió desesperadamente, intentó confundir al misterioso hombre haciendo movimientos bruscos, girando en esquinas cerradas, tomando atajos improbables, pero el sujeto no se dejó desorientar. Finalmente, la joven fue víctima de sus propias estrategias, al intentar improvisar un nuevo camino, se encontró acorralada en un callejón sin salida. Aquel hombre la tumbó rápidamente y le apuntó con un arma en la cabeza.

- ¡Déjame en paz! ¿Qué quieres de mí? ¡Suéltame! –gritaba inútilmente la doncella.

El misterioso sujeto no respondió, simplemente continuó neutralizando a la muchacha, sin decir media palabra.

- No tengo dinero, lo he gastado todo en el mercado... –sollozó suavemente—. No tengo nada útil. ¡Déjame ir por favor! ¡Suéltame!

- ¡Silencio! –ordenó el hombre – Si no te callas... te mato.

Tres soldados más ingresaron al callejón, dos arrastraban violentamente al muchacho, quien no tuvo mejor suerte que su hermana; el tercero se mantenía distante, era diferente a los demás, su uniforme era más sofisticado y en su hombro lucía una elegante banda verde, evidentemente se trataba del comandante del escuadrón, su frío rostro no demostraba expresión alguna.

El joven se sacudía bruscamente, jaloneaba y retorció sus brazos intentando escapar, pero al reconocer a su hermana se quedó paralizado, su expresión de ira se transformó

inmediatamente en terror.

- ¡Déjenla ir... no la lastimen! –gritó el joven con voz ahogada en desesperación.

- ¡Silencio! –intervino uno de los soldados.

El misterioso comandante con un movimiento de su mano dio una orden a su subordinado, quien de inmediato torció cruelmente el brazo del cautivo obligándolo a ponerse de rodillas, el dolor lo sometió por completo, el joven alzó la mirada en busca de su hermana, quien continuaba atónita con el arma en la frente.

- Por favor, se los ruego... déjenla ir.

Haciendo caso omiso a las súplicas del muchacho, el jefe de la cuadrilla sacó su arma, se puso frente a él y apuntándole la sien dijo:

- ¿Por qué has tardado tanto?... Es mediodía, no me gusta exponer a mis hombres en la claridad. Sabes que corremos riesgos.

El muchacho estaba confundido, de igual manera los soldados, las palabras de su comandante no tenían sentido.

- De todos modos... –habló nuevamente el jefe–, estos dos son sospechosos de ser nuestro objetivo. Haz lo que tengas que hacer para confirmarlo.

De pronto, un enervante sonido resonó en el callejón, miles de feroces insectos aparecieron zumbando entre las sombras, se arremolinaron entre los secuestradores para finalmente aglomerarse frente a la doncella; los muchachos observaban aterrados, absortos por la repugnante aparición. En un parpadeo, el enjambre había formado una amorfa silueta humanoide materializándose en un solo cuerpo; la intensidad de los zumbidos disminuía a medida que los bichos definían las facciones del hechicero. La pequeña cerró sus ojos en un ataque de pánico al encontrarse frente a frente con el amenazante rostro de Moreb, la niña lloraba en silencio, esperando ingenuamente que todo esto fuera solo una pesadilla. Hasta los propios soldados se estremecieron al sentir la presencia de aquel sujeto, la piel de su cara brutalmente tatuada, su atuendo fúnebre que lo hacía parecer una sombra, pero, sobre todo, aquella mirada de desprecio y rencor; solo el comandante permanecía impávido ante su presencia.

- Vamos a ver... ¿Qué tenemos aquí? –susurró Moreb con voz escalofriante–. Pero si eres una hermosa niña... veamos... ojos azules... piel canela... cabellera negra...

El villano observaba de cerca a la doncella, con su mano le aplastaba el rostro y olfateaba obscenamente su piel. El muchacho utilizó las pocas fuerzas que le quedaban para intentar ayudar a su hermana.

-¿Cuántos años tienes?... ¿Trece?... –continuó sibilante el acechador–. Oh... lástima, pues yo estoy buscando a una doncella rubia, ojos oliva y de unos... diecisiete años... ¿La has visto?

La pequeña negó rápidamente, continuaba llorando en silencio.

-¿No?... entonces... no tienes por qué llorar –dijo Moreb con voz calmada mientras le secaba las lágrimas a la niña–. Al parecer no eres quien estoy buscando y podrás irte a casa con tu amiguito a seguir jugando... pero antes, solo quisiera verificar si este... ¿es tu verdadero rostro!

El hechicero alzó su mano bruscamente, y con sus dedos tensionados y rígidos, como si se tratara de un titiritero, haló enérgicamente hilos invisibles atados al rostro de la doncella, los estiró hasta desprender delgados cabellos de luz, como humo luminoso que desprendía una máscara traslúcida, su mano lo absorbió todo tratando de neutralizar un posible hechizo de ilusión. Después de unos instantes, la doncella conservaba su mismo rostro. Desconcertado Moreb lanzó a la niña al suelo y gritó:

-¡No son ellos!... ¡No es la Portadora! –Moreb, estaba enfurecido–. ¿Cuánto tiempo más tengo que esperar para que la encuentren?

-Hacemos todo lo posible –respondió uno de los soldados con voz firme–, hemos rodeado la ciudad, no ha habido noticias de ellos desde el incidente en el autoferro. Es probable que no hayan llegado aún a Ian.

-Si no vas a responder lo que estoy preguntando... ¡mejor quédate callado! –Moreb amenazó con su índice al soldado impertinente– ¡Seth! Explícame la situación.

El comandante no demostraba ningún síntoma de temor, respondió con tranquilidad.

-Están en Ian, lo sé porque cuatro de nuestros soldados desaparecieron, pertenecían al escuadrón asignado a la zona sureste de la ciudad, por lo que he ordenado que se duplique la vigilancia en el sector y se capture hasta al menor sospechoso. Existen cuatro posibles escondites: el convento de Roche, las casas abandonadas de los aserraderos, La Marmota y la biblioteca. Mientras buscábamos a los desaparecidos encontramos un sistema de cloacas que conecta toda la ciudad, mis hombres tienen preparada una emboscada en caso de que utilicen esta vía.

-Al parecer la anciana que los lidera sí es Zola Kendal, no comprendo cómo pudo regresar –dijo Moreb con preocupación–. Según me informas los tienes acorralados, tarde o temprano no tendrán otra opción que salir en busca del Tatuador.

-Es precisamente lo que he sugerido todo este tiempo, mientras tengamos la ciudad cercada continuarán ocultos, es cuestión de estrategia, ellos no van a exponerse si se sienten amenazados, además, el Tatuador no se dejará encontrar por nuestros hombres, en cambio, le facilitaré el camino a la anciana. Permíteme retirar las tropas para que ellos piensen que nos hemos ido, vigilaré la ciudad tan solo con mis cinco mejores hombres, los más silentes. Cuando Zola busque al Tatuador, la seguiremos para efectuar un doble golpe. Da la orden y te aseguro que en menos de quince días te entrego la cabeza del Tatuador y de la Portadora.

-Tu plan tiene sentido. Está bien, tienes mi autorización para ejecutarlo –dijo Moreb–. Pero la próxima vez que me llames no quiero que sea por simples sospechosos.

-Perfecto, hoy mismo daré la orden para desalojar lan, fingiremos varios ataques en otros pueblos para confundirlos y estaremos al acecho esperando el menor descuido.

- ¡Excelente! –dijo Moreb con tono irónico–. Debo partir, no quiero seguir perdiendo mi tiempo, tengo asuntos importantes que atender. Encárgate de los mocosos, no me interesa lo que hagas con ellos, solo asegúrate de que no hablen. ¡Ah! por cierto, tengo un regalo para ti.

Moreb se acercó a Seth, sacó de su bolsillo una extraña caja de cristal, en ella revoloteaba un pequeño escarabajo, el villano puso la caja frente a los ojos del comandante y dijo:

-He invocado un simple conjuro sobre este insecto, cuando encuentres a la “verdadera” Portadora aniquílalo y yo sabré el lugar exacto adonde acudir. Espero que sepas usarlo y no me hagas perder nuevamente mi tiempo.

Moreb se desvaneció entre las sombras.

-Ustedes tres –gritó autoritariamente el comandante mientras guardaba el insecto en el bolsillo de su chaleco–. ¡Ya escucharon! En este instante cada uno informará la orden de retirada a los escuadrones pertinentes. Yo me encargo de los rehenes.

\*\*\*

Los días transcurrían lentamente, la guarida era realmente segura, pero los guardianes

y la Portadora se sentían prisioneros en su propio escondite. Zola no permitía que nadie abandonara el estudio de Renvel a pesar de que Gastón había informado que la presencia de soldados era nula. Minwe estaba desesperada por salir, hace varias semanas que no podía dar una vuelta por la plaza, peor aún por los famosos puentes que tanto le gustaban; estaba irritable, ni siquiera las clases con Zola lograban arrancarla de su aburrimiento, era evidente, considerando la naturaleza libre de la doncella.

Reno y Thea también estaban cansados del encierro, pero ellos manejaban su disgusto con mayor madurez, utilizaban su tiempo para entrenar sus hechizos. Reno puso en práctica un par de conjuros que aprendió de los libros de Renvel, la fuente del anciano era el electromagnetismo, por lo que siempre llevaba consigo dos magnetitas. Reno tenía la capacidad de multiplicar tanto los impulsos eléctricos de su cuerpo como el campo magnético de las piedras imán, su fuente era muy rara pero efectiva en batallas, podía manipular la mayoría de objetos metálicos y producir fuertes descargas eléctricas.

Thea, en cambio, se dedicó a enseñarle nuevos trucos a Kyatto y a fortalecer su vínculo con el animal, esto era de vital importancia para la joven hechicera, ya que obtenía su energía del felino. Los gatos, cuervos, búhos, lobos y comadreja son animales apreciados en el mundo de la magia, tienen un vínculo permanente con la energía universal que los convierte en fuentes infinitas de energía, por esto en muchas sociedades mágicas los consideran animales sagrados. Minwe admiraba la simbiosis que existía entre Thea y Kyatto, y hasta cierto punto envidiaba la lealtad y el cariño que el gato demostraba hacia su ama. Minwe se preguntaba con frecuencia cómo sería tener una fuente distinta. Ella era feliz con el cosmos como su fuente de energía infinita, pero sentía mucha curiosidad por otros tipos de fuentes, que la obligaran a potenciar sus capacidades mágicas, Zola le había advertido más de una vez que las fuentes demasiado poderosas tienen varias debilidades.

Renvel se mostró pensativo y preocupado, a menudo cuestionaba si había hecho bien en sugerir su hogar como guarida para los guardianes, no tomó en cuenta que su estrategia terminaría encarcelando al grupo. Por otra parte, le preocupaba la repentina ausencia de los soldados y los rumores sobre ataques y doncellas desaparecidas. El anciano conocía bien la ciudad de Ian, conocía también a sus malhechores, sin

embargo, no tenía la menor idea de quién podría estar liderando el ejército de soldados, ninguno de sus sospechosos sería tan osado de utilizar armas no mágicas para capturar a Minwe sabiendo que la Portadora siempre está escoltada por hechiceros de primer nivel. Renvel intuía que aquellas armas eran diferentes a las utilizadas en las batallas previas a la llegada de la magia, su potencia, según describía Zola, sobrepasaba a la de las armas no mágicas que cualquier sorteano pudiera recordar.

Zola era la única del grupo que corría el riesgo de salir a la ciudad de Ian, estaba obligada a ir a la Biblioteca de la Academia de Magia para investigar asuntos importantes que solo conversaba con Renvel. Minwe le pedía con insistencia que le permitiera acompañarla pero Zola siempre se negaba, lo que irritaba cada vez más a la aprendiz. La vieja hechicera utilizaba sus sortilegios de ilusión para hacerse pasar por un torpe estudiante de magia arcana, lo cual le permitía infiltrarse en la biblioteca sin levantar sospechas. Cada tarde que Zola caminaba hacia sus investigaciones podía constatar la ausencia de los soldados, pero Zola intuía que de alguna manera estaban merodeando, escoltando imperceptibles los callejones y las vías de acceso. Zola estaba sumamente preocupada por la seguridad de Minwe, su desesperación aumentaba cada vez que regresaba de la biblioteca sin información útil. La maestra hacía grandes esfuerzos por no evidenciar sus dilemas, sin embargo, los ceniceros abarrotados de colillas y ceniza la delataban.

Al único que parecía no molestarle el encierro era a Ennol, para él, el estudio de Renvel le resultó una experiencia realmente emocionante. Renvel tenía una fabulosa colección de libros en su biblioteca que puso a libre disposición del muchacho, Ennol se vio más interesado en los manuales de magia y alquimia y fueron pocos los libros de ciencia que captaron su atención. Renvel se encargó de explicarle muchas cosas sobre la alquimia y cómo la ciencia formaba parte imprescindible de ella. El anciano se había encariñado con el joven inventor y decidió regalarle su más preciado libro: "Magia Arcana, manual del principiante", escrito por el famoso hechicero Finz d`Jinn. Renvel le confesó a su aprendiz haber robado el libro de la biblioteca de Ian, puesto que su ejemplar estaba severamente deteriorado por tanto uso, Ennol atesoraba este libro y lo llevaba siempre en su maleta de mano, en poco tiempo el aprendiz lo había leído varias veces y le resultó de gran ayuda.

Renvel y Ennol construyeron una sublime amistad, la música, la magia y la invención los unían por sobre todas las cosas, Ennol aprendió mucho en muy poco tiempo; alumno y mentor crearon una rutina que les permitía trabajar de manera efectiva. El músico solía tocar espléndidas melodías en su piano, creadas para abrir la mente y el corazón del muchacho; con frecuencia Ennol se daba el permiso de descansar y se paraba junto a Renvel a observar con gran admiración la destreza de su nuevo maestro.

Renvel esperaba pacientemente el momento idóneo para poner a prueba las habilidades de Ennol. El inventor había asimilado rápidamente los conceptos básicos de la alquimia, había entendido perfectamente la teoría de los estados equivalentes y al fin fue capaz de aceptar a la alquimia como parte fundamental de la ciencia, su mente era como una gran esponja que absorbía cualquier dato relacionado con la invención. Al descubrir la alquimia Ennol accedió a miles de posibilidades jamás antes contempladas, el muchacho se enriquecía día tras día de información, sin embargo, Renvel temía que todo ese entusiasmo se viera frustrado al pasar de la teoría de los libros a la práctica.

Zola abandonaba la guarida por las mañanas, pasaba largas horas en la biblioteca escarbando cientos de libros, buscaba desesperadamente algún indicio de la ubicación de la primera ciudad andante, o del sendero de los erernis; a pesar de la urgencia, procuraba dedicarle tiempo a su aprendiz y nunca llegaba pasadas las seis. Minwe la esperaba con ansias, solo su maestra y sus lecciones lograban distraerla un poco, aun así la doncella se había mostrado un tanto agresiva hacia la anciana por no permitirle abandonar la guarida.

Una tarde común, Minwe esperaba con impaciencia la llegada de Zola, tenía la esperanza de que la hechicera trajera buenas noticias. La doncella había adquirido la mala costumbre de esperar a su maestra en su alcoba, de esta manera demostraba al mundo lo molesta que estaba con Zola por no permitirle visitar la ciudad. Renvel y Ennol la acompañaban en su espera. El reloj marcó las seis, extrañamente Zola no golpeó la puerta como lo había hecho durante las últimas semanas, pasaron dos largas horas y el malestar de Minwe se transformó en preocupación, pues la anciana no arribaba. Renvel de igual manera se sentía muy intranquilo, percibía con claridad la ansiedad de los muchachos. El tiempo transcurría lentamente y el ambiente se tornó

incómodo, Minwe y Ennol miraban fijamente al umbral, expectantes a la repentina aparición de Zola. Renvel no podía abandonar a Minwe, así que conversó con Reno, quien tomó el riesgo de salir en busca de la anciana, Thea envió a Kyatto con su maestro, y desde la seguridad de su habitación observaba todo a través de los ojos del gato. El anfitrión tenía que distraer a los aprendices antes de que Minwe entrara en un ataque de histeria, solo había algo que el hechicero sabía que funcionaría.

- Ennol –dijo Renvel rompiendo el desesperante silencio–. ¿Te sientes listo para volver a intentar la transmutación de la materia?

La simple pregunta fue suficiente para arrancar a Ennol de su preocupación, al fin y al cabo la demora de Zola estaría bien justificada, Zola sabía cómo cuidarse.

- ¡Claro que sí! –contestó Ennol entusiasmado.

- Entonces, ¿qué te parece si vamos un momento a mi despacho junto al piano para intentar un par de ejercicios?

- ¡Estupendo!

Ennol se levantó rápidamente, se disponía a abandonar la habitación cuando se percató que Minwe se quedaría sola.

- Ehh... ¿Minwe puede acompañarnos? –preguntó un tanto preocupado.

Minwe escuchó claramente la pregunta de Ennol, sin embargo, aparentó no darle importancia, con la mirada fija en el techo de la habitación continuó esperando la llegada de Zola.

- Claro –respondió Renvel–. Minwe, puedes acompañarnos si lo deseas. Tranquila, Zola vendrá en cualquier momento.

- Muchas gracias, Renvel –respondió amablemente la doncella–. Pero creo que preferiré esperar un momento más a mi maestra.

- Como tú desees –dijo Renvel–. Siéntete libre de acompañarnos cuando quieras.

- Así lo haré.

Renvel y Ennol se retiraron entusiasmados, los dos sabían que pronto la doncella cambiaría de opinión. Al llegar a la sala de música, Renvel le pidió a Ennol que tomara asiento, el muchacho esperó un momento antes de que Renvel regresara con un hermoso cofre en sus manos, el contenedor era de madera rústica, un grueso cinturón de plomo lo rodeaba completamente y justo en el centro de la pieza se encontraba un



pequeño cerrojo en el que Renvel introdujo una delicada llave. Por el cuidado con el que el hechicero abrió el cofre, Ennol supo que lo que contenía era de gran valor para su maestro.

-Esta es mi colección de minerales y piedras preciosas. Cada mineral tiene sus cualidades alquímicas, podríamos decir que cada una de estas piezas tiene su propia personalidad.

Renvel examinó cuidadosamente cada compartimiento del cofre.

-Empecemos con algo simple –dijo el maestro.

El anciano tomó dos de las tantas piedras que estaban organizadas en el cofre y las puso sobre su piano. La primera piedra era de color rojizo y brillo metálico, la segunda era de color plateado.

-Cobre y estaño –dijo apasionadamente el hechicero–. Dos maravillosos metales. Estoy seguro, Ennol, de que conoces perfectamente sus características, peso específico, masa atómica, estructura cristalina y demás.

-Sí, las conozco a la perfección –respondió muy atento Ennol–. Es más, sé perfectamente que la aleación de estos metales crea el bronce, lo sé porque muchas de las partes de los autoferros que diseñaba mi padre eran de bronce.

-Perfecto, toda esta información es muy importante, Ennol, sin embargo, cuando hablamos de alquimia no nos basta conocer solo las cualidades químicas y físicas de cada material, es necesario saber cómo cada elemento está conectado directamente con la fuente universal que mueve todo lo que conocemos. Todo está conectado, y todos estamos formados de lo mismo, estoy seguro de que Zola ya te lo mencionó.

-Sí. Todos somos energía. Ahora lo veo claramente.

-Muy bien. ¿Sabías que el cobre es vital para las plantas y que sin él no podrían realizar su proceso de fotosíntesis, sin el cobre no podríamos respirar oxígeno renovado, es más, nuestros propios glóbulos rojos necesitan del cobre para formarse, y que nuestros nervios y huesos se volverían polvo sin la presencia de este metal?

-No, no tenía la menor idea.

-A eso me refiero cuando te digo que todo está conectado, esta pequeña piedra, aparentemente insignificante, está en este universo porque es un pieza fundamental de un todo. El todo no podría existir sin el cobre y viceversa.

- ¡Majestuoso!

- ¡Exacto! Es con esa majestuosidad universal con la que quiero que conectes.

- Para eso debo encontrar mi fuente, ¿verdad?
- Excelente, veo que lo tienes claro. Lo que quiero que hagas es precisamente que conviertas estos dos metales en bronce. Necesitas un ochenta por ciento de cobre y un veinte por ciento de estaño. Ahora. ¿Cuál consideras que podría ser tu fuente?
- preguntó Renvel con curiosidad.
- Deberías intentar con la música –dijo una voz desde el umbral de la puerta.
- ¡Minwe! –exclamó Ennol emocionado–. Ven, acompáñanos.

Minwe se acercó y permaneció de pie junto al piano.

- Continúen, solo vine a observar.
- Me parece que la sugerencia de Minwe es válida. Desde que escuché la música, he sentido que mi entendimiento sobre la magia ha crecido abismalmente –afirmó Ennol convencido.
- Está bien, hagamos la prueba. Intenta crear el bronce mientras yo interpreto una melodía.

Renvel levantó la tapa de su piano, después de meditar por unos segundos sobre qué melodía interpretar, comenzó a tocar su piano, nuevamente la sala de música se inundó de maravillosos acordes y armonía. Ennol se concentró en los metales, sintió cómo cada molécula de material danzaba al compás de las notas que les regalaba Renvel. Se conectó con la música, dejó que cada sonido fluyera por su cuerpo y se fundiera con el cobre y el estaño. Ennol ordenó a cada metal que se entrelazara... un ligero brillo emanó de la mano de Ennol.

- ¡Lo estoy haciendo! –exclamó emocionado el inventor.

En ese preciso instante, una pequeña explosión hizo saltar levemente los metales e inmediatamente la luz desapareció.

- ¿Qué pasó? –preguntó Ennol intrigado.
- Pensaste demasiado, eso pasó –respondió Minwe–. Ibas perfectamente hasta que tus pensamientos te desconectaron de tu fuente.
- Es verdad –reforzó Renvel–. Tus pensamientos aislados interfieren con el proceso de la alquimia, debes relajar tu mente... pero no te preocupes, tengo la solución ideal para ti.

Renvel se levantó de su asiento, se acercó parsimoniosamente al bar esquinero de su

despacho y empezó a leer una a una las etiquetas de sus botellas de vino. Minwe y Ennol permanecían en silencio, los muchachos cruzaban miradas emocionados por saber qué pretendía Renvel. Ennol preguntó a la doncella con un gesto si es que sabía lo que estaba aconteciendo, Minwe le respondió encogiendo los hombros y con una mueca demostró que no tenía la menor idea. El anciano continuó buscando entre las botellas, hasta que encontró la que precisaba.

- ¡Aja! –exclamó Renvel–. Color rojo intenso, notas de frutos negros como moras y grosellas y un delicado aroma a vainilla proveniente de la madera, presenta taninos suaves y redondos. Final largo y sedoso.

El hechicero no dudó en romper la pequeña etiqueta que envolvía el pico de la botella, clavó con destreza el descorchador y sin dificultad extrajo el corcho, inmediatamente lo olfateó para su propio deleite.

- ¡Nos dará de beber vino! –exclamó en un susurro Minwe–. Zola siempre me ha dicho que Renvel tiene el mejor vino de Ian. Si mi maestra se llegara a enterar...

-Ella no se enterará, porque nadie se lo va a contar –interrumpió Renvel, quien se acercaba con tres cristalinas copas sobre un pequeño charol–. Hoy beberemos vino tinto y del bueno.

Renvel colocó las copas sobre el piano, llenó las tres por igual, tapó la botella y levantó su copa para proponer un brindis. El anciano aclaró su garganta y con gesto solemne comenzó:

-En esta noche tan especial, brindo por la juventud que a nosotros tres nos caracteriza. Salud.

Sin más palabras, el anciano bebió un gran sorbo de su copa. A Ennol le pareció estupendo el motivo del brindis y con un poco de recelo tomó un sorbo; de igual manera, Minwe examinó el licor con curiosidad, lo olfateó y lo probó con mesura.

- ¡No, no, no, me ofenden! –dijo Renvel al ver la manera en la que Ennol y Minwe bebían de sus copas–. ¡Si van a beber así mejor les traigo un sorbete! ¡Muchachitos no es refresco de manzana! El buen bebedor toma el vino a grandes sorbos. Así.

Renvel tomó nuevamente un gran sorbo. Minwe y Ennol imitaron a su maestro y bebieron un buen trago. Al cabo de pocos minutos los muchachos habían vaciado sus respectivas copas pero Renvel las llenó enseguida. Ennol se mostraba desorientado

por la actitud de su maestro.

- Tranquilo, Ennol, nadie se emborracha por beber un par de copas de vino. Ya verás cómo un poco de licor te ayudará a entorpecer tu mente por unos minutos. Eso sí, quiero que quede claro que no debes beber vino cada vez que quieras usar tu magia, eso sería absurdo.

Ennol accedió a beber su segunda copa de vino, pero no fue hasta terminar la tercera que Renvel consideró prudente seguir con el ejercicio. Minwe, de igual manera, continuó bebiendo, el vino tinto la había cautivado, su aroma, su color, el sabor amargo; disfrutó de cada sorbo hasta que su tercera copa quedó vacía.

- Está bien –dijo Renvel–. ¿Cómo te sientes, Ennol?

- Bien, aunque siento un ligero mareo.

- ¡Perfecto! Quiero pedirte que recuerdes cómo te sientes, me imagino que tienes dificultad en enfocar tu mente en algo específico, es como que tus pensamientos son más lejanos que de costumbre, ¿verdad?

- Sí, algo así.

- Está bien, cuando vuelvas a intentar fundir los metales, controla tus pensamientos, deja que la energía que nos envuelve te invada. Tu mente es simplemente un instrumento más de tu ser, recuérdalo.

- Está bien.

Nuevamente Ennol se concentró en los metales, Renvel inició su melodía, el muchacho sintió el efecto del vino, la música fue aplacando poco a poco sus pensamientos, todo el análisis desapareció a medida que cada nota sonaba. De repente, Ennol se dejó inundar por algo completamente nuevo, sintió cómo una corriente de energía lo golpeó en la espina dorsal para luego recorrer todo su cuerpo, en ese instante Ennol supo que había conectado con la energía universal, pudo verlo todo con extrema claridad y simpleza. Los metales yacían sobre el piano de Renvel, cada partícula estaba esperando la orden de Ennol para ser reagrupada en una nueva aleación. Ennol descifró la perfección de su entorno, la música, la madera del piano, el cristal de la botella y las copas vacías, el piso de piedra bajo sus pies, el fuego de la hoguera, el aire envolviéndolo, la sabiduría de Renvel, la dulzura violeta de Minwe, todo, absolutamente todo conectado por la misma energía y en el mismo instante. Ennol ordenó la aleación.

Una gran luz estalló, los metales se fundieron casi instantáneamente, la botella y las copas salieron disparadas, fueron atraídas por aquel estallido de luz y se fundieron junto con los metales y un pedazo de madera del piano de Renvel. Sobre la superficie del mueble yacía un extraño amasijo de vidrio, madera y bronce.

- ¡Wow! –exclamó Renvel.

Ennol estaba desorientado, había conseguido por primera vez transmutar la materia, pero ahora el piano de Renvel lucía fatal. Ennol no podía comprender por qué las copas y la botella habían acudido a la aleación Y, lo peor de todo, ¿cómo había podido fundir el piano de Renvel en una combinación tan extraña?

- Lo siento mucho, Renvel –dijo Ennol preocupado–. He arruinado tu piano.

Pero Renvel no respondió, estaba tan ensimismado al ver la extraña combinación que había conseguido Ennol. Se acercó y constató que efectivamente el muchacho había conseguido fundir la madera, el cristal, el cobre y el estaño. Después de varios minutos en los que Renvel analizó minuciosamente lo que había sucedido, el anciano dijo:

- Esto lo tiene que ver Zola.

- Lo siento mucho –repitió Ennol–. Estoy seguro de que ella puede repararlo.

- No, no, muchacho, tranquilo el piano no importa. Ahora entiendo por qué eres tan especial. Se te ha otorgado un don que pocos alquimistas poseen.

- ¿A qué te refieres?

- Me refiero a que con toda mi experiencia como alquimista nunca he conseguido fusionar la madera con el vidrio. La teoría dice que son materiales incompatibles, es decir, que no pueden fusionarse. Pero en ciertos textos dice que existen alquimistas que han conseguido depurar la estructura molecular de cada material mediante un proceso de purificación. Este proceso les permitió, en teoría, fusionar cualquier combinación de materiales, en todo caso lo consiguieron después de años de trabajo y estudio. Lo que no comprendo es cómo tú, Ennol d’Marti, un novato de la alquimia, has conseguido hacerlo. Minwe ¿qué opinas tú?

Ennol y Renvel se llevaron una sorpresa al encontrar a Minwe apoyada sobre sus brazos entrelazados. La doncella dormía profundamente, al parecer tres copas de vino fueron excesivas para la muchacha.

- Jejeje –Renvel sonrió–. Qué delicada, imagínate qué hubiera pasado si me decidía por una botella de brandy.

Ennol rió levemente, en el fondo estaba muy confundido, todo lo que dijo Renvel le parecía muy descabellado, sobre todo pensar que él pudiera hacer una fusión que su propio maestro no había conseguido jamás. Se sentía contento por haber descubierto su fuente y por haber conseguido transmutar la materia, pero este nuevo don del que Renvel habló le parecía una responsabilidad excesivamente grande para un simple aprendiz de alquimia.

- ¿Qué sucedió aquí? –dijo una voz desde el portal.

- ¡Zola! –exclamaron Ennol y Renvel al unísono.

- ¿Qué le pasa a Minwe? ¿Por qué está dormida así sobre tu piano? –preguntó Zola intrigada.

- Es por el vino –respondió Ennol un tanto nervioso.

- ¡Vino! –exclamó la anciana enfurecida–. No me digas que les diste de beber vino a mis aprendices. Renvel, ¿en qué estabas pensando?

- No te alteres, Zola, recuerda que a ti también te encantaba mi vino cuando tenías la misma edad de Minwe.

- Eso era diferen... –Zola se disponía a seguir la discusión cuando se percató del incidente con el piano de Renvel– ¿Qué pasó aquí?

Zola se acercó para examinar la extraña aleación que yacía sobre el piano. La maestra estaba severamente confundida, encendió un largo cigarrillo y, al igual que Renvel, se tomó su tiempo para analizar lo ocurrido.

- Renvel, ¿has estado trabajando con los métodos de purificación de partículas? –una bocanada de humo acompañó a la pregunta de la maestra.

- No –respondió Renvel.

- Entonces, ¿cómo conseguiste fusionar el cristal? El cobre con el estaño es simple... pero ¿la madera? ¿Cómo lo lograste? ¡Explícate pronto por favor!

- A mí no me preguntes –dijo el anciano–. Díselo a tu flamante aprendiz.

Zola regresó a ver a Ennol desorientada, pero luego de un instante su expresión evidenció que la maestra lo había comprendido todo.

- ¡Un alquimista universal! –exclamó Zola emocionada–. No lo puedo creer, por esto eres tan especial para Sadek.

- Así es –intervino Renvel–. Lo único que necesitaba Ennol era desconectarse un poco de sus pensamientos. El vino hizo un excelente trabajo.

- Ennol, ¿te das cuenta de lo que esto significa? –Zola se regocijaba de felicidad–. Eres un alquimista universal, tienes el don natural de purificar la materia, esto te permite utilizar la alquimia a tu antojo, no existen límites para ti.

Ennol no comprendía exactamente lo que este extraño don significaba, sin embargo, por la emoción de Zola, sabía que era algo extremadamente bueno, se sentía feliz porque ahora sabía que podría ser un verdadero apoyo para Minwe y que su misión en este grupo no era una simple corazonada.

- ¿Cuál es tu fuente, Ennol? –preguntó la maestra impaciente.

- ¡La música! –respondió el muchacho.

- Debiste verlo, Zola, Ennol intentaba hacer una aleación de cobre y estaño, hubo una gran explosión de luz, y este fue el resultado –Renvel señaló a su piano–, ahora, Ennol, debes aprender a controlar el poder de tu energía, de lo contrario, cada vez que decidas utilizar la alquimia vas a fusionar todo nuestro escondite.

- Estoy ansioso por seguir aprendiendo.

- Un minuto –dijo Zola.

La hechicera aplastó su cigarrillo sobre el cristal de un cenicero y se abalanzó hacia el cofre de Renvel, después de buscar entre varias piedras preciosas, sacó un extraño cristal de color amarillo intenso.

- Ennol, recibe esto.

Zola le entregó la extraña piedra a Ennol, quien la observó detenidamente, su color amarillo parecía emanar una pequeña cantidad de luz, en el interior se podía ver unas pequeñas burbujas que la piedra aprisionaba. Su aspecto era burdo, al parecer la piedra no había sido cortada ni pulida, aun así, la piedra era muy hermosa.

- Es un topacio –explicó Renvel antes de que Ennol pudiera preguntar.

- Así es –confirmó Zola–. Esta piedra te ayudará a ordenar la energía. Como tú sabes, cada piedra tiene sus características. Algunas se usan para potenciar la energía, otras, como mi diamante, para controlarla, otras te ayudan a filtrar la energía. Este topacio te ayudará a enfocar la potencia de tu energía para poder ser preciso.

- Muchas gracias, Zola, es una piedra muy hermosa –Ennol observaba con preocupación el piano de Renvel–. Creo que lo mejor será que alguien arregle el piano.

- Solo tú puedes revertir ese hechizo, Ennol –explicó Renvel.

- Entiendo, pero prefiero intentarlo en otra ocasión, estoy un tanto aturdido y destruiría

el piano por completo.

-No hay problema, Ennol, el piano puede esperar –explicó Zola–. En lo que debemos concentrarnos ahora es en encontrar al Tatuador. He investigado todos los libros de la biblioteca y no he encontrado ni siquiera un indicio de la primera ciudad andante.

- ¿Te refieres a Ciudad Titán? –preguntó Ennol.

-Exactamente, Ciudad Titán es el primer eslabón de nuestra gran búsqueda, necesitamos encontrarla lo más pronto posible, los erernis dejaron pistas e ítems mágicos que nos permitirán encontrar al Tatuador. Por las predicciones del Oráculo, el Tatuador se encuentra en la misma ciudad y nos será imposible encontrarlo sin la información adecuada.

-El tiempo no da tregua –reparó Renvel–. Nos urge encontrar la ubicación de Ciudad Titán, este escondite es muy bueno, pero los soldados terminarán sospechando, sobre todo si vas con tanta frecuencia a la biblioteca, no podemos arriesgarnos a más intentos fallidos. Zola... es evidente que necesitas ayuda con la búsqueda.

- ¡No! Renvel no digas locuras, Minwe debe permanecer oculta y te necesito a ti y a Reno cuidándola. A Thea la tienen bien identificada y ella no puede invocar ilusiones como yo para camuflarse en la biblioteca con otro aspecto.

- ¿Y Ennol? –preguntó Renvel sabiendo que Zola no había considerado aún esa posibilidad.

- Ennol... pues... –contestó Zola–. Ennol todavía no está listo.

- No está listo para una batalla campal, estoy de acuerdo con eso –contrapuso Renvel–, pero estará junto a ti Zola, no correrá ningún peligro mientras tú lo escoltes, además no creo que los soldados lo han identificado aún.

- ¡No! Es la idea más descabellada que has tenido Renvel.

- Ennol leyó la mitad de mi librero en seis días. Acéptalo, a él le fascinan los libros y tú los odias. Estoy seguro de que tu demora de hoy fue porque te quedaste leyendo y al final de cuentas no encontraste nada. ¿O me equivoco?

Zola se quedó en silencio, Renvel había acertado, pero la maestra no aceptaría su derrota, era demasiado obstinada para eso.

- No creo que a Ennol le interese acompañarme –argumentó Zola cambiando de tema–, está muy asustado desde el último incidente en las cloacas, estuvo a punto de ser asesinado...

- Yo iré –dijo Ennol de repente–. Me encantaría acompañarte y conocer la biblioteca.

- ¡Cállate, muchacho! ¡No sabes lo que dices! –Zola alzó tanto su voz que Minwe se



despertó asustada.

- ¡Claro que sé lo que digo! –respondió Ennol con tono firme—. Por lo que entiendo me trajiste hasta aquí para ayudar. Sé que aún no estoy preparado para combatir contra aquellos soldados, pero para eso contamos con Thea, Mo, Renvel, Reno y la misma Minwe para cuidarse unos a otros. Sé que voy a ser de mayor utilidad en la biblioteca, ganando tiempo para poder salir de este escondite lo más pronto posible. O prefieres que me quede aquí escondido mientras tú sigues llegando sin información.

Ennol era muy tranquilo, pero cuando estaba decidido en algo su temperamento podía ser muy explosivo. Minwe se incorporó a la conversación un poco desconcertada.

- ¿Qué sucede? ¿Por qué discuten?

- No es nada Minwe –respondió inmediatamente Zola, sin darle importancia.

- El muchacho tiene un buen punto –insistió Renvel—. Recuerda que el Oráculo de Sadek predijo que él sería de gran ayuda. Tal vez este sea el momento para confiar en las hadas. Además, Gastón me ha informado que hace dos semanas no se ha sabido nada sobre los soldados, incluso se rumora que han atacado en otras ciudades. Es probable que estén tras la pista de otros señuelos.

- Podría tratarse de una trampa, tú sabes que esos soldados no abandonarían Ian de la noche a la mañana.

- Aun así los soldados permanecieran en Ian, estoy de acuerdo con Renvel. Y mi decisión es acompañarte, Zola. –dijo finalmente Ennol.

Zola respiró profundo, en el fondo sabía que tenía poco tiempo y que necesitaba urgentemente ayuda, lo que en realidad le preocupaba no era el hecho de que Ennol la acompañara, sino que si eso ocurría Minwe inevitablemente querría acompañarlos también. Zola conocía muy bien a Minwe y sabía lo caprichosa que se ponía; la maestra sabía perfectamente cuál sería la siguiente pregunta de su aprendiz.

- ¿Puedo ir yo también? –preguntó eufóricamente Minwe—. Domino las ilusiones y puedo hacerme pasar por un anciano o un estudiante. Te aseguro que no llamaré la atención. Por favor déjame acompañarte Zola, me está volviendo loca estar encerrada tanto tiempo en este lugar.

- Sabes perfectamente que no puedo llevarte –respondió Zola—. Por favor no hagas las cosas más difíciles de lo que ya son.

- ¿Ennol irá? –preguntó intrigada la doncella.

Zola miró a Ennol fijamente a los ojos, el muchacho estaba determinado a acompañarla, la maestra sabía que él podría ser la solución y que el Oráculo lo había puesto en su camino por más de una razón.

-Sí. Ennol me acompañará mañana –le respondió Zola a Minwe de manera calmada–. Me ayudará a buscar en los libros.

-Pero si Ennol puede acompañarte, ¿por qué yo no? Puedo ser de gran ayuda.

-No, Minwe, esta vez no, ya has corrido demasiados riesgos, no voy a exponerte de esa manera. Sé paciente por favor, si las cosas salen como planeamos y encontramos la ruta a Ciudad Titán estaremos fuera de lan en menos de lo que te imaginas.

-Pero...

-Es mi última palabra, Minwe, te pido que no insistas.

La muchacha se levantó enfurecida y sin despedirse de nadie se fue a su habitación. Ni Renvel ni Zola tuvieron oportunidad para tratar de calmarla. A Ennol le sorprendió mucho la actitud de Minwe, dentro de toda la sabiduría y el dominio sobre la magia que la muchacha poseía no parecía haber espacio para ese tipo de berrinches, sin embargo, Ennol entendía a Minwe, no era fácil para ella permanecer tanto tiempo encerrada entre cuatro paredes y sin su maestra.

-Ya se le pasará –afirmó Zola–. Siempre es la misma historia. Esta muchachita sería la aprendiz perfecta si aprendiera a controlar esas actitudes infantiles.

-Tranquila, Zola –dijo Renvel–. Es una muchacha de apenas diecisiete años, no la presiones tanto. Concentrémonos en el día de mañana.

-Tienes razón, Renvel. Es mejor que todos vayamos a descansar.

Los hechiceros se retiraron a sus respectivas habitaciones, Ennol estaba agotado y mareado aún por el vino, le costaba mucho conciliar el sueño, a pesar de la determinación que demostró frente a Zola sentía mucho miedo de salir a las calles de lan y ser reconocido por algún soldado.

## 7 – EL ACERTIJO

La mañana siguiente Zola y Ennol abandonaron el escondite muy temprano. Renvel había improvisado un disfraz muy peculiar para el joven inventor: una antigua capa púrpura bordada con hilos dorados, un sombrero de punta marrón muy extravagante, adornado con varias hebillas de hierro, un pesado abrigo café cuya solapa lograba cubrir gran parte del rostro del muchacho y un par de botas de cuerina negra que a Ennol le quedaban ridículamente grandes. El muchacho se sintió como una atracción de circo y pensó que su atuendo sería el foco de atención de muchas miradas, lo único que realmente le gustó al joven fue el nuevo collar que le había dado su maestra, en él colgaba el topacio que recibió la noche anterior. Zola le explicó que la mayoría de hechiceros vestían así y que la biblioteca estaba llena de excéntricos personajes.

Al salir de La Marmota, Ennol pudo apreciar por primera vez la ciudad de Ian bajo la luz del día, era tan diferente, la cotidianidad era realmente acogedora, los niños jugueteaban libremente por las calles y la gente lucía su mejor sonrisa. A Ennol le pareció sorprendente saber que una misma ciudad pudiera tener dos caras tan contrastantes. Eb siempre permaneció igual desde que Ennol recordaba, no importaba si era de día o de noche, Eb siempre era la misma ciudad. Maestra y aprendiz ingresaron a una gran plaza de piedra, el muchacho estaba fascinado al ver la majestuosa fuente que estaba construida en el centro de la rotonda, era la más grande que el muchacho había visto jamás, pero lo que más le encantó fue la imponente águila de mármol que se levantaba en el centro de la pileta.

-Ennol, actúa con naturalidad –le susurró Zola, quien tenía la apariencia de un inofensivo estudiante de alquimia–. Eres un hechicero experimentado, ¿recuerdas? No es el mejor momento para poner esa cara de asombro.

Inmediatamente Ennol recuperó la compostura y trató de imitar la solvencia de Reno. Caminó parsimoniosamente haciendo caso omiso del maravilloso colorido que lo rodeaba. Zola, a su vez, simulaba ser el aprendiz del elocuente hechicero, lo seguía de cerca aparentando nerviosismo, dejando caer torpemente sus libros. A Ennol le causaba mucha gracia ver a Zola interpretando el papel del ingenuo estudiante, lo hacía estupendamente, lo que tranquilizó al muchacho; seguramente no levantarían sospechas.

La Biblioteca de la Academia de las Artes se encontraba al terminar una amplia avenida principal, Ennol la identificó de inmediato, sus dimensiones colosales la diferenciaban del resto de edificaciones, pese a que el estilo arquitectónico no variaba en relación con las casas aledañas, el ornato de la vegetación matizaba los muros de varias tonalidades de verde, haciendo del edificio un hito inconfundible. La biblioteca estaba cubierta por largas enredaderas que envolvían las frías piedras para darle a las fachadas una especial calidez; solo en el contorno de las ventanas las hiedras habían sido podadas para permitir el paso de la luz del sol a las salas de lectura. La construcción constaba de tres alas principales, cada una destinada a un tema diferente: alquimia, magia y ciencia, los bloques se intersecaban en un espacio central formando un amplio crucero de donde nacía una gran cúpula de cristal. La fachada principal del edificio era un enorme frontón sostenido por cuatro columnas dóricas.

Ennol estaba hipnotizado por la majestuosidad del edificio, fuertes arbotantes emergían como raíces del suelo para reforzar la estructura externa de cada bloque. El muchacho se esforzaba por conservar su fingida naturalidad y esperaba con ansias conocer cómo sería el lugar al interior. Zola y Ennol atravesaron los extensos graderíos que precedían la entrada, un gran bloque de mármol nacía del centro de las gradas para dividir en dos la circulación del ingreso, sobre la peaña se levantaba una espléndida escultura de un hechicero, Ennol se acercó hasta poder distinguir el nombre inscrito en la placa de bronce: "Finz d'Jinn", la estatua era de mármol blanco, el personaje sostenía un libro de alquimia con su mano izquierda mientras que con la derecha parecía invocar un hechizo, Ennol comprendió que habían invocado un conjuro para que su mano emanara permanentemente un brillo rojizo

La recepción era un gran espacio circular que conectaba las tres largas naves del edificio, del centro surgía un gran pilar de acero, no era un pilar común, este se ramificaba libremente imitando la estructura de un árbol, el pilar se dividía en tres gruesas ramas y estas, a su vez, en tres ramas más delgadas y así sucesivamente, las ramas se dividían y creaban formas maravillosas; hermosas macetas de cerámica estaban ubicadas alrededor de la base del pilar, de ellas crecían silvestres enredaderas que se adaptaban naturalmente a las formas establecidas por la planta metálica. Brillantes esferas de cristal ubicadas aleatoriamente parecían ser frutos del majestuoso árbol. Finalmente, las ramas superiores soportaban el peso de la gran cúpula de cristal y las ramas inferiores se convertían en arcos ojivales que rodeaban y limitaban el

espacio. Ennol sabía que ese trabajo solo pudo ser creado con la alquimia, entendió con facilidad el motivo del evidente contraste entre lo orgánico y lo metálico. Las mismas formas naturales del árbol renacían del suelo simulando ser esbeltas raíces, estas sostenían el mueble mostrador que rodeaba el pilar principal de la sala.

Zola se dirigió hacia el mostrador y esperó a regañadientes mientras la atendían, Ennol se acercó, pero solo lo suficiente para poder observar, no quería que nadie pudiera distinguir su rostro detrás del disfraz. Aunque la solapa del abrigo y el gran sombrero de punta cubrían la mayor parte de su rostro, Ennol tenía la sensación de estar siendo vigilado. Muchos estudiantes y hechiceros estaban aglomerados, esperando recibir su tarjeta de ingreso; el bibliotecario, al parecer, estaba atendiendo a las personas al otro lado del pilar. Ennol estaba impaciente, quería sobre todas las cosas empezar a revisar todos esos libros en busca de algún indicio de Ciudad Titán.

Después de un par de minutos de espera, Ennol observó que el bibliotecario se acercó para atender a Zola, esperó encontrarse con el típico anciano mal genio y desgarbado, pero la criatura que apareció tras el pilar lo dejó atónito, su esbelta figura se acercaba paulatinamente dejando que la luz revelara poco a poco su extraña fisonomía. Las patas y brazos del atípico personaje tenían la contextura del tronco de un árbol, estaban cubiertos por una fuerte corteza, un conjunto de lianas de menor espesor envolvían sus extremidades como tendones, finalmente las ramas se dividían para formar las manos y los pies del ser, algunas hojas poblaban la dura cáscara. El dorso del insólito individuo estaba recubierto por otro tipo de piel, ésta se asemejaba a la textura de las hojas frescas, Ennol podía distinguir las finas nervaduras que la envolvían. Las proporciones del bibliotecario definitivamente no eran humanas, su cuello largo y estilizado soportaba firmemente su cráneo; de los costados superiores de su cabeza nacían dos grandes tallos que se torcían hacia atrás como los cuernos de un carnero; estos, a su vez, sostenían las finas ramas de donde brotaban pequeños arbustos que escondían tímidamente sus facciones. Lo que más le llamó la atención a Ennol eran los grandes ojos del misterioso individuo, eran como esferas llenas de aceite negro y viscoso, no tenían pupilas, ocupaban gran parte del rostro y parecían observarlo todo; dos fosas nasales eran el único indicio de nariz y, por más extraño que pudiera parecer, la criatura no tenía boca.

Zola devolvió un par de libros que pidió a la biblioteca para no levantar sospechas y

solicitó se le entregara una nueva tarjeta de ingreso. La hechicera continuaba interpretando su papel de aprendiz y fingía la torpeza habitual de un adolescente, el bibliotecario recibió los libros y le entregó la tarjeta solicitada, no dejaban de observar ni un solo instante a la hechicera. Ennol sospechaba que aquellos ojos podían ver a través del hechizo de ilusión de Zola, por un momento se sintió descubierto, el corazón del muchacho comenzó a latir rápidamente, sintió la adrenalina correr por sus venas. Súbitamente la profunda mirada del extraño ser se posó sobre Ennol, analizándolo de pies a cabeza, el joven inventor quedó paralizado, no sabía qué hacer, el bibliotecario levantó lentamente su brazo y señaló a Ennol, luego regresó a ver a Zola, esperando una respuesta.

-Viene conmigo –respondió Zola con voz varonil.

El bibliotecario alcanzó pausadamente una nueva tarjeta y se la entregó a la hechicera. Ennol sintió cómo el alma le volvía al cuerpo, nunca se había sentido tan expuesto ante la mirada de alguien, aquella criatura tenía algo indescifrable para Ennol, algo que lo espeluznaba de pies a cabeza, el muchacho simplemente quería abandonar el lugar e ir a las salas de lectura a realizar su investigación.

Zola no perdió más tiempo, rodeó el mostrador y se dirigió hacia una de las tres grandes puertas que conducían a las diferentes alas de la biblioteca. Ennol no dudó en seguir a su maestra, se sentía aliviado al poder escapar de la mirada penetrante del extraño bibliotecario. El muchacho apresuró su paso, lo suficiente para poder caminar junto a la hechicera, tenía muchas ganas de preguntar “¿Qué demonios es esa criatura?”, sin embargo, logró controlar sus impulsos y continuó caminando con naturalidad.

Los hechiceros atravesaron un hermoso pórtico de acero que unía la recepción con el archivo de magia, el espacio era inmenso, la gran nave arquitectónica era profunda y prolongada, Ennol apenas podía distinguir los últimos librereros. Una gran torre de piedra se erguía al fondo de la sala y unía los tres niveles de la librería; los dos pisos superiores eran lujosos entablados de madera que rodeaban la periferia del salón formando a su vez un enorme vacío rectangular en medio de cada entrepiso, finos pasamanos metálicos cercaban el perímetro central y creaban dos hermosos balcones internos. Delgadas columnas metálicas soportaban el peso de los entrepisos y decoraban la biblioteca. Los librereros equidistaban unos de otros en perfecta simetría y

ritmo, a su vez delimitaban el espacio de las salas de lectura. Cada sala contaba con dos librereros, una mesa central con ocho sillas, el balcón hacia el interior de la librería y una amplia ventana que permitía la iluminación natural del lugar. Al igual que en la recepción y en el exterior la librería, estaba cubierta por enredaderas.

El gran espacio destinado para la librería de magia no era suficiente para la cantidad de estudiantes y hechiceros que solicitaban sus servicios, el movimiento era descontrolado, a Ennol le pareció estar en una feria o un desfile, la única diferencia era que aquí la gente permanecía en silencio. Ennol observó meticulosamente cada detalle, había aprendido a ver más allá de lo que sus ojos le permitían, después del incidente en las cloacas el joven aprendiz había agudizado su estado de alerta, confirmó que su atuendo era perfectamente adecuado para pasar inadvertido entre tanta extravagancia y, a pesar de la aglomeración de gente y el continuo ruido visual, el joven inventor pudo percibir varias situaciones sospechosas. Para mala suerte del muchacho más de esas extrañas criaturas se encontraban en esta área, recogían tranquilamente los libros abandonados y con paciencia los hacían levitar para devolverlos a su puesto original.

Zola avanzaba con cautela, a pesar de estar muy bien disfrazada la hechicera no bajaba la guardia, escogía muy bien cada movimiento que realizaba, con gran disimulo analizaba su entorno en busca de soldados que pretendieran camuflarse entre los estudiantes de la biblioteca.

- Necesitamos encontrar una sala vacía –susurró Zola–. Ayúdame a encontrar un buen lugar para trabajar.

- En eso estoy... ¡Mira allá! –señaló Ennol con el índice – Parece estar libre.

Se dirigieron rápidamente a la gran torre de piedra, atravesaron una pequeña arcada y subieron por una elaborada escalera de caracol, en poco tiempo habían llegado a la sala que Ennol había identificado. Eran las diez y media de la mañana, la luz del sol entraba caprichosamente por la ventana e iluminaba gran parte de la mesa.

- Muy bien, Ennol, debemos aprovechar al máximo nuestro tiempo, no quiero asustarte pero he identificado a varios individuos que podrían ser soldados. En el tercer piso hay dos personas que están observando desde el balcón de la torre, no están leyendo y no parecen estar buscando ningún libro. A nuestra derecha seis salas hacia la entrada, hay tres supuestos estudiantes, que no nos quitaron la vista de encima cuando

llegamos.

Ennol tuvo la intención de regresar a ver.

- ¡No los mires! Nos siguen observando –exclamó Zola–. Actúa con normalidad, en poco tiempo dejaremos de parecerles sospechosos –Zola respiró profundamente–. En el primer piso, poco antes de las escaleras, había dos tipos conversando, no parecían ni estudiantes ni hechiceros y si lo fueran por nada del mundo hablarían dentro de una biblioteca, es una falta de respeto –añadió Zola muy molesta.

- Bueno, en este momento tú y yo estamos conversando.

- ¡Es totalmente distinto, muchacho! –Zola se alteró pero recuperó la calma rápidamente–. Es necesario que hablemos, debemos estar preparados para cualquier evento, no estamos en un lugar seguro.

- Está bien, Zola, pero creo que se te escapó algo.

- ¿De qué hablas?

- Alguien nos ha estado siguiendo desde mucho antes de entrar a la biblioteca –Ennol hizo un gesto con sus ojos señalando al balcón del frente. Un extraño personaje encapuchado leía un libro de magia y parecía estar sumergido en la lectura.

Zola lo miró de reojo, el aspecto del individuo le despertó una gran angustia, su intuición le decía que algo podría ocurrir.

- ¿Estás seguro de que nos ha seguido? –preguntó Zola un tanto desconfiada.

- Sí, estoy completamente seguro –respondió Ennol.

En ese preciso momento una de aquellas criaturas ingresó a la sala, Ennol se quedó petrificado al encontrarse nuevamente frente a la profunda mirada de aquel misterioso ser. El esbelto bibliotecario se acercó lentamente y dejó sobre la mesa un gran libro forrado de terciopelo rojo, volvió a observar a los hechiceros y sin darles mayor importancia se retiró.

- ¿Qué son esas cosas? –Ennol ya no pudo contener más la curiosidad.

- Tranquilo, muchacho –dijo Zola mientras recogía el libro que había dejado la criatura–. Son caesarios. Son guardianes como tú o como yo, solo que ellos protegen el conocimiento.

- Siento que esas cosas pueden verme por completo, que incluso pueden saber lo que estoy pensando –comunicó el aprendiz.



- De cierta forma, pueden. Los caesarios son criaturas mágicas, como las hadas o los faunos. Tienen habilidades especiales, son muy sabios y como tú lo has percibido pueden ver mucho más que nosotros. Sus ojos son diferentes, distinguen muchos más colores que los humanos y tienen la capacidad de ver la energía de los seres vivos.

- Zola... ¿Los caesarios pueden ver tu verdadera apariencia? –preguntó Ennol intrigado.

- Sí, mis hechizos de ilusión son inútiles ante sus ojos. Pero no temas, Ennol, los caesarios son nuestros aliados, protegen a las hadas al igual que nosotros y esa es precisamente la razón por la que están aquí.

- No lo comprendo, Zola.

- Entiendo, creo que es un buen momento para explicarte, facilitará nuestra búsqueda. Como sabes, los erernis eran seres humanos de gran evolución, eran tan avanzados que el resto de hombres los identificaron como una raza diferente y los llamaron los iluminados. Los erernis descubrieron la magia mucho antes que nosotros y aprendieron a usarla de manera productiva y ecológica, sus ciudades eran verdaderos paraísos donde gobernaba la paz y la fraternidad.

- Entiendo. Pero ¿qué pasó con el resto de seres humanos? –preguntó Ennol.

- Al principio fueron invitados a vivir con ellos, pero su naturaleza destructiva, su dificultad de convivir en armonía, su extrema ambición de poder, generaron terribles conflictos –Zola respiró profundo–. Los erernis se negaron a enseñar el don de la magia al común de los humanos, consideraban que no estaban preparados para manejarla con sabiduría. Esto ocasionó indignación en los hombres e hicieron lo único que saben hacer bien...

- Pelear –completó Ennol.

- Exactamente, los humanos se revelaron en contra de los erernis y trajeron la guerra a sus ciudades. En una primera instancia los iluminados pelearon, pero no pelearon para lastimar o destruir a los humanos, pelearon solo para defenderse, el control de la magia les permitía repeler a los agresores sin hacerles daño. Los humanos lucharon violentamente, muchos murieron en esta guerra y a pesar de las intenciones pacíficas de los erernis sus ciudades fueron destruidas por la envidia del hombre.

- Lamentable. ¿Qué ocurrió después?

- Los erernis estaban extremadamente avanzados, su tecnología y el dominio sobre la magia les permitieron reconstruir sus ciudades en poco tiempo. Pero esta vez los iluminados pensaron en una estrategia más efectiva: sus ciudades ya no serían un blanco fácil para la guerra, su sistema defensivo ya no consistía ni en murallas ni en

fortalezas, los erernis construyeron ciudades andantes.

-¿Ciudades andantes? –Ennol estaba maravillado con la cátedra de historia que le estaba dando su maestra.

-Sí, Ennol, cada ciudad podía moverse libremente, de esta manera los erernis podrían viajar por el mundo y evitar enfrentamientos con los humanos. Se dice que originalmente fueron seis ciudades y si lo que dicen los textos es cierto, en este momento seis enormes ciudades andantes deben estar viajando por varios lugares del universo.

-¡Wow!... ¡Increíble! –Ennol se había quedado sin aliento—. Entonces ahora las ciudades andantes están libres de guerra.

-Lastimosamente no, mi querido aprendiz, aunque por mucho tiempo las ciudades consiguieron evadir los constantes ataques humanos, estos no se dieron por vencidos. La corrupta ambición y la envidia de los humanos los impulsaron a organizarse, ¡qué absurdo! si tan solo pudiéramos unirnos para crear y no para destruir... –a Zola le entrastecía mucho hablar sobre la naturaleza humana—. Finalmente, uno de los tantos golpes planeados por los humanos tomó desprevenida a Cerúlea, una de las seis ciudades andantes. Fue una guerra mortal, el ataque consumió la vida de la mayoría de erernis y los sobrevivientes se vieron obligados a huir. Los humanos se apoderaron de la ciudad, aunque nunca supieron cómo controlarla por lo que la ciudad anduvo sin rumbo durante décadas hasta desaparecer completamente, suponemos que los humanos no tuvieron más remedio que abandonarla. Lo mismo sucedió con Ciudad Titán, aunque allí la realidad es diferente pues varias comunidades erernis decidieron quedarse para defender su territorio.

A Ennol le costaba asimilar tanta barbarie, por un instante se sintió avergonzado de ser humano. Zola contaba la historia con tanto dolor que el muchacho no pudo evitar dejarse contagiar por el ánimo de su maestra.

-¿Qué hicieron los erernis? –preguntó el muchacho apenado.

-Desaparecieron, por casi un siglo no se supo nada de ellos, la raza entera se perdió sin dejar rastros, salvo por pequeñas colonias erernis que se rehusaron a abandonar sus ciudades. La ubicación de las metrópolis sigue siendo un misterio, aunque se rumora que más de una ciudad deambula en Bérmelon, una dimensión paralela llena de magia y monstruos salvajes. Cuando la magia fue redescubierta en Sorta, volvimos a tener un indicio de los erernis, la ciudad de Sadek recibió un pergamino enviado por los iluminados, este profetizaba que la magia en manos humanas significaría la

destrucción de las dimensiones, la guerra consumiría la vida y todas las civilizaciones conocidas.

- Pero ¿dónde están? ¿A dónde huyeron?

- Los erernis construyeron una séptima ciudad, una ciudad que los humanos jamás conseguirían encontrar, una ciudad llamada Diamantina. Es la máxima expresión de la magnificencia ererni, un lugar libre de guerra, oculto entre los planos dimensionales. Las hadas, los druidas y otras comunidades pacíficas fueron invitadas a vivir en la séptima ciudad. Muchas civilizaciones mágicas abandonaron Sorta, esta es la razón por lo que cada vez son menos frecuentes las hadas y los druidas en nuestro plano, sin embargo, otros pueblos decidieron quedarse, como es el caso de Sadek, tal vez sea la última comunidad de hadas en Sorta, ellas se rehusaron a abandonar nuestro mundo porque sabían que si ellas partían la guerra se desataría sin control.

- Evidentemente.

- Sadek abogó por los humanos; durante años los humanos y las hadas han conformado fuertes alianzas y si bien es cierto que la raza humana se había mostrado agresiva y destructora durante el último siglo, las hadas afirmaron que muchos humanos son dignos de ser invitados a Ciudad Diamantina. Es la verdad, Ennol, no todos somos destructivos, existimos humanos que queremos vivir en paz.

- Estoy de acuerdo, Zola, hay seres humanos que valoran las cosas hermosas de este mundo –Ennol hablaba con mucha convicción–. ¿Qué decidieron los erernis?

- Después de décadas de insistencia por parte de las hadas, decidieron dejar un solo indicio, un indicio que pautaría el inicio de un viaje y solo las personas que puedan encontrar sus seis ciudades andantes serían dignas de habitar en Diamantina.

- Pero... ¡es injusto! son muy pocos los humanos que podrán encontrar las seis ciudades andantes, es una locura. Y si ese indicio que aseguras se encuentra en esta biblioteca no es hallado, todos pereceremos, o peor aún, ¿qué pasaría si ese indicio cae en manos de los corruptos?

- Por esto los druidas, las hadas y otras criaturas mágicas nos están ayudando. Los druidas, como sabrás, son humanos que viven en armonía con la naturaleza, su sabiduría nace y se transmite a través de los árboles y los seres vivos.

- Entiendo.

- Ennol, ¿Sabes quién es Finz de Jinn?

- Sí, Renvel me contó que fue él quien descubrió la magia en Sorta, fue por él que lan logró consolidarse como la actual capital, relegando al olvido a todas las ciudades industriales como Eb, es más, podríamos decir que gracias a él mi ciudad natal es

ahora una auténtica chatarrería.

-Veo que lo tienes claro. Ahora... cuando los druidas supieron que Finz d'Jinn fundaría una academia de magia, entendieron los grandes riesgos que esto significaba, y ofrecieron compartir sus conocimientos sobre magia a cambio de que se les permitiera custodiar la información de la biblioteca, como d'Jinn estaba ávido por conocimiento aceptó el trato.

-Pero ¿cómo pueden los druidas contener el conocimiento dentro de esta biblioteca, qué garantiza que lo aprendido aquí no sea mal utilizado allá afuera? –Ennol estaba indignado.

-Tranquilo –Zola sonrió–. No creo que los druidas hayan querido contener el conocimiento, simplemente querían mantener a salvo los indicios que dejaron los erernis. Si te pones a pensar, el ser humano puede aprender la magia con o sin los libros, d'Jinn logró dominarla sin haber leído uno solo. Los druidas enviaron a los caesarios para saber quiénes estaban buscando las pistas y los verdaderos objetivos de su búsqueda. Si detectaron nuestras intenciones, Ennol, estoy segura de que no nos molestarán, tanto tú como yo queremos vivir en paz.

- ¡Ah!... ¡Ahora entiendo!

- Los caesarios son seres muy nobles, han sacrificado su libertad para poder estar aquí, estos seres son bestias mágicas y están condicionadas a vivir en el bosque, si no tuvieran una conexión con la naturaleza morirían de inmediato.

- ¿Por eso hay tantas enredaderas en la biblioteca?

- Exactamente, eso mantiene a los caesarios conectados con su fuente –concluyó Zola.

Ennol respiró profundamente, cada vez el panorama se aclaraba en su mente, todo lo que Zola le contó le permitió entender la importancia de la búsqueda que estaban realizando.

- Entonces, ¿qué exactamente es lo que buscamos? –preguntó Ennol–. ¿Por qué estás tan segura de que el indicio se encuentra aquí en esta biblioteca y precisamente en el archivo de magia?

- Hay dos razones importantes –Zola estaba convencida de cada palabra que pronunciaba–. La primera es que el Oráculo de Sadek ha indicado que el indicio se encuentra en los libros, dado que esta es la única biblioteca donde los druidas han intervenido, pues es evidente que el indicio está aquí.

- ¿Y cuál es la segunda razón?

- Bueno, es más una corazonada. Hace ochenta años, poco después de la negociación entre los druidas y d'Jinn, el hechicero desapareció. Muchos aseguran que se perdió

entre los planos, otros creen que los erernis lo asesinaron, lo cual es ilógico. Yo, por mi parte, pienso que los erernis invitaron a Finz d’Jinn a vivir en Ciudad Diamantina para evitar que el maestro continuara enseñando la magia a los humanos. D’Jinn era un hombre brillante y ambicioso en el buen sentido de la palabra, hubiera hecho cualquier cosa a cambio de conocer más sobre la magia.

- ¿Y esto qué tiene que ver con que el indicio se encuentre en esta sala? –preguntó incrédulo Ennol.

- ¡Todo! –afirmó Zola–. Piénsalo por un momento. ¿Quién ha escrito la mayoría de libros que se encuentran en esta biblioteca? Incluso, varias de sus obras ingresaron años después de que él desapareciera, sospecho que los erernis utilizaron sus libros para codificar el indicio que nos conducirá a Ciudad Titán.

- Entiendo –dijo d’Marti–. ¡Empecemos!

- Excelente –contestó Zola.

La hechicera abrió el libro rojo que le había entregado el caesario.

- Este es un índice de todos los libros que contiene el archivo de magia –dijo la maestra.

- ¡Wow! Debe haber miles de libros –Ennol observó la gran lista de ejemplares–, es imposible leerlos todos.

- ¿Por qué crees que llevo todos los días a nuestro escondite sin ningún resultado? Los erernis no dejaron pistas evidentes. Hay que darle total prioridad a los textos escritos por d’Jinn. A la derecha del título del libro –Zola señalaba el índice – se encuentra el nombre del autor. Si ves las siglas PAS significa “Primicia del Árbol Sabio”, eso se refiere a todos los textos que fueron escritos o corregidos por los druidas. Muchos autores fueron censurados o sus textos fueron modificados porque los druidas consideraron que promovían la magia negra.

- Entiendo.

Zola escribió una lista de diez libros y la colocó en el extremo de su mesa. Pocos instantes después un caesario apareció en la sala y leyó detenidamente la lista, la noble criatura extendió sus largos brazos; Ennol podía sentir la extrema concentración del bibliotecario, era evidente que estaba llamando a los libros, uno a uno los tomos entraron levitando a la sala y se ubicaron sobre la mesa, formando dos pequeñas torres de cinco libros cada una. Ennol no perdió su tiempo, escribió una lista de ocho libros y la colocó a su izquierda, el caesario repitió el proceso; tras haber

cumplido con los requerimientos de los hechiceros la criatura se retiró.

- ¡Increíble! –susurró Ennol.

Los hechiceros revisaron alrededor de quince libros cada uno a lo largo del día, no era necesario leer el texto completo, sin embargo, era una tarea extremadamente agotadora. Ennol utilizó toda su energía y su potencial para intentar descifrar posibles códigos, pero todo intento fue inútil. Zola se sumergía en las lecturas solo para comprobar que había revisado el mismo libro en sus búsquedas pasadas, nuevamente con el mismo resultado: ninguna pista. El tiempo transcurría y la búsqueda no daba frutos. Ennol sintió que todo esto era una pérdida de tiempo, dudó con todas sus fuerzas del hecho de que la pista estuviera en los libros, seguramente Zola se había equivocado; aun así, el joven inventor continuó buscando.

Ennol había terminado de indagar nueve libros de autoría de d’Jinn, decidió dejar de leer por un momento para analizar nuevas posibilidades. Zola leía apresuradamente un libro titulado “Energía: el inicio”, lo cerró violentamente tras comprobar que no había ninguna pista.

- ¡Es inútil! –exclamó Zola.

- Tranquila, maestra, lo encontraremos pronto –respondió Ennol a pesar de saber que su maestra tenía razón–. Uno de estos libros debe contener la respuesta.

- No, Ennol, estamos pasando por alto algo.

- Aún no he revisado este –dijo Ennol alcanzando el último libro que le faltaba por leer–. Seguramente aquí encontraremos algo.

Ennol abrió el libro y se dispuso a empezar, pero cuando leyó el título se llevó una gran desilusión: “Energía: el inicio”.

- No pierdas tu tiempo –dijo Zola agotada–. Acabo de revisar una copia idéntica.

El muchacho verificó el título y el autor, efectivamente eran dos ejemplares exactos. Pero algo le llamó la atención, si esos textos eran copias, d’Jinn debió haber escrito un texto original. Inmediatamente el muchacho revisó nuevamente el índice del archivo, buscó el título “Energía: el inicio” y constató que entre el título del libro y el autor había impreso un número 21.

- Zola. ¿Qué significa este número? –preguntó Ennol emocionado.

- Es solo el número de copias que tiene la biblioteca. Hay tantos estudiantes que un

solo libro no abastecería.

-Entiendo, pero d'Jinn debió escribir un original –afirmó el aprendiz.

Zola entendió cuál sería el argumento del muchacho.

-Sí, obvio, pero todas las copias son idénticas al original, me refiero a que no omiten ningún detalle.

-Zola, sácame de una duda: ¿Sadek afirmó que la pista estaba en los libros o en los textos?

-En los libros –respondió Zola.

Ennol saltó de la emoción, inmediatamente escribió una nueva lista, en donde escribió diecinueve veces “Energía: el inicio”.

-¿Qué estás haciendo? –preguntó Zola intrigada.

-Quiero encontrar el texto original de este libro –contestó Ennol.

-Son todos iguales, no seas necio, muchacho –refutó Zola.

-No son completamente iguales. Confía en mí, tengo una corazonada.

Un nuevo caesario recibió la lista que acabó de escribir Ennol y en menos de un minuto trajo casi todos los ejemplares solicitados. Ennol entendió que otros estudiantes estaban leyendo el mismo libro y que no estaban disponibles aún. Trece copias del texto “Energía: el inicio” yacían sobre la mesa. Zola miraba con incredulidad, pudo identificar entre los ejemplares un libro que parecía diferente, todas las copias tenían pastas forradas por una gruesa tela azul, pero este ejemplar estaba forrado de cuero rojizo. Zola tomó de inmediato el tomo.

-Este es el original –afirmó la hechicera.

Lo abrió y lo comparó hoja por hoja con otro texto que escogió al azar, comprobó que eran copias exactas. Ennol esperaba ansiosamente por la respuesta de su maestra.

-Son idénticos. Te lo dije, muchacho –la hechicera cerró violentamente el libro original, como queriendo reafirmar que el caso se había cerrado.

Ennol distinguió un extraño brillo en la pasta de cuero cuando esta reflejó por un instante la luz de la ventana. El muchacho se abalanzó y arranchó el libro de las manos de Zola, sin dudarle un instante puso la pasta del libro bajo la luz del sol.

- ¡Muchacho insolente! ¡¿Cómo te atreves a arrebatarme el libro de esa manera?! –Zola estaba muy malhumorada.

- ¡Mira, Zola! –exclamó Ennol maravillado.

Al parecer la pasta de cuero había sido recubierta con un barniz especial, este al ser colocado bajo el sol refractó la luz y reveló extrañas líneas que atravesaban la portada del libro, sin embargo, el diseño parecía estar incompleto.

- ¿Qué son estas líneas? –preguntó el muchacho.

- No lo sé, parece ser el diseño de la portada.

- No, no, no, fíjate bien –insistió Ennol–. Está incompleto, mira en la esquina.

Una línea curva se encontraba en la esquina superior de la pasta, parecía ser parte de un círculo, vistas en conjunto las líneas no parecían formar parte de un diseño específico, Zola verificó las portadas de las copias y comprobó que éstas solo estaban enmarcadas por un rectángulo dorado.

- No parece corresponder a un diseño –dijo Ennol.

- Intentaré algo –dijo Zola, cada vez más convencida del descubrimiento de su pupilo.

La maestra escribió en una lista, cinco títulos de libros escritos por d’Jinn pero a un lado especificó entre paréntesis “original”. Puso la lista a su derecha y espero que el caesario hiciera su trabajo. Cinco libros con cubierta de cuero rojizo levitaron hasta posarse sobre la mesa. Zola y Ennol intercambiaron miradas, verificaron que los cinco tomos originales mostraban extraños diseños al ponerlos bajo la luz del sol, cada diseño era distinto. Ennol se percató de que uno de los libros tenía curvas similares al primer ejemplar que revisaron.

- Mira, la misma forma curva –Ennol tomó los dos libros y los examinó minuciosamente–. Tal vez si juntamos estos dos.

El muchacho colocó los tomos uno junto a otro, probó de varias formas hasta que las líneas coincidieron perfectamente, las formas curvas ahora formaban un semicírculo. El muchacho se quedó atónito.

- ¡Es un jeroglífico! –exclamó Ennol–. Zola, pide todos los textos originales que haya escrito Finz d’Jinn.

La hechicera comenzó a escribir inmediatamente una nueva lista. Ennol



ordenaba los diferentes diseños intentando que las líneas cuadraran perfectamente. El muchacho estaba muy emocionado.

-Ennol, un momento –Zola habló con calma–. Es necesario que nos tranquilicemos. Está claro que este es el indicio que buscamos, pero no debemos llamar la atención, si juntamos los tomos de esta manera llamaremos la atención de toda la biblioteca.

-Tienes razón –dijo el muchacho–. Pero no te preocupes, puedo apuntarlo todo en mi bitácora.

El joven inventor sacó un pergamino en blanco y con un lápiz de color comenzó a tomar nota, al fin y al cabo, Ennol era un extraordinario dibujante.

Uno a uno llegaron los textos originales de d’Jinn, Zola y Ennol se tomaron el tiempo suficiente para cuadrar los diseños, el muchacho lo dibujaba todo en el pergamino. Cada vez el jeroglífico iba tomando forma, Ennol había dibujado tres rectángulos que convergían en un cuadrado central, en él se encerraba una circunferencia; cada rectángulo estaba dividido en tres partes iguales por líneas mucho más delgadas y en sus extremos libres se cruzaban con un cuadrado más pequeño. El jeroglífico era indescifrable, los hechiceros no sabían qué podría significar, además la pieza central del rompecabezas estaba perdida.

-Falta un libro –dijo Zola preocupada.

-Seguramente alguien lo está usando –afirmó Ennol–. Mira qué libro de la lista que solicitaste no recibimos.

Zola constató los títulos de los libros y los comparó con los títulos en la lista. Después de unos minutos respondió.

- ¡Aquí está! El libro que nos falta es: “Magia Arcana, manual del principiante”.

Ennol quedó impactado al escuchar a su maestra, no podría existir coincidencia tan grande. Tímidamente d’Marti abrió su mochila de mano y sacó el libro que Renvel le había regalado, todo coincidía, su maestro le había confesado que él se las había ingeniado para robar ese libro de la biblioteca. Ennol puso el viejo ejemplar bajo la luz del sol, un pequeño círculo brillaba, el joven lo ubicó en su diagrama, y supo que se trataba del centro del círculo donde los rectángulos se unían.

- ¿De dónde sacaste ese libro? –preguntó Zola intrigada.

- Me lo regaló Renvel –contestó Ennol.

- ¿Qué obtuviste? ¿Tienes alguna idea de lo que puede significar este dibujo?

Ennol analizaba profundamente, aquella forma se le hacía muy conocida, el círculo, los rectángulos, los cuadrados más pequeños, todo tenía un orden establecido. El muchacho se concentró, vio más allá, analizó su entorno, la gente caminando de una sala a otra, la torre de piedra al final de la biblioteca, la luz intensa entrando por las ventanas iluminando el espacio.

- ¿Podría ser? –se preguntó Ennol.

- Dime qué estás pensando –Zola sabía que Ennol había encontrado la respuesta.

El muchacho puso su diagrama sobre la mesa y, señalando el círculo central, dijo:

- La recepción –Ennol señalaba ahora los rectángulos–. Tres alas: magia, alquimia y ciencia –el índice del joven ahora apuntaba los pequeños cuadrados–. Cada librería remata en una torre que une los tres niveles –finalmente el muchacho señaló el pequeño círculo que representaba el centro–. El gran pilar que se convierte en árbol. ¡Zola, esto es un mapa de la biblioteca!

Zola no podía creer la manera en la que Ennol descifró el jeroglífico, el joven inventor tenía razón, la pista no estaba en los textos, estaba en los libros originales de d’Jinn.

- Pero ¿dónde está el indicio? ¿Cuál es la pista? –Ennol seguía sumergido en aquel diagrama–. Hay algo que no estoy viendo, algo nos debe revelar la ubicación de la pista.

Ennol volvió a revisar uno a uno los libros, buscaba alguna señal algo que diferenciara cierta zona del mapa, pero no encontró nada.

- Busca en el reverso –dijo Zola.

Los hechiceros pusieron el reverso de los libros bajo la luz del sol, esta vez fue Zola quien encontró algo especial. Un pequeño cuadrado apareció al contacto con la luz, Ennol volteó rápidamente el libro, se titulaba “Alquimia y Ciencia: los Puentes Hacia la Magia”, el diagrama refractado representaba a la torre.

- ¡Está en la torre! –afirmó el muchacho – ¡Vamos!

- Espera un momento. Primero verifiquemos que nadie nos esté observando.

Con mucha calma Zola escribió la palabra “devolver” en un papel y la puso sobre la mesa. Mientras el caesario colocaba los libros en su puesto original, Zola observaba el panorama, la mayoría de sospechosos habían desaparecido, solo aquel encapuchado continuaba leyendo en la sala de enfrente.

-Ennol, cuando te diga, dirígete a la torre –Zola estaba preparando sus hechizos–. Yo te escoltaré, si alguien pretende atacarnos estaré preparada –la hechicera espero al momento adecuado–. ¡Ahora!

Ennol se levantó rápidamente y se dirigió hacia la torre, Zola lo siguió de cerca, no perdía de vista al extraño encapuchado, aunque este parecía totalmente ajeno a la situación. Ennol subió las escaleras de caracol, buscó meticulosamente por alguna señal que le indicara algo, las enredaderas dificultaban la búsqueda del muchacho y el constante tránsito de los estudiantes lo incomodaba mucho, en las paredes no había nada más que piedras, no existía ni un solo indicio de una puerta u hornacina. Zola permanecía vigilante en el balcón del segundo piso, observaba cada detalle completamente alerta.

El muchacho buscó sin ningún éxito en el tercer piso, volvió a bajar y buscó en el segundo nivel, ya casi sin esperanzas el muchacho bajó un piso más. Ahí, en el primer nivel, la escalera de caracol terminaba su trayectoria. El muchacho examinó piedra por piedra, tardó varios momentos en recorrer los anchos muros de la torre, de repente, algo llamó su atención. Una piedra cuadrada, demasiado simétrica para ser natural, el muchacho se acercó y retiró las enredaderas que le estorbaban. Ennol comprobó que a la piedra cuadrada la rodeaban tres piedras rectangulares, exactamente como había dibujado en su mapa, el muchacho regresó a ver a Zola para indicarle que había encontrado una nueva pista, pero la hechicera estaba concentrada en contener cualquier posible atentado. Ennol no perdió más tiempo y tocó una a una las tres piedras rectangulares, en su mente repitió las palabras ciencia, alquimia y magia, cada piedra respondió al toque, Ennol sintió que un mecanismo interno en la pared se activó, escuchó un sistema de engranajes que giraban lentamente hasta que finalmente la piedra cuadrada se abrió como la tapa de una caja musical. D’Marti se apresuró y metió su mano para sacar lo que sea que se encontrara en la pequeña cámara. Ennol se encontró con un frío objeto de metal, no tuvo la menor intención de observarlo, simplemente lo deslizó hasta uno de sus bolsillos. Rápidamente el joven

regresó con su maestra.

- Lo tengo –le susurró Ennol a Zola.

- ¿Qué es? –preguntó la maestra.

- No tengo idea.

- Ahora no importa nada de eso, Ennol –Zola demostraba gran preocupación–. Los soldados nos tienen rodeados.

En ese preciso momento Ennol sintió un aleteo sobre su hombro, supo de inmediato que se trataba de Mo, la voz del hada les susurró.

– No solo nos tienen rodeados... Minwe escapó.

## 8 – EL TRANCE DE EONA

Zola se quedó atónita al escuchar la noticia, sabía que debía alejar sus pensamientos de Minwe, si perdía la concentración no sería capaz de reaccionar con rapidez ante el eminente ataque de los soldados, la vida de Ennol dependía de ella; la hechicera tomó una respiración profunda y preguntó.

- ¿Dónde están los demás?

- Thea y Reno están en camino, Renvel está buscando a Minwe –respondió Mo con gran preocupación–. ¿Cuál es el plan, Zola?

- Yo protegeré a Ennol con mi manto dimensional, quiero que permanezcas invisible y ataques con tus espadas; bajo ningún motivo utilices tus hechizos, que serás detectado, no te confíes de tu invisibilidad, ataca y retírate rápidamente al flanco contrario, estos soldados son extremadamente astutos y podrían adivinar tu ubicación si no eres prudente.

- ¿Qué hago yo? –preguntó Ennol aterrado.

- Quédate detrás de mí y no te muevas hasta que yo te diga –respondió la maestra–. Mo, apresúrate, tenemos poco tiempo.

Cuando el hada iba a emprender su vuelo, un enérgico grito del líder de los soldados desencadenó el ataque, uno a uno los agresores revelaron su estratégica ubicación y arremetieron brutalmente contra Zola y Ennol, una oleada de disparos estremeció la biblioteca de Ian; en milésimas de segundo Zola ya había materializado su manto dimensional, el hechizo absorbía todos los proyectiles. Ennol se refugiaba tras su maestra, quien había perdido la apariencia del torpe estudiante de alquimia y ahora aparecía como la imponente anciana de brillo carmesí. La gente gritaba aterrada y corría desesperadamente para salvaguardarse de la balacera, la biblioteca era un verdadero caos.

El ataque era intenso, Zola aguantaba con gran dificultad, los disparos venían de todas partes, desde los balcones, desde las salas de lectura, desde el piso superior, poco a poco los soldados cerraban el perímetro del ataque, Zola y Ennol estaban acorralados, su única salida estaba completamente bloqueada. La hechicera no podía atacar, pues sostenía con sus dos manos el hechizo protector, un solo movimiento en falso y cientos de balas los atravesarían por completo, solo podían esperar que Mo hiciera su trabajo.

La anciana estaba a punto de flaquear, no podía contener el ataque por sí sola. De repente, uno de los soldados cayó de bruces desde el segundo piso, su cuello ensangrentado había sido víctima de las filosas espadas de Mo, sus ataques eran letales, él no perdía su tiempo; el hada siguió al pie de la letra las instrucciones de Zola, después de atacar voló rápidamente hacia un nuevo enemigo y atravesó con furia sus pequeñas espadas justo en la yugular de otro soldado que disparaba frenéticamente tras una columna de la biblioteca, el desgraciado de desvaneció lentamente, la pericia y rapidez con la que Mo utilizaba sus armas era impresionante.

Ennol seguía resguardado tras el manto dimensional de Zola, sabía que la hechicera no aguantaría por mucho tiempo, el muchacho pensaba inútilmente en alguna manera de ayudar a su maestra, si tan solo pudiera escuchar un poco de música para improvisar aunque sea una distracción con lo poco que había aprendido de alquimia, pero el joven aprendiz apenas podía advertir a su maestra sobre la ubicación de los soldados, desde donde estaba podía observar con minucia y saber exactamente dónde se encontraban; sin embargo, había perdido por completo el rastro de aquel encapuchado. Ennol notó que Mo había eliminado a gran parte de los soldados que atacaban por el flanco derecho, esto les daba la oportunidad de movilizarse hacia las gradas de la torre bajar al primer piso y tener mayor cobertura de los disparos.

-Zola, podemos movernos hacia las escaleras, así te será mucho más fácil contener los disparos.

-Está bien, muchacho –respondió Zola gritando–, desplázate lentamente, no te separes ni un centímetro de mí.

La maestra y el aprendiz bajaron poco a poco la escalera hasta ubicarse en el descanso de las gradas, los muros de la torre dificultaban la arremetida de los atacantes. El pequeño marcial eliminó a otro soldado que asaltaba desde el balcón, al parecer el plan estaba funcionando a la perfección, apenas seis soldados permanecían de pie, la batalla parecía ganada, los hechiceros consiguieron alcanzar el primer nivel, Zola estaba a punto de atacar para abrirse paso hacia la salida; en ese preciso momento, dos escuadrones ingresaron repentinamente destrozando las ventanas del primer piso, los invasores se posicionaron con rapidez reforzando ambos flancos de la ofensiva y dispararon con vehemencia contra Zola. Justo cuando las cosas parecían no

poder estar peor, un tercer escuadrón ingresó por la puerta principal, la manera en la que estos soldados se desplazaban evidenciaba que habían recibido un mejor entrenamiento que los demás, eran rápidos y silentes, tras ellos se encontraba Seth, luciendo en su hombro la elegante banda verde que lo identificaba como comandante.

- ¡Maldita sea! ¿De dónde sale tanto soldado? –exclamó Ennol.

Zola, al ver el tercer escuadrón ingresar, supo que en poco tiempo serían derrotados, era evidente que afuera había más tropas y aunque Mo era un guerrero muy veloz nunca podría contra tantos enemigos. La lluvia de balas ya era incontenible y el tercer escuadrón aún no abría fuego, Zola utilizaba toda la energía que su fuente le permitía para sostener el manto, Ennol estaba completamente neutralizado y Mo no se daba abasto contra tanto enemigo.

Seth alzó su mano y con un simple movimiento ordenó a su escuadrón el fuego abierto, Zola cerró sus ojos, sabía que en cualquier momento el hechizo se quebraría y las balas empezarían a filtrarse, esperaba la fatal arremetida, sin embargo, sucedió lo contrario, el número de impactos disminuyó paulatinamente.

- ¡Mira, Zola! –exclamó Ennol.

La hechicera abrió sus ojos para encontrar una barrera de libros que los envolvía, cientos de tomos flotaban y giraban alrededor de los hechiceros formando un fuerte escudo, los caesarios los estaban protegiendo, las nobles criaturas alzaban sus largos brazos y se concentraban para levitar los libros, el escudo de cartón y papel fue tan efectivo como el manto dimensional de Zola, esto le permitió a la hechicera tomar un respiro.

Un grito firme de Seth ordenó al tercer escuadrón cesar el fuego, luego de identificar a las criaturas mágicas solicitó a sus soldados eliminarlas de inmediato, los hombres de Seth eran como máquinas, obedecían sin cuestionar ninguna orden, abrieron fuego despiadadamente contra los caesarios. Las criaturas estaban preparadas para defenderse, inesperadamente las enredaderas que gobernaban la biblioteca cobraron vida y se abalanzaron salvajemente contra los agresores.

Seth evitó con una ágil voltereta el ataque de una furiosa hiedra y arrodillado fijó la mira de su rifle en el pecho de un caesario, disparó fríamente, la bala atravesó de

lleno el corazón de la criatura, que se desplomó muerta por los suelos. Los restos del caesario fueron absorbidos casi inmediatamente por la enredadera al tocarla, haciéndola mucho más fuerte y feroz; en el preciso momento en el que el caesario pereció, un grupo de libros se desmoronó del improvisado escudo flotante que protegía a los hechiceros. Un soldado voló por los aires arrojado por una enredadera, el individuo chocó con fuerza contra un librero y quedó gravemente herido. La gente gritaba y escapaba por las ventanas, otros preferían ocultarse bajo las mesas o tras los libreros, Zola aprovechó el escudo que le brindaban los caesarios y atacó libremente con sus delgados rayos eléctricos.

Mo despachó a un soldado que estaba a punto de disparar a un caesario, el hada había decidido neutralizar de una vez por todas al comandante del escuadrón, sin él en batalla sería mucho más fácil para Zola controlar la situación; sin embargo, Mo no notó que Seth pudo percibir su presencia tras su último ataque, el comandante había perdido su rifle mientras peleaba con una enredadera, pero esto no significaba un problema para él, el entrenamiento de Seth contemplaba todo tipo de contratiempos, el villano nunca perdió de vista las pequeñas espadas del hada, pues estaban tan ensangrentadas que se distinguían claramente, esperó con paciencia a que el hada se acercara. Mo arremetió con gran destreza, pero Seth saltó ágilmente hacia un costado, rodó hasta recuperar estabilidad y del piso tomó un libro y lo arrojó violentamente contra Mo, el golpe fue seco y el hada cayó noqueada al suelo.

Muchos caesarios habían muerto, y el escudo de libros era cada vez más vulnerable, las hiedras, en cambio, se hacían más fuertes cada vez que un caesario era absorbido por ellas. Seth sabía que sin el hada merodeando los flancos era el momento idóneo para actuar, con la mano derecha sacó su cuchillo y con la izquierda preparó una cápsula explosiva, el comandante corrió ágilmente hacia los hechiceros, algunas enredaderas intentaron detener su paso, pero el soldado estaba tan bien adiestrado con el cuchillo que no le costó ningún esfuerzo despedazar toda planta que se atravesara en su camino. Zola no se percató de la cercanía del comandante, estaba concentrada en contener el continuo ataque de los soldados, con su mano izquierda invocaba el manto dimensional y con la derecha atacaba. Seth saltó enérgicamente y tras dar un rol por el piso consiguió alcanzar las escaleras.

Dos caesarios más cayeron en batalla, los libros se desplomaron dejando



grandes huecos en el escudo, Zola temía que más soldados ingresaran, ya sin la ayuda de los caesarios serían presa fácil. La hechicera era muy poderosa, pero faltaba poco para perder esa batalla. Dos soldados arremetieron desde el flanco izquierdo, la hechicera actuó rápidamente y movió el manto para cubrir el ataque, y con la mano derecha disparó un orbe sónico que neutralizó por completo a los dos enemigos.

- ¡Ja! –celebró Zola tras el impacto–. No saben con quién se metieron, novatos.

- ¡Cuidado, Zola! –gritó Ennol desesperado.

Pero cualquier aviso fue tardío, Zola volteó su mirada para encontrar al misterioso encapuchado justo frente a ella, sus manos ya habían empezado a invocar un hechizo. Zola se vio completamente vencida, el extraño individuo aplaudió violentamente emitiendo de sus manos una intensa luz violeta, el hechizo se desparramó y en una fracción de segundo envolvió a Zola y Ennol. La hechicera se arrodilló para proteger a su aprendiz y al hacerlo se percató de que Seth estaba a sus espaldas, con su cuchillo listo para atravesarle el corazón y una cápsula explosiva para no dejar rastro de ellos. Zola ya podía sentir el filo del puñal perforándole el pecho, sin embargo, una gran energía explotó, enviando a Seth por los aires y repeliendo de igual manera la cápsula que pretendía aniquilarlos. Zola y Ennol estaban a salvo, una enorme semiesfera violeta brillaba intensamente y los cobijaba, el resplandor era enceguecedor.

- ¡Minwe! –exclamó Zola.

Los cabellos dorados de la doncella flameaban caóticamente por la gran intensidad de su hechizo, la semiesfera violeta había repelido incluso a los pocos libros que permanecían flotando. Minwe sostenía el hechizo con sus brazos extendidos, como de costumbre había preferido retirarse los zapatos, sus pies descalzos eran mucho más firmes en batalla, la determinación de la doncella se evidenciaba en su mirada, no permitiría que nadie dañara a sus amigos. Los soldados seguían disparando sin piedad, pero la energía era realmente potente, repelía hasta la más pequeña partícula, Zola estaba admirada por la fuerza de aquel hechizo, era tan intenso que las balas rebotaban ocasionando el fuego cruzado entre los mismos soldados, más de cinco agresores cayeron muertos por las municiones de sus propios compañeros. Seth ordenó de inmediato cesar el fuego.

Un desesperante silencio inundó la biblioteca de Ian, los soldados esperaban

las órdenes de Seth, quien analizaba detenidamente la situación. ¿Sería posible que aquella menuda doncella fuera la Portadora de Sadek? Zola estaba agotada, no tenía fuerzas para reaccionar y Ennol estaba desesperado tratando de localizar a Mo. Minwe, por su parte, seguía ejecutando su hechizo con el mismo vigor, parecía que no le importaba nada de lo que sucedía a su alrededor, tan solo se concentraba en sostener aquella semiesfera violeta.

- ¡Esperen! No dejen de apuntar –comandó Seth–. ¡En algún momento el hechizo menguará, ningún hechicero puede invocar tanta energía, menos una niña aprendiz de magia!

Zola permanecía arrodillada, sabía que el comandante tenía razón, ella, como maestra con décadas de práctica, no sería capaz de contener un hechizo tan poderoso por tanto tiempo, en cualquier momento la doncella caería desmayada, y una vez desvanecida la semiesfera de Minwe no quedaría escapatoria. La anciana había agotado casi todas sus energías, abusó de la conexión con su fuente y drenó la energía de su cuerpo para contener los ataques. Minwe pudo percibir la preocupación de Zola, movió su mano izquierda y la puso sobre el hombro de su maestra, a pesar del movimiento el escudo no perdió fuerza.

- Un momento –exclamó Seth–. ¿Cómo diablos...?

La doncella cerró los ojos, respiró profundo y tras pocos segundos finos hilos violeta comenzaron a fluir de su mano hacia el cuerpo de su maestra. La anciana sintió claramente el aroma a almendra característico de su aprendiz y cómo poco a poco aquel color traslucido la reconfortaba por completo. Zola estaba impactada, no entendía cómo Minwe había invocado un hechizo de restauración; la maestra estaba segura de que nunca le enseñó ese tipo de magia, ya que es materia muy avanzada, y no fue solo eso: ¿cómo pudo Minwe hacer aquel hechizo tan complejo sin mermar la potencia del escudo de energía? Zola recuperó sus fuerzas, se levantó con ímpetu lista para seguir luchando.

- ¿Dónde está Mo? –preguntó con preocupación Ennol–. Hace algunos minutos que no lo veo atacar.

Minwe actuaba completamente distinto esta vez, la seguridad en sus hechizos era mucho más que un simple alarde para llamar la atención de Zola; a pesar de la magnificencia de sus movimientos la muchacha permanecía muy tranquila, estaba

completamente conectada con lo que hacía. La doncella apuntó el dedo hacia los soldados, quienes estaban muy impresionados por el desmesurado poder de la joven.

- ¡Al suelo! –gritó con fuerza el comandante, pensando que Minwe estaba a punto de atacar.

Los soldados obedecieron de inmediato y saltaron desesperados a buscar cobertura, solo Seth permaneció de pie. Un fino rayo violeta atravesó la biblioteca a gran velocidad, el comandante saltó enseguida efectuando un perfecto malabar para esquivar el impacto, pero cuando terminó su maniobra se percató de que el rayo no fue dirigido hacia él; ahora una pequeña esfera brillaba al final del rayo invocado por la muchacha y dentro de ella yacía inconsciente una pequeña hada azul, exactamente igual a la vez que Minwe había salvado a Kyatto de un equivocado ataque de Zola. La esfera transportó al hada hasta reunirlos junto a su grupo, increíblemente, el gran campo de fuerza no mermó ni por un segundo.

- ¡Minwe, debemos encontrar una salida! –exclamó Zola con urgencia.

Pero la doncella hizo caso omiso a las sugerencias de la anciana.

- ¡Minwe! Acaso estás sorda –insistió esta vez Ennol–. ¡Minwe, reacciona!

La muchacha lo ignoró por completo, Minwe estaba fuera de sí, parecía no estar presente, simplemente actuaba como si estuviera siendo comandada por alguien más. Ennol se acercó para seguir insistiendo, pero al ver los ojos de la doncella se quedó atónito, su mirada emitía un especial brillo plateado, de igual manera su piel irradiaba un ligero resplandor. Al ver la reacción del muchacho, Zola supo de inmediato que estaba sucediendo, la hechicera constató el especial brillo de los ojos de su aprendiz y de inmediato le susurró al oído.

-Eona, necesitamos encontrar una salida.

-Está bien –respondió con tranquilidad la doncella.

Un nuevo rayo violeta nació fugazmente de la mano de Minwe, esta vez se dirigió hacia una de las esquinas de la torre, donde Seth había dejado caer su artefacto explosivo. La esfera envolvió la cápsula y con un ligero movimiento de la muchacha el artefacto se elevó unos pocos metros.

- ¡Ahora! –gritó la doncella.

Zola lo entendió a la perfección, mientras la cápsula explosiva de Seth levitaba por el aire, la hechicera afinó su puntería y lanzando un potente rayo eléctrico impactó en el centro del artefacto. Una gran explosión se desató, destruyendo por completo las gruesas paredes de la torre, el impacto fue brutal: mesas, sillas, estanterías, piedras salieron impulsadas fuertemente hacia los soldados, el polvo confundió a los agresores, no se podía distinguir lo que estaba sucediendo. Seth imaginó que la fuerza de la explosión sería suficiente para deshacer la semiesfera protectora de Minwe, sin embargo, cuando el polvo se disipó la joven hechicera y el campo protector continuaban en pie y con la misma intensidad de antes.

- ¡Increíble! –exclamó Seth–. No cabe duda, es la Portadora.

Zola aprovechó la distracción para sorprender a los soldados que habían bajado la guardia, disparó una potente bola de fuego que explotó en el centro del salón principal, las llamas y el estallido les dieron suficiente tiempo para empezar a escapar.

Seth ordenó de inmediato a sus soldados que abandonaran la biblioteca y resguardaran las calles, era evidente que no podrían evitar el escape de los hechiceros, era imposible ganar esa batalla con aquel campo protector y Zola atacando desde adentro, hubiera sido un suicidio quedarse allí. Sin embargo, el comandante tenía un as bajo la manga: sacó del bolsillo de su chaleco la caja de cristal que le había entregado Moreb, la botó con fuerza al suelo, la caja se rompió en pedazos, el pequeño escarabajo intentaba torpemente escapar, estaba aturdido por el impacto, justo en el momento en el que el insecto iba a levantar su vuelo Seth lo aplastó cruelmente. Un extraño humo fluyó de los restos del animal creando una nube de insectos que crecía con rapidez, un enervante zumbido resonó mientras una masa oscura se envolvía en sí misma y formó en escasos segundos la silueta de un hombre, poco a poco los rasgos de Moreb se revelaron ante la atónita mirada de Zola.

-Eona –susurró con malicia Moreb al ver el sutil brillo de la doncella–, finalmente te encuentro, criatura escurridiza.

El depravado hechicero inició su ritual de invocación, movió sus brazos en una danza ceremonial y susurró conjuros en un idioma foráneo, una densa y oscura energía fluyó desde su brazo para crear un insólito orbe que absorbió las sombras de la biblioteca.

- ¡Suficiente! –gritó el villano–. ¡Es hora de despertar!

Moreb arrojó el orbe impactando el campo protector de Minwe, la pequeña esfera negra se fundió con la intensa luz violácea, al principio no surtió ningún efecto, pero poco a poco la luminosidad del campo se fue corrompiendo por la densa negrura de las sombras invocadas por Moreb, finalmente la semiesfera desapareció. Minwe parecía haber recuperado su habitual actitud, se encontraba con sus manos extendidas sin saber cómo había llegado hasta allí.

- ¿Qué pasó? ¿Dónde estoy? –preguntó Minwe completamente desorientada.

- ¡No es posible! –exclamó aterrada la maestra–. ¡Rápido! ¡Huyan pronto! ¡Ennol, saca a Minwe de aquí!

- Pero, Zola –refutó Ennol–. No te deja...

- ¡Que la saques de aquí, maldita sea! –Zola estaba histérica–. Yo me encargo de esto.

Ennol nunca había visto tan descompuesta a Zola, lo que más le preocupaba al joven aprendiz era la expresión de pánico de la anciana; no esperó más y huyó junto a Minwe, quien a duras penas pudo correr, pues sus músculos respondían con dificultad.

- Quiero que captures a los muchachos –ordenó Moreb a Seth–. A la Portadora la necesito viva, del otro guardián solo me interesa el artefacto que lleva consigo, siento claramente la magia de los erernis. Yo me encargo de la bruja.

- Entendido –respondió de inmediato Seth y abandonó el lugar.

Zola se interpuso entre sus aprendices y Moreb, sabía que detener al vil hechicero no sería tarea fácil, la anciana atacó primero, con un movimiento casi imperceptible arrojó una bola de fuego carmesí a su adversario, Moreb no tuvo tiempo de esquivar el ataque pero sí de invocar un conjuro que le permitió resistir el potente estallido, el impacto arrastró al hechicero varios metros pero no consiguió derribarlo.

- Zola Kendal –murmuró el oscuro brujo mientras se reponía del ataque–. Pensamos que te habías perdido en los planos.

- ¡Cállate y pelea, miserable sabandija! –respondió con rabia la anciana, aunque en el fondo no dejaba de pensar cómo este extraño individuo sabía sobre ella–. No te permitiré que le pongas un dedo encima.

Zola volvió a atacar, esta vez mucho más encolerizada, sus rayos eléctricos

fallaron por muy poco, Moreb se desintegró en una nube de insectos poco antes de que el hechizo lo alcanzara y reapareció inmediatamente escasos metros a la derecha.

- ¡Wow, Zola! Eso estuvo cerca –Moreb se burlaba de la anciana–. Al parecer son ciertos los rumores sobre la velocidad de tus hechizos.

Zola entendió lo que Moreb pretendía, la estaba provocando para tener la oportunidad de medir su magia, la hechicera intuía que su agresor era mucho más fuerte de lo que aparentaba; se sintió insegura de seguir atacando, al parecer el villano dominaba los hechizos de teletransportación y la manipulación de sombras, aquel contraconjuro que invocó para desvanecer la barrera de Minwe le demostraba a Zola que este individuo era muy poderoso. La maestra prefirió esperar a que Moreb atacara, pero el hechicero solo caminaba erráticamente por la biblioteca, se mantenía a una distancia prudente pues sabía que la hechicera podía sorprenderlo en cualquier momento.

-Ya no quieres atacar –murmuró Moreb–. Ah... veo que eres una hechicera astuta, ya no quieres enseñarme más tus trucos. Lo siento por tener que llegar a esto, no me gustaría que pensaras mal de mí, pero sabes bien que te estás interponiendo en mi camino, si no quieres pelear entonces retírate y déjame ir por la muchacha.

- ¡Ni lo sueñes!

Zola volvió a atacar enfurecida, lanzó un potente orbe sónico y cayó deliberadamente en la provocación de Moreb, estaba convencida de que esta vez el villano contraatacaría, la hechicera tomó la precaución de preparar un nuevo hechizo para protegerse. El orbe voló directo al pecho del brujo, quien volvió a perderse cobardemente tras un negruzco enjambre, luego apareció varios metros atrás y esta vez atacó con un violento movimiento, Moreb lanzó tres filosos agujones negros como sombras, Zola pudo esquivar con facilidad los proyectiles, le pareció un ataque bastante torpe, pero justo en el momento en el que Zola se encontraba desequilibrada por la maniobra, Moreb apareció justo detrás de ella, con su puñal desenvainado y listo para atacarle por la espalda. La hechicera invocó de inmediato el hechizo que había preparado, un resplandor dorado sobre su silueta evitó que el puñal la lastimara. Todo pasó muy rápido, Zola tuvo el acierto de no subestimar a su rival y aunque su estrategia funcionó a la perfección, Moreb había conseguido acercarse demasiado a la hechicera, las condiciones de la batalla habían cambiado, ahora el villano tenía la ventaja.

-Muy interesante, anciana –susurró Moreb con sarcasmo–. Otros no han tomado esa precaución y han muerto como animales atravesados por mi filosa hoja. Pero tú eres diferente... tú sabes lo que haces, la próxima vez, te aseguro... no fallaré.

Un rayo eléctrico pasó pocos centímetros sobre la cabeza de Moreb, quien tuvo problemas para esquivar el ataque, instantes después una silueta amarilla apareció de súbito y, efectuando un par de volteretas, impactó una certera patada en la espalda del brujo, quien cayó bruscamente al suelo. Zola reconoció de inmediato a la doncella que golpeó a Moreb y sintió un profundo alivio. Reno y Thea por fin habían llegado y al ver a Zola en peligro no dudaron en ayudar. Reno continuaba apuntando al villano, listo para disparar nuevamente. Thea, en cambio, había adoptado la postura de un felino dispuesto a atacar, Zola no se quedó atrás y no tardó en dar indicaciones.

- ¡Cuidado, el infeliz puede teletransportarse! –dijo la hechicera con firmeza.

Moreb se levantó de prisa todavía adolorido por el golpe.

-Tres hechiceros contra uno –Moreb había perdido su tono sarcástico, evaluaba cuidadosamente la situación–. No me parece una batalla justa.

-¿Sesenta soldados contra tres hechiceros te parece una batalla justa? ¡Imbécil!

–respondió Zola indignada–. Sé un hombre y pelea.

-No lo creo –dijo el brujo con una sonrisa–. Será en otra ocasión.

- ¡Ataquen! – gritó Zola.

Pero los tres ataques llegaron tarde, Moreb ya había desaparecido, dejando tan solo una nube de bichos que se dispersó con rapidez. La biblioteca estaba destruida, todos habían huido, no había rastros de ningún caesario y las enredaderas habían vuelto a su estado normal. Muchos soldados yacían muertos en las diferentes instancias de la librería, solo Kyatto maullaba junto al cuerpo inconsciente de su amigo Mo, quien yacía entre los escombros. Zola daba gracias al cielo por haber salido con vida de semejante emboscada.

- ¡Thea! –gritó la maestra angustiada–. Ordénale a Kyatto que busque a Minwe y a Ennol, seguro el felino los encontrará fácilmente, quiero que te quedes conmigo y cuides mis espaldas, no sabemos si esa sabandija continúa observándonos. ¡Reno!, quiero que busques a Renvel y llesves a Mo a nuestro escondite, lo más probable es que mis aprendices acudan allá, yo me quedaré con Thea y esperaremos el aviso del gato para encontrarlos.

Si Zola tuvo dificultades para librarse de Moreb, Minwe y Ennol la estaban pasando mucho peor, no habían parado de correr y los soldados se acercaban cada vez más. Minwe estaba agotada, no terminaba de recuperarse de aquel extraño trance en la biblioteca, Ennol tomó el control y jaloneaba el brazo de la hechicera para obligarla a seguir huyendo. Los jóvenes llegaron a una encrucijada, el camino del este llevaba hacia La Marmota, pero Ennol escogió el camino que conducía a los aserraderos.

- ¿A dónde vamos, Ennol? –cuestionó Minwe–. La Marmota queda hacia el este.

- Lo sé –respondió con seguridad el joven–. Si vamos allá los soldados descubrirían nuestro escondite y pondríamos en riesgo a todos.

- Entonces, ¿qué haremos?

- Nos esconderemos en los aserraderos, Renvel me contó que allí existen muchas casas abandonadas. Tranquila, Minwe, confía en mí.

Ennol se ubicaba con solvencia en la ciudad, había muchos mapas de lan en los libros de Renvel, el muchacho sabía exactamente a dónde se dirigía.

- Crees poder preparar algún hechizo de protección –preguntó Ennol mientras corría.

- No –respondió Minwe jadeando–. Estoy muy cansada, a duras penas puedo moverme. Ennol, necesito descansar.

Ennol y Minwe se detuvieron por un instante, la doncella estaba a punto de desfallecer, el aprendiz sabía que los soldados los seguían de cerca y no podían darse el lujo de sentarse a descansar.

- Está bien, Minwe –dijo suavemente Ennol–. No te preocupes yo te cargaré, pero tú trata de recuperar tus energías, necesitamos urgentemente tus hechizos.

Minwe utilizó la poca fuerza que le quedaba para subirse a la espalda de Ennol, con sus manos abrazaba el cuello del inventor mientras él sostenía sus piernas. Para fortuna del inventor la muchacha era muy liviana, sin perder más tiempo el joven corrió vigoroso hacia los aserraderos. A pesar del enorme esfuerzo, el muchacho había disminuido su paso considerablemente, Minwe podía escuchar la marcha acelerada de sus perseguidores, los muchachos salieron de un estrecho callejón y se encontraron con una nueva encrucijada, una se dirigía a la plaza de los puentes y la otra llevaba a los mercados. Ennol ya había hecho su elección, sería mucho más fácil esconderse en



el caótico movimiento de los mercados, pero Minwe lo detuvo.

-No, Ennol, ¡escucha! –Minwe apenas tenía fuerza para susurrarle al oído.

A lo lejos, se podía escuchar una melodía que venía desde la plaza, Ennol no había oído nunca ese tipo de sonidos, eran muy diferentes a los acordes del piano de Renvel, sin embargo, el muchacho cambió su decisión y se dirigió hacia la plaza. Ennol escapaba por una empinada calle, estuvo a punto de rodar por más de una ocasión, pero el muchacho estaba determinado a no dejar caer a la doncella. Al llegar a la plaza la música se escuchó mucho más cercana, Ennol atravesó la larga plataforma de adoquín evitando golpear con la gente que transitaba, una vez en el centro de la rotonda los aprendices encontraron al majestuoso músico que interpretaba la sublime melodía. Ennol se quedó asombrado al observar el magnífico violín y la exquisitez con la que el concertista creaba su música.

-¡Ennol! Los soldados –Minwe golpeó suavemente el hombro del joven–. ¡Nos alcanzan!

El muchacho regresó a ver, cinco soldados estaban próximos a atraparlos, Seth comandaba la persecución, uno de ellos, al ver a Ennol paralizado, apuntó su rifle y se preparó para disparar. Seth, al ver la intención de su subordinado, tomó su rifle con ambas manos y golpeó la cabeza del soldado con la culata del arma.

-¡Estúpido! –gritó el comandante enfurecido–. Tenemos órdenes de capturarla viva.

Ennol olvidó su distracción y volvió a correr, sabía que si no hacía algo los soldados los alcanzarían pronto, el inventor se escabulló por un pasaje muy estrecho que conducía a una de las avenidas principales de la ciudad, pronto llegarían a los aserraderos. Ennol corría desesperadamente, el callejón se hacía cada vez más angosto, para colmo, grandes tablones de madera y bloques estaban apilados junto a las paredes, lo que entorpecía aún más su paso. Los soldados se acercaban a paso vertiginoso, en ese momento Ennol supo que no conseguiría salir del callejón. El joven se escondió detrás de unas cajas de madera, bajó a Minwe de su espalda y la recostó en una esquina, donde no podía ser vista por los soldados.

-¿Qué estás haciendo? –Minwe solo pensaba en escapar.

-Lo siento, Minwe, ellos son mucho más rápidos que yo –Ennol respiró profundo–. Si continuamos huyendo nos atraparán, ellos no esperan que los enfrentemos.

-Ennol –Minwe estaba muy preocupada–, tú sabes que no estoy en condiciones de

preparar ningún hechizo.

-Lo sé Minwe, déjame a mí.

Era la primera vez que Ennol hacía frente por sí solo a los soldados, al pasar por el callejón se le había ocurrido una idea; el muchacho se escabulló entre los escombros y se escondió detrás de las maderas apiladas, los soldados estaban muy cerca, el muchacho tomó el topacio que colgaba de su cuello y se concentró en la melodía de violín que aún podía escuchar con claridad. El alquimista estaba muy nervioso, pero al escuchar la música se calmó por completo. Ennol oyó los pasos de los soldados acercarse, esperó lo suficiente para tenerlos cerca, cuando pudo ver la silueta de Seth aparecer por el callejón, Ennol topó el muro y comandó a la madera y a los bloques de piedra fusionarse para formar dos nuevas paredes. Un gran chispazo de luz estalló del topacio de Ennol, todos los escombros fueron absorbidos por una gran fuerza, finalmente la piedra, la madera y los escombros formaron dos altos muros que encerraron a los soldados.

-Maldición –exclamó Seth–. Ahora resulta que el muchacho bueno para nada también es alquimista.

El comandante pateó las paredes para verificar su resistencia.

-Nos tardaremos horas en salir de aquí –musitó uno de los soldados mientras Seth examinaba los muros.

-¡Qué extraño! –murmuró el comandante–. Esto no es alquimia normal... la piedra y la madera están fusionadas, nunca he visto algo así, esto lo tiene que saber Moreb, solo espero que ese rufián haya sobrevivido a su encuentro con la anciana.

Minwe se había desmayado, yacía recostada sobre el muro, la caja que la protegía ahora era parte de la improvisada prisión, Ennol la volvió a cargar sobre su espalda y la llevó deprisa hacia los aserraderos.

## 9 – ASDA

Ennol llevó a Minwe a un lugar seguro, después de buscar entre las casas abandonadas, encontró una discreta vivienda muy cerca del río; el interior estaba deteriorado, pero la fachada se conservaba en muy buen estado, desde afuera parecía que no se trataba de una casa abandonada. Ennol recostó a Minwe en una vieja cama que estaba en el dormitorio más grande del segundo piso, el joven podía vigilar la calle desde la ventana, tuvo que limpiar el polvo de una esquina del vidrio para poder observar. Dejó a Minwe descansar mientras él investigaba la casa, tanto la sala como la cocina estaban completamente cubiertas por maleza, era muy complicado movilizarse, junto a la cocina había un pequeño patio trasero que colindaba con otro callejón, esta sería una posible ruta de escape.

En el segundo piso Ennol examinó otra habitación, esta tenía acceso a un pequeño balcón, sus barandas estaban rotas y era muy fácil acceder a los tejados de las casas aledañas, el muchacho pensó que sería muy sencillo escapar por allí. Finalmente, Ennol subió al tercer piso, donde existía un pequeño altillo, aquí estaban apilados cientos de cachivaches. Ennol recordó el desorden de su taller, el polvo dificultaba la búsqueda de una posible salida, al muchacho le llamó la atención la cantidad de objetos inservibles que estaban acumulados en la habitación, pudo distinguir una vieja bicicleta a la que le faltaban las ruedas, vajillas rotas, juguetes viejos, herramientas de jardinería y una pequeña escalera.

Sobre una mesa empolvada Ennol encontró una rara caja de plata, estaba muy bien pulida y fue fácil limpiar el polvo. El muchacho abrió la caja con curiosidad, un delicado mecanismo empezó a girar, la figura de una bailarina daba vueltas repetidas veces y una nostálgica melodía empezó a sonar. Ennol estaba maravillado con el artefacto, pero lo que más le sorprendía era la vestimenta de la pequeña muñeca, un vestido blanco con zapatos violeta, exactamente igual a Minwe, el joven estaba entusiasmado por las coincidencias del juguete, no podía esperar a que Minwe despertara para mostrárselo.

Ennol cuidó a Minwe por varias horas hasta que la doncella despertara, desde la ventana vigilaba que los soldados no los sorprendieran y había instalado alarmas en las puertas con hilos y ollas que había encontrado en la casa. El muchacho estaba

tranquilo, la música de la caja que había encontrado le calmaba profundamente, a cada momento volvía a dar cuerda al mecanismo, no se cansaba de observar a la pequeña bailarina de plata. El alquimista observó a Minwe descansar, estaba muy confundido por lo que había pasado horas atrás, Zola la llamó por un nombre diferente y la doncella tuvo un despliegue de poder descomunal, incluso para la misma Minwe. Por otra parte, estaba preocupado por encontrar una salida segura para llegar a La Marmota sin ser detectado por los soldados, sabía que Seth no se detendría hasta encontrarlos, sabía también que tarde o temprano lo haría, pero Ennol ya no tenía miedo, la maniobra que hizo en el callejón le demostró que él también podía defenderse y ahora con esta pequeña caja musical el alquimista sería capaz de llevar la música a donde fuera.

- ¿Qué es esa música? –preguntó Minwe mientras se espabilaba el sueño-. ¿Dónde estamos?

- ¡Minwe! –Ennol estaba muy contento al ver despertar por fin a su compañera-. Tranquila, no te levantes, estamos en una vieja casa en los aserraderos, los soldados no nos encontrarán aquí, al menos por algún tiempo.

- Lo último que recuerdo es que estábamos en el callejón, los soldados estaban a punto de atraparnos. Estaba muy débil para ayudarte.

- Tranquila, los encerré con alquimia –Ennol sonreía con modestia-. Estaba muy asustado pero finalmente todo salió muy bien.

Minwe terminó de despertarse tras el último comentario de Ennol, se sentó en la cama emocionada.

- ¿Ennol, los detuviste tú solo? –preguntó con curiosidad la doncella.

- Sí, debiste verlo, me escondí tras las cajas y cuando estaban muy cerca los encerré entre dos grandes muros que transmuté con todos esos escombros que nos dificultaban el paso.

- ¡Excelente! –Minwe abrazó enérgicamente al muchacho, pero recuperó la compostura en pocos segundos-. Quiero decir... muchas gracias por protegerme.

Tanto Minwe como Ennol se habían sonrojado por el abrazo, la muchacha cambió el tema de conversación enseguida.

- Ennol... te ves ridículo –bromeó la doncella.

Ennol había olvidado que todavía vestía el extravagante atuendo que

improvisó Renvel para disfrazarlo, ya no llevaba el sombrero de punta pues se le había caído en el ajetreo en la biblioteca. Ennol se sintió aludido por la broma y para salir del embrollo dijo:

- Mira lo que encontré en el altillo –le mostró la caja musical.
- ¡Qué hermosa melodía! –susurró encantada Minwe.
- Sí, es hermosa –asintió el joven–. Pero fíjate bien en la muñeca.
- ¡Hey! ¡Soy yo! O mejor dicho... se parece a mí.

Minwe cogió la caja musical y contempló con dulzura a la bailarina, la doncella estaba maravillada, no entendía cómo podía darse una coincidencia como esa. Minwe miró a Ennol como si estuviera a punto de pedir un favor.

- ¿Me la regalas? –la mirada de la doncella podía convencer al corazón más insensible–. ¿Por favor?

En ese momento Ennol olvidó todo eso de llevar la música a donde fuera y practicar la alquimia a todo momento, lo único que quería era que Minwe se sintiera bien otra vez, seguramente ese regalo le levantaría el ánimo.

- Eh... bueno... pensé que... Está bien, te la regalo.
- ¡Gracias! –Minwe volvió a abrazar a Ennol, pero esta vez no le importó cuidar el protocolo–. Muchas gracias, te prometo que la voy a cuidar.

Ennol sintió algo muy intenso en su pecho, una sensación muy parecida a la primera vez que escuchó la música. Los muchachos se quedaron en silencio unos momentos.

- ¿Qué hora es? –preguntó Minwe.
- Mmmm... calculo que son aproximadamente las cuatro de la tarde –respondió Ennol.
- ¡Wow! ¡Cuánto tiempo he dormido!

Ennol recordó de pronto el objeto que había encontrado en la torre de la biblioteca, con tanta batalla y persecución lo había olvidado por completo. El muchacho sacó con mucho cuidado una llave metálica de su bolsillo.

- ¡Diablos! –Exclamó Ennol mientras observaba atentamente el llavín–. Me olvidé completamente del indicio.
- ¿Qué es? –Minwe demostraba gran interés.
- Parece ser una llave, pero ¿llave de qué? –Ennol estaba muy desilusionado–. ¿De

qué nos sirve esta llave si no sabemos qué es lo que abre?

- Probablemente exista otro indicio en la misma llave –sugirió Minwe.

- Tal vez –asintió Ennol.

El muchacho examinó minuciosamente el artefacto, estaba seguro de que se trataba de una llave, era muy hermosa, sus dientes estaban muy bien fabricados, un largo y delgado cilindro los unía con el cuerpo principal, donde estaba esculpida la garra de un animal junto a un par de hojas decorativas. Ennol buscó algún tipo de señal que le indicara qué era lo que abría la misteriosa llave, pero no encontró ni un número, ni una letra ni nada que le diera una pista.

- Me imagino que esta pequeña escultura es la señal.

- ¿Qué es? –preguntó Minwe, mientras Ennol le entregaba la llave.

- Es la pata de un animal, al parecer un felino, se parece mucho a las patas de Kyatto, solo que mucho más fuerte –Ennol recapitulaba en su mente todos los indicios que siguió–. Estoy seguro de que estoy pasando por alto algo.

- A mí me parece la pata de un puma o de una pantera.

- Podría ser cualquier felino grande, un tigre, un jaguar, incluso un león –Ennol seguía analizando–. Minwe, ¿has visto en las calles de Ian alguna escultura de un felino? Tal vez en alguna plaza o en algún edificio importante.

- No, solo recuerdo haber visto esculturas de hechiceros y alquimistas.

- No, no, no, este indicio no debería tener nada en común con los magos, pues los erernis argumentan que la magia en los humanos destruirá todo lo que conocemos, debe ser un indicio que conecta a Ian con los druidas o con las hadas.

- Ennol, la verdad es que no tengo la menor idea, no he visto ninguna escultura de felinos –Minwe indagaba sus recuerdos–. ¿La marmota es un felino?

- No, es un roedor.

- Ah –Minwe estaba muy desilusionada.

- Tranquila, ya lo resolveremos –dijo Ennol mientras guardaba la llave en su bolsillo–. Ahora lo importante es ver una manera de regresar con Zola y los otros, deben estar muy preocupados. Además, necesitas descansar.

- No, ya me siento mejor, creo que debemos esperar a que anochezca, será más fácil ocultarnos –Minwe se detuvo de pronto–. Un momento... ¿escuchaste eso?

Ennol puso atención a lo que le indicaba Minwe, en efecto, se escuchaba como si unas pequeñas garras estuvieran raspando la madera, luego se escuchó un

maullido llamar desde la habitación contigua.

-Es el maullido de Kyatto –afirmó Minwe.

Los muchachos se levantaron con cautela y acudieron hacia los llamados del felino. Ennol abrió la puerta que conducía al balcón que había examinado horas atrás, Kyatto esperaba impaciente. Minwe esperaba encontrarse con un caluroso saludo del animal, pero para su sorpresa el gato mordió la capa púrpura del disfraz de Ennol y jaloneó desesperadamente al aprendiz.

-Creo que quiere que salgamos de aquí –dijo Minwe.

Dos sombras negras aparecieron de repente por las escaleras, Ennol no supo cómo los soldados habían conseguido entrar sin activar las alarmas que había preparado, Minwe no pudo evitar soltar la caja musical por el susto que le ocasionó la abrupta aparición, la caja cayó y al golpear el suelo se abrió, la música comenzó a sonar. Ennol no tardó en reaccionar, tomó su topacio y se lanzó al suelo para tocar la madera, esta vez el muchacho no necesitó tanto tiempo para conectar, en pocos segundos Ennol había abierto un gran orificio en el entablado justo bajo los pies de los soldados, quienes cayeron aparatosamente al primer piso. Minwe estaba aún mareada, al perecer las horas de descanso no habían sido suficientes. Ennol se levantó con rapidez, tomó la caja musical y escapó una vez más junto a Minwe, no les quedaba otra salida que los tejados.

Kyatto precedía el escape, los muchachos no dudaron un instante en seguirlo, puesto que estaba demostrado que el gato era un estupendo guía, el felino los llevaba hacia el río.

-Seguramente hay más soldados en las calles –dijo Ennol mientras corría– ¡Cómo detesto a estos tipos! ¡¿No nos van a dejar en paz?!

Ennol seguía a Kyatto de cerca, el gato saltó desde el segundo piso en una maniobra muy sencilla para un felino, pero el inventor se hubiera roto las piernas si saltaba desde esa altura, así que el joven prefirió frenar justo en el borde, la muchacha al ver las intenciones de Ennol lo empujó con fuerza y saltó junto a él. Ennol sintió el vacío de la caída, Minwe le sujetó de los brazos y pocos metros antes de caer, invocó un hechizo de levitación que les permitió aterrizar con suavidad.

Los muchachos alcanzaron un pequeño puente de piedra, pero el felino no se molestó en cruzarlo, bajó por las gradas laterales del puente y continuó escapando por un sinuoso sendero que bordeaba la ribera del río Ian. Ennol no sabía a dónde les dirigía el felino, pero confiaba por completo en su criterio, o mejor dicho en el criterio de Thea, los hechiceros sabían que Kyatto tenía un estrecho vínculo telepático con su ama, en realidad era Thea quien los guiaba. El felino se adentró en una espesa selva de matorrales, no fue fácil para los aprendices seguir el paso del animal, recibieron varios rasguños por las espinas. Una vez afuera de la densa vegetación Minwe y Ennol llegaron a un hermoso claro de césped, el lugar estaba completamente rodeado de vegetación, y era muy difícil ubicarlo desde afuera. El pequeño gato continuó, esta vez siguió por un estrecho camino que finalizaba en una pequeña cabaña escondida tras una enorme roca.

- ¿Qué es este lugar? –preguntó Ennol.

- No lo sé –respondió Minwe–. Pero estoy convencida de que estaremos seguros aquí.

Kyatto raspaba con sus garras la puerta de la cabaña, Ennol intentó abrir el pestillo pero estaba asegurado con un candado.

- Está cerrada –dijo decepcionado el muchacho.

Minwe ejecutó un sencillo hechizo y abrió la puerta sin problemas. La cabaña estaba en muy buen estado, todo en su interior se encontraba en orden. La vivienda constaba de tres pequeños espacios, un estudio, una alcoba y una cocina, un hermoso y ancho umbral de madera dividía el dormitorio del estudio. Ennol distinguió una pequeña mesa de madera blanca, sobre ella yacían algunos pergaminos, el muchacho se acercó con curiosidad, encontró un tintero con varias plumas atrapadas en el colorante seco, al parecer nadie entraba aquí hace varias semanas.

- Parece ser la cabaña de un hechicero –dijo Minwe al encontrar algunos libros de magia en las estanterías.

- Sí, pero... ¿qué hechicero? Tal vez sea el estudio de Reno –supuso Ennol.

- No, Reno tiene su estudio en Trueb –afirmó la doncella–. Tampoco es de Zola, ella no tiene estudio... odia los libros.

Minwe ingresó a la alcoba y constató que había dos camas, una más grande que la otra. Al igual que en el estudio todo estaba en orden, la muchacha hurgó los veladores y encontró algunas listas.



- Ennol, tienes que ver esto –Minwe estaba muy interesada en los documentos que había encontrado.

- ¿Qué hallaste? –preguntó el muchacho mientras ingresaba a la habitación.

- Fíjate en esta lista.

Varios nombres estaban anotados, a Ennol no le llamó la atención ninguno, lo que le pareció bastante extraño al muchacho fueron las cruces marcadas junto a la mayoría de ellos y las notas que les seguían, frases como: “Asesinado en Torbas” o “Murió hace quince años” o “Abatido por La Alianza en la ciudad de Ian”; otros nombres indicaban otro tipo de especificaciones como: “Este dato es falso” o “Cuidado, impostor”. Cada dato tenía una referencia de alguna ciudad, Ian, Trueb, Torbas, entre otras. Todos los nombres habían sido tachados, excepto tres, dos de ellos parecían ser seudónimos.

El primero decía: “El Taumaturgo” y junto a él había una nota que indicaba: “Se rumora que se esconde en la ciudad del coloso”. El segundo seudónimo escribía: “El Grafel” y no tenía nota alguna. El último nombre era Fíneas Kin, no tenía ninguna nota, solo se especificaba la ciudad de Nixa.

- ¿Qué piensas que sea esta lista? –preguntó Minwe.

- No lo sé, pero parece ser importante –respondió el alquimista–. Será mejor que la guardemos

El muchacho observó minuciosamente la habitación. Encontró un par de botas negras junto a la cama más grande.

- Creo que esta era la guarida de un guardián. Seguramente Zola lo conocía y por eso nos pudo guiar hasta aquí a través de Thea y Kyatto.

- Es el estudio de Ígoris –resolvió finalmente Minwe–. Él y Zola eran muy buenos amigos, ella me contaba con frecuencia que venía a visitarlo. Ígoris era uno de los encargados de encontrar al Tatuador, él y su aprendiz fueron asesinados poco antes de que llegáramos a Ian.

- Minwe... ¿Crees que esa lista contenga los nombres de los posibles tatuadores? –preguntó Ennol intrigado.

- Sí, al parecer es una lista que Ígoris estaba investigando, además en más de una ocasión nombra a La Alianza.

- ¿Te refieres a la alianza creada por los humanos para combatir a los erernis?

- Precisamente. Es más, mira este nombre de aquí... –Minwe señaló el seudónimo de El Grafel– “grafo” significa dibujo, el “grafito” es parte de la composición de la tinta especial que utilizan los tatuadores. Y, ¿qué me dices de este tal Taumaturgo? La nota dice que se encuentra en la ciudad del coloso, es así como muchos hechiceros se refieren a Ciudad Titán. Este tipo es el tatuador que estamos buscando.

- Tu teoría tiene mucho sentido Minwe –Ennol también tenía las mismas sospechas que la hechicera–. Si lo que dices es cierto, Ígoris debió tener más información sobre la posible ubicación de Ciudad Titán, probablemente aquí encontremos el lugar donde debemos utilizar la llave.

- Estoy completamente segura de eso –Minwe se levantó apresurada–. Yo buscaré en la alcoba, tú investiga en el estudio.

Ennol abandonó la habitación y se dirigió al pequeño taller de Ígoris, el muchacho analizó cautelosamente el espacio para saber por dónde empezar, algo llamó su atención: colgado en una de las paredes estaba un viejo mapa de la ciudad de Ilan, el muchacho lo descolgó con cuidado y lo colocó sobre la mesa blanca. Era un plano muy detallado, Ennol buscó algún tipo de marcas o referencias hechas por Ígoris, pero el mapa no había sido rayado. El joven se dirigió al librero, era muy probable que Ígoris hubiera dejado algunas notas en sus libros, el alquimista comenzó a leer uno a uno los títulos de los tomos. El polvo se había acumulado y no le permitía distinguir bien las letras, notó que uno de los libros estaba mucho más limpio que los demás, verificó el título del ejemplar, este decía “Historia Druida”. Minwe se acercó a Ennol y se sentó junto al librero.

- Nada –dijo la muchacha desilusionada–. En los cajones solo hay atuendos de hechicero. ¿Qué tal te va a ti?

- Creo que hay información importante en este libro.

Ennol abrió el tomo y lo primero que hizo fue revisar las esquinas de las hojas, efectivamente una de ellas había sido doblada con premeditación.

- Esta hoja está marcada –dijo Ennol convencido de que había encontrado una pista.

- ¿Qué dice?

Ennol leyó con afán el texto de la página, no parecía ser información muy reveladora.

-... *Durante la tercera era, las antiguas colonias druidas se establecieron alrededor de la ciudad de Ian mucho antes de que los humanos desataran las primeras guerras. Aunque no pertenecían a la joven ciudad, los druidas crearon importantes alianzas con los habitantes de Ian—Ennol continuó leyendo—.Cada semana un grupo de sanadores druidas atendía a los enfermos de la ciudad, su medicina era muy avanzada y gracias a ella se salvaron valiosas vidas. A cambio, las autoridades de Ian permitían a los druidas aprovechar los beneficios hídricos de su ciudad...*

- ¡Qué extraño!... —susurró Minwe—. Al parecer no tiene nada que ver con nuestra búsqueda.

-Aún falta mucho — contrapuso el joven —...*durante los meses de invierno la tranquilidad de Ian era afectada por el mal tiempo, la crecida de los ríos destruía los puentes y aislaba la ciudad, mientras que el frío ocasionaba que muchos, especialmente niños, enfermaran gravemente con neumonía, bronquitis y otras afecciones respiratorias; los curanderos no podían atender a los enfermos por lo que muchas vidas se perdían cada año...*

- ¡Qué tristeza!

-Escucha, aún hay más...*El jefe de las colonias druidas, Mirodan, decidido a ponerle fin a tan triste tragedia, pidió permiso a los espíritus del bosque para talar cien árboles de nogal y construir un gran puente que les permitiera asistir a los niños de Ian el siguiente invierno, los espíritus accedieron y el puente se construyó. Esto fortaleció aún más las relaciones entre druidas y ianenses.*

Ennol pasó a la siguiente página del libro, en ella estaba dibujado el Gran Mirodan, un anciano fuerte, su dorso desnudo mostraba la musculatura del druida, llevaba en la mano derecha un retorcido báculo de madera, símbolo que solo portaban los jefes druidas; el curandero acariciaba un gran árbol de nogal, como si pidiera perdón por tener que sacrificarlo. Ennol se apresuró a sacar nuevamente la llave, esta vez no se fijó en la garra del animal, sino en el par de hojas que estaban esculpidas en la base de la llave.

-Mira esto —el muchacho señalaba las hojas—. Al principio pensé que solo se trataba de una decoración, pero fíjate bien en el dibujo del nogal.

-Son las mismas hojas —respondió la aprendiz.

Ennol regresó al mapa de la ciudad de Ian y le pidió a Minwe que le ayudara a buscar todos los bosques de nogal que estuvieran cerca a la ciudad de Ian.

Desafortunadamente toda la ciudad estaba rodeada por el mismo tipo de bosque. Ennol volvió a recapitular todo desde el indicio en los libros de la biblioteca, sabía que estaba pasando por alto algún detalle, al ver el mapa de la ciudad, los bosques, los ríos, los puentes, el joven inventor recordó un dato importante.

- ¡Claro! ¿Cómo pude olvidarlo? –Ennol sabía que estaba muy cerca de encontrar la respuesta–. Allá en la biblioteca, junto a Zola, el libro que reveló la ubicación del indicio se titulaba: “Alquimia y Ciencia: los Puentes Hacia la Magia”. Ahora lo entiendo, “PUENTES”, el siguiente indicio debe estar en el puente que Mirodan construyó.

El muchacho buscó a lo largo de la ribera del río y encontró tres puentes importantes. Todos conducían a un bosque de nogal.

- Debe ser uno de esos tres –supuso también la doncella.

- Sí, pero... ¿cuál?

- Este que está más al sur conduce al bosque de Quenbas, es un bosque común y corriente... ¡Un minuto! –Minwe había advertido algo–. Este puente, en el centro, lleva al bosque de Crancno.

- Sí. ¿Y qué con eso?

- Crancno significa árbol de nogal en druida –Ennol la miraba desconcertado, no sabía que Minwe conociera tanto–. Ah, es que Zola me obliga a estudiar.

- Jaja –sonrió Ennol–. Es muy probable que este sea el lugar donde esté el portal hacia Ciudad Titán.

- Pero, entonces... ¿qué tiene que ver la escultura de la pata de felino? –preguntó la doncella.

Ennol se había olvidado de eso, en ningún momento el texto mencionó un felino. Toda su teoría empezó a desvanecerse, al fin y al cabo había fundado sus razonamientos en un par de hojas de nogal, todo esto podía ser una simple coincidencia. El muchacho no dejaba de pensar qué tenía que ver la pata del felino con todo esto. Minwe meditaba profundamente, Kyatto se había ovillado junto a ella, la doncella acarició al animal unos momentos y luego comentó:

- ¿Los druidas tienen familiares?

- ¿Qué? –Ennol no le encontró sentido a la pregunta.

- Familiares... no me refiero a hermanos o primos, me refiero a animales que dedican su vida a servir a un ser humano, como Kyatto lo hace con Thea. Muchos magos tienen familiares, cuervos, sapos, búhos... no estoy segura si los druidas también los tienen.

-No lo sé, tal vez en el libro mencione algo –Ennol buscó en el índice del tomo y encontró un capítulo que decía: Maestros druidas.

Ennol hojeó las páginas señaladas y comprobó que se trataban de breves biografías de los druidas más importantes de los últimos siglos. Continuó investigando hasta encontrar lo que precisaba. El título de la página decía: Mirodan el guerrero del nogal. Ennol empezó a leer con prisa, esperando encontrar alguna referencia sobre algún animal.

- ¡Aquí está! –gritó Ennol emocionado– *Mirodan, el Magno Maestro Druida, tenía una asombrosa afinidad con los felinos, era común verlo en el bosque acompañado por pumas, linceos y en ocasiones panteras. Las leyendas druidas cuentan que el mismo espíritu del sabio curandero era la reencarnación de un antiguo jaguar mágico, Mirodan era capaz de tomar la forma de este animal cuando necesitaba defender a sus aldeas.*

- Más claro no puede estar –dijo Minwe–. Ahora todas las pistas concuerdan, las hojas de nogal, la pata del jaguar y el indicio del libro que hacía referencia a los puentes.

- ¿Qué haremos ahora? –Ennol planeaba sus siguientes pasos–. No podemos exponernos a regresar a La Marmota.

- Debemos esperar a que Zola y el resto vengan por nosotros. Estoy segura de que fue ella quien nos trajo hasta aquí.

- Está bien, los esperaremos hasta el anochecer –Ennol seguía observando el plano–. Pero hasta que lleguen debemos trazar la mejor vía de acceso hasta el puente.

- De acuerdo.

Minwe y Ennol resolvieron que la forma más segura de llegar hasta el puente de Mirodan era bordear la ribera río arriba, la espesa vegetación les permitiría ocultarse bajo la tenue luz de la luna. Solo el último tramo significaba un gran riesgo, ya que estaban obligados a introducirse nuevamente en la ciudad. Los adolescentes estaban hambrientos, no habían comido nada salvo el breve desayuno de la mañana; Minwe tuvo la intención de buscar algo en la cocina, pero el muchacho le hizo notar que cualquier alimento olvidado hace semanas por Ígoris se encontraría en estado de putrefacción. Los muchachos esperaron por horas. Minwe convenció al inventor de salir a un hermoso jardín que había atrás de la cabaña, la doncella amaba la naturaleza, le fascinaba sentir la tierra bajo sus pies descalzos y se dejaba maravillar por cosas tan simples como el color intenso de una violeta silvestre. Los adolescentes aprovecharon el tiempo para conversar y conocerse mejor, cada uno explicó cómo se imaginaba que

sería la misteriosa Ciudad del Coloso y continuaron leyendo el libro sobre “Historia Druida” intentando descubrir información útil en su búsqueda. Ennol nunca olvidaría ese pequeño jardín, el muchacho no lo sabía aún, pero un poderoso sentimiento crecía dentro de él, como las coloridas flores que los rodeaban.

-Estoy segura de que Magda utilizó magia para cuidar estas flores –dijo la doncella–. Son realmente hermosas.

-No son solo las flores –añadió Ennol–. Es todo el lugar, hay algo especial en esta cabaña.

-¡Desde ahora en adelante será nuestro escondite! –dijo la doncella emocionada–. ¿No te parece genial?

-Es una excelente idea.

-Pero no se lo debes decir a nadie... los escondites son secretos.

Un incómodo silencio se interpuso entre los dos.

-Minwe... –Ennol habló con seriedad–, ¿qué fue lo que pasó en la biblioteca?

-La verdad no sé muy bien –contestó dubitativa la muchacha–. Recuerdo que estaba muy enojada con Zola y que decidí seguirlos, me disfracé para que mi maestra no me descubriera, luego fingí leer algunos libros mientras ustedes investigaban, lo último que recuerdo es que los soldados empezaron a dispararles, después de eso desperté junto a ti, Zola gritaba que me sacaras de la biblioteca, me dolía la cabeza y estaba muy confundida.

-¡Qué extraño! –comentó Ennol–. ¿No recuerdas haber invocado la semiesfera, ni haber rescatado a Mo ni restaurar las fuerzas de Zola?

-¿Yo hice todo eso? –Minwe estaba en verdad sorprendida.

-Sí, contuviste el ataque de más de cuarenta soldados.

-No lo recuerdo.

-Cuando estabas luchando... Zola te llamó Eona.

Minwe abrió los ojos de repente, todo tenía sentido ahora que Ennol le había revelado aquel nombre.

-¡Ahora lo entiendo! –dijo Minwe muy alegre–. Tuve mi primera conexión con Eona. Nunca pensé que sería tan pronto.

-¿Quién es Eona? –preguntó Ennol intrigado.

-Es el Hada Blanca de Sadek... es el hada más poderosa que existe. Como te contó Zola, las hadas son las encargadas de conservar el equilibrio en el universo, como es

evidente hace mucho tiempo que no han logrado su objetivo.

- ¿Te refieres a las guerras entre humanos y erernis?

- Me refiero a todas las guerras. Antes nadie se atrevía a atacar a un hada blanca, los pueblos las adoraban y eran muy respetadas.

- Me imagino que son muy poderosas –dijo Ennol.

- Sí y no, es decir, son muy poderosas en cuanto a magia, su poder espiritual y mental es incalculable, pero en cambio su cuerpo es muy frágil, es muy fácil lastimarlas. Nuestros enemigos descubrieron esta debilidad y han cazado a las hadas blancas por siglos, con la llegada de la magia a los humanos el panorama empeoró drásticamente, muchas hadas blancas han sido asesinadas por magos malignos.

- Pero... ¿cuántas hadas blancas quedan? –preguntó Ennol.

- Bueno, en realidad solo hay una, es un poco complejo. Las hadas viven en matriarcado, el Oráculo se encarga de escoger al hada más sabia y poderosa, esto se evidencia porque cuando un hada es elegida su cabello y sus ojos emanan un intenso brillo blanco, casi plateado.

- Eso explica el nombre –Ennol entendía poco a poco–. Pero ¿quién exactamente conforma el Oráculo?

- No, Ennol, el Oráculo no es un concilio de ancianos ni un gabinete que decide el futuro de las hadas, es la manifestación de la misma magia, las hadas pueden interpretar la información de la energía, por eso son tan sabias, el Oráculo nunca ha fallado.

- Entiendo, pero... ¿qué pasa si un hada blanca muere?

- Cuando eso sucede, las hadas deben esperar una década hasta que el Oráculo escoja una nueva Hada blanca –Minwe parecía muy triste al hablar sobre la muerte de las hadas–, pero Sadek, la Ciudad Blanca, descubrió un modo de fortalecer a las hadas blancas, aunque esto significa un riesgo muy grande también. Las hadas encontraron una manera de fusionar la esencia de un hada en el cuerpo de una mujer, de esta manera el hada podría conservar sus fortalezas espirituales y contaría también con la resistencia y fuerza física de un humano, este nuevo ser creado por la magia es conocido como asda. El problema es que el humano por naturaleza es fácil de corromper y hay una gran posibilidad de que sea el humano quien controle el poder del hada.

- ¿Lo que quieres decir es que tú llevas la esencia de Eona dentro de ti? –Ennol estaba impactado. – ¿Tú eres un asda?

- Sí, por eso me llaman la Portadora, lo que viste hoy fue el poder de Eona

manifestándose a través de mi cuerpo.

- ¡Por eso esos soldados te buscan! Ellos quieren corromperte para usar tu poder para su beneficio –Ennol estaba indignado.

- Exactamente, ellos creen que yo puedo ser un arma muy poderosa y es verdad, si yo cayera en la tentación del poder que me brinda Eona, podría hacer cosas horribles con mi magia. Por esto yo nunca ataco, solo puedo invocar hechizos de protección, debo mantener mi conciencia y mi alma limpias.

- Pero ¿vale la pena correr semejante riesgo?

- Tranquilo, Ennol, las hadas consultaron al oráculo y este predijo que era el camino más seguro, no me voy a dejar corromper con facilidad, tengo muy claro cuáles son mis objetivos, además, para eso tengo a mis guardianes.

Las últimas palabras de Minwe lo tranquilizaron por completo, confiaba ciegamente en la voluntad de Minwe, sabía que ella nunca traicionaría su causa.

- Las buenas noticias son... –continuó Minwe– que el riesgo solo existe cuando la fusión está incompleta, como es mi caso. La esencia de Eona se fusionó con mi cuerpo gracias a un hechizo muy complejo que ella misma invocó. Eona es muy poderosa, tal vez el Hada Blanca más fuerte que hemos visto, sin embargo, la fusión no está completa.

- ¿Qué hace falta?

- El hechizo de fusión estará finalizado cuando yo pueda desplegar las alas de Eona. Para esto necesito abrir en mi cuerpo dos puntos energéticos que como humana no tengo.

- ¿Y cómo harás eso? –Ennol no paraba de preguntar.

- El Tatuador, Ennol, él es el único que puede terminar la fusión, por eso necesitamos con tanta urgencia encontrarlo.

- Pero existen muchos tatuadores, en los bazares del mercado debe haber cientos.

- El hechizo no lo puede sellar cualquiera, es un proceso muy delicado, para empezar los diseños del tatuaje deben ser perfectos, cada tatuador tiene la habilidad de descifrar distintos glifos que brindan al asda atributos que le ayudarán a gobernar y equilibrar la energía. Cada tatuaje se debe hacer en el lugar exacto en mi espalda de donde nacerán las alas y los materiales con los que se debe ejecutar el tatuaje son muy especiales: la tinta debe ser mezclada con agua diamantina, agua que ha sido purificada durante siglos y es muy difícil encontrar. La aguja con la que se debe tatuar solo puede ser de adamantio, el metal más resistente y puro que se conoce.



Finalmente el alma del Tatuador debe estar completamente limpia de maldad para evitar corromper al asda. Se dice que el Tatuador deja una pequeña porción de su alma el momento que sella el hechizo con su tatuaje.

-Ahora entiendo por qué es tan complicado encontrarlos.

-Sí, son muy escasos, tengo entendido que los soldados han asesinado a muchos tatuadores, solo deben quedar los tres de la lista.

-No te preocupes, Minwe, encontraremos al Tatuador, estamos a punto de encontrar el portal que nos conduzca a Ciudad Titán, es cuestión de tiempo.

## 10 – RUMBO A CIUDAD TITÁN

Eran las nueve y media de la noche y ni Zola ni los otros guardianes llegaron a la cabaña.

- Probablemente los atraparon –supuso Ennol.

- ¿A Zola? No sabes lo que dices, Ennol, nuestra maestra es invencible.

- No lo sé, yo ya no pienso lo mismo desde la última batalla –Ennol hablaba con extrema seriedad–. Estuvimos a punto de ser abatidos, a pesar de que los caesarios nos ayudaron, los soldados estuvieron muy cerca de atravesar el manto dimensional de Zola. No me malinterpretes, también considero que Zola es una hechicera extremadamente poderosa, por algo es la única que ha podido sobrevivir al ataque de los soldados, pero las armas de estos tipos tienen un poder devastador.

Minwe se quedó en silencio, le aterraba la idea de que Zola cayera en batalla, sin ella la esperanza de llegar a Ciudad Diamantina sería nula.

- Zola tiene muchos trucos que aún no has visto –argumentó Minwe un tanto irritada–. Estoy seguro de que todo eso pasó porque la atacaron de improvisto.

- Sí, puede ser –asintió Ennol, aunque sabía que su maestra tuvo suficiente tiempo para prepararse.

Ennol escuchó murmullos que venían desde afuera de la cabaña, rápidamente advirtió a Minwe y se escondieron detrás del mesón de la cocina, los hechiceros estaban listos para defenderse de un posible ataque. Justo en el momento en el que la tensión era insoportable, Kyatto salió corriendo hacia la puerta de ingreso y la raspó con desesperación, los hechiceros supieron de inmediato que no se trataba de una emboscada. Zola y los demás por fin habían llegado.

Thea abrió la puerta y cargó a Kyatto con alegría. La información que Ennol leyó sobre Mirodan le ayudó a comprender el cercano nexo que tenía Thea con el felino, no era una simple mascota, Kyatto era parte fundamental del espíritu de la aprendiz, tan fuerte era el vínculo que el felino era la fuente de la hechicera. Reno fue el siguiente en ingresar, al parecer llevaba mucha prisa.

- Thea, luego tendrás tiempo para consentir a Kyatto. Ahora es urgente salir de esta cabaña, ya han permanecido suficiente tiempo aquí –Reno esperaba en el umbral de la

puerta y vigilaba los alrededores—. Minwe, Ennol, ya salgan de ahí, por el momento no hay peligro.

Los aprendices abandonaron su escondrijo un tanto avergonzados, pocos instantes después Zola entró a la cabaña, su rostro mostraba preocupación, la anciana se dirigió de inmediato hacia el mapa de lan.

-Ennol, ven ahora mismo hacia acá –Zola hablaba con determinación—. Muéstrame la llave, estoy al tanto, Thea lo vio todo a través de Kyatto.

-Sí, señora –el muchacho no dudó en obedecer, sacó la llave de su bolsillo y se la mostró—. Aquí está.

-Muchacho, no digo esto con mucha frecuencia, así que pon atención porque no te lo voy a repetir –la maestra sonrió con orgullo mientras recibía la llave—. Allá, en la biblioteca, hiciste un magnífico trabajo.

Zola acarició bruscamente la cabeza de su alumno despeinándolo por completo. Minwe estaba asombrada, esperaba que Zola la abrazara con euforia, pero la anciana ignoró su presencia, ni siquiera se tomó la molestia de saludarla, la doncella observaba atónita mientras su maestra felicitaba a Ennol. El muchacho notó que todos sus amigos cargaban mochilas en sus espaldas, como si se prepararan para un largo viaje. La maestra sacó de su bolsillo una cajetilla de cigarrillos, después de encender uno, preguntó con calma.

-Ahora, cuéntame cómo hiciste para descifrar la ubicación del siguiente indicio –la anciana señaló el mapa—. Thea me contó que lo resolviste también.

-¡Sí! –dijo Ennol con modestia—. En realidad Minwe y yo lo desciframos.

-¡Es verdad! –la doncella se acercó con timidez, estaba extrañada por la actitud de su maestra—. Ennol y yo encontramos...

-¡Silencio! –interrumpió Zola con firmeza—. ¡No quiero escuchar nada de ti, muchachita malagradecida y caprichosa!

Minwe se quedó de una sola pieza, paralizada al escuchar el severo reproche de su maestra, un solo gesto de la muchacha bastó para dejar claro su desconcierto.

-No me mires con esa cara de inocente –Zola estaba realmente molesta—. ¡Me desobedeciste! Y no voy a tolerar ese tipo de rebeldías, Minwe, es la última vez que te expones deliberadamente a un riesgo como ese.

-Pero, maestra –Minwe intentó defenderse—, si no hubiera sido por mí, tú y Ennol no

hubieran salido...

-¡Que no quiero escuchar ni una sola palabra tuya! –volvió a gritar enfurecida la hechicera–. ¿Cómo te atreves a darme un argumento tan estúpido? Para empezar no fuiste tú quien nos rescató, fue Eona. Si hubieses sido tú, ya estaríamos los tres muertos. El que nos hayamos salvado no te libra de la irresponsabilidad que cometiste.

Minwe escuchaba con los ojos llenos de lágrimas, sabía que Zola tenía razón, nunca antes la había visto tan indignada.

-Seis guardianes estamos arriesgando nuestras vidas para protegerte –Zola continuó–. Lo mínimo que espero es que demuestres al menos un poco de respeto por esas vidas. ¡Malagradecida! No siempre puedes hacer lo que te dé la gana. Si hoy esos soldados nos mataban, la muerte de Ennol y mi propia muerte habrían sido en vano... porque tú no tuviste la suficiente madurez de quedarte en un lugar seguro.

-Zola... –Reno intentó intervenir–. No es el momen...

-¡Tú también cállate! –la maestra estaba descontrolada–. Es ahora el momento, estamos tan cerca de encontrar el camino hacia Ciudad Titán y no voy a permitir que nuestra misión se ponga en riesgo por majaderías de una muchacha impertinente.

Minwe no pudo contener su llanto, se abalanzó y abrazó a su maestra sollozando como una niña, se sintió miserable por haber puesto en peligro la vida de sus guardianes, la doncella lloraba descontroladamente. Zola la abrazó con fingida frialdad, le costaba mucho decir cada palabra, pero sabía que era necesario, la maestra se arrodilló y continuó, esta vez en tono compasivo.

-Minwe, el equilibrio de todo el universo se te ha encargado a ti. ¿No te das cuenta lo importante que eres para todos nosotros? Si algo te sucediera, todo, absolutamente todo estaría perdido.

-Lo siento –dijo la muchacha entre suspiros–. Te prometo que no lo volveré a hacer.

Alumna y maestra se abrazaron en silencio, Ennol y los demás contemplaban la escena un tanto agobiados por los intensos gritos de Zola.

-Debemos partir –advirtió Reno–. Hemos abusado de la suerte, en cualquier momento los soldados buscarán aquí.

-Tienes razón –dijo Zola–. Ennol, cuéntanos dónde está el siguiente indicio.

-Cerca del bosque Crancno, en el antiguo puente de Mirodan –respondió el muchacho con seguridad.

- ¡Mirodan! –exclamó Thea entusiasmada–. ¿Te refieres al Gran Maestro Druida?

- El mismo.

- No hay tiempo –interrumpió Zola, quien había recuperado su habitual autoridad–. Ya nos lo explicarás en el camino. ¡Reno!, necesito que cuides la retaguardia. ¡Thea!, pídele a Kyatto que se adelante y nos advierta de la presencia de los soldados. ¡Minwe!, como de costumbre necesito tus hechizos de protección listos para cualquier emergencia. ¡Ennol!, tú nos guiarás por la ruta más segura y ¡Mo!... tú quédate invisible y ataca solo si es necesario.

- ¡Sí, señora! –contestó una voz desde el umbral de la puerta de ingreso.

- Ahora es cuando –afirmó Reno–. A estas alturas Renvel ya debió haber hecho su parte.

El equipo de guardianes y la Portadora abandonaron la cabaña de Ígoris y siguieron el plan que sugirió Ennol, bordearon la orilla del río ocultándose entre la densa vegetación, la oscuridad de la noche les permitía desplazarse con relativa soltura. Renvel había invocado varios hechizos de ilusión en la plaza y en algunas calles cerca de los aserraderos para despistar a los soldados, al parecer la estrategia había dado resultado, pues Kyatto no advirtió la presencia de posibles agresores, incluso en el tramo en el que Ennol previó posibles emboscadas el grupo pudo avanzar sin dificultades.

Después de casi una hora de camino llegaron finalmente al puente de Mirodan. La construcción era magnífica, tres fuertes muros de piedra conformaban la estructura, dos nacían en las orillas y el tercero se levantaba desde un pedestal sobre la mitad del río. Cuatro hermosos arcos unían los muros y decoraban el colosal viaducto, y ocho elegantes faroles mágicos flotaban a cada lado para iluminar el entorno con su fuerte resplandor, la luz tenía un tenue matiz anaranjado. A Ennol le extrañó que el puente no fuera de madera como había leído en el libro.

- Un momento, este no es el puente –dijo confundido Ennol–. El puente que buscamos es de madera de nogal.

- No, Ennol, estamos en el lugar correcto –corrigió Thea–. Poco tiempo después de la llegada de la magia, una vez que Ian se consolidó como la capital de Sorta, los ciudadanos consideraron que un puente de simple madera de nogal no era adecuado para una ciudad tan prestigiosa como Ian. Así que decidieron recubrirlo con piedra, pero la estructura de nogal continúa ahí.

- Esto debió ofender sobremanera a las comunidades druidas –supuso Minwe.
- Para esas épocas los druidas ya habían abandonado las periferias de la ciudad, los erernis les advirtieron del peligro que significaba la magia en manos humanas.
- Es muy probable que en ese cambio se haya construido el portal. Debemos buscar una señal, puede ser la figura de un felino o las hojas de nogal –Ennol observaba el puente intentado descifrar la ubicación de la puerta.

El grupo se dividió en dos, Reno, Thea y Mo buscaban en el ala este del puente, mientras Zola, Minwe y Ennol buscaban en el ala opuesta. Había pasado casi quince minutos desde que iniciaron la inspección, la vegetación que antes les fue tan útil para esconderse ahora les estorbaba en la búsqueda. Thea escudriñaba una a una las piedras laterales de la estructura, Kyatto le ayudaba y raspaba cada piedra que su ama inspeccionaba. Mo buscaba en el centro del puente, era el único que podía observar la parte baja del puente sin mojarse. Zola, en cambio, investigaba las paredes junto a la orilla, tocaba una por una las piedras con su bastón, Reno quiso hacer lo mismo en el lado opuesto pero una selva de enredaderas ocultaba por completo la pared, el hechicero intentó retirarlas y al hacerlo se percató de algo. Reno movió sus brazos aparatosamente para llamar la atención de Ennol, el joven lo observó y atravesó junto a Zola y Minwe el puente para atender al llamado.

- Creo que encontré algo –susurró Reno–. Me parece que las hojas de estas enredaderas tienen la misma forma que las hojas del nogal.

Ennol se apresuró y sacó de su bolsillo la llave para comparar las hojas, pero cuando la llave estuvo cerca, las enredaderas empezaron a moverse, sus finos tallos se desplazaron como serpientes por la pared. Poco a poco la forma de un arco se dibujó por la silueta de las hiedras. En la pared descubierta estaba la escultura de la cabeza de un imponente jaguar. Ennol hubiera jurado que escuchó el gruñido de la majestuosa bestia.

- Es el espíritu de Mirodan –exclamó asombrada Thea–, el amo de las bestias.

La doncella hizo una reverencia, se sentía identificada con el druida por el parentesco entre sus familiares. Kyatto imitó a su ama, el grandioso jaguar era un solemne referente para el animal. Zola no podía contener la emoción, había esperado con tanta devoción ese momento que le parecía mentira estar frente al primer portal del camino de los erernis.

- ¿Qué esperas, Ennol? –dijo la maestra– ¡Ábrelo!

Ennol se acercó con la llave, la emoción no le permitía mantener el pulso firme, introdujo suavemente la llave en un pequeño orificio en la boca del jaguar, sintió cómo el metal encajó perfectamente; con un poco de nerviosismo giró la llave. Una intensa luz cardenillo brilló delimitando el umbral del arco antes marcado por las enredaderas, la pared de piedra se retiró lentamente hacia atrás, dejando solo el resplandeciente borde. Poco a poco la luz se esparció hasta formar un hermoso manto celeste. El portal había sido abierto, los hechiceros observaban asombrados la puerta que conduciría a Ciudad Titán.

- ¡Nadie se mueva! –dijo Zola–. Si pretenden conservar sus recuerdos no se atrevan a cruzar el portal.

- ¿Nuestros recuerdos? –Ennol no entendía de qué hablaba Zola.

- La materia que conforma tu cuerpo es parte del universo, no existe ningún problema si visitas otro plano –Zola movía sus manos como si se preparara para invocar un hechizo muy complejo. –Tus recuerdos, en cambio, siempre pertenecerán a esta dimensión, si cruzas ese portal, no recordarás ni siquiera tu nombre. ¿Todos tienen sus collares de ónice?

- Sí –respondieron todos al unísono.

- Acérquenlos –la mano de la maestra emitía un ligero brillo carmesí–. Ahora evoquen en sus mentes la memoria más antigua que recuerden.

Los guardianes obedecieron las instrucciones de Zola, cuando todos parecieron conectar con sus recuerdos la hechicera liberó la gran energía que apresaba su mano en siete rayos escarlata, cada uno golpeó la cabeza de cada aventurero. Ennol sintió que la energía le arrebatava todos sus conocimientos, experiencias y recuerdos, miles de partículas de escarcha luminosa estallaron sobre las cabezas de los hechiceros, eran sus recuerdos; por segundos el muchacho no supo dónde estaba, quién era, ni quiénes eran todas esas personas a su alrededor. Uno a uno los recuerdos fueron absorbidos por los ónices, cada vez que el collar de Ennol recuperaba una partícula de escarcha el muchacho recordaba de inmediato el evento correspondiente, la piedra negra absorbió todos sus recuerdos, emitía un ligero brillo azul en su interior. Zola se acercó a verificar el color del ónice de Ennol.

- Tu magia es azul, magia tranquila pero poderosa –Zola había finalizado el hechizo con éxito–. Cuida tu ónice, él guardará tus recuerdos, al menos hasta regresar a esta

dimensión.

Uno a uno los guardianes fueron atravesando el brillante portal cardenillo, Ennol y Zola fueron los últimos en cruzar. El muchacho observaba la escultura del jaguar detrás del portal.

-¿Cómo cerraremos el portal una vez que crucemos? –Ennol preguntó intrigado–. El portal nos llevará a otro plano antes de poder utilizar nuevamente la llave.

-Supongo que el portal se mantendrá abierto para siempre.

-Solo espero que esos soldados no lo encuentren –dijo Ennol con preocupación, mientras le entregaba la llave a la maestra–. Estoy harto de tener que huir de ellos.

-No te preocupes –Zola se arrodilló y tocó las paredes–. Todas estas piedras son ornamentales, el puente resistirá si tomo prestada toda esta fachada.

La hechicera demostró nuevamente su dominio de la alquimia y construyó una pared falsa frente al portal.

-Esto disimulará la presencia del portal. Por cierto... –Zola abrió su gran bolso y sacó el maletín, el bolsillero y la mochila de Ennol–. Creo que esto es tuyo.

Ennol recibió de vuelta sus pertenencias, estaba un tanto asombrado de que aquel bolso pudiera cargar tantas cosas.

-Es un bolso mágico, guarda tres veces su tamaño, de igual manera es tres veces más ligero –dijo Zola mientras aseguraba con fuerza el bolso.

-Ahora entiendo –susurró el inventor.

-Deben ser aproximadamente las once de la noche –comentó la maestra mientras miraba la luna–. Recuérdalo, no sabemos qué hora será en la otra dimensión. Vamos, no perdamos más tiempo.

Zola y Ennol cruzaron el portal, el muchacho había imaginado por tanto tiempo cómo sería la famosa ciudad del coloso, le había dado vida en su mente tantas veces y de tantas maneras distintas, que solo podía esperar que aquella ciudad se asemejara tan solo un poco al mejor de sus esbozos, estaba harto de violencia y persecuciones, el muchacho solo quería encontrar un lugar donde descansar y aprender sobre magia y alquimia.

El viaje fue rápido, en menos de un parpadeo Ennol se encontró nuevamente



junto a su equipo, no podía distinguirlos bien ya que el cuarto donde se encontraban estaba sumido en la más profunda oscuridad, el parco brillo del portal no era suficiente para combatir la negrura de las tinieblas. Zola entornó sus ojos intentando percibir alguna señal que le indicara dónde se encontraban, después de pocos segundos la hechicera encendió su palma para iluminar el área, la luz carmesí brillaba con timidez desde la mano de la anciana, Ennol entendió que su maestra estaba siendo cauta al no utilizar un candil muy intenso pues podrían encontrarse sobre territorio hostil.

-Thea, ¿ves algo?

La escasa luz que irradiaba Zola era suficiente para que Thea pudiera inspeccionar el lugar, la muchacha podía observar a través de los ojos de Kyatto.

-El lugar está vacío –respondió la muchacha.

-¡Minwe! ¡Reno! –susurró la maestra y con un gesto solicitó a los hechiceros que la imitaran.

Minwe encendió su palma con luz plateada y Reno hizo brillar sus magnetitas. Los aventureros exploraron el cuarto con cautela, al parecer se encontraban en una cámara subterránea, Zola iluminaba una pared de piedra que había sido parcialmente demolida por las fuertes raíces de un árbol, los ladrillos estaban infestados de musgo y hongos y habían sido carcomidos por el tiempo. Ennol tenía dificultades para respirar, el aire estaba viciado y apestaba a humedad.

-¿Dónde diablos estamos? –preguntó intrigado Reno, mientras revelaba extrañas esculturas empotradas en las paredes.

-Parece una especie de cripta –respondió Thea, quien también había descubierto las estatuas en la pared opuesta.

Zola se atrevió a iluminar un poco más, la luz de su mano se tornó más intensa para mostrar la totalidad del cuarto. Era una habitación rectangular relativamente pequeña, estaba construida de roca, en las paredes de los lados se encontraban cuatro estatuas de piedra, al parecer el tiempo y la humedad las había carcomido, lo suficiente para no poder distinguir sus rostros ni sus detalles.

-No creo que sea una cripta, Thea –refutó Zola al verificar que no había ninguna tumba-. Me parece que nos encontramos en un pasadizo.

-Esperaba que nos recibiera un lugar un poco más amigable –dijo Minwe un tanto molesta.

-No, Minwe –respondió Zola–. Recuerda que los erernis no están completamente de acuerdo con que los humanos encontremos este camino. No esperes que nos traten con lujos. Lo que me intriga es dónde está la salida.

Una vez que la maestra verificó que se encontraban en un lugar seguro se animó a iluminar por completo el sitio; efectivamente, el cuarto no tenía salida, la distribución de la habitación era muy absurda, ya que en el extremo opuesto al portal se levantaban unas escaleras que conducían directamente al muro que cerraba el cuarto.

- ¿A dónde llevan esas escaleras? –questionó Ennol con indignación–. Quien sea que haya diseñado esta cámara era un idiota. ¿Cómo se supone que saldremos de aquí?

-Tal vez las estatuas tengan algo que ver, debe haber una razón por la cual están aquí –dijo Thea mientras inspeccionaba las esculturas.

-Tienes razón, muchachita –respondió Zola–. Los erernis no nos dejarán el camino fácil, es seguro que nos pondrán más de un acertijo.

Zola se dirigió hacia el muro donde estaban las gradas, lo examinó minuciosamente y encontró que en él estaba tallado en bajorrelieve un gran círculo, el moho no permitía distinguir con claridad los glifos que estaban escritos en su interior, el centro de la circunferencia era un orificio de unos cinco centímetros de diámetro. La anciana estaba perdiendo la paciencia, puso sus manos sobre la pared para intentar transmutarla; era evidente, por las escaleras, que la salida estaba en esa dirección, las manos de la anciana brillaron como de costumbre, pero la piedra se mantuvo firme ante el intento de transmutación.

- ¡Rayos! Este glifo no me permite utilizar la alquimia en esta pared. Ennol, tú eres el experto en resolver este tipo de enigmas.

Pero Ennol no hizo caso al último comentario de su maestra, estaba junto a Thea examinando las estatuas, se encontraban en verdad deterioradas, no se distinguía ninguna runa o escrito que les permitiera resolver cuál era la salida.

-Es inútil –exclamó Thea–. La mayoría de las estatuas están tan corroídas que han perdido sus brazos, al parecer eran las esculturas de alguna clase de guerreros.

-Estoy de acuerdo –respondió Ennol mientras examinaba otra de las estatuas–. Esta conserva sus brazos y un pedazo de lo que asumo fue una lanza o una espada. Es obvio que son guerreros.

Tres largas horas se escurrieron en la inútil búsqueda, Minwe y Mo habían desistido por completo, mientras que Zola y Ennol se rompían la cabeza intentando descifrar si aquel extraño bajo relieve era algún tipo de acertijo. Thea se había quedado dormida junto a su gato, estaba agotada por el arduo trabajo del día anterior. Reno, por su parte, había iniciado una nueva búsqueda, esculcaba en una esquina lo que parecía ser un montón de rocas apiladas, después de retirar un par de mohosas piedras el hechicero encontró una especie de plato, algo así como un escudo de guerrero. En un inicio el anciano pensó que era una pieza de piedra, pero al verificar con cuidado descubrió que se trataba de una reliquia de bronce. El hechicero utilizó un poco de alquimia para limpiar el plato de moho y hongos.

- ¡Zola!, tienes que ver esto –dijo Reno después de constatar que el escudo tenía un orificio en el centro, tal como el círculo tallado en la piedra.

La hechicera se acercó y, al ver el escudo, sentenció:

-Por un momento pensé que nos quedaríamos aquí por años, pero al parecer la respuesta fue mucho más evidente de lo que me imaginé. Es obvio que este escudo es la llave que abrirá la puerta en este muro.

Zola le arrebató el plato a Reno y sin dudarlo lo colocó sobre la circunferencia tallada en el muro de piedra. La pieza fue atraída violentamente por una fuerza magnética que Zola no pudo explicar. El escudo encajó a la perfección e inmediatamente su silueta empezó a irradiar un intenso brillo dorado.

- ¿Qué fue ese sonido? –dijo Thea, quien despertó por el estruendo.

La doncella volteó su mirada hacia Ennol y los demás, después de pocos segundos una gran piedra rectangular cayó violentamente sellando por completo el portal por el que habían ingresado.

- Esto no me gusta nada –susurró Ennol.

El suelo empezó a temblar, lentamente las piedras que estaban desperdigadas por el suelo iniciaron su retorno al lugar a donde pertenecían, las corroídas estatuas clamaban las partes que el tiempo les había arrebatado, poco a poco los guerreros se levantaron de su largo sueño. El plato de bronce iluminaba cada vez con mayor intensidad, convirtiendo con su brillo las porosas rocas en bronce sólido y pulido, la

habitación entera resplandecía y presumía los lujos más ostentosos. Finalmente, las cuatro estatuas recuperaron su apariencia original: fuertes guerreros empuñaban largas lanzas de combate, vestían pesadas armaduras e imponentes cascos que cubrían gran parte de su rostro, en sus pecheras estaba la impronta del emblema de los erernis: una copa vacía sobre un libro abierto.

- Efectivamente son guerreros –exclamó Thea mientras retrocedía lentamente.

- Y al parecer los mismos erernis los escogieron para asegurarse de que nadie abandonara esta cámara –resolvió Mo.

Los aventureros se ubicaron sobre las gradas, las estatuas de bronce emprendieron su lento paso, poco a poco se acercaban con sus lanzas apuntando directamente a los hechiceros. Mo fue el primero en atacar, no iba a permitir que nadie amenazara a Minwe ni a su maestra, el pequeño se abalanzó con sus espadas, pero todos sus ataques fueron inútiles, a duras penas consiguieron despostillar levemente el bronce macizo. Mo esperó un fuerte contraataque por parte de la estatua, pero esta se dirigió directamente hacia Zola, quien esperaba justo en el centro del graderío.

- Van hacia ti, Zola –gritó Reno–. Tú fuiste quien activó el mecanismo.

- Sí –asintió la anciana–. Seguramente soy su principal objetivo, pero veamos si pueden conmigo. ¡Cúbranse todos!

La maestra lanzó un certero misil de fuego, directo a la cabeza de la estatua más cercana, el estallido fue abrumador, el bronce de la cámara repelió al sonido haciéndolo resonar intensamente, todos los hechiceros quedaron parcialmente sordos, para mayor desgracia, el proyectil solo consiguió manchar de hollín el rostro de la estatua que cada vez se acercaba más.

- ¡No hay manera de detenerlos! –exclamó Minwe–. El bronce es demasiado fuerte.

- ¡Entonces hay que utilizar algo tan fuerte como el mismo bronce! –gritó Zola, quien había descifrado la manera de detener a las estatuas.

La primera estatua estaba ya muy cerca de Zola, si bien los guerreros eran muy resistentes, eran también extremadamente lentos, sería fácil evitar sus ataques. Zola se decidió a atacar, esta vez se acercó a la estatua con rapidez y tocando el dorso de esta hizo un sencillo conjuro de alquimia, el bronce de los pies de la estatua se fusionó inmediatamente con el bronce del piso. La efigie continuaba muy cerca de Zola, levantó su larga lanza y la puso en posición horizontal, Reno sabía que se preparaba

para un ataque, sin pensarlo tocó la parte posterior de la lanza e imitando a Zola la transmutó para fusionarla con la pared lateral. La estatua había quedado completamente neutralizada.

Thea, al ver a su maestro supo lo que tenía que hacer, no perdió el tiempo y tras una voltereta se colocó a espaldas de la segunda escultura, utilizó la alquimia para fusionar las extremidades del guerrero con el suelo y el techo. Al parecer la batalla estaba ganada, dos de las estatuas habían sido neutralizadas y las dos estatuas que quedaban activas no podían acercarse porque sus compañeras obstaculizaban su paso. Zola, Reno y Thea se disponían a terminar con las estatuas restantes, pasaron hacia la parte posterior del cuarto, Zola se inclinó sobre su paso para engañar a la lenta escultura; cuando estaba a punto de transmutarla, la estatua desapareció de repente para aparecer en una fracción de segundo frente a Minwe, quien esperaba junto a Ennol en el centro del graderío.

- ¡Maldición! –gritó Zola–. ¡Pueden teletransportarse!

La estatua guerrera tenía su alabarda lista justo en dirección al corazón de Minwe, quien alcanzó a invocar un fuerte hechizo de protección, la esfera violeta consiguió frenar el ataque, pero la fuerza de la estatua era descomunal. Minwe fue arrastrada varios metros atrás y quedó prisionera entre la punta de la lanza y el escudo de bronce que brillaba en la pared, el brillo violeta del hechizo contenía con dificultad la desmesurada fuerza del guardián, faltaba poco para que la esfera cediera. Ennol se abalanzó al suelo, no tuvo tiempo de pensar en nada, simplemente actuó, respiró profundo y con las manos sobre el piso transmutó el bronce... el conjuro fue tan poderoso que la escultura se rompió en cientos de pedazos atraídos violentamente por las paredes, el techo y el piso. La misma explosión ocasionó que Minwe y Ennol salieran disparados y golpearan contra los muros.

- ¡¿Qué fue eso?! –exclamó Zola.

La última estatua se teletransportó justo frente a Ennol, quien estaba golpeado tras la explosión, el muchacho no tenía la fuerza suficiente para repetir el mismo conjuro nuevamente; Minwe estaba inconsciente, no podría ayudar con un hechizo de protección. La estatua levantó su lanza, Ennol intentó desesperadamente ponerse de pie, el guerrero arremetió con fuerza ante la atónita mirada de Zola, quien imaginaba lo peor, el muchacho alcanzó a ovillarse y dejarse caer a un costado, el golpe retumbó

seco contra el muro. Reno imaginó que aquella lanza atravesó por completo la humanidad de Ennol para finalmente impactar contra el compacto muro de bronce, pero la realidad fue muy distinta: Ennol estaba intacto, yacía recostado con su mirada fija sobre la estatua, quien había incrustado su lanza dentro del orificio del escudo, finalmente el guerrero giró la alabarda. Uno a uno los mecanismos de la puerta se fueron activando, la gran piedra rectangular que sellaba el portal se elevó hasta su ubicación original. Ennol permaneció inmóvil, preso del pánico, el entendimiento no le alcanzaba para saber qué era lo que había pasado.

-¡Quietos todos! –exclamó Zola, al ver que Reno y Thea se disponían a levantar a Ennol.

Los hechiceros se detuvieron al instante, la estatua ahora empujaba vigorosamente la pared, a medida que el plato giraba el bronce desaparecía de los muros, las estatuas se transformaron nuevamente en piedra enmohecida, las gruesas raíces volvieron a derribar las húmedas paredes de roca, el metal se volvía polvo. Solo la gran puerta que empujaba la estatua continuaba emitiendo haces color bronce. Paso a paso el guerrero fue subiendo las escaleras, empujando la pesada puerta, construyendo con su andar un nuevo pasadizo, una salida.

-No lo puedo creer –exclamó Zola al ver lo tonta que había sido.

Reno asistió a Minwe, quien se había despertado bastante golpeada, el grupo siguió de cerca los pasos de la estatua, mientras caminaban no dejaban de pensar en lo que había sucedido.

-Ya no estamos en Ian, ¿verdad? –comentó Ennol, él también había resuelto lo afortunados que fueron.

-Tuvimos mucha suerte –dijo Zola.

-Es evidente que ahora estamos en tierra ererni –afirmó Reno un tanto molesto–. Debemos recordar que ellos son un pueblo pacífico. ¿Cómo no nos dimos cuenta de que las estatuas querían ayudarnos?

-Nos hemos acostumbrado a ser atacados, nosotros solo intentamos defendernos –argumentó Thea.

-No, nunca fuimos atacados –refutó Reno–, las estatuas solo se acercaron, nosotros asumimos que nos atacaban y las agredimos.

-Era una prueba –resolvió Zola–. Los erernis querían verificar que quienes ingresaran a su ciudad fueran seres pacíficos. No dejó de pensar qué hubiera sucedido si

destruíamos también a la cuarta estatua.

-Hubiéramos muerto ahí –contestó Ennol–. Tenías razón, Thea, ese cuarto estuvo a punto de ser una cripta.

-Los erernis acaban de demostrar lo que nosotros venimos a desmentir –comentó Zola– pero es imposible negar que tienen razón, los humanos somos por naturaleza agresivos, arrastramos un pasado sangriento, nos hemos acostumbrado a la violencia, incluso nosotros, los guardianes que buscamos la paz. Si cualquiera de nosotros hubiera estado en condiciones de destruir a la última estatua lo habría hecho.

-Yo no –argumentó Minwe–. Yo solo la hubiera evitado con mis hechizos de protección.

Zola sonrió, sabía que su aprendiz hablaba con la verdad. La hechicera recordó que la razón por la que todos estaban ahí era Minwe, tal vez ella fue la razón por la que todo sucedió de esa manera, tal vez su aprendiz fue la razón por la que tuvieron suerte.

-Es verdad, Minwe, discúlpame... tú no hubieras atacado.

La maestra recuperó la calma después del breve comentario de la doncella. La estatua continuó empujando la puerta por casi una hora, el pasadizo era tan largo que Ennol ya no podía distinguir la cámara del portal. El guerrero de bronce hizo su último esfuerzo, un sordo sonido reveló que la puerta había llegado al final del trayecto, poco a poco la luz del sol se filtró por los bordes del umbral, convirtiendo todo el bronce en polvo, el viento sopló con fuerza y se llevó en un remolino las cenizas restantes de la estatua. Los rayos del sol ingresaron agresivos, encandilando los ojos de los aventureros. Ennol fue el último en incorporarse, acostumbró sus ojos a la luz para descubrir el espectáculo más maravilloso que había visto en su vida.

Amanecía en la Ciudad del Titán; salvo por Zola era la primera vez que los hechiceros recibían la luz de otro sol. Estaban en una colina elevada que les permitía ver gran parte de la colosal ciudad, todo lo que Ennol había imaginado, todos los bocetos que su mente creó intentando satisfacer su sed de magia, no eran ni la centésima parte de la esplendorosa ciudad. El alquimista imaginó una ciudad interminable, llena de avenidas que atravesaban el horizonte, imaginó edificios que topaban las nubes y puentes que conectaban sus puertas, imaginó templos enormes y vastas catedrales, imaginó todo lo que ya había visto, simplemente que a una escala inmensurable.

-Contemplan la Ciudad del Titán –dijo la maestra–. Y recuerden que en este plano el mundo no se llama Sorta sino Bérmelon.

Al ver la ciudad Ennol comprendió dos cosas: la primera fue que el nombre de la ciudad no se debía a su colosal tamaño, como había supuesto, sino a que la ciudad entera era un verdadero titán, los hechiceros podían distinguir claramente la figura humanoide del coloso. Lo segundo que comprendió Ennol fue la razón por la que esta ciudad era una de las seis ciudades andantes, cuando Zola le habló de esto el muchacho pensó que las ciudades podrían transportarse entre planos, pero nunca imaginó que la ciudad entera podría caminar sobre su propia estructura.

El Titán fue la primera ciudad andante construida por los erernis, solo las mentes más brillantes pudieron construir semejante maravilla de la arquitectura, de la ingeniería y del paisajismo. Ennol pudo percibir que la ciudad entera se movía, el horizonte se desplazaba lentamente y cada cierto tiempo la tierra se estremecía tras cada paso del coloso. Los hechiceros estaban paralizados por el espectáculo, se encontraban sobre una extensa superficie de césped, justo sobre el orificio que conducía al largo túnel por donde vinieron, finas barandas de hierro decoraban y limitaban el acogedor mirador que conformaba la superficie superior del hombro derecho de Ciudad Titán. En la cima, un enorme roble se retorció como una espiral antes de liberar sus amplias ramas que brindaban a los hechiceros una cómoda sombra matinal.

Ennol caminó varios metros hasta alcanzar el fuerte roble que allí crecía, el muchacho subió hasta la rama más alta, desde allí lo observaba todo con claridad. Si miraba hacia abajo, a lo lejos, se distinguía la enorme pierna derecha del coloso dando un largo paso. Ennol identificó diferentes anillos de concreto que se apilaban uno sobre otro para formar la fisonomía del muslo, cada anillo tenía diámetros distintos, lo que creaba voluminosos voladizos que rodeaban a una gran torre central. Sobre esta maciza estructura se implantaban las coloridas viviendas; las parcelas que dibujaban los tejados de las pequeñas casas se distribuían caóticamente alrededor del gran cilindro que rodaba y rodaba como una escalera de espiral. En algunas áreas de la estructura existían grandes vacíos que contrarrestaban la excesiva solidez del coloso, las concavidades estaban abarrotadas de árboles y jardines, Ennol pensó que incluso podría tratarse de huertos, dichos invernaderos brindaban espacios internos que



conectaban la torre central con el entorno y el magnífico firmamento. Finalmente, un anillo de diámetro superior finalizaba la estructura para separarla de la rodilla.

Una gran esfera de luz blanca brillaba intensamente entre el anillo final del muslo y el anillo inicial de la pierna, la rodilla del gran coloso y todas sus articulaciones estaban hechas de una especial energía que repelía las estructuras y evitaba la fricción entre sus miembros. Una nueva consecución de aros y el juego de tamaño de sus diámetros daban forma a la canilla, pantorrilla y tobillo de la antepierna, un nuevo nódulo de energía blanca los separaba del pie. Grandes plataformas apiladas sobre dos nodos energéticos creaban la forma alongada del pie, el vigoroso brillo bajo la planta inferior irradiaba un fuerte campo magnético que le permitía al coloso desplazarse con levedad, los fuertes pies del titán apenas tocaban el suelo tras cada paso.

No podía faltar la colorida vegetación que daba vida a las calles y a los jardines, las piedras retorcidas de los muros aglomerándose de manera perfecta, sin dejar un espacio vacío. Las callezuelas se entrelazaban como en un laberinto tridimensional, cada casa en el lugar adecuado y de la forma ideal, eran parte de un todo llamado Ciudad Titán. Las articulaciones le brindaban al gigante la flexibilidad necesaria para desplazarse. Después de unos minutos la pierna derecha del coloso se escondió bajo el vientre de la ciudad, ahora era la pierna izquierda la que se asomaba a lo lejos, cada paso tardaba unos minutos.

Ennol elevó su mirada hasta encontrarse con el dorso de la metrópolis, su estructura repetía el mismo sistema de plataformas seriadas, grandes hileras de casas se abarrotaban en el frente, miles de balcones y ventanas disponían de la mejor vista al horizonte, y largos puentes colgantes conectaban los diferentes barrios hacia los caminos internos de la ciudad. La vegetación siempre acompañaba a la arquitectura, la embellecía sobremanera. En el centro del tórax, un poco a la izquierda, justo a la altura del corazón, se abría una gran cavidad circular donde brillaba una espléndida esfera de energía, la más ostentosa de todas, una enorme arandela de un metal resplandeciente enmarcaba y protegía al vital núcleo, la pieza metálica giraba lentamente como el engranaje de un reloj; Ennol supo de inmediato que esta gran esfera era la responsable de distribuir la energía a toda la ciudad.

A la distancia, tras el pecho del titán aparecía el brazo izquierdo surcando el viento con ímpetu, sobre el dorso de la mano se distinguía una gran llanura de césped, cada nudillo era una plazoleta de adoquín que conducía a la entrada hacia los dedos del titán, cada falange constituía una torre diferente, llenas de colorido y vida, abarrotada de vegetación. A pesar de la distancia, se observaban los balcones y las arquerías que los rodeaban.

Finalmente, Ennol miró hacia arriba, allí estaba la cabeza de la ciudad, el alquimista asumió que se trataba de una terraza plana, la distribución de las casas en el frente del rostro representaban las facciones del coloso, a pesar de no poder verlo, el muchacho intuía que dentro de este bloque craneal se encontraba el centro de mando o algún tipo de cuarto de calderas. Dos aberturas elípticas encerraban los núcleos correspondientes a los ojos, el fuerte balaustrado de concreto que bordeaba la parte inferior de los párpados sugerían que estas cámaras eran puntos de observación estratégica.

Dentro del aparente caos que diagramaban las casas y los senderos de la ciudad se distinguían ciertos edificios que resaltaban sobre el resto, por ejemplo, en el brazo izquierdo se encontraba un gran coliseo; en el torso, bajo el corazón, se podía resaltar un templo que aparentaba gran importancia; sobre el hombro opuesto al que se encontraban los hechiceros se levantaba el observatorio, todo lo que Ennol divisaba desde el roble alimentaba la gran duda que el alquimista había concebido pocos minutos atrás: ¿cómo encontrarían al Tatuador en un laberinto de esta magnitud?

- ¿Y ahora qué? –preguntó intrigado Reno.

- Necesitamos un lugar seguro donde instalarnos –afirmó Zola–. Preferiría que fuera una biblioteca o algún sitio donde podamos investigar.

- No nos queda otro remedio que comenzar a buscar –añadió Thea–. Nos tomará mucho tiempo aprender a ubicarnos aquí, no estamos acostumbrados a desplazarnos de arriba a abajo.

- Es verdad, no olvidemos tener cuidado –advirtió Zola–. Si bien es cierto que la ciudad fue abandonada por los erernis, todavía debe estar invadida por humanos.

Zola no terminaba de decir su comentario cuando una gran explosión se efectuó en el vientre de la metrópolis, los hechiceros escucharon disparos, gritos y estallidos. Grandes bocanadas de humo emergían de la casa que había explotado.

-Hablando del demonio –comentó Thea–. Será mejor que no perdamos el tiempo. Necesito urgentemente descansar y comer.

Los hechiceros abandonaron el mirador que coronaba el hombro derecho del coloso, bordearon la colina hasta encontrar una escalera de caracol que descendía por los límites externos del brazo del titán hasta llegar al primer anillo voladizo. La ciudad tenía una perspectiva completamente distinta cuando se la observaba desde una escala cercana, las casas se distribuían a los lados de un sendero principal que giraba como una serpentina alrededor de una gran torre central, varios callejones radiales atravesaban el volumen para acceder a la ciudad interior. El aspecto de las casas evidenciaba el tiempo de abandono. A pesar de su mal estado la Ciudad del Coloso mantenía un especial atractivo, cada rincón emanaba un aire acogedor y hospitalario, cualquier lugar de esta ciudad sería un buen albergue.

Los guardianes descendieron un largo trecho, llegaron a una plaza que conectaba el sendero periférico con una gran concavidad de aproximadamente tres niveles, una bóveda nervada de concreto techaba esta especie de claustro, en las fachadas laterales sobresalían varios volúmenes aportillados que parecían ser extensiones de las viviendas interiores, en la fachada frontal se abría un corpulento arco de medio punto que daba la bienvenida hacia el interior de la ciudad. Ni siquiera Zola podía imaginar la intensa travesía que los esperaba detrás de aquel umbral de concreto, la Ciudad del Coloso era un territorio que pocos podían entender, era el lugar perfecto para no ser encontrado, no por nada el Taumaturgo había escogido esta maraña de casas y caminos para ocultarse.

## 11 – GOVIAT

Aquella noche fue distinta, para muchos fue una madrugada más en la ciudad de lan, el aire olía igual, la luna brillaba igual, el viento ululaba igual, los pueblerinos descansaban en sus casas, exactamente como lo hacían todas las noches. El frío calaba igual, el tiempo transcurría igual, la ciudad entera callaba igual. Solo aquel que poseyera la más fina percepción hubiera sentido aquel extraño temblor en la piel, ese que solo se siente cuando algo macabro está a punto de suceder. También hubiera sentido adormecidas las palmas, el aliento metálico y un desesperante escalofrío en la espalda; hubiera aborrecido su ánimo lánguido y experimentado mareos y arcadas, sin embargo, la única hechicera capaz de percibir la víspera de una muerte había abandonado la ciudad de lan esa misma noche.

Mientras el sol dormía, una reunión secreta estaba a punto de efectuarse en las oscuras entrañas de la ciudad de lan. Moreb y Seth caminaban por un callejón, el comandante arrastraba con crueldad a un rehén, a pesar del gran tamaño del cautivo el soldado lo sometía sin esfuerzo, el individuo había sido brutalmente golpeado, su cara desfigurada se teñía de la sangre que brotaba a borbotones por su boca, faltaba muy poco para que la víctima cayera inconsciente. Los hombres atravesaron una oscura cámara, los adoquines enrojecían a medida que Seth arrastraba el cuerpo ensangrentado. La gran puerta negra yacía al final del callejón, la pequeña campanilla de plomo esperaba nuevamente el llamado de los lacayos, Moreb hizo lo suyo, invocó un rayo sónico para hacer resonar la campana, las puertas se abrieron lentamente.

- Moreb –dijo una áspera voz–. Veo que has traído a tu mascota como solicité.

- Así es, maestro –Moreb inclinó su cabeza, demostrando respeto a su amo–. Este es Seth, el comandante del que le he hablado.

Seth a duras penas hizo un ademán de reverencia, había soltado al prisionero, quien se retorció sobre el frío piso, el soldado parecía no darle importancia al sujeto tras la puerta negra.

- Al parecer el comandante es bastante arrogante –musitó la extraña voz–. Cuéntame, Seth, ¿a quién tienes ahí?

- Es el posadero de La Marmota –Seth pisó fuertemente el cuello de su rehén–. Ha pretendido engañarnos fingiendo ser un malhechor, pero mis soldados lo han visto más

de una vez conversando con d’Jinn, lo he torturado y ha confesado información importante.

- No escatimes, cuéntamelo todo.

- Para empezar, la anciana que lidera el grupo es Zola Kendal, considerada la hechicera más veloz de Sorta, la doncella que la acompaña es Minwe Fiala, la Portadora de Sadek.

- ¡Excelente! –exclamó la voz.

- Los guardianes se han escondido por semanas en el despacho de un antiguo aliado... Renvel Lecont, el anciano no está entrenado en el arte de la guerra pero es el principal consejero de Zola, el hechicero ideó un sistema de portales al que solo se puede acceder con un collar de ónice.

- Al parecer tu amigo tabernero tenía mucho que decir –comentó Moreb.

- ¡Ja! Mis métodos de tortura son muy efectivos –Seth sonrió con malicia mientras aplastaba el cuello de Gastón.

- Zola Kendal... –susurró intrigada la voz tras la puerta-. La necia mujer consiguió dominar los portales. ¿Cuántas dimensiones habrá visitado? ¿Cuántos hechiceros habrá conocido? No me cabe la menor duda de su poder... Cuéntame, ¿quién más está con ellos?

- La aprendiz de d’Jinn es un señuelo, está bien entrenada en las artes de defensa y capta su energía de su gato. Los acompaña también el primer marcial de Sadek, un hada muy diestra con las espadas, tiene la habilidad de hacerse invisible.

- Y, ¿has averiguado algo más sobre el muchacho? –preguntó la voz.

- El muchacho es Ennol, el tabernero no conoce su apellido, al parecer es un simple aprendiz, pero he averiguado algo muy interesante sobre él –Seth sacó una gran astilla que guardaba en su bolsillo-. Hoy el muchacho se encargó de escoltar a la Portadora durante su escape, nos tendió una emboscada en un callejón, utilizó alquimia para encerrarnos entre madera y roca.

- Y, ¿eso qué tiene de interesante? –preguntó Moreb irritado.

- Fíjate en esta muestra que tomé del muro que transmutó el muchacho –Seth le entregó la astilla a Moreb.

- ¡Los materiales están completamente fusionados! –exclamó asombrado Moreb-. ¿Cómo pudo hacerlo?

- Un alquimista universal –respondió con preocupación la misteriosa voz-. Esto nos va a traer muchos problemas, ese muchacho puede transmutar la materia a su antojo, es un poder que muy pocos poseen, no quiero ni pensar lo que pasaría cuando el mocoso

descubra la magia.

La misteriosa voz calló por varios segundos, la última noticia no fue de su agrado, al parecer todos sus planes se vieron truncados por Ennol.

- ¡Elimínalo lo más pronto posible! Zola sabrá darle un excelente uso a la habilidad de ese muchacho, es tan importante como eliminar al mismo Tatuador... por cierto, ¿qué saben de esa sabandija?

- Falta poco para encontrarlo –Seth hablaba con seguridad–. Hemos descubierto el portal que conduce a Ciudad Titán, la misma Zola nos indicó el camino... mi equipo los sigue de cerca, no atacaremos hasta que nos conduzcan al Tatuador.

- ¡Muy bien! –exclamó la voz–. Una vez muerto el Tatuador, no quedará esperanza para la Portadora, solo será cuestión de tiempo... He llamado a una aliada, es evidente que tus hechizos y tus armas no son suficientes ante Zola y su equipo, los refuerzos llegarán pronto. ¿Tienes más información?

- No –respondió Seth–. Eso fue todo lo que habló el cantinero.

- Ya no nos servirá más –la voz permaneció en silencio unos instantes–. Aniquílalo, hazlo con tu arma, quiero ver si es tan devastadora como me han contado.

Seth desenfundó su arma y la rastrilló de inmediato, apuntó directamente a la sien de Gastón, el corpulento cantinero a duras penas podía moverse, con la poca fuerza que tenía consiguió darse la vuelta y observar los ojos de su verdugo. El comandante no detectó miedo, todo lo contrario, parecía que el tabernero le imploraba que disparara pronto, no era el dolor, a pesar de que Seth le había roto varios huesos, lo que Gastón no podía aguantar era la aguda culpa por haber delatado a Minwe; sabía que si Seth lo dejaba vivo nunca podría perdonarse. Fue débil, se rompió como un novato ante las crueles torturas de Seth, ahora Minwe y los demás estaban en peligro por su culpa. De pronto, varias gotas de lluvia cayeron sobre la cara de Gastón, el agua vino para purificar su conciencia y dejarlo morir en paz.

- Cuando usted ordene –dijo Seth.

- Hazlo de una vez –dijo la tenebrosa voz–. Que ya está lloviendo nuevamente.

- Tranquilo, no les contaré que fuiste tú –Seth meditó por unos segundos–. Pensándolo bien... será muy divertido delatarte.

El disparo resonó con fuerza, una bandada de pájaros huyó revoloteando al escuchar el estallido asesino, las irregulares callezuelas de la ciudad silenciaron poco a

poco al eco delator, para muchos fue un trueno que vino con la lluvia, para otros un común estallido en el laboratorio de un mago, otros ni siquiera se percataron del disparo que acabó con la vida de Gastón, durmieron tranquilos en sus camas, no sintieron el ánimo lánguido, ni temblor en la piel, ni siquiera un desesperante escalofrío, al fin y al cabo, todo en esa noche había sido igual.

\*\*\*

Los guardianes caminaron por más de dos horas en busca de un lugar seguro donde albergarse. La ciudad en el interior tenía una disposición indescifrable, sus caminos circulares, las innumerables encrucijadas y la carencia de referentes visuales hacían que los hechiceros perdieran completamente el norte. Reno tenía una brújula muy sofisticada, pero el artefacto solo consiguió confundirlos más, ya que los fuertes campos energéticos del coloso corrompían el normal funcionamiento del compás. Más de una vez los aventureros se llevaron una fuerte decepción al comprobar que habían dado vueltas en círculo, los hechiceros perdieron la percepción del espacio, una vez adentro del Titán nadie sabía si continuaban en el brazo, si habían alcanzado el antebrazo, o si entre tanta confusión habían ingresado al tórax de la metrópolis.

Después de varias vueltas desesperadas los hechiceros estaban agotados y no habían encontrado señales de una biblioteca o de algún lugar de similares características, Zola temía sobre todas las cosas haber invadido territorio humano, hubiera preferido disponer de un lugar que contara con ventajas estratégicas como vigilancia, fortificación y varias vías de escape, pero al ver el extremo cansancio de Minwe la maestra tuvo que conformarse con una humilde vivienda que había sido construida sobre uno de los tantos puentes que unían los anillos periféricos con el volumen central. La morada resultó mucho más cómoda de lo que imaginaron, contaba con dos habitaciones; Reno, Ennol y Mo se instalaron en una pequeña alcoba, mientras que Zola, Minwe y Thea escogieron el cuarto más amplio. Reno y Zola invitaron a todos a preparar la cena, aunque en ciudad Titán era apenas mediodía, el cambio de hora entre los planos confundía aún más a los aventureros.

Los guardianes cenaron como una familia, hace mucho tiempo que Ennol no participaba de una comida así; arroz soso preparado por Reno, una improvisada ensalada de nuez, lechuga y nabos y una exquisita receta que Zola hizo con hongos y

especias robadas de la cocina de Renvel. Ennol y Thea prepararon el jugo de zarzamora. Mo era un holgazán y se limitó a dar órdenes y a degustar las recetas. Minwe, por su parte, se quedó descansando en su alcoba, no fue un acto de vagancia, la muchacha siempre estaba dispuesta a colaborar pero desde el incidente en la biblioteca tenía problemas para recuperar sus fuerzas, se agotaba con facilidad, incluso sentía que sus hechizos habían perdido potencia. Zola le ordenó descansar, luego la llamarían para cenar.

A pesar de las preocupaciones por estar en una ciudad desconocida, los hechiceros encontraron un espacio oportuno para compartir, Reno imitaba la ociosidad de Mo mientras el hada enfurecida explicaba las razones por la que no participaba de la cocina; Ennol, Zola y Thea reían a carcajadas, burlándose de los torpes argumentos del hada. Zola felicitó a Thea por su soberbia aparición en la biblioteca, había conseguido patear a Moreb y estrellarlo contra el suelo; Kyatto se ovilló bajo el mesón de la cocina y escuchaba atento la conversación. En menos de lo que imaginaron los hechiceros ya se encontraban cenando. Minwe se integró una vez servida la mesa.

- ¿Te sientes mejor? –preguntó Zola

- Sí, mucho mejor –respondió la doncella no muy convencida, sus oscuras ojeras la contradecían.

- Debemos adaptarnos a la nueva hora –explicó la maestra–. Hoy nos tomaremos toda la tarde y noche para descansar, mañana Reno y Thea se despertarán temprano para reiniciar la búsqueda.

- ¿Y el resto? –preguntó d’Jinn.

- Nos quedaremos aquí, cuidaremos de Minwe mientras ella descansa, es evidente que algo le ocurre, no quiero exponerla a una batalla contra los humanos en estas condiciones. Mientras tanto, tú y Thea pueden localizar un mejor lugar para quedarnos, Kyatto ha demostrado ser un excelente explorador, además, es necesario encontrar una nueva fuente de alimentos, tenemos provisiones solo para dos días.

- Estoy de acuerdo –dijo Reno–. Dadas las condiciones, será necesario correr el riesgo.

- Muchas gracias –respondió Zola.

A Ennol le pareció muy extraño que Zola agradeciera a Reno, era muy orgullosa para hacerlo, sin embargo, aquella noche la maestra actuaba diferente, le preocupaba el estado de debilidad de Minwe, era muy importante para la anciana que Reno la apoyara en sus decisiones. Después de la plática, los hechiceros terminaron



de cenar en silencio, estaban exhaustos, Mo y Minwe fueron los primeros en retirarse a sus habitaciones, Thea se despidió pocos minutos después, Kyatto se había quedado dormido bajo la silla donde se sentó su ama. Ennol estaba a punto de quedarse dormido sobre la mesa, pero no lo haría hasta poder conversar con Zola sobre lo que había sucedido en el cuarto de las estatuas.

-No piensas ir a descansar –dijo Zola al ver a Ennol bostezando–. Pareces un muerto viviente.

-Zola... –Ennol aún no rompía su timidez ante su maestra–. Me estaba preguntando... allá cuando trasmuté la estatua...

-Sí me di cuenta, Ennol –interrumpió la anciana, antes de que su aprendiz terminara de manifestar su duda–. La verdad es que me tienes muy bien impresionada muchacho.

-Muchas gracias, maestra –Ennol continuó–. Pero... lo que pasa es que no lo entiendo... ¿Cómo pude efectuar el conjuro sin estar en contacto con mi fuente?... Porque, según me has enseñado, necesito de la música para poder utilizar la alquimia.

-Es verdad, necesitas la música... pero tu fuente es muy distinta a mi fuente, o a la fuente de Minwe o la de Mo. La música no es algo físico, la música es otro tipo de energía que se puede manifestar de varias formas.

-Renvel puede hacer magia sin la necesidad de escuchar música –intervino Reno–. Lleva la música dentro de él, la puede escuchar desde su interior.

-Eso tiene sentido –Ennol estaba muy confundido–. Pero para ser sincero, Reno, no estaba pensando en la música, no la escuché, ni afuera, ni adentro de mí, ni siquiera utilicé el topacio que me regaló Zola, simplemente hice lo primero que se me ocurrió para salvar a Minwe.

-Ennol, hay muchas cosas que no sabemos sobre ti –dijo Zola con tranquilidad–. Eres un alquimista universal, tú puedes hacer cosas que para el resto son imposibles, no te sorprendas si de repente descubres que ciertas reglas no se aplican a ti. Lo que sí te puedo decir es que dado el don que se te ha otorgado, tienes la responsabilidad de aprender a utilizar tus habilidades en su máxima expresión. Desde mañana retomarás tu entrenamiento, me encargaré de convertirte en el mejor alquimista universal que Sorta haya visto.

-Muchas gracias, Zola, estoy listo para aprender lo que sea necesario.

-Te felicito, muchacho –respondió Zola con una tierna sonrisa–. Ahora anda a descansar junto a tus compañeros.

Ennol se retiró mucho más tranquilo. Zola y Reno se quedaron conversando.

-Ennol aún no asimila la magnitud de su poder –comentó Reno–. Ese muchacho será un hechicero extremadamente poderoso, incluso más que tú, Zola, y lo sabes bien. No me imagino que pasará cuando descubra la magia.

-Tienes razón... ¿Viste la manera en la que despedazó la estatua? Su alquimia es tan potente que la canalizó por el bronce de todo el cuarto y aun así sobró suficiente energía para desintegrar la estatua. Si pudo hacer eso siendo apenas un aprendiz, no me imagino qué sucederá cuando se convierta en un experto. Tenemos suerte de que esté de nuestro lado.

-Bueno, basta de pláticas, sería bueno que tú también fueras a descansar, yo puedo encargarme de la primera guardia.

Las siguientes semanas fueron eternas, Reno, Thea y Kyatto salieron por varios días en busca de un mejor lugar para resguardarse, Zola tuvo que racionar la poca comida que les quedaba puesto que los exploradores no tenían éxito. No fue hasta el sexto día que Kyatto se escabulló entre sinuosas callejuelas para encontrar un hermoso templo en el borde externo del brazo izquierdo del gólem, el edificio estaba implantado sobre el anillo inferior que colindaba con el núcleo energético correspondiente al codo. El templo contaba con grandes ventanales que les permitían observar gran parte de la ciudad y disfrutar de una excelente vista al firmamento; contaba también con un enorme huerto en la parte trasera que conectaba el santuario con una de las concavidades destinadas al cultivo y a la crianza de animales, aquí los hechiceros encontraron árboles de frutos silvestres, hongos, hortalizas y algunos conejos que saltaban libres entre la vegetación, obviamente Thea se opuso a que los animales fueran sacrificados. En el nivel inferior del templo, Zola encontró una pequeña biblioteca que le permitiría investigar sobre la posible ubicación del Tatuador.

Ennol avanzaba vertiginosamente con sus lecciones de alquimia, Zola estaba realmente asombrada con el progreso de su aprendiz, el muchacho había aprendido a controlar su energía, su velocidad y precisión eran asombrosas. Durante las clases comprobaron que Ennol no necesitaba escuchar la música para acceder a su fuente, aun así, su alquimia era mucho más potente cuando el joven estaba en contacto con la música. Zola le enseñó a dominar los diferentes aspectos de la transmutación: forma, tamaño, color, material y cantidad. Le ayudó también a encontrar su propio estilo, le explicó que cada hechicero debe tener características que lo vuelvan único, le ayudó a crear nuevos conjuros que solo Ennol podría invocar, le habló de la importancia que

tienen los movimientos somáticos y el lenguaje corporal dentro de la invocación de hechizos y, dado el constante riesgo que corrían los guardianes, Zola le enseñó a defenderse utilizando alquimia. En tan solo tres semanas Ennol había avanzado varios niveles en la plataforma de la alquimia.

Si bien el éxito de Ennol alegraba sobremanera a Zola, la extraña debilidad de Minwe se seguía evidenciando, la doncella sufría desmayos con frecuencia y su semblante era cada vez más preocupante. Zola solo encontraba una posible solución: el Tatuador. La maestra tenía una teoría: Eona después de su primera conexión con Minwe estaba absorbiendo involuntariamente la energía de la doncella, pero una vez que el Tatuador ejecutara la fusión del asda, Eona podría liberar sus alas y dejar de depender de la energía de Minwe. Por las tardes los hechiceros se reunían en la pequeña biblioteca del sótano para buscar información que les revelara posibles lugares donde el Tatuador pudiera esconderse, pero todo intento fue en vano, los libros no tenían ninguna vínculo con “El Taumaturgo” ni siquiera el ingenio de Ennol pudo encontrar una pista esta vez.

Zola, acostumbraba observar la gigantesca Ciudad del Coloso a través de los ventanales del santuario, pasaba horas intentando distinguir entre las parcelas algún presagio que milagrosamente le revelara una respuesta. Más de una vez la anciana se preguntó si la ciudad caminaba hacia un destino o si deambulaba erráticamente por el mundo. Una tarde Ennol decidió acompañar a su maestra durante su cotidiana meditación.

- En algún lugar, entre este amasijo de concreto y teja, nos debe estar esperando –Zola buscaba desesperadamente una respuesta–. Cuando lo encontremos, Ennol, estoy segura de que Minwe y Eona restaurarán la paz entre razas.

- La paz es un sueño por el que vale la pena cualquier sacrificio –dijo Ennol–. Estoy seguro de que encontraremos nuestro destino, de cualquier forma lo haremos.

Zola miraba el conmovedor paisaje, ya hace un mes habían llegado y todavía no habían encontrado ni un leve indicio del Tatuador. El brazo izquierdo se pendulaba lentamente, poco a poco el costado del torso de la ciudad apareció para obstaculizar la encantadora vista, Ennol y Zola ahora veían una infinidad de casas frente a ellos.

- ¡Son demasiadas casas! –exclamó Zola–. No tengo idea por dónde empezar.

De repente, Ennol vio una extraña silueta que reptaba tras los árboles del invernadero, era una alimaña que trepaba por las arquerías y se fugaba escurridiza por la calle principal sobre el costado del dorso del coloso.

- ¡Qué demonios es eso! –gritó Ennol, mientras señalaba aterrado la gran concavidad del Titán.

- ¿Qué cosa? –preguntó intrigada la maestra, asombrada por la reacción de su aprendiz

- ¡Allí! Justo al frente.

Fue allí cuando Zola lo vio: algo enorme se arrastraba sobre los cultivos. La hechicera no pudo distinguir con claridad la totalidad de la bestia, que se escabulló hacia el interior de la ciudad, los hechiceros apenas pudieron observar las patas traseras del animal y las largas extensiones de su cola bifurcada que se retorcián como serpientes. Zola y Ennol se quedaron desconcertados, nunca habían visto una criatura de semejante magnitud.

Durante la cena de esa noche, maestra y aprendiz contaron al resto del equipo lo que habían visto, si hubiera sido solo Ennol seguramente no le habrían dado importancia, pero Zola nunca se equivocaba en lo que percibía, los hechiceros se mostraron nerviosos al escuchar a Zola respaldar la descripción que contó Ennol. A Minwe le aterraban las bestias, nunca había visto una, pero su maestra le había contado muchas historias sobre míticas criaturas temidas hasta por los más famosos magos. Ennol no se había puesto a pensar que el simple hecho de estar en otra dimensión posibilitaba la presencia de innumerables seres que él no conocía, incluso en su plano natal el inventor desconocía de la existencia de los caesarios. Los guardianes discutieron sobre posibles teorías acerca de la controversial criatura, finalmente se retiraron a dormir, esta vez le tocaba a Zola realizar la primera guardia, a pesar de que no habían sido atacados desde que llegaron a Ciudad Titán, la anciana insistía que no sería prudente bajar las defensas.

Zola se despertó a mitad de la noche, su corazón latía descontroladamente, frente a ella y sobre la mesa yacía un cigarrillo completamente consumido, las cenizas aún conservaban su forma cilíndrica, la maestra recordaba haberlo encendido, pero no recordaba haber calado una sola bocanada de humo, no supo en qué momento se había quedado dormida, al parecer habían sido solo unos minutos, pero cuando la

anciana quiso levantarse de la silla notó que tenía sus manos y pies fuertemente atados, el comedor estaba sumido en total oscuridad. A la anciana se le congeló la sangre al ver la silueta de un hombre sentado frente a ella, la hechicera se esforzó por mantener la calma, por un segundo pensó que se trataba de Moreb, pero le bastó poco para comprender que si trataba de aquel brujo oscuro ni siquiera hubiera despertado, Moreb la habría matado sin darle oportunidad de nada.

- ¿Quién eres? –preguntó sin miedo la anciana.

- ¿Quién soy? –respondió burlándose una voz–. ¡Ja! Invades mi ciudad, saqueas mis huertos, profanas mis templos y soy yo quien tiene que dar explicación. No, anciana, estás equivocada, aquí la pregunta adecuada es: ¿Quién eres tú? y ¿qué crees que haces en mi ciudad?

- ¿Tu ciudad? O sea que piensas que porque tus ancestros invadieron esta tierra puedes proclamarte su dueño. Recuerda que quienes construyeron esta metrópoli fueron hombres mucho más sabios que tú y que yo.

- ¡No me confundas con un vil humano! ¡Anciana ilusa!

- ¡Y tú no me confundas con una ladrona! –gritó Zola con firmeza–. Que a pesar de estar atada puedo hacerte tragar tus palabras.

Zola desintegró sus ataduras con un simple hechizo y en apenas un instante tenía su mano apuntando directamente hacia la silueta del presunto invasor. Una intensa llama violeta brilló en el centro del cuarto, para revelar a Zola con su brazo extendido frente a Reno, quien también había sido amarrado y dormía profundamente. Ennol, Minwe, Thea, Mo y Kyatto yacían atados y amordazados a un costado del comedor, todos habían despertado. Un esbelto hombre apareció detrás de Reno, vestía un chaleco gris y una chaqueta roja muy elegante, un pañuelo de seda envolvía su cuello, su abultada y oscura cabellera enmarcaba el rostro masculino del individuo, sus ojos negros no dejaron de mirar ni un instante a la anciana. Zola se volteó para encontrar a dos hechiceras apuntando con sus índices hacia su cabeza, las mujeres eran muy parecidas entre sí, la maestra en un principio pensó que eran gemelas, pero al mirar con atención una de ellas aparentaba ser un par de años mayor, su pelo lacio y negro llegaba hasta la cintura de la grácil mujer, su cerquillo recto resaltaba las finas facciones de su rostro. La doncella que aparentaba ser la hermana menor mostraba una fingida expresión de frialdad, su corto pelo negro apenas alcanzaba el mentón de la muchacha, las hermanas vestían un ligero atuendo blanco y sin mangas.

- Al parecer tienes buenos movimientos, anciana –dijo el misterioso hechicero–. Pero si

no fuera por la muchacha que encendió la llama, habrías agredido a tu propio compañero.

Zola observó con atención los rasgos de los hechiceros, la tranquilidad con la que hablaban, la forma en la que los emboscaron, la paz que irradiaba su mirada, todo indicaba que estos individuos no pretendían hacerles daño. Luego Zola recordó el incidente con las estatuas y lo analizó detenidamente, si en verdad quisieran lastimarlos, lo habrían hecho cuando estaban dormidos, era evidente que los magos eran poderosos, lo suficiente para invocar un conjuro de sueño. A pesar de la abrupta reacción de Zola ninguno de los tres hizo un ademán por atacar, la anciana no cometería dos veces el mismo error, era evidente que no eran enemigos, la anciana comprendió incluso que no eran comunes humanos, la hechicera bajó lentamente su mano.

-Ustedes son erernis –resolvió la maestra.

A ellos les pareció gracioso el último comentario de Zola, las mujeres intercambiaron miradas.

-Eso no importa –respondió el hombre.

-Les pido por favor me disculpen por mi impulsiva reacción, soy la encargada de cuidar de estos muchachos y no me perdonaría si algo llegara a sucederles –Zola puso en práctica todo su conocimiento sobre diplomacia.

-Esto no puede ser –comentó una de las mujeres–. Un humano que se disculpa y pide de favor. ¡Hermano! Esto sí que es insólito.

-No, hermana –respondió el sujeto–, he conocido varios humanos que tienen buenos modales, aunque debo añadir que hace mucho tiempo no encuentro a uno de ellos.

-Por favor, permíteme liberar a mis amigos –solicitó Zola.

-¡Silencio! –se impuso el hombre con firmeza– Nosotros decidiremos si los liberamos o no, necesitamos verificar que no estén vinculados con nuestros enemigos, si no te molesta, anciana, revisaremos sus habitaciones.

Zola se quedó junto a los demás, el esbelto hombre se encargó de custodiar a los rehenes mientras las mujeres ingresaron a las habitaciones. Luego de un par de minutos la menor de las hechiceras regresó con el bolsillero de Ennol, el muchacho se puso muy nervioso al recordar que en uno de sus bolsillos se encontraba el arma que le había arrebatado a uno de los soldados, pero la mujer sostenía en su mano el

portarretrato de ébano que contenía la foto de su padre, se la indicó a su hermano quien la observó con detenimiento, luego el hombre se acercó hacia Ennol, lo miró fijamente a los ojos y verificó el notable parecido entre el muchacho y Tedeo; después de retirarle la mordaza preguntó:

- ¿Quién es él para ti?

- Era mi padre –respondió Ennol completamente aturdido.

- ¿Era? –volvió a preguntar el misterioso sujeto con cierta preocupación.

- Murió hace once años.

El extraño hombre regresó a ver a sus hermanas buscando su aprobación, ellas asintieron e inmediatamente bajaron la guardia.

- ¡Anciana! Puedes liberarlos.

Zola no lo pensó dos veces, uno a uno desató a los guardianes quienes estaban muy confundidos por lo que estaba sucediendo, en especial Ennol, el muchacho no entendía qué tenía que ver su padre con todo esto, pero al parecer el esbelto hombre lo conocía bien. La maestra terminó de liberar a Reno, quien continuaba sumergido en el más profundo sueño, Zola lo golpeó con fuerza en la cabeza para espabilarlo, pero no fue hasta el tercer golpe que el hechicero despertó.

- Hermana, creo que a este lo dormiste demasiado –dijo burlonamente el misterioso hombre.

- ¿Quiénes son ustedes? –ahora era Ennol quien formulaba las preguntas–. ¿Cómo conociste a mi padre?

- Es una larga historia –respondió el hombre–. Pero ya que han demostrado ser amables, permítanme presentarme. Mi nombre es Goviat Torrini, heredero de la dinastía Maekana. Ellas son mis hermanas Nessa y Neydín. Les pido que nos disculpen por nuestra ruda intervención, pero es necesario que sepan que soy el encargado de cuidar de esta ciudad.

- Aceptamos tus disculpas –dijo Zola con calma–. Mi nombre es Zola Kendal, ellos son Minwe, Ennol, Mo, Reno, Thea y el pequeño Kyatto.

- ¡¿Cómo conociste a mi padre?! –Ennol insistió, esta vez con mayor vehemencia.

- Tranquilo, muchacho, te lo contaré. Pero primero es necesario que entiendas que te encuentras en un territorio severamente hostil –Goviat continuaba examinando el bolsillero de Ennol, había encontrado algunas herramientas–. Pero, por lo que veo, tú podrás ayudarme a cambiar esa realidad. Respóndeme algo: ¿eres inventor al igual

que tu padre?

- Sí, aprendí todo de él –contestó intrigado Ennol.

- ¿Si te cuento como lo conocí, accederías a ayudarnos? –Goviat parecía muy entusiasmado.

- Podríamos llegar a una negociación –respondió el alquimista.

- Está bien, por el momento es todo lo que necesito escuchar –Goviat respiró profundo–. Como verás somos rebeldes, somos erernis que nos rehusamos a abandonar nuestra ciudad. Durante dos siglos nuestro linaje se ha mantenido por generaciones y hemos repelido la invasión de los humanos.

- No nos malinterpretes, no somos asesinos –intervino Nessa–. Cuando mi hermano cuenta que hemos repelido la invasión, no hemos matado a nadie. Somos erernis, el que no queramos huir no significa que queramos pelear.

- Es verdad –continuó Goviat–. Pero nuestros métodos pacíficos no evitaron que los humanos se aniquilaran entre sí. Desde que los hombres nos invadieron se han asentado en la ciudadelas inferiores del Titán, les tomó mucho tiempo darse cuenta de que no podrían invadirnos sobre el anillo inferior de la cintura.

- Pero la mente humana es incomprensible –esta vez era Neydín quien hablaba–. Al ver que no conseguirían invadir Maek, los hombres empezaron a pelear entre ellos por el territorio que nos arrebataron a nosotros.

- Como es obvio, esta ciudad no está diseñada para soportar guerras y en dos siglos se han desatado muchas en el interior del Titán, los humanos nos han saboteado más de una vez –a Goviat le enfurecía el hecho de que los humanos destruyeran su ciudad–. Esto ocasionó que algunos mecanismos y campos energéticos del Titán colapsaran. Nuestra ciudad estaba a punto de ser destruida y nuestros científicos e ingenieros la habían abandonado mucho tiempo atrás. Lastimosamente nadie de nuestro pueblo tiene conocimientos sobre mecánica, nosotros no somos como el común de los erernis, nos especializamos en estrategia y en el control militar, esto nos ha permitido defender nuestra tierra sin derramar sangre.

- Fue entonces cuando nuestro padre viajó a otras dimensiones en busca de alguien que pudiera ayudarnos –Nessa hablaba con mucha gratitud–. Y nos llevamos una gran sorpresa al descubrir que precisamente un humano era el único capaz de ayudarnos.

- ¡El padre de Ennol! –resolvió Minwe.

- Así es –afirmó Goviat–. Tedeo era un verdadero genio de la invención, cuando mi padre vio por primera vez los extraordinarios autoferros que había diseñado supo de inmediato que él era la persona adecuada para reconstruir la ciudad. Tedeo era un



hombre magnífico, trajo mucha esperanza a nuestro pueblo, no solo por el hecho de aceptar ayudarnos, sino porque nos enseñó una faceta humana que no conocíamos. Gracias a Tedeo comprendimos que nuestra decisión de permanecer en Ciudad Titán fue acertada, la solución no es escapar, la solución es encontrar una manera para que los humanos descubran la bondad que reside en ellos.

- ¿Mi padre estuvo aquí? –Ennol estaba impactado.

- No solo eso Ennol, tu padre vivió muchos meses aquí. Desde que le mostré los planos de la ciudad supo exactamente cómo arreglar nuestro problema, no nos pidió nada a cambio, simplemente quiso conocer nuestra ciudad.

- Y... ¿lo conseguí? ¿Mi padre logró reparar los daños?

- Hizo mucho más que eso –respondió Nessa–. Tu padre nos enseñó cómo hacerlo, por eso hemos podido mantener con vida nuestra ciudad.

Zola comprendía cada vez más el rol que jugaba Ennol dentro de su equipo, esta coincidencia le demostraba que todo, absolutamente todo tiene un propósito.

- Ennol –Goviat se acercó al muchacho–. Necesitamos tu ayuda, hace años mi padre se lo pidió a tu padre y ahora yo te lo estoy pidiendo a ti.

- ¿Qué necesitas exactamente? –preguntó el muchacho.

- Mira, hace tres años que mis hermanas y yo hemos resuelto cómo salvar a nuestra ciudad de la guerra. Muy lejos de aquí mis antepasados construyeron un portal tan grande que es capaz de transportar esta ciudad a otra dimensión, el portal de Shalagen.

- Pero... ¿qué solucionarás con eso? –preguntó Reno–. Si entras al portal todos los humanos viajarán contigo.

- ¡Es brillante! –exclamó Zola–. Al pasar la ciudad entera a otra dimensión borraría los recuerdos de todos los humanos.

- Exactamente, los humanos olvidarán cualquier recuerdo que los vincule con la guerra. Nos hemos dado cuenta de que el humano no es agresivo por naturaleza, es agresivo por costumbre, ya que el ambiente donde crece le enseña a vivir en guerra –Goviat estaba convencido de su plan–. Nosotros usaremos la magia para conservar nuestros recuerdos y estaremos dispuestos a brindar a los humanos un entorno diferente, donde puedan aprender a vivir en paz.

- Pero... –Minwe intervino, la doncella estaba un tanto confundida–. Arrebatárles sus recuerdos no difiere demasiado de eliminarlos, matarías su identidad, los convertirías en recipientes vacíos. No estoy de acuerdo contigo, debe haber otra manera.

- Es nuestra única opción, Minwe, durante muchos años hemos intentado enseñar a los humanos a vivir en paz, pero a ellos no les interesa aprender. Te aseguro, muchacha, que el día en que ellos estén dispuestos a colaborar con un fin común yo mismo me encargaré de ofrecerles un lugar en Maek. Mientras tanto nuestro principal objetivo es salvaguardar nuestra ciudad y la vida de nuestro pueblo, y la opción más humana con la que contamos es atravesar el portal de Shalagen.

- ¿Y por qué no pueden hacerlo? –preguntó Ennol.

- El centro de mando del Titán está completamente descompuesto, la ciudad ha caminado en círculos por más de seis años. He revisado una y otra vez los planos, he buscado incansablemente el defecto pero no estoy capacitado para encontrarlo, el centro de mando de nuestra ciudad es un mecanismo muy complicado para mí.

- Está bien –aceptó Ennol–, pero si te ayudo debes prometerme que cumplirás las demandas que te pida Zola.

- Me parece un trato justo –sonrió Goviat, mientras miraba a sus hermanas–. ¿Qué necesitan de nosotros?

Zola sabía exactamente lo que necesitaban, pero temía confiárselo a alguien que acababa de conocer. El heredero miraba expectante a la anciana, ansioso por saber cuáles serían sus demandas. La hechicera estaba consciente de que Goviat y sus hermanas eran la única esperanza de poder encontrar al Tatuador, no le quedó otro remedio que confiar.

- Necesitamos que nos conduzcas al Taumaturgo.

Por la expresión de Goviat, Zola supo inmediatamente que el hechicero sabía la ubicación del Tatuador. Nessa y Neydín se quedaron boquiabiertas, comentaron exaltadas en idioma ererni. La tensión se hizo insoportable, Goviat permaneció en silencio y miró detenidamente a Minwe, lentamente levantó su brazo para señalarla.

- Esa muchacha –dijo Goviat con voz profunda– lleva algo dentro, ¿verdad?

- Así es –respondió Zola.

- ¿Por eso fuiste tan agresiva en un inicio? ¿Pensaste que veníamos por ella?

- Sí.

- ¿Ella es la Portadora de Eona? –preguntó el hechicero.

- Ella es la persona que nos devolverá la paz –susurró Zola.

- Está bien, tenemos un trato –dijo seriamente Goviat–. Sí el muchacho repara nuestro sistema de mando, yo personalmente te llevaré con el Taumaturgo.

- Es un trato –dijo Zola.

- Pero te advierto, Zola, el camino que lleva a sus aposentos está fuera de mi control, tampoco los humanos se atreven a acercarse, algo mucho más aterrador se arrastra sobre esos suelos. El único que puede esconderse de la bestia es el Taumaturgo.

- ¿La bestia?! –exclamó Minwe.

- El grosrote de Inoven, otro de los tantos intentos de los humanos por apoderarse de la ciudad –Goviat hablaba con rabia.

- Pero este intento ha causado enormes estragos –dijo Neydín–, la bestia se apoderó del brazo izquierdo de la ciudad, destruyó por completo nuestro coliseo y construyó allí su nido. El grosrote ataca cada cierto tiempo los huertos y ha matado a muchos de los nuestros, por alguna razón la bestia ha aumentado el número de ataques estos últimos meses, pensamos que es porque los humanos ya han agotado los recursos agrarios de la zona inferior de nuestra ciudad.

- Lo vimos esta tarde –dijo Zola–. Es un animal muy grande, pero seguramente hay como vencerlo.

- No sabes lo que dices –intervino Nessa–. El grosrote es una de las siete bestias de Inoven, es virtualmente invencible.

- ¿Qué es Inoven? –preguntó Ennol, quien no entendía nada de lo que hablaban.

- Inoven es una ciudad negra, se dedica a la brujería y al comercio de artefactos oscuros –explicó Zola–. La magia que reside allí es la más nefasta y ruin que se conoce, la mayoría de brujos oscuros vienen de esta ciudad. No me sorprendería que aquel sujeto con el que me enfrenté en la biblioteca haya nacido allí.

- La ciudad es famosa por su bestiario –añadió Goviat–, guerreros y hechiceros de todas las razas buscan entre universos las criaturas más exóticas, para atraparlas y luego venderlas aquí. En Inoven puedes encontrar todo tipo de alimañas, desde las necesarias para elaborar pociones y brebajes, hasta salvajes bestias que podrían destruir una ciudad entera. Los comerciantes de Inoven han creado una lista de las siete bestias más feroces de Bértellon, ofrecen grandes recompensas a quienes capturen una de ellas viva, luego las venden por precios descomunales... como es el caso del grosrote que habita en el Titán.

- Los humanos lo trajeron cuando la bestia era apenas una cría –continuó Nessa–. Pensaron que podrían dominarlo pero en poco tiempo el grosrote escapó y se encargó de delimitar su propio territorio.

- Hagas lo que hagas, Zola, si llegaras a encontrarte con el grosrote, ¡corre! Es imposible dañarlo. Es mejor correr en busca de un lugar seguro –Goviat hablaba

seriamente.

-Está bien –aceptó Zola–. Pero sigo pensando que toda bestia tiene un punto débil.

-Bueno, ya tendrás la oportunidad de comprobarlo, ya que es muy probable que nos enfrentemos a la bestia durante la búsqueda del Taumaturgo –dijo Goviat–. El viejo se esconde en una de las torres de Nalek–Ab, en la mano izquierda, para llegar allí es inevitable pasar por el coliseo.

-Bueno, no hay tiempo que perder, partiremos al amanecer, al parecer Ennol tiene mucho trabajo por cumplir –dijo la maestra.

-Es verdad. Les recomiendo que se fijen bien en el camino que utilizamos, mientras más pronto aprendan a desplazarse dentro de la ciudad más posibilidades tendrán de escapar del grosrote –se burló Goviat.

Llegada la mañana, los hermanos guiaron al grupo con mucha cautela, los condujeron por un amplio camino central que tenía viviendas a ambos lados, ingresaron por una estrecha callejuela que conducía a los anillos exteriores de la ciudad; una vez allí los hechiceros bordearon las casas periféricas y subieron unas escaleras que llevaban a una hermosa plazoleta ornamentada con coloridos jardines, nuevamente ingresaron hacia el corredor central y subieron varios niveles por una rampa de espiral, atravesaron un pasaje abovedado que unía los bloques de vivienda con la torre central. Era la primera vez que los hechiceros podían ingresar a la torre principal, todos sus intentos previos terminaron ubicándolos en el mismo callejón sin salida. Alrededor del borde interno de la torre subía una larga escalera de caracol que conectaba los puntos energéticos del hombro y del codo. Subieron sin descansar hasta alcanzar la plataforma que precedía a la gran colina donde los hechiceros habían llegado un mes atrás. Llegaron al nodo energético correspondiente al hombro, la enorme esfera de energía brillaba intensamente sobre los hechiceros, al final del camino serpentino brillaba un hermoso portal, el ererni atravesó el manto, los guardianes imitaron a su anfitrión, y mágicamente aparecieron junto al invernadero, al lado derecho del torso. Zola y el resto hubieran tardado años en encontrar ese sendero, Ciudad Titán era un laberinto indescifrable.

Después de hora y media de caminata, los aventureros alcanzaron la ciudadela de Maek sobre la cima de la cabeza. Ennol tuvo razón al suponer que se trataba de una plataforma plana, un hermoso campo verde rodeado por gruesas murallas conformaban la fuerte alcazaba que coronaba al Titán. Las casas en Maek se

distribuían alrededor de hermosas plazoletas que separaban los diferentes vecindarios, el muchacho observó con alegría que esta ciudadela estaba habitada por la comunidad ererni que seguía a los herederos de la dinastía Maekana. Los árboles eran enormes aquí, brindaban sombra a las familias que caminaban serenamente por el prado. La gente se acercaba amablemente a dar la bienvenida a los aventureros, era evidente que los maekanos admiraban y respetaban a Goviat y a sus hermanas, los niños eran los más efusivos e inquietos, corrían junto a los hermanos y elevaban el vuelo de sus cometas.

En la parte más alta de la colina, una plaza de notable jerarquía precedía al enorme palacio de los herederos. La construcción era magnífica, dos grandes torres laterales enmarcaban la edificación, que apenas tenía un piso de alto, sin embargo, una vez adentro las escalinatas descendían hacia nuevas plataformas, donde estaban ubicados lujosos vestíbulos con fabulosas vistas de las cordilleras y el horizonte. Las habitaciones de huéspedes estaban bajo los vestíbulos, allí Zola y el resto se quedaron descansando, Minwe estaba agotada después de la larga caminata. Los hechiceros dedujeron que el palacio estaba ubicado en la parte más alta de la frente del coloso.

Goviat y Ennol se dirigieron directamente al cuarto de mando. Lo primero que hizo el heredero fue mostrarle a d'Marti la inoperancia del timón, luego le enseñó los complejos planos de la ciudad. Ennol estaba fascinado al ver la genialidad de los diseños plasmados en el papel, la ciudad entera había sido construida exactamente como la habían planificado. D'Marti descubrió que los erernis habían utilizado adamantio en la estructura del coloso, esto le permitía a la ciudad movilizarse sin riesgo de que su integridad colapsara. Todos los mecanismos de alta precisión del Titán contaban con piezas hechas del metal indestructible. Goviat tenía razón al decir que los mecanismos de la ciudad eran extremadamente complejos, pero el principio no se separaba demasiado al funcionamiento de un autoferro, Ennol entendió que su padre debió descifrar lo mismo. El inventor analizaba los planos correspondientes a la cabina de mando, era tanta información que la cabeza del muchacho no podía asimilarla de golpe, necesitaría de mucho tiempo para comprender paso a paso el exacto funcionamiento del mecanismo.

-Goviat... no quiero decepcionarte, pero necesitaré al menos dos semanas para entender cómo se encadenan los engranajes de este sistema. Esto es mecánica muy avanzada, sin embargo, creo poder lograrlo si tengo tiempo para estudiar.

Goviat, al escuchar las últimas palabras del muchacho, supo que su sueño se cumpliría. Miró fijamente a Ennol y le dijo:

- Tu padre dijo exactamente lo mismo, no te preocupes, Ennol, tómate el tiempo que necesites.

- Gracias –Ennol estaba encerrado en sus pensamientos–. ¿Te puedo pedir un favor?

- Claro, pide lo que necesites –respondió Goviat.

- Durante el tiempo que permanezca aquí reparando este mecanismo, ¿podrías contarme todo lo que sabes sobre mi padre?

- Será un honor –Goviat sonrió–. Estoy seguro de que disfrutaré mucho al hacerlo. Es más, tengo algo para ti.

Goviat llevaba en sus manos una estatuilla a escala de Ciudad Titán, el brillo del metal con el que estaba hecha era muy especial, el ererni se lo entregó a Ennol.

- Esta pequeña estatuilla se la regalamos a tu padre después de reparar nuestra ciudad –Goviat estaba emocionado –. Él nunca se la llevó de aquí, en el fondo sabía que volvería más de una vez. Tedeo nunca conoció el camino hacia Ciudad Titán, por lo que mi padre viajaba con frecuencia a Sorta para traerlo de vuelta. Hasta que un día hace once años... mi padre no regresó a Maek.

- Tampoco volvió mi padre –completó Ennol.

- Seguimos creyendo que estaban juntos, enviamos a muchos erernis para buscarlos, pero las minas de Fergus colapsaron por completo, no hubo manera de encontrarlos. En fin, ahora eres tú quien ha llegado a nuestra ciudad, por lo tanto esto te pertenece.

- Muchas gracias, Goviat –Ennol observó atentamente el objeto–. Brilla de una manera muy especial.

- Es adamantio, Ennol, el metal indestructible. Este mineral es parte importante del desarrollo de nuestras naciones. La estructura de la ciudad está hecha con él.

- Muchas gracias, es un honor –respondió Ennol agradecido –. Tal vez un día podamos averiguar qué fue lo que sucedió con nuestros padres.

- Confío en que lo haremos.

Ennol inició su trabajo, leyó uno a uno los planos de la ciudad, descifró la estructura de cada bloque, encontró la función de cada engranaje, leyó por horas, leyó por días, incluso cuando su mente había llegado al límite, siguió investigando. El muchacho sabía que cada segundo contaba, el futuro de Minwe dependía de él. El

Titán esperaba ser reparado, bastaba apenas una banda rota, un engranaje aislado, una pieza descalibrada para que todo el sistema fallara. Ennol batallaba contra el tiempo en busca de una anomalía en un mar de complejos mecanismos.

## 12 – EL GROSLOTE DE INOVEN

El tiempo junto a los erernis fue para todos una experiencia extraordinaria, no era tan solo la majestuosidad de sus calles, plazas y edificios, era la extrema sabiduría de sus habitantes, la gente no perdía su tiempo en conversaciones absurdas sobre quién es mejor, quién tiene más o quién es el más fuerte, tampoco juzgaban a nadie por saber menos o ser diferente, simplemente compartían su ser con los demás. A Ennol le costaba entender por qué era tan complicado vivir de esta manera, no se necesitaba estudios ni entrenamientos especiales para saber que la generosidad, la humildad y la bondad eran suficiente argumento para llevar una vida venidera. Por las noches los erernis se reunían en una gran cocina comunal junto al palacio de los herederos, cada familia cosechaba los mejores frutos y hortalizas de sus huertos y juntos preparaban la cena. Goviat y sus hermanas servían a su comunidad, sabían que como líderes de los maekanos era su responsabilidad velar por el bienestar de su pueblo. Los hombres y mujeres colaboraban joviales, se sentían queridos, pero sobre todo amaban su tierra con devoción.

Los herederos participaban del festín como tres integrantes más de la comunidad, durante la comida se encargaban de conversar con los ciudadanos. Un pequeño hombre de cabello canoso y bigote alargado le comentaba a Goviat que su huerto había sido atacado por una extraña clase de pulgón, que le parecía pertinente iniciar una fumigación en los huertos de la ciudadela para evitar una posible plaga; mientras tanto una hermosa joven le contaba a Nessa sus grandes habilidades como jardinera y se ofreció voluntariamente a embellecer los jardines de las plazoletas. Un robusto hombre de semblante fruncido le comentaba a Zola nuevas estrategias para evitar que los humanos invadieran su ciudad, la anciana estaba maravillada por el trato que recibía la gente, a pesar de haber visitado cientos de ciudades nunca había encontrado un lugar donde las jerarquías fueran tan sutiles. Así se gobernaba en Ciudad Titán, ese era el gran secreto de los erernis para vivir en paz. Los líderes, a pesar de saber que tenían el poder no se engrandecían ante su pueblo, eran humildes, escuchaban y cumplían a sus ciudadanos. Por otra parte, el pueblo, a pesar de compartir en el mismo escalafón con sus gobernantes, nunca olvidaba quiénes eran sus líderes, honraban sus decisiones y sobre todo confiaban en ellos. Las únicas personas que recibieron un trato solemne fueron los guardianes de Sadek, Goviat anunció la llegada de los aventureros a la ciudad y pidió a toda su gente que los



honrara con el mejor trato. Los erernis eran la mejor gente que Ennol había conocido, hasta el pueblerino más joven era notablemente sabio, el muchacho supo que esta sabiduría se debía a los constantes esfuerzos de sus líderes.

Ennol se encontró a si mismo rodeado de gente que brillaba por la grandeza de su espíritu, en un principio se sintió entusiasmado, pero poco a poco una enorme responsabilidad recayó sobre sus hombros, el muchacho sintió la necesidad de estar solo. Abandonó la cocina sin ser visto y subió hacia la plazuela del palacio. Allí, bajo la estrellada noche, estaba Minwe, arrimada sobre la baranda con su vestido blanco y sus dorados cabellos ondulando ante la brisa; nuevamente la doncella se había despojado de sus zapatos color violeta y observaba maravillada el profundo cielo, la luna menguaba y brillaba en lo alto. Ennol supo que Minwe había abandonado el festín por las mismas razones que él, solo que la aprendiz sentía el peso de una responsabilidad mucho más grande, el inventor se acercó despacio para arrimarse a las espaldas de Minwe.

- Son demasiadas estrellas –susurró Ennol–. Nunca he intentado contarlas.

- ¿Por qué? –preguntó la doncella.

- Porque prefiero creer que son infinitas, de esa manera no tengo que preocuparme de que llegue una noche sin ellas.

- Tienes razón –sonrió Minwe–. Ennol, no le he dicho esto a nadie pero... tengo mucho miedo. Toda esa gente allá abajo tiene tanta fe en mí, Zola, mis guardianes... tú, todos ustedes cuentan conmigo y no fue hasta el día de hoy que entendí la magnitud de mi misión. Esa paz que tanto buscamos debe ser así como se debe sentir, hoy me di cuenta de que realmente es posible.

- Te entiendo, nunca pensé que podría existir una comunidad que funcionara así. En Eb, la ciudad donde yo crecí, éramos apenas veinte y dos habitantes y nunca conseguimos convivir de esta manera, cada quien vivía aislado en sus asuntos. Ni siquiera con Tértemel pude encontrar la armonía, siempre escogí la soledad.

- Ennol, realmente quiero esto para nuestras naciones, en verdad quiero que esta paz reine en cada lugar de nuestro universo, quiero cumplir mi misión –Minwe estaba muy confundida–. Pero tengo tanto miedo a fracasar, no entiendo qué puedo hacer yo si soy apenas una doncella en medio de un caos de infinitas constelaciones. ¿Cómo voy a poder llevar la paz a tantos lugares?... Aun con la ayuda de Eona, esto es excesivo para mí.

Ennol no podía ver el rostro de Minwe, pero sabía que la muchacha lloraba, el joven extendió sus brazos para alcanzar las manos de Minwe, las apretó muy fuerte.

-No sé si tú consigas llevar la paz a todo el universo, y creo que nadie lo sabe en realidad –Ennol no dejaba de mirar las estrellas–, lo que sí sé es que tú has hecho de mí alguien diferente, desde la primera vez que te vi dentro de mis sueños, hasta el día de hoy que estás a mis espaldas sintiendo la misma incertidumbre que yo, todo este tiempo he aprendido tantas cosas, he encontrado tantas respuestas, me he descubierto como ser humano. Gracias a ti hoy soy una esperanza para toda esta gente y creo desde lo más profundo de mí, que si lograste inspirarme para ser un mejor hombre ya has logrado hacer de este universo un lugar mejor para vivir.

Minwe se quedó sin palabras, siempre pensó que sus propósitos se cumplirían al final de esta gran jornada, cuando ella despertara en un solo cuerpo con Eona, pensó que su luz irradiaría tanta bondad, que la humanidad se despojaría completamente de cualquier residuo de guerra. Las palabras de Ennol llegaron hasta lo más profundo del corazón de la doncella, entendió que había estado cumpliendo sus propósitos desde el día en que aceptó ser la Portadora de Eona y que, sin importar el final, ella ya había marcado la diferencia en este universo. Todo esto la liberó del miedo a fracasar, porque entendió que mientras entregara su corazón a una causa, nunca fracasaría. Minwe volteó a Ennol y lo abrazó fuertemente, apenas recordaba el día en que fueron a sacar a este muchacho de aquella obsoleta ciudad, apenas recordaba cuánto dudó de él por ser un simple inventor, ahora estaba claro que Ennol tenía más de una misión dentro de este viaje, una de ellas era brindarle apoyo y consuelo a la Portadora. La doncella apretó fuertemente a su amigo y con lágrimas en sus ojos dijo.

-Gracias por creer en mí –nunca antes Ennol había visto los ojos de la doncella tan sinceros y cristalinos–. Tú también me conviertes en una mujer más valiente, me recuerdas cuáles son mis verdaderos caminos.

-No estás sola, Minwe –le susurró Ennol al oído–. No tienes que llevar toda esa carga por tu cuenta, nos tienes a nosotros para apoyarte. Me tienes a mí incondicionalmente.

-Gracias, amigo –Minwe respiró profundo, había decidido romper una barrera que hace tiempo ella misma construyó–. Te quiero mucho.

A Ennol se le detuvo el corazón, ni siquiera podía recordar la última vez que alguien le había dicho esas palabras, tampoco recordaba lo que se sentía escucharlas. Esa noche, bajo las estrellas, Ennol experimentó un sentimiento mucho más grande

que la admiración, el respeto y el cariño, un sentimiento que le impulsaba a perseguir sus más auténticas ambiciones y que a pesar de ser tan intenso y necesario como la luz del sol, exponía su corazón en la vitrina más vulnerable.

-Yo también te quiero mucho, Minwe.

Los adolescentes permanecieron abrazados bajo las estrellas, aprendieron a refugiarse el uno en el otro, el silencio murmuraba secretas conversaciones que solo ellos podían entender. Ennol nunca antes se había sentido tan seguro, el sutil aroma a almendras del cabello de la doncella lo repletaba de paz y tranquilidad. Bastaron unos minutos para que los aprendices encontraran nuevamente la calma. Después de un breve agradecimiento regresaron a seguir disfrutando del festín. Desde aquella noche, las miradas nunca volvieron a ser las mismas entre Minwe y Ennol.

\*\*\*

Ya habían pasado doce días desde que Ennol inició la reparación del centro de mando de la Ciudad del Coloso, el muchacho leyó todos los planos, desarmó cientos de mecanismos, estudió pieza por pieza el funcionamiento de las palancas de comando y no conseguía detectar el problema por el cual la ciudad no obedecía las órdenes de la cabina. Goviat no dejó solo al muchacho, lo acompañaba para ayudarlo con cualquier necesidad o duda, cumplió también su palabra de contarle todo lo que sabía sobre su padre, Ennol nunca se hubiera imaginado todas las travesías que pasó Tedeo junto al padre de Goviat para reparar los centros energéticos; al inventor le sorprendió saber que su padre estuvo en medio de una guerra entre humanos y erernis cuando tuvieron que bajar a reparar los mecanismos averiados de las piernas del Coloso.

Hace varios días que Ennol no visitaba el palacio, se exigía tanto que se quedaba dormido sobre los planos en la cabina de mando. A pesar del enorme esfuerzo del muchacho y de todo el tiempo que le había dedicado a la inspección del mecanismo, el inventor no tenía la menor idea de dónde podría encontrarse el desperfecto. La angustia se había apoderado del muchacho, el tiempo se escurría como arena entre las manos y Zola necesitaba urgentemente el apoyo de Goviat para encontrar al Tatuador. La salud de Minwe había mejorado, sus desmayos ya no eran tan frecuentes, sin embargo, en el momento menos pensado, justo cuando la doncella

aparentaba haberse recuperado, se desvanecía de repente frente a la atónita mirada de sus guardianes. Zola solía visitar a Ennol para observar cómo iba su reparación, si bien la anciana nunca presionó al inventor, el muchacho sentía la desesperación de su maestra, esto lo agobiaba y le dificultaba mucho su trabajo. Ennol estaba seguro de que encontraría la falla, pero le preocupaba el tiempo que tardaría en hallarla, haciendo una evaluación muy realista el inventor supo que su misión podría tardar varias semanas, incluso varios meses.

Ennol despertó en medio de la noche un tanto asustado, un súbito ruido lo arrancó abruptamente de su sueño, el muchacho había sucumbido ante el agotamiento tras veinticinco horas sin descanso. En la penumbra el muchacho distinguió una sombra que se movía tras la mesa donde estaban extendidos los planos de la ciudad, aún un poco aturdido por el sueño Ennol se acercó despacio para descubrir de quién se trataba. La piel del joven se espeluznó al encontrar a un extraño individuo hurgando entre los planos, el sujeto vestía una larga capa azul marina, no llevaba la capucha puesta, aun así, Ennol no pudo distinguir su rostro, el muchacho tropezó torpemente con una llave de tuercas y ocasionó un estrepitoso ruido, el intruso se volteó de inmediato, llevaba una ligera armadura de cuero muy bien tachonada, su cuerpo era delgado pero sus manos aparentaban gran fuerza y destreza, llevaba en el cinto una esbelta espada y su rostro estaba cubierto por un fino antifaz que simulaba entre los ojos el fuerte pico de un ave. Antes de que Ennol pudiera hacer algo, el fisgón huyó saltando por las escaleras con la agilidad de un gato.

Ennol se abalanzó a los planos para verificar que estuvieran completos, no se imaginaba la decepción que se llevaría Goviat si uno de aquellos mapas desapareciera, para su gran alivio, el muchacho comprobó que todo estaba en perfecto estado. Ennol se disponía a salir en búsqueda de Goviat para informarle que alguien se había infiltrado en su ciudad, pero antes de llegar a las escaleras percibió algo que le llamó la atención: los planos del centro de mando habían sido marcados con un intenso color rojo. El muchacho se acercó y leyó nuevamente el diagrama, el sujeto había marcado un giroscopio del sistema principal, estos artefactos giran a grandes velocidades y son los encargados de mantener constantes los ángulos que determinan la dirección del coloso. El muchacho ya había revisado estos mecanismos, pues era muy probable que la falla se encontrara en el sistema de navegación al cual pertenecían seis giroscopios, el inventor no había encontrado ninguna avería, sin embargo, decidió volver a revisar,

desarmó el giroscopio y lo analizó pieza por pieza, al ser un aparato de alta precisión estaba fabricado en su totalidad con adamantio, era imposible que pudiera sufrir un desperfecto. Grande fue la sorpresa que se llevó Ennol al descubrir que la esfera encargada de estabilizar al giroscopio estaba totalmente destrozada, el muchacho había encontrado la avería, al parecer la esfera del giroscopio no fue fabricada con adamantio como indicaba el manual, o probablemente el adamantio no era completamente puro y por esto la esfera no soportó las fuerzas del giroscopio.

A Ennol le pareció irónico cómo el funcionamiento de toda una metrópolis andante dependía de una pequeña esfera de dos centímetros de diámetro. El muchacho buscó la pequeña estatuilla de su padre y solo sabiendo lo importante que era reparar aquel giroscopio, trasmutó una porción de la escultura para crear una nueva esfera de perfectas proporciones para el giroscopio. El inventor volvió a ensamblar los mecanismos. Todo estaba listo para efectuar una prueba, el muchacho se colocó frente al timón del Titán. Ennol estaba tan entusiasmado que olvidó por completo la sutileza, giró bruscamente el timón hacia la derecha y toda la ciudad se sacudió violentamente, la mesa, los planos y la estatuilla de su padre salieron disparados al suelo. El muchacho a duras penas consiguió mantenerse de pie, se apresuró a enderezar el curso pero solo consiguió que el coloso volviera a sacudirse torpemente. Afuera se escuchaban gritos de los ciudadanos que no sabían qué era lo que sucedía, bastaron un par de minutos para que Goviat apareciera en la cabina de mando, el heredero tomó firmemente el timón y en pocos segundos estabilizó el paso del gigante, poco a poco fue comprobando el perfecto funcionamiento del sistema de navegación, por fin el Titán obedecía los comandos de su líder.

Esa noche los maekanos festejaron hasta la madrugada, celebraron la buena fortuna que habían traído los guardianes de Sadek a la Ciudad del Titán. A Ennol lo agasajaron con el mejor vino, la mejor comida y las mejores canciones, pero a pesar de la fiesta y los obsequios Ennol estaba sumergido en la intriga, si no hubiera sido por aquel sujeto del antifaz, el inventor hubiera tardado mucho tiempo en encontrar el daño en la cabina. A pesar de la curiosidad, d'Marti no se atrevió a contarle a nadie lo que realmente había sucedido, era como si su instinto le dijera que debía mantenerlo en secreto, además, Ennol no quería desenfocar a su equipo con más misterios indescifrables, el gros lote, la explosión en Fergus, la debilidad de Minwe y el Taumaturgo eran enigma suficiente por el momento. Ahora era el turno de Goviat de

cumplir con su parte del trato, eso era lo que realmente importaba en ese instante, ya llegaría el tiempo prudente para hablarles del misterioso espadachín que se infiltró en el cuarto de mando.

Al día siguiente, una vez culminado todo festejo, los guardianes de Sadek fueron citados muy temprano por Goviat a una reunión diferente. El heredero recordaba con claridad la promesa que había hecho y no tenía la menor intención de defraudar a quienes habían brindado una nueva esperanza de paz a su pueblo. Nessa y Neydín guiaron a los guardianes hasta uno de los tantos vestíbulos del palacio real, desde allí se podía divisar el brazo izquierdo del coloso. Ennol observó junto a Minwe el magnífico día que los recibía, el Titán había cambiado su curso y ahora se dirigía hacia el norte, donde estaba ubicado el portal de Shalagen, en apenas mes y medio el coloso arribaría a su destino. Los hechiceros esperaron varios minutos antes de que Goviat se integrara a la asamblea resguardado por seis fornidos hombres. Los escoltas del heredero vestían fuertes armaduras plateadas, imponentes cascos y sujetaban largas lanzas de acero. Ennol reconoció de inmediato el mismo emblema ererni que lucían las estatuas de bronce en cuarto del portal. Los soldados abandonaron el vestíbulo y se formaron en la entrada del palacio.

Goviat también se había preparado para la batalla, pero él vestía una ligera armadura de cuero, una elegante capa roja y un par de cómodas botas de campaña, llevaba en sus brazos un par de brazaletes de corambre y colgada en su cuello una gran amatista. Ennol supuso que esa era su piedra inductora. Al muchacho le extrañó la infranqueable seriedad de Goviat, yo no era el hombre risueño que festejaba intensamente el triunfo de la noche anterior, ahora era un comandante que dirigía una misión de alto riesgo. El heredero se paró firme frente al balcón del vestíbulo, observó impávido al gran coliseo y tras varios minutos de reflexión el comandante explicó:

-El día de hoy trece valientes soldados partiremos hacia las torres de Nalek–Ab, en busca del místico tatuador conocido como el Taumaturgo –Goviat respiró profundo y continuó–. Para esto es necesario atravesar nuestro antiguo coliseo, que actualmente es el nido de una feroz criatura: el gros lote de Inoven.

El vestíbulo permaneció en silencio por varios segundos; a pesar del frío semblante de Goviat, Zola pudo percibir el temor que la horrenda criatura le causaba

por el simple hecho de nombrarla. Reno y Thea intercambiaron miradas, en el fondo sabían que nadie exageraba sobre la terrible bestia, la misma autoridad con la que Goviat hablaba les hacía saber que esta era una misión donde se arriesgaba la vida.

-Lo primero que deben saber es que el grosrote tiene extraordinarios sentidos, lo que no puede ver, lo escucha y lo que no puede escuchar lo huele. La invisibilidad y el camuflaje son inútiles frente a la bestia –Goviat miró fijamente a Mo–. Utilizaremos esferas de silencio y rezaremos para que la bestia no nos vea. Para los que nunca han usado una esfera de silencio es simple: todo ruido emitido dentro de la esfera no se escuchará hacia el exterior. ¿Entendido?

-Entendido... –dijeron los guardianes al unísono.

-Si enfrentamos a la bestia, que es lo más probable, debemos estar preparados para su principal ataque –Goviat, hizo una pausa–. El grosrote escupirá grandes cantidades de babaza, este fluido viscoso tiene una neurotoxina que paralizará a su presa una vez que su piel entre en contacto con ella, el efecto tardará apenas dos minutos en paralizar la totalidad del cuerpo. Una pequeña cantidad de baba es suficiente para paralizar a los trece integrantes de este batallón. La babaza en contacto con el aire se endurece en pocos segundos, lo que le permite a la bestia acorralar a quienes no se encuentren paralizados. La única manera de evitar la inmovilización una vez activada la neurotoxina es beber el antídoto que les estamos proporcionando.

Nessa se encargó de entregar a cada uno de los guardianes una pequeña botellita de vidrio que contenía un líquido azul.

-Finalmente, el grosrote cuenta con cuatro garras y dos colas. Cualquiera de ellas tiene la fuerza suficiente para partir a un hombre de un solo golpe. Hagan lo que hagan... ¡No enfrenten al grosrote!, ¡No se interpongan en su camino! –Goviat fue muy enérgico al dar estas indicaciones–. Si lo hacen no tendrán la menor posibilidad de evadir sus zarpazos, en especial los ataques de sus colas. La mejor opción es correr en dirección opuesta a la bestia.

-Pero, entonces, ¿cómo podremos encontrar una salida, si lo único que haremos es correr desesperadamente? –dijo Zola un tanto incrédula del plan de Goviat.

-El nido de la criatura es como un laberinto en el que todos sus caminos se conectan en algún momento, la única manera de poder salir y de sobrevivir es con el grosrote a nuestras espaldas, la bestia es rápida pero no demasiado, una vez que empiece la persecución yo los guiaré por el camino correcto. He visitado más de una vez la madriguera de la bestia y he conseguido marcar las intersecciones importantes.

-Entiendo... ¿Qué con la magia? –preguntó Zola–. ¿Hay algún hechizo que funcione? ¿La bestia es sensible a la electricidad, al fuego, al frío?

-No lo sé, todos los hechiceros que lo han averiguado están muertos –Goviat lo decía en serio–. Créeme, Zola, lo mejor es correr y mantener a la bestia lo más lejos posible, para nuestro beneficio, el grosrote no es muy inteligente, creo que no le hace falta. Los únicos hechizos que son realmente útiles son los de protección y evasión.

-Tal vez podríamos hipnotizarlo, Thea y Kyatto pueden ejecutar hechizos de control muy efectivos, además tu magia debe ser muy poderosa.

-Es un riesgo innecesario, para qué pelear si podemos evitar el enfrentamiento, además mi magia estará considerablemente debilitada.

-¿A qué te refieres?

-Mi fuente es la luz, para ser más precisos la luz del sol, la guarida del Grosrote está completamente cubierta, es tan oscura como una tumba, si bien podré invocar algunos hechizos con la energía que he reservado, no serán tan efectivos como si estuviera en contacto directo con mi fuente. ¿Alguna otra pregunta?

-Sí –dijo Enno!–. ¿Cómo pretendes que tus soldados escapen si traen encima esas armaduras tan pesadas y esas lanzas? ¿No sería mejor que utilizaran armaduras de cuero tachonado y espadas ligeras?

Zola y los demás no se habían percatado de ese detalle, los soldados de Goviat eran verdaderos armatostes de guerra, evidentemente muy efectivos para otro tipo de misiones. La anciana pensó unos segundos y se dio cuenta de que los soldados habían recibido indicaciones muy distintas.

-! ¿Qué estás pensando hacer, Goviat? ! –Zola estaba conmocionada

-No tengo alternativa, Zola, es la vida de la Portadora de Sadek la que está en juego. Tú sabes mejor que nadie lo que es entregar la vida por una causa, tú has entregado la tuya para proteger a Minwe. No sabes a lo que nos enfrentamos, sin una escuadra de contención no tendríamos ni la menor posibilidad.

-¡No estoy dispuesta a pagar ese precio! –gritó Zola.

-¡Entonces no alcanzaremos al Taumaturgo! Además, no te corresponde a ti decidir, ni siquiera me corresponde a mí, que soy su líder –resolvió Goviat–. Quiero dejar una cosa clara, Zola, no es mi voluntad hacerlo. ¡Es mi gente! Los amo porque son parte de mi pueblo. Si existiera otra manera la tomaría sin pensarlo... ¿O estás dispuesta a perder más tiempo buscando una nueva manera para burlar al grosrote y ponerlo a prueba arriesgando la vida de Minwe y todos sus guardianes? ¿De qué te serviría



haber llegado hasta aquí?

-Ellos no tienen la culpa de la guerra que nosotros hemos desatado –Zola estaba a punto de llorar.

-Es verdad, pero ahora ellos han decidido ser parte de la solución a esta guerra, porque esta guerra también ha caído sobre nosotros –Goviat, tenía los ojos humedecidos–. Más de veinte hombres me esperaban en el vestíbulo esta mañana, ellos no fueron llamados, fue su amor por la paz lo que los convocó. He tenido que escoger a seis y te garantizo que son los mejores, porque solo así serían seis.

-Piensa en sus familias, seguramente tienen esposas, hijos.

-Te aseguro que estos soldados maekanos pensaron en sus familias antes de arriesgar sus vidas de esta manera, ellos solo quieren forjar un mejor mundo para sus hijos, ellos han puesto sus esperanzas en la Portadora y están dispuestos a lo que sea necesario.

- ¡Ordénales que se vayan a sus casas!

- ¡Explícame cómo podría negar a mis hombres su derecho de luchar por la paz!...

¡Ellos podrán morir ante un monstruo pero jamás morirán ante la injusticia de la guerra!

–Goviat, miraba profundamente a los ojos de la anciana, su quijada temblaba por el fervor que le invadía–. Ellos, al igual que yo, saben que sin su ayuda es imposible.

Zola no pudo más, se quebró, sabía que Goviat tenía razón y mientras más resistía aquella verdad, más grande era su frustración al no poder salvar la vida de aquellos hombres. Zola entendía cada vez mejor por qué los erernis habían alcanzado la paz, la defendían con tal devoción incluso cuando eran otros los responsables de esa realidad. Ellos no buscaban culpables, ellos solo buscaban vivir en paz. La hechicera se retiró a su habitación, llorar no era algo que hacía con frecuencia, menos aún en frente de sus aprendices. Los guardianes estaban impactados por la fuerte discusión, nunca habían visto a Zola tan afectada, sin embargo, sabían que la hechicera se repondría en poco tiempo. A Ennol y a Minwe les costaba comprender las razones por las que aquellos hombres habían decidido voluntariamente participar en aquella misión suicida, les entristecía saber que probablemente todos ellos morirían. Después de varios minutos, Neydín fue a buscar a Zola para avisarle que el grupo partiría en menos de una hora, la hechicera se integró nuevamente a los guardianes, todos estaban listos para emprender el viaje a las torres de Nalek–Ab.

Los guerreros abandonaron la ciudadela maekana, los lugareños despedían a sus hombres con orgullo, les deseaban buena suerte y pedían su pronto regreso. Zola

solo podía pensar en las familias de los soldados que los escoltaban. Caminaron por más de una hora por las calles abandonadas del Coloso hasta llegar al hombro izquierdo, la esfera de energía encandecía bajo la gruesa plataforma donde se encontraban los guardianes, habían llegado a una amplia garita de vigilancia, la edificación protegía al portal que conducía hacia los primeros niveles del brazo izquierdo.

-Esta garita fue construida para evitar que el grosrote destruyera este portal –Goviat mantenía su tono autoritario–, cuando crucemos el manto apareceremos en territorio de la bestia. Debemos mantener compacta nuestra formación y nadie está autorizado para abandonar la esfera de silencio.

Goviat sujetó su amatista y desde el centro del escuadrón invocó una esfera escarlata similar a las que conjuraba Minwe, el hechizo cobijó a los trece aventureros, a duras penas se podía percibir su color.

-A partir de ahora el grosrote no podrá escuchar ningún sonido emitido dentro de esta esfera, sin embargo, todavía puede vernos y olerenos. Si tenemos suerte la bestia estará dormida. ¡Avancen!

Goviat dio la orden de ingresar al portal, tres soldados caminaban al frente dispuestos como la punta de una saeta, con sus lanzas fuertemente empuñadas, luego caminaba Goviat junto a Reno y Zola, tras ellos avanzaba Minwe y Mo volaba a su alrededor, justo detrás de la doncella caminaban Ennol, Thea y Kyatto, finalmente los tres últimos soldados caminaban de espaldas con la mirada atenta a la retaguardia. Uno a uno cruzaron lentamente el portal, en segundos los valientes guerreros se encontraron en un oscuro corredor, las paredes, el techo y el suelo estaban contruidos por el espeso y rugoso mortero que escupía la bestia, el lugar apestaba a sus jugos gástricos. Goviat encendió una ligera luz verduzca que les permitiera al menos reconocer el sendero por el que caminaban, aun así era difícil desplazarse en la penumbra. El coliseo había perdido por completo su apariencia y función original, Ennol distinguió con dificultad las siluetas de las paredes originales del edificio tras las gruesas capas de babaza, huesos, cráneos, armaduras, lanzas y espadas estaban empotradas entre la endurecida masa, el tono verdoso de la luz hacía más tétrico al escenario. El corredor los condujo a una trifurcación, Goviat señaló el sendero del centro, este canal descendía notablemente hacia el nivel inferior.

Minwe estaba aterrada, el simple hecho de saber que aquella feroz bestia podría estarlos esperando en el siguiente cruce le hacía temblar, nunca antes se había encontrado en una situación tan horripilante, lo único que le tranquilizaba era saber que estaba junto a su maestra y junto a Ennol. Los aventureros continuaron lentamente, descendieron con cuidado y el heredero escogió los caminos con certeza. Llegaron a una gran cámara de gran altura, Goviat les explicó que en este lugar la bestia despostaba a sus presas y luego utilizaba sus huesos y pieles para fortalecer la mezcla con la que construía su nido, el lugar era espeluznante, se podía sentir la muerte en cada rincón.

De pronto, el primer soldado alzó violentamente su mano como señal de que había divisado algo, todos se detuvieron de inmediato. En el fondo de la oscura cámara algo se pendulaba lerdamente, Goviat disminuyó la intensidad de la luz de inmediato, las hileras de columnas de babaza no les permitían ver la totalidad de la bestia, pero se intuía que eran las colas del grosrote. Goviat señaló un túnel a su izquierda, pidió a los soldados que se movieran lentamente. La tensión era insoportable, la bestia yacía a pocos metros de los guardianes y aunque la esfera los protegía de ser escuchados, nada evitaba que la voraz criatura los olfateara, sorprendentemente el escuadrón se escabulló por el túnel sin desatar la ira de la bestia. Una vez pasado el peligro, a Ennol le pareció que el grosrote no era tan grande como lo habían descrito, se imaginó que al tener a la bestia en frente debía ser una experiencia completamente distinta.

-Ahora solo tenemos que escabullirnos en silencio hacia los niveles inferiores, donde está la salida –Goviat sintió un gran alivio al poder evitar el enfrentamiento con la bestia–. Si no nos pudo oler desde tan cerca dudo que lo haga cuando estemos varios niveles más abajo.

Los aventureros continuaron descendiendo un poco más relajados, sabían que el grosrote se encontraba descansando en la cámara central, y que podrían encontrar la salida sin dificultades.

-Falta solo un nivel más –dijo entusiasmado Goviat.

De repente Minwe sintió un impulso dentro de ella que la obligó a detonar la energía de su cuerpo en un violento hechizo que cubrió a sus compañeros. Todo sucedió muy rápido, una gran cantidad de baba grisácea impactó en la esfera violeta que la doncella había invocado sin premeditarlo. Goviat y el resto estaban inmersos en

la más absurda confusión. Uno de los soldados había desaparecido, la esfera no lo había alcanzado. La babaza había tomado la forma de la semiesfera y el aire la había petrificado en cuestión de segundos. Antes de lograr entender lo que había sucedido, un fuerte zarpazo destruyó la argamasa gris y despidió la esfera violeta varios metros hacia atrás, los aventureros rodaron dentro del hechizo y cayeron estrepitosamente al suelo. Goviat alzó su mirada para encontrar entre la penumbra teñida de violeta a la gran bestia enfurecida, justo frente a ellos, sus largas colas oscilaban como feroces látigos y tras un estridente chillido el grosrote se abalanzó hacia los guerreros. El heredero encendió la luz a su máxima potencia, una vez descubiertos no tenía sentido continuar en la oscuridad.

- ¡Corran! ¡Corran! –gritó desesperadamente Goviat, quien inició su escape y se puso al mando de los guardianes–. ¡Sígueme! ¡No me pierdan de vista!

Los tres soldados que se encontraban en la retaguardia acudieron valientemente a reforzar la línea de contención que les permitiría a los guardianes escapar. Zola no dudó en obedecer, esta vez entendió con claridad lo que el heredero argumentaba, la bestia era realmente despiadada. Los hechiceros corrieron desesperadamente tras su comandante, no tenían otra alternativa que regresar a la cámara central para encontrar otro túnel que descendiera hasta el nivel inferior. Goviat no entendía cómo el grosrote había conseguido emboscarlos de esa manera, seguramente la bestia había construido un nuevo túnel que accedía directamente a las plataformas inferiores. Ennol corría aterrado, había tomado la mano de Minwe y le ayudaba a mantener el ritmo, la muchacha se agotaría en poco tiempo. El escuadrón llegó a la cámara, Goviat dudó por un segundo cuál de los túneles escoger, si el grosrote había construido un nuevo atajo, repetiría la misma maniobra y los volvería a sorprender, el comandante escogió un túnel lateral, su diámetro era reducido y retrasaría el paso del grosrote. El heredero continuó corriendo y se introdujo en el corredor, todos lo seguían de cerca. Al parecer los soldados en realidad eran los mejores guerreros, les habían dado a los guardianes suficiente ventaja sobre la criatura.

- ¡No se separen de mí! –Goviat animaba a los guardianes mientras observaba a sus espaldas si el grosrote se acercaba–. ¡Minwe, no te detengas!

- ¡Cuidado! –gritó horrorizada Zola, quien había visto aparecer una gran sombra detrás de Goviat.

Pero la advertencia no fue suficiente para que los hechiceros pudieran evitar el gran escupitajo de la bestia. Goviat, Reno, Thea y Minwe estaban embarrados en la viscosa sustancia. El grosrote rugía frente a Goviat, la bestia inició la embestida, saltó rápidamente y con sus garras se disponía a hacer añicos al comandante, pero antes Ennol había tocado la porosa baba endurecida para trasmutarla en un grueso muro contra el cual la bestia impactó con fuerza. Goviat estaba completamente inmovilizado por la babaza petrificada, el muchacho volvió a trasmutar la argamasa y liberó a sus compañeros.

- Los antídotos –ordenó Zola–. Bébanlos pronto antes de que la toxina los paralice.

Los afectados bebieron el brebaje de inmediato, un fuerte rugido se escuchó al otro extremo del túnel, era imposible que el grosrote hubiera bordeado el nido en tan poco tiempo. De pronto, el muro que había trasmutado Ennol empezó a resquebrajarse tras un fuerte golpe proveniente del lado opuesto.

- ¡Son dos! –exclamó Zola–. ¡Goviat, son dos bestias!

- No puede ser –exclamó Goviat–. El grosrote tuvo una cría, por eso nos ha atacado con mayor frecuencia, necesitaba alimento.

- ¿Qué hacemos? –preguntó aterrado Ennol–. Ya no podemos seguir escapando. ¡Estamos acorralados!

En ese preciso instante el muro se quebró en pedazos, la cría del grosrote lo había derrumbado con un fuerte impacto de sus colas, a pesar de ser mucho más pequeño que su progenitor, demostraba ser igual de salvaje. Los aventureros no tuvieron más remedio que volver a escapar a la cámara y esperar que la otra bestia no hubiera alcanzado aún la bóveda. Minwe a duras penas podía caminar, al parecer su cuerpo estaba muy débil para combatir la neurotoxina, aun con la ayuda del antídoto, Reno tuvo que cargarla en sus hombros. Finalmente, los guardianes llegaron a la cámara central, se llevaron una gran decepción al encontrar a la enorme criatura combatiendo contra los dos únicos soldados que permanecían de pie. Al ver el escenario Goviat comprendió que el enfrentamiento contra los grosrotes sería inevitable.

- No nos queda otra opción que atacar –dijo Zola, completamente convencida–. Todos ataquen a la cría

La hechicera se plantó firmemente entre el pequeño grosrote y Minwe, no permitiría que nada le sucediera, la anciana no sabía cómo vencer a las bestias, pero confiaba en que encontraría una manera. Con su dedo apuntó fijamente a la cabeza de la criatura, y disparó un potente rayo abrasador que impactó justo en medio de los ojos del grosrote; a pesar de la fuerza del hechizo el rayo fue absorbido por la piel de la alimaña. Reno disparó un certero haz eléctrico y Mo un rayo de escarcha, sus ataques tampoco fueron efectivos, el grosrote contraatacó de inmediato, escupiendo su babaza sobre los hechiceros, pero Zola utilizó su manto dimensional para evitar el ataque. Poco a poco los grosrotes acorralaban a los guardianes, quienes se encontraron espalda contra espalda con los soldados maekanos que continuaban peleando valientemente. Ennol se encargó de ser un escudo para sus compañeros, cada vez que los grosrotes intentaban atacarlos, el muchacho trasmutaba rápidamente una muralla o algún obstáculo que impedía los movimientos de la bestia. La menor de las criaturas golpeó fuertemente a Reno con un coletazo y lo mandó volando hacia el otro extremo, el anciano quedó muy golpeado y no conseguía levantarse.

Zola intentó dañar a la bestia con todo tipo de energía, fuego, hielo, electricidad, luz radiante, ácido, pero por alguna razón inexplicable, la piel del grosrote absorbía la magia de la hechicera, parecía como si sus poros fueran pequeños agujeros dimensionales diseñados para descomponer la energía creada por la magia. A la anciana se le acababan los recursos, los hechizos ofensivos no causaron ningún efecto, así que intentó algo diferente.

-¡Thea! –gritó la anciana–. ¿Tienes listos tus hechizos de control?

-Sí –contestó la muchacha después de dar un asombroso salto para evitar ser abatida por un ataque de la bestia.

-¡Utiliza el más poderoso que puedas!

-Está bien, pero necesito que me cubran.

La doncella acató el pedido de Zola con determinación, se alejó unos metros para preparar el hechizo, Kyatto la seguía de cerca. Mientras tanto Zola y Mo continuaron amenazando al grosrote, si bien sus hechizos no conseguían dañar a la cría, al menos lograban darle el tiempo suficiente a Thea para elaborar su hechizo. La muchacha abstraigo por completo su mente de la batalla, cerró sus ojos y se concentró en encontrar la psiquis del grosrote, después de un par de minutos la muchacha logró infiltrarse en la mente de la bestia. La feroz criatura empezó a divagar, su respiración

se calmó paulatinamente; el pequeño Kyatto se acercó con cuidado, si sus grandes ojos amarillos conectaban con la mirada de la cría el hechizo de hipnosis se completaría. El grosrote miró al gato y retrocedió lentamente.

-¡Está funcionando! –susurró Zola.

Thea continuaba sumergida en su trance, el pequeño gato alejaba al grosrote cada vez más. De repente, un horrísono alarido arrancó a la criatura de su letargo, el padre de la bestia chilló frenéticamente al detectar la intromisión de la doncella, la cría recuperó su naturaleza destructiva y emitió un alarido casi tan estridente como el de su progenitor. Una intensa reverberación sacudió la mente de Thea, sintió miles de agujas de hielo punzándole las sienes, la muchacha despertó sobresaltada.

-¡Kyatto! –gritó la doncella para advertir el peligro al pequeño felino.

El grosrote lanzó un zarpazo que estuvo a punto de aplastar al animal, pero sus extraordinarios reflejos le permitieron evadir el golpe con un preciso movimiento.

-Al parecer las bestias tienen una conexión psíquica –dijo Thea todavía adolorida–. El padre no me permite controlar a su cría.

-¡Demonios! –exclamó Zola–. ¡Algo debe poder dañar a estas bestias!

Goviat había disparado una esfera de luz radiante que estalló junto a la cabeza del grosrote que luchaba contra sus soldados. Al parecer ningún hechizo lastimaba a las bestias. El monstruoso animal volvió a escupir y embarró por completo a Goviat y a uno de sus soldados, la bestia chillaba de ira, con un violento movimiento de su cola sajó todo el ancho del dorso del escolta, su fuerte armadura no fue suficiente para protegerlo, el soldado cayó muerto de inmediato. El heredero estaba aprisionado entre una masa amorfa de baba, la bestia había levantado su fuerte cola para rematar a Goviat. Ennol asistía a Thea, quien había sido alcanzada por otra ola de babaza. Zola disparaba saetas de fuego intentando distraer a la cría. Reno yacía inconsciente en el piso, nadie se había percatado del inminente peligro que corría el comandante. La bestia arremetió con todas sus fuerzas, la cola del animal estaba a punto de flagelar a Goviat cuando una sombra se atravesó de repente frente al heredero, el brillo de una espada surcó los aires con agudeza para mutilar la cola de la bestia, el grosrote vociferaba del dolor, junto al comandante se encontraba un esbelto hombre, vestía una larga capa azul marina, una refinada armadura de cuero tachonado, guantes negros y sujetaba con delicadeza una fina espada, el individuo golpeó ligeramente la coraza que

aprisionaba a Goviat, el mortero se pulverizó de inmediato.

-Esta bestia es inmune a la magia –dijo la fría voz del hombre, mientras le ofrecía a Goviat su mano para levantarse–. ¿Cuántos hechizos necesitas desperdiciar para entenderlo?

La cola cercenada del grosrote se movía como una lombriz en el suelo, Goviat quiso ver el rostro del misterioso hombre, pero éste estaba cubierto por un exótico antifaz que simulaba los rasgos de un ave de rapiña.

-Si quieres vencer a estas bestias debes utilizar ataques físicos.

El guerrero tomó la larga lanza del soldado caído, la sopesó y tras dar media vuelta la lanzó con exagerada fuerza hacia la cría del grosrote, la lanza voló con furia y se clavó profundamente en la pierna de la criatura. Ennol volteó a ver quién había sido responsable del certero ataque, se llevó una gran sorpresa al reconocer al extraño espadachín que se había infiltrado en la cabina la noche anterior.

-Tú y tu escolta deben ayudar a los guardianes a matar a la cría –el incógnito le habló a Goviat con autoridad–. Yo me encargo de aniquilar al padre.

El escolta que acompañaba a Goviat imitó la maniobra del extraño guerrero y consiguió lastimar a la cría en el hombro. El heredero dio las instrucciones a los guardianes. Mo desenfundó sus espadas, Goviat hizo lo mismo con la suya, Zola y el resto no tenían armas, solo contaban con sus hechizos.

-Necesitamos más armas –gritó Goviat.

Zola esquivó un coletazo de la cría del grosrote, las heridas que le hicieron las lanzas lo entorpecían, la hechicera tocó la plata de la armadura del escolta y la trasmutó en una larga jabalina, se la pasó de inmediato a Goviat, quien arrojó con fuerza la plateada lanza y la incrustó en uno de los ojos de la bestia, mientras tanto Mo atacaba incansablemente con sus espadas, la criatura retrocedió varios pasos... el cambio de estrategia fue una manera efectiva de lastimar al grosrote. Ennol era el encargado del cuidado de Minwe. Zola observó al misterioso personaje que luchaba solitariamente contra la bestia mayor, la anciana decidió asistirlo.

El temerario hombre permanecía inmóvil ante el monstruo, tras su oscura capa empuñaba su espada, esperando pacientemente que la bestia atacara. Zola se acercó



lentamente.

- ¿Qué haces aquí, anciana? –el guerrero no despegó ni por un segundo su mirada de la bestia—. En la otra batalla eres mucho más necesaria.

Al ver a la hechicera acercarse, el grosrote no dudó en atacarla, la cola de la bestia acometió con rabia, pero la hechicera ya había desplegado su efectivo manto dimensional, el rabo del grosrote atravesó el pequeño portal sin lastimar a Zola. El guerrero atacó y el grosrote dio un súbito salto hacia atrás.

-La próxima vez que el grosrote meta su cola en el manto, encárgate de deshacer el hechizo. ¿Entendido?

-Pero...

- ¡Solo hazlo! –gritó el espadachín.

El grosrote abanicó su garra para intentar desgarrar el cuerpo del enmascarado, pero éste consiguió evitarlo con un ligero brinco, luego blandió con destreza su espada para cortar varios dedos a la bestia. El grosrote volvió a chillar y volvió a atacar a Zola con su cola, la hechicera tuvo tiempo suficiente para repetir la maniobra anterior, pero una vez que la cola ingresó dentro del hechizo la anciana lo suprimió, el manto desapareció y cortó la cola del grosrote como lo haría la más filosa espada, la bestia se estremeció del dolor. Zola estaba asombrada, no sabía que su manto dimensional podría ser utilizado de esa manera.

Mientras tanto, Ennol y sus camaradas continuaban luchando contra la feroz cría que estaba encolerizada por sus heridas. El muchacho había trasmutado casi todas sus herramientas en filosas saetas que Goviat lanzaba con asombrosa precisión, a pesar de las múltiples lesiones y cortes que los hechiceros habían ocasionado en la bestia, esta no sucumbía. Minwe yacía recostada tras Ennol sin poder moverse, el veneno del grosrote la había neutralizado por completo, la doncella hubiera sido de gran utilidad durante esta batalla, pero desde la aparición de Eona en la biblioteca la muchacha no podía rendir en batalla como lo hacía antes. La bestia menor se abalanzó ferozmente en un último intento por contraatacar, sus colas golpearon violentamente a Goviat y Thea, quienes habían conseguido evadir varios ataques previos, sin embargo, no tuvieron suerte esta vez, el golpe fue contundente y los hechiceros golpearon sus cabezas contra la pared, el único soldado que sobrevivía recibió el golpe de vuelta de la ágil cola que regresó como un látigo para barrer el piso. Las colas de la cría todavía

no eran tan fuertes como las de su padre, de otra manera Goviat, Thea y el escolta estarían destrozados.

Ennol y Mo eran los últimos hechiceros en pie, la bestia se cuadró frente al inventor y se disponía a atacarlo, el alquimista buscó desesperadamente entre sus bolsillos algo que pudiera transmutar para clavárselo al grosrote, pero ya había utilizado casi todo, antes de que las fauces del monstruoso animal alcanzaran al muchacho, una punzante estalagmita emergió desde el suelo para atravesar el vientre de la bestia. Reno había despertado y trasmutó la estaca a partir del piso. La cría se retorció como un pez fuera del agua; a pesar de la mortal herida, el grosrote continuaba escupiendo su babaza y movía sus colas frenéticamente intentando golpear a Ennol, la furiosa bestia abría sus fauces mostrándole al inventor sus seis hileras de filosos dientes. Una luz verde se proyectó en el paladar de la criatura, quien chillaba del dolor, Ennol había encontrado la pistola en su bolsillero mientras buscaba algo para transmutar, el muchacho apuntaba justo dentro de la boca del grosrote. La bestia intentó volver a escupir, Ennol estaba a punto de disparar, pero una filosa daga surcó los aires para incrustarse profundamente entre los ojos de la bestia, la pieza de metal le destrozó el cerebro, la cría del grosrote finalmente sucumbió. El misterioso enmascarado había lanzado el cuchillo, tal vez porque dudó que Ennol tuviera la sangre fría necesaria para matar. Ennol se quedó paralizado con el arma en sus manos, sintió el poder del artefacto, nunca se imaginó estar en una situación tan extrema como para tener que disparar un arma.

El enmascarado, después de su última maniobra, demoró unos segundos para incorporarse nuevamente a la pelea junto a Zola, quien aún no había encontrado la fórmula para someter a la gran bestia. El misterioso hombre de la capa oscura se movía con tal ligereza que parecía flotar. Zola, en cambio, se mantenía a una distancia prudente y actuaba solo cuando era estrictamente necesario, el enmascarado tenía la situación bajo control: ya le había extirpado al grosrote sus dos colas y parte de una garra. El espadachín se mantenía impávido ante la amenazante bestia, mantenía extendida su espada y con su cuerpo la ocultaba del grosrote. Ennol notó que la bestia respiraba con dificultad, al parecer había perdido mucha sangre, los guardianes observaban desde lejos, Reno y Thea se recuperaban lentamente de sus lesiones.

La gran bestia se debilitaba, sabía que en poco tiempo no tendría suficiente

fuerza para volver a atacar, así que arriesgó el todo por el todo, se abalanzó desesperadamente sobre el enmascarado intentando inútilmente desgarrarlo. El intrépido hombre saltó con gracia para dar un rol en el aire y luego aterrizar sobre la propia garra del grosrote, corrió varios pasos sobre la bestia para volver a saltar, esta vez empuñaba con sus dos manos la espada con la punta hacia abajo. La cabeza de la bestia había quedado completamente vulnerable a un ataque por el flanco superior, el espadachín clavó su espada en el ojo izquierdo de la criatura y rodó ágilmente para pararse sobre el cráneo de la bestia, que sacudió la cabeza hacia arriba elevando al guerrero por los aires, pero este nunca perdió el balance, era como si supiera que el grosrote lo impulsaría de esa manera. El misterioso sujeto empuñó con fuerza su arma y, aprovechando la aceleración de su caída, puso todo su peso en la punta de su espada, el guerrero cayó violentamente sobre el cráneo de la bestia para incrustar la punzada final. El temido grosrote de Inoven pereció poco tiempo antes de desmoronarse frente a la mirada de asombro de los hechiceros.

## 13 – LOS CAMPANARIOS DE NALEK–AB

El silencio llegó al fin, no el silencio que precede al festejo de un triunfo casi imposible, ni el silencio que entredice con miradas los elogios entre valientes camaradas, sino el silencio que sellaba de una vez por todas al horror más intenso que habían sentido los guardianes de Sadek. Las bestias yacían muertas sobre un gran charco de sangre, era un cuadro horripilante, pero a pesar de la impactante escena nadie se atrevió a quebrantar aquel penetrante silencio, era como un pesado grillete que acorralaba sus gargantas, a duras penas podían respirar, la crudeza de la muerte les atormentaba, les recordaba lo efímeros que son sus cuerpos y lo delgada que es la línea que separa la vida de la muerte. Zola fue la primera en recuperarse del sobresalto, la vasta experiencia de la hechicera le permitía sobreponerse a los traumas más severos.

- ¿Todos están bien? –preguntó la hechicera, su voz demostraba gran cansancio y preocupación–. ¿Cómo está Minwe?

- Minwe está bien –contestó EnnoI–. La bestia no pudo herirla.

Zola verificó el estado de cada uno de sus guardianes: Reno tenía varias costillas rotas y una gran herida en su frente, Thea se había dislocado el hombro tras impactar violentamente contra el muro y Goviat tenía dificultades para caminar debido a un punzante dolor en su muslo derecho. El escolta maekano yacía inconsciente en el suelo. Mo, EnnoI y Minwe habían conseguido evitar por completo los ataques de la cría.

- Buen trabajo –dijo la maestra a sus guardianes.

- ¿Buen trabajo? –mofó con sarcasmo una voz desde el fondo de la cámara–. Poco les faltó para ser devorados por las bestias.

El misterioso enmascarado se acercó paulatinamente mientras envainaba su espada, su postura erguida, su semblante sereno y la excesiva sinceridad de su comentario evidenciaban que el sujeto se encontraba en perfectas condiciones, a pesar de su gran despliegue en batalla el espadachín no jadeó, no trastabilló, ni siquiera sacó su pañuelo para secarse una gota de sudor. Zola estaba desconcertada por la tosca crítica del guerrero.

- No comprendo tu comentario, misterioso enmascarado –dijo Zola ahogada en un mar de nerviosismo, nunca antes había visto una demostración de habilidad tan

impresionante—. Sin embargo, permíteme agradecer tu oportuna aparición...

Zola no terminaba de formular su agradecimiento cuando el espadachín desenfundó su espada en una fracción de segundo y, como una sombra, surcó los escasos metros que lo separaban de la anciana para aprisionarla fuertemente por el cuello y amenazarla con su arma. Los guardianes, sorprendidos por el súbito ataque, demoraron un buen rato en reaccionar. Goviat, Reno y Thea apuntaban sus dedos hacia el agresor. El enmascarado apretaba con fuerza y susurró en el oído de la hechicera.

-Tu arrogancia te ha vuelto lenta, anciana, te jactas de tu rapidez, sin embargo, me resulta un juego de niños sorprenderte con la guardia baja. Si yo fuese tu enemigo... ya estarías muerta –Zola intentaba inútilmente escapar, pero el enmascarado la sujetaba de tal forma que neutralizó por completo sus movimientos—. Escúchame bien, hechicera, has llegado hasta aquí exitosamente, pero tu suerte cambiará pronto, a los enemigos que enfrentarás no podrás vencerlos con esferas violeta y mantos dimensionales. Ya no estás en Sorta, estás en Bérmeillon.

Ennol pudo percibir que la espada que blandía el enmascarado no tenía filo, es más, no parecía ser de metal, tenía una extraña textura sin brillo, como la de los huesos secos.

- ¿Quién eres? –preguntó la anciana con dificultad.

-Un aliado, sé todo sobre el Hada Blanca y sé qué es lo que estás buscando, el Taumaturgo los espera en Nalek–Ab.

-¿Qué quieres? –cuestionó Zola, los guardianes continuaban apuntando al espadachín.

-He venido a advertirles –dijo el misterioso sujeto—. ¡No están preparados para enfrentar a sus enemigos!

- ¡No tienes idea de lo que dices! –gritó indignada la maestra—. No sabes con quién estás hablando.

- ¿Quieres más pruebas?... –susurró el enmascarado—. Está bien.

El sujeto empujó con fuerza a Zola, lanzándola contra los hechiceros que lo apuntaban. La anciana embistió a Reno, quien tuvo que bajar la guardia para sujetar a la maestra. Goviat y Thea dispararon sus hechizos, pero estos solo consiguieron perderse en el viciado aire. El enmascarado rodó ágilmente por el suelo, se levantó

deprisa y saltó como un felino hacia Goviat, quien no tuvo oportunidad de esquivar el golpe, el heredero cayó noqueado al piso, para cuando Zola y Reno pudieron reincorporarse Thea había sufrido el mismo destino que el heredero. La maestra perdió de vista al enmascarado, estaba en verdad aturdida por la velocidad del espadachín.

- ¿Dónde está? –preguntó Zola desorientada.

- ¿Sigues pensando que están preparados, anciana? –una voz triunfal se escuchó a espaldas de la hechicera.

Zola volteó para encontrar a Ennol tumbado en el suelo, había sido víctima del mismo ataque que noqueó a Goviat y a Thea. El enmascarado estaba junto a Minwe, con su espada apuntaba el corazón de la doncella.

- Existen pocos hombres que pueden vencerme –dijo el enmascarado mientras envainaba su espada sin filo–. Coincidentalmente, son esos hombres los que están detrás de todo esto. Créeme, Zola, sé quién eres y sé lo poco que durarían tus guardianes y la Portadora si te enfrentaras con esos hombres. Espero que hayas tenido suficiente para que aceptes escucharme.

- Habla de una vez –dijo la hechicera aterrada al ver la facilidad con la que el espadachín había logrado burlarlos.

Thea y Goviat despertaron de su temporal sueño, el dolor en sus cabezas retumbaba como un yunque bajo el más pesado martillo.

- Para empezar... no llegarán a ninguna parte en esas condiciones, están heridos.

El sujeto se acercó a Thea, la doncella se sujetaba el hombro con inmenso dolor, la caída había agravado su lesión, el enmascarado examinó con cuidado a la muchacha y se retiró sus finos guantes. Thea observó las manos de un hombre maduro, probablemente un sexagenario, sus palmas emanaban un tenue brillo dorado. Sin advertirlo, el enmascarado golpeó con fuerza el hombro de la muchacha, su clavícula produjo un horrísono crujido que hizo que Thea se retorciera como un gusarapo, pero poco a poco el dolor se desvaneció mágicamente, el hombro de la doncella estaba en perfectas condiciones, salvo la debilidad ocasionada por los múltiples esfuerzos en la batalla, en fin, nada que unas horas de descanso no pudieran remediar.

El caso de Reno era mucho más severo, al anciano le costaba respirar ya que

sus costillas fracturadas le estrujaban los pulmones. El hechicero se resistía a ser atendido por el misterioso hombre de la capa azul marino, pero estaba tan maltrecho que le fue imposible evitar la maniobra curativa del incógnito. El enmascarado sujetó el costado del anciano con sus manos firmes y ardientes como carbón atizado, Reno sintió que sus entrañas se consumían en una insaciable llama, sintió la piel arder entre dos placas de acero al rojo vivo, pero nunca existió tal quemadura, el enmascarado restauró las costillas del anciano, regresándolas a su posición natural. Reno sintió el alivio inmediato, ahora sus pulmones podían respirar con normalidad. El espadachín ignoró por completo la lesión de Goviat, consideró que no era necesario tratarla. Examinó con cuidado el estado de Minwe, solo se trataba de agotamiento extremo, desató una bolsa de su cinto y de allí sacó un pequeño frasco que parecía contener agua. El enmascarado vertió apenas una gota en la boca de la doncella y luego volvió a guardar la botellita en su bolsa.

-Eso bastará –dijo el misterioso sujeto con voz calmada–. El hada despertará pronto, está noqueada junto al muchacho. Alguien debería enseñarle a no hacer tanto ruido al volar.

Los guardianes se quedaron perplejos, en especial Zola, quien era la hechicera más experimentada y nunca en su vida había presenciado algo parecido. No supo a ciencia cierta si lo que hizo aquel sujeto fue magia, alquimia o alguna técnica de curación que escapaba por completo de sus dominios.

-Ahora escúchame bien, anciana –el guerrero nuevamente se acercó a la hechicera para que solo ella lo escuchara–. Lo que voy a decir no tendrá sentido en este momento, pero debes confiar en mí. Hagas lo que hagas no podrás eludir la desgracia, si es que te empeñas en evitarla solo conseguirás hacerla más grande y dolorosa. La Portadora tiene un propósito efímero, tan pequeño pero tan importante que debes estar dispuesta a perderla si en verdad quieres que al final triunfe la paz.

-¡Deja de hablar estupideces! –Zola enfurecía solo de pensar que algo pudiera sucederle a Minwe–. He jurado defenderla y lo haré hasta con mi vida.

-Eso no será suficiente, está fuera de tus manos, anciana –el enmascarado hablaba con profunda tristeza–. Solo hay algo que puedes hacer, algo que puede iluminar el oscuro sendero que nos espera.

-¿Qué?

-Debes entrenar al muchacho –resolvió el espadachín–. Ya debiste notarlo, anciana, un inmenso poder habita en él, un poder capaz de vencer lo que tú no vencerás.

Encárgate de enseñarle todo lo que sabes, aunque no esté listo. No te permitas perder el tiempo porque él también partirá pronto.

- ¿De qué hablas? –preguntó intrigada la anciana.

Pero el enmascarado ya no respondió, se esfumó como un fantasma que de pronto se cansó de ser visto. Los aventureros interrogaron a la anciana desesperados por conocer qué le había dicho el misterioso espadachín, pero Zola no estaba en condiciones de responder a nada, estaba devastada, nunca antes nadie la había vencido con tanta facilidad; aquel sujeto la sometió con un par de movimientos y no tuvo la necesidad de utilizar magia. La anciana aceptó su soberbia, se sintió tan omnipotente que olvidó todo lo que le faltaba por aprender, había descuidado por completo su propio entrenamiento. ¿Cómo podría Zola ser una buena maestra cuando ella misma se había negado la oportunidad de aprender?

Los hechiceros abandonaron la nauseabunda guarida de los grosלותes, mientras descendían por los túneles encontraron los cadáveres de los escoltas maekanos encerrados en fuertes argamasas de baba petrificada, los valientes hombres murieron sabiendo que su sacrificio había abierto más de un sendero de esperanza para su pueblo. Goviat ordenó al soldado sobreviviente que regresara a la fortaleza de Maek para anunciar al pueblo el triunfo sobre los grosלותes. Era urgente que enviaran varias cuadrillas de obreros para recuperar los cuerpos de los escoltas caídos e iniciar los trabajos de reconstrucción del coliseo. Goviat condujo a los hechiceros por la confusa maraña de túneles, a Zola le pareció eterno el sendero de salida. Finalmente, llegaron a un extenso corredor, los guardianes distinguieron la luz del sol al final del trayecto, la maleza del exterior se había aventurado a ingresar dentro del túnel de babaza. Una vez afuera, los guardianes se encontraron con un caótico escenario, las zarzas crecían incontrolables por todas partes, ingresaban por las ventanas de las casas para luego salir por las chimeneas y los tejados. La hojarasca seca se había sedimentado, cubriendo por completo los adoquines de la ciudad, la fuerte incursión de la maleza evidenciaba el largo tiempo transcurrido desde que los maekanos perdieron por completo los accesos a esta parte de la ciudad.

Minwe se recuperó por completo, nadie supo qué fue lo que le dio de beber el misterioso hombre, pero una gota fue suficiente para que la doncella recuperara su ánimo alegre y su semblante encantador. Los guardianes anduvieron por el camino



central del brazo izquierdo, la disposición urbana apenas se distinguía, la vegetación se había apoderado de las calles para convertirlas en selvas; ardillas, venados, conejos escapaban asustadizos al percibir la presencia de los aventureros, algunas cabras, en cambio, se habían vuelto salvajes, protegían su territorio y amenazaban a los guardianes con sus berridos, Thea tuvo que utilizar su empatía animal para evitar ser atacados. Las ovejas se agrupaban en pequeños rebaños y pastaban tranquilas sin dar importancia al paso de los humanos. La crecida naturaleza dificultaba el viaje de los aventureros, por más de una ocasión Goviat abrió camino entre la maleza, para luego descubrir que habían tomado el sendero equivocado, las calles habían cambiado mucho desde la última vez que el heredero transitó por allí.

Los guardianes de Sadek alcanzaron el primer orbe energético después de tres horas de caminata, el portal que los transportaría hacia el antebrazo había sido invadido por una enredadera salvaje, las coloridas flores silvestres de la planta le daban un aire festivo a la gran puerta. Los hechiceros atravesaron el portal sin dificultades, una vez en el antebrazo la maleza ya no era tan espesa y las casas aparentaban encontrarse en mejor estado, sin embargo, algo realmente extraño ocurría, Ennol se percató de que el cielo no se encontraba sobre su cabeza, sino tras su espalda. El muchacho miro arriba para encontrar las montañas y el horizonte, si miraba al frente podía ver a lo lejos el verde prado bajo los pies del coloso y si miraba hacia abajo podía ver sus propios pies sobre el firme piso adoquinado de la ciudad.

- ¿Qué está sucediendo? –preguntó confundido Ennol-. ¿Por qué todo está girado?

-No, Ennol, nosotros hemos girado –explicó Goviat-. Esta parte de la ciudad obedece a otra esfera, las esferas de energía también son campos gravitacionales. La gravedad en esta ciudadela es paralela al eje horizontal. Es decir, podemos caminar por las paredes, pero en este bloque las paredes son el piso... Jaja... Yo sé que es complicado pero en poco tiempo se acostumbrarán.

Los aventureros tardaron en acoplarse al nuevo sentido de la gravedad, así que decidieron detenerse en uno de los tantos balcones de la ciudad para almorzar. Zola no pronunció ni una sola palabra durante la comida, podría parecer irónico pero los guardianes extrañaban sus gritos y sus molestas órdenes; la hechicera se había sumergido en la más profunda reflexión, estaban muy cerca de encontrar al Taumaturgo pero ella sentía que sus objetivos se alejaban vertiginosamente. La repentina advertencia del sujeto enmascarado había llegado para desfigurar por

completo sus planes, la hechicera no sabía cómo ofrecerle a Minwe la seguridad prometida.

Los viajeros continuaron descendiendo durante dos horas más, llegaron sin problemas hasta la esfera energética que correspondía a la muñeca, el respectivo pórtico se levantaba al final de una hermosa bóveda artesonada, detrás del ondulante portal se encontraba el sagrado templo de Nalek–Ab. Goviat fue el primero en pasar, los hechiceros lo siguieron de cerca, uno a uno fueron apareciendo en una sublime explanada cubierta por un mar de delicadas florecillas blancas, el viento soplaba y dibujaba estelas en la cándida pradera. Minwe estaba maravillada, nunca había visto un espectáculo tan hermoso, la doncella no pudo contenerse y se adentró en la fronda, la espesura le llegaba hasta la cintura, su vestido blanco se perdía entre las endeables flores y la brisa le susurraba canciones de bienvenida. La doncella danzaba entre destellos de alegría, giraba, brincaba, revoloteaba como una golondrina. Los albos pétalos arrancados por el vendaval flotaban gráciles alrededor de la joven, inmortalizando aquel momento en la memoria del inventor. Ennol no podía dejar de mirarla, verla ahí jugueteando como una niña, disparando por doquier hechizos violeta, riendo, hace tiempo no la escuchaba reír.

Sería imposible evitarlo, era demasiado tarde para evitarlo, Ennol descubrió que se había perdido por completo en la ternura de Minwe, que daría cualquier cosa por verla reír así, que sin importar lo que sucediera él ya había entregado su vida para rescatarla. Por un momento Ennol olvidó el miedo, el rencor, el dolor, sus culpas, su corazón solo tenía espacio para albergar un sentimiento mucho más poderoso, un latir que lo llenaba de paz, que lo impulsaba a crear mundos inimaginables. El muchacho estaba paralizado, aun así, su corazón danzaba igual que ella. Ennol tardó en salir de su atonía, fue Reno quien tuvo que empujarlo para que el muchacho continuara caminando. Zola y el resto disfrutaron tanto como Ennol del repentino baile de Minwe, ver a la doncella nuevamente activa libró a la maestra de muchas preocupaciones.

Finalmente, los guardianes alcanzaron los campanarios de Nalek–Ab, cuatro amplias ágoras semicirculares de piedra descendían en forma de graderío. Ennol había imaginado un templo ostentoso, con una fachada arquitectónica simétrica y llena de detalles como en el palacio de los herederos, sin embargo, el santuario se asemejaba a una gran ruina. Fuertes y gruesos árboles crecían de una manera atípica, sus raíces

surgían endebles y espaciadas pero luego se consolidaban en robustos tallos primarios que curvaban y se entrelazaban para formar cuatro hermosas grutas, sus frondosas ramas daban sombra a cada una de las ágoras. La fisonomía general de la entrada del templo simulaba los nudillos de la mano del coloso. Dentro de las cavernas se levantaban imponentes muros ocres de ladrillo rústico, enverdecidos por el moho y los líquenes, eran las primeras paredes que conformaban las torres que se descolgaban a partir de cada caverna, cada torreón constituía un dedo del coloso y en cada falangeta se edificaba un magnífico campanario cilíndrico. El heredero de Maek explicó que cada torre representaba a uno de los cuatro espíritus de la naturaleza. La primera torre, correspondiente al dedo meñique del Titán, había sido construida para adorar al espíritu de la vida. La segunda torre honraba al espíritu de la transformación. El dedo medio fue creado para invocar al espíritu de la abundancia. Finalmente la cuarta torre albergaba las ceremonias ofrecidas al espíritu de la muerte.

-El Taumaturgo debe estar en una de las torres –dijo Goviat–. Lo más probable es que se encuentre en el segundo torreón.

- ¿Por qué lo dices? –preguntó Zola.

-Es la torre del espíritu de la transformación, dado el oficio del Taumaturgo es muy probable que la haya escogido para ocultarse –Goviat analizaba las posibilidades–. Además, la segunda torre es la más compleja de las cuatro. Su campo gravitacional cambia constantemente, se transforma, esto dificulta la movilización dentro de ella.

- Está bien, buscaremos primero en la segunda torre.

Los hechiceros bajaron por los amplios graderíos que conducían a las grutas, se cobijaron bajo la sombra que proyectaban las espesas ramas de los árboles e ingresaron por la segunda caverna. Aquel santuario estaba rodeado por un aire fresco, puro, todo convivía en perfecta armonía, las plantas se enredaban en la sobria arquitectura y con sus flores anaranjadas la coloreaban; el sol se filtraba entre las hojas de los árboles dibujando hermosos haces de luz entre la penumbra de las grutas, todo esto le daba al ambiente del templo un toque celestial. Aves de todo tipo y matiz trinaban y revolotean alrededor de los guardianes, Ennol podía sentir la vibración de la energía, era como un aura bienintencionada que los protegía. A medida que los hechiceros se adentraban en la cueva, este sentimiento de tranquilidad los inundaba cada vez más.

Continuaron caminando, cruzaron un imponente arco redondo y alcanzaron un

estrecho corredor que terminaba en una gran pared circular, del perímetro de esta nacían equidistantes seis resistentes columnas, estas estaban en sentido horizontal y sostenían cinco arcos periféricos que sujetaban el gran arco principal por el cual habían ingresado, desde el centro de la pared surgía horizontalmente una columna de mayor grosor, en su capitel convergían seis arcos centrales que fortificaban la estructura. En el templo no podía faltar la vegetación, las enredaderas abundaban y matizaban de verde la arquitectura. Largas claraboyas de vidrio cubrían los vanos de los arcos, formando una extraña bóveda acristalada. La amplia pared estaba hecha de adoquines y el piso del corredor mostraba el entramado de un rústico ladrillo amarillento. En la parte más alta de la pared se abría un orificio rectangular.

- ¿Cómo llegaremos hasta allá arriba? –preguntó Ennol intrigado.

Pero antes de que alguien respondiera su pregunta, el muchacho vio que el pequeño Kyatto caminaba sin esfuerzo por la pared, exactamente como lo haría una mosca.

-Aquí cambia nuevamente el sentido de la gravedad –dijo Goviat.

El heredero dio un paso desde el piso hasta la pared, mágicamente su peso ahora era atraído por un nuevo campo de gravedad. Los hechiceros imitaron al ererni y caminaron sobre la gran pared adoquinada. Desde aquí la percepción del espacio cambió por completo, ahora Ennol entendía que se encontraba en un cuarto circular, los arcos sostenían un fuerte anillo. Hermosos ventanales cubrían los cinco vanos de los arcos y una fuerte pared de ladrillo se levantaba desde el suelo para cerrar el lado restante. El orificio rectangular conducía a las escaleras que descendían al nivel inferior. Los hechiceros continuaron bajando por la confusa torre, en el lugar menos pensado el campo de gravedad volvía a cambiar y los aventureros se encontraban a sí mismos caminando por el tumbado, por extrañas escalinatas horizontales o ingresando por puertas ubicadas en el piso del templo. Las habitaciones no tenían un uso determinado, a Ennol le pareció absurda la distribución de la segunda torre. No había salas, ni vestíbulos ni altares, nada de lo que usualmente se encuentra en un templo. Los hechiceros caminaban por un complejo laberinto, donde no se distinguía lo que era piso de lo que era pared. Arriba, abajo, izquierda, derecha, todo dependía del sentido de la gravedad.

- ¿Dónde están los altares del templo? –pregunto Minwe, quien no pudo contener la intriga.

- ¿Altars? –Goviat sonrió—. Este es un templo de reflexión, Minwe, no necesitamos altares. No buscamos al espíritu de la transformación en nuestro entorno, lo buscamos en nuestro interior. Esta torre fue construida para recordar a quien la transite que todo cambia constantemente y lo que vemos siempre depende del lugar desde donde observamos.

Los hechiceros llegaron a una amplia cámara circular, la habitación estaba abarrotada de libreros, miles de textos y pergaminos se apilaban en el suelo para construir enormes torres de papel, el olor a tinta acariciaba las narices de los aventureros. Una mesa de madera yacía en el centro de la alcoba, sobre ella había un exótico tintero y varios apuntes indescifrables. El sol de la tarde brillaba intensamente, se colaba por las largas ventanas verticales, las paredes estaban empapeladas por extraños manuscritos, cientos de diseños estilizados, glifos que parecían pertenecer a algún idioma foráneo. La energía era mucho más intensa dentro de esta habitación, Zola investigó los extraños símbolos, a pesar de no poder entenderlos la anciana sabía exactamente lo que eran: tatuajes.

-Este es el sitio –afirmó la maestra—. Esta es la morada del Taumaturgo.

-Tienes razón –intervino Goviat—. Esos libreros y aquella mesa no estaban allí la última vez que visité esta torre.

Ennol podía sentir una cálida presencia en la alcoba, era como si toda esa energía purificadora se concentrara en algún lugar cercano. Los hechiceros continuaron investigando las habitaciones contiguas para descubrir que estaban vacías, Goviat revisó el campanario y tampoco encontró a nadie. Los guardianes estaban confundidos, habían ubicado la guarida del Tatuador, sin embargo, no tenían la menor idea de dónde podría encontrarse el Taumaturgo. El alquimista revisó los diversos diseños que empapelaban las paredes, estaba fascinado con los tatuajes, cada uno de ellos tenía alma, personalidad, algunos eran sencillos caracteres, otros, en cambio, eran complejos símbolos abarrotados de detalles, su forma y tamaño los hacían únicos. Algunos glifos susurraban su esencia, otros, en cambio, ocultaban mensajes secretos tras sus trazos de tinta, cada tatuaje tenía algo que contar, habían sido creados para inmortalizar los sentimientos.

Zola y los demás discutían con vehemencia si era prudente esperar al Tatuador o si deberían buscarlo en otra torre, a Ennol no le interesaba participar del

debate, había algo en su interior que lo invitaba a seguir husmeando entre los pergaminos. Mientras el muchacho más observaba los diseños, más se adentraba en aquella sensación de tranquilidad; poco a poco su pensamiento se iluminó, sintió con mayor fuerza aquella presencia dentro de la habitación, el alquimista cerró sus ojos instintivamente, sabía que en aquel momento su sentido de la vista solo conseguía confundirlo. En la oscuridad de su mente una extraña silueta se formó, el muchacho supo exactamente dónde se encontraba el tatuador, estaba arrimado en la pared entre dos libreros abarrotados de apuntes, desde allí observaba con tranquilidad cómo los hechiceros reñían. Minwe se acercó a Ennol, tampoco quiso participar de la disputa, al ver al muchacho con sus ojos cerrados le susurró al oído.

-Tú también lo has encontrado, ¿verdad?

El muchacho abrió los ojos, miró fijamente a Minwe y asintió. La doncella expresaba en su mirada una gran vergüenza, pues sus guardianes discutían torpemente mientras el sabio Taumaturgo los observaba de cerca.

-Deberían dejar de discutir –dijo Ennol con firmeza–. El Taumaturgo ha estado en la habitación desde antes de nuestro arribo.

-¡Qué cosas dices, Ennol! –dijo Zola molesta por el auge de la discusión–. ¡Hemos buscado por todas partes y no hay señales de él! ¡No tenemos tiempo para tus arrebatos!

-Solo los tontos buscan con los ojos –dijo Minwe–. ¡Fuiste tú misma quien me lo enseñó!

Una intensa carcajada resonó en la habitación, los guardianes abandonaron de inmediato la discusión, a pesar de la estrepitosa risa los hechiceros no podían encontrar el escondite del Taumaturgo. A Ennol le causaba mucha gracia ver la cara de Zola completamente desconcertada, la anciana miraba los rostros de sus guardianes para comprobar que no eran ellos los que reían. Después de largas risotadas una ronca voz dijo:

-Yo no habría podido decirlo mejor –la voz todavía no se recuperaba por completo de la risa–. Me parece tan gracioso ver a una aprendiz recordándole a su maestra mirar desde el interior.

-¿Dónde está? –preguntó desesperado Goviat.

-Por favor, dulce niña... –la voz hablaba con calma–. ¿Podrías indicarles dónde me oculto?

Minwe bordeó la habitación hasta alcanzar la pared donde había sentido la presencia del Taumaturgo, solo sabiendo que se encontraba allí, la doncella pudo distinguirlo con sus ojos. Un pequeño anciano se ocultaba a plena vista, arrimado a la pared de piedra el hombrecillo imitaba asombrosamente la textura de la roca, sus ropas se mimetizaban como la piel de un camaleón. Si Minwe no hubiera percibido su presencia, sus ojos jamás hubieran podido distinguirlo del entorno, estaba perfectamente oculto. Poco a poco el sabio fue adoptando su colorido natural, la piel clara y arrugada, sus ojos completamente ciegos, blancos como leche. Las barbas largas y níveas le llegaban casi a la cintura, su cabello era abundante en los lados y escaso en la coronilla, la frente amplia y las mejillas pálidas. El Taumaturgo vestía una capa blanca, esta emitía una aureola de brillo que purificaba el ruidoso ambiente.

-Hace más de treinta años que nadie ha podido encontrarme –dijo el anciano–. Ni siquiera esa enorme criatura que merodea la ciudad. No es coincidencia que la Portadora haya sido quien reveló mi escondite, su pureza le permite ver mucho más allá.

Zola se quedó atónita, no fue por el truco del mimetismo, sino porque tenía frente a ella al gran Taumaturgo, la anciana había dedicado años de su vida para encontrar al sabio. El resto de hechiceros apenas podían hablar después de la aparición del Tatuador.

-No hace falta que me expliquen quiénes son y para qué han venido –continuó el Tatuador–. Hace más de un mes que sentí la presencia del Hada Blanca en Bértallon.

-Hemos venido desde muy lejos –comentó Ennol.

-No lo dudo, muchacho –contestó el anciano mientras se dirigía a una de sus cajoneras–. Ya no existen muchos de mi clase por estos días.

-En realidad, creo que usted es el único que queda –aseguró Zola.

-Eso nunca lo sabremos... como ya se han dado cuenta los tatuadores somos muy buenos para ocultarnos.

-Es verdad –comentó Mo.

El pequeño anciano abrió un viejo cajón y sacó un elegante estuche de cuero. A pesar de su ceguera y su edad, el Taumaturgo se movilizaba con una solvencia impresionante, Ennol calculó que el sabio debía tener más de cien años, el inventor observaba con atención cada movimiento del Tatuador.

- ¿Han conseguido el agua diamantina? –preguntó el sabio.

- Sí –contestó Zola, mientras le entregaba al anciano un pequeño frasco de cristal.

El Taumaturgo destapó la botellita y olfateó el agua.

- ¡Es perfectamente pura! –dijo el anciano–. Francamente la mejor que he oído. Podría preguntar... ¿Dónde la has conseguido?

- Es un regalo de mi buen amigo y mentor Renvel Lecont –respondió Zola.

- Espléndida –repitió el Tatuador–. Alguna vez tuve en mis manos un frasco de agua casi tan pura como esta, recuerdo que la oculté en algún lugar, para utilizarla en una ocasión especial, pero ahora que estoy tan viejo ya no recuerdo dónde la escondí. El agua diamantina es el ingrediente más importante del tatuaje. ¿La tinta negra... también la tienes?

- Tenemos todo lo necesario, las tintas y el algodón de seda –Zola colocó el resto de ingredientes sobre la mesa.

- Perfecto. Yo también tengo mi parte en orden.

El anciano se acercó a la mesa, desató los finos cordones del estuche y extrajo un extraño utensilio, el objeto brillaba flamante, consistía en un esbelto cilindro, aproximadamente del largo de una pluma, en su mango estaban grabados libres diseños negros que se entretreían como hiedras, del ápice del artefacto se desprendía una fina aguja de adamantio. El anciano tomó la esfera gris que contenía el algodón de seda y de un orificio lateral comenzó a jalar delgadas fibras de algodón. El Taumaturgo enredó los hilos para formar un pequeño ovillo. Luego abrió el frasco de agua diamantina y remojó con unas pocas gotas el algodón. El anciano limpió meticulosamente la aguja y su mango.

- Cuando tatúo mis glifos –el Taumaturgo hablaba con extraordinaria serenidad– le regalo a la Portadora una pequeña porción de mi alma, esta es como un broche plateado que enlaza el alma de la humana con el alma del Hada Blanca. Las tres energías se fusionan en una sola. Mientras una de ellas viva ninguna de las tres fallecerá.

El sabio terminó de limpiar su herramienta, ahora era necesario encontrar la esencia de Minwe para saber cuál sería el tatuaje apropiado para la doncella. El anciano pidió permiso a Zola para examinar a su aprendiz, la maestra colaboró con nerviosismo, había esperado este momento por muchísimo tiempo. El Taumaturgo se



puso frente a Minwe, con sus blancas y arrugadas manos el sabio palpaba el aura de la Portadora, era como si el anciano estuviera modelando una hermosa escultura con la energía de la doncella, la Portadora se dejaba leer como un libro abierto, no tenía nada que ocultar, su espíritu era tan puro como el alma de un recién nacido.

-Tu alma es violeta –el anciano se regocijó al palpar la claridad de la energía de Minwe–. Tu alma no conoce la ira, ni el rencor ni la envidia, eres una mujer libre y amas sin medida. Tu corazón es puro, tan puro que eres capaz de deleitarte con las cosas más sencillas; la lluvia, la brisa, la luz del sol son suficiente argumento para ti. Llevas dentro de ti un poder incalculable, estás dispuesta a sacrificar tu vida entera a cambio de un mundo libre de guerra, donde todos podamos coexistir como las notas de una hermosa melodía.

Los guardianes escuchaban las palabras del Tatuador, conocían bien el alma de Minwe y sabían que la doncella era todo lo que el viejo describía. El anciano continuó leyendo el alma de Minwe, con cada movimiento entendió cada vez más la perfecta armonía de la doncella. El Taumaturgo sonreía, había esperado toda su vida para poder sentir algo así.

-Tienes sin duda el alma más pura que he palpado –dijo el anciano con lágrimas en sus blancos ojos–. Sin embargo, esta extrema pureza te hace olvidar que a veces es oportuno madurar, eres blanco fácil de los impulsos de tu corazón, debes aprender a controlar tus caprichos, el que lleves el alma de una niña no significa que debas comportarte como tal. Con frecuencia sientes miedo, miedo a que todos tus anhelos desaparezcan de repente, miedo a perder a los seres que amas y un enorme miedo a enamorarte. El fantasma del fracaso te persigue, muchas veces piensas que no estás lista para cumplir tu misión, temes defraudar a quienes depositaron su fe en ti. A pesar de tus temores, no te dejarás vencer, porque sabes que detrás de aquellos miedos te espera la paz que tanto anhelas.

El sabio lloraba por la intensa emoción, había conectado con la esencia de la doncella, comprendió la magnificencia de su alma, la integridad de su ser, entendió lo mismo que Ennol había descubierto desde la primera vez que miró a Minwe meses atrás en aquella fría estación de autoferro. El anciano continuaba observando desde su corazón, bastaron pocos minutos para tener una respuesta.

-Tu esencia es la valentía –el sabio no dudaba–. El destino te llevará por un camino mucho más difícil que el imaginado. La valentía te acompañará durante los momentos

de oscuridad. Tus glifos y aquel poderoso sentimiento que acabas de sembrar en ti te guiarán hacia la paz.

Zola y los guardianes estaban conmovidos, para todos ellos Minwe había llegado a ofrecerles una esperanza y convertirlos en mejores seres humanos. La esencia de la doncella había sido descifrada, solo faltaba plasmar los tatuajes que liberarían las alas de Eona.

-Tenemos poco tiempo –explicó el Tatuador–. Pronto atardecerá y un glifo de fusión solo puede ser tatuado durante el crepúsculo o el amanecer. El tatuaje necesita ser bañado por ambas luces, sol y luna, solo así es posible abrir los pequeños vórtices de donde nacerán las alas del asda.

Los guardianes de Sadek y el Taumaturgo descendieron al campanario. Una gigantesca campana de bronce colgaba de la intersección de cuatro robustos arcos, un amplio corredor circular separaba el esbelto barandal que rodeaba la campana de los fuertes balaustres que delimitaban el campanario. Desde aquí se podía ver con claridad todos los campanarios de las distintas torres. La tarde los abandonaba y el sol hacía brillar sus últimos rayos sobre las lejanas montañas. El panorama era espectacular, el sol proyectaba largas sombras de la enorme ciudad sobre el vasto prado. Los hechiceros esperaban aquel lapso después del ocaso, ese mágico umbral donde el día coexiste con la noche y la acaricia con su agonizante brillo, para luego morir bajo las frías sombras que se extienden al horizonte, tan largas y amplias que se convierten en oscuridad. En medio de aquella gratificante espera, Zola, Minwe y Ennol sintieron un horrendo escalofrío. La repentina expresión de alerta del Taumaturgo confirmó que algo extraño sucedía.

- ¡Alguien nos mira! –exclamó el sabio.

Ennol percibió una pequeña luz verde que brillaba en el pecho del Tatuador, el muchacho se demoró en reconocer el artefacto que la producía. Un ruidoso estallido reventó desde el campanario de la torre contigua, Zola reaccionó de inmediato ante la chispa del disparo y descargó con furia un potente rayo eléctrico que impactó certero en la lejana silueta del agresor, pero la maniobra de la maestra no pudo evitar la desgracia: el Taumaturgo se sujetaba el pecho con las manos ensangrentadas, el anciano tras dar media vuelta se desvaneció, Ennol y Minwe lo sujetaron antes de que cayera al suelo, la doncella no podía creer lo que estaba pasando, el Tatuador

agonizaba en los brazos del inventor.

Thea tocó a Kyatto, la muchacha invocó la agilidad del felino, corrió rápidamente hacia el balaustrado y antes de llegar brincó sobre el antepecho para luego saltar con fuerza los doce metros que separaban las torres, la doncella alcanzó con su pirueta el campanario aladaño. Allí yacía inconsciente el responsable del disparo, se trataba de Seth. Mo voló raudo para asistir a Thea, quien no comprendía cómo el oscuro comandante había alcanzado los campanarios sin ser visto. Mientras tanto, Zola maldecía el día en que aquellos soldados habían aparecido, años de esfuerzo fueron destrozados en un par de segundos. La maestra se arrodilló junto al Tatuador, el anciano tenía una grave herida bajo su corazón, no aguantaría mucho. Goviat y Reno se mantuvieron en guardia en caso de que otros soldados aparecieran. El anciano sabía que la muerte lo alcanzaría pronto, no le temía pues su alma simplemente abandonaría su cuerpo y retornaría a la energía única. El Taumaturgo acarició tiernamente el rostro de la doncella y dijo:

- ¿Sabes?... Me siento tan feliz de que... la muerte me haya encontrado hoy –el sabio hablaba con inmensa paz–. Porque si me hubiera encontrado ayer... no habría tenido la suerte... de leer tu alma. Vas a estar bien, muchacha, tu alma es fuerte... estás lista para recorrer el difícil camino que te espera... pase lo que pase, nunca dejes de confiar en quienes amas.

Minwe lloraba, todavía no encontraba la fortaleza para sobreponerse a tragedias como esa. El anciano volteó hacia la maestra, parecía que sus ojos ciegos la observaban con claridad, el Taumaturgo tomó la mano de Zola.

- No pierdas... la esperanza, Zola Kendal –al anciano le costaba respirar–. Todavía hay algo... que puedes hacer... Debes buscar a Fenia... ella portó al Hada Blanca... hace mucho tiempo... fue uno de mis primeros... tatuajes. En su espalda... están los glifos... de la valentía.

- ¡No! Por favor... resiste –Zola estaba desesperada–. Si nos deja no habrá nadie que pueda tatuar aquellos glifos.

- Como dije... los tatuadores somos expertos... en ocultarnos –el anciano tosió varias veces y su blanca barba se tiñó de rojo–. Muchas veces nos ocultamos... de nosotros mismos.

- No lo entiendo –dijo angustiada la hechicera.

- Lo harás... –La fatal hora se acercaba–. La tumba... se encuentra en... los

abismos...las luces te guiarán... tienes poco tiempo, anciana, mi alma... partirá hoy... y abandonará también... a Fenia.

Ennol y Minwe observaban todo, nunca antes los adolescentes habían sentido la muerte tan de cerca. El Tatuador sostenía su aguja, abrió la palma de la maestra y le entregó su preciada herramienta.

-La paz... llegará –la voz del anciano era cada vez más débil–. Mientras tanto... debes cuidar de ella... Cuando encuentres... las respuestas... dale esto... al Tatuador...

El anciano no pudo completar la frase, había muerto en los brazos del inventor, quien escuchó cada palabra. La tragedia que advirtió el enmascarado había llegado, Zola sabía que no debía resistir aquella desgracia si no quería hacerla más grande y dolorosa. Una fuerte brisa sopló desde el norte, el inerte cuerpo del Taumaturgo empezó a emitir un cálido resplandor blanquecino que se esparció como la escarcha, en ese preciso instante la campana de la cuarta torre resonó, el espíritu de la muerte había llegado para llevarse el alma del pequeño anciano, con cada golpe del badajo el viento se llevaba en un suspiro los pequeños destellos de luz que viajaron hacia el norte como luciérnagas. Para cuando los hechiceros se dieron cuenta el cuerpo del anciano se había desvanecido y con él se marchó aquella energía que lo inundaba todo de paz.

## 14 – FURIA CARMESÍ

Seth abrió lentamente los ojos, había caído de bruces después de recibir aquel fuerte impacto eléctrico, el asesino estuvo inconsciente durante varios minutos, lo último que recordaba era haber presionado el gatillo de su rifle cuando la mira estuvo fija en el corazón del anciano tatuador. Un intenso ardor invadía su pecho, el comandante quiso examinar sus quemaduras pero descubrió que estaba atado de pies y manos. El rehén examinó su alrededor, a su izquierda encontró a Mo, el hada afilaba sus espadas sentado sobre un sofisticado rifle de largo alcance, al percatarse de que Seth había despertado el pequeño marcial sonrió.

-Escogiste un pésimo momento para despertar –dijo el hada burlesco.

Seth intentó desesperadamente romper sus ataduras, pero todo intento fue inútil, Thea conocía la manera correcta de atar a los hostiles. El oscuro comandante se retorció como insecto en una telaraña, sabía que sus enemigos no tardarían en saldarse cuentas, Thea apareció a sus espaldas para pisar con fuerza el dorso del cautivo, presionó sus quemaduras contra el suelo ocasionándole un profundo dolor.

- ¡Quédate quieto de una vez! ¡Mal nacido! –exclamó la doncella.

A pesar del insoportable dolor, el sujeto apenas dejó escapar un ligero gemido, estaba entrenado para resistir las torturas más crueles, no conocía suplicio capaz de hacerlo confesar, el comandante escogería la muerte antes que delatar a sus caporales. Al ver que el homicida apenas se quejaba, la doncella pisoteó con vehemencia su espalda, la espina de Seth crujió como una nuez, las costillas le aplastaban los pulmones, pero el comandante era demasiado obstinado para ceder, no se quebraría fácilmente.

-Ahora entiendo –dijo Thea trastornada por la ira–. Estás guardando tus gritos para cuando llegue Zola, ella sabrá cómo hacerte pagar.

La muchacha tenía razón, Zola se alistaba para desatar toda su ira sobre Seth, incluso estaba dispuesta a efectuar aquellos crueles hechizos que juró jamás invocar, la anciana perdió todo rezago de cordura, la ira le hizo olvidar los principios por los que luchaba, la sed de venganza nubló por completo su juicio. Ni el más inquebrantable hombre ni el más riguroso entrenamiento serían capaces de soportar el azote de la rabia de Zola. La hechicera llegaría pronto al campanario de la primera torre y en su

mente descontrolada solo habitaba un único deseo: aniquilar a Seth, no sin antes hacerlo sufrir el martirio más cruel que la historia haya presenciado.

La anciana llegó al campanario, aún no terminaba de bajar las gradas cuando alcanzó a ver el cuerpo atado del asesino, la hechicera se abalanzó como una fiera, ni Thea ni Mo tuvieron oportunidad de cuestionar las fatales acciones de la maestra, quien ya había invocado un hechizo de levitación sobre Seth; el cuerpo del comandante voló por los aires como un muñeco de trapo para chocar rotundamente contra la gran campana de bronce, el estrepitoso impactó resonó para dar inicio a una cuenta regresiva, la vida de Seth se consumiría en pocos minutos bajo la furia demoledora de la anciana. El homicida intentaba desatarse, la poca lucidez que conservaba le bastaba para entender que aquel brutal golpe sería solo el comienzo de una atroz arremetida. La maestra continuó con su tortura, había olvidado por completo que se encontraba en tierra ererni y que estaba profanando el sagrado templo del espíritu de la vida.

Seth cayó bruscamente, su cabeza rebotó contra los macizos adoquines del templo, luego fue arrastrado por el piso hasta chocar con una de las columnas del campanario, poco a poco la anciana elevó el cuerpo del rehén hasta ponerlo de pie, Zola estaba encolerizada, agarró el cuello del comandante con sus manos ardientes como brasas, lo levantó varios centímetros del suelo hasta que sus pies colgaran como los de una marioneta. Mo y Thea observaban aterrados cómo la hechicera quemaba la piel del vil soldado, quien contenía con dificultad los gritos de dolor.

Momentos después Reno y Goviat llegaron al campanario para persuadir a Zola, pero la anciana no tenía la menor disposición para escuchar. Reno se acercó e intentó detenerla, con un ligero movimiento de su brazo la hechicera repelió a su compañero haciéndolo caer al suelo. En ese estado la maestra era una amenaza incluso para los propios guardianes.

-¡Zola, detente! –gritó Goviat mientras lentamente se acercaba–. ¡No cometas una estupidez!

La anciana continuó quemando el cuello de Seth y ejecutó un nuevo hechizo para empujar también a Goviat. La silente agonía del asesino estremecía a los guardianes de Sadek, poco faltaba para que el dolor consumiera la poca vida que le restaba al comandante.

- ¡Tranquilízate, Zola! –Reno buscaba desesperadamente la manera de apaciguar a la anciana–. ¡Si lo matas perderemos la oportunidad de saber para quién trabaja, él nos puede revelar cuál es la identidad de nuestro enemigo!

Seth escuchó aterrado la sugerencia de Reno, estaba preparado para enfrentar torturas y dolor, estaba dispuesto incluso a recibir a la fría muerte, pero el comandante no soportaba la idea de convertirse en un vulgar traidor, solo imaginar la posibilidad de ser cazado por sus propias tropas le erizaba la piel. Zola consideró seriamente la propuesta de Reno, tenía frente a ella la oportunidad de conocer por fin la identidad de quien los había perseguido por tanto tiempo, la anciana sabía que Seth no hablaría, no se quebraría ante el dolor, su voluntad era de hierro. Sin embargo, la hechicera conocía una manera muy efectiva para acceder a la información que contenía la mente del comandante, el lenguaje de los sueños no solo es útil para enviar mensajes. Zola extinguió lentamente las llamas de sus manos, miró con firmeza los ojos de Seth quien entendió las intenciones de la maestra. Una oleada de pánico invadió al comandante, supo en un instante que Zola hurgaría sus pensamientos.

- ¡Thea! –dijo firmemente Zola mientras continuaba sosteniendo a Seth por el cuello–. ¿Puedes invocar un hechizo de sueño sobre él?

- Sí –la doncella colaboraría como fuera para evitar aquella cruel tortura–. Puedo dormirlo con un hechizo de hipnosis.

- No lo duermas completamente, solo adormécelo –solicitó la hechicera–. Es necesario que esté consciente.

Thea se acercó al soldado, levantó su mano con sutileza hasta la altura del rostro de Seth, una serie de destellos parpadearon desde la palma de su mano, cada explosión de luz dilataba las pupilas del asesino, abriendo un canal hasta los abismos de su psiquis. Seth se resistió al hechizo tanto como pudo, pero esta vez no se trataba de una prueba de voluntad, el pequeño Kyatto se acercó casi sin ser visto para buscar conectar con la mirada del asesino; cuando Seth observó los grandes ojos amarillos del animal fue demasiado tarde, el sueño fue gobernando su adolorida mente, sus parpados pesaban como aceros, el confuso subconsciente del rehén se descubría como el cangrejo ermitaño que abandona la seguridad de su concha. Seth había alcanzado el umbral del sueño, era preso de su propia mente, estaba atrapado en la desesperación de saberse dormido y no poder despertar. Zola tenía libre acceso a los pensamientos del oscuro comandante, podía hurgar cada recuerdo, cada decisión

tomada, cada rostro conocido. La maestra cerró los ojos, estaba lista para conectar con la mente de su enemigo, el lenguaje de los sueños revelaría todos los secretos.

De pronto Zola pudo ver a través de los recuerdos de Seth, al principio solo aparecieron ideas errantes y borrosas, pero poco a poco se condensaron en imágenes claras que revelaron los eventos más recientes ocurridos frente a los ojos del comandante. Zola se encontró apuntando al corazón del Taumaturgo tras la mira de un rifle... luego oculta entre los túneles del nido de los grosletes, mirando desde lejos la cruda batalla; las imágenes se hacían cada vez más claras. Observó a Moreb bajo el puente de Mirodan, destruyendo la fachada falsa que ella construyó para ocultar el portal hacia Ciudad Titán... Se vio caminando junto a Moreb por los tenebrosos callejones de la ciudad de Ian, sus manos y ropas estaban ensangrentadas... Zola vio la silueta de un hombre encapuchado oculto tras las sombras de una puerta negra entrecerrada... "*Buen trabajo, Moreb*", pronunciaron sus labios. Zola supo de inmediato que se trataba del nombre del villano que los atacó en la biblioteca, pero ¿quién era aquel sujeto detrás de la puerta? A pesar de distinguir apenas su nebulosa silueta, la hechicera sintió un gran poder y una gran malicia en aquel oculto semblante.

Los sueños subconscientes del soldado continuaron arrojando imágenes a la mente de Zola. Ahora la hechicera veía una imagen horripilante... apuntaba el cañón de una pistola hacia la cabeza de un fornido individuo que yacía boca abajo, el musculoso hombre había sido torturado brutalmente y se esforzaba por voltearse... La maestra sintió una inmensa angustia, aquel sujeto le resultaba extremadamente familiar, el moribundo consiguió voltearse con lentitud, confirmando las terribles sospechas de la hechicera. Era Gastón quien la miraba, sus ojos suplicaban desesperadamente, no por piedad... suplicaban por condena. La maestra supo que el tabernero había confesado, solo eso explicaría la expresión de miseria que fruncía... El disparo resonó violento, Zola tuvo que presenciar el sangriento asesinato de su camarada... La maestra estaba perturbada, por un flanco atacaba el profundo dolor que le causaba la muerte de su amigo, mientras que por el flanco opuesto arremetía la incertidumbre de saber cuánta información filtró Gastón. La maestra pensó inmediatamente en Renvel y en su guarida secreta, tenía la esperanza de que el cantinero no hubiera revelado su ubicación... pero más recuerdos llegaron a la psiquis de Zola... Varios soldados destruían el despacho de Renvel, montañas de libros apilados alimentaban las voraces hogueras, el fuego consumía todo, los muebles de



terciopelo verde, las finas alfombras bordadas, el magnífico piano negro, todo el escondite ardía en llamas. La temporal calma de Zola terminó en un instante.

- ¡Maldita escoria! –gritó Zola enfurecida–. ¡Asesinaste a Gastón!

La repentina desconcentración de Zola debilitó seriamente el hechizo de sueño. Seth comprendía todo lo que sucedía, sabía que tarde o temprano Zola encontraría información reveladora en su mente. Al rehén le quedaba una única salida: desatar la incontrolable ira de la hechicera, provocarla al extremo hasta que la anciana decidiera terminar de una vez por todas con su miserable vida.

- ¿El tabernero? ¿El estúpido fortachón que los ayudó a ocultarse en La Marmota? –Seth había encontrado la estrategia perfecta para irritar a Zola–. Nunca pensé que un hombre tan fuerte pudiera ser tan llorón y cobarde. Los delató a todos, confirmó todas nuestras sospechas sobre la Portadora... gracias a él hemos podido seguirles hasta aquí.

- ¿Gastón? –Reno regresó a ver a Zola sorprendido.

- ¿Gastón?... ¿Ese era su nombre? –Seth apenas susurraba las palabras, silbaba como una serpiente venenosa–. Bastó romperle un par de huesos para que llorara todos sus secretos, nos reveló incluso el escondite del anciano que fue tu mentor... Renvel ¿verdad?

- ¡¿Qué le hicieron a Renvel?! –Zola entró en desesperación, el anciano era como un padre para ella–. ¡¿Dónde está?!... ¡Contéstame, desgraciado!

- Mmm... en algún lugar entre las cenizas –contestó Seth, su mordaz actitud y su chillona voz exasperaban tremendamente a la anciana–. Debo admitir que fue muy fuerte, pensé que el viejo se quebraría al igual que su tabernero, pero por más que presionamos se llevó todos sus secretos a la tumba.

- ¡Maldita escoria! –la furia de Zola reventó como la fuerte ola que impacta a gran velocidad contra el arrecife–. ¡Pagarás por esto, miserable rufián!

La anciana agarró con rudeza el rostro del asesino para luego encender las feroces llamas de su palma, Seth la miraba triunfante a pesar del intenso ardor en su cara, realmente disfrutaba al ver a la anciana completamente descontrolada. Zola no podía soportar la expresión morbosa del criminal, su risa sarcástica y sus ojos maliciosos se mofaban con descaro de la hechicera, le recordaban que sus esfuerzos fueron en vano, que el Tatuador estaba muerto al igual que Gastón y Renvel. En el fondo lo que más irritaba a Zola era el peso de su propio fracaso, ella era la guardiana

del Hada Blanca, era su responsabilidad mantener a todos a salvo, incluso a Renvel y al Tatuador. La anciana dejó pasar muchas cosas por alto, no tomó las debidas precauciones. Si Seth pudo matar al Tatuador con tanta facilidad, hubiera podido hacer lo mismo con cualquiera de los guardianes, incluso pudo haber matado a Minwe. El misterioso enmascarado le advirtió que no estaba lista para proteger a la Portadora, era esta verdad lo que descompuso por completo el juicio de la anciana, el fracaso y la culpa quebrantaron su sensatez y agotaron su tolerancia, el único camino que la hechicera encontró en aquel laberinto de frustración fue la venganza, necesitaba alguien a quien tachar por sus propios errores y quien mejor que Seth para liberar sus culpas.

Con un pronto movimiento la maestra volvió a lanzar el maltrecho cuerpo del asesino, este se sacudió como un títere y atravesó el campanario de un extremo a otro hasta aterrizar sobre las escaleras de piedra, la caída fue horrorosa, el individuo apenas se movía, Zola se acercaba lentamente, no perdería más tiempo con aquel sujeto, con su dedo apuntaba firmemente hacia el corazón del comandante, justo en el mismo lugar donde el Tatuador había recibido el disparo, la mano de la hechicera se encendió en llamas, había escogido el fuego para finiquitar al vil criminal. Seth volvió a encontrar la mirada de la hechicera, sabía que pronto moriría, pero sabía también que su muerte ratificaría la cruel derrota de los guardianes de Sadek, el comandante había cumplido sus órdenes y no tenía más razones para vivir. Zola se paró frente al moribundo y con su dedo continuaba apuntándole el pecho. Ni Reno ni Goviat estuvieron dispuestos e intervenir esta vez, sabían que no podrían detener a la maestra.

- ¡Hazlo de una vez, vieja inútil! –insultó el comandante

- Con gusto –respondió la anciana fingiendo estar calmada.

Zola disparó el letal proyectil, un intenso fulgor encandiló por varios segundos a los guardianes. Reno y Goviat no necesitaban ver la escena para suponer que Seth había perecido ante el potente hechizo, el comandante no tenía la menor posibilidad de escapar con vida, menos aún al recibir el impacto a tan corta distancia. El humo se disipó para revelar un sutil resplandor violeta que protegía el maltratado cuerpo del rehén, Zola tardó en comprender que Seth continuaba con vida, su hechizo no había conseguido tocarlo, la anciana encontró a Minwe y Ennol sobre el filo de las escaleras, su aprendiz sostenía el escudo de energía que salvó la vida del comandante, la

maestra volvió enfurecida hacia la muchacha.

-¡Qué estás haciendo, Minwe!

-Esta no es la manera –respondió con calma la doncella.

-¡Esta sabandija asesinó al Taumaturgo! –gritó Zola invadida por la ira– ¡Asesinó también a Gastón y a Renvell!... ¡Es un criminal!

Zola volvió a disparar enfurecida, pero Minwe reaccionó con asombrosa velocidad para volver a neutralizar el hechizo de su maestra.

-¿Por qué te empeñas en proteger a este miserable?! –cuestionó la hechicera–. Estos soldados disfrutan de la muerte, solo sirven para obedecer órdenes, están entrenados para asesinar, su alma está corrupta. Es imposible cambiarlos.

-No estoy protegiéndolo a él –dijo Minwe asombrada por la necedad de Zola–. ¡Te estoy protegiendo a ti!... Es verdad lo que has dicho... es casi imposible cambiarlos, lo que no voy a permitir es que ellos nos cambien a nosotros. Si lo matas en estas condiciones, lo harás solo por la satisfacción de verlo morir, en ese caso no habría nada que te diferencie de ellos.

Minwe se interpuso entre Zola y Seth, no se trataba más de la niña caprichosa, tampoco de la muchacha insegura, se trataba de la Portadora del Hada Blanca de Sadek. Toda la rabia, la furia, el descontrol de la maestra terminaron en un instante al encontrarse con la inapelable mirada de decepción de la doncella. Minwe se preguntaba cómo Zola en su inmensa sabiduría había podido ser víctima de un ataque de ira tan devastador.

Zola comprendió muchas cosas, todo empezaba a tener sentido, su misión era extremadamente compleja, debía proteger a Minwe sin importar los precios que debiera pagar, no dudaría en entregar su vida por la Portadora, no le importaba llenarse de culpas al asesinar a cualquier ser hostil que se atreviera a lastimar a su aprendiz. La naturaleza humana de la maestra estaba sometida a una constante contradicción entre el amor protector hacia Minwe y la intensa ira que debía desatar para contener a sus enemigos. La advertencia del enmascarado tenía un sentido mucho más profundo ahora, Zola no estaba preparada para cuidar a Minwe, no solo por su falta de entrenamiento, sino por su constante contacto con la guerra. El obligado uso de la violencia había convertido a Zola en una mujer agresiva, necia, arrogante y colérica, la

ira le había privado de su capacidad para percibir las pequeñas cosas, fue por esto que Zola no pudo sentir la presencia del Tatuador, su alma humana se estaba corrompiendo poco a poco, a pesar de sus buenas intenciones.

-¿Qué te pasa, maestra? –le reclamó preocupada Minwe–. ¿Has olvidado la importancia del perdón y la compasión?

La doncella se volteó hacia Seth y ante la atónita mirada de los guardianes examinó sus heridas. Ennol sabía lo que la doncella estaba haciendo, su breve encuentro con el Taumaturgo había despertado la fortaleza que dormitaba dentro de Minwe. No se trataría solo de hermosas palabras sobre la paz y la comunión entre naciones, había que empezar con el ejemplo, la Portadora encontró la valentía para desafiar a su maestra, a sus guardianes y al ererni heredero de Maek.

-Mo –dijo la doncella, mientras extendía su pañoleta–. Te pido por favor que hagas un poco de agua para este hombre herido.

El hada no comprendía las razones por las que Minwe atendería a Seth, no quería formar parte de lo que para él era una ridícula pantomima, sin embargo, accedió a regañadientes solo por no desatender un pedido legítimo de la Portadora. Minwe humedeció el pañuelo y con dulzura refrescó el hirviente rostro de su enemigo, a pesar de las terribles condiciones físicas de Seth, fue testigo de absolutamente todo. El homicida experimentaba un extraño sentimiento que lo carcomía por dentro, el rehén no habría podido describirlo, pero cuando aquella hermosa doncella se arrodilló junto a él para atender sus heridas con tanto cuidado, después de todo el daño que él le había ocasionado, Seth se sintió el ser más miserable del planeta, hubiera preferido morir o volver a la violenta tortura de Zola antes que aquel intenso remordimiento que le estrujaba las entrañas.

-Si pretendemos alcanzar la paz –dijo Minwe mientras escurría el agua enrojecida de su pañuelo–. Debemos ser mucho más de lo que hemos sido hasta ahora.

Seth se rehusaba a recibir los cuidados de Minwe, no soportaba la culpa, su pecho se inundó en un mar de emociones, él era un soldado, fue entrenado para obedecer como una máquina y no estaba acostumbrado a sentir. Rabia, dolor, rencor, odio, una lluvia de sentimientos abatía al comandante: envidia, ira, soberbia, desprecio... todo se revolvía en sus entrañas... el sujeto se retorció de un lado a otro para evitar las atenciones de la doncella.

-Tranquilo –le dijo Minwe mirándolo con calma, la doncella acarició sutilmente su quemado rostro—. Vas a estar bien, te lo prometo.

Seth no pudo evitar contemplar la conmovedora mirada de la doncella, nunca antes había conocido un alma tan clara, impoluta de culpas, sus ojos eran portales de la verdad, no ocultaban nada. El asesino envidiaba a la doncella, hubiera querido experimentar por un segundo la profunda paz que ella sentía, pero Seth vivía en un infierno, cada vez que cerraba sus ojos miles de demonios lo atormentaban, no eran solo las vidas que había usurpado, era todo el dolor que había causado lo que regresaba por las noches para saldar cuentas. La muchacha continuó limpiando las heridas del comandante, Zola y los demás observaban atónitos la dulzura sanadora de Minwe, la muchacha estaba demostrando las razones por las que Eona la había escogido entre miles de doncellas.

-Tal vez nos hemos apresurado a juzgar –dijo Minwe a sus guardianes—. Tal vez nadie le ha enseñado a este soldado que siempre hay cómo escoger un camino distinto.

-Eso no lo exime de culpas –dijo Mo incrédulo.

-Claro que no –contestó Minwe—. Pero estoy cuestionando nuestras culpas, no las de él.

Los ojos de Minwe empezaron a irradiar un sublime brillo plateado, algo magnífico estaba sucediendo, la energía de la doncella se elevaba vertiginosamente cobijando a todos en el campanario. Una oleada de quietud los invadió por completo, parecía que el tiempo se hubiera detenido para contemplar aquel acto de bondad. Zola olvidó cualquier rezago de ira y rencor, sintió de cerca el aura sosegador del Hada Blanca, su aprendiz había vuelto a conectar con Eona. Minwe evolucionó notablemente tras su encuentro con el Tatuador, la conexión en la biblioteca de Ian fue completamente distinta, la doncella actuó caprichosamente y fue un acto desesperado de Eona por salvar a Zola y Ennol lo que provocó la conexión entre las almas. Ahora, en cambio, era la extrema sabiduría que demostró la Portadora lo que le permitió acceder a la esencia del Hada Blanca.

Todo este estallido pacificador afectó a Seth de maneras inimaginables, sus emociones continuaron estallando en su interior: furia, avaricia, egoísmo, miedo, gratitud... ¿gratitud? El soldado había encontrado dentro de él un palpitar completamente distinto,

por alguna razón que no podía comprender, en lo más profundo de su corrupto ser el comandante descubrió que siempre estaría agradecido con Minwe por salvar su vida. Seth aún odiaba todo lo que le rodeaba, pero dentro de aquella confusión emocional había logrado cuestionar algo... ¿Cómo sería su vida si jamás hubiera conocido un arma?

\*\*\*

El viento helado de la ciudad de Ian silbaba tristes melodías de invierno entre los desolados callejones, el frío trajo consigo los primeros cristales de nieve que flotaron tímidamente antes de posarse sobre los viejos tejados de la capital. Las plazas se vistieron de blanco y las chimeneas exhalaban el humo dulzón de la leña seca. Las autoridades de la ciudad de Ian advirtieron oportunamente las dificultades del invierno entrante, por lo que sus habitantes tomaron las debidas precauciones: abarrotaron las despensas con granos, fruta seca y jalea de miel, sin mencionar las conservas de vino y licor, también repararon las cubiertas de los establos y renovaron la paja seca de sus corrales, el invierno prometía ser largo e intenso, pero los ianenses sabían cómo sobreponerse al mal tiempo.

Un pequeño y desgarrado escarabajo luchaba contra la espesura del viento, a pesar del corto tamaño de sus alas y el gran peso de su blindado cuerpo, el pequeño insecto soportaba los violentos vendavales y sobrevolaba las callejuelas de la ciudad, el frenético batir de sus alas obedecía a un intenso impulso que le obligaba a adentrarse en lugares desconocidos, poco a poco el coleóptero se aventuró en la oscuridad, descendió entre los callejones aliviado por abandonar de una vez por todas las feroces corrientes de aire. Agotado, el pequeño insecto cruzó un tétrico arco de medio punto y luego giró bruscamente para ingresar por la rendija de un precario sistema de ventilación, la criatura continuó su vuelo en contra de su voluntad, una fuerza completamente ajena lo movía como la marioneta de un titiritero, finalmente el insecto encontró la luz que revelaba la salida del hediondo ducto.

El escarabajo se encontraba nuevamente en la intemperie, tres enormes y macizos muros de piedra negra limitaban lo que parecía ser un callejón sin salida, sobre la pared del fondo se levantaba una majestuosa puerta de acero. Arrimado a un costado del umbral y cubierto por una espesa capa de nieve esperaba pacientemente

un tenebroso personaje, quien ocultaba su rostro tras una gran capucha oscura.

El insecto no dudó en acercarse al misterioso malhechor, voló hasta estar frente a su rostro y batió descontroladamente sus alas hasta emitir un fuerte zumbido, Moreb abrió sus ojos y alzó su mirada sobresaltado, y al verificar la presencia del pequeño insecto sonrió con malicia. Con un ligero movimiento de su mano, el vil hechicero disipó el hechizo que controlaba al miserable escarabajo, quien después de pocos segundos cayó muerto de agotamiento. El asesino se sacudió la nieve que se había acumulado sobre sus ropas, había esperado arrimado en la misma posición por más de doce horas y a pesar de eso se sentía dichoso por la noticia que acabó de recibir, Moreb se retiró la capucha y efectuó con elegancia un hechizo sónico para hacer resonar una vez más la campanilla de plomo. En menos de un minuto la gran puerta volvió a abrirse.

-Nuevamente acudes a mí, Moreb, mi sumiso súbdito –la voz se escuchó áspera e irritable, como si la llamada del hechicero fuera otra de tantas intromisiones absurdas–.

Dime... ¿qué noticias tienes para mí?

- ¡Maestro! –farfulló Moreb, embriagado de emoción–. ¡Hemos triunfado! ¡Lo conseguimos!

- ¿A qué te refieres? –preguntó expectante la voz, por la emoción de su sirviente podía deducir que se trataba de una excelente noticia–. ¡Explícate claramente!

- ¡Triunfamos! El Taumaturgo ha sido asesinado en la Ciudad del Coloso.

- ¿Estás seguro, Moreb?

- ¡Por supuesto que estoy seguro! –respondió emocionado el malandrín–. Nunca me atrevería a molestarlo si se tratara tan solo de una sospecha.

- ¿Quién lo hizo? –volvió a preguntar la voz a punto de estallar por la euforia.

- Seth...

- Ja, ja, ja, ja... –las gruesas carcajadas de la voz resonaron entre los callejones de la oscura ciudad de Ian–. ¿Quién podría creerlo? El mismísimo Taumaturgo vencido por un hombre carente de magia.

- Son sus armas, maestro, la magia no es rival para su devastadora fuerza.

- Tienes razón, te confieso que no pensé que funcionaría, pero ahora entiendo que hiciste bien al contratar los servicios de aquel ejército. ¿Dónde está aquel comandante? Quisiera que me dijera los detalles de la muerte del Taumaturgo.

- Seth fue abatido por Zola y ahora es su prisionero.

- ¡Qué lástima! Me hubiera gustado que Seth nos acompañara en nuestra siguiente hazaña –la voz calló por unos instantes–. Debemos aprovechar la debilidad que

atraviesan los guardianes de Sadek, sin los tatuajes el Hada Blanca es vulnerable a la corrupción humana. Ahora es cuando debemos atacar, cuando la Portadora esté en nuestro poder no habrá magia ererni que pueda detenernos, más aún si la doncella todavía no ha sido tatuada. No podemos desperdiciar esta oportunidad. Moreb, tienes la autorización para utilizar todos nuestros recursos.

- ¿Todos nuestros recursos?

- ¡Todos! Envía todas nuestras tropas, incluso a Greta y su ejército de hechiceros, ella ha accedido a ayudarnos siempre y cuando cumplamos con nuestra parte del trato...

- Eso lo entiendo claramente maestro... pero –Moreb dudaba de formular la pregunta que tenía en su cabeza– al decir todos nuestros recursos... ¿Se refiere también a la Ciudad Caída?

- Por supuesto que me refiero a la Ciudad Caída... –dijo la perversa voz–. Moreb, es tiempo de liberar a Ciudad Insecto.



## 15 – LOS ABISMOS DE FERÚN

Ennol preparó su maleta, el apuro apenas le dio tiempo para guardar sus ropas, unas pocas herramientas y su bitácora de periplo. Goviat anunció el precipitado viaje, los guardianes estaban agotados, no habían dormido por casi un día, sin embargo, Zola siguió al pie de la letra las indicaciones del Tatuador, ya tendrían tiempo de descansar durante el trayecto. Al momento, lo primordial era encontrar a Fenia lo más pronto posible. El alquimista ingresó al vestíbulo, se incorporó al grupo que se preparaba para abandonar el palacio real.

- ¡Nunca llegaremos a tiempo! ¡Es demasiado lejos! –exclamó Reno–. ¡Al menos son doce días de viaje!

- Si viajamos por tierra –agregó el heredero–. Pero viajar en carruaje no es mi plan, no podría exponerlos de esa manera.

- Entonces, ¿cómo planeas llegar hasta allá? –volvió a cuestionar Reno–. ¿Conoces algún portal que nos transporte?

- No hay portales, al menos no conozco ninguno –respondió Goviat–. Pero no te preocupes, pronto conocerás cómo viajaremos.

- ¿Estás seguro de que allí se encuentra la tumba? –preguntó Zola al heredero.

- La historia lo sugiere así –respondió Goviat, mientras revisaba unos viejos manuscritos–. Según estos diarios, el único abismo que tiene relación con la antigua portadora es el abismo de Ferún. No sabemos qué encontraremos allí, los pocos cronistas que se han atrevido a descender a los cráteres no regresaron jamás. Sin embargo, estas páginas indican que Fenia y sus guardianes se ocultaron en las profundidades durante dos años.

- ¿Son tierras hostiles? –preguntó Zola con preocupación.

- No lo sé, los bosques y pantanos que rodean los abismos de Ferún están habitados por criaturas salvajes. Al Norte se encuentra la ciudad de Inoven, que, como sabes, es famosa por la presencia de magos oscuros –Goviat señalaba un burdo mapa de Bérmelon dibujado con tinta en un viejo pergamino de sus diarios–. Pero, al parecer, ni las bestias ni los habitantes de Inoven están interesados en explorar Ferún, me imagino que temen lo que puedan encontrar.

- ¿Por qué querría Fenia pasar dos largos años en aquellos cráteres? –preguntó intrigada la maestra–. Algo muy importante debe ocultarse allí.

- Lo averiguaremos muy pronto –dijo Reno mientras aseguraba los tirantes de su mochila–. Ya es hora, debemos partir.

Los aventureros habían llegado al palacio real apenas hace dos horas, el camino de regreso desde los campanarios de Nalek–Ab fue realmente tedioso, pues Minwe se había empeinado en continuar cuidando a Seth: “*O lo llevamos con nosotros o se van sin mí*”, fueron las palabras precisas de la doncella, al final los guardianes no tuvieron otro remedio que acceder. Después de la paliza que le dio Zola, el herido comandante no estaba en condiciones de caminar, por lo que tuvieron que improvisar una camilla y cargarlo. Mo, Reno y Thea refunfuñaron todo el camino, les parecía absurdo tener que retrasarse por atender a un enemigo, ya habían sido demasiado piadosos al indultarlo, ahora encima de todo el daño que les había causado Seth estaban obligados a cuidarlo. Finalmente, y pese a los contratiempos, llegaron a Maek durante la madrugada.

Goviat, Reno y Ennol no perdieron el tiempo e investigaron todo sobre Fenia en los archivos y crónicas de Bérmelon. Zola y Minwe continuaron atendiendo las heridas de Seth; la maestra había accedido a ayudar a su aprendiz básicamente por dos razones: porque había aprendido humildemente la lección que le dio la Portadora y quería de alguna forma reparar las consecuencias de su terrible ataque de ira, y porque no dejaría bajo ninguna circunstancia que Minwe se quedara sola con Seth. Thea y Mo, con la ayuda de las hermanas de Goviat, se encargaron de preparar las provisiones para el viaje.

Minwe, Thea y Mo arribaron al vestíbulo con sus maletas, el grupo estaba completo y listo para partir, cada quien había preparado su equipaje, las provisiones fueron empacadas y tenían una clara idea de dónde podrían encontrar la tumba. Goviat, dispuesto a ponerle fin a la angustia que sentía Zola a causa de la incertidumbre sobre la muerte de Renvel, envió a tres de sus mejores guardias (entre ellos el valiente maekano que sobrevivió a la cruda batalla contra los grosלותes) para que corroboraran el fallecimiento del mentor. Los guardianes abandonaron el palacio, el cansancio se evidenciaba en cada paso, pues en apenas un día los guerreros habían enfrentado a los feroces grosלותes, caminaron varios kilómetros, subieron miles de escalones, además del desgaste emocional que significaron las pérdidas de Gastón, Renvel y el Taumaturgo, y para colmo no habían dormido y tenían que cargar con Seth. Minwe no estuvo dispuesta a dejarlo en los calabozos del palacio, la Portadora había asumido una especie de liderazgo dentro del grupo. Si bien es cierto que Zola era quien tomaba

las decisiones más trascendentes, Minwe se las había arreglado para convencer a sus guardianes de llevar al moribundo con ellos, a pesar de que Mo, Thea, Reno y la misma Zola no estuvieron de acuerdo con la idea en una primera instancia. De pronto, todo este asunto sobre Seth se convirtió en algo muy trascendente para la doncella, era como si necesitara urgentemente comprobar que no todo en el comandante era maldad... de otra manera, ¿cómo conseguiría transformar al mundo si no lograba sanar el alma de un solo individuo? Ennol comprendía claramente las intenciones de Minwe, es más, él mismo se había cuestionado de la misma manera. Por esta razón, Minwe y Ennol eran los responsables de cargar con el gran peso de Seth.

Goviat argumentaba tener una forma de llegar hasta el abismo de Ferún en apenas dos días. Nadie conocía cuál sería el medio en que viajarían, el heredero lo había mantenido en secreto argumentando que no quería estropearles la sorpresa. Ennol imaginó que caminarían varias horas hasta llegar al destino, pero en apenas quince minutos de caminata los guardianes habían alcanzado un extraño portal oculto tras una casa abandonada en la parte superior del dorso de la ciudad. El heredero activó la puerta y la cruzó emocionado. Thea, Reno, Kyatto y Mo cruzaron con prisa; Zola pasaría al último, desde el asesinato del Tatuador la maestra no se despegaba de su aprendiz; Minwe y Ennol atravesaron con dificultad el portal, la camilla y Seth se hacían cada vez más pesados.

-Bienvenidos al aeródromo de Ciudad Titán –dijo Goviat con orgullo, mientras invitaba a sus huéspedes a pasar.

Ennol se quedó boquiabierto, la escena tras el portal era realmente absurda, el alquimista nunca imaginó que el dorso del Titán pudiera contener infraestructura de tales características, no supo si se encontraban en un hangar o en un laboratorio botánico. Los guardianes caminaron sobre una firme plataforma de acero que se anclaba a una gran pasarela, esta bordeaba el lado derecho del depósito. La exuberante vegetación característica de Ciudad Titán revestía los gruesos y rocosos muros que delimitaban el gran cobertizo. Bajo el puente había una peculiar piscina, no era honda, el agua estaba sucia y estancada como la de un descuidado aljibe y de ella brotaban miles de burbujas de gas, varias lechuguillas y otras plantas acuáticas flotaban en su verdosa superficie. Pero lo más extraño de la escena era sin duda el extravagante árbol en el centro del hangar, sus raíces permanecían remojadas en la extraña alberca, el tallo se levantaba ancho y vigoroso para luego ramificarse como los

tentáculos de un pulpo y envolver lo que Ennol supuso sería una especie de aeronave, el muchacho no supo si el vehículo fue injertado en la planta o si el árbol había crecido para adaptarse a la forma de la nave. Grandes esferas membranosas flotaban sobre el singular navío, los globos eran ligeros y traslúcidos, parecían estar hechos de un fino conglomerado de fibra de papel. Las ramas del vehículo no eran frondosas como en el común de los árboles, eran más bien largas lianas que envolvían y aprisionaban a los globos, estos lucían como enormes ovillos hinchados de gas.

- ¡Asombroso! ¿Verdad? –dijo Goviat al ver la expresión de Ennol.

- ¿Qué rayos es eso? –el inventor estaba admirado.

- Es un viyak –contestó Goviat–. Los erernis hemos encontrado muchos usos para estos fabulosos árboles. Pero suban, les explicaré una vez adentro.

Ennol pensó que él era el único que se había sorprendido, pero al ver los rostros alucinados de sus camaradas entendió que tampoco ellos habían viajado en un árbol, incluso la experimentada Zola se deleitaba con la sorpresa. Los guardianes caminaron por la pasarela hasta alcanzar el extremo opuesto. Varios diligentes maekanos preparaban el aerostato para el despegue, desanudaban los cabos que sujetaban la nave a doce robustos bolardos de acero, mientras tanto los guardianes abordaron el viyak. Reno y Zola se encargaron de encerrar a Seth en uno de los camarotes, la maestra invocó un conjuro repelente sobre la puerta de la improvisada celda para evitar que el comandante escapara.

Una vez adentro, la rústica estructura de la nave se asemejaba a la de un bote pesquero, su confección era artesanal, bastante rudimentaria si se la comparaba con la del Zoklen. La cubierta principal era un elaborado entramado de madera de unos diez metros de diámetro, los fuertes tallos del viyak sujetaban firmemente el compacto casco del vehículo, en los espacios vacíos que dejaban las exuberantes ramas se apreciaban los vistosos tragaluces de los camarotes. Cuatro esferas energéticas estaban ubicadas en los extremos de la cubierta, el inventor supuso que las utilizaban como propulsores y le pareció muy ingeniosa la manera en la que estaban colocadas, el vehículo podría acelerar y desplazarse en cualquier sentido sin la necesidad de una corriente de viento. En uno de los frentes, sobre lo que sería la proa, se encontraban la cabina de mando y el timón. A los lados estaban dos escaleras muy empinadas que descendían hacia la cocina y los camarotes.

Cuando todos los guardianes estuvieron a bordo, Goviat presentó a su tripulación, diez fornidos maekanos abordaron la nave, todos eran aeronautas experimentados en el arte de maniobrar dirigibles. Uno a uno los atentos tripulantes se presentaron y saludaron a los guardianes. El capitán era un perspicaz hombre de avanzada edad a quien llamaban Telmo, no era tan alto ni forzudo como sus camaradas, pero conocía cada uno de los vientos sobre el cielo de Bértmellon; estaba claro que aquel sujeto los llevaría a salvo sin importar los peligros que pudieran presentarse, el aeronauta dio la orden de despegar. Dos fuertes maekanos giraron el gran torno que abría las compuertas del hangar, se podía sentir la tensión de las sogas que se enredaban lentamente en el cilindro, deslizando los rulemanes de las puertas sobre las guías de acero, finalmente las enormes compuertas semicirculares se abrieron, descubriendo el vasto horizonte y las blancas montañas.

Eran las cinco y media de la mañana, amanecía en la Ciudad del Coloso, la llegada del sol les devolvió a los guardianes una pizca de energía. Era la primera vez que Ennol volaría, su padre le había contado sobre fabulosas máquinas voladoras, Tedeo había diseñado varios prototipos que nunca fueron construidos. El corazón del muchacho tamborileaba de la emoción, aunque por otro lado le aterraba la idea de que aquella rústica nave no funcionara y cayeran como una roca con plumas. El viyak se elevó unos pocos metros, luego el capitán encendió una de las esferas, la nave se desplazó despacio, flotando como un diente de león, el vehículo abandonó el hangar, poco a poco fueron acelerando hasta volar libremente sobre los fértiles campos de Bértmellon. Ennol, Minwe y Thea correataron hacia la popa y desde allí observaban cómo el navío volador se alejaba de la colosal metrópoli.

- ¡Woow! –exclamó Ennol, el vehículo funcionaba a la perfección–. ¡Esto es fabuloso!

Minwe se había quedado sin palabras, desde el viyak podía observar la magnificencia de Bértmellon, el cielo cerúleo de la mañana, el sol recién nacido, animoso y radiante, la esplendorosa Ciudad Titán alejándose como un recuerdo, las montañas nevadas, los verdes prados... La doncella se sintió como una gaviota que se aventura a volar sobre la tierra; el gran globo flotante se desplazaba a gran velocidad, el horizonte se acercaba cada vez más revelando nuevos montes, lagunas y praderas. Goviat se acercó a los muchachos y los acompañó en su deleite.

- Es magnífico, ¿verdad? –al heredero le apasionaba la aeronavegación.

- ¡Es increíble! –exclamó Ennol–. ¿Cómo funciona? ¿Qué es exactamente un viyak?

- Son árboles de otra dimensión –aclaró Goviat–. Este hermoso ejemplar fue un regalo para Ciudad Titán cuando todavía no nos azotaba la guerra. Nuestros hermanos de Saiza fueron muy generosos con los antiguos gobiernos titanianos.

- ¿Saiza? –Thea nunca había escuchado el nombre de aquella ciudad–. ¿Es otra de las ciudades andantes?

- Sí, Saiza es tal vez la ciudad más importante de las seis metrópolis. Después de la guerra se perdió entre las dimensiones. Quizás este árbol sea lo último que se verá de aquella civilización.

- ¿Cuántos años tiene este viyak? –preguntó Minwe.

- Más de doscientos –Goviat sonrió–. Es joven y pequeño dentro de su especie. Un viyak adulto puede vivir alrededor de tres mil años y para entonces medirá varios kilómetros de alto y ancho.

- ¡Asombroso! –Ennol observaba atento el maravilloso organismo–. ¿Cómo puede volar?

- Estos árboles funcionan muy distinto a los árboles que tú conoces, crean oxígeno pero no a través del proceso de fotosíntesis. Las raíces de un viyak tienen pequeños filamentos capaces de generar intensas descargas eléctricas, destinadas para descomponer el agua en hidrógeno y oxígeno a través de un proceso electrolítico.

- ¡¿Qué?! Esa explicación fue demasiado científica para mi gusto –exclamó Minwe mientras Goviat y Ennol sonreían.

- La planta libera el oxígeno, pero aprisiona con sus raíces los átomos de hidrógeno que son transportados por la savia del viyak hasta almacenarse en aquellas bolsas habanas. Las hojas del viyak son como fibras de algodón que se enlazan para formar una membrana muy resistente y elástica.

- Entiendo que el hidrógeno pesa menos que el aire, y que aquellas membranas flotarán por simple densidad –Ennol permanecía incrédulo–. Pero eso no es suficiente para elevar toda la nave.

- Es cierto, por eso tenemos cuatro esferas –Goviat señaló los orbes luminosos–. Las esferas tienen tres funciones principales. La primera es la levitación, aminoran enormemente el peso de las cargas; la segunda es la propulsión, como has podido ver cada esfera tiene acumulada dentro de sí infinita energía eólica, y finalmente cada esfera es capaz de erradicar el fuego en un radio de cincuenta metros.

- De otra manera estaríamos navegando en una bomba flotante.

- Exactamente.

Ennol sacó su encendedor e intentó prenderlo, efectivamente no produjo ni una sola chispa. Minwe también comprobó la eficiencia de las esferas, chasqueaba sus dedos intentando conseguir una llama, Thea observaba la nave maravillada, mientras Kyatto no se separaba de su lado, al parecer la gran altura a la que volaban lo había confundido.

-Actualmente existen otros artefactos voladores mucho más sofisticados, pero los viyakes son muy valiosos entre los aeronautas, en cualquier parte incluso fuera de Bémellon. Hay quienes pagarían fortunas por conseguir uno de estos. Y, hablando de artefactos –dijo Goviat mientras le entregaba a Ennol una pesada bolsa–, aquí están todos los aparatos que portaba Seth, necesito que me ayudes investigando cuáles son sus usos.

-No te preocupes, Goviat, lo haré con gusto.

-Muchas gracias.

Goviat se retiró para dar instrucciones a Telmo antes de ir a descansar, el heredero estaba agotado. Thea también se retiró, tanto ella como Kyatto necesitaban reposo. Ennol se quedó junto a Minwe contemplando el hermoso panorama, la doncella observaba con la mirada perdida en el horizonte, quién sabe qué pensamientos navegaban en su mente, después de unos minutos de absoluto silencio Minwe comentó:

-Estuvimos muy cerca.

-¿Qué? –el comentario encontró desprevenido al inventor, quien también se había sumergido en sus ideas.

-Allá en Nalek-Ab estuvimos muy cerca de lograrlo, faltó muy poco para que el Taumaturgo liberara en mí las alas de Eona.

-Es verdad, nunca me imaginé que las cosas pasarían así. Seth lo estropeó todo.

-No lo sé, he estado pensando que todo esto está sucediendo por alguna razón que todavía no comprendo, y para serte sincera creo desde lo más profundo de mi ser que la muerte del Taumaturgo era necesaria.

-¿Cómo puedes decir algo así? El Taumaturgo era nuestra última esperanza.

-Precisamente, ¿cómo puede ser que la esperanza de toda la humanidad resida en una sola persona? Creo que no he visto las cosas con claridad, la esperanza no puede ser tan escasa. El punto es que la responsabilidad nuevamente ha vuelto a recaer sobre nosotros, tal vez la muerte del Tatuador fue necesaria para que comprendiéramos que nosotros somos la esperanza, cada ser sensible es la esperanza, sin importar que las

cosas estén tan complicadas como ahora.

-Entiendo, es por esa razón que perdonaste al soldado.

-No, Ennol –Minwe lo miró a los ojos, necesitaba urgentemente que alguien comprendiera lo que estaba sintiendo–, no se necesitan razones para perdonar, simplemente sé que es lo mejor para mí y para todos nosotros. Mi misión es restablecer la paz, y no puede existir paz si existen rencor y culpa, todos merecemos sanarnos de ese sufrimiento, incluso Seth merece esa oportunidad.

-En verdad, me dejas sin palabras, es evidente por qué eres tú la Portadora de Eona. ¿Cómo conseguiste vislumbrarlo? ¿Cómo pudiste distinguir el camino entre tanto dolor y odio?

-No lo sé, siempre he creído que si nos tomáramos unos segundos para vernos reflejados en otro ser, sin importar lo diferentes que podamos parecer, y lográramos comprender que esa persona de alguna manera te representa, porque está hecha de lo mismo que estás hecho tú, porque habita el mismo mundo que tú, si todos lo comprendiéramos, ese día habría paz. En verdad no hay nada que nos separe, por más que creamos ingenuamente que estamos separados, todos somos el universo, todos somos la misma energía. Hace poco comprendí que al sanar a aquel soldado, en realidad estaba sanando a Zola, a Goviat, a Thea, a Kyatto, a Moreb, te estaba sanando a ti, me estaba sanando a mí misma.

Ennol solo podía observar la pasión con la que hablaba Minwe, la admiraba profundamente.

-Ahora lo veo todo con mayor claridad –continuó la Portadora–. La paz nunca será el resultado de la guerra, sería algo tan absurdo como argumentar que el amor será el resultado del odio. El momento que olvidemos por completo el significado de la guerra, solo en ese momento recordaremos la paz.

Minwe había encontrado las respuestas y ahora Ennol las comprendía también, los muchachos conversaron por horas y se juraron que no descansarían hasta restablecer la paz.

Ennol bajó a su camarote, la emoción del vuelo del viyak le había arrebatado las pocas energías que le sobraban, pero a pesar del cansancio el inventor decidió inspeccionar los artefactos que le había entregado Goviat. Había varias cápsulas de acero que Ennol identificó de inmediato como granadas explosivas, una pistola de



mano muy parecida a la que había recogido en el autoferro, el largo rifle que ya había identificado en el campanario, un cuchillo con su respectivo estuche, municiones adicionales, un par de binoculares muy sofisticados y otras herramientas auxiliares que no le llamaron la atención. El único instrumento que en verdad inquietó a d'Marti fue un extraño brazalete, al parecer debía colocarse en la parte más alta del brazo justo bajo la axila, una pequeña luz roja parpadeaba a cada segundo, no emitía ningún sonido, ni parecía ocultar un código entre sus destellos. Ennol se rompió la cabeza intentando descifrar el uso de aquel artefacto, finalmente se dio por vencido y decidió que se trataba de un accesorio netamente decorativo, el inventor estaba exhausto y necesitaba con urgencia descansar.

Al día siguiente el muchacho dedicó varias horas para explicar a Goviat cómo funcionaba cada artefacto, el heredero tenía una gran pasión por los inventos y, al igual que Ennol, admiraba muchísimo la calidad de los artefactos que portaba Seth. El extraño brazalete continuó siendo un misterio para el muchacho, tal vez si ayudaba a Minwe a cuidar del comandante este le revelaría una pista. Ennol entró al camarote donde estaba prisionero el soldado. Minwe y Zola lo atendían, la apariencia de Seth era desastrosa, las quemaduras le habían deformado el rostro, sin embargo, cicatrizaban a buen ritmo, la Portadora resultó ser una excelente enfermera. El comandante no pronunciaba ni una sola palabra, su mirada era dura, no buscaba los ojos de nadie, permanecía perdida, fija en un punto neutro.

- ¿Cómo sigue? –preguntó Ennol.

- Está bien –contestó la doncella–. Su cuerpo está sanando, pero su alma sigue sufriendo.

Aquel comentario pareció molestarle a Seth, no quería la lástima de nadie, se sentía humillado al tener que soportar las atenciones de las hechiceras. Ennol se percató de que las manos del comandante estaban libres y Zola estaba consciente de ello. Ennol lo pensó por un momento, Seth no se atrevería a intentar algo estúpido sin sus armas y menos en presencia de la anciana.

- ¿Cómo está tu brazo? –preguntó Minwe mientras examinaba el hombro fracturado del soldado.

Obviamente Seth no respondió, la doncella descubrió el dorso del sujeto para examinar su clavícula, Ennol se acercó con la esperanza de encontrar alguna señal

que le diera una pista sobre el uso de aquel brazalete, pero no encontró nada. Sí le llamó la atención la prótesis que tenía el comandante en el pecho, casi a la altura del corazón, aparecía como una platina brillante. El muchacho pensó que se podría tratar de una placa protectora o algún tipo de escudo. La doncella terminó de examinar el hombro de Seth y lo volvió a cubrir con la sábana. Ennol pensó que Minwe intentaría adoctrinar al soldado, que le explicaría durante sus curaciones la diferencia entre el bien y el mal, que juzgaría sus acciones y que le daría suficientes razones para hacerle entender que ha estado equivocado durante toda su vida, sin embargo, Minwe solo hablaba lo estrictamente necesario, estaba enfocada en curar a Seth, nada más. Finalmente Seth se durmió y las hechiceras lo dejaron bien encerrado en su camarote.

Minwe se fue a descansar mientras que Zola llamó a Ennol para continuar su entrenamiento. La maestra se había vuelto supremamente estricta durante las rutinas con Ennol, le exigía resultados que estaban muy por encima de sus capacidades, el muchacho todavía no descubría la magia, sin embargo, la maestra ya le estaba enseñando cómo invocar esferas de vacío y orbes sónicos. Todo esto era muy frustrante para Ennol, por un lado no avanzaba con la alquimia y por otro no entendía nada sobre magia, en el fondo el muchacho sabía que Zola tenía buenas razones para tratarlo así, se esforzaba en cada clase para poder superar su propio nivel y efectuar los complejos hechizos que su maestra le solicitaba.

Zola estaba satisfecha con la apertura del alquimista, había decidido enfocar su entrenamiento en las lecciones de magia, puesto que el muchacho tenía una afinidad sorprendente con la alquimia; la maestra había notado que Ennol aprendía incluso sin la necesidad de su tutela. Con la magia era distinto, el muchacho no había conseguido desconectarse de las teorías que contenían a la ciencia y a la alquimia, no lograba crear imposibles con la energía de su fuente. El enmascarado le había sugerido que entrenara al muchacho aun si este no se encontrara listo. Al parecer lo que necesitaba Ennol era teoría e información sobre magia, necesitaba saber cómo hacerlo sin importar que no pudiera hacerlo, la maestra supo que cuando el muchacho abriera la puerta de la magia, aprendería de golpe todos los hechizos que en este momento practicaban.

-Los hechizos de ilusión –dijo la hechicera iniciando una nueva cátedra– tienen un concepto muy sencillo, básicamente filtramos las ondas de luz para reorganizarlas y

enviar una imagen distinta a la realidad, podemos disfrazar nuestra apariencia, duplicar varias veces nuestra imagen, reproducir texturas para camuflarnos como lo hacía el Tatuador o incluso hacernos invisibles como Mo. Toda esta teoría también se aplica para las ondas acústicas, puedes modificar los sonidos, erradicarlos como en una esfera de silencio, prolongar las ondas de un mensaje para que sea escuchado a distancias inimaginables. En fin, las posibilidades son infinitas.

- Entiendo –Ennol asimilaba toda la información.

- Cuando descubras la magia en ti, lo verás todo con claridad. Es mejor entender todos estos conceptos, pero la magia no necesita del entendimiento para ser invocada, la magia es espontánea. Hay muchos hechizos que todavía no tienen una explicación lógica, menos aún científica.

- Eso es lo que me cuesta –confesó el aprendiz–. Con la alquimia entiendo claramente lo que voy a hacer, sé con exactitud cada reacción química que estoy ejecutando. Aún no comprendo cómo canalizar la energía de mi fuente para crear un hechizo que no conozco ni entiendo.

- Lo sé, Ennol –respondió pacientemente Zola–. Por el momento lo único que puedes hacer es observar cómo lo hago yo, para que te familiarices con la magia a tal punto que no te parezca ajena.

La hechicera movió las manos con gracia, cada movimiento era perfecto, entre sus brazos aparecieron aleteando colibríes y mariposas de colores intensos y fluorescentes.

- Acércate –dijo la maestra–. Intenta tocarlos.

El muchacho se acercó con curiosidad, con la mano quiso atrapar a un colibrí, pero este atravesó su palma como la silueta de un fantasma. De igual manera las mariposas traspasaban su pecho como si atravesaran un portal dimensional.

- ¿Lo ves? –dijo la maestra gustosa de su propio hechizo–. Están hechos de luz, no son reales. Las ilusiones tal vez no sean hechizos muy poderosos, pero son extremadamente útiles. Puedes neutralizar a tus enemigos con una sencilla distracción.

- ¿En verdad? ¿Como cuál? –preguntó el discípulo.

En ese instante Ennol sintió una horrisona respiración sobre su hombro, el muchacho volteó de inmediato para encontrarse con un feroz grosolote dispuesto a devorarlo de un solo bocado, la bestia chilló y se abalanzó al inventor. El muchacho tropezó y cayó al suelo paralizado del pánico, su rostro palideció, su corazón latía como

una locomotora impulsada por adrenalina, Ennol estaba al borde de un infarto cuando la gigantesca bestia volvió a transformarse en una pequeña mariposa. Zola reía a carcajadas, nunca imaginó que su demostración pudiera ocasionarle semejante espanto al aprendiz, a menudo la maestra olvidaba lo ingenuo que era.

-Ahora comprendo –dijo casi sin aliento el alquimista mientras se levantaba y sacudía el polvo de su bolsillero.

-No sé qué es más importante... –dijo sabiamente la maestra–, aprender a invocar una ilusión o aprender a reconocer una ilusión. En todo caso las dos cosas las aprenderás conmigo.

Maestra y aprendiz entrenaron arduamente durante dos días, Ennol recibió mucha información sobre docenas de hechizos, sus elementos, sus diferencias, las consecuencias que podrían traer si fueran invocados erróneamente y miles de datos más. Al final de la noche, tanto el muchacho como Zola estaban agotados, se fueron a dormir en sus respectivos camarotes.

Los guardianes descansaban tranquilamente, amanecía el tercer día a bordo del fabuloso viyak cuando el timonel de la aeronave divisó a la distancia los primeros cráteres de los abismos de Ferún. El capitán anunció a gritos el avistamiento, concluyendo de esta manera el plácido sueño de los aventureros. Todos subieron a cubierta, la intensa emoción de los guardianes disimuló levemente sus semblantes somnolientos. Telmo se apoderó del timón, maniobraba el aerostato y evadía con pericia la fría niebla, el aire gélido calaba como agujas. Ennol tenía las manos agarrotadas, fue tal la curiosidad por ver los abismos que olvidó vestir su abrigo; de igual manera Minwe tiritaba descontroladamente por el álgido viento, su menudo vestido no la arropaba en lo más mínimo. Zola, en cambio, vestía un pesado gabán de cuello alto, la prenda era un auténtico alcázar contra el frío; la maestra se apiadó de sus aprendices y los dejó resguardarse bajo su cobijo.

Los misteriosos cráteres de Ferún se divisaban cada vez más cercanos, la superficie del suelo parecía haber sido carcomida por polillas gigantes, cientos de orificios de diferentes diámetros descendían vertiginosamente hacia las entrañas de Bérnellon. La aeronave alcanzó los primeros agujeros, Telmo piloteaba la aeronave con extremo cuidado, algunas fosas exhalaban fuertes corrientes de aire caliente, mientras que otras succionaban como voraces torbellinos. El capitán suspendió el

globo sobre un orificio de vientos serenos, manipuló las esferas para aumentar el peso de las cargas, lentamente el navío empezó a descender. Maleza y arbustos de todo tipo poblaban las sinuosas paredes de la colosal fosa, en un inicio la vegetación era abundante, pero mientras más se adentraban en aquella garganta de tierra y sedimento más escaseaban las plantas. Goviat observaba apenado el cielo, no le gustaba apartarse de la luz del sol, las profundidades podrían representar un serio problema para él.

El viyak continuó bajando por varios minutos, el gran orificio serpenteaba considerablemente y entorpecía el descenso, las sombras crecían y solo unos pocos haces de luz se filtraban para iluminar el sendero. El ambiente era inquietante, nadie sabía a ciencia cierta cuánto más deberían caer, tampoco sabían si el cráter que habían escogido los conduciría a la tumba de Fenia, desconocían por completo qué los esperaba allá abajo. Ennol no paraba de pensar que aquel frío y seco ambiente era perfecto para albergar todo tipo de bestias y fieras alimañas desconocidas por el hombre. El aire empezó a escasear y la luz se perdió por completo, el profundo orificio se hacía cada vez más inhóspito. Justo cuando parecía que el aerostato no podría descender más, el sendero convergió con otro túnel y continuó enterrándose en las profundidades. Zola, Reno, Goviat y Minwe tuvieron que invocar esferas luminosas para alumbrar el tenebroso cráter.

Zola estaba muy preocupada, su rostro expresaba las incontables dudas que la agobiaban ¿Cómo podría encontrarse una tumba en un lugar tan insólito como este?... Y, si fuera así, ¿dónde deberían empezar a buscar? Lo único que había eran paredes de tierra y toneladas de oscuridad. Minwe alumbraba el costado izquierdo de la fosa, estaba muy nerviosa, al igual que Ennol temía el súbito ataque de alguna bestia subterránea, de pronto la doncella divisó una luz que se acercaba con torpeza.  
- ¡Hay algo allí! –exclamó la muchacha un tanto asustada.

Ennol, Mo y Thea rodearon a la doncella para confirmar el avistamiento. En efecto, una rara luz parpadeaba bajo el viyak, parecía volar en espiral y se elevaba atraída por el brillo que emitía la esfera de Minwe. El resplandor se acercó sin titubear, fuera lo que fuera no temía a los guardianes. Ennol escuchó un fuerte zumbido que acompañaba a la luz, una hermosa luciérnaga apareció frente a los aprendices, revoloteaba con desmaño, hipnotizada por la luz plateada que invocaba Minwe. El

cuerpo del insecto era diáfano como el cristal, su vientre emitía una intensa luz que encendía la totalidad del exoesqueleto del coleóptero, parecía una exótica bombilla voladora. En el interior del animal se distinguían con claridad sus órganos vitales, eran perfectos y delicados como finas piezas de vidriería, pero latían con la plasticidad de la goma. El insólito insecto era un poco más grande que la cabeza de Kyatto, se posó cerca de la Portadora y desde allí admiraba la belleza de la esfera, el bicho caminaba con arrebatos junto a los guardianes, su vientre cristalino había dejado de brillar, aunque de repente estallaban pequeños espasmos blanquecinos.

- ¿Qué es eso? –preguntó un tanto inquieta la doncella.

- Parece una luciérnaga –respondió Thea, quien tenía vasto conocimiento sobre animales–. Una luciérnaga muy grande y traslúcida.

- Apareció en la profunda oscuridad –añadió Minwe.

- Mis suposiciones son ciertas... existe vida allá abajo –afirmó Ennol, mientras observaba al insecto–. ¿Qué tipo de criaturas pueden habitar allí? Las posibilidades son infinitas.

- Mientras no haya groselotes estoy tranquilo –dijo Mo–. Esas bestias sí que son horribles.

Telmo continuó descendiendo la aeronave con cautela, habían abandonado el prolongado cañón para ingresar en una amplia caverna; a pesar de encontrarse muy por debajo de la superficie, el aire era fresco en esta cueva. El viyak atraía cada vez a más luciérnagas, estas se acercaban tímidamente y rodeaban con curiosidad al globo, al cabo de algunos minutos cientos de bichos fosforescentes iluminaban por completo las cuevas, los hechiceros ya no tuvieron la necesidad de sostener sus hechizos de luz. Minwe estaba encantada por el espectáculo de luces, era como flotar entre frágiles estrellas de cristal, los rayos proyectaban hermosas cáusticas sobre la cubierta y el casco del viyak. Millones de piedras acristaladas estaban incrustadas en las paredes de la cueva, destellaban repentinamente y refractaban la blanca luz. La profunda caverna era una mina de gemas preciosas.

A lo lejos se escuchaba el murmullo de agua que corría, Goviat ordenó a Telmo que los condujera hacia el sutil sonido, la caverna serpenteaba horizontalmente, era tan amplia que el aerostato podía seguir su sinuoso trayecto sin dificultad alguna. Tras una cerrada curva los aventureros encontraron un magnífico oasis, varias cascadas alargadas vertían sus aguas sobre la mansa laguna. Para la sorpresa del

inventor, la maleza crecía exuberante a pesar de no recibir la luz solar, plantas muy vistosas poblaban las ásperas paredes del remanso. Una gran plataforma de piedra nacía desde la pared opuesta de la caverna, sobre ella se abrían al menos una docena de grutas que descendían hacia la oscuridad.

- Debemos aterrizar aquí –dijo el capitán con determinación–, no sabemos cuándo será la próxima vez que encontraremos agua, y el viyak necesita renovar el hidrógeno de sus globos.

- Está bien –contestó el heredero–. Además, creo que es momento oportuno para bajar y reconocer el terreno.

Ennol estaba fascinado por el escenario, las cascadas, la laguna, las amigables luciérnagas que volaban alrededor del globo. La tripulación preparó la nave para el aterrizaje, la orilla de la mansa laguna era el lugar idóneo para el descenso. Telmo aparcó la aeronave con afanosa destreza, apagaron los propulsores y soltaron las escaleras para desabordar el viyak.

- El agua debe tener una salida, de otra manera toda la cueva estaría inundada –comentaba Mo mientras abandonaba la cubierta–. Puedo sentir miles de ríos subterráneos.

- Tienes razón, Mo –Ennol observaba atónito la vegetación–. Estamos en un ecosistema desconectado por completo de la atmósfera. Estas plantas pueden vivir sin la presencia de la luz del sol, son metabolismos distintos como los viyakes.

- Eso es lo menos importante en este momento –a Zola le irritaban las cátedras de ciencia del inventor–. Debemos enfocarnos en encontrar la tumba, luego tendremos tiempo para hidráulica y botánica.

Los guardianes rieron tras el comentario de Zola, aunque para la maestra no se trataba de una broma. Los aventureros se empaparon las canillas al desabordar el dirigible, incluso Seth, quien ya no necesitaba de la camilla para caminar. Una vez más Minwe había insistido en llevarlo con ellos, el comandante era un fastidio para la mayoría, en especial para Mo y Reno. Zola, en cambio, empezaba a creer que su aprendiz había sido iluminada por Eona, la determinación, la disciplina, la fe que había depositado en el soldado eran cualidades con las que Minwe no contaba hace pocas semanas. Además, Zola se sentía más segura teniendo a Seth bajo su vigilancia, Telmo y su tripulación no estaban entrenados para contener a un peligroso asesino. La hechicera había atado la muñeca del soldado con un lazo de control, el hechizo le

permitía a Zola inmovilizar al comandante con un simple movimiento de su dedo.

Las luciérnagas continuaban revoloteando alrededor de los hechiceros, cosa conveniente, ya que iluminaban eficazmente la caverna. A medida que los guardianes caminaban, los insectos los seguían de cerca, al principio parecía una mera coincidencia, pero poco a poco los hechiceros comprendieron que las extrañas criaturas obedecían a un patrón determinado. Mo y Goviat fueron los primeros en descubrirlo, se alejaron prudentemente del grupo para clarificar sus sospechas; de igual manera lo hizo Zola, quien separó también a Seth a jalonadas. Reno y Thea comprendieron las acciones de sus camaradas y los imitaron. Finalmente Ennol, quien caminaba muy distraído, se encontró solo junto a Minwe, rodeado por cientos de insectos cristalinos y parpadeantes, el inventor se retiró asombrado junto a su maestra. No era la luz de las esferas, ni el viyak ni la naturaleza exploradora de las luciérnagas lo que las había seducido, era Minwe quien las cautivaba, las criaturas volaban fascinadas como lo hacían las torpes polillas alrededor de la vieja luminaria de la estación de Eb, volaban erráticamente como si esperaran algo, un comando, una orden, una petición.

- ¡Minwe! –susurró Zola temiendo espantar a los insectos–. ¡Háblales, pregúntales por Fenia!

Era una idea descabellada, mucho más viniendo de la experimentada maestra, pero el Tatuador lo había dicho claramente pocos segundos antes de su muerte: “*Las luces te guiarán*”, valía la pena intentarlo. Al parecer el acertijo sobre Fenia se estaba aclarando poco a poco, la alegre amabilidad con la que los insectos habían recibido a los guardianes erradicaba varios prejuicios que la hechicera tenía sobre los misteriosos abismos de Ferún. Minwe jugueteaba con los candiles voladores, le maravillaban las cosas simples y se distraía con facilidad, al ver los intentos desesperados de su maestra por llamar su atención recuperó la compostura. “*Está bien*”, dijo para sí misma, mientras pensaba una pregunta que no la hiciera lucir como una tonta al intentar inútilmente comunicarse con los insectos.

-Mmm... –Minwe tenía un poco de vergüenza de formular la pregunta–. ¿Dónde yace la tumba de Fenia, antigua portadora de Sadek?

Los inquietos insectos dejaron de revolotear por un instante, parecía que asimilaban la pregunta pronunciada por la doncella. De pronto varios coleópteros



volaron raudos hacia la entrada de una de las grutas, volaban en círculos enérgicamente sugiriendo el sendero acertado, otro grupo de insectos se quedó para escoltar a la doncella.

- ¡¿Qué esperan, holgazanes?! –exclamó la maestra con vigor–. Debemos seguir a las chispas.

En aquel momento se inició un largo recorrido, los guardianes se ubicaron en sus respectivos puestos: Reno y Thea en el frente, Zola y Goviat en la retaguardia, Ennol, Mo y Minwe en el medio. Seth caminaba junto a Zola con desgano, estaba realmente irritado, aunque la maestra intuía que el soldado prefería la caminata antes que quedarse encerrado en el camarote de la aeronave. Los aventureros subieron a la gran plataforma de piedra por un escarpado sendero un tanto difícil de andar. Los insectos esperaban impacientes en el umbral de la fría gruta, solo cuando la doncella los alcanzó emprendieron nuevamente su fugaz vuelo. Si Ennol sintió miedo durante el descenso en el viyak, ahora estaba seriamente espantado, caminar sin aparente protección por las profundidades era en verdad tétrico, a pesar de contar con la debida iluminación, las cuevas no eran precisamente un lugar acogedor.

A medida que los hechiceros perseguían a las inquietas luciérnagas, otros animales menos agraciados aparecían entre los recovecos de la caverna, enormes lagartijas se arrastraban sobre sus vientres, se acercaban curiosas enseñando sus lenguas horquilladas; extrañas cochinillas huían desesperadas al percibir la cercanía de los guardianes; obesos abejorros zumbaban amenazantes, todos ellos acristalados y luminosos, repugnaban a los guardianes al exponer sus traslúcidas vísceras. Ennol se sentía en una jungla de alimañas, mientras más se adentraban en la cueva más grandes eran los bichos, el inventor rogaba que en este ecosistema subterráneo no existiera el orden carnívoro, ya había tenido suficiente con las bestias de Inoven. En fin, el muchacho prefirió alejar aquellos fatales pensamientos y concentrarse en la persecución de sus guías, el camino hasta ahora había sido relativamente sencillo.

- Escuchan eso –dijo seriamente Mo, mientras solicitaba guardar silencio. Nuevamente el rumor de las aguas se escuchaba a lo lejos–, ¡Se los dije! Es un río subterráneo.

En efecto, los aventureros encontraron un sosegado río pocos minutos más tarde, en él nadaban quién sabe qué tipo de criaturas fosforescentes. No había ningún puente y el río era extremadamente ancho como para pasarlo levitando. Las

luciérnagas esperaban impacientes en la orilla opuesta.

- ¿Ahora qué? –preguntó el hada– ¿Cómo pasarán ustedes?

- Podría hacer un puente con alquimia –sugirió Ennol

- Es muy riesgoso, necesitas mucha masa de tierra y considerando la profundidad a la que estamos podrías ocasionar un derrumbe –Reno descartó de inmediato la iniciativa del inventor.

- Mo podría congelar la superficie del agua –insinuó Minwe.

- Solo una delgada capa, no aguantaría nuestro peso –especificó el hada.

- ¿Tu manto dimensional, Zola? –propuso Goviat.

- Ni lo sueñes, es un hechizo muy inestable y podría causar severas mutilaciones a quien lo atraviese.

- Pasaremos nadando, no nos ahogaremos, el agua es tranquila –resolvió Reno con solvencia.

- El agua no me preocupa –dijo Zola–. Es lo que se escabulle dentro de ella lo que me inquieta.

- Son apenas peces –dijo el hechicero–. No hay nada que temer.

Las miradas dubitativas de los guardianes fueron suficiente argumento para Reno.

- Y se hacen llamar aventureros. Entiendo que Thea, Minwe y Ennol se encuentren nerviosos ¡Pero ustedes! –el anciano se burlaba de Zola y Goviat dudando de su valentía–. Ustedes son experimentados hechiceros.

- Lo único que sugerimos es que deberíamos considerar otras posibilidades –Zola sabía que Reno estaba muy irritable a causa de Seth.

- Está bien, como quieran, mientras ustedes “consideran” yo los esperaré al otro lado –dijo el anciano con despecho.

- Si te hace sentir mejor –Zola no estaba de humor para seguirle el hilo a la discusión–. Desde aquí te cuidaremos las espaldas.

- Cuanta amabilidad de tu parte, Zola –cada vez era más evidente el sarcasmo en la voz del hechicero–. Y, sí, agradecería que cuides mi espalda en caso de que “un rabioso camarón” intente morderme.

El esbelto hombre se preparó para cruzar, se adentró lentamente por la mansa orilla, el agua estaba helada, Reno sintió cómo sus ropas se empapaban entorpeciendo su paso, el agua le llegaba hasta las canillas, hasta allí el hechicero no tuvo

inconvenientes, refunfuñaba mientras veía el grácil brillo de los pacíficos peces que nadaban entre sus pies. El anciano volteó hacia sus camaradas, con un gesto un tanto ridículo les sacó en cara que todo estaba bien. Siguió caminando entumecido por el frío, el agua le llegaba ahora hasta la cintura, al parecer era el tramo más hondo del trayecto. De pronto Kyatto se erizó y saltó a los brazos de Thea.

-¡Algo asustó a Kyatto! –dijo la muchacha un tanto asustada, intuía que algo estaba a punto de suceder.

Un enorme dorso emergió del agua unos pocos segundos antes de volver a sumergirse tras un ligero chapoteo.

- ¿Qué fue eso? –el heredero había visto claramente la breve aparición—. ¡Allí detrás!

Súbitamente los peces dejaron de brillar antes de huir aterrados, de igual manera lo hicieron las pacientes luciérnagas. La caverna se quedó en completa oscuridad y Reno estaba a mitad del río. Un acuoso y repentino ruido relataba que algo enorme había surgido del agua, las salpicaduras de la criatura que se escurría sonaban como una tempestad en medio de la cueva. Un exasperante chirrido agazapó a los hechiceros, Zola invocó de inmediato una esfera de luz que mandó a volar por los aires, la intensa claridad reveló la naturaleza del horrible monstruo. Un enorme y transparente ciempiés se pendulaba de un lado a otro, dos inacabables hileras de articuladas patas oscilaban en sincronismo. Las cuatro enormes mandíbulas del miriópodo se abrieron violentamente como navajas, la criatura embistió como un resorte y se tragó al anciano de un solo bocado.

## 16 – LA TUMBA DE FENIA

- ¡Maldita sea! ¡Viejo necio! –gritó Zola mientras pensaba una manera de salvar al hechicero.

Reno descendía lentamente por la tráquea de la alimaña, el cristalino exoesqueleto del ciempiés permitía a los guardianes conocer la ubicación del anciano. El animal era gigantesco, las seis primeras patas bajo su cabeza eran notablemente más grandes que el resto de articulaciones, en su dorso se ceñían dos largas líneas luminosas que convergían en un extraño núcleo oval sobre su cráneo.

- ¡Ataquen a la cabeza! ¡Eviten lastimar a Reno! –ordenó Zola tras encender su mano en llamas.

El anciano tenía poco tiempo o moriría asfixiado, o al llegar al estómago de la bestia sus jugos gástricos lo disolverían por completo. En todo caso, la única manera de sacarlo de ahí era aniquilando al miriópodo. Zola lanzó una bola de fuego directo a la cabeza, pero la gran alimaña la esquivó con asombrosa destreza, la hechicera se sorprendió de que un animal tan grande pudiera moverse de esa manera. Goviat intentó una maniobra similar y disparó un misil luminoso, la brillante saeta surcó rectilínea en dirección a las fauces de la bestia, el impacto era inminente pero escasos segundos antes de la colisión la criatura evadió el proyectil con un veloz reflejo. El movimiento del terrible monstruo ocasionaba que Reno se deslizara por su garganta con mayor rapidez, el anciano se asfixiaba. La alongada alimaña arremetió otra vez, intentando engullir a Thea, quien, tras un salto, a duras penas pudo evitar el ataque gracias a su felina agilidad, la misma maniobra con Zola o Goviat los habría dejado sin reacción.

Zola soltó a Seth, tuvo que correr el riesgo pues debía enfocar todos sus esfuerzos en salvar a Reno, aquel hechizo de control la estaba desconcentrando. La criatura no daba tregua, al parecer un solo bocadillo no era suficiente para satisfacerla, abrió sus fauces para emitir un estridente alarido, una pequeña esfera de viento entró violentamente por su boca abierta y le atragantó el cogote, Minwe había disparado el orbe con asombrosa precisión, para sorpresa de todos el miriópodo no hizo ni el menor ademán por esquivar el ataque, la doncella hizo explotar la esfera, el hechizo no dañó a la bestia pero una gran burbuja de aire ingresó a su garganta, dándole al hechicero un

par de respiros. Seth se escudaba detrás de Goviat, el soldado hubiera podido escapar fácilmente, pero solo, en aquellas cuevas sin provisiones ni equipaje, no habría sobrevivido ni un solo día.

La bestia se sintió realmente amenazada después del ataque de Minwe. Concentró toda la energía luminosa de su cuerpo en las delgadas líneas de su dorso, luego, después de un repentino espasmo, el núcleo en su cabeza emitió un chispazo de luz tan intenso que cegó por unos instantes a los hechiceros. Cuando Zola se recuperó de la penetrante blancura que perturbaba sus ojos, ya no encontró a Goviat a su lado. El heredero había sido engullido por la bestia y Reno estaba cada vez más cerca de alcanzar los ácidos. Zola continuaba atacando sin medida, disparó rayos eléctricos, misiles de plasma, saetas centellantes, pero la criatura esquivaba todo con la misma agilidad, al igual que lo hizo con los cristales de hielo que disparó Mo.

- ¡La esfera de vacío! –gritó Ennol desde atrás–. Maestra, la esfera de vacío, asfíxialo.

La idea era totalmente absurda, la esfera de vacío no era un hechizo ofensivo, se utilizaba principalmente para neutralizar ataques, en especial bolas de fuego, sin embargo, la maestra no tenía muchas opciones de donde escoger. Juntó sus manos con los dedos levemente doblados y poco a poco fue separando sus palmas, el hechizo succionó el aire dentro de un globo imaginario, la maestra sostenía un balón invisible lleno de nada, apenas una leve silueta, similar a una burbuja de jabón, insinuaba la ubicación del conjuro. Todavía incrédula, Zola arrojó el hechizo sobre la alimaña, a diferencia de la mayoría de sus hechizos la esfera de vacío viajaba extremadamente lento, hasta un novato podría esquivarla, sin embargo, el gigantesco ciempiés parecía no percibirla en absoluto, seguía rugiendo, desaforado, sacudiendo sus mandíbulas manifestaba su apetito. El orbe de vacío llegó hasta las narices de la bestia sin alarmarla, una vez allí la hechicera abrió sus brazos violentamente y con gesto triunfal expandió el hechizo para envolver por completo la cabeza del artrópodo.

- ¡Eso es! ¡Excelente! –Ennol estaba convencido de que su idea funcionaría–. ¡No lo sueltes, maestra!

El titánico ciempiés la pasaba muy mal, se retorció endemoniadamente intentando escapar de aquella asfixiante burbuja. Zola permanecía concentrada aunque un tanto sorprendida por la eficiencia del hechizo, dirigía la esfera atenta a cada movimiento de la bestia, bastaría un par de minutos para que la criatura cayera

desmayada, solo quedaba rogar que Reno y Goviat pudieran aguantar esos minutos. El artrópodo retrocedió unos metros, se podía escuchar su frustrada respiración, ya casi no tenía fuerzas. Al cabo de un largo momento cayó violentamente sobre la orilla como lo hacen los árboles al recibir el hachazo terminante de un robusto leñador. El nefasto monstruo yacía tumbado boca abajo a lo ancho del calmo río, con los últimos rezagos de vida movía ligeramente sus mandíbulas intentando respirar. Ya en posición horizontal fue sencillo para Goviat y Reno escapar por donde entraron, Minwe los abasteció de oxígeno haciendo estallar un par de orbes de viento dentro de la garganta del finito animal.

Los aventureros rodearon a los afectados, ambos estaban embadurnados por mal olientes secreciones del animal. Goviat se repuso con naturalidad, más allá del susto y el hedor se encontraba en perfecto estado. A Reno, en cambio, le costó mucho recuperar el aliento, estaba pálido y un tanto agarrotado, sus amigos lo atendieron hasta que el anciano se sintió considerablemente mejor, a pesar de eso continuaba jadeando.

-“*Son apenas peces*” –dijo Zola imitando el sarcástico tono de voz del anciano.

Reno la regresó a ver aludido, por un instante ardió en sus ojos la brasa del rencor, pero el anciano comprendió de inmediato que era oportuno admitir humildemente su torpeza.

-Nunca imaginé... –dijo Reno con semblante serio y molesto cortando de raíz las muecas de Zola– que el “*rabioso camarón*” sería tan grande –el anciano se mofó de su propia desgracia.

Los aventureros rieron a carcajadas, mermando así la insostenible angustia que soportaban. El ambiente volvió a serenarse, las timoratas luciérnagas volvían a encender sus vientres. A pesar del apuro, los guardianes decidieron compartir un momento de cháchara para aligerar las cargas.

-Debiste verte la cara de pánico, maestro –le decía Thea a su mentor entre risas–. Parecías susto en vitrina.

-Ya me imagino la tuya si estuvieras en las mismas condiciones –respondió Reno con suspicacia–. La verdad es que sí, sentí que la vida se me escapaba... Me aterró la idea de morir de esa manera. Si no fuera por Zola... –el anciano hizo una grata reverencia a la anciana.

- Guárdate tus agradecimientos para Ennol –la maestra le dio el crédito con orgullo–. Él fue quien tuvo la absurda pero efectiva idea de utilizar la esfera de vacío.

Todos los guardianes miraron con extrema gratitud al inventor, este se sonrojó por la excesiva atención.

- Nunca se me hubiera ocurrido –dijo Goviat un poco extrañado–. Utilizar un hechizo defensivo para aniquilar a una bestia de semejante tamaño.

- En realidad fue Minwe quien descubrió la debilidad del monstruo –la doncella abrió sus ojos sorprendida sin saber de qué estaba hablando Ennol–. Cuando ella disparó la esfera de viento, la alimaña no la esquivó, ni siquiera hizo el intento; fue ahí que me percaté de que la bestia no tenía ojos, y que probablemente detectaba los hechizos por otros medios, tal vez la temperatura.

- ¿Quieres decir que esas cosas no ven? –preguntó Mo.

- Exacto, al menos no ven como nosotros, sospecho que sus pieles acristaladas son termo–sensibles –los hechiceros intercambiaban miradas–. Por eso la esfera de vacío era la mejor opción, no emite luz ni varía la temperatura.

- ¡Brillante! –exclamó Goviat.

Los compañeros continuaron con la tertulia por unos minutos más, mientras tanto, Seth observaba a los guardianes, estaba sentado sobre una roca, no tan lejano como para sentirse excluido (ni para estar fuera del rango de vista de Zola), pero tampoco tan vecino como para ser parte del grupo. Escuchaba con atención cada comentario, pendiente de las reacciones de cada personaje, identificó de inmediato el rol que desempeñaba cada integrante del equipo. Le extrañaba que Zola no hubiera reanudado el hechizo de control sobre su muñeca, sabía que la anciana se había descuidado deliberadamente. El soldado estaba admirado por la manera en la que los guardianes se habían apoyado unos a otros, suponiendo que el mismo caso se presentara en campo con uno de sus escuadrones, su entrenamiento le forzaba a seguir adelante sin importar quién estuviera en peligro, “*los débiles no merecen compasión*” decía textualmente el manual. Una nube de confusión se posó sobre Seth, todo esto de la solidaridad entre amigos le daba náuseas, le parecía estúpido, inverosímil, no cambiaría sus dogmas egoístas y crueles por nada. Sin embargo, el comandante se había preguntado más de una vez qué se sentiría saber que alguien está dispuesto a arriesgar la vida por ti o, más profundo aún, ¿qué se sentiría estar dispuesto a arriesgar la vida por alguien?

Los hechiceros no perdieron más tiempo en pláticas y decidieron continuar con su búsqueda. Antes de partir Zola solicitó al maekano que utilizara su espada para extirpar el extraño núcleo sobre el cráneo de la difunta bestia; no estaba de más tomar lo que, a los ojos de Zola, podía ser muy útil en un futuro.

-Es posible que tenga cualidades mágicas –dijo la hechicera mientras sostenía el delicado orbe en su mano–. Prefiero botarlo en la basura al averiguar que no tiene valor, a tener que volver y enfrentar a otro bicho de estos –señaló el cadáver– si llegara a necesitar uno de estos –meció ligeramente el orbe.

El problema de cómo atravesar el río estaba resuelto, el cuerpo inerte y a medio sumergir del miriópodo serviría de puente a los hechiceros. Las luciérnagas se habían dispersado cansadas de tanto esperar a los excursionistas, cuando al fin alcanzaron la cueva al otro lado del río los insectos retomaron su labor de guías. Atravesaron varias grutas más, la vegetación se hacía más copiosa a medida que avanzaban. Mo escuchó por más de una vez el runrún de otros ríos internos, por fortuna los guardianes no tuvieron que cruzarlos, ya habían tenido suficiente. Al fin, llegaron a un largo túnel que descendía con un pronunciado declive, al fondo, muy lejana, brillaba una intensa luz, tan intensa como la misma luz solar. La escena era singularmente irónica, generalmente la luz liberadora de los subsuelos se observa al final de una extensa cuesta no hacia abajo. Ennol notó que el camino sobre el que pisaban sugería burdos escalones, fabricados por el constante uso.

- Alguien más ha bajado por aquí –comentó d’Marti advirtiendo a los guardianes–. Estas escaleras tienen proporciones humanas.

Los hechiceros bajaron con cuidado para no resbalar, las comedidas luciérnagas esperaban inquietas en el rocoso umbral de la bóveda subterránea. Uno a uno atravesaron el pórtico, Ennol fue el último en llegar, los guardianes observaban asombrados el maravilloso escenario, ahora Zola entendía con claridad las razones por las que Fenia había pasado más de dos años en este lugar, al otro lado de la caverna se escondía un paisaje de ensueño. Varias cascadas desembocaban en una gran laguna, sus aguas emitían un intenso brillo cerúleo, como si el fondo estuviera cubierto por nácar; millones de minúsculos cristales yacían sedimentados como en un arrecife de coral, cada partícula magnificaba los haces de luz, creando hermosos destellos y cáusticas. La gran gruta estaba completamente iluminada, parecía que la claridad del



cielo había encontrado un camino hasta las profundidades, Ennol miró hacia arriba y entornó los ojos para poder distinguir la fuente de luz, el techo de la caverna estaba infestado por millones de luciérnagas, no existía un punto de oscuridad en la bóveda de la gran gruta, el techo entero ondulaba frenéticamente como el agua bajo el viento de tormenta. Goviat se sintió un tanto aliviado, si bien no tendría acceso a la luz solar, la luz de las luciérnagas le resultaba reparadora, tal vez podría aprender a canalizar su energía con este nuevo tipo de luz.

En esta caverna la vegetación era tan abundante como en la superficie, arbustos, árboles, enredaderas crecían vigorosamente sin la necesidad de luz solar, era evidente que las luciérnagas y las plantas eran los pilares principales de un ecosistema autónomo, esto explicaba también la presencia de aire puro y oxigenado. La abundancia de vida del lugar hacía olvidar a los hechiceros que se encontraban en una caverna, el clima, la vegetación y el colorido se asemejaban al de una selva. Incluso Seth manifestó su asombro, ni el corazón más duro dejaría pasar por alto tan magnífico momento.

- Increíble –dijo Minwe conmovida por el espectáculo–. Nunca imaginé encontrar un lugar así.

- ¡Es hermoso! –manifestó Thea, Kyatto estaba tan emocionado como ella– Deben ser muy pocos los que sepan de este lugar.

- Es verdad –aportó Goviat, un tanto pensativo–. Creo que somos los únicos después de Fenia.

- No son los únicos –dijo Seth ante el asombro de todos.

- ¿De qué hablas? –preguntó extrañada Zola, era la primera vez que el soldado les dirigía la palabra.

- Allí –el comandante señaló unos arbustos.

Los aventureros observaron con atención, detrás de la vegetación se percibía un tímido resplandor, la luz revelaba lo que parecía ser una cúpula casi imperceptible a la vista.

- ¿Qué es eso? –preguntó Zola, mientras enfocaba su mirada–. ¡Maldición! Estos anteojos no sirven para nada.

- Es algún tipo de edificio –dijo Ennol, quien también tenía dificultades para distinguir el objeto–. Parece una casa... una casa de cristal.

- ¿Una casa de cristal? –volvió a preguntar Zola confundida–. Probablemente la

construyó Fenia durante su estadía aquí, no creo que haya vivido dos años acampando en la selva.

-No lo creo –Seth volvió a intervenir, ahora señalaba un punto a la derecha de una cascada.

Ennol verificó la ubicación de otra extraña construcción acristalada, en esta ocasión pudo percibir un par de minaretes y varios domos que cubrían la vivienda.

-Allá hay otra –afirmó Thea, mientras señalaba una plataforma cerca del lago.

-Y allá –esta vez fue Goviat quien encontró una traslúcida estructura al lado opuesto de la caverna.

-Es una aldea –resolvió Thea–. Por lo visto una aldea desierta.

-Tal vez –comentó Zola, mientras buscaba señales de algún habitante–. Pero no hemos venido por eso, debemos encontrar la tumba. ¿Dónde están nuestras guías?

Las luciérnagas se arremolinaban bajo un frondoso árbol que crecía junto a la orilla más cercana, al parecer el camino rodeaba la laguna y conducía a una nueva gruta mucho más pequeña. Los aventureros descendieron por el sendero que conducía hasta el reborde del lago, a Reno le aterraba tener que acercarse nuevamente al agua, observaba con cautela los peces luminosos que meneaban sus gelatinosas colas y se escudaba detrás de Zola, intentando ocultar inútilmente su nerviosismo.

Minwe caminaba con entusiasmo, su semblante demostraba una especial calidez, como quien ha podido saciar sus anhelos más profundos, el descubrimiento de aquel hermoso paraíso había exaltado el ánimo de la doncella, pero detrás de aquella sonrisa la muchacha ocultaba la verdadera razón de su euforia, solo Ennol pudo percibirlo. El joven había aprendido a leer las entrelineas de Minwe, sabía que su felicidad respondía a algo mucho más profundo, algo que nada tenía que ver con búsquedas de tumbas ni escenarios fascinantes, tenía que ver con la naturaleza humana y el bienestar de los hombres, con la capacidad que los humanos poseen para convertir al universo en un lugar mejor. Ennol supo que Minwe sonreía porque Seth, el temible comandante, había decidido hablar y aunque sus palabras fueron frías y calculadas, el soldado había aportado con la búsqueda de los guardianes, aparentemente no era mucho, pero para Minwe esta era razón suficiente para vibrar de alegría.

Ennol no dejaba de mirarla, cuando estaba junto a ella el ánimo del muchacho se fortalecía, se sentía invencible, sabía que no estarían solos, sin importar las circunstancias se tenían el uno al otro y aunque lo tenía todo claro en su cabeza, su corazón era un auténtico alboroto. Todo lo que Minwe despertaba en él era nuevo, la intensa avidez por sentirla cerca lo hacía divagar y olvidarlo todo, la atípica torpeza de su cuerpo que parecía revelarse y actuar por su cuenta, el fatal miedo a perderla que lo paralizaba por completo, pero sobre todo la extrema admiración que le inspiraba, nunca antes el muchacho se había sentido tan afortunado de tener a alguien en su vida. La magia de Minwe era mucho más que esferas violeta, era un discurso que alcanzaba lo imposible, la libertad, la fraternidad y el amor entre los seres, a veces se expandía e irradiaba el cosmos con su cálida luz, otras veces se manifestaba como cautos hechizos que protegían la existencia, y otras veces, como ahora, toda esa magia se resumía en un simple gesto de belleza, una sonrisa, tan simple pero tan poderosa que fue capaz de transformar las acciones de un vil malhechor.

- Muchas gracias –le susurró la doncella al comandante sin que nadie lo notara–. Tus comentarios fueron de gran ayuda.

Seth no respondió, pero la doncella no esperaba que lo hiciera, sabía lo importante que es la gratitud y que probablemente Seth nunca había escuchado aquella simple palabra en boca de sus secuaces. El camino bordeó la laguna, a medida que avanzaban los aventureros encontraron varias viviendas camufladas entre los matorrales, todas las casas aparentaban estar abandonadas, sin embargo, Zola se movilizaba con extrema cautela, tenía la extraña sensación de que los estaban observando.

Alcanzaron la entrada de otra hermosa gruta, ésta no era tan amplia como la enorme caverna que dejaron atrás, pero era mucho más alta. El escenario constaba de tres elementos principales: el agua cristalina de un tranquilo lago, un gran islote que emergía del agua varios decámetros justo en el centro de la gruta, y un sendero que rodeaba la laguna y ascendía varias vueltas en espiral. Al final del sendero nacía un magnífico puente natural que estaba soportado por tres fuertes estalagmitas que afloraban del lago, el viaducto conducía a la plataforma superior del islote. Las luciérnagas no brillaban en esta gruta, por lo que el lugar permanecía en penumbra, en el centro del techo de la caverna, justo sobre el islote, se abría un gran orificio por el cual descendía un intenso rayo de sol, el cilindro de luz se proyectaba resplandeciente

sobre un extraño mausoleo de cristal, las cúpulas de vidrio brillaban extravagantes disparando destellos de añil por todo el lugar. A pesar de la distancia los hechiceros distinguieron con claridad el cuerpo inerte de una hermosa mujer recostada dentro de un delicado féretro de cristal.

- ¡Es allí! –dijo Minwe con nerviosismo– Es la tumba de Fenia.

- Sigamos... –ordenó la maestra, un tanto ansiosa por lo que contemplarían en pocos minutos–. No se separen y permanezcan atentos.

Los guardianes de Sadek continuaron ascendiendo, el agua del lago permanecía completamente inmóvil, reflejaba la magnífica escena como un espejo perfectamente pulido. Minwe abandonó por un instante su efervescente emoción, en poco tiempo conocería a su antecesora. Fenia era recordada como un ser de luz que luchó por veintidós años y entregó su vida por la paz de los pueblos, al igual que la aprendiz, Fenia había fusionado su alma con el de un hada blanca. La antigua Portadora liberó a varias naciones de la guerra y consiguió que mundos enteros abandonaran las armas y aprendieran a vivir en armonía, hizo mucho por recobrar el balance del universo en tiempos en que los humanos descubrían las capacidades bélicas de la magia y acrecentaban su sed de poder. El asda fue asesinada hace trece años mientras intentaba apaciguar la Guerra de la Ciénaga, un breve conflicto entre Inoven y las comunidades aledañas del bosque de Guilguimil, quienes eran en su mayoría granjeros y agricultores y se negaron a seguir pagando impuestos de una ciudad a la que no pertenecían.

Finalmente los aventureros alcanzaron el espléndido panteón, Fenia yacía recostada, su cabeza ligeramente apoyada sobre una delgada almohada dejaba a los aventureros distinguir sus facciones, su tez extremadamente pálida contrastaba con el negro profundo de su lacia cabellera, la muerte no había conseguido detener el crecimiento de su copiosa melena, los mechones azabaches acariciaban los tobillos de la inerte mujer. Un hermoso atuendo de seda azul vestía a la antigua Portadora, la luz rebotaba en el satinado de la tela y azulaba ligeramente el entorno. Los guardianes ingresaron en la cristalina estructura y rodearon el grandioso féretro donde yacía el cuerpo de la difunta asda.

La expresión de Fenia relatava una profunda paradoja, solamente

comprensible para quien llevara una carga similar a la que ella soportó por tanto tiempo, Minwe sabía a ciencia cierta la intensa contradicción que debió sentir Fenia pocos segundos antes de morir. Por un lado la eterna calma de saber que su alma era libre y sentir la conciencia tan pura al haber entregado todo por una causa, por otro lado la cruel incertidumbre de saber que todo lo que logró podía desaparecer en un instante y que ella ya no estaría allí para evitarlo. El legado que Fenia construía cada día para entregárselo al mundo se vio coartado violentamente tras su asesinato. La tranquilidad del rostro de la hermosa mujer era ensombrecida por una sonrisa a media asta, que evidenciaba una visión inconclusa, una vida que no duró lo suficiente para cumplir sus sueños más anhelados. Era ese destino lo que Minwe más temía: descubrir de repente que la vida se le escapaba y no haber conseguido el objetivo por el cual ella había nacido. ¿Correría la misma suerte que su predecesora? ¿Cuánto tiempo más la doncella podría regalarse al mundo?

-Es hermosa –exclamó Ennol hipnotizado por la blanquecina piel de la mujer–. ¿Cómo es que se mantiene intacta?

-Se mantenía intacta –corrigió Zola mientras inspeccionaba con cuidado el lugar–. Hace tres días el cuerpo de Fenia empezó a descomponerse.

- ¿Te refieres a la muerte del Tatuador? –preguntó Ennol– No lo entiendo.

- ¿Recuerdas que el Taumaturgo afirmó haber tatuado a Fenia? –preguntó la maestra, Ennol asintió de inmediato–. El tatuaje fusiona el alma del Hada Blanca con la de la humana, pero para eso una pequeña porción del alma del Tatuador se desprendió de su cuerpo para afianzar la alianza. Cuando Fenia murió, su alma y el alma del Hada Blanca abandonaron este cuerpo, sin embargo, la pequeña porción del alma del Taumaturgo permaneció latente dentro de Fenia. Esa pequeña chispa de vida no fue suficiente para sostenerla viva, pero sí alcanzó para evitar que su cuerpo inerte fuera víctima de la putrefacción.

- ¿Quieres decir que cuando el Taumaturgo murió ese pequeño retazo de alma pudo por fin abandonar el cuerpo de Fenia?

-Exactamente, Ennol, fue por esa razón que el Tatuador nos advirtió que teníamos poco tiempo. Si hubiéramos llegado tarde no habríamos podido distinguir los tatuajes en la espalda de Fenia. Lo que me recuerda...

Zola se acercó al féretro y pidió ayuda a Reno y a Goviat para destaparlo.

-Me siento realmente mal por tener que hacer esto –dijo el anciano mientras levantaba la cubierta del acristalado ataúd–. Estamos profanando un lugar sagrado.

- Te aseguro que tienes su consentimiento –afirmó Zola–. Fenia haría lo que fuera para apoyar a Minwe y si es necesario exhumar su tumba no creo que le importe, además lo haremos por solo unos minutos.

- Espero que estés en lo cierto –dijo Goviat, quien se sentía exactamente igual que Reno.

Goviat y Reno asentaron con cuidado la cubierta de cristal a un lado de la tumba, un ligero hedor azotó las narices de los guardianes, al parecer el cuerpo ya daba señales de putrefacción. Zola invocó un hechizo de levitación sobre Fenia, esta se inclinó lentamente hasta sentarse. Ennol observaba todo a una distancia prudente, una extraña sensación se había apoderado de él, como si el alma de aquella mujer estuviera a punto de reclamar la razón por la cual un grupo de desconocidos profanaban su sepulcro. Al inventor le llamó la atención lo joven que se veía Fenia, el muchacho calculó que debió morir aproximadamente a los treinta y cinco años.

- Ennol, necesito tu mochila –dijo Zola abruptamente.

- No hay problema –el muchacho se retiró el morral y se lo entregó a su maestra.

- Necesito un pergamino –la maestra había sacado la bitácora del muchacho y se disponía a abrirla.

- ¡Nooo! ¡Espera! –Ennol se abalanzó y arranchó el libro de las manos de la anciana.

- ¿Qué haces, muchacho? Solo necesito un pergamino –la maestra estaba muy molesta–. ¿Acaso te volviste loco?

- Yo te lo entrego –dijo el muchacho, quien arrancó la última página de su cuaderno y se lo entregó a Zola–. Nadie puede ver los planos de mis inventos... Aquí tienes.

Los guardianes se mofaron del extraño impulso de Ennol, al parecer el muchacho era muy celoso de sus diseños, abrazó con fuerza su bitácora y la guardó nuevamente en su mochila. Zola, en cambio, preparaba lo necesario para la impresión de los glifos, de su maleta sacó un frasco de tinta negra, un cuentagotas y una pequeña bolsa con un extraño polvo plateado. Con mucho cuidado descubrió la espalda de Fenia, fue tarea fácil gracias al gran escote de su vestido. Allí estaban los tatuajes, perfectamente dibujados, cada línea, cada figura tenía una razón de ser, se podría decir que se trataba de un mapa que solo un tatuador podría descifrar, curiosamente a Ennol le resultó muy familiar aquella forma, pero no recordaba con exactitud dónde la había visto, seguramente entre los cientos de glifos que observó en el estudio del Taumaturgo.

El dibujo consistía en un círculo perfecto del que nacían nueve esbeltos pétalos que se abrían en abanico hasta completar un semicírculo, cada uno de mayor tamaño que el siguiente, dos líneas curvas nacían de la parte inferior del glifo y serpenteaban como una cinta para dar final al estilizado tatuaje; el dibujo podía ser interpretado de varias maneras, Zola y Thea distinguieron las formas de un hermoso crisantemo, mientras que Reno, Goviat, Mo y Seth veían un elegante escudo de batalla, Minwe y Ennol, por su parte, admiraban las alas desplegadas de una gaviota en alto vuelo. Una de las cosas que más impactó a Ennol fue el severo contraste entre la nivea piel de Fenia y la negrura de la tinta, le daba la impresión de que el tatuaje estuviera hecho a bajo relieve y cuando la luz llegaba oblicuamente el tatuaje brillaba como la seda y parecía tener volumen.

-Alguien debe sostener el pergamino –dijo Zola con seriedad.

-Yo lo haré, maestra –contestó Minwe de inmediato–. Creo que esta tarea me corresponde.

Zola sonrió levemente, agradeciendo la buena voluntad de su aprendiz. Minwe acercó el pergamino con mucha cautela hasta que lo ubicó escasos centímetros sobre la fría piel de Fenia, sus delicadas manos temblaban levemente a pesar de sus esfuerzos por disimular sus nervios.

-Tranquila, Minwe –la voz de Zola se escuchaba calma y gentil–. Necesito que acerques más el papel, los hechizos de transcripción requieren de extrema precisión.

La tensión entre los aventureros silenció por completo el ambiente, Minwe acercó mucho más el pergamino, pero Zola con un gesto indicó que no era suficiente, la anciana invocó el hechizo de transcripción y lo contuvo en su palma derecha, con su otra mano vertió un par de gotas de tinta sobre el hechizo, tiñéndolo de un viscoso color negro.

El sortilegio estaba listo para ser ejecutado, Minwe acercó aún más el pergamino hacia los glifos y sin querer rozó con sus dedos la piel de Fenia, un leve resplandor comenzó a brillar sobre el hombro de la antigua portadora y poco a poco se fue expandiendo por su cuello, brazos y espalda, como la onda que impulsa un guijarro al caer sobre el agua, la luz repletó cada espacio de piel hasta iluminar por completo el cuerpo inerte de la dama. Zola detuvo el conjuro de inmediato, los hechiceros dieron un

ligero brinco hacia atrás, aturridos al no conocer la naturaleza de la magia que hacía brillar al asda. De repente, el cuerpo de Fenia empezó a flotar sobre su propia tumba, envuelto en una pálida luz, como la de un candil que está a punto de apagarse, su bruna cabellera y su vestido azul flameaban azotados por un viento que nadie supo de dónde provenía. El asda permanecía levitando, los largos mechones de pelo oscilaban como feroces látigos, por un instante Ennol pensó que la mujer resucitaría, pero su cuerpo permaneció inmóvil, suspendido por una fuerza desconocida, Minwe continuaba sujetando el pergamino, no se había movido ni un centímetro desde que el asda empezó a brillar.

-Zola... ¿Qué está pasando? –preguntó Goviat exaltado–. ¿Qué es esta magia?, ¿es parte de tu hechizo?

-No –respondió la anciana–. Ni siquiera tuve tiempo de ejecutarlo–. Minwe, ¿lo estás haciendo tú?

Pero la doncella no respondió, su mirada estaba perdida en la luz de la antigua Portadora y continuaba en la misma posición de hace varios segundos, con sus brazos extendidos sostenía el pergamino sin expresión en su rostro. Ennol se acercó y la observó de cerca, sacudió su mano frente a sus ojos y la doncella ni siquiera pestañeó, el muchacho estaba a punto de sacudirla para sacarla de su letargo cuando Zola le advirtió:

- ¡No la toques! Está en trance.

- ¿En trance? –preguntó Reno–. ¿Como la vez de la biblioteca?

-Algo así, me parece que Eona abandonó el cuerpo de Minwe para entrar en el de Fenia –la anciana engranaba su mente como el más fino reloj–. Es probable que Minwe haya tocado por accidente a Fenia y que su cuerpo ávido de energía haya reclamado espontáneamente la esencia de Eona, como la fusión de Minwe todavía no ha sido sellada por los tatuajes, la energía del Hada Blanca no pudo sujetarse al cuerpo de Minwe.

El cuerpo de Fenia pendía en el aire, sujeto por la inmensa energía del Hada Blanca, el brillo era cada vez más intenso, fluctuaba de pies a cabeza como si Eona estuviera buscando algo.

- ¿Cuánto tiempo estarán así? –preguntó Ennol.

-No tengo idea, muchacho, también es la primera vez que veo algo así... pero supongo que Eona sabrá el momento oportuno para volver.



- ¿Crees que Eona pueda acceder a los recuerdos de Fenia? –preguntó Goviat.

-Es posible, bien sabemos que nuestros recuerdos nunca abandonan el plano en el que fueron creados, no me parecería nada extraño que los recuerdos de Fenia continuaran en su mente.

Pasaron varios minutos y el escenario no había cambiado en lo más mínimo, Zola esperaba pacientemente, sabía que no tenía otra alternativa, cualquier hechizo que ejecutara sobre Fenia podría romper la fusión temporal entre Minwe y el Hada Blanca. Ennol tenía desde hace varios minutos la extraña sensación de que alguien más los estaba observando, por el nerviosismo de sus compañeros pudo deducir que no era el único que se sentía así. Seth observaba la escena alejado como de costumbre, sin embargo, Zola pudo identificar en su semblante una expresión de preocupación, nada común en el vil soldado, la anciana intuía que el comandante había adquirido cierto aprecio por la doncella, aunque a momentos dudaba si en verdad le importaba el bienestar de Minwe, o era tan solo la preocupación de saber que si Minwe no volvía, no habría nadie que le impidiera a Zola y al resto saldar cuentas con él.

Varios minutos después del repentino suceso, el fulgor del cuerpo de Fenia empezó a mermar lentamente, poco a poco la luz se concentró en su pecho, para después de una silente explosión abandonar de una vez el cuerpo deshabitado de la antigua Portadora. Un destello de luz azotó el torso de Minwe, devolviéndole la conciencia en un instante. El caos reinó, Fenia cayó sin gracia sobre su tumba, Goviat a duras penas pudo sostener el peso muerto para evitar que el cadáver cayera de bruces al suelo; mientras tanto, Minwe se despertó sollozando de dolor, como si algo perverso le estrujara las entrañas, la doncella se desesperaba por llorar pero aquel sentimiento la había aprisionado por completo, el miedo se apoderó de su rostro, sus ojos miraron a Ennol con desconcierto, como quien estuviera sintiendo algo completamente ajeno, desproporcionado para un solo corazón, la doncella cayó sobre sus rodillas y buscó inútilmente su voz, aquel dolor le arañaba el pecho como espinas ponzoñosas, la muchacha no podía respirar, estaba ahogándose en el llanto que era incapaz de liberar.

- ¡Minwe! –susurró Goviat, quien quiso asistirle y estuvo a punto de soltar a Fenia.

- ¡Tranquilo, Goviat! –gritó Zola, la anciana temió que el heredero soltara el cuerpo del asda, ya que un ligero golpe o la más pequeña impureza bastaba para estropear por completo los tatuajes. – ¡Necesito que la sostengas!... ¡Thea, Ennol, Mo! ¡Ayuden a

Minwe!... ¡Reno! ¡El pergamino!

El anciano acudió de inmediato y recuperó el pergamino que ahora yacía en el suelo junto a las rodillas de Minwe, el hechicero tuvo que entrometerse a punta de forcejeos entre el tumulto de guardianes que asistía a la doncella, tuvo también que empujar a Ennol, quien estuvo a punto de pisotear el pergamino. La hoja de papel estaba un poco maltratada y sucia, pero Reno lo solucionó con un simple hechizo que la limpió y la dejó como nueva.

- ¡Rápido, Reno! –Zola había reanudado el hechizo de transcripción, mientras que Goviat sostenía con dificultad el cuerpo de Fenia–. Acércalo pronto.

El anciano corrió y dio vuelta a la tumba, si no fuera por los gritos de Zola hubiera olvidado por completo la importancia de aquel pedazo de papel, pues la situación con Minwe era desesperante, la doncella parecía invadida por algún maleficio, sus gemidos de desesperación apenas podían mostrar la gran frustración que la Portadora sentía.

- ¡Necesita aire! –gritaba Mo e intentaba inútilmente devolverle el aliento a la muchacha–. Tranquila, Minwe, respira, por favor... ¡Respira!

Pero nada funcionaba. Reno colocó el pergamino tal como lo indicó Zola. A pesar del caos en el panteón, Zola nunca perdió la calma ni confundió lo urgente con lo importante, la anciana sabía que sin esos glifos el camino llegaría a su fin.

- Reno –dijo Zola, con extrema calma, sin embargo, su mirada le hizo saber al anciano la importancia de la siguiente maniobra–. Por nada del mundo muevas ese pergamino.

Zola desató su magia, al principio fue vapor de agua brotando con timidez desde las manos de la anciana, la niebla poco a poco fue tomando la forma de cientos de diáfnas mariposas, frágiles se desvanecían y volvían a nacer de entre el humo, miles de esferas de tinta acompañaban su vuelo, las contenían en un remolino acuoso y negruzco. Una a una las mariposas se posaron sobre los glifos, esfumándose delicadamente para ser absorbidas por la suave piel de Fenia, la tinta continuó girando hasta que toda la niebla acarició por completo los tatuajes, luego, dos traslúcidas siluetas se desplegaron de los omóplatos de la fría dama, dos copias exactas de los anhelados glifos flotaban en el aire como humo de cigarrillo hasta descansar de una vez por todas en el ávido papel, seco de recuerdos, que Reno sostenía con

nerviosismo. Finalmente, las partículas de tinta acudieron al papel, el hechizo les ordenaba exactamente a dónde ir y hasta dónde derramarse, poco a poco las perfectas figuras revelaron su forma, contenida en sus líneas y en sus vértices.

Zola, Reno y Goviat esperaron hasta que la última gota de tinta repletara la impresión. El heredero volvió a recostar a Fenia sobre su ataúd de cristal, lo hizo con la mayor sutileza como le fue posible. Zola tomó el pergamino con cuidado e invocó un nuevo hechizo para fortalecer el papel, la anciana no estaba dispuesta a echar a perder tanto esfuerzo por no tomar las debidas precauciones, enrolló el pergamino y lo guardó en un portapapeles.

La situación con Minwe estaba cada vez peor, la doncella no conseguía controlar el intenso sentimiento que la torturaba y, lo peor de todo, todavía no encontraba la bocanada de aire que le permitiera desatar su llanto. Zola por fin asistió a su aprendiz... la tomó dulcemente del rostro para poder observar la profundidad de sus ojos.

- ¡Mírame, Minwe! –gritó la maestra con determinación, buscando en aquel mar de terror un rezago de lucidez que le permitiera enfrentar la angustia—. Minwe, soy yo... ¡Mírame por favor!... Tranquila, todo va a estar bien.

Ni siquiera la dulzura y las caricias de Zola consiguieron calmar la tormenta dentro de Minwe, la doncella se estremecía, se retorcía de la desesperación, aquel sentimiento la estaba despedazando por dentro. La muchacha cayó de nuevo, esta vez de costado y se ovilló como una cría para abrazar sus blancas rodillas. Ennol no sabía qué hacer para ayudarla, si algo llegara a sucederle... no sabría qué le depararía el futuro sin ella, estaba paralizado ante tan crudo episodio, el muchacho solo podía escuchar la frustrada respiración de Minwe y observar desesperado cómo la vida se le escapaba lentamente. Todo parecía una pesadilla, Mo trataba inútilmente de calmar a la aprendiz, Thea y Kyatto observaban aterrados, Zola y Reno forcejeaban el cuerpo de Minwe para colocarlo boca arriba y el heredero ejecutaba una maniobra de respiración artificial... pero, poco a poco, los intentos frustrados de la doncella por respirar eran menos frecuentes, ya eran más de cinco minutos los que no respiraba, y aquella devastadora pena continuaba estrujándole el corazón. Por un momento Ennol pensó que sería el final, pues Minwe ahora palidecía mucho más de lo normal y en sus ojos yacía apenas un ligero brillo.

- ¡Minwe! –gritaba Zola desesperada–. ¡Minwe, por favor, respira!

Goviat presionaba insistentemente el pecho de la aprendiz, Reno sostenía su mano con lágrimas en los ojos, Zola con toda su experiencia era incapaz de salvarla y Ennol... el muchacho nunca había imaginado que algo pudiera doler tanto, el simple hecho de pensarlo le destrozaba el corazón como si le atravesara la más áspera lanza. D'Marti solo podía recordar aquella noche bajo la luna llena, cuando vieron juntos las estrellas y prometieron estar siempre el uno para el otro. ¿Qué sucedería con esas promesas si ella los abandonaba de esa manera?

## 17 – EL ROSTRO OCULTO

Goviat volvió a presionar el pecho de Minwe, la tensión en sus brazos dibujaba sus venas como ríos sobre su abultada musculatura, el heredero continuó con la maniobra a pesar de que la doncella había dejado de respirar por varios minutos, sin embargo, Goviat y el resto de guardianes sabían en lo más profundo que la vida de Minwe jamás podría terminar así.

- ¡Maldita sea! –susurró Goviat, invadido por el desasosiego—. Vamos, muchacha... respira... por favor.

Las manos del maekano persistieron, ignorando por completo el mórbido semblante de la Portadora, pero poco a poco sus esfuerzos se debilitaron, al principio por el agotamiento en sus brazos y luego por la desesperanza al ver la mirada vacía de la doncella. Goviat se dejó vencer, carente de recursos que le permitieran encontrar una nueva salida, de rodillas apoyó su frente sobre el pecho inmóvil de Minwe y con sus brazos agotados golpeaba el áspero suelo, renuente a aceptar la derrota. Todos observaban en total silencio, como si se tratara tan solo del recuerdo de un mal sueño, el maekano volvió a golpear el suelo con furia, lastimándose los carpos por el impacto.

De pronto, varias luces comenzaron a parpadear frenéticamente en los alrededores del panteón, cada bombilla luminosa se desplazó lentamente ante la atónita mirada de los aventureros, hasta finalmente ubicarse detrás de cada uno de ellos. Ennol recordó el extraño espectáculo de luces que prosiguió a la muerte del Taumaturgo y temió lo peor, por un momento pensó que aquellas brillantes esferas habían llegado para reclamar el alma de Minwe, sin embargo, aquellas luces lograron calmar los sentimientos de Ennol, como si su psiquis descansara en la profundidad de aquellos parpadeos, los pensamientos del muchacho flotaban a la deriva, carentes de un rumbo determinado que le permitieran tomar una decisión, no conseguía moverse, ni siquiera hablar, solo podía admirar la sublime belleza del misterioso brillo. Zola y los demás observaban el fulgor de los orbes flotantes, tal como el ratón que ha sido presa de la hipnótica mirada de una serpiente. Lentamente tres luminiscencias flotaron hacia el cuerpo caído de Minwe, se movían ligeramente, un tanto erráticas, como si lamentaran el triste suceso.

Una de la luces emitió un ligero parpadeo, solamente perceptible para el ojo

más sensible, Zola distinguió perfectamente el destello y vio lo que en una milésima de segundo pareció ser una figura humanoide, fue entonces cuando la maestra despertó de su letargo, aquellas luces la habían obnubilado, la anciana había bajado por completo la guardia y aquellos extraños seres los habían rodeado sin la menor dificultad. Zola pensó en atacar, pero al ver con cautela el escenario se dio cuenta de que esa no era la respuesta. Goviat se levantó lentamente, sumergido en el bello resplandor de una de las luces, su brillo entrecortado parecía ser parte de un lenguaje incomprensible para el heredero, quien caminó varios pasos alejándose de Minwe y continuó observando el destello, adormecido por la ilusión. Reno, Thea y Ennol estaban paralizados, envueltos en el cálido fulgor que los cautivaba, Seth seguía con su mirada la danza de una de las esferas que lo distraía deliberadamente.

Los seres que asistían a Minwe actuaron de repente, brillaron en sincronía y revelaron una vez más su verdadera apariencia, el destello fue fugaz y Zola fue la única capaz de percatarse de la realidad, el intenso hechizo impactó el pecho de Minwe, estremeciendo su cuerpo como si hubiera recibido una fuerte descarga de plasma, en ese preciso momento Zola reaccionó.

- ¿Qué están haciendo? –gritó la hechicera, despertando a todos de su aturdimiento.

Ennol espabiló su mente, se incorporó un tanto ofuscado por la sensación de no poder recordar lo sucedido en los últimos segundos, al ver la extraña escena que se desarrollaba junto a Minwe se abalanzó con vehemencia para rescatarla, pero un par de brazos invisibles lo detuvieron con fuerza, a pesar del forcejeo el muchacho no se sintió amenazado, pues percibía que su captor le pedía de favor que no interviniera. Ennol volteó hacia Thea, la muchacha intentaba liberarse de las manos que la sujetaban, sin embargo, el alquimista no veía a nadie junto a ella. De pronto, un espasmo brilló sobre la cabeza de Thea, seguido por un fugaz chispazo que recorrió verticalmente creando la ilusión de un hilo de luz, este reveló por un instante la fisonomía de la criatura: era un robusto humanoide, de eso no había duda, su piel al igual que todas las criaturas en el abismo era tan diáfana como el cristal, el muchacho pudo ver que la extraña bombilla parpadeante era el núcleo de su cráneo y que en su frente nacía una alargada forma fluorescente que descendía por su nuca y recorría su espina dorsal. Cuando la esfera brillaba, la luz y el color desaparecían del resto de su cuerpo, como la traslúcida piel de una medusa, pero cuando la glándula en su frente destellaba, un extraño resplandor se esparcía a lo largo de su columna vertebral,

haciendo visible por escasos instantes cada órgano interno de la enigmática criatura, luego los colores atenuaban hasta desaparecer por completo.

Todos los guardianes habían sido sometidos, Zola observaba confundida el insólito ritual que los seres realizaban sobre Minwe. Destellaban repetidamente todos a la vez y disparaban grandes cantidades de luz sobre la doncella. La hechicera comprendió que la estaban ayudando; Reno, en cambio, continuaba forcejeando con su opresor, desesperado por ayudar a la Portadora.

-Tranquilo, Reno –dijo Zola, quien tenía plena confianza en que aquellos seres abismales sabían lo que hacían–. Creo que intentan salvarla.

Las palabras de la maestra tranquilizaron al grupo, una vez que todos se calmaron y dejaron a un lado la idea de entrometerse en la curación de la doncella, los opresores los liberaron lentamente, una a una fueron apareciendo las siluetas transparentes de los enigmáticos seres. Los tres líderes que aparentaban mayor poder y conocimiento eran los encargados de efectuar el ritual, el resto de criaturas se hincaron sobre su rodilla derecha, efectuando una reverencia que pretendía apoyar moralmente a sus líderes, sus cráneos destellaban simultáneamente, emitiendo un especial código entre sus parpadeos. Los hechiceros estaban admirados, nunca sospecharon que criaturas así podían existir en un ambiente tan apartado, menos aún imaginaron que les brindarían su ayuda de esa manera. Zola recuperó las esperanzas, no cabía duda sobre la naturaleza sanadora de aquella magia luminosa y por la intensidad de sus destellos la maestra comprendió que se trataba de magia sumamente poderosa. Los guardianes esperaban en silencio, solo podían ser testigos de aquel benévolo acto y esperar lo mejor para Minwe.

Una repentina y estrepitosa respiración quebrantó el cruel silencio, un fuerte quejido se desató, como el prisionero que ha conseguido escapar del más despiadado laberinto. El llanto de Minwe estalló con un horrísono grito, la doncella echó su cabeza hacia atrás, aquella fuerza foránea contrajo sus músculos y su espina dorsal obligándola a arquear su cuerpo como un contorsionista, la doncella temblaba y su cuerpo apenas respondía. Finalmente, la Portadora consiguió liberar toda la energía oscura que aprisionaba; los guardianes, más allá de escuchar y estremecerse con el alarido, sintieron en sus entrañas un sentimiento desolador, como si algo les arrebatara la dicha y la esperanza, era como si en aquel sonido de ultratumba se conjugaran las

voces de miles de almas destrozadas por el horror y la desesperanza. Los guardianes taparon de inmediato sus oídos, menos Zola, quien escuchó todo con especial atención, como si empezara a comprender todo lo que estaba sucediendo.

Minwe, después del clamor, volvió a la normalidad, su espalda se enderezó con soltura, aquel penetrante grito reactivó los latidos de su corazón. Recostada en el frío suelo del panteón la doncella lloraba en silencio, buscando desesperadamente consuelo, como si su joven alma estuviera asimilando algo que hasta entonces era completamente desconocido para ella. Zola se acercó despacio, esta vez las criaturas no la detuvieron, se arrodilló junto a la doncella mientras entre susurros agradecía una y otra vez a sus sanadores, la hechicera observaba cada detalle con esmero, pretendiendo averiguar de una vez por todas qué había sucedido. Las criaturas aguardaban pacientemente, incluso sus tres jefes permanecían expectantes de la recuperación de Minwe y habían abandonado por completo la invisibilidad, ahora la maestra podía distinguir con claridad la fantástica fisonomía de las criaturas, incluso se percató de que uno de los jefes, precisamente el que aparentaba mayor poderío, tenía rasgos femeninos.

Zola examinó a su aprendiz, la doncella estaba acurrucada junto a sus rodillas, sus ligeros sollozos no le permitían hablar, pero su mirada expresaba claramente lo que sentía, una gran tristeza, totalmente ajena a la naturaleza jovial de la muchacha, la anciana distinguió el evidente sentimiento de decepción que sentía la aprendiz, como si aquel grito le hubiera arrebatado la certeza de sus sueños.

-Estará bien –aseguró la criatura, su voz confirmó las sospechas de Zola, se trataba de una hembra.

El sobresalto de Zola la dejó sin palabras. ¿Cómo podía ser que aquel ser de las profundidades hablara su mismo idioma?

-La doncella debe descansar –continuó–. Necesitará varios días para reponerse del trauma que le ocasionó el Hada Blanca.

-¿Qué?... ¿Cómo?... –Zola balbuceaba sin poder terminar ninguna de sus preguntas–. ¿Cómo sabe usted del Hada Blanca?

-Tranquila, anciana, contestaré tus preguntas, es para eso que en verdad estás aquí –dijo la traslúcida jerarca–. Pero todo a su tiempo, por ahora es urgente llevar a la doncella a un lugar seguro, lejos de Fenia, no le hace nada bien estar aquí.



- Está bien, se hará lo que usted diga –respondió agradecida la hechicera.

Era la primera vez que Ennol escuchaba a su maestra dirigirse con tanta solemnidad a alguien, nunca antes había escuchado la palabra “usted” salir de sus labios, pues su maestra solía ser muy arrogante y autosuficiente, ni siquiera con Renvel, su antiguo maestro, había demostrado tal derroche de buenos modales. Ennol intuía que aquellas criaturas eran inmensamente sabias y que incluso Zola aprendería mucho de ellas, tal vez ellos fueron la razón por la que Fenía decidió pasar tanto tiempo en los abismos.

Los aventureros abandonaron el mausoleo, guiados por las traslúcidas criaturas, varias de ellas se quedaron arreglando el desastre que ocasionaron los guardianes en el panteón. Ennol observó el cuerpo desgarrado de Fenía, burdamente desacomodado sobre su tumba; aquellas criaturas reacomodaban todo con extremo cuidado, era obvio que sentían un enorme fervor y respeto por la antigua Portadora.

Alcanzaron la laguna y la bordearon hasta regresar a la caverna principal. La líder del clan condujo al grupo de hechiceros por un camino que no habían descubierto durante su ingreso, a medida que avanzaban, encontraron más de aquellas raras edificaciones acristaladas y esporádicamente se distinguían destellos de luz que revelaban la presencia de más habitantes en la aldea. El lugar era paradisíaco, el predominio de la naturaleza, el agua como una fuente constante de vida, los tonos verdes de las plantas enaltecían los intensos colores de las flores, formas y especies que nadie había visto jamás. La aldea no estaba limitada por avenidas o plazas, simplemente se adaptaba a la sabiduría del cosmos, incluso las paredes transparentes de sus casas no agredían al ambiente que se conservaba por completo virgen.

Los hechiceros fueron ubicados en una cómoda vivienda de cristal, donde cenaron y pudieron descansar hasta el siguiente día. Minwe no paró de llorar en toda la noche, tampoco se atrevió a pronunciar una sola palabra. Zola acompañó a la doncella en su desvelo y Goviat tuvo que ejecutar un hechizo de sueño para dormir a Ennol, quien pretendía desvelarse junto a ellas. La maestra necesitaba urgentemente respuestas, la jefa del clan había prometido revelarles todo al día siguiente, por el estado de Minwe no esperaba buenas noticias.

\*\*\*

Al día siguiente, poco tiempo después de despertar, la jefa del clan visitó a los guardianes de Sadek para discutir los hechos sucedidos la tarde anterior. Todos, menos Minwe y Seth, quienes por obvias razones permanecieron en distintas habitaciones, escuchaban con atención a su anfitriona.

-Fue Eona quien forzó la conexión –dijo Neliba, quien hace pocos minutos se había presentado entre los guardianes como la jefa suprema de la aldea.

Los guardianes observaban con atención cada gesto de Neliba, resultaba muy interesante verla hablar, aquel organismo completamente diferente al humano, pero a la vez tan similar. La feruneana había explicado su naturaleza a los guardianes, eran luminoides, también conocidos como hombres luciérnaga, una especie casi extinta en Bértmellon; lo curioso era que nadie, ni siquiera ellos mismos, recordaban de dónde vinieron, simplemente aparecieron de repente en los abismos. Zola conocía de varios casos similares, grupos aislados de especies desconocidas que aparecieron espontáneamente en algún lugar de Sorta, sin conocimiento alguno de su pasado, para lo cual había una sencilla explicación que lo resolvía todo: aquellos individuos habían cruzado un portal dimensional sin las precauciones adecuadas, por lo que perdieron completamente sus recuerdos.

-Pero... ¿Por qué haría Eona algo así? –preguntó intrigada Zola–. ¿Por qué un hada blanca pondría en riesgo la vida de su Portadora?

-Información –afirmó la anfitriona–. Eona sabía lo valiosa que es la información que guardaba Fenia. No la hemos mantenido en un féretro de cristal por doce años tan solo para conservar un par de tatuajes, en su mente están almacenados miles de recuerdos, memorias a las que solo un hada blanca puede acceder. ¿Se dan cuenta de lo útil que les puede ser la información que recibió Minwe?

-Para empezar –dijo EnnoI–. Es muy probable que Eona haya averiguado quién asesinó a Fenia.

-¡Exacto! –exclamó la luminoide–. Esa información podría ayudarnos a encontrar de una vez por todas quién ha estado detrás del asesinato de tantas hadas blancas.

La naturalidad con la que hablaba Neliba era asombrosa, dominaba el idioma a pesar de ser uno de los pocos de su especie que había aprendido la lengua de los humanos. La feruneana explicó que hace quince años, cuando ella era niña, Fenia le

había enseñado el idioma, mientras su padre, el antiguo jerarca de los luminoides, le enseñaba al asda a utilizar los hechizos de curación. También se enteraron de que el famoso Taumaturgo había descendido junto al asda, y que permaneció oculto por dos años en el abismo aprendiendo las complejas técnicas de mimetismo. Neliba les contó también que el anciano no solo había sido el tatuador de la Portadora, también había aceptado ser su guardián y tutor, tal como lo era Zola para Minwe.

-Pero entonces... ¿Qué fue lo que pasó ayer? –intervino Reno–. No creo que Eona haya sabido que pondría en peligro la vida de Minwe de esa manera. La muchacha estuvo a punto de morir.

-Está claro que no, Eona intuía que la información podría sacudir a Minwe, pero nunca imaginó encontrarse con tanto sufrimiento. Es que ustedes aún no se han dado cuenta de los pesares a los que está sometida un asda. Fenia presencié cientos de guerras, millones de asesinatos, batalló contra la violencia todos los días de su vida desde que se completó su fusión. A todo esto hay que sumar el hecho de que Bianca, el Hada Blanca de Fenia, también conectó con su antecesora... y es probable que las antiguas asdas hayan continuado con esta cadena por quién sabe cuánto tiempo.

-Lo que quieres decir es que probablemente Minwe tiene la información de cientos de años en su cabeza –dijo la anciana.

-Sí... Por esto el cuerpo de Minwe por poco no soporta el impacto. Por eso sigue llorando y no quiere hablar ni una sola palabra.

-Es urgente encontrar un Tatuador –dijo Zola–, el hechizo de fusión temporal entre Minwe y Eona se debilita.

-Busquen al Taumaturgo –dijo de inmediato Neliba–. Se oculta en Ciudad Titán.

Los guardianes cruzaron incómodas miradas, estaban tan concentrados en entender lo que había sucedido con Minwe, que olvidaron por completo informar a Neliba sobre lo sucedido con el Tatuador.

-El Taumaturgo fue asesinado hace cuatro días –musitó Zola.

Neliba recibió la noticia como una inesperada puñalada, se quedó en silencio, la luz de su cuerpo se desvaneció lentamente, al parecer la anfitriona no soportaría la tristeza y no quería bajo ninguna circunstancia que la vieran en un momento de debilidad.

-¿No conocen otro tatuador? –preguntó la voz de Neliba, fuertemente afectada.

-Los han asesinado a todos –respondió Reno–. El Taumaturgo era el último que

quedaba, al menos eso creemos.

-Si pudiera ponerle las manos encima al responsable –la ira se distinguía claramente en su voz.

Los guardianes volvieron a intercambiar miradas, si Neliba se hubiera enterado de que el asesino estaba encerrado en la habitación contigua, hubiera sido capaz de cometer una locura. Lo extraño fue que los guardianes encubrieron a Seth a pesar de la ausencia de Minwe.

-Ennol encontró esta lista en el estudio de uno de nuestros aliados –Zola sacó del bolsillo de su túnica el pergamino y lo desplegó–. Ígoris también protegía a Sadek.

Neliba recibió el papel y examinó la información, le fue muy doloroso encontrar el nombre del Taumaturgo, Zola había decidido continuar con la lista de Ígoris y se tomó la libertad de tachar el nombre con tinta negra y adjuntar una nota: “Asesinado en Ciudad Titán”.

-Fineas Kin –Neliba leyó en voz baja–. Recuerdo que Fenia mencionó su nombre más de una vez y, sí, la información es correcta, es un viejo artesano oriundo de la ciudad de Nixa.

- ¿Crees que podamos encontrarlo? –preguntó Ennol con un aura de entusiasmo.

-Es muy poco probable –dijo Neliba casi sin esperanzas–. Para cuando Fenia me habló de él ya lo citaba como un nonagenario, por lo que, si mis recuerdos son precisos, estaríamos en busca de un anciano de casi ciento veinte años de edad, sin duda, es una de las preguntas que debemos formular a Minwe, una vez que se restablezca.

- ¿Y el otro nombre? –preguntó Zola.

- ¿El Grafel? –volvió a susurrar la anfitriona mientras se esforzaba por recordar–. No recuerdo nada sobre él. Pero al parecer casi todos los nombres de esta lista son datos muy acertados. Si este tal Ígoris que mencionas pudo averiguar sobre el Taumaturgo, quiere decir que tenía una muy buena fuente de información, tal vez él sepa dónde encontrar a otro tatuador.

-Ígoris fue asesinado –dijo Reno–. Y su aprendiz también.

- ¿Quién está ocasionando todo esto? ¿Saben a quién se están enfrentando?

-Conocemos muy poco de nuestros enemigos –contestó Zola–. Solo sabemos el nombre del principal secuaz de quien creemos está maquinando todos los asesinatos.

- ¿Cuál es el nombre?

-Moreb, es un hechicero oscuro, toda su piel está brutalmente tatuada y estoy segura

de que su fuente son los insectos, es muy escurridizo pues puede tomar la forma de un enjambre y teletransportarse. Lo enfrentamos una vez en la biblioteca de Ian. No cabe duda de que ha descubierto la identidad de Minwe.

-Mmm... –Neliba buscó en sus recuerdos–. Nunca he oído de un hechicero con tales características. ¿Tienes alguna idea de a quién puede servir?

-Ni siquiera sospechas –respondió la maestra, había decidido no mencionar nada sobre Seth ni sobre la extraña silueta que pudo visualizar en la memoria del soldado.

- ¿Qué debemos hacer ahora? –preguntó Ennol.

- Solo podemos esperar que Minwe decida hablar –aseguró Neliba.

El tiempo en los abismos transcurrió lentamente, a pesar de que Zola impuso una apretada agenda de entrenamiento a cada uno de los guardianes, ninguno apartó ni un momento sus pensamientos de la joven aprendiz. El llanto silencioso de Minwe se dilató varios días por sobre lo esperado, la doncella no había abandonado su habitación por más de dos semanas, no tenía ánimos para nada, ni siquiera para comer. Solamente Ennol conseguía que la aprendiz aceptara un par de sorbos del consomé revitalizante que Neliba preparaba cada día para ella, aun así, la feruneana debía recurrir a su magia sanadora para evitar que la doncella enfermara por inanición.

Ennol continuó su entrenamiento con mayor ímpetu, pero por más que el muchacho se esforzaba, no conseguía acceder a su magia, incluso el poder de su alquimia había disminuido considerablemente, la razón era evidente, la extrema preocupación que le causaba el estado de Minwe no le permitía desapegarse por completo de sus pensamientos, para colmo, Zola lo presionaba cada vez más y exigía de su estudiante resultados muy por encima de su capacidad, el muchacho puso a prueba su voluntad, pues cada rutina junto a su maestra era una tortura. Por varias ocasiones Ennol recibió el impacto de los hechizos de Zola, rayos eléctricos, misiles de plasma y por la mañana estuvo a punto de ser envuelto por una ardiente bola de fuego. Pero Ennol no desistiría, a pesar del extremo dolor que su cuerpo sentía, no tenía argumento suficiente para quejarse después de todo lo que estaba atravesando Minwe; cada vez que el muchacho pensaba en desistir, recordaba que su dolor no era nada comparado con el de la Portadora.

Ya no se trataba solo de una misión o de ser un guardián de Sadek, Ennol había encontrado muchas respuestas a través de Minwe, la doncella le había mostrado

un nuevo camino y el simple hecho de recorrerlo demandaba del inventor lo mejor de su ser. Lo más difícil para el muchacho no eran los entrenamientos con Zola, ni las heridas en su cuerpo ni la frustración por no encontrar su magia, lo que más le dolía era el hecho de no poder escuchar la voz de Minwe y no poder hacer nada para remediarlo. Durante el silencio del asda, Ennol descubrió cuánto la admiraba y, sobre todo, cuánto la extrañaba. Por las noches el muchacho acompañaba a la doncella, intentaba de todo para animarla, dio cuerda cientos de veces a la pequeña caja musical para que Minwe se deleitara con su melodía, le relataba con detalle cómo Zola lo hacía trizas durante sus entrenamientos, intentando agregarle una dosis de humor a sus historias. A pesar del constante llanto de Minwe, el alquimista estaba seguro de que ella lo escuchaba con atención, incluso imaginaba que la muchacha sonreía detrás de aquella máscara de intenso dolor.

El poco tiempo que Ennol tenía para descansar lo utilizaba para meditar y deambular por las radiantes cuevas de Ferún, el joven se había acostumbrado a la presencia de los luminoides y de todas las criaturas acristaladas que habitaban el lugar; solía sentarse en la orilla del lago, le encantaba observar la cotidianidad de los luminoides y fundirse por horas enteras con el flujo de aquel fascinante ecosistema. Ennol documentaba cada detalle en su bitácora, era común encontrarlo dibujando o escribiendo en algún rincón o debajo de un árbol. De igual manera, el resto de guardianes había encontrado muchas satisfacciones espirituales en aquel apartado lugar. Thea había fortalecido la simbiosis con Kyatto, en la cual sustentaba sus hechizos. En Ferún todos los luminoides tenían un especial vínculo con la naturaleza, en especial con las luciérnagas, que eran consideradas sagradas por ser la fuente de luz y vida, ellas regían el tiempo en las profundidades, su luz separaba el día de la noche.

Zola, Goviat y Reno mostraron gran interés en la magia sanadora de los luminoides y a pesar de estar conscientes de que dominar aquellos hechizos les llevaría varios años de práctica, consiguieron aprender hechizos muy prácticos como purificar alimentos, neutralizar venenos y remover ciertas enfermedades menores. Mo aprovechó la especial pureza del agua de las profundidades para incrementar el poder de sus hechizos, también perfeccionó su destreza con las espadas. Goviat dedicó mucho tiempo a estudiar a las extrañas luciérnagas que habitaban en Ferún, su luz resultó ser muy energética, si bien no igualaba el poder que el heredero obtenía del sol,

había conseguido crear una fuerte conexión que le permitía revitalizar sus fuerzas. Goviat hizo algunas pruebas y consiguió invocar muchos hechizos que creyó imposibles sin la presencia del sol, sin embargo, la luz de las luciérnagas no fue suficiente para que el heredero pudiera realizar sus conjuros más elaborados, como los de teletransportación.

De todos los visitantes, Seth era el más errante, rondaba las cavernas una y otra vez, sumergido en un mar de contradicciones, la rabia lo invadía al estar obligado a permanecer en aquel insólito lugar, despreciaba aquellos bichos transparentes que se arrastraban cerca de sus pies, aborrecía la perfección de aquella sociedad libre de guerra, donde su presencia no tenía sentido, detestaba la amabilidad con la que lo trataban y los servicios desinteresados por parte de los luminoides, pero sobre todo se odiaba a sí mismo por no poder pertenecer a un lugar así. A pesar de su resentimiento, el asesino no pudo evitar sentir una profunda preocupación por Minwe, tal vez era esto lo que más le molestaba, nunca antes el soldado se había interesado por algo, mucho menos por alguien. Seth engañó por completo a Zola y a los otros con su semblante de piedra, nadie esperaba nada del vil mercenario, irónicamente el único que no creyó sus mentiras fue él mismo. En las profundidades de aquel roído corazón se encendió una plegaria, el soldado esperaba desesperadamente que la doncella despertara, no sabía por qué motivo, pero el alma de Seth no estaría en paz hasta poder escuchar una vez más la conciliadora voz de la doncella.

La tripulación del viyak arribó a la aldea, Goviat y algunos luminoides fueron por ellos, pues el heredero sabía a ciencia cierta que las provisiones en la aeronave se agotarían al finalizar la segunda semana. Los aeronautas fueron ubicados en otra vivienda acristalada, muy cerca del resto de guardianes. El tiempo pasaba y Minwe no demostraba ninguna mejora.

\*\*\*

-Fue entonces cuando Zola puso nuevamente a prueba mis reflejos –relataba entusiasmado Ennol mientras con sus brazos imitaba a su maestra–. Antes de que pudiera darme cuenta ya había invocado una enorme bola de fuego, casi tan grande como la que le lanzó a ese enorme ciempiés contra el que luchamos en el río, ¿lo recuerdas?

Minwe yacía recostada en una cómoda estera, su llanto no había cesado por más de dos semanas; sentada junto a ella se encontraba Neliba, quien escuchaba con atención la historia del muchacho. Ennol se había ganado el cariño de la luminoide, quien secretamente se deleitaba con la inmensa ternura con la que el joven relataba su entrenamiento.

-Entonces... la esfera envuelta en llamas se acercó veloz como un meteorito –el muchacho azotó su brazo e imitó el sonido con su voz–. Por un momento pensé que podría contener aquel hechizo con mi alquimia, pero pronto me di cuenta de que estaba muy equivocado, así que no tuve más remedio que saltar al lago... de otra manera no podría estar contando esta historia.

Neliba reía a carcajadas, mientras tanto Ennol se sentó junto a Minwe.

-Tu maestra espera algo muy grande de ti, para que te esté probando de esa manera –dijo Neliba dejando la risa a un lado.

-Es verdad –respondió Ennol–. Debo permanecer muy concentrado. Me gusta que Zola me exija, de esa manera tengo mejores historias para contarle a Minwe.

-Ella te importa mucho, ¿verdad? –preguntó Neliba con una sonrisa de complicidad.

Ennol no respondió la pregunta, su mirada se perdió sobre los ojos humedecidos de la doncella, como si intentara hurgar en su interior en busca de una respuesta que la liberara. El muchacho se acercó para acariciar su cabello, Neliba pudo ver con claridad la expresión del inventor, una mezcla entre nostalgia y dulzura, como quien ha visto una estrella fugaz y desea con fervor que se le devuelva lo máspreciado.

-Minwe... te necesitamos –le susurró Ennol.

Pero el muchacho sabía que aquellas palabras no expresaban lo que él quería decir en realidad, el joven se acercó aún más, casi hasta poder rozar con sus labios la piel de sus mejillas.

-Te necesito, vuelve... por favor –volvió a susurrar el muchacho con voz penetrante–. Te lo pido... me haces mucha falta.

Ennol esperó un gesto que le demostrara que la doncella lo había escuchado, pero a pesar de la fe y la convicción de sus palabras, Minwe permaneció doblegada por



su llanto. La decepción del muchacho fue evidente.

-No es tan sencillo, Ennol –dijo Neliba–. Aunque tus palabras son de gran ayuda, no son suficientes para que ella pueda arrancar el dolor que la aprisiona. Minwe es la única que puede encontrar la fortaleza para vencer esas barreras, mientras tanto nosotros solo podemos acompañarla y ser pacientes.

-Estoy seguro de que ella me escucha, puedo sentir cómo se estremece cada vez que hago sonar la caja musical –dijo el muchacho devastado por la ausencia–. Pensé que se recuperaría pronto. Ella es muy valiente, no comprendo por qué aún no ha conseguido regresar.

-Yo tampoco lo entiendo –dijo Neliba preocupada–. Hace días que debería haber sanado, sin embargo, cuando parece que Minwe está recuperando su fuerza, algo la debilita repentinamente, como si alguien le arrebatara su energía.

-¿Ni siquiera sospechas cuál puede ser la razón? –preguntó el muchacho.

-No tengo la menor idea, créeme, Ennol, he intentado todo lo que está a mi alcance.

-Entiendo.

-Será mejor que vayas a descansar –sugirió Neliba.

-Sí, necesito recuperar fuerzas para mañana, seguro que Zola tiene preparado algo nuevo para sorprenderme.

El muchacho se levantó, abrazó a Neliba y le agradeció por su apoyo incondicional. Cuando estuvo a punto de abandonar la habitación, un extraño gimoteo se escuchó a sus espaldas, seguido de un par de balbuceos. Neliba volteó de inmediato, Minwe intentaba desesperadamente hablar, sus lágrimas por fin habían cesado, la luminoide se abalanzó a la Portadora y levantó su dorso para sentarla.

-¡Pronto, Ennol! –dijo Neliba con urgencia– ¡Ve por Zola!

El joven no dudó un instante, abandonó la habitación de inmediato y corrió en busca de su maestra. Mientras tanto Neliba encendió la luz en sus palmas, para luego colocarlas sobre el pecho de la doncella, así aliviaría el nudo que aprisionaba sus palabras. La angustia de Minwe estaba a punto de estallar, los luminoides habían esperado durante doce largos años este momento, pues todas las verdades sobre la antigua Portadora saldrían a la luz de una vez por todas.

-Tranquila, muchacha –le susurró Neliba al oído–. No te desesperes, déjalo salir poco a poco.

Zola llegó a la habitación en menos de un minuto, tras ella estaban los demás guardianes, quienes no pudieron evitar escuchar el escándalo que armó Ennol para llamar la atención de su maestra. La anciana ingresó con prisa mientras terminaba de acomodarse su elegante túnica carmesí, el resto de hechiceros no se atrevieron a cruzar el umbral, pues sabían que se trataba de un momento muy íntimo para la doncella. Cuando Minwe vio a su maestra se arrojó entre sus brazos, buscando el consuelo de la anciana, quien había alcanzado ubicarse al pie de la estera. La maestra no estaba preparada para recibirla y por poco la deja caer, los brazos de Minwe se aferraban al cuello de Zola y su cuerpo colgaba torpemente, apenas equilibrado por las endebles rodillas de la Portadora que se apoyaban en el filo de la estera. La maestra soportó el peso de su aprendiz, se sentó con dificultad mientras recostaba el cuerpo de Minwe sobre su regazo, la muchacha se ovilló de inmediato, buscaba urgentemente un refugio, su rostro inundado en pánico se asemejaba al de una niña aterrada, a quien no le avergüenza admitir su debilidad.

-Llévame lejos, Zola –sollozó Minwe aterrada–. Él también vendrá por mí. Yo no quiero morir así.

Zola nunca imaginó que Minwe pudiera aterrarse así, la anciana sentía el corazón de la doncella latir como un émbolo descontrolado, con su mano acarició su dorada cabellera y le susurró al oído.

-Tranquila, mi amor, no dejaré que nadie te lastime.

-Eso le prometió el Taumaturgo a Fenia –dijo la doncella entre quejidos–. Y ahora los dos están muertos.

-Ahora estás a salvo, Minwe –a Zola le costó ignorar el último comentario de la Portadora–, estamos en un lugar seguro.

-¡No es verdad! Él vendrá por mí... estoy segura de que me encontrará. Por favor, llévame lejos... ya no quiero continuar con esto... Tengo demasiado miedo.

Minwe se acurrucó como la cría de un marsupial, vulnerable por completo. Zola miraba a sus guardianes con una expresión completamente ajena en la maestra, no tenía respuestas, no tenía la menor idea de qué hacer para mermar la terrible angustia de su aprendiz. Los hechiceros miraban desconcertados la impactante escena.

-¿Quién vendrá por ti? –preguntó Neliba tratando de encarrilar la conversación hacia la información que necesitaban.

- ¡Él!

- ¿Quién es él? ¿Moreb? –indagó Zola.

- ¡No!... Moreb es apenas una de sus marionetas.

- Entonces, ¿de quién hablas? –a Neliba le desesperaba la ambigüedad con la que Minwe respondía–. ¿Contra quién nos estamos enfrentando?

- Contra el asesino de mis cuatro antecesoras.

- ¿Estás segura, Minwe? ... Nuria y Dora es probable –Zola intentaba recordar aquellos antiguos sucesos–, pero Fenia y Brenda murieron en batalla.

- ¡Todas fueron asesinadas por él! ¡Esas guerras fueron planeadas por él!... He vivido cada una de sus muertes, he sentido aquel filoso puñal atravesarme cuatro veces la espalda.

- Tranquila, Minwe –intervino nuevamente Neliba–. En este momento estás segura aquí. Trata de recordar qué es lo que sabes de este sujeto. Tal vez sabes su nombre, puedes recordar su rostro.

- No, su rostro está siempre oculto.

- ¿Recuerdas sus ropas? –preguntó Zola, quien había empezado a atar cabos.

- Una túnica negra con una gran capucha –respondió Minwe, el simple hecho de recordar la apariencia de aquel sujeto le estremecía el alma–. Solo recuerdo que su silueta parecía fundirse con las sombras.

Zola lo supo de inmediato, aquella descripción sombría del asesino coincidía perfectamente con aquel sujeto que había podido distinguir entre los recuerdos de Seth. La advertencia del espadachín era cada vez más certera, bastaba escuchar el intenso terror en la voz de Minwe para saber que aquel sujeto tenía un poder arrollador. Si se trataba del mismo enemigo, era evidente que no solo estaba detrás de los asesinatos de las asdas, sino también de los tatuadores. Estaban muy equivocados al decir que se encontraban en un lugar seguro, si aquella sanguijuela se dio maneras para seguirlos hasta Ciudad Titán, podría descifrar también su actual ubicación.

- ¿Recuerdas si el malhechor dijo algo a Fenia antes de asesinarla? –preguntó nuevamente Neliba.

Pero Minwe no quiso responder más, aquella pregunta pareció perturbarla sobremanera, la doncella abrazó fuertemente a su maestra y con su mirada le pedía que dejaran de hacer tantas preguntas. El sentimiento de la joven era auténtico, en verdad quería huir de todo ese tormento.

-Creo que por hoy ha sido suficiente –dijo la maestra, quien sentía a su aprendiz temblar entre sus brazos–. Neliba, te pido por favor que envíes un par de exploradores para verificar que nadie merodee los alrededores.

-No te preocupes, Zola –dijo Neliba–. Nadie conoce nuestra ubicación, sin la ayuda de las luciérnagas es imposible llegar.

-Hazlo de todas maneras, te lo pido como un favor para la Portadora.

Zola sabía que la feruneana tenía razón, sin embargo, algo la inquietaba, el fantasma de aquel villano merodeaba su mente, el enmascarado le había pedido prudencia, que no se confiara en ningún momento. La hechicera sabía perfectamente a quién acudir.

-¡Reno, Goviat! –ordenó la anciana–. Por favor traigan a Seth.

Los guardianes acataron las órdenes de la maestra y en pocos minutos trajeron al soldado entre forcejeos. El duro semblante del asesino no pudo disimular su expresión de culpa al ver a la doncella ovillada sobre las piernas de Zola. La hechicera se levantó despacio, liberándose con cuidado del abrazo desesperado de Minwe, la anciana volteó hasta estar frente a frente con el soldado, respiró profundo y dijo:

-Sabes perfectamente que tengo los recursos para exprimir todos los recuerdos de tu mente.

El soldado escuchaba sorprendido, la expresión de Zola no era la misma de hace varias semanas, el tono de su voz no mostraba autoridad ni arrogancia, más bien todo lo contrario, Seth percibió en las palabras de la hechicera un cierto matiz de humildad, como si estuviera dispuesta a todo por conseguir aquellas respuestas.

-Pero esta vez acudiré a tu humanidad, si es que aún la conservas –Zola respiró profundamente–. Te estoy brindando la oportunidad de escoger algo diferente a la violencia y al odio. Simplemente te pido que demuestres la misma compasión que ella demostró por ti.

Seth observó a Minwe, consumida por el dolor, sus ojos ya no mostraban la determinación de aquella muchacha que le salvó la vida. Se sintió miserable, toda su vida había sido vacía, llena de pérdidas y sin un objetivo real por el cual luchar, tantas culpas sobre sus hombros, tanto cinismo. La oferta de Zola apareció como una oportunidad de poner a prueba todas las decisiones de su pasado.

- ¿Qué quieres? –preguntó con frialdad el soldado.
- Quiero que me digas... quién es el hombre que se esconde detrás de la puerta. Lo vi en tus recuerdos, sé que sabes quién es.

El soldado hizo una mueca de desilusión, realmente estaba dispuesto a contestar la pregunta de Zola, pero el asesino sabía muy poco sobre aquel sujeto.

- Lo lamento, no sé nada de él. Al menos no sé nada que tú no hayas averiguado. Se esconde en Ian y aunque te llevara a su escondite jamás lograrías encontrarlo.

- Entiendo.

- ¿Cómo sabes que no estoy mintiendo?

- No tengo más opción que creerte –dijo Zola, completamente decepcionada–. ¡Goviat! Llévalo nuevamente a su alcoba.

- Sé algo importante –dijo repentinamente Seth–. Pero debes prometer que me dejarás libre una vez que te lo diga.

- Eso dependerá de lo relevante de la información –argumentó Zola.

- Más que información es un consejo –dijo Seth sin despegar su mirada de Minwe–. Sáquenla de aquí, Moreb y su ejército vienen en camino.

- ¡Patrañas! –exclamó Neliba–. Nadie puede encontrar este lugar a no ser que nosotros lo decidamos así. Explícame qué hace a tus camaradas tan especiales para que puedan descifrar el laberinto de Ferún.

- El hechicero al que llaman “el heredero” tiene una bolsa con todas mis pertenencias, entre ellas está un brazalete...

El soldado no terminaba su explicación, Zola y Neliba abrieron sus ojos aterradas, la anciana volteó inmediatamente hacia Goviat para verificar la versión de Seth, el heredero asintió inmediatamente.

- ¿Qué hace ese brazalete? –preguntó la maestra sobresaltada.

- El brazalete tiene un dispositivo que emite una señal constante, esta señal puede ser interpretada por el radar de cualquiera de mis camaradas.

- ¿Radar? –preguntó Neliba.

- Es una especie de brújula –contestó el soldado–. Encontrar la ubicación del abismo es juego de niños. El laberinto de cuevas, por otra parte, podría resultar complicado pero con la ayuda del radar es cuestión de tiempo. Podrían llegar en cualquier momento.

- ¿Vienen a matarme? –preguntó aterrada la doncella.

- No, tenemos órdenes de no lastimarte –dijo Seth con frialdad–. Moreb te quiere con

vida.

- ¡Quieren corromperla! Y utilizar su poder –concluyó Neliba.

- En ese caso... –añadió Minwe entre sollozos–. Prefiero que me asesinen.

## 18 – SANTUARIO

Los guardianes iniciaron la inmediata retirada, recogieron sus pertenencias con apremio y se despidieron con profunda tristeza de los luminoides, quienes aborrecían la pronta partida de los hechiceros. Goviat ordenó a Telmo y a su tripulación que se adelantaran varios minutos para que tuvieran tiempo suficiente de preparar el despegue del viyak. Neliba organizó a sus hombres en tres diferentes caravanas, una para custodiar los accesos de la aldea, otra para investigar la presencia de posibles agresores y una última para escoltar a los guardianes y a la tripulación del viyak. El estado de Minwe había mejorado notablemente, la muchacha volvió a caminar y ayudó a su maestra a empacar sus pertenencias, sin embargo, Zola no supo a ciencia cierta si el gran afán de su aprendiz correspondía a una pronta recuperación o al hecho de que Minwe quería escapar desesperadamente de allí; en todo caso, la angustia de la Portadora era evidente.

Apenas quince minutos después de la advertencia de Seth, los hechiceros de Sadek estaban listos para abandonar las misteriosas cuevas de Ferún. Goviat fue el último en incorporarse al grupo, jaloneaba a Seth quien continuaba con sus manos atadas tras su espalda, el hechicero sometió al soldado hasta ponerlo de rodillas y luego miró profundamente a Zola, con su mirada le preguntaba a la maestra si estaba segura de su decisión.

- Libéralo –dijo Zola con voz calmada.

- ¿Estás segura? –cuestionó Reno–. ¿Cómo sabes que no volverá a atacarnos? Estoy seguro de que se reunirá con el resto de soldados.

- No lo sé –respondió la maestra–. Lo que Seth haga o deje de hacer ahora depende él.

Goviat tomó su espada y con un veloz movimiento cortó las amarras que aprisionaban las manos del soldado. Seth se puso de pie.

- Puedes irte –dijo el heredero.

- ¡Espera! –musitó Zola–. Devuélvele su equipaje.

- ¿¡Cómo!? –exclamó Goviat sobresaltado–. Zola, dejarlo libre está bien, pero devolverle sus armas... ¿no te parece un acto irresponsable?

- Goviat, por favor –Zola, regresó a ver a Minwe, quien en silencio respaldaba las acciones de su maestra–. Devuélvele su equipaje.

Goviat acató las órdenes de la maestra y a regañadientes le entregó a Seth la bolsa que contenía todas sus pertenencias. El soldado se tomó el tiempo pertinente para equiparse, se colocó el chaleco, verificó que su arma tuviera municiones antes de enfundarla en su cinturón, guardó su cuchillo en el estuche que colgaba en el lado externo de su muslo, colgó sobre su hombro derecho el grueso tirante que sostenía su pesado rifle y se amarró el localizador alrededor de su brazo derecho. Finalmente el soldado volvió a desenfundar su arma con un veloz movimiento y con su brazo extendido apuntó directamente a la frente de Zola.

- ¿Por qué lo hiciste? –preguntó Seth ante la sorpresa de los guardianes—. ¿Que garantía tienes de que no te volaré la cabeza de un disparo?

- Simplemente sé que no lo harás –respondió la maestra.

- ¿Por qué? –cuestionó Seth en una mezcla entre ira y gratitud.

- Porque hace apenas días lo único que quería era destruirte, tontamente pensaba que al matarte eliminaría el mal que habita en ti, ahora entiendo que lo único que hubiera conseguido es repletar mi alma de odio. Mi aprendiz me ha dado una gran lección y confío ciegamente en ella, por alguna razón ella te quiere libre y esta vez no voy a discutir con eso –Zola regresó a ver a Minwe con los ojos humedecidos—. Nunca es tarde para cambiar, lo hice yo y de igual manera lo harás tú, te irás y te llevarás aquel brazalete muy lejos de aquí.

El soldado dudó y en su afán de encontrar una respuesta buscó en la mirada de Minwe. Aquellos ojos verdes lo observaban expectantes, frágiles, Seth sintió que tenía el poder de hacerlos brillar por el regocijo y de igual manera supo que bastaba un movimiento de su dedo para apagar por completo su luz.

- La pregunta que en verdad importa ahora es qué vas a hacer tú, Seth –la voz de Minwe caló en lo más profundo de la mente de Seth—. ¿En verdad quieres disparar?

Seth bajó su arma para enfundarla de inmediato y antes de que alguien pudiera decir algo más, el soldado dio media vuelta y corrió ágilmente hasta desaparecer entre la espesa vegetación de los abismos. Los guardianes intercambiaron miradas.

- Más vale que hayas tomado la decisión acertada –dijo Reno.

- Si Seth nos delata, estaremos completamente perdidos –agregó Goviat.

- No lo hará –contrapuso Minwe mientras abrazaba con fuerza a su maestra—. Gracias, Zola, lo que hiciste es muy importante para mí.



- Bueno, basta de pláticas –gritó Zola recuperando su normal autoridad–. Es hora de partir, estén todos atentos, pues aquellos soldados nos asedian.

- ¡No podemos irnos aún! –dijo enérgicamente Minwe, como si acabara de recordar algo importante–. Hay algo que debo hacer.

La muchacha abandonó súbitamente a sus guardianes, corrió un corto tramo y después de retirarse sus zapatos volvió a correr libremente hasta perderse tras los matorrales de la aldea. El inesperado impulso de la aprendiz dejó sin reacción a los guardianes por unos segundos, Ennol fue el primero en actuar y emprendió con audacia su carrera, como el niño impetuoso que juega a las alcanzadas, Thea y Goviat se sumaron a la persecución, mientras que Reno, Zola y Mo, resistentes a agitarse sin razón, gritaban impacientes para que los muchachos no se separaran del grupo. Zola se sintió muy aliviada al ver el ánimo efusivo de Minwe, la hechicera sabía que los hechos suscitados con Seth le habían devuelto la esperanza. Así era la naturaleza de Minwe, una constante dualidad, impredecible como la lluvia repentina, cambiante como la marea del océano, explosiva como la rabia de un animal salvaje.

Ennol corría rápidamente, sus piernas eran mucho más fuertes gracias a los exigentes entrenamientos de su maestra, el muchacho seguía de cerca a Minwe, quien correteaba con la sutileza de una gacela, la doncella entró en una estrecha cueva y empapándose los pies continuó chapoteando sobre un zigzagueante riachuelo que se adentraba cada vez más en la oscuridad de la hermosa gruta; justo cuando parecía que los muchachos se quedarían en tinieblas un grupo de luciérnagas apareció volando junto a la doncella, la intensa luz de sus vientres le permitió a Minwe seguir corriendo sin disminuir su ritmo.

- ¡Minwe! ¡Detente! –gritaba el muchacho–. Espera a que Zola y los demás nos alcancen, no debemos separarnos.

El alquimista estaba a punto de alcanzarla, podía ver de cerca los vuelos de su vestido ondeando por la celeridad de la muchacha, los adolescentes giraron para continuar el trayecto de la caverna, varios metros más adelante una caudalosa cascada parecía ser el final de la estrecha cueva, todo apuntaba a que la persecución terminaría y Ennol se sintió victorioso, sin embargo, Minwe continuó corriendo y con un decidido salto se abalanzó a la cascada, en un abrir y cerrar de ojos la doncella y las veloces luciérnagas desaparecieron ante el desconcierto del aprendiz, quien frenó de inmediato

y estuvo a punto de resbalar entre las húmedas rocas. La cueva se quedó en penumbra, apenas iluminada por un rezago de luz que lograba atravesar el agua de la catarata, el joven extendió su mano con curiosidad, esperando sentir la gélida caricia del agua que caía, grande fue su asombro cuando descubrió que aquel manto líquido no conseguía siquiera humedecer su piel.

- ¡Es una ilusión! –gritó Minwe desde adentro–. Ven, entra pronto.

Ennol entró a través de la falsa cascada, al otro lado se encontraba una magnífica cámara, su forma circular era casi perfecta, tomando en cuenta que se trataba de una gruta natural. Cuatro hermosas estatuas de piedra yacían alrededor de un modesto altar. El alquimista observaba maravillado cada detalle de aquel santuario, admiraba sobre todo la belleza de lo simple, cada rincón libre de opulencias, sublime por su imperfección. Las luciérnagas se posaron en la bóveda del santuario y colorearon su luz de tonos azulados para llenar la cámara de misticismo. Una profunda paz se sentía en este lugar, exactamente la misma sensación que sintió Ennol al estar junto a la presencia del Taumaturgo. Minwe permanecía de rodillas frente a una de las estatuas, parecía como si estuviera pidiéndole algo. Ennol se acercó y examinó con detenimiento las facciones de aquella escultura.

- Es Fenia, ¿verdad? –preguntó el muchacho tratando de no ser impertinente.

- Así es –contestó la doncella y con su dedo señaló la estatua contigua–. Ella es Dióra –la hechicera ahora señalaba la siguiente imagen–. Ella es Brenda y a su izquierda la primera asda que vio Sadek... Nuria.

- ¿Cómo supiste que este lugar existía aquí?

- Lo vi en los recuerdos de Fenia –contestó la muchacha–. Al parecer el Taumaturgo y mi antecesora quisieron entregarme algo.

La muchacha continuó observando la estatua, sus ojos fijos sobre la piedra preguntaban constantemente, como si aquel gran bloque de granito pudiera responder las dudas más profundas de la aprendiz. Minwe admiraba fervientemente a Fenia, la respetaba por todas las bendiciones que trajo a los hombres, por las naciones a las que liberó de la guerra y, sobre todo, por su valentía. Minwe no terminaba de comprender cómo Fenia fue capaz de aceptar su destino, ella sabía perfectamente que su vida corría un enorme peligro, sin embargo, nunca se detuvo, siguió hasta encontrar el filo del puñal que le puso fin a su vida.

Minwe recorrió con sus manos el frío de granito, se deslizó por los brazos de la

imagen hasta alcanzar sus hombros, Ennol pensó por un momento que Minwe abrazaría la estatua, pero pronto descubrió que la Portadora buscaba algo.

- Debe estar por aquí –susurró la doncella mientras palpaba tras los hombros de la escultura en busca de algún tipo de imperfección.

- ¿Qué haces? –preguntó el muchacho

La doncella no respondió, con las yemas de sus dedos tentaba la rugosa superficie, lo había visto claramente en los recuerdos de Fenia, un pequeño altorrelieve justo a la altura de los omóplatos, en el lugar correspondiente a uno de los tatuajes. Minwe se puso de puntillas para alcanzar unos cuantos centímetros más, fue entonces cuando lo encontró.

- ¡Aquí está! –exclamó triunfante la Portadora.

No hizo falta que la doncella presionara el altorrelieve, el simple roce de la piel del asda activó el oculto mecanismo, de pronto una serie de extraños ruidos avanzó desde la estatua hasta el altar, como si pesados ladrillos de piedra fueran arrastrados bajo los pies de los hechiceros, finalmente un golpe seco sacudió el polvo que se acumulaba sobre el altar. Minwe volteó de inmediato, sus ojos mostraban una genuina emoción, posó su mano sobre la piedra y utilizó un poco de alquimia para remover el polvo que rellenaba las hendeduras que rodeaban una sólida placa. Ennol se alegró mucho al ver que la doncella había vuelto a utilizar sus poderes, el que hubiera vuelto a conectar con su fuente era un excelente síntoma de que la Portadora se encontraba mucho mejor.

- Ayúdame a retirar esto –pidió la Portadora.

El muchacho colaboró y juntos retiraron la pieza de piedra. Allí, bajo una delgada capa de polvo, se encontraba un extraño paquete, envuelto en una fina frazada y amarrado con un lazo de yute. Minwe lo sacó sin pensarlo.

- ¿Estás segura de que debemos hacer esto?

- No te preocupes Ennol, ellos dejaron esto expresamente para mí.

La Portadora de Sadek abrió el paquete, bastó una mirada para saber que se trataba de un libro, con mucho cuidado lo levantó para poder leer las inscripciones en la pasta de cuero. “Senal ol glifos”

- ¿Qué significa? –preguntó Ennol.

- ¿No es obvio? –dijo Minwe emocionada por lo que tenía en sus manos–. Señales y glifos... es la bitácora del Taumaturgo.

- Wow... pronto, ábrelo, te imaginas cuántos secretos debe tener este libro.

Minwe abrió la bitácora en su primera página, el pergamino volvía a repetir el título del tomo, “Senal ol glifos”, los muchachos estaban realmente alucinados, el papel de la primera página aparentaba ser realmente antiguo, las manchas marrones evidenciaban el paso del tiempo.

- ¡Continúa! –dijo Ennol atacado por la curiosidad –. Pasa la página, no tenemos todo el tiempo.

Minwe pasó la página, invadida por la emoción de saber cuánta información valiosa podría contener la bitácora del sabio hombre, sin embargo, los muchachos se llevaron una sorpresa al encontrarse nuevamente con la misma página “Senal ol glifos”. Minwe hojeó una vez más... “Senal ol glifos”, otra más y otra más, y todas las hojas decían exactamente lo mismo “Senal ol glifos”.

- ¿Qué pasa? –preguntó Ennol.

- No lo sé –musitó Minwe–. Debe ser algún tipo de magia que no nos permite acceder a la información.

- Tal vez hay algo más en el paquete –dijo Ennol, mientras hurgaba la frazada.

El muchacho sintió el frío del cristal rozar sobre su piel y encontró un frasco de vidrio lleno de líquido transparente. El joven sonrió mientras recordaba el absurdo comentario que dijo el Taumaturgo pocos minutos antes de su muerte.

- Ahora sabemos dónde escondió el anciano su frasco de agua diamantina.

- ¿No hay nada más? –preguntó Minwe.

- No, es lo último.

- No te preocupes, Ennol, seguro que Zola encontrará una manera para poder leer el libro.

- Debemos mostrárselo lo más pronto posible –acotó el inventor–. Zola debe estar preocupada por nosotros... ¡Vamos pronto!

Ennol tomó de la mano a Minwe y la jaló creyendo que ella lo seguiría de inmediato, pero la muchacha permaneció firme en el mismo lugar, sujetaba temerosa la bitácora del difunto Tatuador y con su taciturna mirada le pedía al inventor que la

acompañara por un momento más.

- Minwe... ¿Estás bien? –preguntó con suavidad Ennol.

- Sí... –el muchacho apenas pudo escuchar la respuesta de la Portadora–. Lo que pasa es que, siento que los he defraudado a todos.

- ¿De qué hablas?

- El Taumaturgo estaba equivocado, él vio la valentía en mí, entonces pensé que todo sería más fácil, pensé que el miedo desaparecería –la muchacha respiró profundo–. Pero ahora solo pienso en huir, no me siento preparada para enfrentar a esas personas que quieren lastimarme y después de palpar todo el sufrimiento de Fenia y las demás, siento que no tengo otra alternativa que escapar.

- Tranquila, Minwe... te aseguro...

- “Hasta aquí volarás, pajarita” –la doncella interrumpió las palabras de Ennol, la incongruencia de la frase hizo que el joven perdiera por completo el hilo de la conversación.

- ¿Qué?... ¿Qué quieres decir con eso? –preguntó el joven intrigado.

- Eso fue lo que susurró aquella áspera voz al oído de Fenia antes de sentir el hiriente filo del puñal penetrándome la espalda –la mirada de Minwe delataba un intenso terror–. Luego reinó el frío y la desesperación por saber que la muerte me alcanzaría. Pero lo peor de todo fue escuchar aquella estúpida frase una y otra vez en lo más profundo de mi mente “Hasta aquí volarás, pajarita”... Fue como estar allí, sentí cómo mi alma abandonó mi cuerpo, sentí la última exhalación de mi pecho, sentí cómo la muerte arrebató mi esperanza.

- Pero, Minwe... ¡Eso nunca te sucedió a ti!

- ¡Por esa razón no quiero que me suceda!... Quiero irme lejos de aquí... por favor, Ennol... prométeme que no dejarás que él me haga daño.

- Lo prometo –dijo el muchacho, sin saber cómo iba a cumplir con su promesa, sabía que su poder no se comparaba con el del villano que Minwe mencionaba con pavor, ni Zola ni el misterioso espadachín eran rivales para él; sin embargo, Ennol sabía que Minwe necesitaba urgentemente una ribera donde orillarse, de otra manera, la doncella se hundiría en el cruel océano de la desolación.

La aprendiz abrazó al inventor, hace mucho tiempo que Ennol no la sentía así, tan cerca.

- Gracias por cuidar de mí –dijo Minwe en un susurro–. Durante todo este tiempo nunca dejé de escuchar tu voz, tu música siempre me acompañó.

- Todo va a estar bien. ¡Ya verás! –intervino el muchacho–. Encontraremos un nuevo

Tatuador y él te ayudará a encontrar tu valor.

Minwe levantó su mirada para encontrar los ojos de Ennol, a pesar del momento de flaqueza que atravesaba la Portadora, el muchacho la miraba con inmensa admiración, era como si pudiera ver a través del tiempo para vislumbrar el glorioso auge de Minwe, él sabía que ella conseguiría sus propósitos y que sería gestora de paz en lugares inalcanzables, confiaba ciegamente en la pureza de su corazón y en la fortaleza de su espíritu. La Portadora se reflejó en los ojos del muchacho y por un instante consiguió sentirse tal cual él la veía. Sintió la libertad y vio el esplendor de sus alas desplegarse de su espalda, visualizó su primer vuelo y las naciones enteras que gracias a ella gozarían de paz, sintió el inmenso poder de Eona fluyendo por sus venas, irradiando un aura de calma, una sensación tan primaria, tan elemental como el amor.

En ese preciso momento, frente a los ojos de aquel muchacho apasionado, Minwe descubrió que el sentimiento que Ennol esparcía a su alrededor no se trataba de una simple muestra de afecto, mucho menos de una profunda admiración. Ella sonrió en complicidad, pues acababa de descubrir un gran secreto, tan bien guardado que hasta el mismo Ennol no se había dado cuenta aún... Él la amaba, la amaba fervientemente porque de otra manera no habría podido mirarla así. A pesar de todo, a pesar del miedo, Minwe fue inmensamente feliz al mirarse a través de los ojos del inventor y al poder recibir de él un amor tan cálido y puro. El silencio se interpuso entre los dos, Minwe sabía que él sería incapaz de intentar algo, así que la doncella se acercó muy despacio, deslizó sus esbeltos brazos hasta rodear la cintura del joven y poco a poco se fue poniendo de puntillas mientras alzaba levemente su mentón y cerraba sus grandes ojos oliva.

El inesperado roce sobre sus labios paralizó por completo al inventor, por un instante pensó que Minwe había invocado un poderoso hechizo sobre él para arrebatarse la voluntad, el muchacho sintió la alquimia cosquilleando por su piel, como si la doncella estuviera trasmutando cada partícula de su cuerpo. Ennol tardó en darse cuenta de lo que sucedía, pero finalmente cerró sus ojos y se dejó llevar por la cálida energía de Minwe, el muchacho rozó con timidez la espalda de Minwe, con las yemas de sus dedos acarició la piel desnuda de sus omóplatos, justo en el lugar de donde brotarían sus alas. Aquel sublime beso construyó un puente entre las dos almas, un

vínculo especial que no se destruiría jamás. El corazón de Ennol latía como un potrillo desbocado, aquellas sensaciones habían habitado solo en sueños que ahora eran recuerdos lejanos, olvidados por la intensidad de un sentimiento que avasallaba con todo.

Una intensa esfera violeta los cobijó, Minwe había conectado con su fuente y por un instante dejó el temor a un lado, ahora solo importaba el amor, era la primera vez que la doncella recibía un beso y nunca imaginó que el simple rozar de los labios podría evocar tantos sentimientos a la vez. Los muchachos continuaron besándose, revelando de una vez por todas aquel sentimiento que hasta entonces se había ocultado tras curiosas miradas y frases incompletas. Ennol nunca imaginó algo así, en el fondo sabía que estuvo enamorado de ella desde el principio, pero él mismo se encargó de anular esa posibilidad, pues siempre miró a Minwe como alguien inalcanzable, nunca sospechó que la Portadora de Sadek pudiera fijarse en él y, ahora, los dos juntos en aquel santuario, entregándose el uno al otro con aquel tímido beso.

- ¡Minwe!... ¡Ennol! ¿Dónde están? –se escuchó la voz de Goviat al otro lado de la cascada.

Los adolescentes se separaron de inmediato, sonrojados por la idea de ser sorprendidos durante su beso.

- ¡Muchachos irresponsables! ¿Dónde se han metido? –los gritos de Zola retumbaban entre los muros de piedra–. ¡Salgan de una vez, maldita sea!

- ¡Aquí estamos! –gritó Minwe, intentando disimular su nerviosismo–. La cascada es una ilusión.

Zola fue la primera en ingresar al santuario, su túnica carmesí estaba empapada y la dura expresión en su rostro auguraba una impetuosa represalia.

- Más vale que tengas una buena razón para haberme traído hasta aquí, muchachita –el frío tono en la voz de la maestra no convenció a los adolescentes, sabían que en el fondo Zola estaba realmente feliz porque Minwe había recuperado su habitual desobediencia.

El resto de guardianes ingresaron en la cámara. Reno y Goviat estaban completamente empapados, al parecer no tuvieron la misma suerte que Ennol y resbalaron en las piedras del riachuelo.

-Fenia nos dejó esto –Minwe acercó la bitácora del Taumaturgo hasta entregársela a Zola–. Pude ver en sus recuerdos la ubicación de este santuario y dónde ocultaron el libro.

-¿Estás segura de que esto es para ti? –preguntó la maestra mientras examinaba el tomo.

-Sí, lo dejaron expresamente para mí, el libro y este frasco con agua diamantina –explicó la doncella.

Zola intentó leer, se mostró muy interesada en la bitácora, pero al igual que sucedió con Minwe, las páginas solo revelaron el mismo texto que se encontraba en la portada “Senal ol glifos”. La anciana extendió su mano sobre la pasta del libro, intentaba descifrar la naturaleza de la magia que resguardaba la información, bastó poco tiempo para sentir el hechizo protector, era muy similar a la energía que Zola sintió en el campanario cuando estuvo junto al Taumaturgo, era evidente que él se había encargado de sellar el libro.

-¡Demonios! –dijo la maestra–. Debí sospecharlo, hay un hechizo de protección sobre este libro, es probable que solo pueda ser leído por tatuadores. ¡Maldición! Un tatuador es precisamente lo que nos falta.

-¿Y no puedes disipar la magia? –preguntó Minwe.

-Claro que puedo, pero conociendo al Taumaturgo estoy segura de que el texto entero está escrito con tinta mágica. Si disipo la magia que nos impide leer el texto, también disiparé la tinta y toda la información se perderá para siempre.

-Lástima, estoy segura de que la información de ese libro es muy importante.

-Lo mismo pensé. Con todo es prudente preguntar a Neliba si sabe algo de esto.

De pronto, varios gritos de alarma se escucharon a lo lejos, súbitamente las luciérnagas dejaron de brillar dejando al santuario en la más profunda oscuridad, los guardianes permanecieron en silencio intentando descifrar lo que estaba sucediendo, una fuerte explosión azotó los oídos de los hechiceros, el eco del estruendo aún retumbaba entre las paredes de la gruta, una serie de disparos se desataron. Zola y los demás supieron de inmediato que los soldados habían llegado.

-¡Maldición! –gritó la anciana, pues sabía que estaba en pésimas condiciones para aguantar un ataque.

-Podemos quedarnos aquí –dijo Reno–. Puede que los soldados no encuentren este



santuario.

- ¿Y dejar que masacren a Neliba y a su gente? –argumentó la maestra con una dosis de histeria– Además, los soldados nos encontrarán tarde o temprano, nos urge abandonar las cuevas y llegar a la superficie.

Los guardianes de Sadek abandonaron lentamente el santuario donde se ocultaban. Todas las luciérnagas de Ferún habían dejado de brillar, los guardianes solo podían observar las tinieblas de los abismos. Zola no tuvo otro remedio que invocar un hechizo de luz muy tenue que les permitiera movilizarse pero que no revelara su ubicación, con mucha dificultad y cautela recorrieron el camino de regreso hasta la aldea. Zola encabezaba la silenciosa caravana, oculta tras una gran piedra la anciana espió el escenario. Varios soldados se habían infiltrado en la ciudadela, las luces de sus linternas delataban su presencia, la anciana los observaba mientras buscaban en las acristaladas viviendas, no había señales de ningún luminoide, seguramente estaban ocultos en su invisibilidad.

- Minwe –susurró Zola–, ¿puedo contar con tus esferas de protección?

- Sí –la doncella asintió rápidamente–. Estoy lista.

- Thea, pídele a Kyatto que se adelante, ocúltalo en las sombras para que pueda explorar el terreno y nos indique cuál es el camino con menos soldados.

- Nos escabulliremos hasta la cueva principal, sacaremos provecho de la oscuridad y evitaremos al máximo los enfrentamientos. ¿Quiénes pueden invocar hechizos de ilusión? –preguntó la maestra.

Minwe, Goviat y Reno alzaron las manos.

- Muy bien –Zola se concentró para recordar la vestimenta de Seth y en un parpadeo la anciana tomó el aspecto del joven militar, la maestra tuvo la precaución de omitir la cinta verde que lo identificaba como comandante–. Esta es la apariencia que quiero que tengan todos ustedes.

Los hechiceros imitaron a la maestra, Thea y Ennol eran los únicos que permanecían con su apariencia normal.

- Y ahora... ¿Qué haremos con ustedes dos? –preguntó la maestra.

- Tengo una idea –dijo Reno.

## 19 – UN GOLPE SINIESTRO

Dos soldados exploraban minuciosamente el terreno, caminaban despacio y con las linternas de sus armas iluminaban los desolados senderos, de pronto uno de los mercenarios escuchó que alguien se acercaba, rápidamente rastrilló su metralla e hizo un gesto para llamar la atención de su compañero. Un par de jóvenes maniatados eran escoltados por un grupo de cuatro soldados, dos de ellos sujetaban firmemente sus amarras y los obligaban a caminar, mientras que los otros apuntaban con sus armas a los prisioneros.

-Encontramos a estos dos ocultos en aquella gruta –comunicó Goviat con semblante de piedra.

-Ya sabes qué hacer –dijo uno de los soldados, mientras iluminaba agresivamente el rostro de Thea–. Llévalos inmediatamente con Moreb, puede que esta sea la muchacha que tanto busca.

-Eso haremos –volvió a hablar Goviat con voz fingida.

Los hechiceros se alejaron sin prisa, por temor a levantar sospechas, en su camino se encontraron con otros soldados a los que engañaron con la misma estrategia. La ciudad estaba sitiada, Ennol observó entre la penumbra a una cuadrilla de soldados ingresar a la vivienda donde se habían refugiado, de no haber sido por la advertencia de Seth, Minwe y sus guardianes estarían bajo la custodia de los agresores. Zola se encontraba muy intranquila, no era simplemente la repentina llegada de los soldados ni la desesperante oscuridad, hace varios minutos que la hechicera percibía que algo aún peor se avecinaba.

- ¿Tú también lo sientes? –susurró Goviat, quien había percibido el mismo mal augurio.

-Sí –comentó entre dientes la hechicera–. Debemos salir de aquí lo más pronto posible.

-La salida está bloqueada por varios soldados –agregó Reno, quien había percibido el destello de las linternas de los centinelas–. No vamos a poder salir sin pelear.

-Cuando lleguemos allá improvisaremos algo –contestó la maestra–. En todo caso será más fácil perderlos en los túneles, lo primordial en este momento es abandonar la aldea.

Los hechiceros estaban a punto de alcanzar la salida, habían llegado a la explanada más alta de la aldea, la meseta tenía solo dos accesos, la salida hacia los túneles y el sendero por donde caminaban los guardianes. La espesa vegetación

rodeaba el lado oeste del terreno, mientras que un enorme peñasco limitaba el borde este. Zola sabía que tenía que derribar a los soldados que custodiaban la salida, debía ser lo más rápido y silencioso posible, puesto que si los soldados tenían tiempo de reaccionar los acorralarían de inmediato. Los aventureros avanzaban rápidamente en la explanada, debían acercarse lo suficiente antes de iniciar el ataque. De pronto, en el momento menos esperado, una oscura nube de insectos apareció de la nada para materializarse en una figura humana, a Zola se le paralizó el corazón al encontrarse cara a cara con el tatuado rostro de Moreb.

-¿Qué tenemos aquí? –silbó emocionado el maleante, con su mano derecha estrujó el rostro de Ennol, mientras que con un hechizo iluminó su palma para distinguir claramente las facciones del alquimista—. Si tú eres el muchachito que tanto problema nos ha traído... ¿Dónde los encontraron?

Zola no supo si aquella pregunta iba en serio, engañar a los soldados era una cosa, pero que Moreb cayera en un sencillo truco de ilusión le parecía realmente absurdo, sin embargo, Goviat se apresuró a responder.

-Los sorprendimos mientras intentaban escapar –el heredero señaló la oscura silueta de la cueva—. Todavía no podemos encontrar a los demás.

-Deben estar muy cerca –murmuró Moreb.

-¿Qué hacemos con ellos? –preguntó Reno intentando adivinar cuál sería la conducta indicada de un asesino.

Un remolino de incertidumbre opacó la mirada de Moreb, Zola supo al instante que el homicida había percibido la presencia mágica de los hechiceros. La sabandija intentó aprovecharse de la situación, quiso engañar a los guardianes y fingió actuar con normalidad.

-Elimínalos –dijo Moreb mientras simulaba su retirada y a escondidas preparaba su arremetida—. Yo seguiré buscando al resto.

Pero la anciana era demasiado perspicaz para ser engañada, antes de que Moreb iniciara su traicionero ataque la maestra había invocado un poderoso escudo de fuerza que absorbió el rayo de oscuridad que invocó el hechicero, acto seguido disparó un potente rayo de electricidad que acertó en el hombro del malhechor haciéndolo volar por los aires, el malvado consiguió estabilizarse y caer de pie tras una compleja voltereta y antes de que Zola pudiera volver a disparar se desintegró en miles de

insectos que volvieron a unirse varios metros atrás.

- ¡Son ellos! –gritó el homicida, mientras los señalaba con su retorcido dedo—. ¡No los dejen escapar!

Un hechizo luminoso estalló desde la palma de Moreb, un intenso resplandor desvaneció la profunda oscuridad, en pocos segundos la meseta se iluminó por completo. Los escuadrones de soldados que merodeaban el lugar acudieron al eufórico llamado de su jefe, los mercenarios se ubicaron en puntos estratégicos, varios de ellos reforzaron la salida con asombrosa velocidad, sin dudarlo empezaron a disparar. La maestra desplegó su manto dimensional y contuvo la primera oleada de disparos.

- ¡Imbéciles! ¡No disparen! –gritó Moreb enfurecido, el villano ignoraba por completo la severa quemadura de su hombro—. ¡Entre ellos está la Portadora!

Fue entonces que Zola recordó las palabras de Seth, Moreb estaba desesperado por capturar a Minwe con vida, la hechicera sabía que en poco tiempo llegarían más soldados y que los rodearían con facilidad, sin embargo, a la anciana se le había ocurrido una brillante estrategia para obtener ventaja sobre sus enemigos. Una vez que cesaron los disparos, la maestra suprimió su manto dimensional para invocar un curioso hechizo. Varios destellos brillaron entre los guardianes, cada chispazo revelaba una ilusión exacta a la figura de Minwe, en cuestión de segundos los guardianes estaban rodeados por docenas de imágenes que imitaban perfectamente los gestos y movimientos de la Portadora, los mercenarios mostraron inmediatamente su desconcierto, movían erráticamente sus armas sin saber a quién apuntar; en un abrir y cerrar de ojos Zola abandonó la apariencia del joven soldado para adoptar el aspecto de su aprendiz. Reno y Goviat pronto entendieron el plan de la anciana y se camuflaron entre las ilusiones. Thea y Ennol solo podían escudarse tras las réplicas de Minwe.

- Mo –susurró la anciana, quien imitaba el comportamiento de la Portadora—. Necesitamos que despejes la salida.

El hada voló oculta en su invisibilidad con sus espadas desenvainadas dispuestas a atacar, mientras tanto Zola aprovechó el desconcierto de los soldados, con un prudente movimiento del brazo desató la intensa energía de otro rayo eléctrico que impactó de lleno en el pecho de un soldado, su cuerpo se desmoronó sin vida ante la nerviosa mirada de su compañero, la anciana después de su ataque volvió a

perderse entre los múltiples rostros de Minwe.

-¿Cuáles son nuestras órdenes? –preguntó uno de los mercenarios, impaciente al evidenciar el riesgo al que estaban expuestos–. Debemos atacar o nos harán trizas.

-¡No disparen! –gritó nuevamente Moreb, la mente del villano buscaba una forma de contrarrestar la estrategia de Zola–. ¡Si alguien lastima a la Portadora yo mismo me encargaré de matarlo!

Dos nuevos hechizos salieron entre la multitud de doncellas para abatir a un par de soldados que intentaban cubrirse detrás de los matorrales. Reno estaba tan atento como Zola, no necesitaban de sus órdenes para llevar a cabo su plan. Uno de los soldados que custodiaba la salida cayó flácido sobre sus rodillas al recibir un certero ataque de las espadas de Mo, el hada acudió rápidamente al flanco opuesto para esquivar cualquier arremetida por parte de los uniformados.

-¡Disparen! –gritó Moreb quien apuntó con su índice hacia el soldado caído, sabiendo que el hada estaba ejecutando la misma estrategia que utilizó en la biblioteca.

El villano y varios soldados dispararon sus proyectiles hacia el vacío donde suponían volaba Mo, pero el hada ya había abandonado el lugar y ahora atacaba a otro mercenario que se ocultaba detrás del grueso tronco de un árbol, el soldado no tuvo la menor oportunidad de esquivar el fatal ataque de las espadas para morir en silencio sin que ninguno de sus compañeros lo notara. Zola aprovechó la inútil arremetida de los soldados para impactar nuevamente con sus finos rayos eléctricos, deshaciéndose de dos enemigos más. Poco a poco los guardianes se desplazaban hacia la salida, ganaban lentamente terreno y aprovechaban la indecisión del oscuro hechicero.

El resto de soldados advirtieron la terrible batalla que se desarrollaba en la parte superior de la aldea, las tropas se organizaron rápidamente e iniciaron la audaz movilización para asistir a Moreb. Los guardianes sabían que no escaparían con vida si los invasores agrupaban sus fuerzas de ataque por más de dos flancos. El escuadrón más cercano bordeaba con apremio el lago central de la aldea, de pronto los soldados que encabezaban la caravana rompieron filas aterrados. Dos gigantesos ciempiés emergieron súbitamente de las aguas emitiendo destellos de luz y un terrorífico alarido que estremeció a los invasores, los soldados desataron una lluvia de balas contra la impenetrable piel de las acristaladas criaturas. Mientras la primera bestia se desplazaba con asombrosa agilidad para bloquear el acceso hacia los niveles

superiores, la criatura restante engullía sin piedad a los soldados que la atacaban. Los luminoides habían decidido actuar, Neliba y sus sabios comandaban a las bestias, ocultos en algún lugar estratégico de la aldea, los luminoides eran pacíficos, pero sabían defenderse ferozmente, a diferencia de los erernis los feruneanos justificaban la violencia cuando se trataba de salvaguardar la vida de su pueblo. La magia luminoide se hizo presente, uno a uno destellaron sus núcleos luminosos, cautivando la frágilmente de los soldados, obligándolos a soltar sus armas y a detener sus ataques. Los desafortunados mercenarios que continuaron atacando y se resistieron a la hipnótica magia de los aldeanos fueron engullidos por las bestias.

Mientras tanto, los guardianes estaban a punto de escapar, pues apenas tres soldados defendían la salida, Zola y el resto habían conseguido eliminar a casi todos los malandrines y por más de una ocasión estuvieron a punto de hacer lo propio con Moreb. El brujo no atinaba qué hacer ante la encrucijada en la que se encontraba, si los dejaba escapar, su maestro lo torturaría con tanta furia, que la tatuada piel del hechicero se erizó por el simple hecho de pensarlo; pero, por otro lado, si Moreb utilizaba toda su fuerza bélica, corría el riesgo de matar a la Portadora, en ese caso su maestro lo asesinaría cruel y despiadadamente. De pronto, el brujo sintió una intensa energía que se aproximaba, la profunda preocupación de su semblante desapareció para convertirse en una eufórica explosión de maldad, el hechicero sabía que la solución estaba a punto de llegar.

-Eres una vieja muy astuta Zola –murmuró Moreb con sarcasmo–. Pero esta vez no habrá nada que te pueda salvar.

Dos oscuras figuras se materializaron detrás de Moreb, la una era una pequeña mujer, bastante obesa, vestía una túnica roja cuyos bordes estaban quemados, la frialdad de su rostro contrarrestaba con el intenso calor que emitía su presencia. A pesar de la distancia, los guardianes podían percibir las oleadas de calor que arrojaba la hechicera, como si estuvieran cerca de un ardiente pozo de lava. La extraña mujer examinó detenidamente la escena y no tardó en detectar el aura de frío que rodeaba a Mo; con un fuerte movimiento de sus palmas, Greta arrojó una enorme bola de fuego hacia la pequeña hada que volaba invisible cerca de la salida. El hechizo fue abrasador, si bien era lento, la magnitud de sus llamas lo hacían casi imposible de esquivar. Mo no tuvo más remedio que extender sus pequeñas manos para arrojar una intensa lluvia de escarcha, su fría magia apenas pudo apaciguar el fuego y aunque el

hada no recibió ningún daño, su exacta posición había sido revelada, los pocos soldados que permanecían con vida dispararon con furia contra el hada, Mo revoloteó con destreza y con dificultad evadió los disparos, en ese preciso momento supo que un feroz duelo había empezado.

La segunda figura era un hombre realmente espeluznante, su oscuro semblante se ocultaba tras una abultada capucha, aun así consiguió estremecer la humanidad completa de los guardianes. Zola sintió el inmenso poder de aquel individuo, su sangre se heló al ver a Minwe ovillarse como un pequeño armadillo, la doncella abrazaba sus rodillas y temblaba del terror. Era él, el asesino de asdas, había abandonado la seguridad de su escondite y estaba dispuesto a todo para capturar a la Portadora.

Ennol, a pesar de estar oculto entre las imágenes de Minwe y no poder ver al encapuchado, pudo percibir una inmensa energía que inundó el lugar, era un aura pesada que le permitía al muchacho distinguir la exacta ubicación del maligno, su presencia parecía profanar todo a su alrededor. El alquimista comprendió las razones por las cuales Minwe había sufrido tal ataque de pánico, pues aquel individuo era realmente horripilante. Después de evaluar por escasos segundos, el Oculto aspiró profundamente, como el sabueso que sigue el rastro de su presa, el olor del miedo era inconfundible, levantó lentamente su índice y tras señalar a la Portadora entre las imágenes dijo con determinación:

- ¡Es ella!

Una violenta brisa fue despedida desde su dedo, el vendaval aceleró hasta alcanzar a los guardianes, uno a uno los espejismos se desvanecieron, estallando en millones de partículas que se fugaron como la arena en el viento para finalmente revelar la realidad. Los guardianes se reconocieron entre sí, sabiendo de esta manera que el hechizo de ilusión había sido neutralizado. Zola, Reno y Goviat se encontraban de pie, listos para reaccionar y proteger a toda costa a los muchachos que se escudaban a sus espaldas. Minwe yacía de rodillas, oculta junto a su maestra apenas podía distinguir la situación.

- Disparen –ordenó el encapuchado quien, a diferencia de su sirviente, sabía que Zola impediría con su propia vida que una simple bala tocara a la Portadora.

Zola desplegó su manto dimensional, el hechizo fue mucho más fuerte esta vez, la anciana se exigía al máximo, pues sabía que aquel enemigo no dudaría en aprovechar la menor de sus debilidades. Los disparos de los pocos soldados que sobrevivían no fueron suficientes para traspasar el hechizo, sin embargo, la anciana temía no poder aguantar la arremetida del encapuchado y de su obesa compañera.

- ¡Goviat, Reno, Thea, Mo! –gritó la maestra– ¡Pronto! ¡Neutralicen a esos soldados!... Minwe... necesitamos tus esferas ¡Ahora!

Los hechiceros acataron las órdenes de Zola inmediatamente: Reno despachó a un soldado con un rayo eléctrico, mientras que Goviat impactó con un hechizo de luz a dos soldados que cayeron desmayados. Thea invocó un hechizo psíquico y lo trasladó a Kyatto, quien había bordeado el campo de batalla, se infiltró por un costado hasta ubicarse junto a uno de los soldados, el gato ronroneó para llamar su atención, el agresor cayó abatido el mismo instante en que miró los ojos del gato. Mo evadió una serie de misiles de fuego que disparó Greta para luego arremeter con fuerza contra el cuello de uno de los mercenarios que escoltaba la salida, el hada debía volar con suprema velocidad para evadir los constantes ataques de la hechicera.

Zola se sumó a la ofensiva y finiquitó con un rayo luminoso al último soldado que permanecía de pie, la maniobra conjunta fue extraordinaria, sin embargo, Minwe permanecía paralizada por el miedo. El oculto personaje se percató del letargo de la doncella y disparó seis proyectiles de brea ardiente, la maestra no pudo reaccionar con tanta rapidez y su manto dimensional dejó escapar dos proyectiles, Thea esquivó el primero con un reflejo felino, mientras que Goviat no tuvo la misma suerte, la brea impactó en su pierna y el estallido del hechizo quemó profundamente su piel, el heredero aborrecía no estar en contacto con su fuente, de otra manera habría podido esquivar fácilmente aquel ataque, las ropas del heredero ardían en fuego, Reno asistió de inmediato a su compañero apagando las llamas con una esfera de vacío.

- ¡Minwe! –gritó nuevamente Zola– ¡Reacciona! ¡Sin tus hechizos estamos perdidos!

Pero Minwe continuaba sumergida en el pánico, la presencia de aquel encapuchado la había neutralizado por completo. Goviat disparó una oleada de misiles de luz, los cuales impactaron sobre un escudo de llamas que rodeaba a la abrasadora mujer. A diferencia del encapuchado, los movimientos de Greta eran pausados y estudiados; sus hechizos no eran rápidos, pero la potencia de su fuego incineraba todo



a su alrededor, la volcánica villana encendió sus manos como feroces hogueras y con varios movimientos circulares concibió dos esferas tan altas como su cuerpo, los flameantes hechizos rodaron por el suelo calcinando todo lo que se atravesaba en su camino. Mo disparó una bola de hielo justo en el centro de una de las esferas, haciéndola estallar en mil pedazos de escarcha, pero la segunda bola continuó rodando vertiginosamente hacia los hechiceros, Goviat saltó ágilmente a un lado para evitar ser arrollado por el demoledor conjuro, sus ropas fueron alcanzadas por las hambrientas flamas, Reno se apresuró a tocar el suelo y trasmutó un muro de tierra con el cual detuvo el rumbo de la avasalladora esfera. Un violento hechizo impactó el muro que había creado Reno y lo destrozó por completo, un nuevo proyectil se acercaba con asombrosa celeridad, esta vez fue Zola quien desplegó su manto dimensional y evitó el daño, mientras tanto la joven Thea y Ennol esquivaron los veloces agujijones venenosos que disparó Moreb. La batalla no daba tregua y los guardianes de Sadek no aguantarían por mucho tiempo.

- Entrégnos a la Portadora –ordenó el encapuchado.

- ¡Sobre mi cadáver! –gritó Zola, quien se interpuso frente a Minwe como una feroz leona.

- Será un placer –dijo la áspera voz con tono burlón.

La anciana sabía que no era rival para el encapuchado, sin embargo, tenía la esperanza de poder aprovechar un ligero descuido del Oculto. Zola se adelantó unos metros, sabiendo que su enemigo no pasaría por alto a la amenazante hechicera.

-Reno... ¡Cúbreme! –dijo la anciana.

Zola tenía el presentimiento de que esta batalla podría ser la última, aun así, decidió confiar en sus fortalezas, sabía que si se concentraba lo suficiente y evitaba cometer errores, tendría una ligera oportunidad de vencer a su adversario. La maestra concentró todo su poder, no escatimaría ni una gota de sus conocimientos, y estaba dispuesta a entregar su cuerpo y espíritu para proteger a Minwe. Zola levantó su brazo y disparó una ráfaga de rayos luminosos, la velocidad de sus hechizos superó por mucho su normal rendimiento, nunca antes Zola había estado tan concentrada en una batalla. Los rayos surcaron los aires y se dirigieron directamente hacia el encapuchado, pero bastó un perfecto movimiento de su mano para que la magia se desvaneciera antes de poder alcanzarlo. El contraataque no tardó en llegar, El Oculto no esperó ni un segundo para contestar a la maestra; en ese preciso momento Reno disparó una

ráfaga de proyectiles que obligó al malhechor a defenderse, de esta manera el ataque del Oculito fue menos efectivo, a pesar de esto, Zola tuvo dificultades para evitar los conjuros. Mientras tanto, Mo había formado una sociedad con Goviat para combatir a Greta, y Moreb observaba detenidamente la batalla, esperando la ocasión precisa para actuar.

La batalla continuó así por varios minutos, si bien es cierto que los guardianes habían conseguido contener los ataques de sus agresores, Zola temía lo peor, pues intuía que el encapuchado apenas estaba jugando con ellos, los estaba probando para no cometer errores y esperaba pacientemente el momento para desatar su verdadero poder. Reno disparó un certero haz de luz, el hechizo viajó con asombrosa velocidad y estuvo muy cerca de impactar el pecho del Oculito, quien tuvo que girar su cuerpo un tanto sorprendido por no advertir el ataque. Zola aprovechó la ligera distracción de su enemigo y disparó un delgado pero intenso rayo de electricidad, la aceleración de aquel conjuro sorprendió a la misma maestra y el encapuchado apenas pudo mover su cabeza para que el rayo agujereara el paño de su caperuza.

-Suficiente –murmuró el encapuchado, sabiendo que ya era hora de finiquitar la batalla.

El Oculito extendió sus manos y murmurando extrañas palabras invocó su magia oscura, alrededor de sus brazos se materializaba una viscosa sustancia, que crecía como las ramas de una horripilante enredadera, las fibras pegajosas se entrelazaban para formar una cinta que cada vez se hacía más larga y resistente, era como si de sus extremidades se extendieran un par de tentáculos negros. El encapuchado atacó con furia, azotó su brazo derecho con impresionante fuerza, la cinta surcó los aires y estuvo a punto de flagelar a Zola, quien en un reflejo acudió nuevamente al manto dimensional, antes de que pudiera abandonar su asombro distinguió que el siguiente ataque se aproximaba vertiginosamente por el flanco izquierdo.

- ¡Cuidado, Zola! –gritó d’Jinn.

La hechicera no tuvo otra opción que lanzarse al suelo, de otra manera habría perdido la cabeza, Reno disparó frenéticamente misiles eléctricos al encapuchado, tratando de desconcentrarlo por un momento y darle tiempo a Zola de levantarse, pero lo que el anciano no consideró fue que mientras él efectuaba su maniobra e intentaba inútilmente despistar a su adversario, el encapuchado había atacado con un nuevo

movimiento de su brazo derecho, el látigo aceleraba brutalmente y el hechicero nunca sospechó que la fatal arremetida llegaría desde el flanco superior.

- ¡Reno! –gritó Thea, al darse cuenta de que su maestro no se había percatado del peligro.

Pero cualquier advertencia fue tardía para el anciano, quien a duras penas pudo ver una fugaz sombra que lo golpeó desde arriba, la cinta negra azotó de lleno el pecho del maestro y le ocasionó una profunda herida justo en el corazón. Reno cayó de rodillas y con su brazo extendido disparó un par de misiles que se desvanecieron a medio camino al igual que se desvanecía la tibia energía del hechicero. Reno se sintió lejano, como si todo fuera un leve recuerdo de alguna vida pasada, los sonidos se dilataban y el anciano solo podía distinguir los desesperados gritos de Thea. ¿Qué pasaría con aquella muchacha una vez que él no estuviera? La doncella había sido como la hija que él nunca tuvo y entre tanto ajeteo por convertirla en una hechicera de bien se había olvidado de recordarle cuánto la amaba. El flojo cuerpo del anciano cayó de bruces ante la atónita mirada de los hechiceros.

- ¡Reno! –gritó Thea, esperando angustiada algún movimiento del anciano– ¡Maestro! ¡Contéstame!

Pero el viejo yacía muerto justo frente a los adolescentes que custodiaba. Thea acudió de inmediato hacia el cuerpo de su maestro, la muchacha no podía creer lo que estaba sucediendo, le costaba asimilar que hace apenas segundos Reno estaba lleno de vida, luchando y entregando lo mejor de sí para protegerlos, y, ahora, aquella mirada ausente le confirmaba a la aprendiz su temor más profundo: jamás volvería a observar la afectuosa sonrisa de su maestro, aquella sonrisa que durante años fue para Thea un cálido refugio.

Zola continuaba de bruces sobre el suelo, desde allí observaba los ojos apagados de su compañero, la anciana nunca imaginó que le dolería tanto el corazón al saber que no volvería a escuchar los arrebatos de aquel viejo necio. Durante tanto tiempo la maestra deseó estar lejos de Reno, pues le molestaba tanto su terquedad y odiaba la manera en la que la cuestionaba, pero allí, recostada en el suelo y con el tiempo detenido por el impacto, Zola recordó la lealtad y admiración que Reno siempre le demostró; se sintió tan miserable por haber menospreciado tantas veces a su compañero, simplemente por querer demostrar su absurda superioridad, estaba tan

ocupada alimentando su arrogancia que había olvidado por completo agradecer a los guardianes que todos los días arriesgaban sus vidas por ella y por la Portadora. Curiosamente el anciano hechicero encontró la muerte defendiendo la vida de Zola.

- ¡Viejo necio! –murmuró entre llantos la maestra– No nos abandones ahora, por favor.

Minwe tardó en reaccionar, Thea continuaba llorando sobre el cuerpo inerte de su maestro, de pronto volteó su rostro para encontrar los ojos de la Portadora. La tensión entre las miradas fue insoportable, por un lado tironeaba el silencioso reproche de Thea, la doncella sabía que Minwe tenía los recursos necesarios para detener el ataque con sus esferas; si la muchacha se hubiera esforzado por sobreponerse al temor que la aprisionaba, Reno probablemente continuaría con vida. En el extremo opuesto tensaba Minwe, con un implacable sentimiento de culpa, la doncella sabía que la mirada recriminadora de Thea estaba muy bien argumentada, su debilidad había dado paso a la tragedia, lo más fácil para Minwe fue arrodillarse y temblar por el espanto mientras sus guardianes se jugaban la vida por ella. La doncella cerró sus ojos y desde lo más profundo de su alma nació una plegaria.

- Eona... te lo pido por favor –la muchacha estaba devastada por la muerte de Reno–. Ayúdame a vencer este miedo que me agobia, por favor, guíame hacia el valor que me unirá a ti.

La abrupta muerte de su compañero hizo que Zola perdiera la concentración, cuando la anciana volvió en sí, se dio cuenta de que el encapuchado ahora atacaba despiadadamente con ambos látigos. Tumbada en el suelo y con sus defensas neutralizadas, le resultaba imposible a la maestra esquivar el ataque doble, la anciana a duras penas alcanzó a ovillarse y esperar lo peor, pero esta vez, una intensa esfera violeta detuvo oportunamente la arremetida. Minwe se había puesto de pie y sostenía el hechizo con sus pies descalzos firmemente asentados sobre la tierra. Minwe no estaba dispuesta a presenciar la muerte de nadie más, había tardado mucho en reaccionar y los precios por su demora fueron extremadamente altos, la doncella no se perdonaría si algo le llegara a ocurrir a su maestra.

Zola se levantó rápidamente, sabía que en pocos segundos llegaría un nuevo ataque por parte de su agresor, la anciana sintió una oleada de calor que se aproximaba vertiginosamente por el flanco derecho, Greta había disparado una feroz bola de fuego, pero un delgado rayo violeta sujetó la esfera en llamas y la mandó

volando hacia Moreb, la sabandija tuvo tiempo suficiente para teletransportarse y ver cómo el hechizo impactaba en las paredes del abismo. Thea, después de presenciar la reaparición de Minwe, decidió volver a concentrarse en la batalla. Poco a poco la Portadora accedía al inmenso poder del Hada Blanca, el Oscuro no tardó en percatarse del abrupto despliegue de energía de la muchacha, intuía que por cada segundo en el cual Eona emancipaba su fuerza, las posibilidades de capturar a Minwe disminuían considerablemente. Con un movimiento del brazo, el misterioso encapuchado dio una orden a su sirviente.

-Entendido –murmuró Moreb.

El hechicero se acercó unos metros para luego invocar el mismo contrahechizo que utilizó en la biblioteca, con el cual había conseguido anular la temporal conexión entre Minwe y Eona, pero esta vez el hechizo no tuvo efecto alguno, esta vez se trataba de una conexión mucho más poderosa. El oscuro hechicero regresó a ver aterrado a su maestro, quien con su mirada reprobaba su intento fallido, el siervo enfureció, se teletransportó sorpresivamente junto a la doncella e intentó sujetarla por la espalda, pero Thea, quien estaba atenta a los movimientos del villano, le acertó una rotunda patada en el estómago, para luego empujarlo lejos; el homicida volvió a teletransportarse para esquivar el misil de luz que disparó Goviat.

Zola sabía que a pesar de la colaboración de Minwe las defensas de los guardianes se quebrarían pronto, en cualquier momento la anciana caería abatida al igual que su viejo compañero. Mo y Goviat estaban a punto de sucumbir ante los explosivos ataques de Greta, la herida en la pierna del heredero empezaba a aletargar su capacidad de reacción, y Moreb estaba cada vez más cerca de alcanzar a Minwe. La anciana esquivó un nuevo ataque del encapuchado y con su manto dimensional evitó que varias saetas negras le atravesaran el corazón. La velocidad de Zola no era suficiente, el oscuro hechicero siempre llevaba la delantera y controlaba por completo la batalla.

De pronto, Greta desató una potente bocanada de fuego, como el feroz aliento de un dragón, casi al mismo tiempo Moreb intentó una nueva maniobra de teletransportación para capturar a Minwe. La doncella, que ahora estaba muy concentrada, consiguió evitar los dos ataques con un poco de dificultad, con su mano derecha disparó una esfera de viento que al estallar dispersó las llamas y con su mano izquierda invocó una esfera violeta que no le permitió a Moreb acercarse lo suficiente.

Mientras tanto, el misterioso encapuchado efectuó un tercer ataque, un nuevo latigazo surcó el espacio por el flanco superior, la anciana esta vez no tuvo reacción y Minwe ni siquiera pudo percatarse del ataque, la maestra cerró sus ojos, había sido superada nuevamente por su enemigo. El sonido de una espada cortando el viento y los ligeros pasos de un guerrero le devolvieron la esperanza a la maestra.

- Tan pronto te das por vencida –reclamó el espadachín, quien había mutilado uno de los tentáculos.

- Vaya momentos que escoges para aparecer –dijo Zola un tanto aliviada–. ¿Por qué tardaste tanto?

- No preguntes y cúbreme.

El guerrero se abalanzó sobre el encapuchado con asombrosa velocidad, su espada al parecer representaba una real amenaza para el Oculto, quien se vio obligado a teletransportarse más de una vez para evitar el filo del ágil espadachín. Zola ahora tenía mayor libertad para desatar sus hechizos, ya que el enmascarado captaba casi toda la atención del oscuro villano, la anciana disparó desenfrenadamente una serie de rayos eléctricos (sus hechizos más veloces), pero los intensos haces cerúleos fallaron por escasos centímetros. La burda figura del encapuchado se movía con velocidad sobrehumana, parecía como si el malhechor tuviera un sexto sentido que le permitía intuir el peligro.

Una serie de saetas de hielo surcaron el aire con extraordinaria precisión, el hada había identificado una grieta en la defensa de su adversaria, un par de gélidas púas se incrustaron entre las costillas de la hechicera justo debajo de la axila. Los ojos de Greta estallaron en furia, la villana miró a Mo con odio desmesurado, como si aquel último ataque significara una ofensa imperdonable. La ardiente bruja extendió con violencia sus brazos y desató una potente explosión en su interior, todo el cuerpo de la hechicera ardía en llamas, como una tórrida tea humana. La ígnea mujer se acercó lentamente, cada paso calcinaba cualquier árbol o arbusto que estuviera al alcance de la ráfaga de calor, la tierra bajo sus pies ardía al rojo vivo y la atmósfera sobre las llamas oscilaba como el aire del desierto. Mo intentó enfriar las llamas con su magia, pero sus hechizos se evaporaban al entrar en contacto con las intensas llamaradas.

Mientras tanto, Zola y el espadachín continuaban asechando al poderoso encapuchado, por más rápidos que fueran sus movimientos, ni el guerrero ni la

hechicera habían conseguido acertar un solo golpe. Greta se aproximaba cada vez más, Goviat intentó apagar las llamas con una esfera de vacío, pero el hechizo no tenía el tamaño suficiente para apaciguar todo el fuego que emanaba la hechicera. Goviat, Ennol y Thea empezaron a sufrir el intenso calor que emanaba la obesa mujer, si no la detenían pronto morirían calcinados.

El Oculto supo que era el momento oportuno para actuar, tras evadir por enésima vez un delgado rayo eléctrico y voltear su cuerpo con astucia para esquivar la filosa catana del enmascarado, se teletransportó a un punto ciego donde ninguno de sus dos adversarios pudieron percibirlo, aprovechando su ventaja el oscuro disparó dos esferas de fuerza, los hechizos viajaron con velocidad imperceptible e impactaron a Zola y al espadachín por la espalda, el golpe fue certero pero no fatal, sin embargo, la anciana y el guerrero yacían tumbados en el suelo. Curiosamente el encapuchado no dio demasiada importancia a sus contendientes, sabía que Greta había conseguido complicar sobremanera al resto de los guardianes, y se preparaba para aprovechar la oportunidad que en poco tiempo conseguiría.

Goviat cayó desmayado, su herida lo había debilitado y no soportó el intenso calor que emanaba Greta, Thea lo auxilió de inmediato, la doncella invocó la fuerza de los grandes felinos para poder arrastrar el peso del heredero. Ennol no se despegaba de Minwe, durante todo este tiempo el inventor no había actuado, pues intuía las intenciones de Moreb y estaba listo para atacar en caso de que el homicida intentara acercarse a la doncella. Un fino rayo violeta se desprendió del índice de Minwe, el hechizo atravesó las llamas para impactar el pecho de Greta, una gran esfera violeta envolvió a la voluminosa mujer y tras una nueva descarga de energía el hechizo hizo volar por los aires a la furiosa hechicera hasta estrellarla contra una áspera pared de piedra.

Moreb aprovechó la distracción de casi todos los guardianes para volver a teletransportarse junto a la Portadora, el malvado hechicero pensó que esta vez lo lograría, sin embargo, el joven alquimista no había pasado por alto ninguno de sus movimientos. Ennol le había prometido a Minwe que jamás permitiría que nadie la lastimara, el homicida extendió su sucia mano para aprisionar el cuello de Minwe, quien aún seguía concentrada en su último hechizo. Ennol sintió una inexplicable fusión de sentimientos, un impulso que por instantes fundió su cuerpo con su espíritu, el

muchacho no había conseguido arrancar de su pecho aquel estallido que sintió al besar a Minwe. Esta energía fluyó espontáneamente desde su alma, estremeciendo sus entrañas para luego canalizarse por sus brazos y descargar desde sus palmas abiertas una fuerte explosión. Un espasmo de luz azul cegó por un instante a los guardianes, el hechizo fue tan potente que el topacio que colgaba en el cuello de Ennol reventó en mil pedazos al no poder contener la intensidad de su magia, la gran esfera de fuerza impactó de lleno contra Moreb, el miserable fue despedido como un muñeco de trapo, se elevó por los aires y sin tener la menor oportunidad de efectuar sus elaboradas volteretas, el malvado cayó aparatosamente al suelo.

Minwe se desmoronó de repente, Ennol no terminaba de enterarse de que había invocado su primer hechizo y en su desconcierto no se percató de que a sus espaldas la Portadora desfallecía como un títere al que le cortaron los hilos. Esta era la oportunidad que había esperado el encapuchado, antes de que la doncella terminara de caer, el oscuro se había teletransportado a sus espaldas para sujetarla por debajo de los brazos. El muchacho volteó para encontrarse con la dramática escena, el encapuchado había percibido la inmensa potencia del hechizo de Ennol y entendió que el nuevo hechicero podría ser una seria amenaza en el futuro, el maligno no se iría sin atacar una vez más... extendió su brazo derecho y abrió la palma de su mano justo frente al rostro del inventor, el muchacho no tuvo otra opción que lanzarse a un lado y tratar de esquivar el impacto, una pequeña espada se clavó en el antebrazo del encapuchado, el ataque de Mo logró desviar ligeramente la trayectoria del rayo calcinante que invocó el asesino.

El hechizo impactó en la maleta de Ennol, incendiándola por completo, las pertenencias del muchacho se desparramaron por el suelo y su bitácora se desmembró por completo. El muchacho cayó de cara contra el piso, rodó de inmediato para enfrentar nuevamente la escena, el Oculto seguía sujetando el cuerpo decaído de la doncella y con su índice continuaba apuntando al alquimista, docenas de pergaminos caían ligeros como hojas de otoño. Justo cuando Ennol pensó que el encapuchado dispararía una vez más, el villano desapareció junto a la doncella, el intenso resplandor de un rayo eléctrico surcando el aire brilló tras la fugaz ausencia del Oculto, Ennol pudo ver a Zola efectuar el fallido hechizo, el vil malandrín apareció varios metros atrás, con su brazo izquierdo sujetaba a la Portadora. Al ver que el enmascarado se preparaba para volver a atacar y habiendo conseguido lo que había buscado durante años, el



Oculto decidió partir, sin más pantomimas, con la Portadora de Sadek.

## 20 – EL TATUADOR

Reinó el silencio, finalmente la tragedia alcanzó a los guardianes de Sadek. A pesar de sus constantes esfuerzos por proteger a la doncella, las cosas pasaron muy rápido y Zola aún no terminaba de asimilar la realidad, todavía no había encontrado la fortaleza para aceptar la muerte de Reno y ahora tenía que lidiar también con el secuestro de Minwe. La maestra estaba devastada, su misión había fracasado, tal como lo había advertido el espadachín, todo su universo se desmoronó en apenas segundos, una serie de culpas y reproches giraron vertiginosamente en su cabeza, aceleraron cada vez más hasta que un ataque de náusea le obligó a ponerse de rodillas, la anciana tosió varias veces sin poder vomitar. Zola nunca se había sentido así, era como si la hubieran partido en dos, pues estaba por completo ausente, mientras su cuerpo batallaba contra la arcada, su mente se preguntaba desesperadamente qué sucedería con Minwe. El simple hecho de pensar en las respuestas empujaba la mente de Zola hacia la locura.

Ennol estaba paralizado, la imagen de aquel perverso hombre sujetando bruscamente el cuerpo de Minwe no había abandonado su retina. A pesar de sus promesas, no hubo nada que el inventor pudiera hacer, ni siquiera entendía cómo habían sucedido los acontecimientos. ¿Por qué Minwe se desvaneció de repente? La doncella demostró gran vitalidad cuando conectó con Eona. ¿Acaso algún hechizo la impactó sin que nadie lo notara? Ennol sintió un hiriente vacío en su pecho, tenía la sensación de que una fracción importante de su ser se había fugado con la Portadora, como si Minwe se hubiera llevado gran parte de su energía. La frustración del muchacho estalló, Ennol golpeó vehementemente sus puños contra el piso, como si aquel imprudente impulso fuera a arrebatarse el profundo dolor que lo consumía, sus lágrimas brotaron llenas de tristeza y rabia. Por un instante el muchacho pensó que no volvería a verla, que no había nada que él pudiera hacer para recuperarla, que no existía una manera para mantener intacta su promesa.

Un penetrante quejido puso fin al silencio, Thea lloraba de rodillas sobre el cadáver de su maestro, Reno yacía boca abajo y la doncella acariciaba suavemente su canosa cabellera, nadie estuvo junto a ella para tratar de entender el profundo dolor que sentía, aquel anciano había sido más que un mentor para Thea, él la había adoptado como a una hija y desde muy pequeña le enseñó a explotar sus dones

mágicos. La doncella no encontraba consuelo, Kyatto fue el único en acudir en su ayuda, el pequeño gato lamió las mejillas del hechicero para despertarlo, no comprendió por qué no reaccionaba, pero al tocar a Thea y sentir el enorme vacío que la invadía, el felino asimiló la tragedia. La doncella puso al animal sobre sus piernas, fue Reno quien le regaló a Kyatto, justo el día en el que ella descubrió la naturaleza de su fuente. El gato se quedó junto a la doncella, ronroneaba como un recordatorio de que nunca estaría sola.

Mientras los guardianes se perdían en su letargo, el espadachín actuó con apremio, fue el único en recordar que Goviat estaba malherido, se acercó de inmediato para asistirlo. La herida en su pierna se veía fatal, la piel alrededor de la quemadura se había tornado de un color verdusco.

- ¡Maldición! –susurró el enmascarado al comprobar que la herida estaba envenenada–.  
¡Zola!

Pero la maestra aún no conseguía sobrellevar su ensimismamiento. Mo fue el primero en acudir.

- ¿Qué le pasa? –preguntó el hada.

- Al parecer aquel hechizo llevaba algún tipo de veneno –dijo el espadachín–. Necesito que crees un poco de agua para limpiar su herida.

Mientras el enmascarado y Mo asistían al heredero maekano, Neliba y sus escoltas aparecieron en la explanada, habían neutralizado exitosamente al resto de soldados, la sacerdotisa se sobrecogió al encontrarse con el inesperado escenario; cuando el espadachín se percató de su presencia solicitó con urgencia su ayuda. Al ver a Goviat en tan crítico estado, Neliba y sus acompañantes no dudaron en acudir, la curandera se ubicó junto al enmascarado.

- ¿Quién eres tú? –preguntó de inmediato Neliba.

- Un aliado –respondió el hombre mientras revisaba el pulso del heredero.

- Tranquila, Neliba –agregó Mo–, está de nuestro lado.

- ¿Qué pasa con Goviat? –volvió a preguntar la feruneana.

- Está envenenado –contestó el espadachín, mientras levantaba el torso del herido para sentarlo–. Necesito que lo mantengas en esta posición.

- No te preocupes –acotó Neliba–. Mis hombres y yo podremos curarlo.

- ¡No hay tiempo! Casi no tiene pulso, la toxina está a punto de colapsar su sistema

nervioso. Necesito que lo sostengas en esta posición y no lo muevas.

Neliba sujetó al heredero con firmeza, el misterioso enmascarado desenvainó su sable y ante la atónita mirada de Mo y Neliba, clavó un par de centímetros de su espada justo en el corazón de Goviat.

- ¿¡Qué estás haciendo!?! –gritó Mo– ¿Acaso quieres matarlo?

- ¡Silencio! –exclamó con autoridad el hombre–. Debo tocar su corazón directamente.

El enmascarado tomó de su cinto un pequeño frasco que contenía un líquido transparente, el mismo líquido que hace tiempo utilizó para sanar a Minwe, vertió varias gotas sobre dos de sus dedos y sin perder tiempo pronunció un breve conjuro en un idioma que solo Neliba pudo reconocer. De pronto las yemas de sus dedos (índice y medio) emitieron un ligero brillo, la feruneana supo de inmediato que se trataba de un hechizo purificador; el guerrero respiró profundo y concentró toda la energía de su cuerpo en sus dedos. Sin retirar la vista de la herida que él mismo le había ocasionado a Goviat, el espadachín acertó un severo golpe con sus brillantes dedos, el impacto penetró directo al corazón. Después del impacto, el curandero posó la palma de su mano sobre la herida para cerrarla, el hechizo no dejó ni el rastro de una cicatriz.

- Es todo lo que puedo hacer –dijo el enmascarado–. Ahora todo depende de él, si tiene un corazón fuerte revertirá el veneno, ordena a tus hombres que lo lleven a la tumba de Fenia, y lo pongan bajo el haz de luz solar.

- ¿Dónde aprendiste a hacer ese hechizo? –Neliba solo había oído hablar sobre ese tipo de curaciones–. Eso es magia druida.

- ¡No hay tiempo! –exclamó el espadachín, evadiendo por completo las preguntas de Neliba–. Debemos rescatar a Minwe, es urgente salvarla o pereceremos ante la guerra.

- ¡¿Guerra?! –preguntó Mo asombrado– ¿De qué hablas?

- Atacarán Ciudad Titán –respondió el espadachín–. Con el Hada Blanca bajo su custodia, no hay nada que los detenga.

- ¿El Coloso? Es completamente absurdo –contrapuso el primer marcial–. Esa ciudad es un laberinto, es completamente impenetrable.

- No deberías subestimar a este enemigo... ¿acaso la muerte del anciano y la ausencia de la Portadora no son suficiente argumento para que te des cuenta del enorme poder que posee este hechicero? He visto su ejército, no se trata solo de soldados, él ha estado esperando esta oportunidad por más de cincuenta años, tiempo suficiente para prepararse, ha hecho muy buenos negocios con los traficantes de bestias y en sus filas

ha reclutado a muchos brujos de alto poder.

- Pero ¿cómo pretende infiltrar sus tropas? –refutó Neliba–. Este tipo podrá tener toda la fuerza bélica del mundo, pero por tierra no podrá alcanzar la ciudad.

- No atacará por tierra. No sería la primera vez que una ciudad andante es abatida –el espadachín perdía poco a poco la paciencia–. Entiendan de una vez, esta no es una simple riña entre pueblos, es el inicio de la guerra que devastará al universo.

- ¡La Ciudad Caída! –exclamó Zola de repente, la precipitada conversación consiguió arrancarla de su letargo.

Neliba no pudo contener su aliento por el asombro, mientras que Mo todavía dudaba si había escuchado correctamente.

- ¿Estás tratando de decir que el Oculito tiene una ciudad andante bajo su poder?

- Precisamente, Mo –contestó el hombre misterioso–. Cerúlea, antiguamente conocida como la Ciudad de las Águilas, fue la primera metrópoli andante en ser abatida.

- Pero... es imposible –Neliba no podía creer lo que escuchaba–. Aquella ciudad ha estado perdida durante siglos.

- Pues ya no, aunque ya no se parece en lo más mínimo a la ciudad original. Nuestro enemigo la encontró y tuvo suficiente tiempo y recursos para reconstruirla, ahora la llama Ciudad Insecto, aunque los hechiceros oscuros se refieren a ella como “El Nido”.

- ¡Imposible! –exclamó Neliba.

- ¡No me voy a sentar frente a ti a esperar que creas lo que te digo! –grito enfurecido el espadachín–. No me importa si prefieres quedarte cruzada de brazos a esperar que acaben con los maekanos, mi propósito es muy claro, voy a recuperar a la Portadora.

- ¿Qué necesitas que hagamos? –preguntó Zola, quien parecía ser la única que realmente escuchaba.

- Deben regresar inmediatamente al Coloso y preparar a su gente para resistir el ataque.

- ¿Cuánto tiempo tenemos? –volvió a preguntar la hechicera.

- Dos días.

- ¡Dos días! –vociferó Mo–. No llegaremos a tiempo, dos días es lo que nos tardaremos en regresar a la ciudad.

- No te preocupes, construí un portal que los llevará directamente a Maek –el enmascarado sacó un pergamino de su bolsillo y se lo entregó a Neliba–. Ahí encontrarás la ubicación de la cueva donde lo oculté.

Neliba no comprendía cómo aquel misterioso sujeto había construido un portal en sus cuevas sin que ninguno de sus soldados lo hubiera detectado, había algo muy sospechoso en él.

- También oculté dos artefactos muy poderosos, estos emiten un campo de fuerza de gran intensidad que los ayudará a resistir el bombardeo, llévenlos con ustedes y díganle a Goviat que los ubique en la ciudadela.

- ¿Cómo podremos vencer a una ciudad voladora? –preguntó Zola– Estamos en absoluta desventaja.

- No pretendo que ganen, simplemente que resistan –el espadachín respiró profundo–. Para estas alturas el Coloso debe estar por llegar al portal de Shalagen, una vez que lo crucen habrán sobrevivido al ataque.

- ¡Estamos perdidos! –exclamó Mo.

- No es cierto. Todavía queda mucho por qué luchar.

El hada se quedó en silencio, un par de quejidos irrumpieron en la discusión, Goviat había comenzado a despertar.

- Lo ven –concluyó el enmascarado con optimismo–. Tienen dos días, denle un digno sepulcro al anciano, esperen hasta que Neliba restablezca las fuerzas de Goviat y, sin perder más tiempo, regresen a Ciudad Titán para defender a los erernis. La Portadora cuenta con ustedes.

- ¿Qué pasará con Minwe? –preguntó Zola.

- Intentarán corromperla, si el Oculito encuentra una manera para acceder al poder de Eona, nada podrá detener esta guerra, por esto es urgente que la Portadora fusione su alma con el Hada Blanca.

- ¡El Tatuador está muerto! –gritó exaltada Zola–. ¿Qué, acaso no te has enterado aún?

- Yo me encargo de eso –la voz del hombre misterioso apaciguó, ahora hablaba en tono conciliador–. Pero para eso necesito que me entregues algo que el Taumaturgo te entregó antes de morir.

Zola abrió los ojos invadida por la sorpresa, el Taumaturgo le había dicho que buscara los tatuajes en Ferún y que le entregara la aguja de adamantio al Tatuador. ¿Sería posible que aquel extraño personaje fuera en realidad la última esperanza de Minwe?

- ¿Quién eres? –preguntó la anciana, con su mirada examinó nuevamente al enmascarado.

- Tú sabes quién soy –respondió el hombre.

- Eres... El Grafel –la mirada expectante de la maestra oscilaba entre la rabia y la emoción.

El enmascarado hizo una leve reverencia, como si se pusiera al servicio de la hechicera.

- ¿Y piensas ir a rescatarla tú solo? –preguntó Mo-. ¿Tú contra miles de soldados, bestias y hechiceros?

- Si pude construir un portal en Ferún, puedo infiltrarme en Ciudad Insecto sin ser notado.

- Además, no iré solo... el muchacho irá conmigo.

- ¿Quién? ¡¿Ennol?! –exclamó Zola-. No te lo llevarás, eso no lo permitiré.

El alquimista estaba sentado junto a Thea, los muchachos se apoyaban en silencio mientras escuchaban la discusión de los guardianes. Ennol estaba confundido. ¿Por qué quería El Grafel llevarlo a una misión tan crucial y peligrosa? ¿Por qué no se llevaba a Zola o a Mo, quienes tenían mucha más experiencia en batalla? Sabía que sus poderes no habían desarrollado lo suficiente como para ser un apoyo para el guerrero, sin embargo, el muchacho quería acompañarlo, es más, haría cualquier cosa que fuera necesaria para rescatar a Minwe.

- ¿Cómo sabemos que no eres un impostor? –cuestionó Zola-. Sabes demasiado sobre nuestros enemigos.

- Tal vez podrías confiar en mí –sugirió El Grafel.

- ¿Por qué mejor no lo pruebas? –Zola sacó el diario del Taumaturgo y lo golpeó con fuerza contra el pecho del espadachín, quien sujetó el texto con un ágil reflejo, si eres un tatuador podrás leer este libro.

- Me parece perfecto –el enmascarado se dispuso a abrir el diario-. Pero si consigo revelar los secretos de este libro, el texto se queda conmigo y me entregas la aguja.

- Es un trato –contestó Zola.

El misterioso hombre se retiró el guante derecho y sujetó firmemente el texto con su palma izquierda, dio un par de pasos hasta ubicarse junto a la maestra y parsimoniosamente abrió la pasta del texto. La primera página decía “Senal ol glifos”, sin perder más tiempo, El Grafel sujetó la esquina de la siguiente página y la volteó ante la perpleja mirada de la maestra. Un hermoso título dibujado con tinta mágica

mostraba “El arte del tatuaje”, el hombre continuó pasando las hojas mientras Zola observaba una serie de gráficos, bocetos, textos, cientos de glifos y tatuajes, ya cuando creyó que había sido suficiente el enmascarado cerró repentinamente el diario, como un gesto triunfal. Los guardianes encontraron por fin un haz de esperanza, estaban a punto de festejar cuando la anciana irrumpió encolerizada.

- ¡Infame! –gritó Zola–. Tuviste la oportunidad de salvarla, pudiste tatuarla tú mismo allá en el coliseo, después de vencer a los groslobes. Tú eres el responsable de que Minwe esté en manos de esa asquerosa sabandija. ¿Por qué no la tatuaste cuando aún estábamos a tiempo?

- ¡Mírame, Zola! –gritó El Grafel–. Soy un guerrero, he arriesgado mi vida al igual que tú para proteger a las hadas, mi espada ha asesinado a muchos. Hace años que no he tatuado un solo glifo, es el precio que debo pagar por manchar mis manos con sangre, mi alma ya no tiene la pureza necesaria para tatuar.

- ¡Genial! –se mofó Mo–. Eres un tatuador que no puede tatuar.

- Yo no puedo, pero él sí –respondió el espadachín, mientras señalaba a Ennol.

De pronto todo comenzó a tener sentido.

- ¿Por qué crees que el Oráculo te sugirió que lo encontraras?

- Él es... un alquimista... universal –tartamudeó Zola.

- ¡Todos los tatuadores somos alquimistas universales! Nuestro talento se basa en la pureza de nuestra energía –explicó El Grafel–. De otra manera, ¿cómo podríamos transmutar la energía a través de una aguja de adamantio? Los tatuadores somos los únicos que podemos transmutar el adamantio, este muchacho es probablemente el último tatuador que queda.

Los guardianes se quedaron atónitos, sobre todo Ennol, quien jamás imaginó ser un tatuador, la mente de Mo ataba miles de cabos, mientras que Zola no podía aceptar que tuvo la solución todo el tiempo frente a sus narices.

- Si aún no lo crees, míralo con tus propios ojos –dijo el enmascarado después de entregarle el diario a Ennol.

El joven sostuvo aquel texto con dificultad, pues su cuerpo no paraba de temblar, las miradas de los guardianes cayeron como juicios sobre el muchacho, expectantes al veredicto final. A Ennol le aterraba que las palabras de El Grafel fueran verdad, si es que después de pasar la primera página el libro le revelaba los secretos



del Taumaturgo el muchacho recibiría una enorme responsabilidad, ser el último tatuador del mundo y las dimensiones, el simple hecho de pensarlo le paralizaba el corazón.

-Vamos, Ennol –le apresuró Neliba–. Ábrelo.

El muchacho tardó unos instantes en reaccionar, volteó la pasta de cuero, luego con nerviosismo abrió al libro por la mitad. El libro reveló todos sus apuntes tal como lo hizo con El Grafel, varios gráficos perfectamente elaborados describían la estructura de un tatuaje bien ejecutado.

-Los tatuadores somos expertos en ocultarnos –el muchacho murmuró las últimas palabras del Taumaturgo–. Muchas veces nos ocultamos de nosotros mismos.

En aquel preciso momento Ennol supo que era el único responsable por el bienestar de Minwe, el destino de la doncella dependía de él. Hace pocas horas el inventor había jurado protegerla sin tener la menor idea de cómo lo lograría, ahora sabía perfectamente las acciones que serían necesarias, por fin había algo que podía hacer para salvarla y estaba completamente decidido a hacerlo.

-Iré contigo –afirmó el muchacho con determinación–. Y nadie, ni siquiera tú Zola, me hará cambiar de parecer.

- ¡Excelente! –exclamó el enmascarado.

-Maestra, ahora comprendo con claridad, es imposible intentar evitar mi destino –el muchacho extendió su mano–. Necesito que me entregues las herramientas que el Taumaturgo dejó para mí.

La anciana no dudó en entregarle el pequeño estuche donde estaban guardadas las herramientas del Tatuador, al ver la determinación del muchacho recordó las predicciones que el Oráculo auguraba sobre el inventor, Zola supo en lo más profundo de su ser que Ennol y el enmascarado rescatarían a Minwe. La anciana a duras penas podía recordar la torpeza con la que aquel muchacho había caído en el corredor del Zoklen el día en el que lo recogió de aquella fría estación de Eb.

-Contamos contigo, muchacho –Zola abrazó a su aprendiz y le susurró al oído–. Minwe te está esperando, confía ciegamente en ti, los he visto y conozco muy bien a mis aprendices, no la defraudes.

-No lo haré –contestó Ennol–. Los guardianes te necesitan más que nunca, Goviat no puede enfrentar esta guerra solo, tú sabrás guiarlo hacia la paz. Los maekanos no pueden perder su ciudad, es una de las últimas colonias erernis.

-Lo sé –nunca Zola había hablado con tanta dulzura–. Estoy muy orgullosa de ti, seguro que te volveré a ver, no te librarás de mí tan fácilmente.

-Eso espero.

El Grafel apresuró al muchacho, cada segundo era vital y no había tiempo para dramáticas despedidas. Ennol abrazó a Thea y a Neliba, estrechó la pequeña mano de Mo y deseándoles suerte se despidió. El inventor y el guerrero corrieron para desaparecer en la oscuridad de las tenebrosas cuevas de Ferún.

Los guardianes se Sadek se prepararon para enfrentar la guerra. Los chamanes luminoides llevaron a Goviat a un lugar seguro, donde comenzó un intenso tratamiento de restauración, el heredero estaría listo para incorporarse junto a los guardianes en apenas cinco horas. Mientras tanto, Thea, Mo y Zola preparaban un breve funeral para Reno, les dolía en lo más profundo la ausencia del anciano, más aún al no poder brindarle la ceremonia que el guardián caído merecía. La maestra tenía el rostro de Reno grabado en su memoria, aquella risa sarcástica y burlona, esa manía que tenía el viejo para salirse con la suya; de igual manera, el hechicero siempre conseguía adular a Zola de la manera más sutil, sin poner en evidencia la extrema admiración que sentía por ella. D’Jinn fue un gran compañero y la anciana ya había comenzado a extrañarlo, sin embargo, la sabiduría de la maestra le permitiría sobreponerse de la mejor manera.

Thea, por otra parte, estaba profundamente triste, no podía ser de otra manera, Reno era la familia más cercana que tenía y la única. Zola decidió dejarla asimilar lentamente su duelo, confiaba en la fortaleza de aquella joven muchacha, al fin y al cabo, su fuente eran los gatos y se dice que los gatos tienen nueve vidas.

Para los feruneanos el agua y la luz son las principales fuentes de vida, por esta razón cuando alguien moría lo devolvían al origen de su existencia. Thea se encargó de construir y adornar la pequeña balsa en la que Reno sería entregado al lago, antes de empezar con el arduo trabajo la doncella se tejió una larga trenza que llegaba pocos centímetros abajo de su cintura. Buscó las flores más adecuadas y armó magníficas coronas semicirculares. Reno yacía recostado sobre la delgada canoa de mimbre, su pálida piel parecía reflejar los destellos de las luciérnagas, Thea acomodó los brazos del anciano de tal manera que sus palmas estuvieran abiertas sobre su

pecho, la doncella empuñó un filoso puñal, agachó la cabeza hasta juntar el mentón con el pecho y mientras que con su mano izquierda sujetó su larga trenza, el filo del cuchillo la separó del resto de su negra cabellera, entonces colocó las magnetitas de su maestro en la palma izquierda, para después entregarle a la diestra entreabierta, la larga trenza azabache. Kyatto acompañó a la doncella durante la breve ceremonia, el felino no se separaría de su ama, pues sabía que ella lo necesitaba más que nunca.

La despedida fue fugaz, una vez que la balsa transportó al anciano hasta el centro del lago, se fue sumergiendo paulatinamente. El agua era tan cristalina que a pesar de que Reno estaba varios metros bajo la superficie, Zola y Thea todavía podían observarlo, poco a poco el azul fue difuminando las facciones del guardián, quien se perdía en la profundidad del abismo.

Mientras tanto, Ennol y El Grafel se escabullían entre las confusas cuevas de los abismos. Antes de ingresar, el misterioso hechicero había invocado sobre los ojos del muchacho un hechizo que dilató sus pupilas de tal manera que pudiera ver en la oscuridad. El alquimista reconoció algunos senderos, por lo que intuyó que estaban regresando al oasis donde habían abandonado al viyak. El muchacho sentía mucha curiosidad sobre el enmascarado, las marcadas arrugas de su cuello y manos, el grueso tono de su voz y la asombrosa pericia con la que manipulaba la energía fueron pistas que le ayudaron al muchacho a deducir que El Grafel debía tener más de sesenta años, pero al momento de correr, este dato parecía por completo equívoco, la velocidad con la que el enmascarado se desplazaba era asombrosa, Ennol a duras penas podía seguirle el paso, el espadachín tuvo que disminuir su ritmo para no agotar al muchacho. Pero lo que más le impresionó al joven fue lo silenciosos que eran sus pasos, a pesar de la vertiginosa carrera que llevaban apenas se escuchaban; por un instante el alquimista pensó que estaba persiguiendo a un fantasma, por la extrema ligereza de sus movimientos.

El par de aventureros atravesó el río sobre el inerte exoesqueleto del enorme ciempiés, ingresaron en una nueva cueva un poco más estrecha que las anteriores, el muchacho había olvidado la cantidad de alimañas que se arrastraban por las cavernas, solo esperaba no volver a encontrarse con nada que fuera más grande que ellos, aunque sabía que si el enmascarado pudo vencer él solo a un grosrote, no tendría problema eliminando a otras bestias. De pronto, El Grafel frenó de golpe.

- ¡Silencio! –murmuró, mientras se arrodillaba y observaba con atención las huellas en la húmeda tierra de la cueva.

Ennol se inclinó para intentar entender lo que el espadachín había descubierto. El enmascarado movía su mano extendida intentando percibir calor o algún tipo de energía, con cuidado de no estropear las huellas.

- ¡Un escuadrón de soldados pasó por aquí!

El alquimista se sintió decepcionado por el comentario de El Grafel, no era necesario verificar ninguna huella, era evidente que los soldados habían utilizado este sendero para ingresar a los abismos.

- Sometieron a la tripulación del viyak –dijo el espadachín mientras encontraba otro tipo de pisadas y varias gotas de sangre–. Se resistieron, varios están heridos, no ha pasado mucho tiempo, una hora, máximo dos. Probablemente nos espere una emboscada.

La nueva información revelada ya no le pareció tan evidente al muchacho. El guerrero volvió a emprender su carrera, esta vez a un ritmo mucho más cauteloso, con su mano izquierda hacía señas que le indicaban a Ennol si era pertinente frenar o acelerar, hasta que cuando estaban a punto de llegar al oasis El Grafel le pidió al muchacho que se detuviera por completo. El alquimista obedeció y se quedó oculto tras un matorral casi al borde del gran túnel, desde allí podía observar el viyak, estaba exactamente en el mismo lugar donde lo vio por última vez.

- Espera mi señal –murmuró el enmascarado.

Con gran agilidad el espadachín descendió hacia el oasis, oculto entre las sombras se desplazaba en silencio, incluso Ennol (quien temporalmente podía ver en la oscuridad) tenía dificultades para distinguir al guerrero. El Grafel bordeó la orilla del lago, no quería entrar al agua, pues el chapoteo haría mucho ruido, en lugar de eso prefirió trepar por uno de los cabos que sujetaba la nave a una esbelta piedra que fue utilizada como bolardo, con apenas dos elegantes movimientos el enmascarado había alcanzado la borda del navío. Varios minutos después el espadachín hacía señales desde una de las ventanas del viyak, Ennol descendió con apremio, sabiendo que el camino era seguro; para él era imposible subir por el cabo pues tenía que desatar las amarras que anclaban al vehículo. Una vez a bordo y empapado hasta las rodillas, el

muchacho comprobó que las sospechas de su compañero fueron acertadas, media docena de soldados habían sido abatidos silenciosamente, no tuvieron oportunidad ante tan diestro contendiente, no estaban muertos, el espadachín los había noqueado.

Ennol y el enmascarado bajaron los cuerpos de los soldados, así como cualquier peso innecesario, El Grafel le pidió al muchacho que le arrebatara el uniforme a uno de los soldados, el muchacho acató la sugerencia del enmascarado. Mientras le retiraba las ropas se percató de que el individuo tenía en su pecho la misma prótesis de platino que había visto en Seth cuando Minwe curaba su clavícula lesionada. La curiosidad del muchacho aumentó y no pudo evitar revisar el dorso del resto de soldados. Todos tenían la misma placa metálica, el inventor desconocía el propósito del mecanismo y le asustaba pensar en las posibilidades.

\*\*\*

Goviat había recuperado gran parte de su fuerza, la luz del sol lo había revitalizado, una vez que supo las terribles noticias, no quiso esperar hasta estar completamente sano, ni bien la herida en su pierna cicatrizó el heredero de Maek se puso de pie para incorporarse a las labores que efectuaba Zola. El ererni lamentó mucho no poder despedirse de Reno, sin embargo, entendía muy bien las razones por las que los guardianes decidieron efectuar el funeral sin él, el tiempo era vital. Los hechiceros estaban listos para partir, esperaban a Neliba en el preciso lugar donde se había efectuado la batalla, la explanada lucía desastrosa, los árboles incinerados, las paredes destruidas por los hechizos, manchas de sangre por todos lados. Zola revisaba en busca de algún indicio que le revelara algo más sobre sus enemigos, mientras escarbaba los escombros encontró algo que le pareció muy peculiar.

Era un pergamino de la bitácora de Ennol, los bordes del papel estaban un poco quemados y varias pisadas lo habían manchado de tierra; Zola se arrodilló para recogerlo, con un simple hechizo eliminó la suciedad que dificultaba la lectura. La maestra siempre asumió que cuando Ennol pasaba largas horas trabajando en su bitácora era para diseñar sus aburridos inventos mecánicos, la mente del muchacho le resultaba extremadamente extraña por lo que nunca puso atención a lo que el inventor realmente hacía. En sus manos Zola tenía un extraordinario dibujo de Minwe, databa del día que ella corrió entre aquel manto de flores blancas cerca de Nalek Ab, el

muchacho no había olvidado pintar las mariposas y colibríes que la acompañaban.

La maestra sintió una enorme curiosidad, al parecer el cuaderno del muchacho contenía información extremadamente importante, la anciana visualizó en su mente la bitácora de Ennol, recordó sus bordes desiguales y los pergaminos amarillentos, una vez que tuvo una clara imagen en su mente, invocó un hechizo de búsqueda. Una abultada montaña de escombros empezó a temblar, la maestra acudió para desenterrar el diario, Goviat, Mo y Thea observaban distantes el extraño comportamiento de la anciana. El cuaderno estaba en muy mal estado, había sufrido fuertes quemaduras y había perdido muchas de sus hojas, Zola lo abrió y en su mente pidió disculpas al inventor por infringir su intimidad. Ignoró algunos pergaminos que mostraban complejos planos e inventos, hasta llegar al dibujo que fue el inicio de la travesía del muchacho, ahí estaba el diseño de la dama de hojalata, la maestra admiró la perfección con la que el muchacho había conseguido capturar la gracia de Minwe, a pesar de que en ese entonces Ennol todavía no conocía a la doncella. La maestra continuó investigando, pasó por alto el diseño del bolsillero y el último dibujo de la estación de Eb, hojeó varias páginas hasta encontrar otro retrato de la doncella. Minwe estaba de espaldas arrimada en el borde del balcón del estudio de Renvel, sus ojos estaban cerrados y su rostro demostraba una gran fascinación, seguramente el muchacho la dibujó mientras escuchaba una de las melodías del maestro. Fue ahí cuando Zola pudo distinguir en el dibujo de Ennol un específico trazo que confirmó todo lo que estaba sucediendo, justo en el omóplato de la doncella estaba perfectamente dibujado un tatuaje, el trazo era demasiado preciso como para ser un trazo al azar, el muchacho había descubierto la esencia de Minwe mucho tiempo antes que el Taumaturgo, sin embargo, el diseño no se asemejaba en lo más mínimo al glifo de la valentía.

La maestra continuó mirando, a medida que volteaba las hojas los dibujos de Minwe eran cada vez más frecuentes, ahora entendía por qué el muchacho era tan celoso de sus apuntes. Zola sabía que algo se le escapaba, a pesar de toda la información que le reveló El Grafel, la anciana sentía que le hacía falta el dato que sería la última pieza del rompecabezas. Los pergaminos pasaban, estaban ordenados cronológicamente, a medida que los días avanzaban parecía que Minwe era cada vez más importante para el inventor, pues todas sus notas giraban alrededor de ella, parecía que todo su mundo giraba alrededor de ella...*¡Eso es!*Resolvió la maestra, la bitácora apenas mencionaba a Renvel y a su piano, tampoco hablaba de alguna

melodía en específico, ni mostraba investigaciones sobre acústica o algún tema relacionado con la música. No, todo convergía en Minwe. Zola descubrió que su aprendiz despertaba un sentimiento en Ennol mucho más intenso que el que le causaba la música. Por esto Ennol podía efectuar alquimia sin escuchar melodía alguna, nunca se trató de la música, las obras de Renvel solo fueron un catalizador para que Ennol conectara con su verdadera fuente: ¡Minwe!

Todo tenía sentido, la primera vez que Ennol utilizó la alquimia para estropear el piano de Renvel Minwe estaba con él. Después de la batalla en la biblioteca, el muchacho contó que había encerrado a Seth en un callejón al crear dos paredes de madera y piedra, en aquella ocasión la Portadora fue la única que lo acompañó. La vez que destrozó la estatua de bronce, cuando trasmutó el piso para rescatarlos de los grosletes, durante su entrenamiento en el viyak y en los abismos, siempre el muchacho estuvo cerca de Minwe. No había duda, la verdadera fuente del muchacho era la Portadora. Incluso durante la última batalla, cuando el joven invocó su primer hechizo de fuerza para proteger a Minwe, justo antes de que la doncella se desvaneciera... Zola se quedó sin aliento, de repente había encontrado la razón por la que Minwe sufría tanta debilidad durante los últimos meses, era Ennol.

Cada vez que el muchacho conectaba con su fuente absorbía la energía de Minwe, eso explicaba perfectamente por qué la Portadora tardó tanto en recuperarse de su trance, siempre que Ennol usaba la alquimia la doncella recaía. Zola se equivocó al pensar que fue la conexión con Eona lo que debilitó a su aprendiz, era la avidez del muchacho la causa de sus desmayos. La maestra fue muy distraída, debió descifrarlo la primera vez que el muchacho utilizó la alquimia, pues la muchacha cayó inconsciente sobre el piano de Renvel, nadie se percató del desmayo porque todos creyeron que el vino la había adormecido.

Lo que más le preocupaba a Zola era que Ennol era inconsciente de su confusión, la maestra no había podido determinar cuáles eran los límites reales del poder del muchacho, pudo conectar con su fuente de una manera poco ortodoxa, lo que demostraba que el joven tenía una aptitud fenomenal para la magia; pudo hacer cosas increíbles pensando erróneamente que su fuente era la música, la maestra no se imaginaba lo que conseguiría Ennol sabiendo el verdadero origen de su magia. Minwe corría un gran peligro al estar junto al inventor, bastó que el muchacho invocara un

hechizo de fuerza para que la doncella perdiera el conocimiento, si el muchacho accediera a hechizos más poderosos estando junto a la doncella el resultado podría ser fatal.

Mientras Zola descubría la verdadera naturaleza de la fuente de Ennol, los tatuadores habían despegado exitosamente el viyak. El Grafel no tuvo ningún inconveniente en dirigir el aerostato y Ennol siempre tuvo afinidad con cualquier tipo de artefacto, juntos maniobraron la nave entre las sinuosas cavernas. El espadachín ubicó el dirigible en un oscuro recoveco, abandonó por un momento el timón pues algo había llamado su atención, la entrada de uno de los túneles superiores estaba iluminada por oscilantes luces, Ennol supo de inmediato que se trataba de linternas. El enmascarado permaneció en silencio, muy atento como si estuviera escuchando algo, varios minutos después el muchacho percibió el sonido que había alertado al guerrero. Se trataba de un zumbido, como el grueso aleteo de un abejorro.

-Algo se acerca –susurró Ennol un tanto asustado.

-Es una de las bestias –dijo El Grafel con preocupación–. El Nido está repleto de esas cosas, son las encargadas de hacer volar a la ciudad, también las usan para transportar las tropas.

Un monstruoso insecto de tamaño colosal apareció por la entrada del túnel, Ennol rogó que no notaran al viyak, había olvidado que estaba bajo el efecto de un hechizo y que seguramente la oscuridad los ocultaba perfectamente.

-Dime qué logras distinguir –ordenó el guerrero después de entregarle el monóculo de Telmo.

El muchacho extendió el artefacto y comenzó a espiar al extraño insecto volador. Le sorprendió la calidad del monóculo, pues a pesar de la distancia logró distinguir perfectamente cada detalle de la bestia. Se trataba de un gran escarabajo, tenía dos enormes cuernos, uno nacía desde la parte inferior de su mandíbula y el otro desde la parte superior de su cabeza. Su abultado vientre lo hacía lucir muy pesado, sin embargo, la fuerza de sus alas era suficiente para elevar su peso y el del vehículo que cargaba. Amarrada a las patas del insecto colgaba lo que parecía ser un vagón de autoferro, aproximadamente cincuenta soldados viajaban en él.

-El viejo Tértemel no estaba tan loco después de todo –susurró el muchacho–. ¡Esa cosa es enorme!



- Lo sé y esa no es de las más grandes –dijo el enmascarado–. ¿Cuántos ves?
- Calculo que son media centena de soldados –Ennol comenzó su descripción–. Al parecer no les fue bien por ese túnel.
- No tiene salida –explicó el enmascarado–. ¿Logras ver quién está al mando? ¿Está el Oculito con ellos? ¿Moreb o la obesa mujer?

Ennol buscó con detenimiento, pero no encontró a ninguno de los hechiceros.

- No, todos son soldados –respondió Ennol–. Lo sé por sus uniformes... ¡Un momento!

El muchacho reconoció a alguien. Era Seth, era imposible que el muchacho se confundiera, el verde brazalete bajo su hombro, el rostro completamente quemado y la arrogancia con la que caminaba... No había duda era el comandante.

- ¡Maldita sabandija! –exclamó enfurecido el muchacho–. Después de que Zola confió en ti.
- ¡Dime que ves!
- Es Seth, el imbécil volvió con sus secuaces.
- Esa es una excelente noticia –comentó el espadachín.
- ¿De qué estás hablando? –cuestionó Ennol exasperado.
- Eso soluciona nuestro problema de no saber dónde se esconde la Ciudad Caída.
- ¿Estás planeando seguirlos? –preguntó el muchacho–. El viyak no puede viajar tan rápido como esa cosa.
- Cierto, pero si Seth planea ir a Ciudad Insecto, que es lo más seguro, sabremos exactamente hacia dónde ir –El Grafel hizo un gesto para señalar el radar que formaba parte del uniforme que vestía Ennol.

Ennol por fin comprendió a lo que se refería, los soldados siempre llevaban un radar para localizar a su comandante y Seth no tomó la precaución de retirarse el brazalete.

## 21 – COLISIÓN

Los guardianes de Sadek llegaron al lugar indicado por El Grafel, siguieron al pie de la letra sus indicaciones y con la ayuda de Neliba no tardaron en encontrar el portal oculto en las cuevas de Ferún. A pesar del apremio de sus acciones los hechiceros habían perdido más de medio día en la recuperación de Goviat, el funeral de Reno y la búsqueda del portal, la misión de resistir la furiosa arremetida de Ciudad Insecto parecía imposible de lograr en apenas día y medio. Los recursos de los guardianes eran realmente escasos, Goviat especulaba que reuniendo a todos los maekanos capaces de luchar, incluyendo los más jóvenes, podrían contar con un ejército de mil quinientos hombres, eso sumado a dos artefactos mágicos y veinticinco luminoides que valientemente decidieron acudir a la guerra, conformaban toda la resistencia con la que contaba el heredero de Maek. Sin embargo, Zola demostró gran optimismo, como si confiara en que todas esas desventajas simplemente harían más heroico el triunfo, una oportunidad para demostrar que hace falta mucho para vencer a los guardianes de Sadek. La maestra esperaba que si ella demostraba valor, su aprendiz también encontraría el camino para regresar victoriosa, había depositado todas sus esperanzas en Ennol y en el enmascarado, pero eso no significaría que Zola Kendal se quedaría cruzada de brazos.

Neliba se despidió de los guardianes, la sacerdotisa quería fervientemente acompañar a los guerreros en su épica batalla, pero no podía abandonar a su gente. Los hechiceros no perdieron más tiempo, era urgente ir a Maek para anunciar la llegada de la guerra, uno a uno cruzaron el portal, Zola fue la última en abandonar Ferún. Una vez al otro lado, los aventureros llegaron directamente a las plazoletas de la ciudadela de Maek, las astas del cuartel de armas elevaban los altivos emblemas de Ciudad Titán. Los ciudadanos se desplazaban con apremio, un grupo de artesanos construía barricadas para proteger el ingreso principal del palacio; un par de maekanos jalaba una carroza de armería, repartiendo escudos y armaduras mágicas a todo aquel que estuviera dispuesto a luchar; los hechiceros practicaban sus conjuros; las chimeneas de las herrerías arrojaban humo negro y el murmullo previo a una guerra se escuchaba por todas partes. Los guardianes no pudieron evitar su desconcierto, pues la noticia de la guerra había llegado mucho tiempo antes que ellos.

-¡Goviat! –el grito de Nessa se escuchó entre el barullo.

-¡Nessa! –respondió el heredero emocionado antes de abrazar a su hermana– ¡Me

alegra tanto verte!

-¡Por fin han llegado! Los esperábamos mucho antes –dijo la mujer un tanto confundida al no encontrar a la Portadora–. ¿Dónde está Minwe?

-La capturaron –explicó Goviat decepcionado–. Nos enfrentamos a un enemigo extremadamente poderoso, nos emboscaron en Ferún, todo pasó muy rápido...

-Ahorra tus palabras, hermano –interrumpió la mujer–. Neydín y los demás están reunidos en el palacio definiendo las estrategias para nuestra defensa, estoy segura de que todos ellos querrán conocer lo sucedido.

-¿Quién les advirtió de la guerra? –preguntó Goviat mientras se dirigía hacia el palacio, los guardianes y los luminoides lo seguían de cerca.

-Lo sabrás pronto –respondió la heredera.

-¿Qué es lo que saben? –cuestionó Zola impaciente, la discreción de la maekana le resultaba desesperante.

-El ataque vendrá por el oeste y llegará mañana al anochecer –afirmó Nessa–. Aceleramos el paso de la ciudad al máximo y construimos barricadas en toda la metrópolis, incluso sobre el anillo de la cintura para evitar que los humanos nos invadan desde abajo.

-Lo harán de todos modos, solo conseguiremos ganar un poco de tiempo. ¿Cuánto falta para llegar a Shalagen?

-Tres días –Nessa respondía con solvencia, como si lo tuviera todo bajo control–. Lo que significa que debemos resistir el ataque por más de un día y medio.

-¿Cuántos maekanos han conseguido? –Goviat intuía que la respuesta no sería prometedora.

-Eran casi novecientos hasta la noche de ayer –respondió Nessa mientras entraban al vestíbulo del palacio.

-¡Maldición! ¡El Nido debe contar al menos con siete mil hombres! –exclamó el maekano– Apenas podremos defendernos.

-No todas son malas noticias, hermano, por la mañana llegaron refuerzos –afirmó la heredera–. No sabemos quién los convocó, pero sospecho que fue obra del Oráculo, en total contamos con dos mil hombres.

-Es mejor de lo que esperábamos –intervino Mo–. Aun así... nos llevan una gran ventaja.

-¿Quiénes se unieron a nuestras filas? –preguntó Zola sumamente intrigada.

-Quinientas hadas guerreras de Sadek, la Ciudad Blanca, y seiscientos hechiceros de Saiza –respondió la maekana con certeza después de ingresar al gran comedor.

La anciana dudó haber escuchado correctamente, le resultaba imposible creer que la legendaria ciudad de Saiza, una de las metrópolis andantes de los erernis, decidiera enviar tropas en defensa de Ciudad Titán.

-¿Saiza envió un ejército?!

-Efectivamente, mi querida Zola Kendal –respondió una voz desde el extremo más lejano de la gran mesa del comedor–. Cuánto has tardado, por un momento pensé que no te volvería a ver.

El sobresalto de Zola casi la tumba al suelo, una robusta silueta se ocultaba tras los estrategas que planeaban la defensa de la ciudad, Zola nunca podría confundir aquella voz, pues la había escuchado por mucho tiempo. El anciano se puso de pie para que pudieran distinguir, de una vez por todas, el carismático rostro de Renvel.

-¡Renvel! –exclamó la maestra–. Gracias al cielo estás bien, durante todo este tiempo no supe si estabas vivo.

-¿Dónde está Minwe? –cuestionó de inmediato el anciano, su pregunta fue fulminante.

-Se la llevaron –respondió la maestra–. Lo más probable es que se encuentra en la Ciudad Caída.

-¿Qué pasó con Ennol? ¿Por qué no ha venido Reno?

-Tenemos mucho de qué hablar –respondió Zola con tristeza.

Zola explicó lo ocurrido en los abismos, contó cómo los soldados atacaron Ferún sorprendentemente y cómo Seth los había salvado al advertirles del riesgo que corrían; relató la terrible batalla junto a los feruneanos, y cómo el Oculto y sus secuaces los habían acorralado, les habló de la abrasadora rabia de Greta, de las viles artimañas de Moreb y del poder sobrehumano del Oculto, no omitió detalle alguno, pues era necesario que los estrategas estuvieran conscientes de la inmensa crueldad de sus adversarios. La anciana contó con lágrimas en sus ojos cómo Reno fue asesinado y cómo el espadachín llegó para equilibrar la batalla poco antes de que el misterioso encapuchado se llevara a la Portadora. Les contó del intenso hechizo que invocó Ennol y cómo el diario del Taumaturgo reveló la verdadera naturaleza del inventor, explicó con detalles cómo el muchacho había accedido a rescatar a la Portadora. Thea, Goviat y Mo corroboraron en gran parte de la historia.

El panorama estaba claro, con cada palabra de Zola los líderes encargados de

resguardar al Titán entendían que no se trataba de una batalla aislada, se trataba del inicio de una devastadora serie de guerras que pretendía la destrucción total de la raza ererni y sus aliados, si no se tratara de una guerra tan crucial el Oráculo de Sadek y los gobernantes de Saiza jamás hubieran intervenido, no solo estaban defendiendo a Ciudad Titán, defendían al mundo y a sus dimensiones tal como las conocían. Poco tiempo bastó para que las cabezas se pusieran de acuerdo, uno a uno explicaron el número y las fortalezas de sus tropas. Renvel había reunido a varios guardianes de Sadek, la mayoría hechiceros de alto poder, expertos en ilusiones y conjuros defensivos, también había convocado a un grupo considerable de caesarios, que estarían encargados de dificultar el paso de los hostiles por los huertos.

Brión, un ererni menudo de mediana edad quien vestía una túnica blanca y una gran capa azul, era el más importante curandero de la ciudad de Saiza y fue enviado para comandar a cien experimentados sanadores que se encargarían del cuidado y tratamiento de los heridos. Veira, una dama iluminada que vestía de igual forma que su conciudadano, era la encargada de dirigir al resto del ejército ererni: quinientos hechiceros especializados en conjuros de protección, sueño y control. Los erernis se rehusaron a explicar la manera en la que se habían enterado sobre la guerra, pues al hacerlo podrían revelar información importante sobre la actual ubicación de Saiza. En contraparte, Krim, el hada guerrera enviada por la Ciudad Blanca, no tuvo problema en explicar que el Oráculo había anticipado la guerra hace varios días, y sabían a ciencia cierta todo lo que estaba en juego durante esta batalla, las hadas no permitirían que la ciudad fuera destruida, pues esto conllevaría a una eventual guerra en Sadek. Las hadas tuvieron tiempo suficiente para reunir un ejército de hadas campeonas, especializadas en el uso de las espadas y la magia ofensiva. El ejército se encargaría de repeler el acercamiento de las bestias y evitaría el abordaje de tropas.

Zola sumó a las tropas los veinte y cinco luminoides que la acompañaban, explicó sus cualidades de invisibilidad y sus hechizos de hipnotismo. Finalmente, Goviat verificó el dato de novecientos maekanos que serían la principal fuerza de choque dentro de la ciudad y explicó las características mágicas de los poderosos artefactos que le entregó El Grafel. Una vez conocidos cada uno de los elementos los hechiceros trabajaron en conjunto para elaborar la mejor estrategia defensiva. Mientras los estrategas trabajaban arduamente, Renvel se acercó a los guardianes  
-Lamento mucho lo de Reno –el maestro abrazó a Thea, luego hizo lo mismo con su

antigua aprendiz.

-Gracias, Renvel –respondió la maestra–, quiero con todas mis fuerzas olvidarlo, el recuerdo de Reno me desconcentra de lo que en este momento es más importante. ¿Crees que tengamos una oportunidad de resistir?

-Todo depende del muchacho –respondió el anciano–. Si Ennol consigue recuperar a Minwe y liberar sus alas, esta guerra acabará muy pronto. De lo contrario... dudo que alcancemos el portal de Shalagen.

-El guerrero que lo acompaña es muy sabio y diestro –intervino Thea–. Es el único que puede amenazar al Oculto, es muy extraño, nunca antes había visto alguien así.

-Lo sé –dijo Renvel–. Lo conocí.

-¿Conociste al Grafel? –preguntó asombrada la maestra.

-Fue él quien me salvó el día que sabotearon nuestro escondite –la gratitud del anciano era evidente–. Me advirtió sobre Gastón y me llevó a un lugar seguro. Después de algún tiempo regresó a pedirme ayuda para la construcción de un portal en Ciudad Titán, no sé bien para qué lo necesitaba, pero me dijo que él se encargaría de construir la otra terminal.

-¿Tú construiste el portal que nos trajo hasta aquí? –preguntó la anciana sorprendida.

-¿Te refieres al portal que está en las plazoletas de Maek?

-Exactamente, acabamos de viajar por él, de otra manera estaríamos recién abandonando Ferún –Zola hizo una pausa–. ¿Cómo lo supo? ¿Crees que tenga acceso al Oráculo?

-No lo sé, Zola, lo único que puedo decir es que hemos conseguido un aliado muy valioso, si no fuera por él estaríamos completamente perdidos.

-Es verdad. Solo nos queda confiar en él y en Ennol.

\*\*\*

Minwe despertó en un nauseabundo y oscuro calabozo, un tosco umbral de piedra enmarcaba una puerta de madera reforzada por varias correas de hierro oxidado. El moho enverdecía las frías paredes y el piso estaba cubierto por el baboso sudor de los hongos. La doncella, aún somnolienta, resbaló al intentar levantarse, embarrando sus ropas con natas verduscas. La muchacha tenía las rodillas remelladas y su piel irritada por el constante contacto con el verdín, un punzante dolor en la cabeza hizo que la doncella se retorciera, su sien resonaba como el golpe de un ariete. Minwe puso la mano sobre la cabeza, intentando instintivamente disminuir el dolor, tras pasar

su dedos entre su enmarañada cabellera, descubrió una argamasa de lodo, cabello y sangre. La herida en su cabeza no había cicatrizado bien, estaba fresca aún, pero la doncella no recordaba haber recibido un golpe que pudiera ocasionarle semejante traumatismo, peor aún, no recordaba absolutamente nada, ni cómo había llegado allí, ni cuánto tiempo había permanecido en aquel calabozo, tampoco recordaba a Zola, ni a Eona, ni a Ennol, mucho menos la dolorosa muerte de Reno, ni siquiera se recordaba a sí misma. Aterrada, la Portadora llevó la mano al cuello desnudo, como si su instinto le insinuara que algo se le había arrebatado, algo muy importante que no conseguía recordar.

De pronto, la doncella escuchó un par de voces que murmuraban detrás de la puerta de su celda, la joven se escabulló silenciosamente hasta estar junto al umbral, se arrodilló para poder observar a través de una delgada rendija que se abría entre los anchos tablones de la puerta de madera. Dos hombres de semblante oscuro discutían sus planes macabros en una extraña sala de piedra negra, la doncella apenas podía divisar sus siluetas, pues el lugar estaba iluminado solo por la tenue luz de una antorcha.

-Todo está listo para el ataque, mi maestro –dijo un hombre en tono servil.

-Excelente –respondió el segundo hombre con adusta voz–. Explícame los números de nuestras filas

-Ocho mil soldados, ochenta comandantes, quinientos hechiceros, cientos de bestias –respondió el siervo–. Cuatro capitanes liderarán a los soldados, mientras que Greta se encargará de los hechiceros.

-¿Qué me dices de los de tu clase? ¿Cuántos hechiceros maniobran la ciudad?

-Somos más de veinte controladores de insectos, me tardé años en reunirlos, han esperado este día con ansias y saben exactamente lo que deben hacer, estarán operando la ciudad desde el antiguo centro de comando, las bestias solo acatarán sus órdenes.

-Excelente, los maekanos no tendrán oportunidad, los aplastaremos como a ratas –exclamó el villano con vehemencia–. Ahora que tenemos al Hada Blanca somos virtualmente invencibles.

-Maestro... ¿Cuándo iniciaremos el ritual? –preguntó el servil hechicero.

-¡Paciencia! –exclamó el encapuchado–. Debemos esperar que la Portadora se encuentre completamente vulnerable.

-Pero tenemos el ónix –Moreb mostró el collar que sujetaba la piedra negra que

guardaba los recuerdos de Minwe—. Sin su pasado la doncella no podrá ofrecer resistencia, no recuerda nada de lo que ha aprendido, ni sus valores, ni sus ideales, es como un pergamino en blanco. ¿Tal vez su excelencia quisiera que destruya esta piedra para debilitar aún más la mente de la muchacha?

-¡No seas imbécil! –gritó enfurecido el oscuro hechicero—. Aquel ónice contiene información extremadamente valiosa. Imagínate lo que nos revelarán las memorias de cinco hadas blancas... Haremos el ritual durante la batalla, cuando el miedo invada las almas de los maekanos, la desesperanza reinará y eso debilitara por completo al Hada Blanca, solo con un terror tan profundo seremos capaces de corromper la pureza del asda.

-Excelente –susurró Moreb.

-Solo una cosa más, ordena a Seth que nos escolte durante el ritual. No quiero imprevistos, aquel sujeto enmascarado estuvo muy cerca de dañarme, es muy rápido a pesar de usar poca magia. Es probable que intente entrometerse una vez más, dile al comandante que necesito que nos mantenga informados, no me importa si nos interrumpe, quiero saber inmediatamente si nuestros planes corren peligro.

\*\*\*

Atardecía sobre las extensas explanadas de Bérmelon, los tatuadores volaron a gran velocidad durante día y medio, el enmascarado se encargó de navegar el viyak, siempre atento al rumbo marcado por el radar de uno de los soldados caídos, en pocas horas alcanzarían la Ciudad Caída. Ennol, por su parte, había leído gran parte de la bitácora del Taumaturgo, debía aprender al menos lo esencial sobre el arte del tatuaje para poder liberar las alas de Minwe. El inventor descubrió que para poder hacer un tatuaje se deben cumplir varios requisitos: el primero, como ya lo había mencionado El Grafel, consistía en mantener el alma inmaculada, cualquier agresión o acto malévolo, como matar u ocasionar deliberadamente sufrimiento a otro ser vivo, corrompía la esencia de la energía, por lo que el hechizo de fusión sería rechazado inmediatamente. Otro requisito importante era ser un alquimista universal, lo que permite manipular tanto la energía viva, en este caso las almas de Minwe, Eona y Ennol, como la energía universal, la tinta y el agua diamantina, que son los ingredientes del tatuaje. Por otra parte, es vital que el tatuador tenga la capacidad de transmutar el adamantio, Ennol siempre pensó que la aguja debía ser de adamantio por su impresionante resistencia, pero la verdadera razón por la que se utilizaba el metal era por su extraordinaria



pureza, nuevamente la limpieza del alma era un requisito para poder canalizar la energía a través de este material. Finalmente, el tatuador no solo necesitaba conocer el glifo que debía tatuar, sino también sentirlo en el interior de la doncella, puesto que el tatuaje fija un determinado sentimiento en el preciso momento en el que el asda lo está sintiendo.

El Grafel abandonó el timón del viyak por un momento, para preguntar al muchacho cómo le iba con su lectura.

-Entiendo perfectamente cómo es el procedimiento –explicó Ennol–. Preparar la tinta y la aguja es simple, tampoco tendré problemas en dibujar correctamente el glifo, lo que me tiene realmente nervioso es que no entiendo cómo debo sellar las almas. ¿Cómo puede el tatuaje sobrepasar el límite de lo físico para sellar tres energías diferentes?

-Para empezar, Ennol –dijo El Grafel–, estas olvidando el principal concepto de la alquimia: “Toda la energía es igual”, por lo que las almas de Minwe, Eona y la tuya son la misma energía, solo que se manifiesta de modos diferentes, por eso cada uno de ustedes es un individuo distinto.

-Es verdad, fue lo primero que me enseñó Zola.

-Es importante que conozcas los métodos para tatuar, pero una vez que los sepas voy a pedirte que los saques de tu cabeza.

-¿Qué estás diciendo? –cuestionó el muchacho–. ¿Para qué quiero olvidar algo que me está costando tanto aprender?

-Tranquilo, déjame explicarte. Al decirte que los saques de tu cabeza, me refiero a que es necesario que transformes ese conocimiento en sabiduría –el enmascarado se sentó junto al muchacho–. El tatuaje es un arte no una ciencia, por lo tanto debe ser hecho desde el corazón, es ahí donde habita la sabiduría. El conocimiento es necesario solo como una técnica que le permite a la sabiduría expresarse, nada más.

-Es decir que el conocimiento sirve para saber “cómo” tatuar pero no me enseñará “qué” tatuar.

-¡Exacto! Al igual que la magia debe buscar su propio camino, no puede imitarse, cada persona tiene una manera única para encontrarla y no importa cuánto estudies, la sabiduría es auténtica porque viene desde lo más profundo de tu ser.

-Entiendo, lo que quieres decir es que cuando llegue el momento sabré qué hacer.

-Así es, cuando estés a punto de tatuar a Minwe, debes estar consciente de que de ese tatuaje dependerá no solo el bienestar de la Portadora de Sadek, sino de toda la humanidad –el enmascarado suspiró–. Regálale lo mejor de ti, que el retazo de alma

que le entregues sean tus mayores virtudes, no escatimes, no te contengas, deja que durante ese sublime momento surjan tus sentimientos más intensos. Eso es lo único que puede garantizar el éxito del tatuaje. Mientras más puros sean tus sentimientos más fuerza tendrán sus alas.

-Comprendo, ahora sé que lo haré bien –murmuró Ennol–. Minwe cuenta conmigo y no la defraudaré.

-Estoy seguro de eso –el enmascarado sacudió levemente la cabeza del muchacho–. Ahora... necesito que dejes eso por un minuto, el viento está soplando a nuestro favor y calculo que pronto tendremos rango de vista con la ciudad voladora, llegaremos en pocas horas.

-¿Cómo pretendes abordar la ciudad?

-No te preocupes, Ennol, tengo un buen plan... por ahora, ¿qué te parece si usas otro tipo de ropa? –El Grafel señaló el atuendo del soldado abatido–. Tu bolsillero es un atuendo muy inusual, no nos conviene llamar la atención de nuestros enemigos.

Ennol utilizó uno de los camarotes para cambiar su vestidura, el uniforme negro se ajustó perfectamente a su cuerpo, tenía varios bolsillos y estuches para guardar las armas y dispositivos que utilizaban los mercenarios, se sentía muy cómodo con él ya que la tela casi no pesaba. Ennol se tomó el tiempo de guardar en su equipaje algunas cosas importantes, entre ellos la caja musical, la llave de Ciudad Titán, la bitácora del Taumaturgo y la fotografía de su padre. El muchacho subió a cubierta sintiéndose como un extraño al vestir el atuendo de sus enemigos, caminó un tanto incómodo hasta ubicarse junto a El Grafel, quien observaba hacia el noroeste.

-Allí está –dijo el enmascarado mientras le pasaba el monóculo al inventor–. La Ciudad Caída.

El muchacho observó tras los lentes del artefacto, la tarde agonizaba y el cielo se matizaba en tonos grises, la escasa luz que reflejaba el crepúsculo era suficiente para iluminar la distante metrópolis. Una colosal masa marrón flotaba al borde del horizonte, el muchacho no pudo distinguir mayor detalle, sin embargo, supo que la ciudad se movía rápidamente hacia el este, Ennol siguió la trayectoria del Nido con el monóculo para observar varios kilómetros a la derecha la enorme Ciudad Titán desplazándose lentamente hacia el norte.

-La alcanzará esta misma noche –afirmó el inventor.

-Así es –respondió El Grafel–. De igual manera lo haremos nosotros, el viento nos está

dando una mano... Creo que es tiempo oportuno para explicarte cual será nuestro plan.

\*\*\*

La tarde moría sobre la Ciudad del Coloso, las tropas que defendían la ciudad ererni estaban listas, aproximadamente dos mil guerreros esperaban impacientes las primeras señales del ataque. Los guardianes de Sadek habían encontrado la mejor estrategia según los recursos con los que contaban, lo más importante era proteger la cabeza del coloso, pues si sus enemigos lograban apoderarse del centro de mando, la batalla estaba perdida. Los ancianos, madres y niños que no estaban en condición de pelear se habían refugiado en el palacio real, Renvel y Thea se encargarían de controlar el ánimo del pueblo maekano. Las tropas y barricadas estaban distribuidas de tal manera que harían tremendamente difícil el avance hostil hacia los hombros y cuello del Titán. Goviat ubicó sabiamente los poderosos artefactos que le entregó El Grafel: colocó el primero, como era evidente, en el centro de mando, el heredero sabía que sus enemigos intentarían abatir el cráneo del coloso mediante el uso de catapultas o cañones mágicos, sin embargo, el campo de fuerza no evitaría abordajes de tropas enemigas por el flanco superior, por lo que Goviat y gran parte de las tropas maekanas defenderían las grandes plazoletas de la ciudadela. La segunda esfera fue colocada en el cuello, una gran muralla de piedra fortificaba esta zona que constituía el último torreón que resguardaba el acceso a la ciudadela, Goviat quería crear un anillo central completamente seguro, libre del daño que pudiera ocasionar cualquier tipo de proyectil. Esta zona era de fácil acceso para los guerreros que resultaran heridos en los brazos, cabeza y torso del coloso. Brión y la mayoría de sanadores se encontraban concentrados en esta fortaleza, ellos eran los responsables de restaurar las fuerzas de infantería.

Neydín y Nessa comandarían el resto del ejército maekano, ellas eran las encargadas de proteger la parte superior del torso. Las hermanas y sus tropas tenían una gran ventaja táctica al conocer a la perfección los senderos de la ciudad, lo que les permitiría emboscar fácilmente a sus enemigos. Mientras tanto, Veira y Zola se encargarían de contener la arremetida proveniente de los brazos, los hechiceros de Saiza, divididos en dos bandos, formarían a lo largo de cada brazo varias filas de contención para detener por completo el paso de los soldados. Los luminoides estarían distribuidos sobre el anillo superior de la cintura y evitarían el avance de los humanos

que habitaban en las piernas del coloso, la mayoría de estos hombres eran bárbaros y carecían de instrucción militar, tampoco tenían talento con la magia, por lo que los feruneanos no tendrían dificultad para cautivarlos. Los caesarios, en cambio, estaban ocultos en los huertos para ayudar en la contención de los humanos. Finalmente, Mo y Krim comandarían a las hadas guerreras de Sadek, quienes eran las únicas tropas ofensivas y voladoras en esta batalla. Su misión era la más compleja, debían abatir los vehículos y bestias que intentaran el abordaje, en especial por el flanco superior.

Goviat observaba atento al horizonte, un espeso grupo de nubes ocultaba gran parte del panorama, aun así, el heredero sabía que el ataque llegaría pronto, pues hace más de dos horas había divisado la negra silueta del Nido acercarse vertiginosamente. De repente, una serie de fuertes zumbidos se escucharon muy cerca de Maek, tres enormes escarabajos atravesaron a gran velocidad las oscuras nubes, las bestias cargaban vagones llenos de soldados.

-¡Preparados! –gritó el heredero.

Varios destellos iluminaron el cielo, eran las hadas que atacaban sin piedad a las bestias, las guerreras evitarían a toda costa que los soldados ingresaran a la ciudadela, los disparos de metralla no se hicieron esperar, aunque durante el veloz cruce entre hadas e insectos sería muy difícil acertar, en especial al tratarse de tan pequeños defensores. Dos de los insectos fueron repelidos con éxito, pero el tercero consiguió abrirse camino sobre la gran plaza de Maek. El gran insecto soltó el vagón que cayó varios metros destrozando las placas de mármol de una de las glorietas, las compuertas del contenedor se abrieron con el impacto y cincuenta soldados descendieron desatando una oleada de disparos.

-¡Ahora! –ordenó con energía Goviat.

Los hechiceros maekanos habían formado dos filas detrás de las barricadas, la primera repelía los disparos con amplios escudos de fuerza, mientras la segunda hilera disparaba certeros hechizos paralizadores. Los erernis nunca atacaban para matar, esta era su debilidad en esta guerra, pues si quisieran aniquilar a su enemigo no importaría la desventaja en número, la magia ererni era mucho más poderosa que la magia humana, sin embargo, la ética de su raza solo les permitía neutralizar a los agresores. La línea defensiva estaba muy bien estructurada y los soldados tenían poca probabilidad de romperla, muchos hostiles habían sido impactados por los hechizos, lo

que obligó al resto de agresores a escudarse detrás del vagón, justo cuando los mercenarios se creían en un lugar seguro, varios hechiceros que se ocultaban en los pisos superiores de las casas del flanco opuesto dispararon sus hechizos con asombrosa precisión. Abatido el primer contenedor de soldados, Goviat dio una señal para que los maekanos volvieran a ocultarse tras las ventanas.

Las hadas guerreras estaban pasando un muy mal rato, eran demasiadas bestias las que intentaban ingresar a la ciudad, además, la dura piel de los escarabajos resistía la mayoría de sus hechizos, para aturdir momentáneamente a una de las bestias se necesitaba del ataque sincronizado de más de diez guerreras. Mo y Krim no tuvieron más remedio que concentrar toda la fuerza de sus tropas para evitar que los soldados ingresaran a Maek por la coronilla del Titán. Como era de esperar, los insectos detectaron la vulnerabilidad de los brazos y torso de la ciudad. Varios vagones ingresaron con éxito, seis por el brazo derecho, ocho por el izquierdo y alrededor de quince por el torso del coloso. Casi mil quinientos soldados habían invadido la ciudad y muchos más venían en camino.

Zola y los hechiceros a su cargo esperaban la arremetida, la maestra estructuró tres líneas defensivas en puntos estratégicos del brazo izquierdo, donde los elementos arquitectónicos con ayuda de las barricadas formaban cuellos de botella, de esta manera podrían equilibrar un poco los números. La última línea de hechiceros defendía el portal que vinculaba el hombro izquierdo con el cuello. Los hechiceros habían escuchado el impacto de los vagones hace varios minutos, sin embargo, la anciana sabía por experiencia propia que la mayoría de soldados tardarían al menos dos horas en encontrar el camino, en especial los que habían conseguido abordar desde las plataformas más bajas, la ciudad era un verdadero laberinto y los defensores tuvieron la astucia de invocar varios hechizos de ilusión para ocultar los accesos más importantes.

Veira utilizó la misma estrategia que Zola, pero los soldados que invadieron el brazo derecho habían conseguido ingresar por las plataformas superiores, ubicando a las tropas casi al borde de la primera fila defensiva. El enfrentamiento entre hechiceros y soldados fue casi inmediato. El embudo que creaban las barricadas representaba una fuerte ventaja para la defensa, los soldados tenían pocas posibilidades de abatir a los hechiceros al disparar a demasiada distancia y, cuando conseguían acercarse lo

suficiente, eran víctimas de los conjuros de sueño o de control mental. Sin embargo, algunos hostiles conseguían ubicarse en puntos estratégicos donde cambiaban sus metralhas por rifles de alta precisión. La mayor parte de las veces, los francotiradores malgastaban municiones disparando a imágenes falsas creadas por los ilusionistas, pero los hechiceros de Saiza no siempre corrían con suerte y eran abatidos por los disparos, lo que debilitaba lentamente las líneas defensivas.

Nessa y Neydín utilizaban una táctica completamente distinta, los parapetos habían sido contruidos para emboscar a los hostiles, los maekanos estaban distribuidos en seis puntos estratégicos, cinco de ellos eran callejones sin salida, mientras que el verdadero acceso hacia Maek estaba oculto tras ilusiones y era resguardado por una línea defensiva similar a la usada por Goviat en las plazoletas superiores. Ocultos, los hechiceros esperaban la incursión de los soldados para sorprenderlos. El estruendoso impacto de los vagones dentro del torso de Ciudad Titán fue la señal que cientos de humanos esperaban para iniciar su ávido despliegue, avanzaron a paso lento pero firme, pues era la primera vez que los invasores alcanzaban la zona superior al anillo de la cintura. Habían recibido indicaciones específicas, pero nadie les advirtió que un grupo de luminoides y caesarios evitaría a toda costa su malintencionado avance.

Era medianoche en Bérmeillon, habían transcurrido apenas seis horas y la situación ya empezaba a ponerse crítica. Brión y sus sanadores no podían manejar la cantidad de heridos que llegaban para ser atendidos, por cada dos hombres que sanaban, tres lesionados ingresaban. Veira tenía problemas para sostener la primera línea defensiva del brazo derecho, los soldados se ubicaban cada vez mejor, y los hostiles continuaban aumentando en número. Por su parte, Zola había logrado contener de mejor manera la arremetida, la maestra no tenía problemas en disparar ardientes bolas de fuego que dispersaban las tropas enemigas, esto le había regalado tiempo muy valioso a su defensa. Las herederas de Maek y sus hechiceros habían neutralizado a muchos soldados, sin embargo, los nuevos invasores habían resuelto la ubicación de las emboscadas y empezaron a buscar nuevos senderos para llegar a la ciudadela, no tardarían en encontrar las paredes falsas que escondían el verdadero rumbo a Maek. En cuanto a los caesarios y luminoides, habían conseguido retener exitosamente a la mayoría de humanos, muchos de ellos huyeron atemorizados por las ilusiones creadas por los feruneanos, Goviat les había explicado que los humanos no

dudarían en correr si se encontraran con un grosrote, por lo que no fue tarea difícil para los luminoides repelerlos. Los pocos que pudieron percatarse de la ilusión fueron hipnotizados o abatidos por los caesarios.

Las hadas llevaban la peor parte, muchas habían muerto víctimas de los disparos, el resto de guerreras estaban exhaustas, habían volado de un lado a otro sin descanso por varias horas y apenas habían logrado aniquilar a seis bestias. Los vagones abordaban con relativa facilidad, incluso en la ciudadela. Goviat había empezado a tener problemas para contener los ataques de los soldados, pues ahora los vagones llegaban de dos en dos. Poco a poco sus hombres eran abatidos y al igual que las hadas empezaban a agotarse.

-¡Fuerza, maekanos! –gritaba el heredero– No los dejen avanzar.

Los maekanos disparaban a discreción, las plazoleas estaban abarrotadas por más de diez vagones, los soldados tenían cada vez mayor cobertura, lo que dificultaba a los hechiceros la pronta neutralización de sus agresores. Los conjuros luminosos viajaban velozmente desde las casas periféricas a las glorietas, la batalla no daba tregua. De pronto, un fuerte zumbido se escuchó a lo lejos, era un aleteo mucho más grave que el que escucharon con anterioridad. Un fuerte impacto sacudió toda la ciudadela de Maek, un gran proyectil mágico había impactado en el campo de fuerza que protegía la ciudadela, escasos segundos después un nuevo choque hizo temblar otra vez al Coloso. Era la Ciudad Caída, se había acercado lo suficiente para iniciar el ataque con sus cañones de energía, tal como Goviat lo había supuesto. Los poderosos artefactos cumplían su propósito a la perfección, sin embargo, la mayor parte de la ciudad era vulnerable a ese tipo de ataques.

Zola corrió a la ventana más cercana para observar lo que estaba ocurriendo, el Nido había girado para ubicarse al sur del coloso, una vez allí, una serie de proyectiles impactaron como una lluvia de meteoritos. La ciudad entera se estremeció, muchos de los impactos destruyeron gran parte de los muros exteriores de la metrópoli, llevándose consigo casas enteras. Otros proyectiles tenían un propósito mucho más siniestro; siete enormes arpones de adamantio se incrustaron firmemente en el Titán, tres en el torso y uno en cada extremidad. Las gigantescas lanzas estaban atadas a gruesas cadenas del mismo material, la maestra entendió de inmediato las crueles intenciones de sus enemigos: querían tumbar al Titán. Nadie imaginó que un ataque

así sería posible y aunque lo hubieran previsto, no había manera de evitarlo. No conformes con la última arremetida, cinco largos vagones se deslizaban por las tensas cadenas, abordados por cientos de hechiceros oscuros.

Los indefensos maekanos que aguardaban en el palacio habían empezado a inquietarse, Renvel observaba la maniobra ofensiva de la Ciudad Caída, con un monóculo mágico miraba desilusionado la cantidad de gigantescos insectos que elevaban la oscura ciudad.

-¡Un momento! –exclamó el anciano para llamar la atención de Thea– ¡¿Qué es eso que vuela allí?!

-¿Qué cosa? –preguntó Thea después de arrebatarse el monóculo a Renvel– ¡No lo puedo creer!... ¡Parece que es un viyak!

Ennol y El Grafel sobrevolaban Ciudad Insecto parcialmente ocultos entre las espesas nubes. El muchacho observaba asombrado, le costaba creer que aquella oscura masa de tierra y ruinas hubiera sido alguna vez una de las seis ciudades andantes de los erernis. Cualquier rastro de esplendor había sido borrado por los grises nidos de las bestias, grandes masas de tierra compacta sobresalían como abscesos por todas partes de la ciudad, apenas unos cuantos edificios de mármol sobrevivían en la plataforma superior, la ciudad estaba muerta, las calles destrazadas, sus árboles y lagos estaban secos y el verde de los campos había sido remplazado por el plumizo fango. Seis descomunales bestias, tan grandes como edificios de treinta pisos, eran la principal fuerza que elevaba la colosal ciudad, el inventor calculó que aquellos escarabajos debían medir más de setenta metros, sus patas estaban esposadas a varias cadenas de metal indestructible que se anclaban a pesados monolitos enterrados en la ciudad.

Al parecer el Oculto había encontrado importantes minas de solarine y balorán, los dos minerales necesarios para fundir el adamantio, pues el metal abundaba. Aproximadamente doscientos insectos más pequeños, casi del tamaño del viyak, jalaban sus propias cadenas para apoyar a las bestias mayores en la labor de levantar la metrópolis, estas bestias menores también eran las encargadas de transportar a los soldados. Ennol distinguió el intenso brillo verdoso de algunas esferas energéticas, muy parecidas a los campos gravitacionales que poseía Ciudad Titán, al parecer la ciudad original utilizaba el mismo tipo de magia para aminorar



considerablemente el peso de la urbe, el Nido conservaba intacto aquel complejo sistema, de otra manera las bestias no habrían podido con semejante carga.

Los tatuadores fijaron el curso del viyak y desanexaron las cuatro esferas que aminoraban el peso del aerostato. El plan de El Grafel rayaba en la locura, el muchacho y el espadachín llevaban cada uno dos de las esferas amarradas a su espalda, subieron a la borda y se dispusieron a saltar, pero antes apagaron las esferas de gravedad. El peso del gran viyak aumentó de inmediato y empezó a descender lentamente, mientras que los hechiceros aceleraban en caída libre, pocos segundos antes de estrellarse contra el suelo volvieron a encender las esferas para levitar su peso, el efecto mágico funcionó como un paracaídas y los tatuadores no se estropearon al aterrizar. El Grafel estaba oculto tras una simple ilusión que imitaba la apariencia de un soldado, mientras que Ennol vestía las ropas y portaba las armas de uno de los mercenarios caídos. Una vez en la ciudad los infiltrados se escondieron en las sombras.

El enmascarado volvió a apagar las esferas, incluso el mecanismo mágico que erradicaba el fuego. Ocultos en un oscuro recoveco, Ennol y el espadachín esperaban con paciencia que el viyak descendiera lo suficiente hasta estar lo más cerca posible a los enormes insectos. Varios soldados se percataron de la presencia del aerostato y corrían hacia sus superiores para recibir indicaciones. El Grafel invocó una esfera de silencio y tomando prestado el rifle que portaba Ennol apuntó directamente al gran globo de hidrógeno que elevaba al viyak.

-Goviat va a matarnos cuando se entere –susurró para sí mismo el muchacho.

El enmascarado esperó un momento más hasta estar seguro de que la explosión arrasaría con la mayor cantidad de bestias, entonces disparó. El estallido hizo estremecer la ciudad entera

-¡¿Qué fue eso?! –exclamó horrorizado el Oculto al sentir la fuerte sacudida.

-No lo sé, maestro –contestó Moreb, quien diagramaba extrañas runas para el ritual–.

¿Desea, su Excelencia, que averigüe lo sucedido?

-¡No! Sabes bien que te necesito junto a mí durante la ceremonia –respondió el macabro severamente preocupado–. Envía a los soldados y ordena que aniquilen a cualquier sospechoso... Asegúrate de que Seth y sus hombres no dejen de escoltarnos.

El viyak voló en mil pedazos y el fuego destruyó a nueve bestias e incineró las alas de otras catorce, incluyendo a uno de los seis escarabajos mayores, sus grandes y pesados cuerpos cayeron envueltos en llamas sobre el Nido, incendiando las calles desiertas. Las bestias abatidas no solo habían dejado de aportar con su impulso, también habían sumado su peso muerto a la carga de la oscura ciudad. El Nido perdía altitud, las grandes cadenas que apresaban al Titán disminuían cada vez más su inclinación y los vagones que transportaban a los hechiceros se detuvieron a mitad del camino, para luego deslizarse en sentido contrario. Muchos de los insectos encargados de transportar los vagones se vieron obligados a abandonar sus funciones y ocuparon el lugar de las bestias abatidas, poco a poco la ciudad voladora recuperó la estabilidad de su vuelo y los contenedores continuaron su rumbo hacia el Titán, varios minutos después los oscuros hechiceros de Greta ingresaron a la metrópoli ereni.

El Grafel sabía que los soldados acudirían directamente al lugar de la explosión, por lo que tendrían suficiente tiempo para terminar de montar su plan. Mientras los soldados intentaban apagar las llamas y buscaban inútilmente a los responsables del sabotaje, Ennol y El Grafel se escabullían hacia el centro de la ciudad, ingresaron en un rebullicio de estrechos callejones; de no haber sido por el radar sería casi imposible encontrar la ubicación de Minwe, el mecanismo indicaba que Seth se encontraba varios niveles abajo. Los tatuadores recorrían por un húmedo sendero, el enmascarado se detuvo de pronto en un oscuro callejón.

-¡Espera! –susurró el enmascarado–. Este es un buen lugar para colocar una de las esferas.

El Grafel ocultó el artefacto bajo la rejilla de una hedionda alcantarilla, no sin antes activarlo.

-¡Muy bien! –dijo el muchacho entre risas–. La sorpresa que se llevarán los soldados al no poder disparar sus armas.

-¿Los soldados? –sonrió el espadachín– Más me interesaría ver la cara que pondrá esa obesa hechicera, será tan inútil como una cerilla mojada.

## 22 – DOS ESPADAS

Una enorme bola de fuego atravesó el estrecho callejón, el proyectil impactó en un muro de piedra y estalló violentamente, varios soldados fueron dispersados por el ataque. Zola estaba a punto de llegar al límite, no había parado de invocar hechizos durante toda la noche. El alba de un nuevo día se filtraba por las ventanas de Ciudad Titán, la maestra batallaba sin dar tregua, sus líneas defensivas se habían debilitado, muchos erernis fueron abatidos mientras que otros eran atendidos por Brión y sus curanderos. La llegada de los hechiceros oscuros complicó sobremanera la situación, pues ellos no se dejaban engañar por los hechizos de ilusión, varios de los magos habían invocado contrahechizos para revelar las verdaderas rutas hacia la ciudadela de Maek. Más soldados avanzaban dentro del brazo izquierdo, poco a poco ganaban terreno y se aventajaban tácticamente, Zola intuía que en pocos minutos se vería obligada a replegar sus tropas y abandonar la primera barricada. Mientras tanto, la situación en el brazo derecho era mucho más crítica, Veira había cedido la primera línea defensiva y estaba a punto de perder la segunda, el panorama no auguraba nada bueno, si continuaban así, los soldados alcanzarían el acceso a Maek antes de llegar la tarde.

Goviat y las hadas de Sadek habían tenido mejor suerte, por alguna razón gran parte de las bestias regresaron a la Ciudad Caída, por lo que los abordajes eran menos frecuentes, además la llegada de la luz del sol había fortalecido los ánimos del comandante, sus hechizos eran mucho más poderosos cuando estaba en contacto directo con su fuente. El heredero combatía valientemente contra un enorme insecto que había aterrizado forzosamente en la ciudadela, la bestia se había enredado con las cadenas que tiraba de uno de los vagones, atacaba desesperadamente a quien se le acercaba, sin diferenciar entre soldados y maekanos, había enloquecido y destruyó varias casas aledañas.

Goviat, como de costumbre, no pretendía dañar a la bestia, pues comprendía que el insecto simplemente quería escapar de esa guerra, sus salvajes ataques respondían a su instinto de supervivencia. El heredero se acercó a la enorme criatura, se sentía en la capacidad de solucionar la situación, pues su poder había incrementado con la llegada del día. La bestia intentó embestir a Goviat pero este pareció teletransportarse varios metros atrás, el hechicero podía alcanzar la velocidad de su

fuelle para recorrer pequeñas distancias, esto daba la ilusión de un hechizo de teletransportación. El feroz animal atacó varias veces, pero no consiguió alcanzar al heredero, quien después de esquivar varias arremetidas invocó un intenso destello de luz que cegó temporalmente al insecto, el maekano rodeo a su adversario para finalmente liberar las cadenas que aprisionaban a la bestia. Cuando el gran insecto se dio cuenta de que podía huir, dejó a un lado sus ataques, emprendió su vuelo y escapó.

Los abordajes por el flanco superior finalmente cesaron, esto le permitió al heredero reestructurar la alineación de sus tropas y asistir a los heridos, aun así, el comandante maekano sabía que su ciudad estaba próxima a ser derrotada. La enorme ciudad voladora permanecía suspendida, las tensas cadenas de adamantio dificultaban el paso del coloso, Goviat sabía que en cualquier momento sus enemigos podrían tumbar su ciudad, bastaba un brusco cambio de dirección del Nido para que el coloso cayera como el tronco de un gigantesco árbol, pero al Oculto no le interesaba destruir la ciudad, solo lo haría en un caso de emergencia.

Una vez bajo la luz del día, la fisonomía de la ciudad agresora se podía reconocer con facilidad. Mo se percató de la gran explosión que sacudió al Nido varias horas atrás e intuía que el estallido tuvo algo que ver con la eventual retirada de las bestias, así que junto a un escuadrón de doce hadas decidieron ir a investigar. Nessa y Neydín no tuvieron más remedio que concentrar todo su ejército en su última barricada, las emboscadas dieron excelentes resultados, pero, como lo tenían previsto, los invasores encontrarían el camino tarde o temprano. Una feroz batalla se libraba en una plazoleta trapezoidal, la ingeniería de las barricadas era lo único que les permitía aguantar. Los maekanos peleaban valientemente, su estrategia fue la mejor respuesta dados los recursos con los que contaban, pero esto no sería suficiente para sobrevivir a esta guerra, poco a poco sus filas se resquebrajaban y habían transcurrido apenas doce horas.

-¡Concentren sus ataques en los hechiceros! –gritó Zola al ver que los brujos se acercaban peligrosamente—. Sin ellos es más sencillo vencer a los militares.

La anciana disparó un potente rayo luminoso que acertó en el pecho de un hechicero, casi inmediatamente y con asombrosa velocidad la maestra invocó su manto dimensional para evitar que una bala le atravesara la frente.

-¡Allá hay otro con rifle! —exclamó alarmada la guardiana mientras señalaba la ventana en el segundo piso de una casa abandonada.

Un hechicero ererni le propinó un certero rayo paralizante al francotirador, pero pocos segundos después fue alcanzado por un disparo proveniente del flanco opuesto, el defensor no tuvo oportunidad y cayó muerto junto a los pies de Zola. La hechicera despachó al autor del disparo, se encontraba en una vivienda en el lado interno de las barricadas, algunos soldados habían penetrado la primera línea defensiva, en cuestión de minutos los flanquearían por completo.

-¡Retirada! —gritó Zola desesperadamente—. Nos están flanqueando, ya no tiene sentido quedarnos aquí.

La maestra disparó un par de bolas de fuego para intimidar a los agresores, luego ordenó a un ilusionista que reprodujera su imagen y la de varios hechiceros, de esta manera ganarían valiosos segundos para dirigirse a la siguiente barricada. Los hechiceros abandonaron en silencio el campo de batalla y con gran cautela se ubicaron en un nuevo punto estratégico. De la misma manera, Veira no tuvo otra opción que abandonar su segunda línea defensiva, apenas una barricada separaba a los soldados de Brión y los maekanos heridos.

Las hermanas de Goviat defendían con tesón a su pueblo, sentían como si hubieran peleado días enteros, pero la realidad era distinta, los rayos del sol caían vigorosos sobre la maltratada Ciudad Titán, eran las doce del día y la invasión continuaba vertiginosamente. Neydín abandonó la batalla para ordenar a Brión que reubicara las clínicas en el palacio de Maek. Los erernis contaban con dos últimos movimientos defensivos, el primero era la reubicación de todas las tropas restantes en el sitio donde actualmente se encontraban los sanadores y como último recurso estaba el Palacio Real. Las esperanzas se desvanecían poco a poco, considerando el paso actual de la Ciudad, llegarían a Shalagen en aproximadamente un día, era evidente que no lo lograrían. Veira fue la primera en replegarse y las tropas del tronco se sumaron un par de horas más tarde. El ejército de Zola resistió casi seis horas, pero, al llegar la tarde, la maestra se vio forzada a retroceder. Apenas seiscientos hombres defendían el ingreso sobre el cuello del coloso, mientras que tres mil invasores se abrían camino entre las barricadas.

En el Palacio Real, el miedo había tendido su manto, la guerra se sentía cada vez más cerca, los maekanos no podían evitar escuchar los gritos y las explosiones, las miradas entre Renvel y Thea no eran nada esperanzadoras. La angustia se sentía en el ambiente, el silencio señalaba la inminente derrota, incluso el anciano maestro tenía momentos de debilidad, pues era casi imposible no contagiarse por el pesimismo colectivo. Lo que ellos no sabían es que aquellos trágicos sentimientos eran el ingrediente principal para los planes macabros del Oculito.

\*\*\*

La burda puerta de madera se abrió de repente, el ruin hechicero se adentró despacio en la oscuridad. La doncella se había ovillado en la esquina contigua al umbral, tenía la esperanza de que la oscuridad y su silencio consiguieran ocultarla por algunos segundos, tiempo suficiente para escabullirse tras la espalda de su opresor. Minwe se abalanzó a la salida, como el pequeño ratón que huye de la serpiente, pero antes de que la doncella pudiera alcanzar la puerta Moreb le asestó una certera bofetada que la dejó tumbada en el piso, luego la agarró fuertemente del cuello para ponerla de pie, la muchacha sentía que en cualquier momento Moreb le rompería la nuca, el villano la sacudió y la obligó a salir del calabozo. El terror se había apoderado de la Portadora, pasó horas enteras encerrada en la oscuridad, completamente sola, sin recuerdo alguno y ahora aquel hombre macabro la agredía de esa manera.

-Átala sobre las runas –dijo el Oculito con malicia-. Pronto nuestros enemigos se sumergirán en la desesperación.

-Me parece irónico –comentó Moreb mientras arrastraba a Minwe hacia las extrañas inscripciones-. Por tanto tiempo hemos temido al Hada Blanca, pero al tenerla cerca me doy cuenta de que es patéticamente débil.

-¡Te equivocas! Sadek y los erernis son los débiles –exclamó el Oculito indignado-, la magia de esta muchacha es la más fuerte que se conoce y podría ser devastadora, con semejante poder hubieran podido construir un imperio indestructible, pero no, son débiles y prefieren limitar el uso de sus propios recursos. Ahora, con el Hada Blanca bajo mi yugo, tendré ese poder en mis manos.

Moreb ató las muñecas de la doncella con una áspera cuerda, Minwe todavía no se recuperaba del severo golpe que le propinó el hechicero, casi no se resistió, temerosa de que el malandrín volviera a golpearla; sus manos estaban entumecidas

por las ataduras y su mente era un callejón sin salida, por más que trataba de recordar no era capaz de conectar con su memoria. La desesperación la invadía, al verse completamente acorralada la muchacha no tuvo más remedio que llorar desconsoladamente, el pánico empezaba a apoderarse de ella y se hacía cada vez más evidente, su corazón latía sin control, los escalofríos recorrían su espalda, la muchacha esperaba lo peor, pensaba que la asesinarían en aquella oscura sala.

-Mírela, maestro –intervino el sirviente–. Al parecer está lista para el ritual. Será más sencillo de lo que imaginamos.

Pero el encapuchado no contestó, al parecer había percibido algo en el ambiente, cerró sus ojos y respiró profundo como el perfumista que reconoce un exquisito aroma.

-Hueles eso, Moreb –dijo complacido el villano–. No hay mejor aire que el que viene cargado de miedo.

-¿Son los maekanos?

-Sin duda, ya van a dar las seis, a estas alturas ya deben saber que morirán.

El encapuchado se acercó a la doncella y con su sucia mano le sujetó el rostro. Minwe observó con detenimiento al Oculto, la tenue luz de la única antorcha solo conseguía iluminar sus ojos, la muchacha nunca olvidaría aquellos párpados arrugados y esa mirada penetrante, el hombre era un anciano, de eso no había duda y sobre su ceja izquierda sobresalía una gruesa cicatriz, como si lo hubieran cortado con el filo de una daga.

-Más te vale que recuerdes este rostro, pues será el único al que reconocerás –dijo el desgraciado arrastrando sus palabras como el silbido de una víbora–. Desde hoy, todo lo que eres desaparecerá y tu vida no tendrá otra razón que servirme... Hasta aquí volarás, pajarita.

El Oculto se volteó repentinamente y empujó con desprecio el rostro de Minwe, con un preciso movimiento de su mano encendió los sirios que estaban ubicados alrededor de las runas.

-¡Empecemos!

\*\*\*

Ennol y El Grafel se escabullían por las calles inhabitadas de Ciudad Insecto, la decadencia del entorno era deprimente, una capa arenosa teñía de un gris verdusco las calles y las viviendas, abandonadas hace muchísimos años. Una vez adentro de la ciudad resultaba muy difícil diferenciar la noche del día, pues la oscuridad era absoluta. Ennol le dio buen uso a la linterna adjunta al arma que portaba, lo que resultó oportuno, ya que invocar cualquier hechizo luminoso podía revelar su identidad. Ennol había imaginado que sería muy difícil penetrar en la ciudad, pues esperaba encontrarse con cientos de soldados muy bien atrincherados, pero al parecer los militares temían transitar las calles aledañas a los nidos donde habitaban los enormes insectos y sus larvas; poco tiempo en la caótica ciudad fue suficiente para comprender por qué los soldados mantenían la distancia, más de una vez los hechiceros estuvieron a punto de engancharse en terribles batallas contra las feroces bestias, obviamente los escarabajos defendían instintivamente su nido y sus larvas. Sin embargo, la astucia del espadachín les permitió escapar sin la necesidad de enfrentamientos, incluso Ennol llegó a pensar que El Grafel había escogido ingresar por esta zona de la ciudad, pues le resultaba más fácil enfrentar a las bestias que a los soldados, además de esta manera evitarían que sus enemigos se enteraran de su presencia.

El muchacho se percató de que el Nido ya no era una ciudad, se asemejaba más a un gigantesco bucanero, diseñado para destruir y saquear otras ciudades, ya no existían habitantes, tan solo una vil tripulación. El inventor imaginó qué pasaría con la majestuosa Ciudad Titán si llegara a ser sometida por la maldad del Oculto, el solo hecho de pensarlo le dio escalofríos.

-Hubiera querido conocer esta ciudad cuando era custodiada por las águilas –dijo Ennol con tristeza.

-Fueron días prósperos –contestó el espadachín mientras escondía otra esfera–. Las leyendas cuentan que Cerúlea fue una ciudad llena de luz, aun así, nada se compara con Saiza. Si pudieras verla, es realmente hermosa.

-¿La conoces? ¿Has estado allí?

-Por supuesto. ¿Dónde crees que conseguí esos artefactos que le entregué a Goviat?

-¿En dónde está? –preguntó intrigado el inventor.

-No puedo decirlo –contestó el enmascarado–. Pero, tranquilo, con la ayuda de Zola estoy seguro de que la encontrarás... Lo consiguieron con el Titán, ¿verdad?

-Tienes razón.

-¡Excelente! –exclamó El Grafel una vez que encendió la esfera mágica–. Nos queda



una, pero antes debo decirte algo.

-¿Qué pasa?

-Si te pido algo, necesito que lo cumplas aunque te parezca la idea más absurda. Debes confiar en mí... ¿Entendido?

El muchacho asintió de inmediato, no dudaba de las intenciones del enmascarado, pues percibía la bondad en él; a pesar de su gran talento y sabiduría, Ennol sabía que aquel hombre arrastraba una enorme tristeza, como si hubiera perdido algo muy importante y no consiguiera perdonarse.

-Lo primero que te voy a pedir es que bajo ninguna circunstancia utilices tu magia, guarda tu energía exclusivamente para ejecutar el tatuaje. Déjame las batallas a mí, recuerda que Minwe necesita de la pureza de tu alma, debes controlar tus emociones, de otra manera turbaras el hechizo de fusión.

-Está claro.

De pronto, algo llamó la atención del espadachín, al principio el muchacho pensó que su compañero había escuchado algo, pero luego comprendió que se trataba de una sensación mucho más profunda. Una desesperante angustia invadió el pecho de Ennol, el muchacho sintió como si le estrujaran el corazón para exprimírle cualquier rezago de dicha, como si su energía se desvaneciera sin motivo.

-¡Minwe! –exclamó angustiado el inventor.

-Ya empezó –susurró El Grafel–. ¡Pronto! Son las seis de la tarde. Se nos acaba el tiempo.

El enmascarado emprendió su carrera de inmediato y Ennol nuevamente tuvo problemas para seguirle el paso; el radar titilaba cada vez con más frecuencia, indicando que los tatuadores encontrarían al comandante en poco tiempo. El muchacho había accedido a no utilizar su magia, pero no tenía la menor idea de cómo defenderse cuando llegara el momento de enfrentar al Oculito, si Zola, sus guardianes y el poderoso Grafel no pudieron vencerlo, ¿cómo conseguirían rescatar a Minwe en un escenario totalmente adverso? Contaban con menos aliados, se encontraban en una ciudad desconocida y para colmo el alquimista no podía utilizar su magia ni efectuar ningún tipo de ataque, era el inmenso amor que sentía por Minwe lo que le mantenía impetuoso a pesar de las contrariedades. Por otro lado, la seguridad de El Grafel

equilibraba las dudas del muchacho, el guerrero estaba completamente convencido de que triunfarían.

Los tatuadores habían abandonado las improvisadas cuevas de los insectos para ingresar a la ciudadela principal de la Ciudad Caída, todas las metrópolis erennis contaban con un poblado de mayor jerarquía, así como Maek en Ciudad Titán. Las calles en esta parte del Nido conservaban aún su aspecto original, los pasillos eran amplios y altos y estaban iluminados por enormes antorchas de aceite, por lo que Ennol apagó la linterna. De pronto, El Grafel frenó bruscamente, el radar indicaba que Seth se encontraba al voltear la siguiente esquina, los hechiceros se deslizaron en silencio y espionaron con cautela ocultos en las sombras. Habían alcanzado una gran plaza circular, aquí la arquitectura se conservaba en muy buen estado, doce enormes arcos ojivales rodeaban la plazuela y en uno de ellos se ubicaba una gran puerta de acero. Ennol conocía que ese tipo de glorietas solían anteceder a los templos o edificios ceremoniales. Aproximadamente treinta soldados custodiaban la gran plaza, Seth vigilaba con atención frente a la puerta. Era evidente que la Portadora se encontraba allí.

-¿Cómo ingresaremos? –preguntó Ennol–. Son demasiados

-Usaremos la esfera, estoy muy bien entrenado para pelear en la oscuridad, además sin sus armas estos soldados son prácticamente inofensivos.

-¿Y Seth? –cuestionó Ennol–. No lo subestimes, es muy ágil.

-No te preocupes, todo saldrá bien.

En ese preciso instante, varios disparos de metralla resonaron cerca del lugar, un soldado ingresó corriendo a la plaza para alertar a Seth, quien no tardó en posicionar a sus hombres para contener un posible ataque. Una vez preparada su defensa, el comandante ingresó por la puerta de acero, tenía órdenes específicas de notificar cualquier amenaza.

-¡Un momento! –exclamó el muchacho entre susurros–. ¡No somos los únicos que intentamos rescatar a Minwe!

El Grafel se hincó frente a Ennol y observando fijamente sus ojos le entregó la última esfera del viyak.

-La vas a necesitar –la seriedad del espadachín le resultaba preocupante al muchacho–. Cuando te dé la señal, sea cual sea la situación, rescata a la Portadora y

huye con ella, encuentra el lugar más apropiado en la superficie y ocúltate hasta llegar el alba. Tienes doce horas para encontrar el valor en Minwe. Debes confiar en tu instinto. ¿Está claro?

-Sí –Ennol estaba aterrado.

-Lo harás bien –dijo el espadachín con la ternura de un padre–. Ahora activa la esfera.

Ennol encendió el artefacto, en apenas segundos las enormes antorchas de aceite que iluminaban la gran plaza se apagaron por completo, dejándolo todo en total oscuridad.

\*\*\*

Seth ingresó en la caótica sala de piedra negra, sabía que interrumpía un ritual importante, pero sus órdenes habían sido claras; un espeso y pestilente humo negro flotaba en el ambiente, el soldado no pudo evitar respirarlo por lo que un fuerte ataque de náusea le hizo vomitar, Moreb y el Oculto se percataron de su presencia.

-¡Qué demonios haces aquí! ¡Maldita sea! –insultó el encapuchado, quien fumaba un grueso cigarro embadurnado de brea ardiente– ¡Imbécil!... ¡Estamos a mitad de un ritual!

-Solo... cumplo... con mis órdenes –dijo el comandante reponiéndose de los espasmos de tos–. Alguien merodea muy cerca... me acaban de notificar que han asesinado a varios de nuestros hombres.

-¡Maldición! –exclamó el encapuchado después de exhalar una espesa bocanada de humo–. Es aquel enmascarado, sabía que intentaría rescatar a la muchacha... No lo dejen pasar, es muy difícil que se repitan las condiciones para este ritual...

En ese preciso momento los sirios y las antorchas que iluminaban la sala ceremonial se apagaron súbitamente, absorbidas por la magia de la esfera, la sala quedó en tinieblas. Minwe, quien permanecía atada al piso sobre aquellas extrañas runas, al escuchar que alguien venía a rescatarla recuperó una chispa de esperanza e intentó nuevamente zafar sus ataduras. El Oculto, al darse cuenta de su imprudencia, estalló en cólera.

- ¡Quiero que encuentres a ese rufián y lo asesines de inmediato! –le ordenó a gritos a Seth–. ¡Si fallas, te torturaré hasta que implores tu propia muerte!

Pero el Oculto no sabía que era demasiado tarde para que Seth pudiera reaccionar. Una vez apagadas las antorchas de la plaza, el enmascarado abandonó su escondite, empuñó con firmeza su espada y sin desenvainarla atacó. Su vertiginoso paso apenas alertó a los soldados, quienes estaban ocupados en encender sus linternas, un par de sordos golpes tumbaron al primer soldado y antes de que este cayera al suelo la espada envainada de El Grafel ya había impactado la nuca y el estómago de otro par de militares.

-¡Nos atacan! –gritó uno de los soldados antes de recibir un certero impacto en la sien.

Varias linternas se encendieron y entre el confuso juego de luz y sombras se escuchaba el frustrante golpeteo de los gatillos, el espadachín se movía como una sombra, sus maniobras eran fantásticas, cada movimiento, cada giro, cada golpe que propinaba el guerrero eran perfectos. Los soldados estaban completamente desconcertados, sin poder ver con claridad y sin sus armas de fuego, no tuvieron la menor oportunidad frente tan diestro adversario, incluso los pocos que tuvieron tiempo de desenvainar sus cuchillos de guerra fueron noqueados sin que se enteraran quién los había golpeado. Al inventor le pareció muy extraño que el enmascarado utilizara su sable envainado, al parecer no le interesaba matar a los soldados, tal vez porque la batalla no representaba amenaza alguna. Pasaron apenas minutos y treinta soldados yacían inconscientes en la plazoleta, después de verificar que no existía peligro alguno el espadachín llamó a Ennol, quien estaba escondido tras una de las grandes columnas que rodeaban la rotonda. Antes de ingresar por la puerta de acero, El Grafel volvió a utilizar su magia para que el muchacho pudiera ver en la oscuridad.

El interior del templo era realmente impactante, dos extensas columnatas sostenían la gran bóveda que cubría una serie de escalones que descendían hacia la oscuridad. A ambos lados del pasillo yacían varias hogueras en forma de cáliz, todas ellas apagadas por la magia del artefacto. Al final del corredor dos enormes peanas se levantaban a cada lado de las escaleras, las águilas de mármol que alguna vez adornaron este magno vestíbulo habían sido destruidas, sus restos continuaban al pie de los soportes, como recordatorio de la caída de Cerúlea. El santuario fue profanado por completo, lo que antes servía para adorar a los dioses y espíritus erernis se había convertido en un templo oscuro, dedicado a la tortura y ceremonias macabras. Los tatuadores bajaron las escaleras en total silencio, a medida que se adentraban en el templo la angustia en el pecho del muchacho aumentaba considerablemente, estaba

desesperado por llegar, pues sabía que la doncella atravesaba momentos de supremo dolor.

Eran las seis y media de la tarde cuando los tatuadores llegaron al nivel más bajo y se escabulleron con cautela por un pasillo de piedra negra, varios calabozos y cámaras de tortura se abrían a ambos lados del corredor. De pronto, los muros de la encrucijada más cercana se iluminaron por la inquieta luz de una linterna, el espadachín no tardó en reaccionar, jaló a Ennol y se escondieron dentro de uno de los aposentos que habían pasado segundos atrás. Era Seth quien corría apurado hacia las escaleras, seguramente había recibido nuevas órdenes, el comandante no imaginaba la sorpresa que se llevaría al encontrar a todo su batallón inconsciente sobre la plazoleta. El Grafel y Ennol esperaron pacientemente que el soldado abandonara el pasillo para luego continuar su búsqueda.

Finalmente, llegaron a una oscura alcoba de piedra, la áspera voz del Oculito se escuchaba a lo lejos, invocaba extraños conjuros en una lengua desconocida para los tatuadores. El escenario era muy confuso, parecía que en aquel lugar se hubiera disputado una colosal batalla, pues los grandes muros de piedra que antes conformaban las salas ceremoniales habían sido reducidos a escombros, algunos tenían enormes perforaciones, como si hubieran sido impactados por potentes explosiones, otros solo conservaban un metro y medio de sus bases, mientras que otros fueron destruidos por completo, convirtiéndose en una abultada capa de ladrillos. Una pálida luz brillaba entre las ruinas de los muros centrales, por la coloración rojiza del resplandor el enmascarado dedujo que la luz era emitida mágicamente. Los hechiceros se acercaron en silencio hasta alcanzar un segmento de muro que todavía permanecía en pie, una gran ventana trapezoidal les permitió espiar lo que sucedía.

Allí estaba Moreb, con la palma de su mano iluminaba el tétrico ritual: Minwe yacía sobre una gran plataforma de piedra, bajo su cuerpo inmóvil estaban trazados en bajo relieve extraños jeroglíficos que brillaban levemente; junto a la Portadora se encontraba el Oculito, vestía una elaborada túnica negra y su abultado capuchón escondía el rostro del brujo tras las sombras. Una espesa nube de humo rodeaba al encapuchado y a la muchacha, flotaba como lo hace la tinta negra sobre el agua y con cada movimiento del hechicero el denso vapor envolvía lentamente a la doncella. Ennol en un impulso quiso asistirle, pero una terrible sensación se apoderó de su pecho, era

un intenso vacío que lo abordaba, el muchacho sintió sus pulmones llenos de humo y le costaba respirar.

El encapuchado continuó pronunciando aquellas extrañas palabras, repetía la misma frase una y otra vez, cada vez con mayor frecuencia y volumen. El humo empezó a girar como un torbellino alrededor de Minwe, la muchacha estaba aterrada, por su mente pasaban imágenes de horror, pensamientos que consumían su corazón y ahogaban sus esperanzas, el miedo crecía poco a poco, al principio el sentimiento la aprisionaba, le hacía temblar como una presa acorralada, pero con cada segundo el pánico crecía y mutaba. La doncella se desconectó por completo de su fuente, había demasiado sufrimiento en el ambiente, el dolor y la angustia de cientos de maekanos, la tragedia absurda de la guerra y aquel siniestro hechizo que proyectaba su pánico al infinito, aquel sentimiento fue excesivamente intenso, el llanto de la muchacha estalló como un alarido de dolor.

-¡Eso es! –exclamó El Oculto con una sonrisa macabra–. ¡Deja que el miedo te gobierne por completo!

Ennol se retorció del dolor y la desesperación, sin embargo, forcejeaba con todas sus fuerzas para ayudar a la Portadora, pero El Grafel lo sostenía con firmeza, el muchacho sabía que el espadachín tenía una buena razón para detenerlo, pero en aquel momento no existía argumento que le impidiera intentar salvar a la doncella. Minwe había llegado a su límite, estaba a punto de perder la cordura, el pánico rompió sus ataduras y siguió creciendo desmesuradamente. De pronto, el delgado umbral que separa el miedo del odio se quebró, un intenso destello de luz blanca iluminó por segundos el oscuro escenario, era Eona, quien invadida por el terror no tuvo otra opción que abandonar el frágil cuerpo de Minwe. El Hada Blanca flotaba aturdida sobre su Portadora, sus brillantes alas apenas podían mantener su vuelo, estaban exhaustas por el fuerte maltrato de su espíritu.

-¡Hasta que por fin decidiste salir! –gritó el encapuchado iracundo de poder–. Te he buscado durante años.

Eona alzó su mirada con gran esfuerzo, miró profundamente al desgraciado y reuniendo las pocas fuerzas que tenía respondió.

-Solo buscas mi poder... y aunque logres someterme... nunca podrás usarlo.

-¡Eso está por verse! –expresó El Oculto–. Los secretos de tu poder no los podrás

ocultar de mi magia.

-Eso que tú usas... no es magia –susurró el hada agotada por el dolor–. Tú no sabes nada sobre magia.

-¡Silencio, hada inútil! –gritó el encapuchado–. No voy a discutir con una esclava, porque de hoy en adelante tú y la muchacha vivirán solo para ser mis esclavas. Reclamaré el poder que siempre debió pertenecerme, porque tengo la fuerza suficiente para utilizarlo sin límites.

-Será tu perdición –sentenció el hada.

-¡Dije silencio!

El rufián contorsionó sus manos, como si estuviera estrangulando a una víctima imaginaria, el humo fétido que giraba alrededor del hada se constriñó con violencia sobre su blanca piel, apretando tanto hasta penetrar por sus poros, de igual manera el fluido ingresó forzosamente por sus fosas nasales, contaminando las entrañas de la criatura. El brillo immaculado del Hada Blanca se desvaneció paulatinamente para luego convertirse en una oscura e intermitente radiación, después de haber absorbido hasta la última partícula de humo, el hada se tornó de un viscoso color gris. Un nuevo destello iluminó la sala y Eona desapareció de repente, había vuelto a habitar en el alma de la doncella. Por varios segundos el silencio reinó. De pronto, una oscura silueta ingresó a la sala con asombrosa velocidad, el brillo de una espada se disponía a atacar a Moreb, por un segundo Ennol pensó que su compañero lo había abandonado para atacar al hechicero, pero casi al instante escuchó la voz de El Grafel gritar:

-¡Ahora, Ennol! –el espadachín se abalanzó sobre el encapuchado.

El característico sonido de un sable al ser desenvainado fue suficiente para que el Oculto advirtiera el ataque del guerrero. Ennol no dudó en hacer lo que el espadachín le había pedido, estaba desesperado por ayudar a Minwe y sin importarle los peligros a los que se sometería el muchacho corrió a desatar a la doncella.

El Oculto apenas tuvo tiempo de esquivar el primer ataque del espadachín, su atención estaba fija en la doncella y había utilizado gran parte de su poder para ejecutar el ritual, el villano tuvo que dar un salto hacia atrás, cediendo espacio suficiente a El Grafel para interponerse entre él y Minwe, el enmascarado volvió a amenazar al brujo oscuro y consiguió alejarlo aún más de la muchacha. Mientras tanto,

Ennol sorteó los escombros con la esfera del viyak atada a su espalda, se desplazó con gran rapidez, pues estaba completamente concentrado en la tarea que le había asignado El Grafel. Ennol escuchaba el blandir de dos espadas, aquel misterioso sujeto que había atacado hace pocos instantes parecía conocer las mismas técnicas que el enmascarado. De pronto, el rostro tatuado de Moreb se materializó frente al inventor.

-No pensarás que te dejaré pasar tan fácilmente –se burló el oscuro hechicero.

Pero el muchacho continuó corriendo con todas sus fuerzas, en su carrera solo pudo percibir la sombra de una capa azul marina interponerse frente a Moreb y el agudo silbido de la espada cortando el viento, el hechicero no tuvo más remedio que retroceder y d'Marti pudo continuar sin dificultades. El Tatuador ingresó en la plataforma de piedra donde estaban escritas aquellas extrañas runas y sin perder un segundo comenzó a desatar a Minwe. Mientras tanto, Moreb y el Oculito intentaban teletransportarse para detener a Ennol, pero los guerreros, veloces como felinos, frustraban cada intento de los asesinos. La escena era crítica, Ennol desataba los fuertes nudos de las muñecas y tobillos de Minwe, la muchacha se retorció y murmuraba extrañas palabras, los guerreros, uno a cada lado de Ennol, esgrimían sus largos sables atentos al siguiente ataque de sus enemigos, y el Oculito y Moreb rodeaban a sus presas como feroces hienas.

-¿Cuáles son mis órdenes? –preguntó el nuevo aliado.

-Contén a Moreb y memoriza los movimientos del Oculito –la concentración de El Grafel era asombrosa–. Es muy probable que también tengas que enfrentarlo a él.

-Lo haré si es necesario.

El Oculito arremetió con furia, lanzó varios hechizos contra El Grafel, pero este, inmerso en una profunda concentración, consiguió esquivar los ataques con solvencia, parecía que intuía cada movimiento de su enemigo, además, los ataques de su espada eran cada vez más peligrosos, por lo que el Oculito tuvo que retroceder. Moreb, en cambio, trataba de sorprender a su adversario, en el fondo sabía que aquel espadachín podía rebanarlo en pedazos en el mínimo descuido, por lo que se mantenía a una distancia prudente. Los guerreros ganaron suficiente tiempo y Ennol terminó de desatar a Minwe, el ritual empezaba a causar efecto, los ojos de la doncella estaban completamente negros, como si aquel viscoso humo los hubiera repletado, de igual manera sus labios y encías se teñían lentamente por el oscuro pigmento, sus uñas habían crecido casi un centímetro y su voz se escuchaba cada vez más grave, el



corrupto odio invadía por completo el espíritu de la doncella, en poco tiempo el conjuro se completaría.

-¡Algo le pasa! –exclamó Ennol sin saber qué hacer–. ¡Minwe! ¡Minwe!

El muchacho continuó llamando a la Portadora, pero esta no respondía, la esencia de la doncella se perdía lentamente; las fuerzas de Ennol también se desvanecían, pero su determinación se sobreponía a la pesadez de su cuerpo, sujetó el rostro de la doncella firmemente y la obligó a mirar sus ojos.

-¡Minwe! ¡Soy yo Ennol! –tenía la esperanza de que lo reconociera.

En ese momento, la muchacha batió con fuerza su brazo para abofetear al inventor y arañarle profundamente la cara.

-¡¿Quién eres tú?! –gritó la Portadora, su voz sonaba tan áspera como la de un demonio–. ¡Aléjate de mí, infeliz!

La muchacha estaba enloquecida, Ennol hubiera preferido recibir cientos de bofetadas antes que escuchar aquellas punzantes palabras. Pero la extraña actitud de la Portadora le reveló al muchacho lo que estaba sucediendo, con su mano palpó el cuello de Minwe y verificó la ausencia de su collar de ónice.

-¡Le han arrebatado sus recuerdos! –gritó el muchacho desesperado.

-Lo sé –dijo El Grafel–. De otro modo no habrían podido corromperla.

Por primera vez desde que salió de su escondite, Ennol alzaba su mirada para ver lo que estaba sucediendo a su alrededor. El recién llegado llevaba un atuendo muy parecido al de El Grafel, una gran capa azul marina, una armadura de cuero de excelente calidad, guantes negros y la característica máscara con pico de ave. Al parecer los espadachines pertenecían a una misma orden o ejército, El Grafel era más experimentado, por lo que asumió la comandancia de inmediato, el otro guerrero era más joven pero no lo suficiente como para considerarlo un novato. La forma de sus antifaces hacía mayor sentido para Ennol, no era coincidencia que los individuos se encontraran en Cerúlea, la antigua Ciudad de las Águilas. Hace poco El Grafel le había confesado a Ennol haber estado en Saiza y seguramente ha visitado otras ciudades erernis, su magia es muy poderosa y en Ferún el muchacho escuchó a Neliba decir que sus conjuros de curación eran magia druida, y los druidas viven junto a los erernis. Ennol estaba convencido de que El Grafel no era un común humano, solo había algo

que descartaba por completo las sospechas de Ennol: el espadachín no era completamente pacífico.

-¿Buscan esto? –la burlona voz de Moreb se escuchó en el lado opuesto de la gran sala negra, en su mano colgaba el collar de Minwe–. ¿Por qué no vienen por él?

El Oculto, al igual que Moreb, había cambiado de estrategia, sabían que los guerreros necesitaban la piedra y estando a tanta distancia los espadachines no conseguirían custodiar a la doncella. El Oculto disparó una serie de púas negras, pero El Grafel las contuvo con un hechizo de fuerza.

-Extraño –susurró El Oculto al evidenciar que el espadachín poseía talento mágico–. ¿Por qué te escudas detrás de esa inútil espada cuando puedes explotar la fuerza de la magia?... Eres tan torpe como la causa que defiendes.

El enmascarado volvió a la ofensiva, pero esta vez disparó un rayo luminoso directo al pecho de Moreb, el brujo no esperaba un ataque a distancia y el hechizo impactó en uno de sus brazos, poco faltó para que dejara caer el ónice. El Oculto aprovechó la partida del espadachín y embistió nuevamente a El Grafel, quien estaba preparado para la arremetida, varios rayos oscuros aceleraron contra la humanidad del guerrero, pero este los esquivó con facilidad. El villano estuvo cerca de alcanzar a la doncella, con un escudo de fuerza evitó que la espada de su adversario le atravesara el corazón, pero la maniobra le costó un certero puñetazo en el pecho que le hizo retroceder una vez más. Sin duda, el poder del Oculto había mermado desde la última vez que se enfrentaron, aquel complejo conjuro que había invocado para corromper a Eona lo había debilitado considerablemente. Moreb y el otro espadachín continuaban combatiendo a muerte, el malandrín intentaba engañar a su adversario para poder teletransportarse y asesinar a Ennol, pero el enmascarado no mordía el anzuelo, sabía claramente cómo impedir los movimientos del brujo.

-Llegan tarde –se mofó el encapuchado después de esquivar un nuevo sablazo–. En poco tiempo el Hada Blanca me obedecerá solo a mí.

-Eso no pasará –respondió el Grafel con determinación–. El asda brillará y apagará de una vez por todas esta guerra.

-Nadie puede contrarrestar ese hechizo.

-No será necesario –argumentó el guerrero–. Tu inútil ritual solo conseguirá hacer más fuerte a Minwe.

La última respuesta del espadachín pareció molestar al Oculto, quien había perdido por completo la paciencia.

-Te mataré igual que al bastardo de d’Jinn –gritó enfurecido el oscuro hechicero–. Ni tú ni los guardianes de Sadek podrán detener mi destino.

Una enorme bola de brea venenosa surcó los aires buscando impactar al Grafel, pero este, después de invocar un sutil hechizo sobre su espada, destruyó al proyectil con asombrosa destreza. Mientras tanto, Moreb estaba acorralado, el espadachín sabía que el brujo necesitaba concentrarse para poder efectuar su teletransportación, por esta razón no dejaba de amenazarlo con el filo de su espada. El villano sabía que de seguir en esa situación su enemigo lo vencería. Los hechiceros subestimaron el poder de los espadachines, si bien su magia no era frecuente, la habilidad con sus espadas representaba una fuerte ventaja al momento de combatir cuerpo a cuerpo; los hechiceros no estaban acostumbrados a este tipo de peleas, pues se habían especializado exclusivamente en el uso de la magia, pero sin la oportunidad de concentrarse, sus hechizos se veían frustrados o no tenían ni la fuerza ni la precisión suficientes.

-¡Pronto! –gritó Ennol al ver el terrible estado de Minwe–. Necesitamos restablecer urgentemente sus recuerdos.

El resplandor de varias luces iluminó los pasajes aledaños a la gran cámara donde se desarrollaba la batalla, varios pasos se acercaban vertiginosamente, alrededor de quince soldados ingresaron con sus linternas encendidas y sus cuchillos desenvainados. Seth, como siempre, comandaba el avance. Ennol sintió que todas las esperanzas se desvanecieron, los soldados rodearon por completo al Tatuador y a los espadachines, listos para cumplir con sus órdenes.

-¡Recuperen al Hada Blanca! –ordenó Moreb.

Ennol desenvainó el cuchillo del soldado al que le robó sus ropas, el muchacho no tenía la menor idea de cómo utilizarlo, incluso lo sujetaba de manera incorrecta, los soldados se burlaban del inventor. Los espadachines estaban entre la espada y la pared, no podían ayudar a Ennol y contener a los hechiceros al mismo tiempo.

-Ennol –dijo El Grafel–, suelta ese cuchillo.

-Escucha a tu papi, Ennol –se mofó uno de los militares mientras lo acorralaban.

Seth se acercó lentamente, él también empuñaba su arma. Ennol sabía que no tendría oportunidad contra el comandante, bastarían un par de sus movimientos para que el muchacho cayera abatido. La desesperación se apoderó del joven, buscaba una respuesta en El Grafel pero el espadachín estaba concentrado conteniendo al Oculto. Ennol estaba acorralado, no podía pelear, aunque lograra vencer a Seth su alma se corrompería y no podría efectuar el tatuaje, no podía usar su magia, pues El Grafel le había pedido que bajo ninguna circunstancia lo hiciera, no podía huir con Minwe ya que los soldados lo despedazarían antes de que consiguiera cargar a la doncella. En aquel momento la idea más absurda pasó por la mente de Ennol, no tenía muchas opciones así que lo intentó, el muchacho se arrodilló junto a la doncella y empuñando con fuerza su cuchillo alzó sus manos.

-Si te acercas la mato –dijo tembloroso el muchacho.

-¡No te atreverías! –gritó El Oculto.

La idea no solo había sido absurda, sino que fue muy mal ejecutada.

-Ja, ja, ja –se rió Seth–. Claro que no lo harás.

-Lo haré –insistió el muchacho–. Te lo juro.

-Claro... –dijo sarcásticamente el comandante–. Arriesgas tu vida para salvarla y ahora pretendes que crea que la matarás.

-Lo haré –volvió a insistir Ennol cada vez con menos convicción.

-He visto cómo la miras –el comandante se acercaba cada vez más–. Es obvio que la amas, no podrías vivir sin ella. Todo tu mundo gira alrededor de ella.

-¿Y tú qué sabes de amor? –cuestionó el muchacho–. Ella te salvó la vida... ¿Recuerdas? ¿Cómo te atreviste a traicionarla?

-Dame el cuchillo.

En ese momento Ennol se dio cuenta de algo, Seth habría podido matarlo en cualquier momento, sin embargo, ¿el soldado negociaba la entrega de su cuchillo y le hablaba sobre amor? El muchacho observó el brazalete del comandante, él mismo fue quien había explicado cómo funcionaba el radar y a pesar de saber que los guardianes conocían la manera de ubicarlo, nunca se lo retiró.

-Acaba con el muchacho –ordenó nuevamente Moreb

Pero Seth continuaba observando fijamente a los ojos de Ennol.

-Muchacho... ¡Dame el cuchillo! –repitió.

-¡Asesínalo! –gritó el Oculto.

Todo empezaba a tener sentido, El Grafel había utilizado su espada envainada para vencer a los soldados de su escuadrón, sabiendo que en cualquier momento podían despertar y acudir al rescate de su comandante. No sería la primera vez que Seth los ayudaba, fue él quien les advirtió del inminente ataque en Ferún. Ennol descubrió que había juzgado injustamente a Seth. ¿Sería posible que el comandante hubiera jurado en silencio proteger a la doncella? ¿Podría ser que Minwe con su ternura consiguiera encender una chispa de luz en el oscuro comandante? La cabeza de Ennol daba miles de vueltas, en ese momento el muchacho recordó las palabras del espadachín: *“Debes confiar en tu instinto”*. Soltó su cuchillo, desató la esfera de su espalda y a pesar de estar completamente rodeado por los soldados, la desactivó.

## 23 – EL OCASO DE UNA GUERRA

-¡Protejan a los muchachos! –ordenó Seth–. ¡Formen un perímetro a su alrededor!... utilicen sus armas de fuego, disparen ni bien tengan oportunidad, no lastimen a los enmascarados.

Los soldados obedecieron de inmediato, envainaron sus cuchillos y después de rastrillar sus armas apuntaron amenazantes contra Moreb y el Oculto, en cuestión de segundos los militares habían formado un anillo para proteger a la Portadora, sin embargo, no podían iniciar un ataque pues los espadachines continuaban combatiendo cuerpo a cuerpo con sus enemigos, sus movimientos eran tan impredecibles que los soldados podrían aniquilarlos si disparaban. Ennol sentía la adrenalina fluyendo por su sangre, había recorrido todas las emociones posibles en apenas minutos, nunca imaginó que la solución llegaría en manos de Seth. Ahora más que nunca el muchacho comprendía el verdadero poder de Minwe, ella tenía la capacidad de sanar el alma, lo ocurrido con Seth era apenas un pellizco de lo que podría conseguir la doncella con la fuerza de su amor; en ese preciso momento el muchacho comprendió por qué El Grafel estaba tan seguro de que triunfarían, el espadachín sabiamente había comprendido que mientras Minwe estuviera con vida todo era posible, aun en las peores circunstancias. Ennol había aprendido a confiar en el amor de la doncella, no había duda, el muchacho tenía la certeza de que al amanecer el asda liberaría sus alas y con ellas vendrían nuevos tiempos de paz.

-¡Maldito traidor! –gritó enfurecido Moreb, las venas de su frente palpitaban por la ira–. ¡¿Cómo te atreves a amenazar a mi maestro?! ¡Pagarás por esto!

El oscuro hechicero estaba enajenado como una bestia incontrolable, pero detrás de esa agresiva fachada de odio se escondía un estallido de pánico, el brujo estaba convencido de que su maestro lo asesinaría brutalmente, pues todas las culpas recaerían sobre él, Seth, los soldados, las armas de fuego, todo había sido iniciativa de Moreb. Las horas del malandrín estaban contadas, aunque consiguiera escapar de la espada del enmascarado y de las letales armas de fuego, su maestro lo cazaría como a una rata. Pero el desgraciado no se iría sin cobrar su venganza, el ritual y la Portadora dejaron de importarle, de todas formas sabía que no conseguiría vencer a los espadachines, la poca vida que le quedaba la utilizaría para saldar una cuenta personal.

Moreb dejó de escatimar esfuerzos, el veloz sable del enmascarado continuaba interponiéndose en su objetivo de asesinar a Seth, el brujo no estaba dispuesto a perder su tiempo, la rabia había incrementado considerablemente su poder, sin importarle el agotamiento que esto significaría minutos después. El Grafel tenía una lectura clara de la situación, sabía que la batalla había girado a su favor, con los soldados custodiando a Minwe podía concentrarse completamente en atacar al Oculito, el guerrero estaba consciente de que tenía poco tiempo para eliminar al encapuchado, quien había comprendido su derrota y ahora buscaba desesperadamente una manera de escapar.

-¡Recuperen el collar! –exclamó Ennol, angustiado por el crítico estado de la muchacha-. ¡Queda muy poco tiempo!

-¿Quién lo tiene? –preguntó Seth mientras apuntaba su arma presta a disparar.

-Moreb –señaló el muchacho.

El comandante avanzó varios metros con paso firme, abandonó la línea defensiva y con un movimiento de su mano ordenó a sus soldados que apuntaran al hechicero. Mientras tanto, el Oculito había ganado espacio en su lucha contra El Grafel, era mucho más sencillo contener los ataques del encapuchado que evitar que este escapara, el espadachín temía que su enemigo consiguiera teletransportarse, por lo que no dudó en pedir ayuda a su compañero.

-¡Ayúdame a contenerlo! –gritó El Grafel-. Se me está escapando, refuerza el flanco derecho... Deja que los soldados se encarguen de Moreb.

El espadachín más joven acató las órdenes de El Grafel, era mucho más importante eliminar al Oculito que a Moreb, tras dar un par de volteretas, el espadachín se ubicó tras el encapuchado e intentó perforarlo con su espada, el villano evitó la fatal punzada con un hechizo de protección. Mientras tanto, Seth se preparaba para enfrentar a su antiguo jefe, no podía ordenar a sus soldados el fuego abierto pues corría el riesgo de destruir el ónice, además hace mucho tiempo que el comandante deseaba enfrentar al tatuado hechicero, siempre lo aborreció con todas sus fuerzas. El brujo estaba libre de amenazas, hubiera podido escapar pero sabía que no tenía ningún sentido, huir solo haría más agonizante su muerte, ahora al brujo solo le importaba cobrar venganza.

-¡Entrégnanos la piedra! –amenazó el comandante.

-Qué curioso –silbó Moreb, su voz estaba cargada de odio–. ¿Ahora eres tú quien da las órdenes?

-¡El ónice, Moreb! –insistió el soldado.

-¿Qué te pasó, Seth? –cuestionó el infeliz mientras se acercaba lentamente–. Eres un magnífico asesino, la manera en la que torturaste al tabernero... lo vi con mis propios ojos, fue simplemente... ¡Magistral! Tenías el talento en la sangre, naciste para eso. ¿Y ahora... defiendes a esta inútil muchacha? Aunque logres salvarla, tú seguirás siendo un asesino... nunca podrás borrar los crímenes que has cometido.

Un estridente alarido resonó, el macabro conjuro continuaba corrompiendo a la muchacha, quien gritaba sin control, el tiempo se consumía y Minwe no podía resistir sin sus recuerdos. Seth por primera vez en su vida sintió que perdía algo que realmente le importaba, su expresión fue tan evidente que el oscuro hechicero no hizo esperar su burla.

-No puede ser –dijo el brujo fingiendo estar conmovido–. Pero si en verdad te importa la mocosa. ¡Dejaste que te ablandara! No lo puedo creer, el despiadado mercenario obnubilado por la gracia de una torpe jovencita. ¿Cómo pudiste ser tan débil? Dime... ¿De qué estupideces te habló?... ¿amor?, ¿gratitud?, ¿compasión?... ¿Qué me dices del honor?

Seth estaba perdiendo la paciencia.

-¿Qué te parece si decidimos esto con honor? –propuso el hechicero, mientras guardaba el ónice en el bolsillo de su capa–. Si quieres la piedra tendrás que vencerme en una pelea cuerpo a cuerpo. No utilizaré mi magia, solo mi puñal, te lo prometo... pero tú debes prometerme no utilizar tus armas de fuego ni las de tus soldados.

El comandante no lo pensó, casi de inmediato soltó su metralla y desenvainó su cuchillo, sin pronunciar palabra avanzó varios metros hasta situarse frente al hechicero.

-¡Qué emocionante! –exclamó Moreb, mientras empuñaba su daga–. ¡Tendremos un duelo!

Seth atacó con fuerza, Moreb tuvo que callar para concentrarse y esquivar la arremetida, el brujo contraatacó con un veloz movimiento, pero el soldado bloqueó el ataque con su antebrazo izquierdo. Los cuchillos reflejaban las luces de las linternas y



el cruce de los aceros resonaba arrítmicamente, la riña era asombrosa, los contendientes se aferraban a la emoción que los impulsaba, Moreb movido por la rabia y su insaciable sed de venganza y Seth por la desesperación de salvar a Minwe. El villano evadió una puñalada que por poco le perfora el pecho, pero no pudo evitar el puntapié que tras un intrépido giro el comandante le acertó en el rostro, Moreb retrocedió varios pasos y perdió por un instante el equilibrio, Seth aprovechó el momento y esgrimió su cuchillo una vez más para herir profundamente el brazo del brujo.

Mientras tanto, los espadachines habían conseguido acorralar al Oscuro, sus ataques conjuntos y sincronizados complicaron sobremanera los planes de huida del hechicero. El Grafel, incluso había conseguido lastimar más de una vez a su enemigo, no fueron heridas serias, pero era la primera vez en muchísimos años que el enmascarado conseguía lastimar a su archienemigo.

-¡Ríndete! –exclamó el espadachín–. Estás perdido.

-No sabes lo que dices –gruñó el enmascarado profundamente indignado–. Un hechicero que no tiene las agallas para utilizar su magia y que se defiende con un sable obsoleto nunca podrá vencerme, eres demasiado débil y cobarde.

-Cambiarás de opinión cuando mi espada te atraviere el corazón –amenazó el espadachín mientras atacaba una vez más.

-Si no lo has logrado todavía, no lo lograrás nunca –se mofó el Oscuro–. ¿No te das cuenta, imbécil?, mi poder incrementa por cada segundo, en poco tiempo me habré restablecido y entonces será tu fin.

Seth había sido entrenado en el uso de armas blancas, su especialidad era el cuchillo, le bastó un par de minutos para conseguir una considerable ventaja táctica sobre Moreb. El malandrín había recibido otro puntapié en el estómago y yacía de rodillas, retorciéndose por el dolor y tratando de recuperar el aliento, Seth había doblegado a su oponente por completo. Tras empuñar con firmeza su arma, el comandante efectuó un elegante giro y se disponía a extender su brazo para ponerle fin a la pelea, el hechicero supo que no conseguiría evadir el ataque sin la ayuda de su magia, fracciones de segundo antes de que el puñal de Seth atravesara su cuello, Moreb desapareció entre una nube de insectos para reaparecer a espaldas del militar, la ausencia de impacto hizo que Seth se desestabilizara, el tramposo brujo aprovechó para enterrar el filo de su daga en la espalda del soldado, la clavó tan profundo hasta

sentir las costillas de su víctima. Solapado a espaldas del comandante, el macabro brujo le susurró al oído:

-¿Ves lo que pasa cuando te ablandas? –preguntó Moreb saboreando su venganza–. ¿Cómo pudiste ser tan estúpido para abandonar tus armas y confiar en alguien como yo?

-Es que sabía... –contestó–... que sería la única forma de tenerte así de cerca.

Seth levantó su mano, en ella colgaba el ónice con los recuerdos de Minwe, el comandante lanzó el collar hacia Ennol y reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban consiguió voltearse y sujetar firmemente al hechicero.

-Además –continuó el soldado, la vida se le escapaba rápidamente–. ¿Quién te ha dicho... que abandoné... todas mis armas?

-¡Eres un maldito! –gritó el brujo al intuir lo que haría el comandante.

El soldado golpeó con fuerza su pecho a la altura de su corazón, justo en el lugar donde Ennol había visto aquella platina a la cual nunca le encontró explicación. Un extraño pitido empezó a sonar, al principio el sonido era lento, pero con cada segundo aumentaba su frecuencia. Seth regresó a ver a Minwe, la doncella seguía iracunda y Ennol luchaba por colocarle el collar, el comandante hubiera querido ver por última vez aquellos ojos oliva, hubiera querido volver a sentir esa mirada de orgullo y gratitud, pero sabía perfectamente que al activar el mecanismo en su pecho había renunciado a esa oportunidad, Minwe viviría y esa era recompensa suficiente para Seth.

- Así que esto se siente –murmuró para sí mismo el comandante.

Seth no supo cuando fue el momento preciso en el que decidió tomar un camino distinto, solo sabía que de haber muerto bajo la furia de Zola, su vida habría sido tan insignificante y vergonzosa que sin importar a dónde hubiera ido su alma, jamás habría podido descansar. Ahora, el comandante se llevaba la satisfacción de saber que al menos una vez en su vida había colaborado con una causa justa. El soldado cerró sus ojos, respiró profundo y se dejó invadir por aquel sentimiento completamente ajeno para él, a pesar de todos sus errores y la infinidad de vidas que había cobrado, el corazón de Seth se llenó de sosiego, y aunque sabía que serían sus últimos respiros el comandante aceptó su muerte como una bendición que lo liberó del miedo.

El comandante abrazó a Moreb y con todas sus fuerzas corrió lejos de Minwe, el brujo intentaba inútilmente escapar pero Seth lo tenía bien agarrado. Uno de los soldados al escuchar el mecanismo activo de su líder gritó inmediatamente:

-¡Al suelo!

Ennol vio las siluetas de Seth y Moreb perderse entre las sombras, el muchacho no comprendía aún lo que sucedería hasta que uno de los soldados se abalanzó para tumbarlo al piso. Una poderosa explosión estalló entre las ruinas, destruyendo lo poco que quedaba del antiguo templo de Cerúlea. Grandes cantidades de escombros ingresaron violentamente entre las paredes de piedra negra, seguidos por el humo y bocanadas de fuego. La onda expansiva de la explosión alcanzó a los espadachines y al Oculto, tumbándolos con fuerza, para cuando los guerreros lograron reponerse, el encapuchado había escapado. En ese preciso instante varias bestias voladoras abandonaron la ciudad, la muerte de Moreb las liberó, la extraña fuerza que las controlaba había desaparecido de repente y ahora nada les impedía regresar a su verdadero hogar. El Nido empezó a perder altitud.

Ennol perdió el conocimiento por algunos segundos, el estruendo de la explosión lo había aturcido, abrió sus ojos e inmediatamente acudió a Minwe, la muchacha continuaba murmurando aquellas extrañas palabras, el inventor solo esperaba que no fuera tarde para la doncella.

-¡Ayúdenme a sujetarla! –gritó el muchacho–. ¡No me deja colocarle el collar!

El humo todavía no se disipaba, por lo que la escena era bastante confusa, los espadachines acudieron de inmediato para sujetar a la doncella y facilitarle el trabajo a Ennol, quien deslizó el collar de ónice por la rubia cabellera de Minwe hasta colocarlo en su cuello. La Portadora continuaba insultando a sus guardianes, había perdido por completo la cordura, pero el muchacho conservaba la esperanza de que al recuperar sus recuerdos la doncella se estabilizaría. El proceso tardó algunos minutos, el asda pateaba con furia y desesperación, poco a poco las imágenes de su pasado se fueron restableciendo en su mente, con cada recuerdo restaurado su semblante recuperaba su habitual expresión de bondad. La confundida mirada de Minwe buscaba entre el tumulto a su maestra o de alguien conocido, pudo identificar vagamente a los espadachines pero solo cuando vio el rostro de Ennol la doncella encontró un poco de calma.

-¿Dónde estoy? –preguntó confundida la doncella–. ¿Ennol, eres tú?

-Aquí estoy –respondió el muchacho, quien de inmediato sujetó la mano de Minwe.

-¿Qué me pasa?

-No te preocupes, Minwe –le dijo Ennol–. Nos encontramos en la Ciudad Caída...

En ese momento El Grafel se arrodilló junto a la muchacha interrumpiendo las palabras de Ennol, de su cinto volvió a sacar el pequeño frasco de vidrio y después de destaparlo vertió un par de gotas entre los labios de la muchacha. Minwe se quedó profundamente dormida.

-Déjala descansar –sugirió El Grafel–. Necesita reconstruir su memoria y combatir al mal en su interior. Debemos sacarla de aquí, el Oculto puede contraatacar en cualquier momento.

-Entiendo.

La doncella lucía fatal, a pesar de haber recuperado por segundos su conciencia, la muchacha tenía un aspecto cadavérico, parecía una enferma en estado terminal, las amoratadas cuencas de sus ojos opacaban su semblante, lucía tan delgada que daba la impresión que se quebraría como una espiga de trigo. Ennol comprendió que a medida que la muchacha asimilara sus recuerdos tendría más recursos para contrarrestar el macabro conjuro del Oculto.

-¿Cuáles son nuestras órdenes? –preguntó uno de los soldados, quien había asumido el comando del escuadrón.

-¿Órdenes? –cuestionó Ennol un tanto sorprendido.

-Nuestro comandante ordenó que acatáramos solo sus órdenes y las de la muchacha –respondió el joven soldado–. Fue su última voluntad.

-¿Pueden ayudarnos a llevarla a salvo a la superficie?

-Entendido.

El militar dio la señal pertinente para que cuatro soldados cargaran a Minwe, el resto de militares la escoltaban. El Tatuador emprendió el ascenso con apremio, los espadachines utilizaron su magia para apagar el fuego que impedía su paso hacia las escaleras. El Grafel se adelantó para verificar que los caminos se encontraran libres de amenazas. Mientras tanto, Minwe luchaba una batalla en su interior, intensos sentimientos desconocidos para ella la acechaban, pero su tatuador tenía plena confianza en que la fortaleza de la doncella conseguiría apaciguarlos.

El escuadrón y los hechiceros continuaron su escape, seguían al pie de la letra las indicaciones de los espadachines, ya que estos eran los más experimentados del grupo, recorrieron la misma vía por la que ingresaron, la magia de las esferas los protegería de posibles emboscadas y brindaban mayor posibilidad de vencer a los soldados en enfrentamientos cuerpo a cuerpo, además Greta y sus ígneos hechizos podrían aparecer en cualquier instante. Ennol estaba preocupado por Zola y el resto de guardianes, la guerra seguramente se encontraba en un punto crítico, ya habían transcurrido veinticuatro horas y si los cálculos de Ennol no fallaban, la luz del alba llegaría en doce horas más. Después de una hora de recorrido, la caravana llegó a la superficie, la luna brillaba intensamente en el despejado cielo, eran las ocho de la noche y el gélido viento azotaba a la Ciudad Caída.

El grupo avanzó oculto entre las sombras, muchos soldados ambulaban por la superficie, algunos pudieron ver al escuadrón pero no sospecharon de sus propios camaradas. Finalmente se ocultaron en una amplia vivienda destruida, una de sus alcobas se conservaba en buen estado, pero el frío y el oscuro ambiente que emanaba la ciudad hacían de cualquier espacio un lugar poco idóneo para efectuar el tatuaje, Ennol sabía que no encontrarían un mejor lugar en la Ciudad Caída. Los soldados que cargaban a Minwe la dejaron recostada sobre un polvoriento sofá que había en la alcoba. El resto de militares se ubicó en la sala, mientras los enmascarados observaban por la ventana al distante coloso, la ciudad ardía en llamas. Solo les restaba esperar los primeros rayos del alba.

\*\*\*

El cuello del Titán había demostrado ser un poderoso fuerte. Sus gruesas murallas fueron construidas con la intención de contener los ataques humanos a la ciudadela de Maek, su función era similar a la de un fusible, cuando el ataque del enemigo fuera incontenible, estallarían un sistema que colapsaría las columnas principales con el fin de derrumbar el fortín y evitar el paso de tropas enemigas hacia la cabeza. Goviat esperaba no tener que utilizar esta maniobra, pero al ver el desequilibrio entre sus tropas y las enemigas, el heredero supo que no podría evitar utilizar el mecanismo defensivo.

Zola continuaba al frente de la batalla, el extraordinario desempeño de la anciana era uno de los pocos factores que retrasaban el avance enemigo. Nessa y Neydín, al ver la potencia con la que atacaba Zola, decidieron respaldarla, las herederas se concentraban solo en proteger a la maestra, para que la anciana pudiera enfocarse en sus hechizos ofensivos; de igual manera Brión había asignado a uno de sus curanderos para que restaurara constantemente las fuerzas de la mujer, de otra manera la maestra no habría podido soportar el agotamiento. Las bolas de fuego y los rayos eléctricos eran los hechizos predilectos de Zola, las explosiones de fuego dispersaban y aturdían a los soldados mientras que los precisos rayos de electricidad le permitían eliminar enemigos específicos que habían alcanzado posiciones amenazadoras. Pero la devastadora potencia de la maestra no era suficiente para contener la arremetida de tantos soldados, quienes lentamente debilitaban las tropas erernis.

Mo y Krim no aparecían por ningún lado, de igual manera su ejército de hadas había abandonado la batalla por alguna razón. Los curanderos habían sido reubicados en los vestíbulos del Palacio, los heridos eran demasiados y los hechiceros erernis utilizaban todos sus recursos para incorporarlos nuevamente a la batalla, Brión era un excelente curandero que dominaba la sanación colectiva. Mientras tanto, Goviat consiguió contener los ataques de las bestias y el abordaje de soldados por el flanco superior, envió a la mitad de sus tropas para reforzar los ingresos inferiores a Maek, también ordenó a sus mejores alquimistas que construyeran una muralla alrededor del Palacio Real, transmutando el acero de los vagones que yacían sobre las plazas, el heredero estaba preparando su última maniobra defensiva.

Más de veinte hechiceros oscuros habían llegado al frente de batalla, los invasores habían diseñado un sistema de esferas protectoras que les permitían avanzar sin temor a ser impactados por los hechizos, los brujos pretendían alcanzar el borde de las murallas. Zola supo de inmediato que transmutarían la piedra para abrir una serie de accesos en la fortaleza.

-¡No lo harán! –gritó la maestra antes de disparar dos rayos eléctricos.

Pero la magia protectora de los brujos absorbió la poderosa energía del hechizo, de igual manera los hechiceros erernis intentaron neutralizar su avance, pero todos sus intentos fueron inútiles. Zola se acercó al borde superior de la muralla y

esperó a que los hostiles estuvieran más cerca, con su mano sobre la piedra de la muralla la maestra efectuó un potente despliegue de alquimia, filosas estalagmitas de piedra emergieron del suelo como púas para abatir a varios hechiceros. Pese a las intrépidas maniobras de Zola, los brujos consiguieron abrirse paso hasta la muralla, como la maestra lo había intuido utilizaron la alquimia para perforar las gruesas paredes de la fortaleza.

-¡Se infiltran! –gritó Neydín horrorizada mientras regresaba a ver a su hermano.

Goviat vio la desesperación en los ojos de su hermana, todo era tan injusto, ellos nunca habían buscado la guerra, amaban la paz. Pero su raza tan avanzada arrastraba una gran maldición, siempre serían perseguidos y envidiados, sin importar a dónde fueran. El heredero se preguntó si había tomado la decisión correcta al revelarse contra los sabios erernis y quedarse a proteger su amada ciudad. Todas las vidas erernis que se habían perdido no se recuperarían jamás, ¿habría sido mejor entregar sus tierras y salvaguardar la vida de su pueblo?

-¡Todos al Palacio! –volvió a gritar Neydín con lágrimas en los ojos–. ¡Pronto, abandonen el fortín!

Las tropas erernis ascendieron hacia Maek. Zola, Veira y varios hechiceros de alto nivel se quedaron conteniendo el ingreso de los hostiles. Goviat tenía todo listo para colapsar las columnas que sostenían el torreón, la explosión solo destruiría la estructura de piedra, el fuerte esqueleto de adamantio del Titán no se vería afectado en lo más mínimo. El heredero esperaba que todos abandonaran el fuerte, bastaba con destruir la primera columna de la hilera y un efecto dominó se desataría. Zola fue la última en abandonar la batalla.

-¡Es muy pronto aún! –dijo la maestra, al ver que Goviat se disponía a colapsar la fortaleza–. Espera a que el fuerte esté habitado por nuestros enemigos.

-Zola, sabes bien que no puedo hacerlo, soy un ererni –argumentó el maekano–. No puedo asesinarlos de esa manera.

-¡No es momento para eso, Goviat! –exclamó Zola–. ¿O me dirás que prefieres la destrucción de tu pueblo?

El heredero dudó por varios segundos. Los invasores habían iniciado su avance dentro del fuerte.

-Corre y prepara a tu gente –dijo la hechicera con calma–. Yo destruiré la fortaleza.

Asumiré todas las culpas, mis principios son distintos a los tuyos, a mí me han enseñado que matar en defensa propia no es crimen. ¡Anda! Déjame a mí.

Goviat sabía que de no hacerlo sería mucho más difícil resistir, pero el hecho de que fuera Zola quien asesinara a los hostiles no libraba al heredero de ninguna culpa.

-¡Piensa en las mujeres y niños a los que juraste proteger! –gritó la maestra– ¡Ellos no son los responsables de esta guerra, no tienen por qué pagar por el odio de nuestros enemigos!

-¡Está bien! ¡Está bien! –decidió finalmente el ererni– ¡Pero lo haré yo!

Goviat esperó a que la invasión repletara el fuerte, el momento había llegado, cerró sus ojos, respiró profundo para reunir fuerzas, justo cuando el maekano se disponía a disparar, una enorme bola de fuego voló a su lado para luego estallar ferozmente contra la columna, reduciéndola a miles de pedazos, la estructura colapsó, una a una los soportes se quebraron por el peso de la piedra, todo se vino abajo, los invasores no tuvieron tiempo para reaccionar. En cuestión de minutos la fortaleza se había convertido en una enorme tumba.

\*\*\*

Una terrible explosión reventó en el cuello del Titán, al parecer los maekanos no habían podido contener la invasión. La preocupación se hizo presente, pues los hechiceros temían por la vida de sus compañeros. El Grafel percibió el sonido de un aleteo cerca de uno de los soldados.

-¡Detente Mo! –gritó el enmascarado al darse cuenta que el pequeño hada estaba a punto de atacar–. Estos soldados están de nuestro lado.

-¿Qué dices? –preguntó asombrado el hada mientras revelaba su imagen–. ¿Cómo puede ser posible?

-Es el escuadrón de Seth –contestó Ennol.

-¿Estás hablando en serio? –el marcial de Sadek no podía creer lo que acababa de escuchar.

-No tengo por qué mentir, si no fuera por él la habríamos perdido por completo –Ennol regresó a ver a la Portadora.

-¡Minwe! –el hada se estremeció de emoción al distinguir a la doncella recostada en el



sofá-. ¿Cómo se encuentra?

-Está resistiendo –dijo El Grafel-. Ahora solo depende de ella y de Ennol.

-¿Qué haces aquí? –preguntó d’Marti-. ¿No deberías estar con Zola?

-Vinimos a investigar –respondió Mo-. Hace varias horas vimos una gran explosión que al parecer fue la causa de que muchas bestias se retiraran, así que vimos la posibilidad de un sabotaje, pronto llegará Krim con otro grupo de hadas.

-Nosotros fuimos los responsables de la explosión –dijo El Grafel-. Y es una excelente idea, las alas de las bestias son vulnerables al fuego, se queman con facilidad, la ciudad necesita de un mínimo de bestias para volar. Si eliminan las suficientes el Nido perderá fuerza, altitud y velocidad.

-Mo... ¿Viniste solo? –preguntó Ennol-. ¿Acaso dijiste vinimos?

-Vine con mis camaradas –el hada dio una señal con la mano.

Doce hadas abandonaron sus escondites, estaban listas para atacar a los soldados una vez que Mo iniciara la arremetida. Minwe descansaba en silencio, su semblante había mejorado un poco, al parecer había percibido la presencia de su pequeño amigo.

-¿Cómo van las cosas en Maek? –preguntó preocupado El Grafel-. ¿Cuánto tiempo crees que resistirán?

-Siete horas, como mucho –contestó el hada tratando de ser optimista-. Son demasiados enemigos, nos están acabando.

-No aguantarán hasta el amanecer –opinó angustiado el inventor-. Cuando Minwe libere sus alas será muy tarde.

-No es necesario esperar hasta que amanezca –acotó el espadachín más joven.

-¿De qué hablas? –cuestionó Ennol-. El tatuaje necesita de ambas luces, noche y día.

-Lo sé perfectamente –respondió el enmascarado-. La tatuarás en Ian. Amanecerá muy pronto allí.

-¡Tienes razón! –exclamó el hada-. Entre Ian y Ciudad Coloso existen nueve horas de diferencia... pero... ¿cómo llegará Ennol hasta allá?

-Por el mismo portal por donde vine.

El guerrero sacó de su bolsillo una llave que a Ennol le resultó muy familiar, sus dientes perfectamente pulidos estaban fundidos a un delgado cilindro que remataba en un cuerpo hexagonal donde estaba el alto relieve de una gota y la garra de un águila, era muy parecida a la llave que encontró el inventor en la biblioteca de

Ian.

-¿Encontraste el indicio que dejaron los erernis para ingresar a Cerúlea? –preguntó sorprendido el muchacho–. ¿Dónde está el portal?

-A veinte minutos de aquí... Si se dan prisa, llegarán a las cinco de la mañana a Ian.

-Tú te quedas al mando –le dijo El Grafel a su compañero–. Yo iré con Ennol y la Portadora hacia el portal, me encargaré de que nadie los lastime. Tú quédate aquí con las hadas y los soldados, si sabotean esta ciudad probablemente consigan ganar un par de horas para el Titán.

-¿Qué necesitas que haga? –dijo el enmascarado.

-Hay dos opciones que pueden funcionar, la primera es atacar el centro de mando, allí deben estar concentrados los hechiceros que comandan a las bestias, sin embargo, lo más probable es que el oculto se encuentre allí, una batalla contra tantos hechiceros sería muy riesgoso. La otra opción es destruir una de las esferas gravitacionales, en el centro de la ciudad está la más importante, seguramente estará resguardada pero será más fácil vencer a los soldados que a los hechiceros.

-Entendido, no te preocupes, yo me encargo –dijo con seguridad el enmascarado.

-¡Vamos pronto, nos queda poco tiempo! – Ennol estaba desesperado por partir.

Ennol y El Grafel recibieron la llave de Cerúlea junto con las respectivas indicaciones de cómo encontrar el portal, el muchacho se encargó de ordenar a los soldados que apoyaran a las hadas y al segundo enmascarado, y sin perder más tiempo abandonaron la provisional guarida. El Tatuador cargó a Minwe sobre su espalda, no fue difícil para el inventor, pues la muchacha había enflaquecido notablemente desde su secuestro. El Grafel, como siempre, se encargó de asegurar el camino, el espadachín tenía una asombrosa habilidad para evitar los encuentros, siempre escogía el camino más seguro y solo en dos ocasiones tuvo que enfrentar a los soldados; su paso silente le permitió derribarlos sin problemas.

El portal había sido oculto a un costado de la ciudad, por lo que los tatuadores debieron descender por una interminable escalinata adjunta a una de las grandes peñas laterales. El enmascarado había explicado que debían buscar una gran piedra negra que estaba empotrada en el risco. El Grafel invocó un efectivo hechizo de búsqueda y no tardó en encontrar el indicio. Una vez allí, oculta entre la seca vegetación, se encontraba una estrecha gruta que serpenteaba hacia el interior de la ciudad. Los aventureros llegaron a un hermoso santuario lleno de fuentes de agua. El

líquido fluía por las paredes y murmuraba tímidas melodías. Una tenue luz azul brillaba bajo las delgadas piscinas, dándole a la gruta un ambiente celestial.

-¡Qué hermoso lugar! –exclamó el muchacho, alucinado por la belleza del agua.

-Es por este santuario que la ciudad fue nombrada Cerúlea –comentó El Grafel–. Por el característico color de su agua.

-Me se volvería loco de emoción si conociera este lugar.

-Es cierto –sonrió el espadachín mientras avanzaba–. Las leyendas dicen que esta era una fuente natural de agua diamantina... es obvio que ahora se trata tan solo de agua común, tanto odio en el ambiente consiguió arrebatarse sus propiedades mágicas.

-¿Cómo sabes tanto sobre los erernis? –preguntó el muchacho sin dejar de caminar.

-Los he buscado casi toda mi vida.

-¿Quién eres en realidad? –preguntó de una vez Ennol que ya no pudo contener su curiosidad–. ¿Por qué ocultas tu rostro tras aquel antifaz?

Una gran bola de fuego se acercó vertiginosamente por la entrada de la gruta, las llamas iluminaron el santuario. El Grafel invocó un hechizo sobre su espada, congelándola por completo, después de dar un salto hacia atrás esgrimió su sable con fuerza, el hielo de su arma se esparció como una lluvia de escarcha apagando por completo las llamas de la esfera. Al final del túnel se podía divisar la silueta de Greta, quien estaba a punto de volver a disparar.

-¡Corre, Ennol! –gritó El Grafel–. Encuentra el portal y una vez en él utiliza la llave para cerrar la puerta.

El muchacho huyó a toda velocidad, a sus espaldas sintió el abrasador calor de la hechicera. Ennol confiaba en que El Grafel se encargaría de ella. Después de correr un par de minutos el muchacho llegó a una gran caverna, sus paredes eran de piedra azulada y enormes estalactitas colgaban del techo, no había ningún portal, solo un gran lago en el fondo de la cueva, pero Ennol sabía exactamente lo que debía hacer, el enmascarado se lo había contado todo. El muchacho sacó la llave y la empuñó con fuerza, sujetó bien a Minwe y se adentró en el agua. Cuando el muchacho se acercó lo suficiente, la quieta superficie del lago empezó a ondear, como si una fuerza la empujara hacia atrás, con cada paso que daba Ennol el agua se retiraba formando un perfecto círculo alrededor de los pies del muchacho, el líquido se comportaba así porque la llave tenía la cualidad mágica de repeler el agua en un diámetro de dos metros, el inventor continuó avanzando, podía caminar normalmente

dentro del lago, varios pasos después se encontró con una serie de escaleras que descendían al fondo del lago, donde se encontraba el portal.

Ennol atravesó la puerta dimensional, no temió por sus recuerdos ni por los de Minwe, ya que sus piedras los protegían. El muchacho apareció en una pequeña cámara, el lugar estaba lleno de agua y en uno de sus extremos ascendía una escalinata, el inventor subió con prisa, sabía que pronto amanecería en Ian, las escalinatas los condujeron a la gran fuente que Ennol había visto meses atrás el día que acompañó a Zola a la biblioteca, el muchacho olvidó por completo al gran águila de piedra que se encontraba en el centro de la fuente. Era la madrugada, por lo que la plaza estaba vacía, el inventor no tuvo inconvenientes en cerrar el portal, el ojo de la cerradura se encontraba en el interior del pico entreabierto del ave.

\*\*\*

Minwe abrió los ojos, yacía recostada sobre el césped, el cielo estaba aún oscuro, la muchacha se sentó sobresaltada, pero al reconocer el lugar en el que se encontraba se tranquilizó por completo. Docenas de flores la rodeaban, sus intensos colores podían distinguirse aun en la penumbra de la madrugada. Era el jardín de la cabaña de Ígoris, el lugar secreto que había pactado con Ennol. La doncella encontró a su izquierda una serie de instrumentos, reconoció de inmediato el lujoso estuche que contenía la aguja de adamantio perteneciente al Taumaturgo, también distinguió un par de frascos de agua diamantina, una botellita de tinta negra y la esfera gris que contenía el algodón de seda, la bitácora del Tatuador también se encontraba allí, junto a un par de pergaminos que contenían varias notas desordenadas. Minwe creyó comprenderlo todo, sus guardianes habían conseguido un nuevo Tatuador, quien sellaría la fusión con Eona al llegar el alba. Ennol salió al jardín, había ingresado a la cabaña para recoger una sábana blanca y la caja musical, el muchacho había considerado que la música le ayudaría en el proceso de fusión. El joven se sorprendió al ver a la doncella.

-¡Por fin te despiertas! –exclamó aliviado el muchacho al ver el rostro de Minwe, casi se había recuperado por completo.

-¡Ennol! –la muchacha quiso levantarse para abrazar al Tatuador.

-¡No te levantes! –la detuvo el inventor–. Pronto amanecerá.

-¿Dónde está el Tatuador? –preguntó la Portadora emocionada–. ¿Cómo lo encontraron?

El joven había olvidado que Minwe no sabía que él sería su Tatuador, se acercó a la doncella, se sentó junto a ella y comenzó a darle cuerda a la cajita musical. La muchacha se percató de que Ennol se había arremangado ambas mangas de su buzo; volteó a ver el interior de la cabaña, todo estaba oscuro, no había nadie más adentro, estaban completamente solos. En ese preciso momento Minwe supo que nadie más vendría, todo estaba listo, el alba llegaría en corto tiempo y la única persona presente era aquel tímido muchacho al que alguna vez habían rescatado de la soledad en una fría estación de autotren. Una explosión de alegría estalló en lo más profundo de la doncella, desatando un aguacero de emociones. ¡Era él! La muchacha lo veía todo con claridad, ese estrecho vínculo que los unía, aquella extraña sensación de haber estado destinada a conocerlo y el intenso sentimiento que había crecido sin medida en su interior, todo aquello que hace apenas un instante era totalmente inexplicable eran señales que pretendían revelar la verdad a Minwe. Las miradas de los muchachos se encontraron para preguntarse: *¿Cómo pudimos ser tan ciegos?*

-Todo este tiempo –la muchacha lloraba de emoción–. Desde el inicio... siempre fuiste tú.

Ennol no pudo contenerse y se arrojó sobre Minwe para abrazarla con fuerza, los últimos días lejos de la muchacha fueron un verdadero tormento para él, la doncella había llegado a su vida para desordenarlo todo, le había abierto los ojos a un nuevo mundo lleno de posibilidades: magia, ciudades colosales, razas inimaginables, ahora todo era posible para Ennol. Aquel corazón calculador había abandonado la soledad para convertirse en un remolino de emociones. El inmenso amor que ahora habitaba en el muchacho fue sin duda el regalo más maravilloso que recibió al conocer a Minwe.

El cielo empezó a clarear. Ennol tenía todo listo para el tatuaje, había limpiado la aguja, mezclado la tinta y tenía el pergamino donde Zola había impreso el glifo de la valentía.

-Es hora –le susurró al oído a Minwe, mientras se apartaba lentamente del abrazo.

El muchacho le entregó a Minwe la caja musical junto con la sábana blanca y le pidió que se arrodillara sobre el césped, ella lo hizo y cubrió su pecho con el lienzo, luego deslizó por sus hombros las delicadas tiras de su vestido, dejando su espalda completamente desnuda, Minwe tiritaba por el frío de la mañana. Ennol observó la

grácil belleza de la muchacha, sus pies descalzos acariciando la verde alfombra de hierba, sus empeines y canillas firmes contra la tierra, sus muslos asentados sobre las pantorrillas, la cadera rozando sus talones, su delgada cintura soportando el ligero peso de su cuerpo, su mano izquierda sujetando la reliquia, la derecha acomodando su rubio cabello para lucir completamente la blancura de su espalda, su cuello levemente inclinado y finalmente su rostro apacible esperando la luz de la mañana. El tiempo se detuvo para Ennol, todo su entorno desapareció en un instante, no había nada, absolutamente nada más que Minwe y aquel inexplicable sentimiento en su pecho.

El Tatuador recogió uno de los frascos de agua diamantina, lo destapó y lo vertió lentamente sobre la blanca piel de Minwe, con el algodón de seda el muchacho limpió los omóplatos y todo el rededor del lugar donde tatuaría los glifos. El primer rayo de sol apareció tras el lejano horizonte para iluminar el pequeño jardín, la Portadora abrió la cajita musical, la entrañable melodía acarició el oído de los muchachos.

-Nunca dejé de escuchar –dijo la doncella–. Allá en Ferún, nunca dejé de escuchar esta melodía, ni todas las historias que me contaste, la música y tu voz fueron como un gran faro en la oscuridad.

Ennol permaneció en silencio, se apresuró a destapar la botella de tinta y respiró profundo para conectar con su fuente. Un estallido de energía ingresó de golpe al cuerpo del Tatuador, una mágica vibración lo recorrió por completo. El muchacho batió su brazo para vaciar el contenido de la botella al mismo tiempo que ejecutaba su hechizo, la tinta flotó frente a sus ojos, pequeñas esferas negras se agrupaban en una amorfa silueta de pigmentos. Ennol sintió la magia diferente, la música sonaba cada vez más distante y el flujo que lo inundaba parecía provenir de otro origen.

Fue entonces que el muchacho comprendió la verdadera naturaleza de su fuente, la vio frente a él, llena de paz, navegando en el sosiego de aquella dulce melodía. Ennol se dejó fluir, la amaba profundamente y su corazón estaba tan inflamado que no tuvo más opción que dar salida a su sentir. La música apenas había sido una pantalla, un canal para acceder a su verdadera fuente, aquella melodía se había convertido en un sublime contenedor que envolvía su amor en un manto de acordes y silencios. Un hermoso resplandor rodeaba a la doncella y la energía del cosmos giraba a su alrededor, el muchacho lo vio todo claramente, así como Minwe veía danzar a la bailarina de zapatillas violeta. Bien lo había dicho Renvel: la vida es un

baile, la energía danza y todo es música. Nunca antes Ennol se sintió tan cerca de la Portadora, su conexión había superado las barreras materiales, sus almas escaparon de sus viales, abandonaron la carne para dar inicio a la fusión. Ella compartía por completo su magia con el Tatuador y él daría rienda suelta al arte de su corazón, con aquel tatuaje Ennol le regalaría lo mejor de su alma a Minwe.

En ese preciso momento un par de figuras plateadas brillaron sobre la suave piel de la muchacha, Ennol sabía que eran glifos, pero no correspondían a la esencia de la valentía. El muchacho obedecería solo a su corazón, su cabeza lo ataba al pasado y se aferraba al veredicto que dictó el legendario Taumaturgo, pero ahora era él el Tatuador, era él quien decidiría con qué glifo fusionaría el alma del Hada Blanca y el muchacho sabía en lo más profundo de su ser que los tatuajes que liberarían las alas de Minwe serían los glifos del amor, eso era indiscutible, era amor lo que sentía Minwe y era amor lo que sentía Ennol. El sol brilló con mayor intensidad y la luz de la luna apaciguaba lentamente. El muchacho inició el tatuaje, pequeños chispazos de energía azul fluían por la delgada aguja de adamantio, con cada punzada una partícula de pigmento se mezclaba con una pizca del alma del muchacho para luego ser impresa en la doncella, esta mágica mezcla no solo tatuaba la piel, también tatuaba el alma. Las siluetas plateadas fueron grabadas a la perfección, el pulso de Ennol era asombroso, parecía que el Tatuador podía controlar a su voluntad cada pigmento de tinta.

Minwe abstraigo por completo su mente, para ella solo existía aquella caja musical y la presencia conciliadora de Ennol. Sus ojos no dejaban de mirar a la frágil bailarina que giraba en la pequeña plataforma, su dulce melodía alimentaba el amor de la muchacha, el sentimiento la había repletado hasta desbordarse por encima de su piel, como un manto de luz que la cobijaba. La doncella no tuvo miedo de mostrar su amor, se dejó invadir por sus sentimientos más auténticos, sin importarle la vulnerabilidad a la que se exponía, confiaba totalmente en su Tatuador y sabía que él jamás la lastimaría. Ennol podía sentir claramente el amor de la doncella, por instantes incluso podía verlo brillar, era imposible no distinguir aquel destello de humanidad y compasión. El muchacho creía plenamente en que el amor de Minwe sanaría todo a su alrededor, con la aguja continuó tatuando los glifos; el diseño era mucho más sencillo que el de los tatuajes de la valentía, era obvio, el amor en concepto es el sentir más simple, más primario, pero a la vez el más complicado de encontrar.

Con cada trazo, el muchacho depositaba en la doncella los rincones más puros de su espíritu. D'Marti imaginaba que una parte de él siempre habitaría junto a Minwe y Eona, no escatimaría en lo más mínimo, el alma generosa del muchacho se escurrió por aquella aguja hasta clavar la punzada que completó el último milímetro de los tatuajes. Una intensa luz azul brilló sobre los glifos, sellando por completo la fusión. -Ya está –susurró emocionado el muchacho–. Ahora tendrás para siempre una parte de mí.

Minwe se volteó para encontrar el rostro del muchacho y después de besar sus labios respondió.

-Al igual que tú.



## 24 – RESPLANDOR

La claridad iluminó por completo el pequeño jardín, el cielo de lan se coloreaba de un celeste demasiado intenso para una mañana de invierno y el sol, desnudo de nubes, emprendía un nuevo viaje alrededor del firmamento. Minwe y Ennol continuaban abrazados, como si aquel tatuaje hubiera fundido también sus cuerpos. El muchacho quería hacer eterno aquel momento, invocar un hechizo para paralizar el tiempo y nunca tener que soltar a Minwe, pero sabía que Zola y los maekanos necesitaban urgentemente de su ayuda, no podían perder más tiempo.

-Debemos regresar –susurró Ennol, intentando no ser muy brusco con la Portadora.

-Regresar... ¿adónde? –contestó desconcertada la muchacha.

-A Ciudad Titán, debemos detener la guerra, Zola y los demás cuentan con nosotros, somos su única esperanza.

Minwe se apartó del abrazo para poder mirar los ojos de Ennol, el muchacho supo de inmediato que la doncella no tenía la menor idea de lo que estaba sucediendo.

-¿De qué estás hablando? ¿Qué guerra?

-¿No recuerdas lo que pasó en Ciudad Insecto? –preguntó sorprendido.

-¿Hablas de Cerúlea, la antigua Ciudad de las Águilas?

-Sí, el Oculito te llevó allá, ¿no recuerdas lo que sucedió?

La muchacha meció su cabeza de un lado a otro y su expresión de angustia crecía cada vez más, por la forma en la que Ennol preguntaba la doncella intuía que algo grave había sucedido.

-Lo último que recuerdo fue la batalla en Ferún, cuando el Oculito asesinó a Reno–. Los recuerdos de Minwe eran muy vagos–. Me acuerdo de que invocaste un intenso hechizo de fuerza y luego todo se desvaneció.

-Eso fue hace más de tres días.

-¡No puede ser! –una gran incertidumbre invadió el pecho de la doncella–. Ennol... ¿Qué pasó en Ciudad Insecto?

El muchacho no sabía que decir. ¿Cómo explicarle a Minwe que Eona había sido corrompida por el Oculito? Sí la doncella se enteraba de lo ocurrido su mente no podría estar tranquila el momento de enfrentarse a la guerra en Bémellon. El muchacho pensó que lo mejor sería ocultarle la verdad, decirle que lograron rescatarla

a tiempo y que el Oculito nunca tuvo oportunidad de tocarla, pero, por otra parte, Ennol sabía que la doncella necesitaba estar consciente del ritual al que fue sometida y que Eona había sido víctima del hechizo de corrupción.

-No es momento para explicaciones –dijo Ennol mientras recogía sus pertenencias–. Es urgente volver a Maek, no podemos perder más tiempo.

-¡Dime qué sucedió! –exclamó la muchacha al percibir el profundo dilema del inventor.

-Te prometo que te contaré todo –Ennol fingía permanecer calmado, intentando no darle demasiada importancia al tema–. Pero lo haré después de terminar con esta guerra. Por favor no insistas, Zola y los demás nos están esperando.

Minwe aceptó la propuesta del muchacho, en cuestión de minutos recogieron sus cosas y abandonaron la modesta cabaña de Ígoris. Los hechiceros conocían el camino, pues debían seguir la misma ruta que tomaron meses atrás cuando encontraron por primera vez el portal que conduce a Ciudad Titán. El característico murmullo de las calles de Ian empezó a percibirse, era temprano aún, pero las labores de la ciudad iniciaban con los primeros rayos de sol. Mientras caminaban Ennol no dejaba de pensar en Minwe, el Tatuador entregó lo mejor de sí para fusionar las almas de Eona y la Portadora, sabía que el tatuaje era fuerte, sin embargo, le inquietaba el hecho de que el Hada Blanca había sido marcada por aquel macabro ritual. ¿Sería el amor de Ennol suficiente para neutralizar la maldad que el Oculito filtró en Eona? El muchacho temía que aquel siniestro hechizo le impidiera a Minwe liberar sus alas, el futuro de los guardianes de Sadek era incierto, los acontecimientos en las siguientes horas serían determinantes.

\*\*\*

Mientras tanto, en Bérmelon, las hadas y el escuadrón de Seth habían unido fuerzas. El misterioso colega de El Grafel elaboró una intrépida estrategia para derribar a la ciudad voladora, la mayoría de soldados luchaban en Maek y el Oculito nunca imaginó que Sadek enviaría un ejército de hadas guerreras, por lo que las tropas encargadas de defender al Nido no esperaban un ataque, mucho menos uno desde el aire. El enmascarado diseñó una arremetida única y certera, Mo había reunido alrededor de sesenta hadas, todo estaba listo, solo hacía falta que Krim llegara con el resto de guerreras.

-Allí están –dijo el primer marcial de Sadek, al constatar la llegada de sus tropas–.

Puedes iniciar el ataque, yo me encargo de liderar nuestra parte.

-Entendido –dijo el enmascarado–. Manténganse atentos hasta que nosotros acertemos el primer golpe.

El guerrero dio la orden e inmediatamente abandonó el escondite, los soldados lo escoltaban, apuntaban amenazantes con sus armas. El escuadrón descendió con apremio por el lado este de la ciudad. A diferencia de los caminos que utilizó El Grafel, esta parte del Nido no estaba habitada por insectos, correspondía a lo que alguna vez fue la parte agrícola de la ciudad. Como era evidente, los huertos hace mucho tiempo que no fueron cultivados y ahora estaban invadidos por maleza y vegetación agreste, el espadachín iba al frente y se abría camino con el filo de su espada, avanzaban a paso lento, aun así, alcanzarían el primer campo gravitacional en apenas una hora.

Al mismo tiempo, Mo y su ejército de hadas se preparaban para abatir la mayor cantidad de insectos, los soldados habían reunido más de cien granadas, sus artefactos eran ligeros y fáciles de activar, por lo que las hadas no tuvieron inconveniente en aprender a utilizarlas. En una primera instancia las guerreras de Sadek se negaron a usar las armas de sus enemigos, pero el enmascarado los convenció de que el fuego era la mejor vía para ejecutar un ataque efectivo, no todas las hadas tenían la posibilidad de invocar hechizos de combustión y sabían lo difícil que resultaba tumbar a las bestias con conjuros que no fueran ígneos. Las granadas les permitirían asestar un solo golpe para luego reforzar nuevamente las líneas defensivas de Maek. Mo y Krim dieron la señal pertinente y alrededor de ciento diez hadas volaron con prisa hasta ubicarse sobre las colosales bestias, allí esperarían la señal del espadachín para atacar.

La situación en la ciudadela de Maek estaba a punto de llegar a su final, después de que Zola colapsó la hilera de columnas y enterró a cientos de enemigos bajo toneladas de escombros, los erernis consiguieron valiosas horas para preparar su última defensa, las plazoletas de la coronilla se habían convertido en un fuerte improvisado, los alquimistas maekanos hicieron su mejor esfuerzo para transmutar el acero de los vagones en resistentes barreras que entorpecerían el avance de las tropas enemigas al palacio de Maek. Goviat temía lo peor, sabía que no alcanzarían el portal de Shalagen y que tampoco aguantarían hasta el amanecer. Los sanadores de Brión

consumieron sus últimos recursos energéticos para habilitar la mayor cantidad de hechiceros, pero pese a sus esfuerzos los maekanos continuaban en total desventaja frente a la invasión.

Zola organizaba las primeras filas, ya no había más barricadas a dónde replegarse; si las tropas cedían este último puesto, los maekanos serían testigos de su propio exterminio. De repente, el estruendo de una explosión se escuchó bajo los escombros de las escalinatas destruidas, como supusieron, los hechiceros enemigos habían construido con alquimia un gran túnel entre las ruinas enterradas de la fortaleza, un nuevo estallido volvió a resonar, silenciando por completo los murmullos de los defensores. Los últimos habitantes de Ciudad Titán esperaban angustiados la devastadora arremetida, sería imposible detener la invasión, solo les restaba aguantar la mayor cantidad de tiempo, defender su honor hasta las últimas consecuencias y morir de pie como un pueblo libre. Zola levantó el brazo, docenas de hechiceros erernis prepararon sus conjuros, una nueva explosión tronó bajo el suelo que defendían los leales soldados, quienes esperaban impacientes las órdenes de la anciana para atacar. -Aguarden... –gritó la maestra.

Los rostros de los maekanos evidenciaban el inmenso nerviosismo al que estaban sometidos, no eran soldados que crecieron entre guerras, nunca aprendieron a manejar la terrible presión de las batallas, eran erernis que amaban la paz, un amor solo igualado por el que sentían por su tierra y la gente que la habitaba. Su gran sabiduría les permitía celebrar la muerte, pues la entendían como parte esencial de un propósito mucho más profundo, sabían que no se trataba del final y no la temían en absoluto. Lo que sí les costaba entender era la muerte injusta, el asesinato, el ultraje a la vida. La angustia en sus ojos no era el resultado de la evidente realidad que se avecinaba, habían aceptado que morirían, pero lo que en verdad les asustaba eran las condiciones en las que dejarían el mundo al que tanto habían amado, la podredumbre se apoderaría del Titán y el Oculto hurtaría todos los recursos erernis para llevar la destrucción a todas las ciudades de Sorta y Bérmeillon. Las predicciones de las hadas y los erernis habían sido acertadas, la magia en manos humanas significaría la extinción irremediable de las razas.

Un poderoso estallido abrió un gran agujero en el suelo, grandes cantidades de piedra y escombros volaron propulsadas por la explosión y una gran nube de polvo

se formó alrededor del cráter, varios segundos después, las tropas enemigas ingresaron abruptamente para encontrarse con un estrecho callejón formado por los anchos muros de piedra que contenían la ciudadela maekana y la improvisada pared de acero. Las fuerzas defensivas estaban ubicadas a ambos lados de la boca del túnel para flanquear automáticamente a cualquier enemigo que ingresara en el callejón.

-¡Ataquen! –comandó finalmente Zola mientras señalaba la gran nube de polvo que se disipaba lentamente.

Los hechiceros maekanos dispararon sus conjuros más poderosos, no tenía sentido guardar sus energías para próximos encuentros, estaban seguros de que esta sería su última oportunidad para resistir. La primera incursión de soldados fue azotada por una ola de conjuros que los neutralizó en apenas segundos, las maniobras defensivas fueron ejecutadas a la perfección, pero la intensidad de la defensa disminuía poco a poco. Zola sabía perfectamente que se trataba de una estrategia enemiga, utilizaban a los soldados como carne de cañón hasta que los maekanos mermaran la intensidad de sus conjuros, una vez debilitada la defensa enviarían nuevamente a los brujos oscuros para abrir un ingreso en el muro de acero que los separaba de la ciudadela. Pero la astuta maestra no se dejaría sorprender dos veces por el mismo truco, la anciana tomó la precaución de agrupar a la mayoría de hechiceros de alto poder y preparó una emboscada devastadora para los brujos.

El estrecho corredor se convirtió en una eficiente trampa contra los soldados, quienes no tenían tiempo suficiente para encontrar cobertura y eran impactados por los potentes hechizos paralizantes. Varios minutos después los magos oscuros avanzaron dentro del corredor protegidos por sus campos de fuerza, las brillantes esferas iluminaban la penumbra del túnel y los fugaces hechizos de los erernis solo conseguían rebotar en los escudos de energía. Uno de los magos alcanzó el muro interior y utilizando alquimia desintegró el acero macizo para crear un enorme orificio en la pared. Los invasores creyeron que detrás del muro finalmente hallarían la ciudadela de Maek, grande fue su sorpresa al encontrarse cara a cara con Goviat, sus hermanas y alrededor de quince hechiceros de alto poder, tras ellos se encontraba otro gran muro de acero que repetía el mismo esquema que el anterior. Los magos oscuros no estaban preparados para contener un enfrentamiento en esas condiciones, a tan corta distancia sus campos de fuerza podrían ser neutralizados con un sencillo hechizo de disipación. Los experimentados hechiceros erernis invocaron simultáneamente siete

potentes ondas de sueño y la mayoría de magos, sorprendidos por la emboscada, cayeron desmayados por el impacto de los conjuros.

\*\*\*

Minwe y Ennol alcanzaron finalmente el gran puente de Mirodan, habían recorrido las calles de Ian aproximadamente cuarenta minutos, pero al muchacho le habían parecido horas enteras, estaba ávido por llegar lo más pronto posible. Al bajar por las escaleras laterales del puente, el joven se percató de que la fachada de ladrillo que Zola había creado meses atrás estaba destruida, las fuertes enredaderas que antes ocultaban el portal ahora crecían descontroladamente alrededor de los restos de la pared, una vez más, el camino hacia Ciudad Titán estaba completamente bloqueado. La doncella se mostró preocupada, pero Ennol conocía la solución, de uno de sus bolsillos sacó la llave del portal y la acercó a las plantas, éstas se replegaron de inmediato para formar un corto túnel que los condujo hacia el portal, la pareja no dudó en cruzar.

En cuestión de segundos los muchachos aparecieron en la gran sala de piedra donde hace tiempo se enfrentaron a las estatuas erernis, sus restos yacían desparramados por todo el cuarto. Todo parecía estar exactamente igual que la última vez que estuvieron en este lugar, incluso la puerta que fue creada por una de las estatuas. Ennol jalaba el brazo de Minwe ayudándola a mantener un ritmo continuo, la muchacha no era tan rápida pero demostró una gran resistencia. Los hechiceros atravesaron la cámara y se disponían a ingresar al túnel que los conduciría al hombro derecho de Ciudad Titán. En ese momento, algo extraño sucedió, la mente de Minwe fue azotada por un intenso recuerdo, la muchacha se detuvo de golpe y Ennol se vio obligado a soltar su mano por un instante.

-¿Qué sucede? –preguntó el muchacho impaciente.

Una nueva secuencia de imágenes irrumpió en la memoria de Minwe, esta vez el impacto la hizo caer de rodillas y la muchacha se sujetó la cabeza tratando de exorcizar aquellos nocivos pensamientos. Ennol asistió de inmediato a la doncella, pero ella se encontraba completamente absorta en sus recuerdos. La silueta del Oculto se formó en su mente, fumaba un grueso cigarro envuelto en brea y exhalaba bocanadas de un humo negro y espeso. Los recuerdos se colaban como intrusos y cada uno de

ellos era una penetrante punzada en su mente. Ahora la doncella recordaba a Eona suspendida en el aire, el hada apenas se movía, su delicada piel absorbía las nubes de humo negro y lentamente se teñía de un mórbido color grisáceo. Minwe lo vio todo, lo recordó como si cada segundo volviera a sucederle, presenció nuevamente la sarcástica mirada de Moreb, la macabra sonrisa del Oculto y aquella penetrante sensación que le estrujaba el alma. Ahora ella entendía las razones por las que Ennol se negó a contarle lo sucedido en Ciudad Insecto, el muchacho no sabía cómo explicar un acontecimiento tan perverso.

-Mi alma está corrupta –sollozó la doncella completamente vencida–. Todo este tiempo, el sacrificio de tantas vidas, todo nuestro esfuerzo ha sido inútil.

Ennol comprendió lo sucedido. El ónice, además de contener los recuerdos de la muchacha, almacenaba las nuevas memorias que creaba a cada momento. Durante todo el tiempo que Minwe permaneció en Ciudad Insecto había sido apartada de su collar, todo lo que la doncella vivió en esos tres días fue registrado en su cabeza y no en la piedra. Cuando la muchacha cruzó el portal hacia Sorta, conservó los recuerdos almacenados en el collar, pero el resto de memorias fueron desanexadas de su mente para permanecer en Bértmellon. Fue por esta razón que Minwe no recordaba nada de lo sucedido en los últimos tres días, ahora que habían regresado a la dimensión donde esos recuerdos fueron creados la doncella empezó a recuperarlos uno a uno.

-Ennol, esto no está bien –la muchacha estaba desesperada–. No podré detener la guerra, el poder de Eona está manchado por el mal. Ahora más que nunca soy vulnerable a mi naturaleza humana, si libero mis alas también liberaré una gran maldad. Ennol... no quiero convertirme en un monstruo.

-No digas eso, Minwe –Ennol se arrodilló frente a la muchacha para levantarla–. Eres nuestra única esperanza, toda una nación depende de ti. Tú eres quien pondrá fin a esta guerra, no te detengas ahora que estás tan cerca de alcanzar la paz.

-¡Es demasiado riesgoso! –gritó la muchacha–. ¡No lo entiendes! ¡En cualquier momento la rabia puede hacerme estallar! ¡Si eso llegara a ocurrir nadie podrá detenerme! ¡El poder de Eona es incalculable!

-¡Entonces resiste! –contestó Ennol determinado a continuar.

-¡Es muy tarde! ¡Ahora el odio habita en mí!

-¡Y también el amor! –exclamó el muchacho mirándola fijamente a los ojos, el nudo en su garganta le quebraba la voz–. ¡No te atrevas a pensar que ese ruin sentimiento es más fuerte que tu amor! Porque acabo de entregarte el mejor retazo de mi alma y estoy

convencido de que nada es más fuerte que tu amor.

Un nuevo recuerdo se filtró entre los pensamientos de la Portadora, un cansado soldado sostenía un collar de ónice y con extrema dificultad alcanzó a lanzarlo hacia Ennol, la mirada del comandante demostraba un sentimiento nunca antes visto en él.

-Seth –murmuró la doncella atónita–. Él... sacrificó su vida para salvarnos.

Una tremenda contradicción invadió las entrañas de la muchacha, por un lado, sentía un inmenso dolor al recordar el noble sacrificio del comandante, pero al mismo tiempo, la doncella sentía la más pura expresión de alegría, pues por primera vez había conseguido el propósito para el que había nacido. Todos los riesgos, todo el esfuerzo, todo el sufrimiento cobraron sentido en esa milésima de segundo cuando Minwe recordó los ojos de Seth repletos de paz. Y es que no existe diferencia entre la paz que habita en la mirada de un hombre y la paz que invita a las naciones a abandonar las armas, la paz es paz y la guerra es guerra sin importar el lugar ni la escala en la que sucedan.

-Si Seth pudo escoger el bien entre tanto mal –susurró la muchacha–. De igual manera puedo hacerlo yo... no importa cuánto hayan contaminado mi alma, lo importante es que siga escogiendo el amor. Basta que conserve una pizca de pureza y siempre podré escoger el amor.

-Siempre lo harás... Estoy seguro de eso.

Ennol comprendió claramente las razones por las que los glifos del amor habían aparecido a última hora, las circunstancias habían cambiado, aquel cruel hechizo había mutado la naturaleza de Minwe, El Grafel lo había dicho, aquel perverso conjuro solo consiguió hacerla más fuerte. Minwe recuperó la fe, ahora más que nunca creyó que sería posible, comprendió que la paz no dependía de un tatuaje místico, tampoco del poder que encerraba el Hada Blanca, mucho menos de las predicciones del Oráculo; la paz no era más que una decisión, entregar o no entregar amor, sin importar el pasado, sin importar cuántos pretextos tuviera para dejar de creer en ella, todo se resumía en esa hermosa palabra, lo demás ya no importaba.

Una explosión resonó a lo lejos, el estruendo arrancó a los muchachos de su profunda reflexión, la Ciudad del Coloso se desmoronaba bajo los ataques invasores y



en aquel instante la doncella decidió que ella terminaría, de una vez por todas, con el terrible sufrimiento que recaía sobre los maekanos y sus agresores.

-Debemos continuar –dijo la muchacha determinada–. Es momento de ponerle fin a esta guerra.

La doncella se levantó decidida, estaba dispuesta a luchar hasta las últimas consecuencias, ingresó rápidamente al túnel y esta vez era Ennol quien tenía que seguirla de cerca, la muchacha se desplazaba con gran ligereza, aún no sabía cómo liberaría sus alas, pero tenía plena confianza en que descubriría cómo hacerlo. El largo túnel los llevó hacia la gran colina correspondiente al hombro del Titán, después de cruzar el umbral empotrado en el borde del talud, los muchachos abandonaron el oscuro pasadizo; desde allí, bajo las gigantescas raíces del gran roble que crecía en la cumbre de la colina, Minwe y Ennol observaron la terrible realidad que vivía la legendaria Ciudad Titán. La metrópoli ardía en llamas, el fuego iluminaba la noche y enrojecían algunos rincones de la ciudad. Sus brazos, torso y cuello todavía expedían el humo de los incendios, varias zonas estaban completamente destrozadas por los impactos de los cañones mágicos y los enormes arpones de adamantio continuaban aprisionando la gran estructura de la ciudad. Una tremenda explosión retumbó en la cabeza del coloso, era Maek, los erernis estaban a punto de ser doblegados por la violenta invasión.

-¡Pronto! –exclamó el muchacho al ver la terrible situación–. ¡No aguantarán más tiempo!

Los muchachos emprendieron nuevamente su carrera hacia Maek, pero inesperadamente la ciudad entera se sacudió. Ennol sintió que el suelo por el que caminaba se emancipó como el lomo de un toro salvaje, los hechiceros cayeron aparatosamente y rodaron varios metros por el suelo, antes de poder levantarse y recuperar el equilibrio, la ciudad entera se estremeció una vez más. Ennol salió disparado, impulsado por los bruscos movimientos del coloso, de igual manera la doncella fue despedida en sentido contrario, parecía como si estuvieran en la cubierta de un barco al atravesar terribles vientos monzónicos.

-¿Qué está pasando?! –gritó Minwe desconcertada.

El muchacho temía saber la respuesta, los planes del Oculito se vieron frustrados, perdió la oportunidad de controlar al Hada Blanca, sus propias tropas lo

traicionaron y Moreb, su principal secuaz, fue eliminado. La rabia del villano despertó su incontrolable sed de sangre y venganza y qué mejor manera de saciarla que tumbar la Ciudad del Coloso y reducirla a escombros. El Oculito utilizaría todos los recursos de la ciudad voladora para derribar al Titán, seguramente había dado nuevas indicaciones a los hechiceros que maniobraban a Ciudad Insecto.

-¡Tumbarán la ciudad! –exclamó Ennol–. ¡Pronto, Minwe! ¡Debemos ingresar al coloso!

Los muchachos intentaron alcanzar el gran pórtico que conducía hacia las escalinatas que descendían en el brazo derecho de la ciudad, pero la inestabilidad del suelo les había quitado total voluntad para decidir hacia dónde moverse. Ennol se separaba cada vez más de Minwe, la muchacha había conseguido sujetarse fuertemente de las raíces del gran roble, mientras que el muchacho rodaba sin control hacia el borde de la gran colina. D’Marti estuvo a punto de caer del hombro del coloso, pero alcanzó a sujetarse de una ligera baranda de hierro que bordeaba casi la totalidad del gran mirador. Ennol estaba muy bien agarrado del barandal, pero no sabía por cuánto tiempo más podría soportar las violentas sacudidas del Titán. Justo cuando las cosas parecían no poder estar peor, una ráfaga de proyectiles mágicos fue disparada por los cañones del insecto para impactar en varias zonas de la ciudad, el Oculito estaba decidido a reducirla a ruinas.

Era urgente que alguien detuviera al encapuchado, la única persona en la que podía pensar Ennol era El Grafel. El muchacho temía que el enmascarado no hubiera podido salir bien librado de su explosivo encuentro con Greta, en ese caso no habría nadie que pudiera detener al Oculito, pues Mo y el otro espadachín eran los encargados de sabotear a Ciudad Insecto.

Los violentos sacudones afectaron también a la ciudadela de Maek, los súbitos temblores derribaron tanto a las tropas enemigas como a los defensores. El desconcierto reinaba en ambos bandos de la batalla. Zola comprendió, al igual que Goviat, que el Oculito había perdido la paciencia y decidió abatir la ciudad ereni sin importarle las consecuencias. Una nueva convulsión azotó al gigante, la enorme ciudad voladora tironeaba con impresionante fuerza las tensas cadenas de adamantio, los soldados no conseguían mantenerse de pie y caían al suelo abandonando sus puestos de batalla. Pero quienes estaban completamente sorprendidos eran los invasores, el Oculito había asegurado que aquella maniobra solo sería utilizada en caso de que la

situación se volcara a favor de los erernis. Lo que ellos no sabían era que al encapuchado nunca le interesó cumplir acuerdo alguno, su inmenso poder le permitiría reagrupar un nuevo ejército en apenas semanas. Además, después de la traición de Seth, el villano había perdido completamente la confianza en los soldados y en sus armas de fuego, no se quedaría de brazos cruzados a esperar que el resto de tropas también decidieran apoyar a sus enemigos.

Un nuevo zarandeo desestabilizó al Titán, los tirones eran cada vez más potentes, esta vez el temblor fue tan fuerte que varias paredes de la ciudad se vinieron abajo. La gran torre de observación que se levantaba en el borde izquierdo de Maek no soportó el movimiento y se derrumbó sobre las plazuelas de la ciudadela. El pueblo maekano que esperaba en el Palacio Real observaba cómo su ciudad se desmenuzaba lentamente, el esqueleto indestructible de la colosal ciudad se sacudía con violencia resquebrajando los fuertes muros de piedra; los anillos estructurales también comenzaron a agrietarse, poco faltaba para que la ciudad empezara a colapsar. Las mujeres y niños perdieron completamente la compostura, Renvel y Thea intentaban inútilmente calmar los gritos desesperados de los maekanos. Goviat, por primera vez en toda la batalla, no supo cómo reaccionar, si la ciudad seguía estremeciéndose de esa manera, todos los edificios terminarían por destruirse, incluso el Gran Palacio de Maek, para colmo, el heredero no podía evacuar la ciudad, estaban acorralados dentro de sus propios muros. El Nido empezó a moverse, su trayectoria pretendía formar un círculo alrededor del Coloso para que las fuertes cadenas de adamantio envolvieran las piernas del gran gólem.

Mo y su ejército de hadas sobrevolaban la Ciudad Caída, el espadachín se había demorado más de la cuenta y todavía no conseguía destruir el campo gravitacional. Hace varios minutos que la ciudad entera había empezado a rodear al coloso, el daño ocasionado por cada tirón era desmesurado. El primer marcial de Sadek sabía que en pocos minutos el Titán se desmoronaría irremediablemente sobre las grandes planicies de Shalagen.

-¿Por qué tardan tanto? –murmuró el hada.

Finalmente, una potente detonación reventó en las entrañas del Nido, el campo gravitacional había sido destruido, el estruendo fue tan fuerte que se escuchó incluso en la ciudadela de Maek. La enorme metrópoli voladora empezó a inclinarse

muy despacio, como el enorme bucanero que se hunde después de ser agujereado por las balas de cañón. Esa era la señal que Mo estaba esperando, el marcial ordenó el ataque de las guerreras. Más de cien hadas descendieron rápidamente hasta ubicarse sobre el zumbido de los grandes insectos, cada una de ellas trasportaba una cápsula explosiva, el pequeño tamaño de las sadekanas les permitió aproximarse sin ser detectadas. Las bestias no hicieron el menor ademán para defenderse, simplemente aleteaban con todas sus fuerzas para elevar a la gran ciudad. Una vez posicionadas las tropas, Mo y Krim dieron la señal para ejecutar el letal sabotaje, alrededor de ciento diez granadas fueron arrojadas en total sincronía, las guerreras evacuaron la zona con rapidez. Los explosivos fueron lanzados de tal manera que impactaran justo en el punto donde las alas de cada insecto convergían. Cientos de estallidos repercutieron en el cielo y las bolas de fuego explotaron simultáneamente para iluminar la oscura noche. Una vez asestado el certero golpe, las hadas emprendieron su retorno hacia Maek.

El fuego de las explosiones alcanzó alrededor de cincuenta insectos, sus alas fueron consumidas por las llamas y aunque las bestias no perecieron cayeron torpemente sobre la superficie de la ciudad. El sabotaje fue un éxito, la enorme ciudad comenzó a perder altitud, el resto de bestias que continuaban volando no tenían fuerza suficiente para elevar las cargas. Ciudad Insecto había sido abatida, sin embargo, el Oculito no abandonaría la batalla sin hacer el mayor daño posible, el encapuchado desató toda su fuerza bélica, los cañones dispararon hasta el último proyectil de magia.

Ennol había conseguido resguardarse junto a Minwe bajo el enorme roble que crecía en lo alto del hombro derecho de Ciudad Titán, el brusco movimiento del suelo no les permitía acudir hacia la ciudadela. Una serie interminable de proyectiles impactaba en la ciudad, destrozándola por completo, solamente las zonas protegidas por los artefactos mágicos no habían sufrido daño alguno. De pronto, un par de misiles acertó en la esfera energética que unía el hombro derecho del coloso con el enorme anillo que estaba anexado al tronco, el impacto fue certero y el núcleo de luz fue destruido tras una poderosa implosión. El enorme brazo del Titán empezó a desprenderse del resto de la ciudad, una gran masa de tierra era lo único que impedía que la extremidad se desprendiera. Minwe y Ennol sintieron cómo la colosal estructura empezaba a colapsar.

-¡Debemos salir de aquí! –gritó el muchacho—. ¡Esta colina está a punto de desplomarse!

El muchacho no terminaba de decirlo cuando la Ciudad Caída hizo un giro repentino minutos antes de aterrizar forzosamente en las extensas planicies de Shalagen, el impacto tensó violentamente las cadenas de adamantio y la sacudida estuvo a punto de tumbar al enorme coloso, el gran terremoto terminó de desgarrar el brazo del Titán.

La colosal extremidad se precipitó vertiginosamente, Ennol y Minwe descendían en caída libre junto a la gran estructura de la ciudad que aceleraba cada vez más, el muchacho solo podía sentir un desesperante vacío en su vientre, se podían escuchar los gritos provenientes de los niveles inferiores del brazo, tanto maekanos como invasores permanecían en su estructura. Ennol nunca imaginó que algo así podría suceder, no había nada que el muchacho pudiera hacer, en cuestión de segundos el enorme brazo se estrellaría contra el suelo para desintegrarse completamente por el impacto. Entre el vértigo y las explosiones, Ennol pudo distinguir la fuerte voz de la doncella.

-¡Corre! ¡Corre! –gritaba desesperadamente la Portadora.

Ennol observó la extensa colina, no entendía lo que Minwe pretendía, estaba completamente desconcertado, volteó nuevamente hacia ella hasta encontrar su penetrante mirada.

-¡Confía en mí! –volvió a gritar la muchacha.

El muchacho se soltó del gran roble al que estaba agarrado y sin pensarlo corrió cuesta abajo por la verde loma. La tierra temblaba, las piernas del inventor avanzaban a paso firme a pesar de dirigirse directamente hacia el vacío, el joven confiaba ciegamente en la doncella, de seguro había preparado algún hechizo de protección. Ennol continuó corriendo con todas sus fuerzas, hasta que la colina llegó a su final, el muchacho no se detuvo. En el preciso momento en el que el Tatuador alcanzó el borde del precipicio un par de brazos lo sujetaron firmemente por la espalda, un intenso resplandor plateado iluminó todo el rededor, el muchacho saltó e inmediatamente el pánico desapareció, una sublime energía le acariciaba el pecho para alivianar su corazón. Ennol se sintió ligero como una pluma suelta sobre la brisa, sus pies se separaron por completo de la gran colina por la que corrió, fue entonces que comprendió que estaba volando.

D'Marti volteó su mirada para encontrarse con el rostro de Minwe, sus verdes ojos lloraban de felicidad, lo que en un inicio había sido una maniobra de sujeción poco a poco se convirtió en un tierno abrazo. Ennol estaba maravillado, de la espalda de la doncella habían nacido dos majestuosas alas plateadas, el muchacho tuvo mucho tiempo para imaginar cómo serían las alas de Minwe, pero su mente nunca hubiera podido igualar el magnífico espectáculo que estaba presenciando, la belleza de la muchacha solo podría compararse con la de un ángel, sus fuertes alas completamente extendidas irradiaban un brillo divino. La emoción del muchacho colmaba su corazón, la doncella había accedido al inmenso poder del Hada Blanca, sin embargo, Ennol sabía que Minwe había conectado con un poder infinito, su propio amor. Las alas se extendían como las de una joven gaviota, delicadas pero fuertes, reflejaban la esencia impoluta de la doncella, aquel oscuro hechizo no consiguió mermar la pureza de Minwe.

-¿Lo ves? –le susurró la muchacha al oído–. Todo este tiempo no me has dejado caer, ahora es mi turno de elevar tu vuelo.

- ¡Lo lograste! ¡Minwe, estás volando! –gritó Ennol invadido por la emoción.

- Estamos volando –le corrigió Minwe.

Un horrisono estallido les advirtió que el gran brazo de la ciudad se había estrellado contra la explanada de Shalagen, centenares de viviendas maekanas se destrozaron en apenas segundos, los muchachos solo podían pensar en todas las vidas que en apenas segundos dejaron de existir. Cada aleteo de Minwe era como una sutil pincelada de colores en un lienzo de brisa, el asda batía sus alas con gran destreza, como si hubiera nacido con ellas. Mo siempre decía que para volar se necesita el alma libre de un ave y si alguien encajaba con esa frase era Minwe, la muchacha entregaría su vida por la libertad.

Los muchachos volaron alrededor de la ciudad, Minwe se desplazó sobre las corrientes de aire y abandonó la gran nube de humo y polvo ocasionada por la terrible colisión, una vez afuera pudieron observar las maravillosas planicies de Bémellon, el mundo al que defendían era hermoso, la noche dominante, el intenso brillo de las estrellas, los vastos campos apenas iluminados por la luz de la luna, todo era fascinante. El amor por la vida que contenía cada rincón de esa tierra era la razón por la que Minwe nunca perdió la esperanza, aun en los momentos más críticos, cuando

todo pareció morir bajo la tragedia, aun cuando las luces se apagaban una a una, Minwe siguió adelante y por eso, ahora volaba para cumplir con su ideal. La muchacha sentía el viento contra su cara, nunca antes fue tan libre y nunca antes sintió tanta paz, de otra manera, ¿cómo liberaría a las naciones de la guerra? Porque la paz, al igual que la guerra, no existe en las naciones, solo puede habitar en el corazón de los hombres, no se la consigue a la fuerza y jamás, jamás será el resultado de la guerra. La paz no es otra cosa que el mismo amor, es la misma energía con dos nombres distintos, y mientras los hombres continúen separando los conceptos, no podrán entender que el amor solo puede ser cultivado dentro. Minwe alcanzó un estado superior de sabiduría y por eso desplegó sus alas, solo después de haber encontrado la paz en su interior el asda pudo irradiar una energía tan pura e intensa capaz de guiar a otros, incluso a los hombres más oscuros.

Los muchachos volaron hasta alcanzar la altura de la cabeza, el asda no perdería más tiempo, iría directamente a Maek. La batalla no daba tregua, las tropas invasoras estaban a punto de penetrar la última defensa de la ciudadela maekana, los soldados erernis habían peleado con valentía, pero sus fuerzas mermaban cada vez más, los pocos soldados que aún defendían la ciudad estaban próximos a agotar sus últimas reservas de energía. Goviat y el resto de hechiceros de alto poder se habían mantenido firmes en su misión de repeler a los brujos oscuros. Sin embargo, sus enemigos tenían la victoria asegurada, era una simple cuestión de números, las tropas maekanas eran cada vez menos. Zola había luchado como una verdadera campeona, de no haber sido por la hechicera, hace varias horas que hubieran perdido la batalla. De repente, un destello de magia abrió un gran orificio en una de las grandes plazuelas de la ciudadela, los invasores se habían dado modos para construir un nuevo acceso hacia el interior, un gran grupo de hechiceros oscuros ingresó a Maek y atacó sorpresivamente. Zola abandonó de inmediato su ubicación, disparó una ráfaga de rayos eléctricos para aniquilar a un par de hechiceros que se acercaban peligrosamente, acto seguido la maestra invocó un poderoso hechizo de fuego que concentró entre las palmas de sus manos, la anciana estaba lista para disparar el letal proyectil, pero una intensa luz resplandeció en el cielo.

Un enérgico aura sosegador invadió el ambiente, Zola sintió como si un ser celestial la poseyera para ordenarle que se detuviera, la maestra observó la llama ardiendo en sus manos, luego miró al grupo de hechiceros al que estaba a punto de

calcinar, de repente, todo le pareció tan absurdo, apenas recordaba las razones por las que quería matarlos. La anciana disipó su magia y observó desconcertada a su alrededor, todo estaba destruido, cientos de cuerpos yacían muertos sobre las plazas, el fuego consumía el interior de las viviendas. ¿Cómo podía ser posible tanta destrucción? Los hechiceros enemigos se encontraban en la misma situación, se miraban unos a otros confundidos por completo. Lentamente, los estallidos y disparos comenzaron a menguar. Las mujeres y niños que aguardaban en el palacio abandonaron su refugio, uno a uno aparecieron en las plazuelas, habían sido llamados por una cándida energía que los sumergió en un hermoso sentimiento de tranquilidad.

- ¡Miren allá arriba! –Exclamó un niño mientras señalaba la radiante figura que volaba en el cielo.

Los Maekanos observaban fascinados el elegante vuelo del asda, Minwe planeaba con sutileza, descendía en amplios círculos mientras irradiaba su luz; aquel generoso resplandor se esparció por la ciudad, iluminando hasta el último rincón, era luz mágica que no conocía la sombra por lo que podía alcanzar hasta los lugares más recónditos, incluso la oscuridad que habita bajo las rocas fue tocada por los hilos de luz. De la misma manera, aquel sentimiento sosegador podía encontrar en las almas más enfermas aunque sea un pequeño retazo de bondad. La tibia caricia en cada corazón consiguió abrir una ventana de conciencia y sanar aquella infame ambición de destrucción. Uno a uno los combatientes despertaron hacia una nueva posibilidad, donde la violencia no era una opción.

De pronto lo insólito sucedió: erernis y humanos colaboraban para apagar las llamas que ardían dentro de una habitación, otros buscaban entre los cuerpos posibles sobrevivientes, los soldados soltaban avergonzados sus armas. Goviat observaba extrañado cada acontecimiento, el joven heredero estaba acostumbrado a la magia, pero era la primera vez que presenciaba un milagro. El asda descendió lentamente sobre la coronilla del Titán, con mucho cuidado soltó a Ennol sobre una de las plazuelas. Minwe se acercó hacia la gente, sin hacer diferencias entre nadie. Erernis, humanos, magos, soldados, todos eran iguales ante los ojos del asda. A su paso la doncella dibujaba sonrisas en los rostros de quienes se acercaban, dejando un rastro de paz que silenció por completo a la ciudad; nadie se atrevería a hablar, pues la presencia de Minwe los había sumergido en la más profunda reflexión. La gente se acercaba poco a poco, nadie podía resistir el carisma divino de la doncella.



La gran plazoleta de Maek se repletó cada vez más, todos querían conocer quién irradiaba aquella energía pacificadora. Mo y sus hadas también fueron llamados por el aura, Brión y sus curadores, Veira y sus hechiceros, Zola con sus guardianes, caesarios, luminoides, soldados, brujos y, por supuesto, el pueblo maekano. Todos se encontraban allí y todos habían olvidado sus prejuicios. Finalmente, y solo cuando Minwe supo que Maek albergaba hasta el último sobreviviente, el asda extendió sus alas para cobijarlos en una aurora que iluminó la noche. Eona era sin duda el hada más poderosa que las dimensiones habían presenciado.

No fueron necesarios discursos, la calidez de Minwe era suficiente para que todos comprendieran, el mensaje era tan sencillo que cualquier palabra sobraría. El silencio fue el mejor lenguaje... indiscutible, inapelable. Minwe se tomó el tiempo de observar cada rostro, cada mirada de desconcierto, sus grandes ojos se habían tornado plateados y resplandecían intensamente. Poco a poco cada ser que fue tocado por la mirada del asda pudo sanar su mente de la ilusión, y recordar que todos pertenecemos al mismo lugar, a la misma energía creadora. Ennol nunca lo había visto tan claro, sintió la energía universal envolviéndolo por completo, todo vibraba en unicidad; podía sentir el palpitar de Bértallon bajo sus pies, a través de la estructura de Ciudad Titán. Todo estaba conectado, así como las células de su cuerpo, todo formaba parte de un perfecto organismo que funcionaba sin diferencias. Ennol sintió cómo su energía estaba entrelazada con la de los soldados que hace poco consideraba sus enemigos, comprendió que, de haberlos lastimado, en realidad se habría lastimando a sí mismo.

Zola, a pesar de su maestría en el manejo de la magia, nunca antes había experimentado un sosiego tan reconfortante, la anciana estaba deleitada, al parecer el tiempo se había detenido y solo podía dejarse llevar por el intenso amor que la envolvía. La maestra estaba profundamente agradecida, sabía que desde aquel instante Minwe había dejado de ser su aprendiz, pues ahora era ella quien impartía la lección más sublime. Lágrimas rodaban por las mejillas de la anciana, cada gota cristalina la liberó de toda culpa, por cada vida que en nombre de la paz había apagado; Zola no sintió remordimiento, solo liberación, pues aquella energía sanadora lo perdonaba todo.

Cada soldado, cada hechicero, cada asesino que presenció la gracia sanadora del asda sintió la misma purificación que sintió Zola. Ahora comprendían lo absurda que es la guerra, y solo podían preguntarse cómo lograron permanecer por tanto tiempo separados de la fuente original, presos por esa red de vacío e ilusión. Al final la verdad sobresalió, ahora todos formaban parte de una misma conciencia.

Varios minutos después, Minwe replegó sus alas. La gente fue despertando de su trance, para descubrir en su interior que pertenecían a una nueva nación, una nación sin fronteras. Maek se había convertido en la primera ciudad andante en albergar humanos. Los erernis sabían que debían enseñar a los nuevos habitantes los principios de una convivencia armónica y los humanos sabían que tenían mucho por aprender; para empezar, habían abandonado aquella ambición vana y desenfrenada, y, con ayuda de los erernis, aprenderían el verdadero significado del poder.

Thea, Renvel, Mo, Goviat, incluso el pequeño Kyatto, cada uno de los guardianes tuvo su propia experiencia sobre el aura sosegadora del Hada Blanca, la energía tenía inteligencia propia, sabía precisamente dónde sanar, cada ser recibió la sabiduría que necesitaba.

Las alas de la doncella se desvanecieron lentamente, al igual que el brillo plateado de sus ojos. Cuando todo terminó, Minwe encontró la mirada de su tatuador, esos ojos que en ningún momento dejaron de creer en ella y que ahora le decían en silencio: *“Esta guerra ha terminado”*. Minwe abrazó al joven inventor, ahogada por un océano de emociones, el muchacho apenas podía enjuagarle las lágrimas que brotaban como ríos, todo había terminado, sin embargo, no había espacio para celebraciones, el llanto de la doncella les recordaba cada vida perdida en esa guerra, cada niño huérfano, cada hogar destruido.

El silencio se dilató por varios minutos, no hicieron falta órdenes ni instrucciones, cada habitante de Maek sabía exactamente lo que debía hacer, se dispersaron y en silencio iniciaron la reconstrucción del Titán.

## EPÍLOGO

La mañana siguiente los Guardianes de Sadek junto con varios curanderos de Saiza acudieron a la Ciudad Caída, sabían que encontrarían varios sobrevivientes necesitados de sanación y un lugar digno donde vivir. Las ruinas de Cerúlea también serían reconstruidas, pero antes era imperativo consolidar una sociedad pacífica. Minwe y Ennol se adentraron a las profundidades de la ciudad, justo donde el macabro ritual se había efectuado. Zola no estaba de acuerdo con que la muchacha regresara a aquel lugar, pero el asda insistió, había algo muy importante que debía hacer. Entre los escombros encontraron el cuerpo incinerado de Seth, Minwe lloró como una niña al verlo, el muchacho la observó de cerca y compartió su tristeza.

Thea y Goviat se encargaron de liberar las cadenas que aprisionaban a los insectos que sobrevivieron a la colisión, de igual manera disiparon cualquier hechizo de control que hubiera permanecido sobre las criaturas. En pocas semanas, los insectos abandonarían el Nido y llevarían sus larvas a su verdadero hogar. Thea elevó varias plegarias pidiendo perdón a todas las bestias que habían muerto en la batalla, pues ellas nunca pidieron formar parte de esta guerra.

Zola y Brión atendieron a los heridos, encontraron cientos de sobrevivientes, la mayoría soldados, quienes al parecer también fueron alcanzados por el aura de Minwe, pues a pesar de seguir armados no atacaron a Zola ni a los sanadores. Muchos maekanos se ofrecieron como voluntarios para colaborar en esta tarea, mientras el resto de ciudadanos permanecieron en el Titán para despejar los escombros. Mientras buscaban en los calabozos, Zola encontró a Telmo y a gran parte de la tripulación del Viyak. El capitán contó cómo los emboscaron, y cómo Moreb los había torturado para que revelaran información sobre Ciudad Titán y sus debilidades, algunos resistieron hasta la muerte, otros no tuvieron más remedio que hablar.

Renvel regresó a Ian junto con los caesarios y el resto de guardianes; el anciano había decidido iniciar su propia búsqueda de los indicios erernis. Zola le había comentado que habían tenido inconvenientes en encontrar una nueva pista que los condujera a la siguiente ciudad andante, y el hechicero pensó que podría ayudarlos de alguna manera.

Mo voló junto a Krim y el resto de hadas guerreras, debían reportar a Sadek lo acontecido en las últimas horas. El futuro de las dimensiones había dado un drástico giro gracias a la aparición de una nueva asda, sin embargo, a Mo le preocupaba sobremanera el macabro hechizo que el Oculito efectuó sobre Eona, era de suprema importancia que el Marcial de Sadek informara a las hadas ancianas sobre la naturaleza del hechizo. Por su experiencia, Mo sabía que el oráculo no traería buenos augurios respecto a futuras consecuencias.

Ya en la noche, los guardianes se habían reunido en Nalek-Ab, en el campanario dedicado al espíritu de la muerte. Allí, Goviat precedía una ceremonia fúnebre. Las más diestras artesanas de Maek habían tejido una cama de paja, donde yacía el cuerpo sin vida de Seth. En las plazas de la ciudad la gente trabajaba incansablemente, de esta manera celebraban la paz. Solo los guardianes de Sadek y los exsoldados pertenecientes al escuadrón de Seth habían abandonado sus labores para asistir a la ceremonia de cremación. Minwe vestía un hermoso vestido blanco, ligeramente más elegante que los que solía utilizar, la doncella abrazaba a Ennol y juntos observaban con tristeza el ritual de despedida.

- Esta ceremonia –comenzó Goviat– se ha creado para despedir honorablemente a cada hermano que abandonó el tiempo de este plano, para encontrar la verdad bajo el manto del espíritu de la muerte.

El heredero encendió una gran antorcha, la llama brilló altiva demostrando su avidez.

- Y así como el río regresa al océano, nuestros cuerpos cansados inevitablemente regresarán a su hogar –Goviat respiró profundo–. Así como la madera se transforma en carbón, nosotros y todo lo que nos rodea está en constante cambio, nada escapa, nada permanece, solo el amor es eterno, solo la energía original es indestructible. Hoy honraremos esa energía infinita, que nos recuerda la entrega de grandes hombres y mujeres. Ígoris, Magda, Gastón, el gran Taumaturgo, Reno y Seth, sus enseñanzas permanecerán en cada uno de nosotros, ni el fuego ni ninguna otra fuerza podrá borrar el amor entregado.

Goviat acercó la antorcha hacia la paja seca encendiendo la hoguera de inmediato, el silencio de los guardianes permitió al fuego dar su propio discurso, las llamas se elevaron hasta cubrir por completo la cama de paja. Ennol miró detenidamente el

reflejo del fuego en los ojos de Minwe, quien observaba distante el ritual. Las brasas consumían los restos del comandante, de pronto, una fuerte campanada resonó en el templo de la muerte, era su espíritu que había llegado a bendecir a los guerreros nombrados, la gran campana replicó seis veces, una por cada compañero caído. Minwe no apartó ni un momento la vista de la hoguera, no hasta que la última llama se apagó por completo, la ceremonia había terminado. Los exsoldados uno a uno regresaron a sus aposentos, de igual manera lo hicieron los guardianes de Sadek, todos menos Ennol, que se quedó hasta el final junto a Minwe.

La doncella decidió abandonar el duelo, tenía mucho por hacer y estaba consciente de que no podía demorarse demasiado llorando a sus muertos. Ennol esperaba arrimado en el balaustrado del campanario, ella se acercó a sus espaldas sin hacer ruido y lo sorprendió con un abrazo.

- ¿En qué piensas tanto? –preguntó curiosamente la doncella, su voz se escuchaba triste aún.
- No ha vuelto –respondió preocupado el tatuador–. El Grafel no ha regresado.
- ¿Crees que le pudo ocurrir algo?
- No lo sé, tal vez aquella mujer obesa consiguió lastimarlo.
- No lo creo, Ennol, el espadachín sabe cuidarse bien, pudo vencer a un grosrote él solo, no creo que Greta haya conseguido dañarlo. Además, no encontramos nada en los manantiales de Cerúlea. ¿Ahí lo viste por última vez?
- Sí, tienes razón, lo más probable es que haya escapado, es por eso que me extraña que no haya vuelto.
- Seguramente tiene otras cosas que atender.
- ¿Quién crees que podría ser? ¿Por qué nos ayuda de esa manera?
- La verdad, Ennol, no lo sé. Pero agradezco que haya aparecido, de no ser por él estaríamos perdidos.

Ennol permaneció pensativo unos instantes, observó el cielo estrellado en busca de respuestas. El muchacho había fabricado una loca teoría sobre la identidad del Grafel, había demasiadas coincidencias, pero al mismo tiempo el muchacho se empeñaba en invalidar sus propias sospechas, le dolería demasiado descubrir que su teoría estuviera equivocada.

- Fue el espadachín quien me ayudó a reparar el sistema de mando del Titán, él me indicó que la falla se encontraba en los giroscopios, sin él, hubiera tardado meses en

reparar al Coloso.

- Pero... –Minwe estaba sorprendida por el comentario del muchacho– ¿Cómo rayos un espadachín puede conocer de mecánica tan avanzada?
- Es lo mismo que me pregunto yo. Créeme, lo hago todo el tiempo. Solo se me ocurre una posibilidad, pero es demasiado absurda.

Minwe sabía lo que Ennol sospechaba, ella mismo había llegado a la misma conclusión, pero no quería incentivar esos pensamientos, sabía que de no ser verdad sería muy duro para el tatuador.

- No te preocupes por eso, no es necesario que comprendas quién es él, lo importante es que aprendamos lo que ha venido a enseñarnos. Cada uno de nosotros, Ennol, está en el lugar y en el momento indicado. El universo es como los mecanismos que diseñabas en tu taller, cada pieza tiene un propósito específico, si alguna llegara a faltar, la maquina simplemente dejaría de funcionar. Estoy segura de que el Grafel aparecerá en el momento justo, confía en que todo saldrá bien.

Ennol se volteó y abrazó a Minwe por la cintura, la miró fijamente, un enorme vacío invadió su pecho, estuvo muy cerca de perderla, el muchacho no lo habría soportado.

- Aún no estás a salvo Minwe –dijo el muchacho con angustia–. El Oculto no descansará, vendrá por ti.
- Lo sé –respondió la doncella, su voz ya no temblaba como antes, la muchacha se había fortalecido–. Hará de todo por reactivar aquel oscuro hechizo que invocó sobre Eona. Lo tengo claro. Pero no temeré, el miedo solo ha conseguido arrebatarme a las personas que amo. Solo espero que algún día Thea consiga perdonarme.
- Lo hará, ella encontrará la fortaleza.
- Se quedará con Goviat, ¿sabías? El maekano la adoptará como su aprendiz.
- Esas son buenas noticias.

Minwe calló unos instantes, no sabía si sería prudente contarle a Ennol lo que tenía en mente, finalmente se decidió.

- Ennol... entre los recuerdos que recuperaré al volver a Bérmelon, hay uno en especial que me tiene intranquila.

El muchacho la observó con gran atención, aquellas palabras le dieron escalofríos.

- ¿Qué recordaste?

- Al parecer, durante el ritual el Oculito me permitió ver parte de su rostro.
- ¿Pudiste reconocerlo? –preguntó ansioso el tatuador– ¿Sabes de quién se trata?
- No, nunca antes había visto un rostro así, su mirada era fría, como si su alma estuviera ausente, su piel era tan pálida como la de un cadáver, parecía que su cuerpo era apenas un envase, no había vida en él.
- ¿No pudiste ver nada más?, ¿alguna facción que nos permita identificarlo?
- Sí... sobre su ceja izquierda estaba marcada una profunda cicatriz, era un corte hecho con el filo de una daga.
- ¿Le has contado esto a Zola?
- No, eres el primero en saber.
- Deberías decirle, a ella y al resto de los guardianes, es probable que ellos sepan de quién se trata, no todos llevan una cicatriz tan específica en el rostro, al menos tenemos una pista para lograr identificar al Oculito.
- Tienes razón, convocaré de inmediato un Concilio de Guardianes, Mo se enterará cuando vuelva. Es urgente definir nuestro siguiente destino, he pensado que deberíamos visitar la ciudad de Nixa, Ígoris la cita varias veces en sus apuntes, es lo único que tenemos.
- No estés tan segura –dijo el inventor–. Hay algo que quiero mostrarte, espera aquí.

El muchacho se ausentó por un momento, para luego volver con una mochila, de ella sacó la bitácora del Taumaturgo y las dos llaves erernis.

- Hemos encontrado dos, faltan cuatro –dijo preocupada la doncella.

D'Marti abrió el cuaderno, y empezó a hojearlo hasta encontrar la página que precisaba.

- Mira aquí –Ennol señaló una extraña ilustración que había dibujado el Taumaturgo.

En el papel estaba dibujado un gran manglar, la densa vegetación ocupaba gran parte de la página amarillezca, en el centro estaba representado un sendero que llegaba a un gran monolito, varias bestias rodeaban la piedra, y entre ellas caminaba una figura humanoide.

- Increíble dibujo –manifestó Minwe–. Pero no entiendo qué tiene que ver esto con los indicios erernis.
- Fíjate bien –Ennol señaló al hombre que caminaba entre las bestias–. ¿Te das cuenta de lo que lleva en la mano?

- Parece ser... ¡una llave! –Minwe se emocionó al distinguirla entre las formas de la ilustración– ¿Crees que se trate de un auténtico indicio?
- Lo dibujó el Taumaturgo, estoy seguro que este lugar aquí representado alberga la llave de una ciudad andante.
- Pero ¿dónde queda esto? Este manglar, ¿tienes idea de dónde está ubicado?
- No, pero estoy seguro de que no pertenece ni a Sorta, ni a Bértellon.
- ¿Como puedes saber eso?
- Mira estos soles –dijo el muchacho mientras señalaba los astros en el cielo del dibujo–. Son dos, ni Sorta ni Bértellon cuentan con dos soles. La buena noticia es que Zola conoce muy bien las dimensiones, seguramente reconocerá este lugar.
- Tienes razón, debemos mostrárselo.

Los muchachos se apresuraron y abandonaron el campanario, allí solo quedaron cenizas y aquel espíritu que lo observaba todo, en su sabiduría se deleitaba escuchando los planes de los adolescentes, habían olvidado que sin su permiso no llegarían a ninguna parte. La muerte merodeaba muy cerca, mucho más cerca de lo que podrían imaginar.

FIN